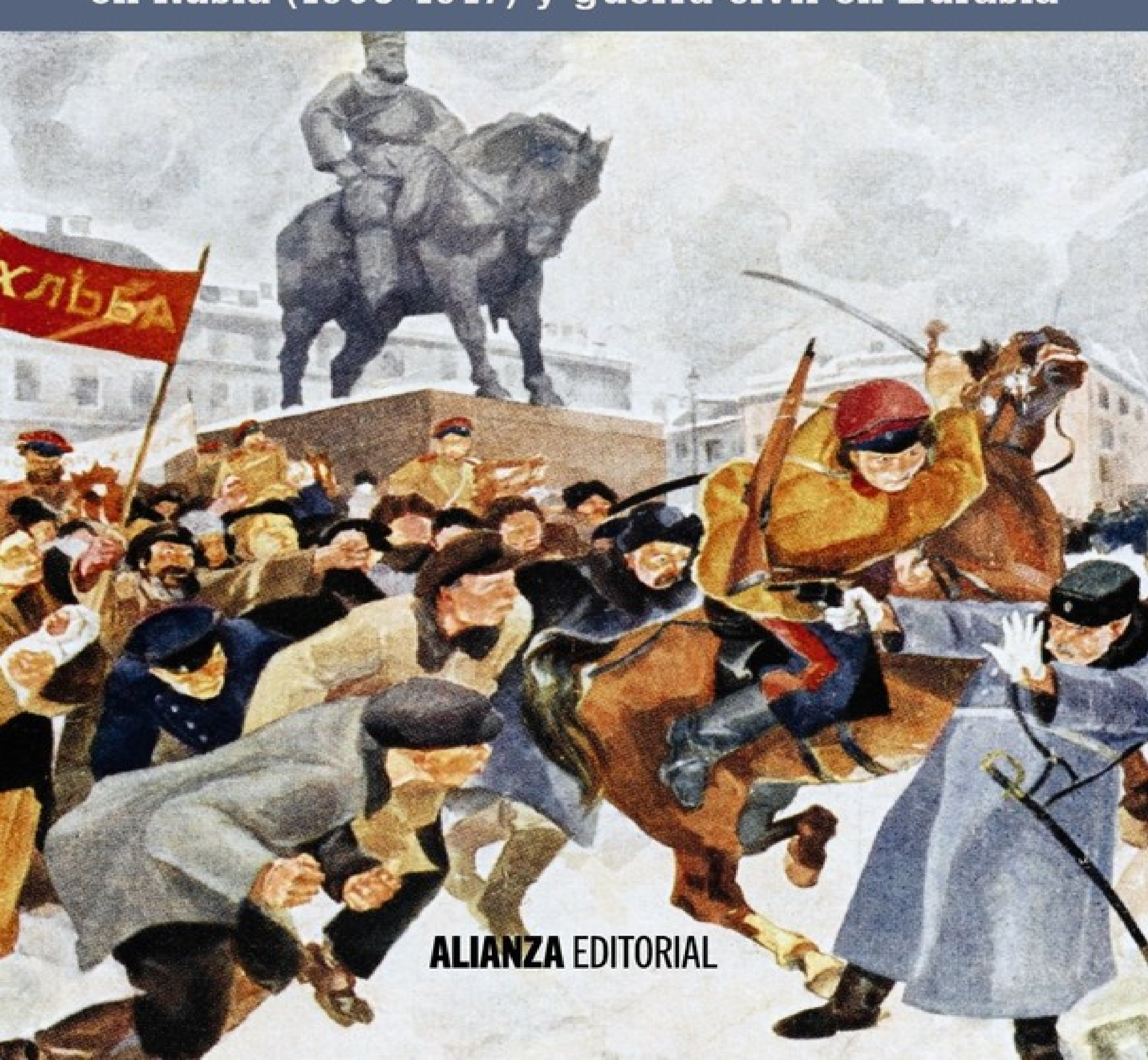
FRANCISCO **VEIGA** · PABLO **MARTÍN** · JUAN **SÁNCHEZ MONROE**

# ENTRE DOS OCTUBRES

## Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y guerra civil en Eurasia



**ALIANZA** EDITORIAL

FRANCISCO VEIGA
PABLO MARTÍN
JUAN SÁNCHEZ MONROE

# ENTRE DOS OCTUBRES

## Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y guerra civil en Eurasia

Alianza editorial

# Índice



*En la plaza Znaménskaya, febrero de 2017,* Rudolf R. Franz

Rudolf R. Franz (1888-1956) pintó este cuadro que hemos utilizado en la cubierta en un año impreciso de la década de 1920. La cercanía en el tiempo y el hecho de que Franz fuera natural de Petrogrado y hubiera trabajado como ilustrador de prensa en el frente de guerra contribuyen a hacer de la obra un testimonio fresco, más que una pieza de lo que después se denominaría «realismo socialista». La escena muestra el momento preciso en que los soldados de la guarnición de Petrogrado comienzan a pasarse del lado de los manifestantes civiles: un cosaco se inclina desde su caballo y se dispone a descargar un sablazo contra un oficial de la policía (un «faraón» como se les llamaba popularmente), el cual dispara contra la multitud que se le echa encima. Las protestas no tienen un color político determinado, en la pancarta solo se pide «Pan», pero el régimen zarista está a punto de desplomarse. La escena sucedió, supuestamente, el sábado 25 de febrero / 10 de marzo, en la nevada Plaza Znaménskaya (hoy Plaza Vosstaniya o de la Revuelta) situada en el centro de Petrogrado, confluencia de calles y avenidas importantes, entre ellas la célebre Prospekt Nevski. Allí se encontraba la Estación de Moscú y en su centro se levantaba la estatua ecuestre del zar Alejandro III, padre de Nicolás II, y un reconocido símbolo de la autocracia. Era un monumento macizo, conocido por los petrogradenses como «El Hipopótamo». Hoy en día se puede visitar en el patio del Palacio de Mármol, muelle del Palacio. Encaramados a la estatua, los improvisados revolucionarios pronunciaron las primeras arengas contra el régimen y dejaron grabado en el pedestal un *graffiti* insultante: «Hipopótamo».

# LISTADO DE SIGLAS

| | |
|---|---|
| Cheká | Comisión Extraordinaria para la lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje (aparato de control policial, político y militar) |
| CMR | Comité Militar Revolucionario |
| Dashnaktsutyun | Partido Socialista Nacional Armenio |
| GRU | Dirección General de Inteligencia del Ej. Rojo |
| HMS | Buque de su majestad británica |
| Ispolkom | Comité Ejecutivo del Soviet de trabajadores y soldados. |
| Komuch | Comité de Miembros de la Asamblea Constituyente de todas las Rusias |
| Narkomprod | Comisariado para el Abastecimiento de Alimento |
| KD *(kadet)* | Partido Constitucional Demócrata |
| ND *(Endecja)*-PND | Partido Nacional-Demócrata Polaco |
| Ojrana | Okhrannoye otdelenie; Departamento para la Protección de la Seguridad Pública y el Orden |
| Ozakom | Comité Especial Transcaucásico |
| PCR(b) | Partido Comunista Ruso (bolchevique) = VKP(b), en ruso |
| PCUS | Partido Comunista de la Unión Soviética |
| POSDR | Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia |

| | |
|---|---|
| PPS | Partido Socialista Polaco |
| PSD | Partido Social Demócrata Austriaco |
| PSR | Partido Social-Revolucionario |
| SDKP | Social Democracia del Reino de Polonia |
| SDKPiL | Social Democracia del Reino de Polonia y Lituania |
| SFIO | Sección Francesa de la Internacional Obrera |
| Siboduma | Duma Regional de Siberia |
| Sovnarkom | Consejo de los Comisarios del Pueblo |
| SPD | Partido Socialdemócrata Alemán |
| SRL | Unión de los Hombres Rusos |
| SRN | Unión del Pueblo Ruso |
| Stravka | Estado Mayor del Ejército Imperial Ruso |
| TKP | Partido Comunista Turco |
| Vesenja | Consejo Superior Nacional de Economía Bolchevique |
| Vikzhel | Comité Ejecutivo de la Unión Sindical de Ferroviarios Rusos |
| VKP(b) | Partido Comunista Ruso (bolchevique) = PCR(b) |
| Vzik | Comité Ejecutivo Central de los Soviets de Rusia |
| Zakavkom | Comisariado del Transcáucaso |
| Zemgor | Unión de Zemstvos y ciudades |
| Zemstvo | Asamblea de autogobierno rural |

# INTRODUCCIÓN

Desde 1917, el volumen de obras que se han escrito sobre lo que comúnmente conocemos como Revolución rusa es incontable. Es natural que así sea si aceptamos que el siglo XX, parafraseando a Moshe Lewin, fue el «siglo soviético». Si consideramos que 1914 marca el inicio real de ese periodo, al cortar la Gran Guerra abruptamente con el antiguo régimen decimonónico, y 1991 señala su final con la descomposición de la Unión Soviética, podemos entender fácilmente hasta qué punto el Estado surgido de la Revolución de 1917 —o el desarrollo de la revolución, propiamente dicha— ocupa el centro de lo que se ha dado en denominar el «siglo más corto», en brillante propuesta del historiador húngaro Ivan Bérend que hizo célebre Eric J. Hobsbawm[1].

Sin embargo, esta enorme producción bibliográfica ha sido mayoritariamente más política que propiamente historiográfica. A lo largo del periodo 1917-1991 se publicaron apasionadas visiones e interpretaciones a favor y en contra, aunque predominó la tendencia a estudiar el fenómeno desde un punto de vista materialista histórico, que era el que originariamente suministró el mismo Lenin y por ello hacía encajar de forma convincente la mayor parte de las causas y orígenes relevantes de la Revolución. Al mismo tiempo, el brillante estilo narrativo de Trotski aportó la épica vivida en primera persona. A partir de ahí, el análisis pormenorizado de los debates políticos dentro de la cúpula bolchevique generó un recinto cerrado con múltiples dependencias y pisos. Durante años, este tipo de discusiones fueron importantes para mucha gente. Lo eran para todos aquellos que vivían en países con regímenes de corte soviético o en democracias populares, con todas sus variantes. O para los que militaban en tales partidos y creían que la única «revolución científica» que había existido en la historia podría volver a repetirse una y otra vez, a lo largo del tiempo y en circunstancias variadas. Era cierto que a lo largo de los años

sesenta el modelo soviético original decayó a favor de otros más vivaces e imaginativos o quizá mejor adaptados a la época y países en los que triunfaban. Pero aun así, con todas sus hipotecas históricas, su comportamiento como gran potencia hegemónica, su *nomenklatura* y su burocracia, su agricultura colectivizada siempre deficitaria y los descomunales gastos en rearme, todo ello y mucho más, la Unión Soviética era el último referente, incluso por delante de la República Popular China. Había ganado la guerra contra el nazismo pagando un precio elevadísimo en vidas humanas —unos 25 millones, entre militares y civiles—, soportando un elevado nivel de destrucción material en su propio territorio, y sin necesidad de recurrir a bombardeos nucleares[2]. Ese referente había tenido mucho que ver con el triunfo de regímenes socialistas en muchos países, en Asia, África y el Caribe. Además, la URSS contuvo la expansión del capitalismo durante la Guerra Fría —un periodo de cuarenta años— y, de hecho, durante la década de los setenta pareció que incluso podía ganar el pulso.

En último término se podía cuestionar el periodo estalinista y el régimen de la gerontocracia que siguió[3], pero la Revolución de Octubre y la figura de Lenin quedaban a salvo. Constituían la piedra angular del sistema y por ello estaban altamente sacralizados, eran la esencia de la mitología soviética. Al final, en los años ochenta, la Unión Soviética aparecía como un sistema achacoso; pero existía, llevaba aguantando setenta años y siempre podría ser mejorable.

El hundimiento de la URSS lo cambió todo. En 1991 se podía decir que el sistema había fracasado puesto que, aparentemente, había colapsado por sí mismo. En ese contexto, la importancia de la Revolución de Octubre quedaba ampliamente cuestionada. Y sobre esa brecha se explayaron los historiadores liberales: la Revolución de Octubre no había sido ineludible, y por lo tanto, no había dado lugar a un sistema perenne —como, por ejemplo, las revoluciones americana y francesa—. Si sus frutos se habían podrido, entonces cabía concluir que ni había sido «científica» ni tan siquiera necesaria, y por tanto dejaba de ser un acontecimiento benéfico en el transcurso de la Historia. *Tenía* que haber sucedido otra cosa, pero un grupo de conspiradores encabezados por Lenin había torcido el discurrir

natural de los acontecimientos, que hubieran llevado, quizá, al triunfo de los socialistas moderados, a un régimen militar y republicano transitorio —al menos hasta el final de la Gran Guerra en el frente occidental, en 1918— o a cualquier resultado que no hubiera implicado la guerra civil y el surgimiento de un Estado soviético destinado a colapsar, tarde o temprano. Por lo tanto, la Revolución rusa había sido un error, un disparate. Orlando Figes subtitula su célebre *Historia de la Revolución rusa* como: *«La tragedia de un pueblo»*. No había sido una epopeya liberadora (recordemos el celebérrimo: *Diez días que estremecieron al mundo*, de John Reed) sino, simplemente, una triste tragedia.

Este tipo de historiografía comercial anglosajona, de gran tirada, se basa en el relato como eje vertebrador de la obra. La predominancia del relato acerca la historia a la literatura y propicia que el libro sea ameno —aunque lo hace crecer en volumen de páginas— y con ello evita el análisis en la medida de lo posible. El lector tiene ante sí un amplio fresco de situaciones y personajes que, supuestamente, lo trasladan a la época y sus circunstancias. En todo caso, el autor —si es honesto— pondera unos y otros testimonios o apreciaciones, pero siempre seleccionará lo que más le interesa para conseguir un producto «terminado», en un sentido literario, es decir, para que el relato resulte más pintoresco o llevadero y pueda calar mejor el mensaje. Eso genera muchos lectores; y la celebridad, aparentemente, otorga credibilidad. Sin embargo, los historiadores profesionales saben que eso no es necesariamente cierto; en un mundo dominado por las redes sociales tenemos pruebas cotidianas de ello.

A partir de estas aproximaciones tan contrastadas al fenómeno de la Revolución rusa, este libro ofrece un relato meramente historiográfico en que se combinan diversas fórmulas y aportaciones. Para ello, los autores han regresado a las fuentes bibliográficas clásicas, que no siempre han sido bien citadas o interpretadas por los historiadores contemporáneos, cometiendo errores, omisiones e incluso algunas tergiversaciones. Internet ha sido decisivo para obtener las viejas memorias y testimonios, los análisis de hace más de sesenta años, incluso en ediciones casi coetáneas de la Revolución: en formatos .pdf, archive.org, ebook o comprados de segunda mano. Las revistas académicas especializadas también han sido de enorme

ayuda al ayudarnos a rescatar análisis muy especializados, así como la consulta de parte de ese material en ruso.

Salta a primera vista que los nueve meses que van de la Revolución de febrero a la de octubre, incluyendo las consecuencias inmediatas de esta, ocupan poco más de once capítulos de un total de treinta y cuatro. Eso supone que el suceso central del libro, la Revolución de 1917, forma parte de la corriente histórica en sentido amplio, lo que obliga a incluir la revolución de 1905 —verdadera primera parte de la acaecida doce años más tarde— y la guerra civil de 1918-1921 como crisol del proceso que inició la toma del poder por los bolcheviques. Con todo, el recurso al largo periodo no es tan novedoso; de hecho resulta casi obligado si no queremos volver a aquellas visiones reduccionistas de la Gloriosa Revolución de Octubre exaltadas por la propaganda oficial soviética. Lo que sí aporta este libro es una apertura de la revolución de 1905-1917 al contexto internacional —tomándolo realmente en serio— y a la concepción que se tiene de ella en la Rusia actual. Hay, por lo tanto, una doble labor de «desrusificación» de lo clásico y «rusificación» de lo actual, y no es en absoluto una anécdota.

El primer planteamiento parte de la necesidad de incluir la Revolución rusa en toda la corriente de «revoluciones de la *Belle Époque*», que arrancan más o menos de 1868 y concluyen precisamente en 1917. Después, la Revolución rusa fue el modelo de las que llevaron a cabo diversas nacionalidades para obtener su independencia de los imperios coloniales. Aunque no de todos: los países árabes tendieron a seguir el de la República turca, y la India fue otro paradigma en sí mismo. Más adelante, Japón incluso ofreció su concepto de «liberar para integrar» en un nuevo esquema de dependencia imperialista, la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental, aunque tendría escaso éxito. Pero lo importante aquí es considerar que la Revolución rusa de 1917 no fue un fenómeno aislado en la primera década del siglo XX, sino el remate a cincuenta años de revoluciones e insurgencia en un mundo en el cual la agitación social y política iban más allá del *glamour* de la *Belle Époque*. Al final de la obra, en cambio, se recupera el nuevo significado de la Revolución de 1917 en la Rusia de Putin, que la reconvierte de ruptura en continuidad, entre el pasado

imperial y el presente eurasianista, amputándole de cuajo su significado como símbolo internacional, y reorientándola como fenómeno nacional.

Otro de los rasgos de este libro es la relevancia del factor militar a lo largo de toda la historia de las revoluciones de 1905 y 1917, que se prolonga en la guerra civil, de 1918 a 1921. Comenzando por el hecho de que si Nicolás II hubiera evitado la guerra contra Japón en 1904 e implicarse en la Primera Guerra Mundial, diez años más tarde, es prácticamente seguro que no hubiera tenido lugar ninguna de esas revoluciones. La desastrosa derrota en Oriente y la decisión de volver a la guerra en 1914, con unos objetivos tan irreales e inconfesables ante la Entente como hacerse con los Dardanelos y tomar Constantinopla —siguiendo la documentada hipótesis de Sean MacMeekin[4]— bloquearon y luego destruyeron toda posibilidad de una transición gradual hacia el establecimiento de una monarquía liberal parlamentaria. En tal sentido, se puede decir que excepto en el caso de la fallida invasión de Polonia, en 1920, la política exterior de los bolcheviques fue bastante más cauta que la agresividad frívola del último zarismo. Aunque también debe recordarse que en el impulso hacia la participación en la Gran Guerra jugó un papel crucial la descontrolada fuerza del nacionalismo, la cual también tuvo mucha responsabilidad en la deriva hacia la Revolución de febrero.

Por debajo de ello, la presencia de consideraciones militares es continua: para explicar la derrota ante Japón; la campaña represora de la insurgencia, en 1905; la desordenada implicación en las Guerras Balcánicas; los desorbitados objetivos bélicos y los desastres sucesivos en la Gran Guerra; la incapacidad de contener *manu militari* a las masas enfurecidas en las calles de San Petersburgo en febrero de 1917; la Orden Número 1; la imposibilidad de seguir combatiendo a los Centrales; el papel de la enorme e inquieta guarnición en la capital y las jornadas de abril y julio; el caudillismo militar y el intento de golpe de Kornilov; la toma del poder por los bolcheviques en octubre de 1917, concebida como una operación militar; el laberinto mortal de la guerra civil; la injerencia de las potencias aliadas; la fallida exportación internacional de la revolución; las campañas represivas contra los campesinos insurrectos; y la distorsión que cobra la construcción revolucionaria bajo Stalin ante la inminencia de la Segunda

Guerra Mundial, que al final llegó a la Unión Soviética en 1941. Buena parte de esa actividad militar tiene que ver con actores y circunstancias externas, por lo que de nuevo volvemos a la necesaria apertura de la historia de la Revolución rusa, superando una problemática común a buena parte de las obras sobre este fenómeno: el irreal emparedamiento de la Revolución rusa estrictamente en Rusia e incluso en Petrogrado.

En tal sentido, esta historia de las revoluciones rusas no es «Lenincéntrica». Por supuesto, los bolcheviques acaparan una creciente importancia a partir de julio de 1917; desde el momento en que toman el poder, en octubre, Lenin y Trotski son la clave para comprender la evolución del nuevo Estado y de la Revolución. Pero aun así los bolcheviques en el poder no son estudiados en tanto que «desarrolladores de estrategias políticas» depuradas, sino más bien como hombres —algunos más capaces que otros— que hubieron de enfrentarse a situaciones complejas, no imaginadas años atrás, cuando eran un grupo de revolucionarios en el exilio. De hecho, Lenin compareció tarde a la revolución de 1905 y solo llegó a la de 1917 en abril, a partir de un rocambolesco viaje que en su día, y hoy más que nunca, levantó apasionadas polémicas. En ninguno de los dos casos supo predecir la inminente ruptura; cosa que, por otra parte, tampoco nadie acertó, ni los más directos implicados desde la primera hora. Tampoco en el libro se presta demasiada atención a los vaivenes en las relaciones entre los prohombres bolcheviques: era un grupo reducido de intelectuales y activistas; los grandes protagonistas históricos fueron siete: Lenin, Trotski, Stalin, Bujarin, Kamenv, Zinoviev y Svérdlov; los bolcheviques de antes de la guerra fueron treinta y dos; los antiguos disidentes recuperados para el partido en tiempos de la revolución eran siete; y los camisas nuevas de 1917 sumaban diez más. En total, sesenta y tres, para dirigir el Estado más grande del mundo[5]. Pero como revolucionarios eran también hombres de acción. Excepto en el caso de Lenin, los demás se vieron abocados a asumir e intercambiarse responsabilidades variadas, tanto en el dispositivo revolucionario como ya en el ejercicio del poder. El resultado fue que, precisamente, hubo menos necesidad de teoría política que de improvisación y método de la prueba y error, acompañado de lo que hoy

denominaríamos microgestión. Conforme construían estructuras de estado, influían en ellas y creaban sus propias redes clientelares, aunque unos más que otros. Los roces y choques estaban asegurados y se acumulaban en muchos casos ya desde los años conspirativos, en los cuales habían compartido confinamientos prolongados o exilios en condiciones muy adversas. La historia de esas no siempre fáciles relaciones y su evolución en el tiempo ha centrado unos cuantos libros sobre la Revolución rusa, pero hoy en día, con los panteones vacíos y saqueados, quizá tiene mayor interés el estudio de las grandes fuerzas que se desencadenaron en el extenso territorio eurasiático entre 1905 y 1921, y más allá en el tiempo, incluso.

Esto quiere decir que el asunto central en una historia de la Revolución rusa no debería centrarse ya en cómo los bolcheviques tomaron el poder tras el fracaso de los gobiernos provisionales y el desgaste de la izquierda menchevique y *eserista*. La clave está en cómo lo mantuvieron, ganando de paso una guerra civil que sin el decidido apoyo de las grandes potencias de la época —incluyendo Japón— hubiera sido más corta y mucho menos cruenta. Además, la Revolución rusa no estaba destinada a ser rusa según lo entendían Lenin y la mayoría de los bolcheviques, sino internacional, global. Pero eso no sucedió, las cosas no se desarrollaron como se había previsto, y lo difícil fue gestionar el poder y completar una revolución social y económica en el mayor estado del planeta. Esa fue la verdadera revolución, no la toma del poder en lo que la propaganda soviética nos presentó durante años como la gloriosa Revolución de Octubre, 1917.

En tercer lugar, el libro dedica una atención relevante a la contrarrevolución, entendido el concepto en su sentido más amplio: partidos y movimientos políticos, estrategias represivas y administrativas, idearios y pensadores. La cuestión es que la revolución generó contrarrevolución y en determinados momentos incluso se produjeron desplazamientos transversales de una a otra fuerza. La evolución de los social-revolucionarios constituye una historia fascinante: desde su origen *narodniki* llegaron a convertirse en una amenaza directa a la monarquía para terminar integrando los gobiernos provisionales surgidos de la Revolución de febrero y combatiendo contra los bolcheviques, en los primeros momentos de la guerra civil, desde su efímero gobierno Komuch, entre los

Urales y el Volga. Como también lo fue el destino de algunas de sus personalidades: el fundador, Victor Chernov, al esquivo Kérenski o Boris Savinkov, exterrorista de la Organización de Combate que terminó siendo brazo derecho del golpista general Kornilov. Una parte de los *eseristas* llegó a bascular hacia el socialismo-nacional —lo cual no fue tan chocante dado su origen *narodniki*, esto es, nacional-populista— y fue un ejemplo más, entre otros citados en este libro, de hasta qué punto Rusia fue un gran laboratorio de lo que pronto llegó a conocerse como fascismo. Hay antecedentes mucho más reconocibles, como las Centurias Negras, ya en 1905; y el Partido Unión del Pueblo Ruso, que llegó a contar con 350.000 miembros[6]. Aunque algunos expertos no lo incluían hace años en sus taxonomías teóricas como partido fascista, no deja de ser el antecedente del moderno partido homónimo, fundado por el escultor ultranacionalista Vyacheslav Klykov en el año 2005, centenario de 1905[7].

Con todo, en Rusia la aparición formal del fascismo se aplazó una y otra vez, cuando ya parecía haber llegado su momento. Al final, el partido directamente reconocible como tal, el Partido Fascista Ruso, surgió en 1931 en la remota ciudad de Harbin, en Manchuria, entre las comunidades de exiliados rusos blancos, apoyado por el gobierno japonés[8]. Si no se desarrolló veinticinco años antes fue debido a que el régimen zarista trataba con sumo cuidado cualquier movilización política de masas, incluso aunque se manifestara como devota en cuerpo y alma al zar, y este le declarase públicamente sus simpatías. Por otra parte, en 1917 el desplome de la monarquía fue fulminante, sin tiempo para organizar un movimiento contrarrevolucionario de ese tipo, y menos teniendo en cuenta que una parte de la clase política rusa, la más activa, estaba conspirando abiertamente contra el zar y la zarina, degradando de paso su imagen pública. Vuelve a aparecer la sombra de la contrarrevolución callejera en los encontronazos que tuvieron lugar en las calles de Petrogrado en la primavera y el verano, y también en los batallones de choque que se formaron a toda prisa para lanzar la ofensiva Kérenski, cuya composición social y parafernalia parecían competir con aquellas de los *Arditi* italianos que pronto integrarían los *Fasci di Combattimento*. Después vendría el general Kolchak, Gobernante Supremo, y el Ejército de Voluntarios blancos. Pero en un

bando completamente militarizado a partir de noviembre de 1918, como fue el de los blancos, no tenía demasiado sentido dar vía libre a un partido o movimiento fascista que movilizase a la población —que ya lo estaba— con promesas populistas de concesiones sociales —que los mismos militares apenas tenían interés en legislar—, máxime teniendo en cuenta que no existía un líder mínimamente carismático.

Aparte de la sublimación de la contrarrevolución en el fascismo o socialismo-nacional, en el libro se recogen otras variantes más tradicionales, tales como el aparato represivo del régimen zarista, cuya piedra angular fue la *Ojrana* o policía política, de notable eficacia, a pesar de operar con un exiguo cuerpo de agentes de élite que se bastaba para controlar la inmensa geografía y organizar audaces operaciones en el extranjero. O el difuso intento de crear un «corporativismo zarista» que parecía inspirado en las ideas de la doctrina social de la Iglesia católica, por entonces en auge en Europa, aunque le debía mucho al denominado «socialismo policial». En el actual panorama de la historiografía rusa, hemos de esperar nuevas aportaciones en esta línea, como la exposición dedicada a trazar un paralelismo entre las figuras del pope Gapón y Rasputín, organizada por el Museo Estatal de Historia Política de San Petersburgo en 2016: dos sacerdotes que surgiendo de las clases populares lograron escalar muy alto en la estructura del poder político y social ruso y terminaron desapareciendo violentamente por causa de conspiraciones apenas aclaradas a día de hoy[9].

Incluso sin necesidad de descubrir fuentes primarias —todavía queda mucho por hacer ahí— la historia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917 necesita ser repensada; no necesariamente en clave ideológica y como un todo, sino en las muy numerosas facetas, fases y episodios que se incluyen en su desarrollo. El hecho es que el periodo vivido por Rusia entre 1991 y el primer centenario de la Revolución, en 2017, es un marco de referencia obligado para reconsiderar lo sucedido en 1905 y, sobre todo, 1917. El hundimiento de los regímenes del Bloque del Este abrió espacio para un debate sobre la reversibilidad de los procesos revolucionarios del capitalismo al socialismo que no solo afectaba a los países de Europa del Este, sino también a la misma Rusia, sobre todo durante los años del

presidente Yeltsin (1991-1999). Pero que con Vladimir Putin toma un rumbo equívoco, creando falsas ilusiones de retorno al sovietismo entre algunos sectores de la izquierda radical europea o países aliados. La desaparición de la URSS fue, en palabras del presidente, «la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX» y supuso el descuartizamiento del Estado ruso, «porque aunque los bolcheviques lo llamaron URSS, en realidad era Rusia»[10]. Pero esto no quiere decir que Putin esté dando la batalla por la reconstrucción de la URSS. En realidad lo que hace es adaptar la memoria histórica de la Revolución de 1917 a la «profecía» eurasianista: la Unión Soviética no hizo sino cumplir los designios ancestrales de la vieja Rusia aunque a través de una nueva civilización. El «hombre soviético» resultante era la fórmula del «ruso eurasiático» que el zarismo no llegó a conseguir. De ahí que la URSS fuera gobernada por un georgiano (Stalin), dos ucranianos (Jruschev y Breznev), un karelio (Andropov) y un ucraniano siberiano (Chernenko). Sus liquidadores fueron dos rusos: Gorbachev y Yeltsin. El segundo, por cierto, podría ser considerado un digno sucesor de Guchkov.

Para terminar solo queda hacer algunas precisiones. Se ha seguido en la mayor parte de los casos la transliteración literal de los nombres rusos, no la fonética. Sin embargo, se han hecho algunas excepciones a favor de un manejo más cómodo para el lector de lengua española de algunos nombres en concreto: general Alekséyev, y no Alexeev, por ejemplo. También se ha evitado la transliteración inglesa, sustituyendo la «kh» por la «j». Se ha respetado el nombre que tenían algunas localidades en la época. Por ejemplo: Tsaritsyn, posteriormente Stalingrado y hoy Volgogrado. En ocasiones se recurrió a usar dos nombres diferentes de una localidad, según el contexto: Lvov, en ruso; o Lviv, en ucraniano; o Helsingfors, el nombre sueco para Helsinki, habitual en tiempos del Imperio ruso. Al hablar de los planes para tomar Constantinopla, hemos respetado la denominación tradicional que entonces se le daba a Estambul en Rusia. En algunos casos se ha incluido la transliteración rusa de algunos términos. En cuanto a los nombres rusos, por regla general hemos prescindido de los patronímicos, para no complicar al lector hispano la lectura de un texto tan sobrecargado de nombres.

Por último, queda hacer una precisión importante que nos ha costado muchas horas de trabajo en verificaciones: en Rusia, hasta mediados de febrero de 1918 se utilizó el calendario juliano, que supone 13 días de adelanto con respecto a nuestro calendario gregoriano. Hemos tomado como referencia principal la denominación que le dieron sus protagonistas: Revolución de febrero, de octubre. Pero a veces hemos incluido las fechas concretas del calendario gregoriano después de una barra: 25 de octubre / 7 de noviembre de 1917. Resulta un poco engorroso, pero al menos elimina confusiones que a veces impiden ver la importancia de algunos sucesos con respecto al resto de Europa. Por ejemplo, la celebración del Primero de Mayo de 1917 occidental el día 18 de abril ruso.

Barcelona, Zaragoza, La Habana
4 de octubre de 2016

---

1 Eric J. Hobsbawm (1995), *Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991*, Londres: Abacus.

2 De hecho, desde 2005 se maneja la hipótesis de que más que los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki fue la ofensiva soviética en Manchuria y la amenaza de desembarco en el archipiélago japonés desde la isla de Sajalín lo que precipitó la rendición nipona. Vid. Tsuyoshi Hasegawa (2005), *Racing the Enemy: Stalin, Truman, and the Surrender of Japan*, The Belknap Press of Harvard University Press.

3 Curiosamente, el periodo de Breznev es uno de los mejor valorados en las encuestas hechas a ciudadanos rusos. Es una constante en las consultas publicadas por los más variados medios. En algún caso, los resultados lo presentan como «el mejor líder nacional del siglo XX». Vid., por ejemplo: «Los rusos votan por Brézhnev y detestan a Gorbachov», *Sputnik*, 22 de mayo de 2015. Consultable en red.

4 MacMeekin (2011).

5 Haupt y Marie (1972) establecen las categorías: grandes protagonistas y pléyade de octubre, dividida esta en tres: los bolcheviques de antes de la guerra, los antiguos disidentes y adheridos en 1917, nuevos ingresos y «extranjeros».

6 Shenfield (2001): p. 30.

7 Página web del actual Unión del Pueblo Ruso: http://srn.rusidea.org/.

8 Strephan (1978).

9 «Mysteries of Political Murders: The Gapon and Rasputin Cases», coincidiendo con el 110º aniversario del asesinato de Gapón (28 de marzo/10 de abril de 1906) y Rasputín (17/30 de diciembre

de 1916).

10 Las declaraciones en este sentido han sido reiterativas y fáciles de encontrar en la prensa internacional *on line*. Vid., por ejemplo: «Putin lamentó la caída de la URSS», *La Nación*, 26 de abril de 2005; «La caída de la URSS fue una tragedia», *ABC*, 6 de noviembre de 2009; «Putin explica por qué el desplome de la URSS sigue siendo una gran tragedia», *RT*, 29 de septiembre de 2015; «La Unión Soviética, sueño y pesadilla de Putin 25 años después de su desaparición», RTVE.es / EFE. Consultables en red.

*Цель*

# PRIMERA PARTE

# MODERNIZACIÓN, MISIÓN E IDENTIDAD, 1861-1904

CAPÍTULO 1

# LAS REVOLUCIONES DE LA *BELLE ÉPOQUE*
## Eurasia, América y África, 1896-1904

El París de la *Belle Époque* se puede vivir a través los cuadros de Jean Beraud, cuyos protagonistas son esos burgueses que lucen su lujo y elegancia en plena ventolera, entre dos momentos de lluvia, mientras cae la tarde y los escaparates se iluminan. Lejos de allí, en Rusia, Iliá Repin pintaba en 1911 una tela titulada: *17 de Octubre de 1905,* un cuadro con un componente expresionista que trascendía el formato impresionista. Dentro de una luz primaveral, la multitud estallaba en alegría, los funcionarios se salían de sus uniformes, los burgueses aparecían exultantes mientras un obrero saludaba entusiasmado, quitándose la gorra. Bajo la presión de la huelga general de octubre, el 30 de ese mismo mes (calendario gregoriano), un zar desbordado firmaba un confuso manifiesto, esbozado por su ministro Serguéi Witte, que daba pie a la creación de una Duma o cámara parlamentaria. El término «Duma» proviene del verbo ruso *dúmat*, es decir: «pensar». Y aunque hacía referencia al consejo reflexivo que los parlamentarios concederían en adelante al monarca, también poseía un componente de «repensar» y de «reflexionar». Repin, con el intuitivo conocimiento sicológico que le confería ser un gran retratista, había introducido en su cuadro ese sentimiento de alivio y alegría que suponía para los rusos lo que creían que era el arranque de una nueva era tras la corta pero cruenta revolución de 1905; pero, de hecho, la revolución aún no había concluido.

Así que en la tela de Repin confluye la «*joie de vivre*» de la *Belle Époque* con el protagonista de ese periodo: la revolución. La escena es muy singular porque el de 1905 es un estallido acaecido en un país europeo. El otro caso corresponde a la revolución republicana portuguesa, triunfante en

otro mes de octubre, cinco años más tarde. Aquí, las turbulencias políticas habían llevado a la deriva autoritaria del primer ministro João Franco, instalado al frente del gobierno por el rey Carlos I en 1906 para desarrollar una política regeneracionista. Menos de dos años más tarde, en febrero de 1908, el monarca y el príncipe heredero caían víctimas de un atentado republicano en el Terreiro do Paço, en pleno centro de Lisboa. Manuel II se convirtió así en el último rey de Portugal, con 18 años de edad. La posición del trono quedó tan debilitada que en 1910 un golpe militar republicano de escasa envergadura logró triunfar al contar con algunas unidades de la Marina que bombardearon el palacio real.

Es importante considerar que por entonces Portugal no era exactamente un pequeño país europeo, situado en los márgenes occidentales del continente, sino un imperio, que todavía poseía importantes posesiones en África. Un imperio sin emperador convertido en república. No era el único caso, por supuesto: ahí estaba Francia. Pero en la Europa de la *Belle Époque* no era esa la norma: la gran mayoría de los estados eran monarquías, con la excepción de los dos anteriormente mencionados además de Suiza. Por lo tanto, la revolución portuguesa fue un avance significativo del destino del nuevo orden continental a partir de 1919, es decir, tan solo nueve años más tarde. Para esa fecha, la Europa de las monarquías se habría transformado en la Europa de las repúblicas, con las testas coronadas convertidas en una minoría.

Si ampliamos un poco más el círculo hacia los márgenes continentales topamos con la bien conocida revolución de los Jóvenes Turcos, que prende en Macedonia, por entonces en el seno del Imperio otomano. En julio de 1908 se desencadenó una rebelión militar en esa región, por entonces la provincia más inestable del imperio, donde el Tercer Ejército llevaba a cabo una degradante guerra contrainsurgente bajo el constante temor de que todo ello sirviera de pretexto a algunas de las grandes potencias para la intervención en la zona. El golpe saltó desde Salónica a Estambul y devino revolución que convirtió al sultanato en una monarquía constitucional; y aunque el viejo y aborrecido Abulhamid II cedió el trono a Mehmed V al año siguiente, lo cierto es que no fueron abolidos ni el sultanato ni el califato. En esencia fue una iniciativa regeneracionista. Pero el modelo

llegaba de más allá de las fronteras del viejo Imperio otomano. Suponía que la modernización —entendida en su acepción más amplia— pasaba ante todo por la redacción de constituciones y la conformación de parlamentos. El impulso de la revolución industrial no parecía tan evidente; o se tendía a considerar que ante todo era necesario modernizar el Estado, de forma que las nuevas élites pudieran adecuarlo a los nuevos tiempos. Y de ahí ya surgirían los cambios económicos necesarios.

El gran modelo era el Japón de la revolución Meiji. En los treinta años que siguen a 1853, en que el comodoro Perry abre Japón a las relaciones internacionales con sus «barcos negros», se opera una revolución silenciosa en ese país, en el que se cambia todo menos lo esencial. El objetivo es emular a los occidentales para sobrepasarlos. Pero nadie se toma demasiado en serio la capacidad de Japón hasta que en 1905 logra derrotar al Imperio ruso. Esa victoria, totalmente inesperada e incluso relativamente minusvalorada en el mundo occidental —donde se hablaba más de una derrota rusa— iba a tener un enorme impacto en las relaciones internacionales. Suponía que Rusia abandonaba la expansión en Asia como su objetivo preferente y regresaba a Europa, lo que contribuirá decisivamente al estallido de la Primera Guerra Mundial.

Pero, en realidad, es el ejemplo japonés el que cambia las tornas en el mundo colonial. Sun Yat Sen, el gran líder de los republicanos chinos, en un viaje de camino hacia los Estados Unidos, y pasando por el canal de Suez, se encontró con un árabe que le preguntó si era japonés. El árabe había visto pasar barcos rusos cargados de soldados derrotados, y se sentía orgulloso de pertenecer a la «raza asiática»[11].

La historia trasciende el rango de la anécdota y da una idea del impacto que tuvo en Asia la victoria japonesa de 1905. Por primera vez, desde el siglo XV, un pueblo no blanco había derrotado a los europeos (en el vasto continente eurasiático) con sus propias armas. No tenía nada que ver con las guerras independentistas de las Américas, ni con las ocasionales batallas perdidas en África contra masas de guerreros tribales lanzados contra una fuerza europea ocasionalmente en minoría. Esta vez, los acorazados y cruceros adquiridos por los japoneses a los británicos, la tecnología punta de la época, habían funcionado a la perfección en manos de los

disciplinados y cualificados marinos japoneses, capaces de maniobrar sus barcos en cerradas formaciones de combate o de manejar con maestría un arma tan compleja como eran los torpedos. Solo dieciséis años antes habían aprobado su primera Constitución; y al año siguiente ya celebraron sus elecciones. Todo eso se interpretaba en clave de revolución —no de simple «restauración» imperial como lo era para los mismos japoneses— por aquellos países y pueblos sometidos a la dominación occidental con sus sistemas de grandes imperios transcontinentales.

Ese fue precisamente el trasfondo del viaje de la fragata otomana *Ertuğrul* a Japón, ya en 1889. En Turquía es una historia bien conocida: la larga navegación de nueve meses y el trágico final del navío, arrastrado por un tifón contra los acantilados del sur de la isla de Honshu, justo cuando iniciaba su regreso. Como balance del siniestro hubo más de quinientos tripulantes y personalidades ahogados, entre ellos el almirante Ali Osman Paşa.

El periplo del barco había sido planificado como una ocasión para mostrar el pabellón imperial otomano por las costas del océano Índico y establecer relaciones directas entre Estambul y Tokio, un objetivo muy poco frecuente en aquellos tiempos en que las relaciones entre los países de la periferia pasaban obligadamente por el centro de las grandes potencias, no se establecían de forma directa. El naufragio generó una fuerte respuesta emocional en Japón: se llevaron a cabo ceremonias religiosas por los difuntos, un par de corbetas devolvieron a los supervivientes hasta Estambul y se erigió un monumento y un museo dedicados a la fragata *Ertuğrul* y su misión en Kushimoto, cerca del lugar donde se estrelló el navío[12].

De esa forma, los turcos no dejaron de seguir atentamente los progresos de Japón, que complacían a unos y otros. Para los nacionalistas, como el «joven turco» Ahmed Riza, eran producto del fervor patriótico de los japoneses; para el sultán Abdul Hamid II, lo modélico era la forma en que Japón se modernizaba respetando y hasta venerando la autoridad del emperador[13]. Cuando en 1902 Tokio firmó un acuerdo militar con Londres, en el decadente Imperio otomano fue el pasmo: Japón había logrado ingresar en el club de las potencias occidentales, algo que Estambul había

intentado en vano durante décadas, sin éxito, a pesar de haberse sometido a las Tanzimat o disposiciones modernizadoras impulsadas desde las cancillerías occidentales y eso desde 1839.

De hecho, la electrizante victoria japonesa sobre Rusia influyó en el naciente nacionalismo de muy diversos países asiáticos. Significativamente, en la India, el triunvirato de líderes nacionalistas conocido como Lal Ba Pal[14] comenzó a presionar a favor del movimiento Swadeshi (Autosuficiencia) a partir de 1905; es decir, impulsaron el boicot a los productos británicos, adelantándose a la campaña de Gandhi en trece años. Es cierto que el Swadeshi se concibió en 1903 y que el detonante fue el proyecto de partición de Bengala anunciado por los administradores británicos. Pero la energía con la que se desarrolló a partir de 1905 algo le debía a lo sucedido en el mar Amarillo. Al fin y al cabo, ya en 1915 el notorio activista Rash Behari Bose, implicado en al menos dos importantes conspiraciones revolucionarias, escapó a Japón, donde recibió el apoyo de las sociedades patrióticas niponas. Como es sabido, esos lazos se ampliaron lo suficiente como para que a comienzos de la Segunda Guerra Mundial, la Liga para la Independencia India obtuviera pleno apoyo de las autoridades japonesas dando lugar a los dos intentos de impulsar el Ejército Nacional Indio.

Por lo tanto, Japón se convirtió en el santuario de los nacionalistas más activos, ya desde finales del siglo XIX. El líder republicano chino Sun Yat Sen se exilió a ese país tras el fracaso del denominado levantamiento del Guangzhou, en 1895. Allí trabó amistad con un activista japonés que se convertiría en protector e incluso financiador: Miyazaki Toten. Ambos compartían la esperanza de lograr una alianza panasiática contra el imperialismo, objetivo que por entonces perseguían otros políticos japoneses de signo liberal, tales como Tarui Tokichi y Ôi Keantarô, aunque más centrados en Corea. Durante su estancia en Japón, Sun Yat Sen trabó amistad con el nacionalista filipino Mariano Ponce, que había viajado hasta allí comisionado por Emilio Aguinaldo para obtener apoyo político y diplomático de Tokio, así como armas para la efímera Primera República. Y también residió en Japón, precisamente entre 1905 y 1908, el padre del nacionalismo vietnamita, Phan Bội Châu, quien por entonces desarrollaba

planes para expulsar a los franceses de su país. Cuando fue obligado a dejar Japón se trasladó a China, donde recibió ayuda de Sun Yat Sen. En su obra reciente sobre la rebelión asiática contra Occidente, Pankaj Mishra amplía la lista con el panislamista Abdurreshid Ibrahim, intelectual musulmán nacido en Siberia y discípulo de al-Afghani. En 1909 llegó a Japón, donde muy pronto accedió a los círculos políticos más elevados y colaboró con entusiasmo con otras causas de antiimperialistas a través de la Sociedad por la Causa Asiática *(Ajia Gikai)* que él mismo fundó a poco de arribar a Tokio. O trabajó para la Sociedad del Dragón Negro *(Kokuryūkai)*, que databa de 1901 y había sido concebida por el ultranacionalista japonés Ryōhei Uchida como un vehículo para luchar contra la amenaza del expansionismo ruso en Asia. Gracias a su apoyo, Ibrahim viajó a Estambul y dirigió a las comunidades musulmanas de las Indias Holandesas, del Imperio británico y de China el mensaje de que Japón sería su salvador[15]. Por lo tanto, el muy activo panasianismo japonés y la victoria de 1905 tuvieron que ver con la fundación del *Budi Utomo* (Filosofía Primordial), tan solo tres años más tarde. Fue la primera asociación nacionalista de las Indias Orientales holandesas, origen del moderno nacionalismo indonesio.

Por último, cerrando el círculo de las revoluciones asiáticas, la constitucionalista acaecida en Irán entre 1906 y 1911 que rompió el carácter patrimonialista del Estado, impuso a la dinastía Qajar un Parlamento y llevó a ese viejo imperio hacia la modernidad. De paso, también influyó en el desencadenamiento de la revolución de los Jóvenes Turcos en el vecino Imperio otomano, habida cuenta del decisivo ascendiente que había tenido la cultura persa en su administración y vida cultural.

Pero la lista de las revoluciones de la *Belle Époque* no se circunscribe a Asia. Entre 1910 y un final indefinido que va de 1917 a 1924, tuvo lugar la revolución mexicana. Durante años, los intentos por definir ideológicamente este fenómeno han preocupado a numerosos historiadores sin que los resultados hayan sido concluyentes. No cabe duda de que fue una más de las revoluciones de comienzos de siglo —de hecho llegó a enlazar en el tiempo con la revolución rusa— que se circunscribe en un contexto general de respuesta a la creciente integración de los países

dependientes en la gran oleada expansiva del capitalismo globalizador, en el cambio de siglo.

Así, la larga dictadura del «porfiriato» (1876-1910), que manifestaba su inspiración en el positivismo comtiano, no colapsó precisamente por inestabilidad política, o fracaso de la modernización económica. Los historiadores todavía debaten en qué medida lo que sucedió fue un desajuste entre el desarrollo socioeconómico de extensas áreas de México, y el reajuste social que anhelaban las clases medias, buscando su propia parcela de poder ante ese impulso desarrollista apoyado muy activamente desde los Estados Unidos. Así, la revolución mexicana, en la cual los campesinos seguían a caudillos locales, no tuvo una ideología política diferenciada. Pero no dejaba de ser una revolución, y muy violenta, por cierto, emparentada con las que estaban teniendo lugar en Asia, en lo que tenía de respuesta local a la configuración imperialista del mundo de la época. Sus raíces más lejanas enlazaban con la ofensiva estadounidense en América Latina, y muy en particular con el arrebato a México de la Baja California en las guerras de 1820, de la que nació un profundo sentimiento de agravio que ha servido de base al tradicional sentimiento nacionalista de los mexicanos. En Cuba influyó en el antiexpansionismo norteamericano de José Martí; y tras finalizar su propia Guerra de Secesión, que en México tuvo que ver con la fracasada aventura francesa en torno al emperador Maximiliano (1864-1867) también en Cuba se manifestó en el apoyo a la Guerra Grande de 1868 a 1878. La cual casi se puede catalogar como primer conflicto de descolonización de la era contemporánea, y que tiene su componente de revolución social en el manifiesto antiesclavista.

Y por cierto que el detonante antiimperialista de las revoluciones de la *Belle Époque* también lo encontramos en la denominada «crisis del mapa color rosa» entre Gran Bretaña y Portugal, en 1890, por el malogrado proyecto luso de unir territorialmente sus colonias de Angola y Mozambique. La frustración que produjo el rechazo de las pretensiones portuguesas fue el origen lejano de la revolución republicana de 1910. Por otra parte, la resistencia de las guerrillas bóeres a la pretensión británica de anexionarse las dos repúblicas de los colonos de origen neerlandés en África del Sur, esto es, el Estado Libre de Orange y la República del

Transvaal, tiene también el perfil de sendas guerras de resistencia antiimperialista, aunque los mismos bóeres actuaran con su entorno nativo como colonizadores. En cualquier caso, no fue una acción limitada en el tiempo, una encerrona a las tropas británicas basada en la superioridad numérica puntual, sino un par de guerras (1880-1881 y 1899-1902) en las que 60.000 granjeros bóeres pusieron en jaque a uno de los mejores ejércitos del mundo, muy poco acostumbrado a llevar las de perder en una guerra colonial. Al final, los británicos hubieron de plantear el conflicto como una guerra de contrainsurgencia, lo que implicó el internamiento de parte de la población civil en campos de concentración insalubres, donde el 25% falleció de hambre y enfermedades.

Llegados a este punto, cabe preguntarse si estamos abordando de forma adecuada la cuestión y no confundiendo revoluciones sociales con levantamientos nacionalistas o guerras. La respuesta adecuada es, seguramente, tan compleja como la realidad; en ella, las categorizaciones pueden resultar forzadas y, sobre todo, artificiosas.

Lo que denominamos «revoluciones de la *Belle Époque*» son conflictos que acontecen en la periferia de Europa, en Asia, África o América Latina. Son revolucionarios en lo que tienen de implosivos en relación al orden social y político establecido. En algunos casos la violencia suple a la ideología como aglutinadora; en otros, los objetivos son más claramente sociales, aunque no falta el barniz nacionalista en casi todos.

El gran paradigma, la clave definitoria de ese nuevo fenómeno es la revolución china de 1911. En ella confluyen la revolución nacional, la social y la revuelta antiimperialista, todo en uno. De hecho, la revolución china atraviesa por todas las fases de la rusa, aunque con otro orden y a lo largo de un periodo de tiempo más dilatado. Quizá se podría decir que en ella se vivió lo que hubiera sucedido en Rusia sin la comparecencia de Lenin, o con un Lenin tardío, en la figura de Mao. En China son los militares «blancos» los que se reparten el poder o combaten entre sí tras el destronamiento del último emperador, Puyi. Aunque posee una mayor consistencia ideológica que Kérenski, y desde luego una hoja de servicios revolucionaria sin parangón, Sun Yat Sen juega un papel parecido como líder republicano y liberal que no logra controlar el nuevo régimen. En

cambio, su alianza con los comunistas le dará buen resultado, en la guerra civil que llevará a la reconquista del Estado, luchando contra esos señores de la guerra, los Duan Qirui, Féng Guózhāng, Zhang Zuolin y su hijo Zhang Xueliang, Wu Peifu, Feng Yuxiang, o Xu Shuzheng que son un trasunto de generales o caudillos como Kornilov, Kolchak, Denikin, Semionov, Ungern von Sternberg o Wrangel. Aunque para entonces la triunfante Rusia sovietista jugará un papel determinante en la marcha de la revolución china, cosa que no sucederá al revés. En cualquier caso, el traumático final del Imperio chino acontece tan solo seis años antes de la caída del zar en Rusia. Y un acontecimiento no posee menor importancia que el otro, por cuanto el Imperio chino databa del 221 antes de Cristo, y tanto la Unión Soviética como la República Popular China van a tener un marcado protagonismo internacional a lo largo del siglo XX. Pero, sobre todo, ambas revoluciones van a ser consecutivas en el tiempo, a muy escasa distancia la una de la otra, aunque el arranque de la Primera Guerra Mundial pueda generar un efecto *trompe l'oeil* de barrera distanciadora si nos dejamos llevar por la sensación de que las fechas que marcan los límites de los periodos históricos son eso, empalizadas.

Una última característica de las «revoluciones de la *Belle Époque*» radica en el impacto que tiene sobre el imaginario occidental el surgimiento de caudillos hasta entonces desconocidos, salidos aparentemente de la nada o de las filas más profundas del pueblo, pero capaces de conducir a millones de personas. La alarma que generaba esa percepción entroncaba a su vez con la célebre profecía del «peligro amarillo», aparecida e instrumentalizada desde la Europa imperialista a finales del siglo XIX —especialmente por el káiser Guillermo II en persona— pero que enraizaba con el recuerdo de las «hordas mongolas» de Atila, Tamerlán o Yenguis Jan. Precisamente, a comienzos de siglo XX, esas visiones tuvieron un gran impacto en la imaginación popular a través de novelas de ficción que relataban supuestos complots a gran escala los cuales concluían en la invasión de Occidente (Europa o los Estados Unidos). Arrancando de *L'invasion jaune* del «Capitán Danrit» (Émile Driant) en 1905[16] y pasando nada menos que por un relato de Jack London *(The Unparalleled Invasion*[17]) publicado en 1910 —en realidad profetizaba la total destrucción

de China por los occidentales— hasta llegar, tres años más tarde, al arranque de la prolífica saga del Doctor Fu-Machu, escrita por Sax Rohmer (Arthur Henry Ward)[18].

Por lo tanto, no era de extrañar que dirigentes como Sun Yat Sen, que al fin y al cabo había sido un revolucionario profesional a lo largo de la mayor parte de su vida, desconocido en Europa, pudiera ser percibido con notable desconfianza conforme se hacía con el control de la revolución republicana en China. Máxime cuando estableció relaciones directas con la Rusia soviética y expresó su admiración y aprecio por Lenin, otro líder revolucionario del cual no se supo nada en Occidente hasta 1917. En su momento, Mao Zedong (Mao Tse-Tung en Wade-Giles) se hace acreedor de la misma imagen: solo logra el control militar de la revolución en 1935, pero es poco o nada conocido más allá de China hasta la Segunda Guerra Mundial. O, desde luego, el abogado indio que devendría Mahatma Gandhi.

Sin embargo, aunque los «líderes insidiosos» provocaban un profundo temor como caudillos de las inagotables masas asiáticas, no estaban confinados a ese continente. Pancho Villa o Emiliano Zapata, personalidades de formación cultural muy sencilla, eran percibidos también como líderes con un inexplicable poder de convocatoria. En realidad, esa categorización agrupaba a una buena parte de los imprevisibles caudillos revolucionarios surgidos en el mundo colonizado. Por entonces no se tenía en consideración el «peligro musulmán» porque todavía aparecía adscrito al decadente Imperio otomano e ideólogos como Jamal al-Din al-Afghani o Abdurreshid Ibrahim eran harto desconocidos. Cierto que el sultán Abdulhamid II amagaba con desencadenar alguna forma de guerra santa o insurrección islamista en el seno de los amenazantes imperios rivales; pero el «Enfermo de Europa» ya no inspiraba temor entre el gran público europeo y todavía quedaban muy lejos los líderes surgidos de la nada que aterrorizarían a Occidente un siglo más tarde: Osama bin Laden o Abu Bakr al-Baghdadi.

---

11 Jansen (2002), p. 441.

12 Para las repercusiones de este viaje: Mishra (2014): pp. 199-201.

13 Mishra (2014): pp. 201-202.

14 Por referencia a: Lala Lajpat Rai, Bal Gangadhar Tilak y Bipin Chandra Pal.

15 Mishra (2014): pp. 259-261.

16 Se puede adquirir la obra de Driant como publicación online: http://www.amazon.fr/LInvasion-jaune-Aventures-militaires-Capitaine-ebook/dp/B011BRR6UW/ref=sr_1_2?s=books&ie=UTF8&qid=1437325160&sr=1-2

17 El relato en tono profético y racista de London se puede leer en: http://london.sonoma.edu/Writings/StrengthStrong/invasion.html. El autor imagina que las potencias occidentales lanzan una guerra químico-bacteriológica contra una China expansionista en 1976.

18 La novela *The Insidious Dr. Fu Manchu* (1913) se puede leer online; por ejemplo, en: http://www.gutenberg.org/files/173/173-h/173-h.htm.

CAPÍTULO 2

# EL IMPERIO RUSO PIERDE SU MISIÓN
## Reformismo zarista, 1815-1890

Muchos autores recurren a listas de indicadores, más o menos largas: el crecimiento de los desequilibrios sociales, la pobreza de las clases campesinas, la explotación de los trabajadores industriales, el atraso generalizado, la corrupción de las élites, las desigualdades de renta y otras muchas cifras que pretenden demostrar la inevitable e imparable escalada hacia la revolución social en Rusia.

Desde luego, ese planteamiento fue la base de la explicación que manejaron los mismos bolcheviques para explicar su victoria en la revolución. Contaron con dos buenos cronistas y teóricos, como fueron Lenin y Trotski. Pero, básicamente, no dejó de ser un relato elaborado a posteriori que se aceptó universalmente porque venía asociado a los orígenes de la Primera Guerra Mundial, un conflicto que también se explicaba como inevitable en tanto en cuanto derivaba de las contradicciones fatales asociadas al imperialismo como fase superior del capitalismo. En conjunto, eran teorías que se basaban en la idea de que finalmente siempre acaba cayendo la gota que desborda el vaso. Sin embargo, a más de cien años vista, el enfoque leninista sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial puede considerarse superado, en parte porque otros vasos aparentemente llenos hasta el borde no se desbordaron a pesar de que, en apariencia, la lluvia de gotas hubiera bastado para producir ese efecto. Valga como ejemplo la Guerra Fría, que no desembocó en la Tercera Guerra Mundial a pesar de que durante cuarenta años se dieron las condiciones para que eso sucediera, incluyendo en ello la creciente acumulación de contradicciones del imperialismo capitalista. El resultado es

que, un siglo después de 1914, seguimos sin una explicación convincente sobre las causas de la Gran Guerra.

De hecho, la misma desaparición de la Unión Soviética podría cuestionar en sí misma las explicaciones que hemos venido utilizando sobre las causas estructurales de la Revolución de 1917. Pero ahora no vamos a entrar en ese debate, que posee un trasfondo más político que académico. En realidad no cabe rechazar la utilidad indudable de los datos sobre los orígenes de la Revolución rusa, aunque no tiene mucho sentido repetirlos de nuevo. Resulta más fructífero intentar integrarlos en un formato explicativo diferente, aunque no conflictivo con el utilizado tradicionalmente.

La cuestión principal es que la Revolución de 1917 tuvo lugar en Rusia, y no en otro país, a pesar de que no faltaban razones para que se hubiera producido en Francia, por ejemplo, como los motines de la primavera de ese mismo año parecieron indicar. También pudo haber estallado en Italia: se daban las condiciones necesarias para ello. Y de hecho hubo brotes revolucionarios en Alemania o Hungría, aunque no duraron demasiado; pero pudieron haber triunfado. Por otra parte, los indicadores de pobreza y subdesarrollo referidos a Rusia se daban en otros muchos países en los cuales no tuvo lugar un vuelco social de tamaña magnitud. La revolución laica, republicana y nacionalista de Mustafá Kemal, en Turquía, pudo haber devenido puramente social y hasta socialista, en vistas de la pobreza de las masas campesinas; pero no ocurrió tal. Por lo tanto, necesitamos una perspectiva que nos explique la Revolución como rusa, ajustada a su idiosincrasia propia.

Para ello es fundamental considerar que Rusia era —y sigue siéndolo— el país más grande del mundo. Había llegado a esa extensión muy rápidamente. En tan solo un siglo (mediados del siglo XVI a mediados del siglo XVII) los rusos se hicieron con la inmensa Siberia. La conquista de Asia Central tuvo lugar en el XIX. Como muchos otros imperios, su razón de ser estaba en el crecimiento. Pero si bien la expansión territorial era casi fulgurante, el crecimiento demográfico no la acompañaba. El inmenso Imperio ruso permanecía vacío en su mayor parte. La densidad poblacional de 7 habitantes por kilómetro cuadrado en 1912 era desoladora, la más baja de Europa[19]. La gran masa de los rusos se concentraba, históricamente,

entre el Dniéper y el Volga. Como contraste, los 13 millones de kilómetros cuadrados de Siberia estaban, en su mayoría, desiertos. Todavía hoy en día, su densidad es de poco más de 3 habitantes por kilómetro cuadrado.

Estas disparidades entre la porción europea y eurasiática del Imperio se explicaban por el hecho de que desde la gran reforma de 1861 el gobierno ruso puso todo tipo de trabas a la emigración hacia Siberia al objeto de garantizar mano de obra barata a los terratenientes —las tierras más allá de los Urales pertenecían a la corona—. Estas restricciones no empezaron a suavizarse hasta la gran hambruna de 1891 y el inicio de los trabajos para la construcción del ferrocarril Transiberiano. No obstante, el gran impulso colonizador de Siberia no llegó hasta el mandato del primer ministro Stolypin entre 1906 y 1911, cuando el Estado aprobó medidas de apoyo y subsidios para el asentamiento de campesinos en Siberia. Solo entonces, y en apenas siete años, la población de esa enorme región se incrementó en cuatro millones de habitantes, duplicando la rusa que se había establecido en ese territorio desde su conquista por Yermak trescientos años antes.

Resulta habitual comparar la expansión territorial rusa con la estadounidense. Ambas conformaban sociedades de frontera, esto es, colonizadores en continuado avance, que integraban rápidamente territorios y pobladores en un estado unitario. Sin embargo, entre los Estados Unidos y Rusia existía una diferencia fundamental: esta «si bien conquistadora, también se ve amenazada por los invasores», como sintetiza Jean Meyer[20]. La distinción es fundamental, porque los Estados Unidos podrán concentrarse en estructurar un estado muy flexible, y en dar mano libre al desarrollo del capitalismo en sus versiones políticas más liberales, por no tener un enemigo amenazante. México, por supuesto, no es un rival: le arrancarán importantes territorios en 1848.

Rusia, en cambio, vive su momento áureo en 1815, con la contribución a la derrota de Napoleón y su papel en la remodelación y patronazgo político de la nueva Europa tutelada por la Santa Alianza. Los años que siguen parecen la culminación de la misión histórica que el Imperio ruso se ha atribuido: preservar la integridad del cristianismo ortodoxo en una Europa en la cual ha sido destruido por católicos y protestantes. Es la esencia de la célebre profecía del monje Filoteo al futuro zar, el gran príncipe Basilio III

en 1524, setenta años después de la caída de Constantinopla en manos de los turcos otomanos:

> Desearía decir algunas palabras sobre el Imperio ortodoxo existente de nuestro dominador; él es el único zar de los cristianos, el caudillo de la Iglesia Apostólica que, en lugar de estar en Roma y en Constantinopla, está en la bendita ciudad de Moscú. Ella sola brilla sobre todo el mundo más clara que el sol. Pues sábelo tú, piadoso: todos los reinos cristianos han pasado y en lugar de todos ellos está el reino de nuestro dominador, según los Libros proféticos; este es el imperio ruso, pues dos Romas han caído, pero la tercera está en pie, y no habrá una cuarta.

Rusia es primera potencia terrestre de Europa y a la vez las fuerzas tradicionales que la dirigen la quieren ver como su regeneradora, aunque desde el viejo continente solo se la perciba como un gendarme retrógrado. A la vez, en esos mismos años aparecen los primeros brotes del nacionalismo ruso, que se desarrolla como una ideología con el mismo perfil que posee en los países del resto de Europa, pero que entronca con la mítica misión del Imperio. Se encarna en el movimiento de los eslavófilos y queda plasmado en otro documento tan contundente como la carta del monje Filoteo: el informe redactado en 1833 por el ministro de Educación del zar Nicolás I, el conde Serguéi Uvárov, según el cual la ideología de Estado del Imperio ruso debía basarse en los principios de «ortodoxia, autocracia y nacionalismo».

La plenitud ideológica venía respaldada por la capacidad real para defender y expandir el Imperio e incluso proyectar poder más allá: en el aplastamiento de la insurrección polaca de 1830 o ayudando a otros regímenes europeos con las revoluciones de 1848; pero también compitiendo con el otro gran imperio de la época, su gran rival británico, en Asia Central. Esa pugna, conocida en los manuales de historia como el Gran Juego y que a partir del viaje del capitán Muraviev en 1819 se prolonga a lo largo de buena parte del siglo XIX, viene dictada por el arraigado sentimiento de ser una superpotencia mundial, que solo tiene enfrente a una Gran Bretaña la cual también es triunfadora en las guerras

napoleónicas; quizá la única vencedora clara, junto con Rusia y que asimismo posee mentalidad global. Pero que ha perdido sus colonias americanas, lo cual parece ser síntoma evidente de su inminente decadencia.

Un momento clave lo constituye la visita del zar Nicolás I a Londres, en 1844, donde se entrevista con Palmerston y una joven reina Victoria, planteando una oferta de desmembramiento del Imperio otomano. A los británicos les sienta mal el ofrecimiento; ven en él una prolongación del ominoso acuerdo para el reparto del mundo alcanzado con Napoleón en 1807, durante la cumbre de Tilsit. Y el viaje del zar se produce apenas dos años después de la retirada de Afganistán, uno de los mayores y más humillantes desastres militares de la historia del Imperio británico.

La reacción de Londres consistirá, precisamente, en apuntalar al Imperio otomano, lo cual, junto con el apoyo temporal al resurgimiento de Francia bajo Napoleón III, llevará a la guerra de Crimea, en 1853. La derrota rusa ante la coalición liderada por Gran Bretaña genera una verdadera conmoción, de la misma clase que sufre el Imperio chino ante la inesperada victoria de los británicos en la guerra del opio. La inmensa Rusia no ha caído ante el ataque masivo de ejércitos invasores, como los suecos liderados por Carlos XII en 1708-1709, o la Grande Armée napoleónica, en 1812. De hecho, el Ejército ruso ha combatido bien en Crimea. Como en el caso de China, humillada militarmente por las cañoneras británicas movidas por motores de vapor, la derrota de Rusia es la del ideario supremacista del Imperio y su misión histórica. Su imagen internacional no queda tan perjudicada como la de China, que deja de ser considerada una respetada gran potencia tras las guerras del opio. En este caso, el gran perdedor es el Imperio ruso, ante sí mismo. Concluye su hegemonía en Europa, queda seriamente cuestionado su papel como miembro de la Triple Alianza —incluso le falla la lealtad austriaca, potencia por cuyos intereses en los Balcanes había intercedido Nicolás en Londres, en 1844—, y queda postergada la misión histórica de destruir al Imperio otomano y restituir la cruz a Santa Sofía.

La derrota en la guerra de Crimea impulsará cambios de alcance en el Imperio ruso: militares, administrativos y, en último término, sociales. En

1861 se proclamará el Edicto de Emancipación, por el cual queda abolida la servidumbre campesina. Uno de los principales objetivos de ese paso decisivo fue la modernización del Ejército que a partir de entonces podrá integrar a reservistas. La amenaza social que suponía movilizar masivamente a los siervos era que estos esperaban obtener su liberación como pago a sus sacrificios, lo cual había ocurrido tras las guerras napoleónicas. Esa situación obligaba a mantener el Ejército íntegramente movilizado, con lo que suponía de coste presupuestario, rigidez administrativa y tensión social[21]. La Ley de Reclutamiento Militar de 1874, iniciativa del ministro de la Guerra, Dmitry Milyutin, completaba esa obra al instituir la alfabetización obligatoria de los reclutas y la formación profesional de los oficiales. Las reformas de Milyutin dieron paso al Ejército ruso moderno tal como fue conocido hasta que en 2008 el ministro Anatoli Serdiukov anunció nuevas reformas que concluirían en 2020.

En 1877 esas medidas parecieron suficientes para que el Imperio ruso se sacara la espina de Crimea con una nueva guerra contra el Imperio otomano destinada a liberar definitivamente a los pueblos cristianos de los Balcanes y recuperar Constantinopla, la ansiada capital de Bizancio. El choque levantó una gran expectación en toda Europa y fuertes tensiones con Gran Bretaña, que envió la flota a Dardanelos para evitar que los rusos tomaran la capital de su aliado en Crimea. Solo habían transcurrido veinte años, y aunque las tropas del zar sufrieron fuertes pérdidas ante la fortaleza de Plevna y no se logró alcanzar Estambul —se detuvieron a sus puertas—, la contienda mostró las capacidades del nuevo ejército surgido de las reformas de Milyutin. En cambio, la Conferencia de Berlín, convocada en 1878 por Bismarck, logró menoscabar los resultados estratégicos obtenidos en el campo de batalla y por la paz de San Stefano, impuesta a los turcos, en favor del nuevo papel hegemónico que se atribuye Bismarck en la política europea. Bulgaria, la gran protegida de Rusia, mantuvo su independencia, pero hubo de ceder un tercio de su recién obtenido territorio, la semiautónoma región de Rumelia. De paso, Austria-Hungría pasó a ocupar Bosnia-Herzegovina y Gran Bretaña obtuvo de todo ello el control de Chipre sin haber disparado un solo tiro.

Así que, en 1878, Rusia estaba en un momento internacional delicado. En apariencia, volvía a ser percibida como una potencia temible, a punto de descabezar al Imperio otomano y trastornar todo el equilibrio internacional. Por entonces, este era conocido como el «hombre enfermo» de Europa; a nadie se le ocurría llamar así a Rusia. La razón era que el Imperio de los zares no parecía estar luchando por su supervivencia, como ocurría con otros viejos imperios, tales como el de los otomanos o el chino. Aparentemente, Rusia actuaba a la ofensiva, en expansión; su misión, presentada como civilizadora —tal como lo hacían británicos y franceses— no parecía quebrada. Sin embargo, al final el Imperio otomano incluso sobrevivirá en un año al ruso.

El Congreso de Berlín bloqueó la capacidad expansiva del Imperio ruso en dirección a Estambul durante lo que quedaba del siglo XIX. Vista desde Europa, esa situación se inscribía en el nuevo equilibrio bismarckiano por el cual Rusia recuperaba una apariencia de hegemonía continental similar a la obtenida entre 1815 y 1856 en la Liga de los Tres Emperadores. Esto ocurría tras la nueva derrota de una Francia imperial en 1871. Sin embargo, desde el punto de vista ruso la victoria había sido inconclusa. La evolución de los acontecimientos en el escenario balcánico tampoco era muy prometedora. Los malabarismos diplomáticos de Bismarck y el acercamiento de Berlín a Viena, superando los traumas de la guerra de 1866, erosionaron la Liga y las relaciones entre Rusia y el nuevo Reich alemán. En 1885 Bulgaria se saltó los acuerdos de Berlín, recuperó Rumelia y se enfrentó a una guerra con Serbia, apoyada por Viena. Quedó patente que Rusia no controlaba la situación y especialmente a Alejandro I Battenberg, el príncipe de la moderna Bulgaria. Una conspiración apoyada desde San Petersburgo llevó a su destitución, pero el apoyo que le manifestó Bismarck complicó la situación aún más, antes de que renunciara al trono, en septiembre de 1866.

Este olvidado incidente, que puede parecer nimio en relación a la deriva general de Rusia en la segunda mitad del siglo XIX, era sintomático de la frustración que estaba experimentando el Imperio. La abolición de la servidumbre en 1861 había tenido mucho que ver con la modernización social con vistas a recuperar el poder militar y la misión imperial tras la

humillación de Crimea. La estocada contra Estambul de 1877 había costado la vida a casi 104.000 soldados rusos y una fortuna —el equivalente a dos presupuestos anuales completos—, sin que los resultados hubieran sido concluyentes. Diez años más tarde, la situación continuaba estancada y la épica brillaba por su ausencia.

Las cosas se complicaron todavía más cuando en 1894 se firmó el tratado de amistad franco-rusa. Ello supuso un espectacular viraje en el equilibrio europeo. Fue, sobre todo, un paso sorprendente que en parte se explica por la *Realpolitik* imperante en la época. La republicana Francia, que buscaba contrarrestar la hegemonía alemana, se aliaba con la última gran autocracia continental y Rusia tensionaba relaciones con unos aliados —Alemania y Austria— que si bien no siempre le habían sido leales, al menos le estabilizaban sus fronteras occidentales. Algunos historiadores consideran que la alianza de 1894 fue un paso fatal para Rusia; pero en aquel momento tuvo su peso lógico.

Sus orígenes no solo estuvieron en las conveniencias estáticas entre dos potencias que se habían quedado aisladas. La reforma desde arriba impulsada por Alejandro II a lo largo de los años sesenta también implicaba el tendido de ferrocarriles, el revolucionario medio de transporte que estaba cambiando a Europa y del cual Rusia no disponía cuando sufrió la fatídica derrota de Crimea[22]. Entre 1860 y 1880 se tenderán 21.300 kilómetros de vías, que contribuirán a abrir las exportaciones rusas hacia Europa. El 70% serían financiadas por obligaciones emitidas en el mercado internacional, especialmente en Francia. Y hacia finales de los ochenta, París también apuntalará el rublo, especialmente tras las crisis financieras de mediados de esa misma década.

Mientras se difuminaban las alianzas rusas más o menos tradicionales, la economía nacional se abría a las inversiones de unos y otros. La industria textil en Rusia central, inicialmente —en los años sesenta— en manos de hombres de negocios que eran en su mayoría Viejos Creyentes o *raskólniki*, muy tradicionalistas, no tuvieron empacho en adquirir maquinaria extranjera, alemana o francesa, o contratar a técnicos o instructores venidos igualmente de fuera. Es cierto que nada de ello resultaba inusual en otras sociedades fuertemente nacionalistas, como era el caso del Japón de esos

mismos años, donde una parte sustancial del presupuesto estatal se fue precisamente en contratar asesoría y formación técnica extranjera. Pero en San Petersburgo no faltaron alemanes, suecos o ingleses gestionando sus propios negocios, en muchos casos, corrupción; en la Polonia rusa la mayoría de los empresarios eran alemanes, que aprovechaban la ventajosa fiscalidad y el precio de la mano de obra. En el sur, la ciudad de Donetsk fue fundada por el empresario galés John Hughes, quien levantó una fábrica de acero —bautizada Iuzkova en su honor— y abrió varias minas de carbón en la región que más tarde se conoció como Donbass, el músculo minero-industrial de Ucrania. Minas y acerías estaban íntimamente conectadas con el desarrollo de los ferrocarriles.

También como en muchos otros países, los empresarios rusos estaban vinculados —o lo habían estado— con el mundo del funcionariado o la política; o tenían los necesarios buenos contactos en el poder para facilitar los negocios. No faltaban aristócratas reconvertidos en hombres de negocios. Algunos nombres importantes habían hecho su capital con la explotación del monopolio del vodka: perfiles que recuerdan a los oligarcas de la era postsoviética, un siglo más tarde. Como es natural, la corrupción era habitual, sobre todo en relación con el boom del negocio ferroviario.

No todo eran industriales y banqueros. La naciente sociedad industrial necesitaba de técnicos; en cuarenta años se fundaron escuelas de ingeniería e institutos politécnicos en diversas ciudades, incluyendo uno en Tomsk, Siberia, y concluyendo en el célebre Instituto Politécnico de San Petersburgo. Por lo tanto, se desarrolló una clase técnico-profesional que se sumaba a la burguesía comercial y de negocios para dar lugar a una clase media rusa urbana. Mientras tanto, miles de campesinos acudieron a trabajar a las ciudades dando lugar a una verdadera clase trabajadora industrial. Entre 1861 y 1913 se multiplicó por tres, pasando de uno a tres millones. A esa cifra se sumaba otro millón de empleados en las extensas redes ferroviarias y más de dos añadiendo a los temporeros —por ejemplo, en el sector de la construcción— y empleados domésticos[23].

La Rusia urbana crecía con inusitado vigor dando lugar a un nuevo tipo de sociedad: agrupaba a más del 15% de la población rusa en la que se mezclaban personas de todas las procedencias sociales y nacionales. A

partir de 1859, también debido a las reformas modernizadoras, muchos judíos salieron de la denominada Zona de Asentamiento en la que habían sido confinados desde el siglo XVIII, como resultado del reparto de Polonia y la adquisición de las regiones de ese imperio multinacional pobladas por judíos. Se establecieron en muchas ciudades rusas o ucranianas y en San Petersburgo surgió una próspera comunidad comercial e intelectual que sumaba 35.000 personas. Muchos de ellos, gracias a nuevas y permisivas leyes, se asentaron como colonos agrícolas en el sur de Ucrania, esa zona denominada Nueva Rusia. Los polacos se distribuyeron por todo el Imperio, muchos ucranianos se establecieron en Siberia. Los alemanes del Báltico ascendieron en las esferas más altas de la administración del Estado, pero también en el Ejército o el mundo de los negocios.

Así que, paradójicamente, las reformas iniciadas para poder reimpulsar la misión del Imperio ruso en el mundo lo estaban cambiando internamente hasta el punto de que a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX ya no quedaba nada claro cuál era la justificación última de su existencia. Alejandro II había impulsado las grandes reformas de los años sesenta del siglo XIX, y estaba poniéndolas de nuevo en marcha cuando fue asesinado en 1881. Pero Alejandro III, conservador y reaccionario, ya no tuvo tan claro por dónde seguir. Persistió en mantener el sistema autocrático del zarinato; pero no pudo llevar a cabo la involución de las reformas legales ya aplicadas. De hecho, apoyó la opción desarrollista e intentó mantener el rumbo y evolucionar hacia alguna variante actualizada de la misión de Rusia.

Sin embargo, resultaba cada vez más difícil establecer cuál podría ser. El Imperio seguía creciendo y cumpliendo con la histórica misión de extender las fronteras de la cristiandad. De momento había quedado cerrado el camino hacia Constantinopla, pero en los años ochenta las tropas rusas completaron la conquista de Asia Central. De paso, contuvieron eficazmente a los británicos en el Gran Juego; estos, además, se habían retirado de Afganistán en 1881 tras un nuevo intento de conquista emprendida tres años antes.

Pero eso parecía no bastar en un momento en el que las bases esenciales de la Rusia tradicional se estaban transformando. El poder de la misma

aristocracia estaba en franco declive. La mayoría no había logrado reconvertir sus explotaciones hacia la agricultura moderna tras la abolición de la servidumbre en 1861 y acabaron vendiendo sus propiedades. En ese año, tomándolo como punto de partida, era suya toda la propiedad privada agrícola; a comienzos de la Primera Guerra Mundial solo le quedaba la mitad[24]. En el terreno de la administración les hacía una competencia directa la nobleza de servicio, formada por funcionarios convertidos en aristócratas en virtud de los servicios prestados. No eran muchos y eran abiertamente despreciados por la vieja nobleza; pero tenían poder y resultaban útiles. Por lo demás, los funcionarios no eran numerosos —tan solo unos 400.000 en 1897— y estaban mal pagados. Sucedía lo mismo con el clero, que vivía mayoritariamente entre el campesinado y sobrevivía de lo que obtenía de su propia parcela privada de tierra. La Iglesia, que dependía directamente del Estado, también pugnaba por sobrevivir.

Por lo tanto, la adecuación regeneracionista del Imperio en los años sesenta no solo no había logrado relanzar su misión expansionista sino que estaba distorsionando seriamente la estructura social básicamente estamental sobre la que se basaba el régimen zarista. Contemplada desde Occidente, Rusia seguía siendo la de siempre, un gigante subdesarrollado cargado de *mujiks*, una sociedad agraria muy tradicional gobernada por una autocracia de corte medieval que basaba su poder en su inmenso tamaño inatacable y en el peso de su demografía que había explotado en tan solo medio siglo. En 1860 el total de la población rusa era tan solo de 74 millones; en 1912 alcanzaba los 171 millones: un incremento de casi un 150% en tan solo medio siglo. A pesar del espectacular boom industrial, 120 millones de rusos pertenecían al campesinado a comienzos del siglo XX.

Ahora bien: la abolición de la servidumbre supuso mover la piedra angular del orden social y económico del viejo Imperio ruso, y sus consecuencias tuvieron un alcance decisivo. La nobleza perdió poder económico y social directo en el campo, y también político, en el Estado. Es cierto que se le asignó un papel central en los *zemstvos*, las asambleas de autogobierno instituidas en la Rusia europea a partir de 1864, tanto para los distritos como para las provincias[25]. En ellos, todas las clases debían estar representadas aunque el 74% eran nobles, puesto que la elección de los

miembros destinados a los consejos y juntas se hacía en base a curias definidas por pertenencia social y propiedades. De esa forma, los *zemstvos* funcionaron como una especie de garantía del nuevo orden rural propiciado por la abolición de la servidumbre, en tanto en cuanto ejercían tareas locales, a partir de la autofinanciación en base a impuestos sobre bienes inmuebles. Pero entre esas tareas estaban la educación en las aldeas, servicios veterinarios, sanidad, mantenimiento de carreteras o elaboración de estadísticas. Y solo el gobernador podía supervisar la legitimidad de las decisiones del *zemstvo*, que permanecía así libre del control burocrático. Por lo tanto el sistema implicó de forma más directa y controlada a la aristocracia en las transformaciones debidas a la abolición de la servidumbre y la reforma agraria. Eso supuso ampliar el sistema educativo —y eso se fue notando en el campo— incluyendo a todas las categorías sociales. El sistema judicial también se modernizó ganando en independencia e incluyendo a jurados populares.

Por otra parte, no se puede decir que toda la masa del campesinado fuera uniforme. En la extensa Siberia, por ejemplo, los colonos podían terminar convirtiéndose en prósperos granjeros, hasta el punto de que empresas norteamericanas intentaban vender allí, directamente, maquinaria agrícola en una escala inimaginable en el resto de Rusia. El problema en esa gigantesca región de Rusia no eran los terratenientes, sino su carácter remoto y la dureza de la geografía; todo ello combinado hacía que lograran llegar pocos colonos —unos 30.000 al año en 1891— y de ellos un porcentaje muy elevado —hasta un tercio— murieran al poco tiempo. Más acá de los Urales, la imagen tópica es la prevalencia del campesino pobre y atrasado. Sin embargo, existían importantes diferencias entre la población rural de la Moscovia original, que se extiende hasta la actual Bielorrusia, con tierras de bajo rendimiento y miseria generalizada, y las ricas tierras negras entre el Dniéster y el Volga, donde el campesino era más libre y completaba sus beneficios con la explotación de la ganadería porcina. Más allá, el problema de los colonos en las estepas era la sequía y no tanto los terratenientes. Mientras tanto, los campesinos compraban como podían las tierras de los nobles. Entre 1877 y 1905 adquirieron 20 millones de hectáreas, lo cual equivalía al 26% de las tierras de los terratenientes[26].

Hubo problemas de capitalización, de capacitación y de medios, pero sobre todo la complejidad provenía del enorme tamaño del proceso que implicaba a millones de campesinos y de la intrincada interacción de los factores económicos, que el gobierno no podía controlar adecuadamente. La demanda de tierras por el campesinado liberado encareció su precio, mientras que la oferta de grano americano le supuso una dura competencia a los cereales rusos en el mercado internacional.

Así que el crecimiento industrial no interactuaba con la agricultura en desarrollo, la estructura de la economía rusa evolucionaba de manera peligrosamente desequilibrada y esa coyuntura, a partir del momento en que se completó la conquista de las remotas tierras de Asia Central y se detuvo el impulso expansionista, dejaba en el aire, a mediados de los años ochenta del siglo XIX, cuál era el sentido último del mayor imperio continental del mundo.

---

19 Jean Meyer (2007): 22. La población total de Rusia por entonces era de 171 millones de habitantes.

20 Ibíd., p. 23.

21 Hoskings (2014): 94 y 112.

22 La única línea existente, anterior a 1855, era la que unía Moscú y San Petersburgo, la denominada Nikolevskaia, en honor al zar Nicolás I.

23 Bushkovitch (2013): 243-244.

24 Ibíd., p. 30.

25 Los *zemstvos* se instituyeron en 34 provincias rusas. Quedaron excluidos de este sistema: toda Siberia, y las provincias de Arjangelsk, Astraján y Oremburgo, donde había muy pocos terratenientes. El sistema tampoco se extendió a regiones situadas en las fronteras del Imperio: Polonia, Países Bálticos, Cáucaso, Kazajistán y Asia Central. Budnitskii (2004).

26 Meyer (2007): 32. En concreto, la propiedad de los nobles pasó de ser el 78% del total a solo el 52%.

## CAPÍTULO 3

# EL GRAN ENVITE IMPERIAL
# Desarrollismo y expansión hacia Oriente, 1891-1904

En su estudio sobre la historia de los imperios, Jane Burbank y Frederick Cooper desarrollan una interesante comparación entre espacio e imperio entre Rusia y los Estados Unidos, ambos dos enormes imperios transoceánicos del siglo XIX, y explican cómo,

> […] la manera rusa de gobernar a pueblos distintos permitió al emperador y a los funcionarios reconfigurar los derechos de los súbditos sin tener que pasar por una sangrienta guerra civil por la esclavitud como la que estuvo a punto de destruir al incipiente imperio americano[27].

Los autores hacían referencia así al hecho de que la abolición de la servidumbre en Rusia, en una fecha tan tardía como 1861 solo antecedió en cuatro años al fin de la esclavitud en los Estados Unidos, lo cual fue consecuencia de la guerra de secesión (1862-1865) que costó 620.000 vidas.

El parangón no solo ilustra cuán relativa puede llegar a ser la percepción histórica de lo que en un momento dado se considera modernidad o progreso social. La comparación entre los Estados Unidos y Rusia ponía de relieve cómo la guerra civil se había librado por la unidad nacional en primer lugar y solo después por la cuestión de la esclavitud[28]. Desde ese punto de vista, la XIV Enmienda surgida de la victoria sobre el Sur liquidó la idea de que los Estados Unidos de América eran una confederación de estados miembros de la que podían retirarse a voluntad. Triunfó en cambio el tópico de que Estados Unidos eran un estado nacional compuesto por un

pueblo irrevocablemente unido, dejando de ser un Estado integrado por estados.

La XIV Enmienda completaba el trasfondo imperialista de la «Doctrina del destino manifiesto» formulada en 1845 por el periodista John L. O'Sullivan para justificar la anexión de Texas y Oregón:

> El cumplimiento de nuestro destino manifiesto es extendernos por todo el continente que nos ha sido asignado por la Providencia, para el desarrollo del gran experimento de libertad y autogobierno. Es un derecho como el que tiene un árbol de obtener el aire y la tierra necesarios para el desarrollo pleno de sus capacidades y el crecimiento que tiene como destino[29].

Pero lo hacía transformando a los Estados Unidos en un estado-nación en el cual no todos los pueblos que lo habitaban tenían los mismos derechos nacionales: los indios de las praderas, por ejemplo, no obtuvieron derechos de ciudadanía hasta 1924. Negros o mexicanos, inmigrantes procedentes de determinados países recibieron también trato legal diferenciado durante décadas. De hecho, no se pagaron compensaciones a los propietarios de esclavos y muchos de estos se arruinaron. Junto con la forzada reconstrucción del Sur que llevó a la «desagriculturación» de su economía, la guerra de secesión tuvo un efecto parecido a la abolición de la servidumbre en Rusia, pero a la inversa. En los Estados Unidos, el año 1865 marcó la llegada en el proceso de transformación hacia el estado-nación; en el caso del Imperio ruso, 1861 fue el punto de arranque, pero involuntario. En realidad se trataba de dos fenómenos muy diferentes, por cuanto los Estados Unidos eran una república —independizada de un Imperio y un rey, Jorge III— mientras que Rusia era en sí misma un imperio a cuyo frente estaba un emperador desde el siglo XVI. En tal sentido, «el compromiso de los líderes rusos con los numerosos pueblos presentes en los territorios que se extendían desde el centro de sus dominios dio lugar y forma a una política imperial sumamente duradera»[30]. El concepto «súbdito» comportaba el reconocimiento pragmático de la diferencia, a partir de lo cual las relaciones sociales, las normas preexistentes y las creencias

religiosas quedaban intactas. Ello era posible porque el emperador delegaba parte de la autoridad del Estado en líderes locales de confianza.

Pero durante el siglo XIX la misión imperial quedó cada vez más en entredicho debido a los cambios sociales y económicos, la situación internacional y el auge del nacionalismo. Primero prendió en la Polonia rusa, donde en 1830 la nobleza polaca organizó una insurrección coincidiendo con alzamientos que se produjeron ese mismo año en París contra Carlos X, en el norte de Italia contra los Habsburgo y en Bélgica contra la dominación holandesa. La contraofensiva ideológica del zar Nicolás I consistió en exaltar los valores tradicionales de Rusia: «Virtud, obediencia y espíritu cristiano». Con el tiempo, y en esa misma década, fue concretándose en: «Ortodoxia, autocracia e identidad nacional». La intención de Nicolás pasaba por reafirmar la base autocrática tradicional del Imperio, pero la introducción del ideario nacional panruso generaba un oxímoron insalvable. Esto no fue un problema específico del Imperio ruso a lo largo del siglo XIX. En el reunificado Reich alemán, Paul de Lagarde rechazaba la Alemania industrial y cosmopolita, liberal y desarrollista. Pero, sobre todo, el empeño principal pasaba por germanizar a las nacionalidades que integraban el Imperio, incluyendo a los polacos, ucranianos, alsacianos, daneses y, sobre todo, judíos. En el vecino Imperio de los Habsburgo, las tensiones nacionales, incompatibles con la tradicional estructura patrimonial del poder, llevaron a ese complejo acuerdo que fue el *Ausgleich* de 1867, por el cual se refundó como Imperio austrohúngaro.

Los nacionalistas tendían a propugnar la transformación del Imperio en un enorme estado-nación, lo que incluía integración forzosa, conversiones religiosas y más autoritarismo. Ese debate político tenía lugar en el resto de los imperios, pero en aquellos transoceánicos, como el británico o el francés, las experiencias más o menos brutales o los fracasos administrativos acaecían en provincias remotas, y afectaban a poblaciones no europeas en otros continentes. Así, en la metrópoli, los ciudadanos británicos podían abstraerse de las terribles hambrunas acaecidas a finales del siglo XIX en la India, en la cual las políticas imperiales y la misma pasividad del gobernador general, lord Lytton, habían tenido una buena cuota de responsabilidad. Los diversos pueblos y sus circunstancias

particulares estaban separados entre sí y con respecto a la metrópoli por la estanqueidad geográfica. Pero en imperios transoceánicos compactos o imperios metropolitanos, en los cuales todos los pueblos colonizados estaban agrupados en el interior de unas mismas fronteras continuadas, encontrar políticas nacionales comunes, «nacionalismos imperiales», podía equivaler a dar con la cuadratura del círculo. De cualquier forma, la expansión del nacionalismo socavó profundamente a todos los imperios europeos en el siglo XIX y de hecho fue el origen del antiimperialismo internacional que estalló a comienzos del siglo XX.

En Rusia, las primeras manifestaciones políticas de nacionalismo fueron las diversas corrientes del paneslavismo. Ya en la década de los años treinta del siglo XIX, los filósofos Ivan Kireyevsky y Aleksei Jomyakov sentaron las bases del movimiento eslavófilo. Denostadores de lo que veían como decadencia occidental debido a la incapacidad de solventar los problemas espirituales, rechazaban por igual capitalismo y socialismo. En el fondo, el fallo sistemático era de raíz religiosa. En palabras de Jomyakov: «Roma mantuvo la unidad a expensas de la libertad, mientras los protestantes tienen libertad, pero no unidad»[31]. Kireyevsky criticó el individualismo de la sociedad occidental en contraste con el *sobornost* o eterna comunidad espiritual de los cristianos propia de la sociedad rusa. Otro nombre importante de esa época era Konstantin Aksakov, especializado en el estudio del antiguo orden social ruso, en particular la religiosidad campesina y su misión histórica. Los eslavófilos eran regeneracionistas, pero sus modelos estaban en el pasado idealizado y romántico. Nada más llegar al poder, vieron al nuevo zar Alejandro II como el impulsor de sus propuestas, de ahí que el mismo Aksakov le instara a reinstaurar los *Zemski sobor* o consejos estamentales de los siglos XVI y XVII en el campo. Por su parte, el también eslavófilo Yuri Samarin fue uno de los activos partidarios de abolir la servidumbre.

En relación al poder autocrático del zar en el siglo XIX, el nacionalismo eslavófilo poseía a la vez una calidad tradicionalista y progresista que el poder del monarca no veía con buenos ojos, porque su desarrollo, de una forma u otra, limitaba el concepto patrimonial del Estado. El poder, que los zares consideraban cedido directamente por Dios, venía limitado por la

comunidad nacional. Algo similar sucedía con el sultán turco: los imperios ruso y otomano estaban ambos gobernados por autócratas que se negaban en redondo a la monarquía constitucional y las iniciativas tendentes a impulsar «nacionalismos imperiales» podían ser percibidas por los emperadores como políticas que menoscababan su figura como principio y fin del poder imperial. Así, Nicolás I envió a Yuri Samarin a la Fortaleza Pedro y Pablo y el diario de Kiriyevsky, *Yeropeyets [El Europeo]* solo pudo publicar dos números antes de ser prohibido.

Pero el debate nacionalista en la Rusia del XIX trascendía ampliamente el ámbito estrictamente político. La excelente literatura rusa actuó todo el tiempo como caja de resonancia, incluso antecediendo la articulación intelectual de la eslavofilia, o influyendo en ella. Konstantin Aksakov fue el primero en publicar un estudio sobre *Las almas muertas* de Nikolái Gogol, cuyas sátiras tenían una base conservadora de carácter religioso y en parte criticaban a una Rusia que no se estaba desarrollando de forma auténtica, de acuerdo a su potencial real. Pero en este caso, la obra de Gogol sí gustó a Nicolás I; y a Visarón Belinski, el gran campeón de los occidentalizadores. Dostoyevski o Tolstoi, el compositor Músorgski y otros muchos grandes maestros convirtieron sus obras imperecederas en campo de batalla del debate nacionalista. La prensa, cada vez más potente y menos censurada, recogía y ampliaba las discusiones.

Resulta curioso constatar hasta qué punto el nacionalismo infectó a otras opciones políticas. Así los *narodniki* o populistas que protagonizaron la «idea hacia el pueblo» en los años setenta del siglo XIX incluían en su ideología socialista un importante componente nacionalista: suponían que el campesino ruso era el elemento básico de la revolución por cuanto su sencilla forma de vida comportaba de forma inherente un instinto socialista básico. Pero eso era algo propio del alma campesina específicamente rusa. Lo cual explica que un activista judío incluso se convirtiera a la ortodoxia en la esperanza de acercarse más a tales esencialidades[32]. Así que las fronteras entre lo que se defendía y quién lo hacía o por qué no siempre quedaban claras, pero el nacionalismo era una opción que se imponía a través de los vehículos más diversos. Al fin y al cabo, la abolición de la servidumbre había supuesto mover la piedra angular del orden social y

económico del viejo Imperio ruso, y sus consecuencias tuvieron un alcance decisivo. Se amplió el sistema educativo, incluyendo a todas las categorías sociales. El sistema judicial también se modernizó ganando en independencia e incluyendo a jurados populares. Todo ello supuso introducir en Rusia el concepto de ciudadanía en tanto en cuanto las leyes eran iguales para todos. Pasaba así a la historia la célebre afirmación del conde Alexander von Benckendorff, fundador y jefe de la Gendarmería y la policía secreta en tiempos de Nicolás I, según la cual «las leyes estaban escritas para los súbditos, no para los gobiernos»[33]. Sin embargo, el concepto que se manejaba era el de ciudadanía rusa[34]. En el cambio de siglo, según el censo de 1897, los rusos solo constituían el 44% del total y eran la nacionalidad que crecía más lentamente. De ahí las medidas de rusificación emprendidas a partir de 1881 y que implicaban la enseñanza de otras lenguas nacionales en las escuelas del Imperio o la utilización obligatoria del ruso en la administración y la justicia. La alfabetización de Rusia, que pasó del 21% de la población en 1897 al 40% en 1914[35] era sinónimo de civilización, pero se hacía en ruso, no en las otras lenguas de los pueblos del Imperio.

Con todo, la rusificación del Imperio nunca se implementó plenamente; había ideas muy diferentes sobre cómo hacerlo, y significaba cosas muy diferentes según los distintos grupos nacionales y sociales. Por ejemplo, la rusificación en las provincias bálticas fue bien vista por letones y estonios, deseosos de huir de la hegemonía social y cultural de la oligarquía alemana. En Asia Central, la rusificación era sinónimo de civilización y se intentó aplicar como lo haría cualquier potencia imperialista de la época, mediante la colonización de sus tierras por rusos o poblaciones de tradición sedentaria, la educación, la sanidad y las infraestructuras[36]. Pero en conjunto, los patrones del viejo Imperio, basados en el reconocimiento pragmático de la realidad pluricultural y pluriconfesional de los súbditos del zar, se habían puesto ampliamente en entredicho.

Por lo tanto, también aquí el Imperio ruso veía cómo se difuminaban sus perfiles hacia finales del siglo XIX. Una vez más, los viejos modelos, la coherencia, justificación y misión del Imperio, todo eso desaparecía sin que algo nuevo surgiera para sustituirlo.

En 1891 pareció tocarse fondo. Ese año, los vientos polvorientos y la sequía arruinaron las cosechas en Rusia y la hambruna se extendió desde los Urales al mar Negro, amenazando a 36 millones de personas. A continuación, se declararon sendas epidemias de cólera y tifus. La tragedia tuvo una profunda repercusión en la sociedad rusa, que se politizó y radicalizó ante la ineficacia del gobierno en afrontar la situación. Parecía inevitable afrontar la constatación de que el Estado zarista estaba en bancarrota. Y ante esa situación, las diversas instituciones de esa sociedad se organizaron por sí mismas e intentaron hacer frente a las consecuencias humanas de la hambruna[37]. En cierta manera, una parte importante de los actores que protagonizaron la revolución de 1905 —o sus prolegómenos— se pusieron ya en marcha en 1891. Los *zemstvos* se organizaron en redes territoriales para distribuir alimentos y medicinas; pero también surgieron comités de nobles y notables; médicos y estudiantes se ofrecieron voluntarios, las tendencias populistas resurgieron con fuerza y, en líneas generales, prendió la conciencia de nacionalidad.

Sin embargo, transcurrieron casi tres lustros entre 1891 y la revolución de 1905. Parece indudable que la hambruna fue un grito de alarma comparable al desastre nuclear de Chernóbil, casi un siglo más tarde; y de similar entidad: una catástrofe en el desarrollo económico y tecnológico. En 1986 dio lugar a un impulso reformista, la *perestroika*. La tragedia de 1891 estuvo en el origen del boom industrial de los noventa en Rusia, que acompañó a todo un proyecto desarrollista en el que confluía también una cierta propuesta ideológica. Todo ello sucedía, conviene recordarlo, en los últimos años del reinado de Alejandro III, un zar que había comenzado abrazando la autocracia pero había terminado por aplicar una política nacional que su padre, Alejandro II, había perseguido esporádicamente. La propuesta política no era explícita; de hecho incluía ideas paneslavistas con modernas adaptaciones de la idea imperial. Mijail Katkov y su «nacionalismo imperial» constituía una encarnación significativa de esta línea regeneracionista:

> En Rusia existe una nacionalidad dominante, un idioma dominante, desarrollado tras siglos de vida histórica. Sin embargo, existen en

> Rusia multitud de tribus, cada una con su propia lengua y sus propias costumbres; existen países completos, con sus tradiciones y caracteres. Pero todas esas tribus y regiones, extendidas a las fronteras del Gran Mundo ruso, constituyen sus partes vivientes y sienten su unidad con él, en la comunión de Estado y poder supremo en la persona del zar[38].

Recogía en parte elementos de la herencia nacionalista, pero también conceptos de su etapa como simpatizante de los modelos occidentales. El Reino Unido era el principal de ellos, al agrupar a ingleses, escoceses, galeses y al menos una parte de los irlandeses en una conciencia cívica compartida sin destruir sus diferencias nacionales. Por lo tanto, zar, autocracia y unión en la diversidad. Un desafío que no estaba plenamente codificado y tomaba sugerencias de aquí y allá, aportaciones clásicas e ideas nuevas. Pero que vendría refrendado con la evolución del Imperio, con los hechos.

Al frente del impulso desarrollista que uniría a los pueblos del Imperio en la civilización rusa bajo la tutela del zar se encontraba el hombre providencial: Serguéi Witte, brutalmente enérgico y trabajador, devoto monárquico, con grandes aptitudes como administrador y conocedor de las complejidades del mundo de los negocios. Comenzó trabajando en la empresa privada ferroviaria y a lo largo de los años ochenta se convirtió en uno de los mayores expertos rusos en ferrocarriles, terminando por gestionar toda la red del Sudeste ruso. Alejandro II lo nombró responsable de los servicios ferroviarios en 1889 y en 1893 se convirtió en ministro de Finanzas.

Desde esos puestos, Witte lanzó a Rusia con decisión hacia el pleno desarrollo capitalista, con el objetivo de incluir al Imperio en el club de la élite de las potencias industrializadas. Aplicó una férrea política proteccionista, incluyó el rublo en el patrón oro, en 1897, y con la estabilidad conseguida se ganó la confianza de los inversores internacionales, especialmente los franceses. Mejoró el sistema fiscal, lo que también repercutió en una fuerte acumulación de capital. Fueron los años del desarrollo de la industria pesada rusa; la generación de los

capitales de empresa pioneros estaba desapareciendo y en su lugar tomaron el relevo las corporaciones y el Estado, que se metió de lleno en el negocio ferroviario[39].

Rusia había concluido su expansión a comienzos de los años ochenta, con la conquista de los territorios del actual Turkmenistán, en Asia Central, conteniendo de paso la progresión británica en la zona. Precisamente por entonces, el resto de las potencias europeas comenzaban a enfrascarse en el reparto de África, alcanzando su frenesí la expansión imperialista. Aparte de un más que tímido intento por establecer un enclave ruso en las cosas de Somalia —de hecho, el actual Yibuti— en 1889, el Imperio de los zares no tenía interés real ni capacidad estratégica o logística por participar en el reparto del continente negro. En su lugar, Witte promovió la plena integración de Siberia mediante la construcción de un ferrocarril que facilitaría su colonización definitiva: el denominado Transiberiano, cuya construcción apoyó el zar sin dudarlo y se inició en 1891. En esa obra confluía el modelo de colonización americano —el ferrocarril transcontinental había sido tendido en 1869— y para ello en 1896 creó la Oficina de las Migraciones. Y también las ideas del alemán Friedrich List sobre el sistema de integración económica nacional, que interesaban mucho a Witte. Este no solo consideró el desarrollo de Siberia, sino también extender la producción de algodón al Asia Central y la explotación del petróleo descubierto en el mar Caspio: las nuevas formas de desarrollo económico de la mitad asiática del Imperio debían ser favorecidas.

El Transiberiano suponía apostar por la salida hacia el Pacífico, por Vladivostok (fundada en 1860), y competir con el resto de las potencias europeas y Japón por el control de Asia. Sin embargo, el trazado de la línea entre Chita y Javarovsk siguiendo el curso del río Amur, que constituía la frontera entre los imperios ruso y chino, no solo implicaba un inmenso rodeo, sino que presentaba dificultades técnicas que no serían definitivamente resueltas hasta la década de los cuarenta del siglo XX. La faceta de penetración económica había venido favorecida por la contundente derrota china en la guerra de 1894 contra Japón. Esta potencia emergente se había hecho con el control de Corea así como el estratégico puerto de Port Arthur[40]. Rusia se había presentado por entonces como

salvadora de Pekín: gracias a su presión, los nipones se habían retirado del enclave. A partir de ahí, San Petersburgo concederá créditos cuantiosos que China utilizará para pagar al año siguiente las compensaciones exigidas por Tokio, creará el Banco Ruso-Chino en 1895, una alianza militar de 1896, y obtendrá la concesión del Ferrocarril de la China Oriental. Esta coyuntura permite matar dos pájaros de un tiro: cerrar finalmente el ferrocarril transiberiano entre Chita y Vladivostok y asentar su presencia en Manchuria, que consolidará con el tendido de un tercer ferrocarril, denominado de Manchuria del Sur, entre Harbin, ciudad nacida de la construcción del ferrocarril de la China Oriental, y Port Arthur.

Es decir, un papel similar al desempeñado un siglo antes por Vladikavkaz en las estribaciones del Cáucaso, base de partida para la intervención en Georgia. En ese mismo año de 1898 se garantizó a los rusos el arriendo por un cuarto de siglo de la estratégica península de Liaotung y el derecho de construir un ferrocarril de Harbin a Port Arthur pasando por Mukden. Rusia ocupaba de facto la estratégica extensa y rica Manchuria. Desde allí, San Petersburgo comenzó a poner los ojos en Corea, cuyas costas supondrían para la flota rusa una salida abierta todo el año hacia el Pacífico. De esa forma se puso en marcha la concesión maderera del río Yalu, empresa comercial que era ya un primer paso hacia la futura anexión de la península.

El planteamiento ideológico de toda esta aventura corría a cargo de personajes como el príncipe Esper Ujtomski, adalid de la supuesta misión histórica del Imperio ruso en Asia y confidente especial de Nicolás II, al cual había acompañado en una gira por Asia Oriental, mientras era todavía zarévich. De aquel viaje, el que sería nuevo zar regresó con un profundo menosprecio racial hacia los japoneses, a quienes denominaba «monos»[41], y el inolvidable recuerdo de Otsu, donde ocurrió el primer intento de asesinato contra su persona, a manos de un radical japonés armado con una katana, del que se libró por la intervención *in extremis* de su primo Jorge, príncipe de Grecia. Ya a la muerte de su padre, Alejandro III, manifestó su entusiasmo por la expansión hacia Asia. Pero para él la estrategia hegemonista financiera y económica era algo secundario ante la pura expansión militar. Quedó en evidencia cuando, aprovechando una crisis

financiera a comienzos del siglo XX, en 1902 nombró al frente del Ministerio del Interior a Viacheslav von Pleve, también partidario de la línea dura tanto en Asia, como en la misma Rusia.

En realidad, para Nicolás II el envite poseía una importancia trascendental, aunque es posible que no se apercibiera de ello. Políticamente, en su programada expansión por Asia oriental los rusos se estaban alejando mucho de la tradicional política de diferencia legitimada[42], dado que ni la expansión imperialista de modelo occidental en Asia ni posibles anexiones serían compatibles con el perfil tradicional del Imperio ruso. Pero precisamente por ello el modelo híbrido permitía cumplir una vez más con la vieja misión expansiva a la vez que integraba a Rusia en el concierto de las potencias europeas. Y eso a pesar de que el Estado más grande del mundo era una autocracia.

En ese sentido, visto desde el exterior, el Imperio ruso era percibido como una superpotencia con un futuro incluso temible, a diferencia del tambaleante Estado que se podía percibir desde el interior. El 21 de julio de 1904 fue inaugurado el Transiberiano, que con sus más de 9.000 kilómetros lograba articular el inmenso territorio ruso, integrando a Siberia y haciendo realidad el concepto de Eurasia. Precisamente ese mismo año aparecía la primera gran teoría geoestratégica sobre el supercontinente: Halford Mackinder publicaba «The Geographical Pivot of History» en la revista de la Royal Geographical Society. El trabajo de Mackinder surgía del temor a que la gran masa continental de Eurasia, rica en recursos, cayera en manos de una potencia, que además podría aspirar a dominar el mundo. Dado que ya por entonces China y Rusia controlaban enormes porciones de ese supercontinente, es fácil entender la oportunidad histórica de ese. Además, Mackinder expresaba su temor ante el riesgo de que la potencia dominadora fuera totalitaria.

La teoría de Mackinder contradecía frontalmente la de Alfred Mahan sobre la importancia que suponía para las grandes potencias el control de las rutas marítimas. Para el británico, la era Colombina o del poder marítimo estaba a punto de concluir, mientras la del poder terrestre se estaba reafirmando. Predecía que los poderes terrestres lucharían por el predominio global y el vencedor estaría en posición de erigir un imperio

mundial. En tal sentido, Eurasia era un territorio continuo que representaba más de tres veces la extensión de Norteamérica, altamente favorable al movimiento por tierra. En el centro del gran supercontinente eurasiático se encontraba el «área-pivote», una zona inaccesible a los barcos, antiguamente abierta a los nómadas a caballo, y en 1904 susceptible de ser cubierta con una red de ferrocarriles. Mackinder identificaba a Rusia como la afortunada poseedora del área pivote.

---

27 Burbank y Cooper (2012): 344.

28 Ibídem, 367 y ss.

29 John L. O'Sullivan, «Anexión», *Democratic Review* (Nueva York), julio-agosto, 1845.

30 Burbank y Cooper (2012): 371.

31 Lossky (1952) p. 87.

32 Figes (2000): 121.

33 El conde Von Benckendorff había sido el comandante de las unidades irregulares y cosacos que actuaron contra la retaguardia de la Grande Armée, en 1812-1813.

34 El idioma ruso distingue los términos *russkiy (русский)*: persona de etnia rusa, y *rossiyskiy (российский):* habitante o natural de Rusia.

35 Figes (2000): 129.

36 Burbank y Cooper (2011): 480.

37 Figes (2000): 204. Este autor le concede una gran importancia a la hambruna de 1891 como punto de arranque hacia la revolución. Vid., asimismo: Figes (2015) donde explica el ciclo revolucionario ruso datándolo entre 1891 y 1991.

38 M. N. Katkov, 1863, *Собрание статьей по польскому вопросу [Colección de ensayos sobre la cuestión polaca]*, 1887; vol. 1, pp. 100-101; cit., en: Hosking (1998): loc. 6966-74.

39 Floyd (1970): pp. 29-33.

40 Actualmente, en chino: Lüshun; Port Arthur derivaba del nombre del teniente de navío británico William Arthur, quien capturó la base durante la segunda guerra del opio, en 1860.

41 Figes (2000): p. 51.

42 Burbank y Cooper (2012): p. 281.

## CAPÍTULO 4

# IMPERIO DE NAIPES
# Control, represión y corporativismo zarista, 1885-1904

En 1981, Arno Mayer describió en su obra *La persistencia del Antiguo Régimen* cómo en toda Europa el cambio real hacia sociedades liberales a lo largo del siglo XIX y primera década del XX se había llevado a cabo de una forma más incompleta de lo que transmiten los libros de texto al uso. Los cambios en la economía generados por la revolución industrial no supusieron en el Viejo Continente transformaciones sociales al mismo nivel. Hasta 1914, y eso fue válido para casi toda Europa, la aristocracia siguió conservando importantes cuotas de poder económico y, por lo tanto, político. Controlaba sectores clave de la agricultura, que hasta la Primera Guerra Mundial siguió siendo el principal sector de la mayor parte de las economías europeas. En Rusia, por supuesto, el 66% del empleo se situaba en el sector agrícola, el cual representaba el 35% del ingreso nacional y el 70% de sus exportaciones, al ser la mayor exportadora de cereales del mundo. Pero si consideramos que en la muy industrializada Alemania el 40% de la población seguía viviendo en localidades agrarias de menos de 10.000 habitantes y que el campo representaba el 20% del ingreso nacional, el Imperio de los zares ya no parece un caso tan excepcional.

En esa Europa, los terratenientes poseían la mayor parte de las tierras cultivables y, salvo en el caso de Francia, la inmensa mayoría de ellos pertenecía a la gran o pequeña nobleza. Debido a ello, ostentaban todavía un poder preeminente en el poder político, en el legislativo y en los gobiernos. Controlaban las cámaras altas de los parlamentos, sus partidos tenían un gran peso electoral en unos tiempos en los que el sufragio era todavía censitario y podían contar con el respaldo electoral del

conservadurismo agrario en mayor medida que la burguesía industrial, que «carecía de masas que la siguieran, reconocieran su superioridad y le dieran una garantía de apoyo o entusiasmo popular»[43].

Parece evidente que el Imperio ruso llevaba retraso incluso con respecto a los modelos occidentales, pero ellos eran la intención final, al menos aproximada, en la evolución política y social que se había ido impulsando a partir de Alejandro II el Libertador. La trágica muerte de este zar en el atentado de 1881 hizo que Alejandro III comenzara su reinado explicitando poco menos que sus intenciones autocráticas, aunque pronto se dejó ganar por el proyecto desarrollista que iban marcando sus ministros más capaces, la *intelligentsia* rusa en formación y, sobre todo, las circunstancias evolutivas del capitalismo en el inmenso imperio. Su muerte prematura, en 1893, llevó al trono a su hijo, Nicolás II, sobre el cual su mismo padre no tenía una elevada consideración. Se han escrito volúmenes completos sobre este zar, retratado invariablemente como un hombre sin carácter, retraído y no muy inteligente. Siempre se enfatiza, porque él mismo lo hizo desde el momento de su entronización, su defensa acérrima de la autocracia, excluyendo cualquier forma de constitucionalismo, ni aún limitado. Es ocioso jugar a la historia contrafactual y especular si, con el tiempo, hubiera podido evolucionar como su padre. Intentó detener el tiempo y a comienzos del siglo XX ya no había margen para ello, y menos para un enorme, inmenso imperio como era Rusia.

Pero eso no quiere decir que no hubiera cabezas políticas trabajando en obtener como resultado final una «autocracia inteligente» que incorporara alguna forma de representatividad disimulada a escala de élites sociales, acompañada de concesiones variadas a la gran masa de la población y de control. Eso se correspondía a una autocracia populista o incluso fascista de las que vio muchas el siglo XX, con su «democracia orgánica». O incluso algo menos sofisticado: una autocracia sostenida por un modelo tecnocrático, riqueza de recursos exportables a gran escala e incluso alguna forma de misión exterior, como la actual Arabia Saudí o la China posmaoísta.

En ese esquema, Witte y Pleve eran las dos caras de una misma moneda, a pesar de que su relación personal fuera problemática. Curiosamente,

ambos, patriotas rusos a toda prueba, tenían orígenes germánicos. El primero era el cerebro del desarrollo tecnocrático y con él, una parte de la modernización del Estado. Pleve se convirtió en un personaje antipático para casi todo el mundo, incluso en los círculos de poder, hasta el punto de que la noticia de su asesinato, en 1904, se vivió con poco disimulado alivio. Y se aprovechó su precoz desaparición para atribuirle el protagonismo de impulsar la guerra contra Japón. Sin embargo, dada su reconocida ignorancia en asuntos de ámbito internacional, como la cuestión de Oriente, Pleve se mantuvo bastante al margen[44], y quienes realmente presionaron sobre el zar —que no necesitaba de mucha insistencia en este asunto— fueron personajes más de moda en la corte en aquellos tiempos, tales como el hombre de negocios y aventurero político Alexander Bezobrazov, hombre de confianza del zar, quien ya en 1896 había elaborado un informe prediciendo la guerra entre Rusia y Japón, es decir, haciendo una profecía autocumplida. En todo caso, Pleve terminó aliándose con Bezobrazov para erosionar la posición política de Witte. En cuanto a Pleve, su obra de gobierno no la llevaba en solitario. Y aunque en apariencia su gabinete fue desmontado tras su muerte, los bocetos de leyes y disposiciones fueron reformados, readaptados y aplicados solo un par de años más tarde; Gurko, Lykoshin y Krivoshein tuvieron un papel destacado en la redacción de las leyes que en 1906 supusieron la reforma agraria de Stolypin.

La función de Pleve, cuando fue nombrado ministro del Interior en 1902, había sido la de imponer orden y control en un momento en el cual Rusia atravesaba una etapa de transición muy delicada y no había lugar para la disensión y el desacuerdo. El objetivo político era el de forjar una autocracia fuerte capaz de irse adaptando a las condiciones cambiantes. La modernización y reformas eran necesarias, pero siempre impuestas y controladas desde arriba[45]. Para ello, Pleve tenía clara la necesidad de detener la rápida desafección de la aristocracia; también se imponía legislar alguna forma de reforma para el campo, que incluyese la plena propiedad de la tierra para el campesinado. Y consideraba la necesidad de ganarse al proletariado a fin de contrarrestar la presión radical desde la izquierda política.

Precisamente, ese fue uno de los empeños que más absorbieron la labor de Pleve, aunque también es cierto que constituía un problema central de los sucesivos ministerios del Interior desde que en abril de 1866 tuvo lugar un fallido atentado contra Alejandro II y las autoridades tomaron conciencia de que se enfrentaban al nuevo fenómeno de la propaganda por la acción[46]. El resultado fue la creación de un primer aparato de inteligencia interior, semilla de la futura policía política. Ese núcleo se amplió a raíz de un nuevo y más audaz intento de magnicidio en pleno Palacio de Invierno, en 1880. Pero se hizo a partir de una reorganización en profundidad de todo el aparato de control y seguridad del Estado, coordinado bajo una Comisión Ejecutiva Suprema ya bajo iniciativa del entonces ministro del Interior conde Mijail Lorís-Mélikov, un noble armenio de gran capacidad e inteligencia como administrador, que inspiró la estrategia de contrarrestar las causas sociales del descontento antes que acudir a la represión directa y las medidas extraordinarias. Lorís-Mélikov, desde su cargo ministerial, convenció al zar para relanzar el proceso de reformas, estancado desde hacía una década. Pieza maestra de su plan era la creación de un sistema consultivo a partir de los *zemstvos*, lo cual respondía a una realidad política y presentaba numerosas ventajas para una operación de reforma «desde arriba»[47]. Pero, además, constituía el primer esbozo de un amplio proyecto contrarrevolucionario.

El proyecto de Lorís-Mélikov quedó frustrado en origen, dado que en marzo de 1881 Alejandro II cayó víctima de las bombas de la organización socialista-radical *Národna Volya* [Voluntad Popular], nacida dos años antes. El atentado fue una operación muy bien organizada que agrupó a más de un centenar de conspiradores y de nuevo reformó la estrategia de control y represión del régimen zarista, impulsando varios centros de policía política secreta en grandes ciudades rusas. Resultado de ello fue el progresivo surgimiento de la *Ojrana* [Protección[48]] entre 1881 y 1882. A partir de entonces, la policía política rusa adquirió una marcada capacidad en la utilización de los agentes de penetración y provocación: esta variedad operativa se convirtió en su especialidad.

La plantilla de la *Ojrana* nunca fue nutrida: la primitiva organización fundada en 1866 agrupaba a solo una docena de investigadores en la que

sería mítica dirección de la *Ojrana:* Fontanka, 16, en San Petersburgo. A comienzos del siglo XX, no pasaba del millar de agentes[49], una élite muy escogida de expertos para un país inmenso con una población de 125 millones de habitantes, y que incluso atendía a operaciones en el exterior. Esta proporción no desentonaba con la que existía entre policía y ciudadanía en Rusia, muy inferior a la del resto de Europa, según el censo de 1897: 10.425 oficiales de policía y gendarmería y 94.150 agentes rasos de esos mismos cuerpos policiales más el de bomberos: un total de 104.575 efectivos que daban, grosso modo, 8 agentes por cada 10.000 habitantes[50]. Eso suponía que la ratio policía/habitante era siete veces superior en Gran Bretaña con respecto a Rusia, y cinco en Francia; eso era válido incluso para las respectivas capitales[51].

Esta situación se explicaba porque en el ámbito inmensamente campesino como era el Imperio ruso, muchas funciones policiales, administrativas y hasta judiciales quedaban delegadas en la acción comunal de los *mir* (aldeas) o en la Iglesia ortodoxa, que cumplía labores informativas o se ocupaba de juzgar y penalizar determinados delitos de su incumbencia. Por lo tanto, el «vacío policial» ayudará a explicar el colapso del Estado cuando tengan lugar las revoluciones. Pero mientras tanto, permitirá a la policía secreta especializarse en grupos radicales y terroristas en los ámbitos urbanos y provinciales.

El recurso a la infiltración de agentes en las células terroristas y grupos radicales llegará a poseer ribetes de virtuosismo. Uno de los casos más célebres fue el reclutamiento del bolchevique Román Malinovski, en 1910, que como informador de la *Ojrana* llegó a cobrar más que el propio director general de la policía rusa. Dos años más formó parte del Comité Central con el apoyo del mismo Lenin, que continuó engañado hasta 1917. Pero Malinovski no se limitó a filtrar información de gran importancia sobre los bolcheviques o denunciar a la policía a miembros destacados, como al mismo Stalin; también incluyó a otros infiltrados de la *Ojrana* en cargos importantes del partido, como al mismo editor del diario *Pravda*.

En ocasiones las consecuencias de estas infiltraciones fueron insólitas. Fue muy conocido el caso del infiltrado social-revolucionario Serguéi Degayev, que en un extraordinario juego de gato y ratón logró eliminar a su

controlador, el coronel Georgy Sudeykin en 1883, escapando a continuación a los Estados Unidos, donde llegó a ser un prominente matemático, fundador de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Dakota del Sur[52]. Sin embargo, este era un riesgo habitual en el manejo de agentes dobles en cualquier servicio de inteligencia del mundo. Diferente fue el caso de Yevno Azef, reclutado por la *Ojrana* en torno a 1892 o 1893, y que llegó a dirigir la Organización de Combate del Partido Social-Revolucionario, la cual terminó con la vida del ministro Pleve en 1904. Es decir, con el ministro del Interior al cual estaba adscrita la *Ojrana*.

Este dato es interesante por cuanto revela el empeño de la *Ojrana* no solo en controlar las redes terroristas y las militancias de los partidos radicales, lo que le permitió asestarles serios golpes y casi desmantelarlos en 1905. Había algo más: la voluntad de crear estructuras políticas propias, capaces de reconducir el movimiento obrero y las izquierdas hacia opciones sociopolíticas controladas por el Estado. Esta opción no fue anecdótica o puntual; formó parte de un esfuerzo consciente y continuado que incluso tuvo su propia denominación, aunque irónica: el «socialismo policial» o la *zubatovshchina* por referencia a Serguéi Zubatov, director de la oficina de la *Ojrana* en Moscú entre 1896 y 1902, él mismo un revolucionario arrepentido. Zubatov había sido un impulsor entusiasta del «socialismo policial», incluso en los interrogatorios de los detenidos, cuando les argumentaba que el Estado ruso Imperial podía hacer más por los pobres que terroristas y agitadores los cuales solo lograrían provocar la acción represiva del poder sobre el pueblo. No era el único que manejaba tales argumentos. El coronel Georgy Sudeikin también los utilizó con Degayev, años antes: le habló de la podredumbre del régimen zarista y le propuso que *Narodnaya Volya* liquidara a sus enemigos a cambio de que la *Ojrana* aupara a Degayev al liderazgo de la organización revolucionaria eliminando a sus competidores.

Pero Zubatov no se quedó en la propuesta de pactos cínicos. Entre 1901 y 1903 promovió y financió la creación de sindicatos progubernamentales tales como la Comunidad de Ayuda Mutua para los Trabajadores de la Industria Mecánica en Moscú e incluso experiencias más audaces como el Partido Obrero Independiente Judío.

En tales iniciativas, Zubatov tuvo el apoyo del controvertido gran duque Sergio Aleksandrovich, hermano del que había sido zar Alejandro III y cuñado de su sobrino Nicolás II. En los tiempos de Zubatov, el gran duque ejercía como gobernador general de Moscú y era un indiscutible defensor de la autocracia, en la línea inflexible del zar. Se mostró enérgico como gobernador de la ciudad, y en su labor se percibían rasgos que parecían inspirados en las ideas de la doctrina social de la Iglesia católica, por entonces en auge en Europa, y promovida a partir de la publicación de la Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII, en 1891. El impulso de decenas de organizaciones caritativas y filantrópicas, construcción de dormitorios para los estudiantes que llegaban a Moscú desde provincias y vivían en condiciones muy precarias o persecución del fraude comercial se combinaban con el apoyo al «socialismo policial», que Zubatov pronto extendió a otras ciudades como Kiev, Odessa o Minsk, conformando el esbozo de un «corporativismo zarista». Se suele recordar el gran momento de éxito de la *zubatovshchina*, el 19 de febrero de 1902, cuando 50.000 trabajadores se unieron a la procesión liderada por el gobernador general ante el monumento a Alejando II, el Zar Libertador, en conmemoración del decreto de emancipación de los siervos[53].

Sin embargo, las iniciativas sociales del gran duque Sergio Aleksandrovich se combinaron con una política activamente antisemita que supuso la expulsión de 20.000 judíos de Moscú —a lo largo de 1891 y 1892, en aplicación del ucase imperial del ministro del Interior—. La operación, perfectamente planificada en varias fases fue un ejemplo más del antisemitismo desarrollado por el zarismo en aplicación de un modelo de Estado autoritario de nuevo cuño hacia finales del siglo XIX.

El origen de ese antisemitismo beligerante arrancó del atentado que le costó la vida al zar Alejandro III en 1881. Ello sintonizaba con la acusación de que una parte destacada de los terroristas y militantes radicales de izquierdas eran judíos o que incluso el socialismo y el anarquismo eran inventos judíos. Pero esa argumentación conectaba también con otras motivaciones de mayor alcance. En primer lugar, con el auge del antisemitismo que tenía lugar en toda Europa por esas mismas fechas, lo cual implicaba la aparición de nuevos teóricos con argumentos más

«modernos» que comenzaban a incluir elucubraciones de base genética, comenzando por los célebres Arthur de Gobineau o Edouard Drumont, en Francia, y su Ligue National Antisemitique de 1889.

Pero este nuevo antisemitismo europeo estaba muy relacionado a su vez con el proceso de cambio social que comportó la revolución industrial y el auge de la burguesía. En ese contexto, obraba la «nacionalización de la lucha de clases» por parte de la derecha nacionalista en muchos países europeos, incluida Rusia. A partir de ahí, la nueva derecha de masas y la naciente ultraderecha radical —lo que poco tiempo después se denominaría fascismo— recurrirían al lenguaje seudomarxista más o menos implícito por el cual, efectivamente, la historia podía explicarse a partir de la lucha de clases, pero distribuida por segmentos nacionales, de una manera parecida a como Enrico Corradini hablaría de las «naciones proletarias» al igual que existen clases proletarias utilizando la lucha de clases para justificar el imperialismo.

En cualquier país de Europa, los judíos en su condición de pueblo disperso, no localizado en un determinado territorio, eran muy susceptibles de ser presentados como «la otra» clase media competidora, más que como una minoría nacional. En Rusia, además, podían ser señalados como rivales de unas determinadas nacionalidades porque, como ellas, los judíos del Imperio sí tenían una localización geográfica: el área de asentamiento establecido por la emperatriz Catalina la Grande en 1772, tras el primer reparto de Polonia. Esto suponía que los judíos quedaron fijados en los territorios bálticos, polacos y ucraniano, y que con las medidas antisemitas posteriores a 1881, eran devueltos o mantenidos en esas zonas.

Dado que por entonces estaba produciéndose la revolución industrial en la Polonia rusa y el renacimiento nacional en todos esos países, el antisemitismo fomentado por el gobierno era una forma de aglutinar los diversos sentimientos nacionalistas bajo el manto común del Imperio. Dicho de otra forma, el antisemitismo debía contrarrestar el empuje de los nacionalismos más agresivos. Por lo tanto, el antisemitismo de Estado iba más allá de ser una simple «distracción» política: era un componente más, y no marginal, del proyecto para crear un Imperio autocrático adaptado a los nuevos tiempos. No es de extrañar que la destilación de todos los elementos

en juego precipitara algo que se podría definir como el primer brote de ultraderecha populista y fascista de Europa, definida como una opción política de masas e impulsada desde el Estado a una escala que a comienzos del siglo XX era única en el Viejo Continente.

La utilidad práctica fue inmediata, con una vertiente internacional que no suele ser estudiada. Así, la oficina de la *Ojrana* en París, con la misión principal de luchar contra los terroristas o radicales rusos emigrados, pronto comenzó a generar panfletos y publicaciones antisemitas precisamente cuando París y San Petersburgo estaban en pleno periodo de aproximación diplomática que concluiría con la Alianza Dual de 1894. La *Ojrana* trabajó muy activamente para que los franceses invirtieran en Rusia[54] — Piotr Rachkovski, el mítico jefe de la *Ojrana* en París se hizo rico especulando en Bolsa— mientras tendía puentes hacia los teóricos antisemitas franceses, denunciaba conspiraciones de grandes banqueros judío-alemanes —especialmente los Rothschild— y al parecer hasta organizaba falsos atentados para forzar un acercamiento entre las policías francesa y rusa, primer paso hacia la alianza militar[55].

En las fronteras del Imperio ruso, la eficacia del antisemitismo instigado todavía obtuvo resultados más contundentes, especialmente en la Polonia rusa, la región con la mayor tensión social y política de todo el Imperio. Las causas eran bien conocidas: tras completarse el reparto de Polonia, en 1795, la alta nobleza polaca fue asimilada al Imperio con el estatus de aristocracia rusa, lo que implicó una afluencia muy destacada de nueva sangre azul al conjunto de la aristocracia rusa: hasta el 66% del total[56]. Esto era consecuencia de la importante proporción de aristócratas que caracterizaba la desaparecida República de los Nobles. El problema era que junto con esa alta hidalguía coexistía una extensa, enorme, pequeña nobleza, la cual poseía libertades y derechos propios desde los Estatutos de Nieswza, en 1454.

La derrota rusa en la guerra de Crimea y el proceso regeneracionista que le siguió también afectaron a la Polonia rusa, lo que supuso un progresivo aperturismo. Pero los debates sobre la emancipación de los siervos en el campo entre los magnates polacos fueron derivando hacia cómo capitalizar en beneficio propio la reforma agraria que se veía venir. A la vez, las

discusiones de la alta nobleza terrateniente en la Sociedad Agrícola, inaugurada por el conde Andrzej Zamoyski, terminaron por convertir ese foro en una especie de Dieta o parlamento semiclandestino, aunque siempre de tono moderado[57]. Por en medio se mezclaron las noticias sobre las recientes luchas de unificación italiana (1859-1861), que con su romántico *élan* garibaldino y la decisiva implicación de Francia hicieron concebir esperanzas de una posible guerra insurgente de liberación nacional entre los intelectuales más jóvenes y la pequeña nobleza, con cierto apoyo de algunos sectores del naciente radicalismo ruso de izquierdas.

Así, el denominado Alzamiento de Enero, en 1863, suele explicarse en los libros de texto como si no hubiera tenido que ver con la cuestión agraria, cuando de hecho los sectores radicales lo plantearon como un intento de adelantarse al zar en ofrecer a los campesinos un acuerdo propio sobre las tierras. El apoyo campesino al levantamiento, obra de los elementos más radicales, para espanto de la alta nobleza, fue más bien tibio —de entrada ni siquiera todos los campesinos eran polacos— mientras que los insurgentes, entregados a la guerra de guerrillas, no lograron hacerse con ninguna comarca para imponer en ella algún modelo de reforma agraria. En consecuencia, las autoridades rusas comenzaron a controlar la situación al año siguiente, y el decreto del zar Alejandro del 2 de marzo sobre la reforma agraria en tierras polacas hizo disminuir decisivamente el apoyo a la insurrección en el ámbito rural[58].

A partir de 1864 concluye la Polonia de los alzamientos románticos, a pesar de la dura represión que siguió y la severa política rusificadora. La situación internacional había cambiado, Prusia incluso había amenazado con intervenir en contra de los rebeldes, y con la derrota de Francia en la guerra franco-prusiana, el sistema de las grandes potencias queda establecido en Europa hasta 1914, sin lugar para las conspiraciones románticas, las legiones de voluntarios o los alzamientos. En el plano social, los campesinos pasaban a ser ciudadanos libres con la posibilidad de comprar la parcela de tierra en la que durante generaciones habían vivido y trabajado. Este mecanismo desencadenó una crisis en la sociedad polaca. Para los terratenientes polacos, fue un golpe serio, dado que las compensaciones fueron abonadas en forma de bonos pagaderos a largo

plazo, lo cual resultó insuficiente para reinvertir en la capitalización de las tierras. Los campesinos se convirtieron en mano de obra escasa o cara, ya que se dedicaron a trabajar sus tierras o emigraron. La caída del precio del grano especialmente a partir de 1885 por la competencia del grano americano barato y el proteccionismo alemán provocó aún más ruina y venta de propiedades[59].

Pero esa cadena de infortunios afectó sobre todo, fatalmente, a la pequeña nobleza polaca. Sin embargo, a diferencia de lo que había sucedido en Hungría, en la cual la burocracia estatal absorbió a la gran masa de la pequeña nobleza arruinada conforme se imponían las relaciones de producción de tipo capitalista en el campo, en el Imperio ruso la administración del Estado estaba en manos rusas. En consecuencia, buena parte de esa pequeña nobleza emigró a las ciudades, especialmente fuera de Polonia, por toda la extensión del Imperio, estableciéndose como profesionales técnicos o artesanos. Los más desfavorecidos incluso fueron a parar a las filas del proletariado.

Mientras tanto, en la Polonia rusa se produjo un temprano despegue industrial, nutrido por proletariado procedente del campesinado empobrecido que había perdido sus tierras —tuvo lugar un claro proceso de concentración de tierras entre 1872 y 1889—, las inversiones alemanas y el enorme mercado potencial que suponía el inmenso Imperio ruso. Surgió un empresariado polaco que dio lugar a una clase media de negocios, cuya actitud política dejaba de lado la confrontación violenta con el Estado ruso. Su expresión política fue la nacional-democracia o «Endecja» —por la abreviación ND, en polaco— y sus orígenes arrancaban directamente de la derrota de 1864. Con los años, se concretó en la Liga Nacional de 1889: propugnaba la solidaridad entre todas las clases sociales de Polonia —nada de lucha de clases— aunque buscaba movilizar políticamente al campesinado polaco, como eje vertebrador de las esencias nacionales. De aquí surgió, en 1897, el Partido Nacional-Demócrata (PND), aún clandestino, con los mismos postulados de base y la tercera vía como divisa: ni la aquiescencia ni la revuelta.

A partir de ahí, los *endekistas*, liderados por el carismático Roman Dmowski, fundador esencial del PND, se manifestaban contrarios a la

democracia liberal de corte occidental, por considerar que estaba dominada por la «influencia judeo-masónica» y no era compatible con la idea de una comunidad nacional coherente con un objetivo común[60]. Desde ese punto de vista, el nacionalismo del PND era excluyente hacia los lituanos y los ucranianos, pero sobre todo hacia los judíos. El feroz antisemitismo del PND era característico. Se basaba en la idea de que las clases medias y el comercio judíos eran una competencia que constituía una traba importante para el desarrollo de la burguesía polaca y una amenaza para el campesinado católico, y por tanto debilitaba la voluntad nacional polaca[61]. Esa idea de que las comunidades judías eran un elemento inasimilable en la comunidad polaca fue oportunamente aprovechada por las potencias de la partición para reforzar su papel dominador, y especialmente por Rusia.

Por lo tanto, el partido de la naciente burguesía polaca y los impulsores de la revitalización de la misión imperial rusa tenían en el antisemitismo un importante punto en común que, de momento, permitía salvar distancias e incluso unir fuerzas en la región del Imperio más complicada y estratégicamente expuesta.

Esta es una panorámica del Imperio ruso, durante el cambio de siglo, alejada de otra imagen, más habitual, según la cual la política interior se reducía poco menos que a un acto reflejo de mera defensa e incluso a la simple política del avestruz. En realidad, lo que se intentaba en Rusia entre 1885 y 1904 era reinventar el Imperio en un sentido profundamente autocrático, desde luego, pero adaptado a lo que en la Europa de la época se empezaba a entender por versión moderna de la autocracia. Y eso iba más allá de actos puntuales, ya fuera el pogromo de Kishinev en 1903, la política represiva de Pleve o las rocambolescas conspiraciones de la *Ojrana*. Todo ello formaba parte de una línea política coherente que buscaba algo más que contener. Entre 1885 y 1904 el Estado ruso fue un laboratorio adelantado de lo que pocos años más tarde se conocería como regímenes de ultraderecha, aunque en un sentido que trascendía el marco del estado-nación, y por tanto cualitativamente era algo más que el ultranacionalismo. También era más que un mero ejercicio de discusión teórica o de ensayo de propuestas ideológicas. Secciones enteras de la administración del Estado trabajaban en una gama de actividades que iban

desde la reorientación política del movimiento obrero a la integración de las nacionalidades del Imperio, una nueva política exterior (o sea, una nueva misión imperial).

Ahora bien: toda esa operación política se estaba haciendo sobre unas bases muy frágiles; en muchos aspectos era un verdadero castillo de naipes. Ello era debido, básicamente, a cuatro problemas. En primer lugar: la raíz de esa experiencia de ultraderecha imperial se basaba en una delicada y compleja articulación de intereses, equilibrios y voluntades en los más altos círculos de poder, y por lo tanto tenía un apoyo social e institucional muy frágil. Después, porque la iniciativa no tenía un líder enérgico y con las ideas mínimamente claras. Nicolás II estaba de acuerdo con todo ello mientras se preservara el objetivo inamovible de mantener la autocracia contra viento y marea. Pero no dirigía el proceso, y sin ello los círculos de poder agrupaban a hombres muy ambiciosos, sin escrúpulos y sin control que podían llegar a chocar entre sí, desestabilizando el sistema, como de hecho sucedía con la antipatía entre Pleve y Witte o las rocambolescas conspiraciones de la *Ojrana*. A continuación, y en tercer lugar, contribuían a la precariedad del sistema las desafecciones que se iban sumando, debido a la misma inexistencia de un liderazgo fuerte. Los cambios socioeconómicos de gran calado que se sucedieron desde 1861 habían supuesto la pérdida de peso de la aristocracia, cada vez menos entusiasmada ante un zar que deseaba seguir imponiendo una autocracia que no estaba interesada en hacerle concesiones y en cambio abría la puerta a banqueros e industriales. Por último, el destino de toda la experiencia de «reinvención del Imperio» en su conjunto dependía a corto y medio plazo de la azarosa coyuntura internacional. San Petersburgo se había manejado bien, incluso con nota, en el contexto diplomático europeo del cual tenía mucha experiencia. Pero en Extremo Oriente iba a cometer una trágica imprudencia que daría al traste con todo, hasta el punto de poner en marcha un ciclo revolucionario que solo concluiría cuarenta años más tarde.

---

43 Mayer (1984): p. 88.

44 Judge (1983): pp. 155-167.

45 Judge (1983): p. 243.

46 Payne (2015): vid. Part Seven-Karakozov.

47 Bushkovitch (2013): p. 224.

48 *Ojrana* era la abreviatura coloquial de *Okhrannoye otdelenie* [Departamento de protección], que a su vez acortaba el nombre completo de la unidad: Departamento para la Protección de la Seguridad Pública y el Orden.

49 Wassiliew (2008): p. 18.

50 Rogger (2014): p. 49.

51 Ibíd., pp. 55-56.

52 En la actualidad existe todavía una beca que lleva su nombre adoptado con la ciudadanía estadounidenses: la Dr. Alexander Pell Scholarship: http://www.scholarshiplibrary.com/wiki/Dr._Alexander_Pell_Scholarship_(University_of_South_Dakot)

53 Hingley (1970): p. 88.

54 Andrew (2014): pos. 2 de 415. En 1914, el 25% de la inversión exterior francesa estaba en Rusia, tres veces más que la destinada al propio Imperio francés.

55 Cohn (1983): p. 85.

56 Burbank y Cooper (2012): p. 375.

57 Lukowski y Zawadzki (2002): p. 165.

58 Ibídem, p. 172.

59 Leslie (1983): p. 41.

60 Polonsky (1975): p. 55.

61 Ibídem, p. 56.

## CAPÍTULO 5

# EL PESCADO SE PUDRE POR LA CABEZA
## A la guerra contra Japón, 1904

Desde Tokio, la penetración de Rusia en Manchuria y el norte de China se percibió como una iniciativa muy agresiva y preocupante. Tras haber aplastado militarmente a China en 1895, el tratado de Shimonoseki que el victorioso Japón le obligó a firmar fue revisado en la denominada Convención de Pekín, ese mismo año, por iniciativa de las potencias de la Triple Intervención, formadas por Rusia, Alemania y Francia. Los cambios impuestos fueron a favor de Rusia, en la medida en que Japón hubo de devolver la estratégica península de Liaodong, en cuyo extremo se situaba la base de Port Arthur. Para mayor humillación, Rusia no tardó con hacerse con el control del puerto, sin haber disparado un solo tiro. La rebelión de los bóxers en 1900 fue un nuevo pretexto para consolidar la presencia rusa en Manchuria, pero el volumen de efectivos y la rapidez con que fueron movilizados, gracias al avance de los ferrocarriles rusos en Manchuria, dispararon todas las señales de alarma en Tokio.

Aunque Manchuria quedó abierta al comercio con todas las potencias tras la rebelión de los bóxers (1900-1901), el hecho era que ninguna podía competir con la penetración económica rusa apoyada en el ferrocarril. Países que abogaban por una invasión eminentemente económica en el Imperio chino, como Estados Unidos y, en menor medida, el Imperio británico, empezaron a ver en Japón al posible freno al avance ruso y al gendarme que pudiera mantener las reglas del libre comercio en Manchuria; finalmente fue Gran Bretaña la que, con la simpatía del gobierno de Theodore Roosevelt, firmó un tratado de alianza con Japón en 1902.

En cuanto comenzó a quedar claro que los rusos no pensaban retirarse de Manchuria —desdiciéndose de las promesas hechas al gobierno chino— y

que ponían sus ojos en Corea, los japoneses propusieron una negociación para el reparto en áreas de influencia. La diplomacia rusa no se tomó a los japoneses en serio, en parte por puro y simple desprecio, anteponiendo la «misión histórica» del Imperio en Asia o la determinación ante el «peligro amarillo» a cualquier otra consideración. Pero además el nivel de sobrevaloración era casi tóxico, hasta el punto de que entre los confusos planes operacionales que se manejaban, uno contemplaba un desembarco en Japón para capturar al emperador[62].

A esas alturas desde Tokio se decidió no perder más tiempo y emprender una guerra contando con el factor sorpresa como baza inicial para enfrentarse a un inmenso imperio que solo en población triplicaba a la del archipiélago japonés. Con todo, el Estado Mayor nipón calculaba que las posibilidades de ganar no superaban el 50/50 y eso a costa de perder la mitad de los navíos de la flota[63]. Aun así, tras romper las negociaciones con los rusos y retirar su embajador de San Petersburgo, el 6 de febrero de 1904, una flota de combate abandonó el puerto de Sasebo; una parte de ella se destinó a tomar el de Chemulpo (Inchon en la actualidad) en Corea —vital para el control de Seúl— y la otra se plantó ante Port Arthur. Allí, la noche del 8 de febrero una flotilla de torpederos lanzó un ataque por sorpresa que bloqueó a la flota rusa del Pacífico. Los rusos no habían hecho preparativos para la defensa, ni dispersado los buques en previsión de un ataque; el almirante Alekséyev, al mando de la base, ni siquiera comunicó la ruptura de relaciones ruso-japonesas a sus oficiales[64]. El ataque fue en realidad de escasa entidad, dado que solo resultaron alcanzados tres navíos, aunque no hundidos. Pero el daño moral infligido a los rusos fue inmenso; nunca se recobraron de ese primer golpe, puesto que quedó en evidencia que los japoneses llevaban la iniciativa.

Los intentos de la flota rusa por romper el bloqueo del puerto fallaron, uno tras otro, con pérdidas de barcos y marinos. El 13 de abril, el buque insignia de la Flota del Pacífico, el *Petropavlovsk*, se hundió tras topar con una mina japonesa y con él pereció el almirante Stepan Makarov, el más eficiente y prestigioso almirante de la Flota rusa, que parecía capaz de defender adecuadamente Port Arthur y por el cual se celebraron misas en toda Rusia[65]. También los japoneses sufrieron en su empeño de mantener a

la Flota rusa embotellada, perdiendo los acorazados *Yashima* y *Hatsuse* en un campo de minas, no obstante lograron que esta pérdida pasara desapercibida hasta el final de la guerra, manteniendo una ficticia supremacía naval que les permitió, sin oposición en el mar, completar la toma de Corea y desembarcar el Tercer Ejército en Pitzuwo para atacar Port Arthur por tierra, desde el norte.

En el frente terrestre, el 1º de mayo los japoneses lograron cruzar el río Yalu con 42.000 soldados, accediendo desde Corea a territorio manchú. Esta batalla, que duró cuatro días, fue la primera en campo abierto de toda la guerra, y en ella quedó patente la preparación de los japoneses, que utilizaban con eficacia la inteligencia militar y los obuses Krupp de excelente calidad fabricados en Osaka con licencia alemana. Además, se movían en los mismos escenarios en los que habían combatido en la guerra contra China, en 1894-1895, y poseían un perfecto conocimiento del terreno. Frente a ellos, los rusos se negaban sistemáticamente a respetar la calidad del enemigo que tenían enfrente, rehuyendo la realidad. Cuando los japoneses estaban a punto de desbordar las posiciones rusas, el general Mijail Zasulich telegrafió al zar anunciándole que la victoria estaba próxima.

Tras feroces combates, a finales de mayo los japoneses lograron forzar el istmo de Nanshan, en la misma península de Liaodong, y ocuparon el puerto de Dalny, que se apresuraron a reparar para recibir refuerzos y ya a mediados de junio contaban con dos ejércitos operativos en la península de Liaodong y otros dos en el interior de Manchuria. El falseamiento de la realidad por parte del alto mando ruso continuó siendo una constante y contribuyó a alimentar las esperanzas del zar de que existían posibilidades de victoria. Y ciertamente, conforme llegaban refuerzos a través del Transiberiano, hubo momentos en los que pareció que estaban fraguando los planes iniciales de los rusos: resistir hasta acumular la necesaria masa de maniobra y contraatacar. Eso dio paso a una serie de intentos infructuosos por obtener la iniciativa. El primer intento de contraataque ruso para evitar la caída de Port Arthur fue la batalla de Te-Li-Ssu (14-15 de junio), que fracasó debido a la superior movilidad de las tropas japonesas que consiguieron desbordar a las fuerzas rusas y, en parte, porque las dotaciones

de artillería no supieron utilizar correctamente los nuevos cañones de campaña Putilov, mucho mejores que los japoneses[66].

A primeros de agosto comenzaron los intentos japoneses para tomar al asalto las fortificaciones rusas que desde las alturas dominaban el puerto, y que se saldaron con 15.000 bajas entre los atacantes y estuvieron a punto de provocar la destitución del general Nogi[67]. Eso dio un breve respiro a los rusos, que sin embargo duró poco. En septiembre los japoneses cambiaron de actitud y pasaron de los ataques frontales a un metódico asedio con empleo de zapadores y artillería pesada. Así, las tropas japonesas fueron tomando una a una las posiciones exteriores de los rusos para situarse frente a sus fortificaciones permanentes en las colinas en torno a Port Arthur, que incluían fortines de hormigón armado, posiciones mejoradas e incluso algunas porciones reutilizadas de bastiones chinos, y hasta lienzos colaterales de la antigua Gran Muralla, reconvertidos.

La estrategia rusa se basaba en contener a los japoneses ante líneas fortificadas a la espera de que llegaran tropas de refuerzo desde Rusia occidental, vía el Transiberiano. Las unidades rusas en Manchuria estaban integradas, en un porcentaje bastante elevado, por reservistas siberianos, mal preparados y que en algunas ocasiones ni siquiera conocían adecuadamente el funcionamiento de armas modernas. El problema consistía en que a pesar del Transiberiano se calculaba que serían necesarios unos seis meses para reunir una masa de maniobra suficiente para contraatacar a los japoneses. Eso era así en parte porque había que reunir las tropas para enviar al Este, pero sobre todo porque el Transiberiano, aunque inaugurado poco antes, no estaba realmente completo: faltaban unos 160 kilómetros en torno al lago Baikal, en una zona montañosa de difícil acceso y además la vía, de una sola dirección, no era capaz de soportar adecuadamente el tráfico ferroviario necesario para alimentar la logística de una campaña a gran escala.

Temeroso de que la flota del Pacífico fuera bombardeada y destruida desde las alturas sobre el puerto —de hecho los japoneses ya lo tenían parcialmente bajo el alcance de su artillería— el zar ordenó que los barcos forzaran el bloqueo y se dirigieran a Vladivostok. En lo que se llamó la batalla del mar Amarillo, el combate en mar abierto entre las dos flotas de

navíos acorazados —la primera del siglo XX— los rusos pudieron demostrar por primera vez su capacidad táctica, y los japoneses hubieron de encajar algunas andanadas, pero a la postre dos disparos enemigos averiaron el buque insignia ruso, matando al almirante y desbaratando toda la línea de combate, que regresó penosamente a Port Arthur, donde los buques terminarían por ser destruidos en los meses siguientes[68].

Los historiadores, tanto rusos como occidentales, suelen concederle a la guerra ruso-japonesa un papel secundario o poco especificado en el desencadenamiento de la revolución de 1905. Se hacen algunas menciones genéricas, y eso es todo, porque la explicación principal es «proletocéntrica», muy volcada en las causas sociales internas de la misma Rusia, que se desbordan ante una especie de mero pretexto de trasfondo, como fue la guerra[69]. Sin embargo, ese conflicto tuvo un papel desencadenante muy similar al jugado por la Primera Guerra Mundial en relación a la Revolución de febrero de 1917, incluso siguiendo unas pautas similares.

La guerra ruso-japonesa de 1904-1905 tuvo un enorme impacto en Eurasia, como ya se vio. Por supuesto, como potente movilizadora de las reivindicaciones antiimperialistas en una variedad de países sojuzgados por los imperios europeos. Ese impacto se vio multiplicado, si cabe, por el hecho de que los japoneses introdujeron en la guerra armas muy modernas, que eran utilizadas por primera vez a gran escala, en un avance de lo que se vería en los campos de batalla europeos durante la Primera Guerra Mundial, una década más tarde: obuses, ametralladoras, transmisiones por radio, inteligencia de señales, reflectores. En Rusia, el shock fue inmediato y muy fuerte. En San Petersburgo, algunos personajes públicos bien conocidos cambiaron pronto de opinión con respecto al enemigo japonés: de menosprecio racista a respeto e indignación hacia el propio régimen, responsable de la escandalosa falta de preparación. El príncipe Sergio Nikolaevich Trubetskoi, un conocido profesor de Filosofía en la Universidad de Moscú, pronto comenzó a afirmar que Rusia solo podría sobrevivir si el gobierno se comprometía a aplicar reformas. El general retirado M. I. Dragonov, cuya opinión era muy respetada en la época, levantó la voz para recordar que el pescado se pudre por la cabeza[70].

Parecía evidente que se estaba resquebrajando con rapidez el lacado que recubría la «reinvención del Imperio hacia el Este» intentada hacía menos de una década. Las repercusiones económicas de la guerra pronto hicieron tambalearse las bases del sistema. Entre febrero y diciembre de 1904 se llevaron a cabo no menos de siete movilizaciones parciales de reservistas para enviarlos al frente[71]. Eso había supuesto sacar de sus puestos de trabajo a 1.200.000 hombres, lo cual afectaba a la industria y a la agricultura. En el campo, en especial, suponía la pérdida del trabajo estacional para muchos campesinos que, debido a ello, pronto tendrían problemas para pagar sus impuestos[72].

Dado que el pescado, en efecto, se empieza a pudrir por la cabeza, la revolución de 1905 comenzó con una serie de desafecciones en cadena a los más altos niveles del régimen, no desde la base del proletariado o el campesinado. Además, arrancó realmente en 1904, aunque al año siguiente reventaran sus manifestaciones más dramáticas.

Con toda seguridad, el asesinato de Pleve, el 28 de julio, marcó un punto de giro. Fue un atentado extraño, por cuanto a lo largo de 1904 la Organización de Combate social-revolucionaria había intentado en tres ocasiones asesinar al ministro, precisamente cuando estaba liderada por un agente doble de la *Ojrana*, Yevno Azef. A su vez, este había ascendido a líder de la Organización de Combate tras la detención por la policía de su antecesor, Grigori Gershuni, en mayo de 1904. Se suele argumentar que Azef decidió asesinar a Pleve al sentirse amenazado por sus seguidores[73], cada vez más recelosos de los fallidos atentados, filtrados oportunamente a la policía por el traidor. Sin embargo, el atentado no supuso que Azef fuera desenmascarado por las autoridades; continuó al frente de la Organización de Combate, que en febrero de 1905 asesinó al gran duque Sergio Aleksandrovich, otro personaje central en la «reinvención reaccionaria» del Imperio ruso.

Significativamente, Pleve también había sido un adalid de esa especie de doctrina social autocrática: ya en 1885 había presidido la comisión especial sobre legislación fabril la cual estableció una línea política consistente en perseguir la agitación revolucionaria, pero creando a la vez un marco para la defensa de los trabajadores ante los abusos del empresariado. Eso

suponía la prohibición del trabajo nocturno de mujeres y menores, alquiler obligado de las herramientas a los empleados, salario en especies y atropellos por el estilo. Se contaba con la supervisión del cuerpo de inspectores de fábricas y tras las protestas de 1899 por las duras condiciones laborales, se creó una policía fabril. Estas medidas no fueron eficaces, dado que el interés general del régimen consistía en impulsar la industrialización aun a costa de la explotación masiva de los trabajadores y el Ministerio de Finanzas apoyaba a los empresarios en detrimento de cualquier intento de regulación de las condiciones laborales. De hecho, estas empeoraron durante la crisis económica que debió afrontar Rusia —y el resto de los países industrializados— en 1900-1901[74] y que fue la causa del ascenso de Pleve al Ministerio del Interior en 1902 mientras Witte entraba en declive al frente del Ministerio de Finanzas, hasta perder el puesto al año siguiente.

Pleve, que era un hombre devoto de todo lo que significara administración del Estado, volvió a la carga con sus medidas de protección social. De esa forma, se creó el cargo de delegado de personal en las empresas, así como leyes sobre horas extras y accidentes laborales. Lógicamente, ello buscaba controlar al movimiento obrero administrativamente, a cambio de impedir el surgimiento de sindicatos o el derecho a la huelga. Lo cual reflejaba también el recelo de Pleve ante el «sindicalismo policial» de Zubatov, que pareció cumplirse cuando las protestas laborales de 1902-1903. Dada su amplitud —sobre todo durante las huelgas de la primavera de 1903— las «criaturas» de la *zubatovshchina* se le fueron de las manos. A lo cual contribuyó la represión indiscriminada de las fuerzas de seguridad, empleadas a fondo en controlar unas protestas extendidas por el territorio. Y, sobre todo, el hecho de que los mismos activistas de izquierdas comprobaron que el «sindicalismo policial» se podía infiltrar eficazmente, utilizando sus estructuras y medios para coordinar y organizar a los propios trabajadores de izquierdas. Por si faltara algo, el mismo Pleve quedó implicado a escala internacional en el desencadenamiento del sangriento pogromo de Kishinev en abril de 1903, toda una escenificación de la «nacionalización de la lucha de clases», en la que, ciertamente, las autoridades rusas contribuyeron por omisión.

Zubatov era partidario de empeñarse a fondo en ese juego del gato y el ratón, por el cual tolerar las infiltraciones en los sindicatos era una manera de cazar a los socialistas. Pero con los desórdenes de la primavera y verano de 1903 en marcha, Pleve decidió cancelar la experiencia del «sindicalismo policial». Se emplearon tropas contra los manifestantes, los dirigentes fueron detenidos y hasta deportados y los sindicatos, mayormente disueltos. El mismo Zubatov fue destituido en agosto, no sin que intentara intrigar contra Pleve con el apoyo de Witte. Cambiar de caballo a mitad de la carrera fue fatal para el ministro del Interior, que heredó todo el tinglado organizado por Zubatov a medio desmantelar, aplicó una amplia represión sin resultados y quedó él mismo como ministro del Interior, ahora desprestigiado. Sin descartar que su asesinato un año más tarde fuera producto de alguna conspiración interna, lo cierto es que el desorden producto de aplicar las tácticas de Zubatov sin Zubatov generó un gran desorden operativo en la *Ojrana*.

La desaparición de Pleve en julio de 1904 dio paso a un nuevo ministro, más liberal y conciliador: Piotr Sviatopolk-Mirsky, extrañamente aceptado por el zar Nicolás II, por entonces todavía enrocado en cualquier concesión al aperturismo. En cualquier caso, se puede decir que Mirsky abrió el camino a la «revolución constitucionalista», por limitada que fuera, de 1904-1905. Su logro principal fue dar paso a la forma de representación política «paleoparlamentaria» en que habían devenido los *zemstvos*. Pleve había intentado poner cortapisas a su poder, meterlos en cintura, llevar la administración del Estado nuevamente al campo[75] y, sobre todo, anular el poder de los profesionales contratados por los *zemstvos* para cumplir con sus funciones, tales como médicos, maestros, agrónomos, ingenieros y tantos otros[76]. Les acusaba de instigar desórdenes y reivindicaciones, pero también jugaba aquí la predisposición de Pleve a someter a la sociedad a la administración del Estado. Además, según se desarrollaba en el decreto imperial de febrero de 1903, también se buscaba la progresiva disolución de la comuna campesina y la estructura colectivista de la producción y la fiscalidad —de lo cual formaban parte los *zemstvos*— para dar origen a un campesino propietario. En efecto, la llegada de Pleve al ministerio estaba muy relacionada con la intención del régimen de atender la reforma del

agro ruso una vez que el tirón del desarrollo industrial impulsado por Witte se había parado ante la crisis de comienzos de siglo.

Por lo tanto, Pleve intentó obstruir la coordinación de los *zemstvos* a escala estatal, temiendo que se atribuyeran representatividad y pudieran transformarse en alguna forma de Parlamento. Para entonces, en abril de 1904, incluso vetó el nombramiento del notable que se postulaba como presidente de una organización nacional de *zemstvos*. Hasta entonces se había demostrado que era posible: ya se habían coordinado a gran escala para paliar la hambruna de 1891 y para participar en el esfuerzo de guerra contra Japón. De hecho, en torno a este núcleo se había creado en 1903 una organización clandestina de carácter liberal: la Unión de Liberación, en cuyo programa (octubre de 1904) figuraba la adopción de una Constitución y el fin de la autocracia, autodeterminación de las naciones del Imperio y reforma económica.

Y esa fue la fuerza a la que Mirsky abrió las puertas. Los liberales decidieron proponer la celebración de un congreso de *zemstvos* en San Petersburgo, en noviembre. Se sabía que la intención real era aprovechar la reunión para discutir cuestiones políticas de alcance. Ante ello, el nuevo ministro accedió a que la policía ignorase esa actividad, mientras los delegados no le dieron mayor relevancia pública que «una reunión en privado para tomar una taza de té»[77]. Sin embargo, llegaron más de 5.000 telegramas desde toda Rusia urgiendo a los 103 delegados de los *zemstvos* a debatir reformas, mientras la prensa, saltándose la censura, publicaba reportajes sobre el congreso. El resultado de las arduas discusiones y una votación final fue una resolución de diez puntos. Había en ellos mucho circunloquio y una autocontención de base referida al sentir de algunos eslavófilos para los cuales, tradicionalmente, la autoridad pertenecía al zar, y al pueblo solo cabía darle la capacidad de opinar, en el sentido de consultar. En tal sentido, la arbitrariedad de los burócratas separaba al zar del pueblo. Pero también se entendió que la asamblea de los *zemstvos* estaba pidiendo públicamente un Parlamento con capacidad para legislar y una constitución.

El suceso tuvo una gran repercusión. Para muchas personas era posible superar el entramado de las prohibiciones, se abría una puerta a la reforma y

relanzó el prestigio de la oposición. Incluso el ministro Mirsky, aunque en privado dijo simpatizar con las peticiones y prometió transmitírselas al zar.

Inmediatamente, en provincias, los *zemstvos* continuaron con las reuniones: adoptaron resoluciones como la de San Petersburgo en un tercio de las 34 asambleas existentes. Pero no fueron los únicos. Las fuerzas vivas del liberalismo político surgente, bajo la forma de sociedades académicas, culturales o profesionales, o la misma Unión de Liberación celebraron a su vez actos de apoyo. La forma más llamativa de llevarlos a cabo fue bajo la celebración de ágapes, directamente inspirados en la denominada «campaña de los banquetes» desarrollada por la oposición liberal francesa en 1847, a fin de sortear la cancelación del derecho de reunión impuesto por el gobierno de Guizot: al pagar por su derecho a asistir a un evento gastronómico privado, las autoridades no podían interferir. En Rusia, los banquetes se sucedieron entre el 5 de noviembre de 1904 y el 19 de febrero del año siguiente, hasta un total de 38 en 26 ciudades distintas, con mucha participación de los profesionales y técnicos contratados por los *zemstvos*[78]. Como resultado, se crearon diversas Uniones corporativas, que eran todo un síntoma del peso social de las nuevas clases técnico-profesionales.

Aunque los banquetes estaban organizados como eventos privados, la prensa publicitaba los debates y demandas de la oposición, contribuyendo a crear un nuevo clima político en Rusia. Sin embargo, el zar no daba su brazo a torcer. El 12 de agosto, la zarina había dado a luz al heredero varón, el zarévich Aléksei. A pesar de las malas noticias que llegaban de la guerra contra los japoneses, Nicolás II se mostraba distendido y animoso, muy aliviado por el nacimiento de su sucesor. Ya en abril había tomado la decisión de enviar a la Flota del Báltico al rescate de Port Arthur y doblegar el poderío naval japonés. Eso era una verdadera temeridad: una suerte de nueva Armada Invencible que atravesaría medio mundo para retomar el control estratégico de una guerra que se estaba perdiendo. Era una proeza que ninguna escuadra del mundo había intentado nunca antes. En contra de la opinión de los mandos navales, el zar afrontó el desafío con la idea de enviar a Oriente todo tipo de navíos —modernos y viejos cascarones— con marinos y oficiales sin ninguna experiencia de combate[79]. La flota del Báltico zarpó el 15 de octubre, rebautizada como Segundo Escuadrón del

Pacífico, compuesta por navíos de capacidades dispares, tripulados por marinos que en parte eran reservistas o de reciente reclutamiento, incluso algunos sacados de las cárceles. Por si fuera poco, una semana más tarde, creyendo ser víctimas de una emboscada de los torpederos japoneses, la escuadra bombardeó en plena noche y durante diez minutos a barcos pesqueros británicos mientras atravesaba el caladero de Dogger Bank, aunque también un par de cruceros rusos recibieron disparos de sus propios compañeros. El incidente, muy serio, hizo temer por una declaración de guerra o represalia británica y dio lugar a una crisis internacional de alcance[80].

En medio de ese ambiente, Nicolás II decidió reducir los gestos conciliatorios hacia la oposición liberal. Se decantó por la postura menos beligerante del ministro Witte, desestimando la de Mirsky, y aceptó la sugerencia de firmar un decreto imperial o ucase en el que se prometían algunas reformas muy limitadas. Anunciado el 12 de diciembre era, de hecho, la continuación de la política de reformismo autocrático: iguales derechos para el campesinado, seguridad social para los trabajadores, mayor tolerancia para los credos religiosos minoritarios. La promesa de que se rebajaría la censura en prensa, se ampliarían las competencias de los *zemstvos*, o se intentarían subsanar las arbitrariedades en la aplicación de la ley eran algo relativamente novedosas, pero no se hablaba nada de representatividad o constitucionalismo. De hecho, las autoridades pronto se saltaron las promesas del decreto.

Mientras tanto, en la Rusia europea se iban sucediendo las movilizaciones de soldados con destino a las unidades que luchaban en Manchuria. Y no sin consecuencias: 107 motines y desórdenes entre septiembre y diciembre, con un pico de ascenso marcado a partir de las llamadas a filas de octubre, que afectaron a las provincias occidentales del Imperio. La sexta y séptima movilizaciones tuvieron lugar en las regiones siberianas en torno al lago Baikal. Los desórdenes tuvieron lugar a lo largo del Transiberiano, cuando los soldados se negaban a subir a los trenes militares, asaltaban cantinas y tiendas de licores —muchas de ellas en manos de judíos— lo que llegó a generar pogromos llevados a cabo junto con civiles en Kishinev, Gomel, Mogilev, Sosnovitsy o Byjov, amén de

otras muchas pequeñas localidades[81]. Las causas del malestar se centraban en la desmoralización ante las derrotas sufridas ante los japoneses, o la movilización de aquellos reclutas que tenían derecho a ser eximidos por ser cabezas de familia numerosa u otros motivos. La propaganda revolucionaria, sin embargo, tuvo mucho menor protagonismo de lo que habitualmente se ha dicho. La animadversión hacia los judíos, de los cuales se decía que desertaban o emigraban a América para no ser alistados, suponía un aumento indebido de la cuota de reclutas cristianos[82]. Esto era un simple bulo pero denota hasta qué punto los campesinos daban salida a su frustración hacia justificaciones de la ultraderecha xenófoba, no hacia la izquierda revolucionaria.

Mientras tanto, en Manchuria las labores de asedio japonesas iniciadas en septiembre empezaron una lenta pero inexorable caída de posiciones en el perímetro ruso, aunque la impaciencia de Nogi no permitía frenar la hemorragia de bajas niponas, al persistir en ordenar frecuentes asaltos. Incapaz de invertir la tendencia sin auxilio exterior, el vicerregente para el Pacífico, almirante Alekséyev, ordena a un recalcitrante Kuropatkin que retome la ofensiva desde Mukden[83]. El resultado fue la batalla de Liaoyang (26 de agosto-3 de septiembre): los japoneses pudieron haber sido vencidos, pero las comunicaciones y la inteligencia de campaña de los rusos les jugaron malas pasadas. Al final, las exhaustas tropas japonesas no pudieron evitar la retirada del enemigo y eso bastó para que el general Alexey Kuropatkin proclamara la victoria. Por si fuera poco, el menor número de bajas ruso se debió, en parte, a las espantadas ocasionales de las tropas y las negativas a combatir.

Como efecto del triunfalismo exhibido, creció la presión sobre el general ruso para desencadenar otro ataque, esta vez al sur de Mukden, en lo que se llamó la batalla del río Sha (Sha Ho: 11-17 de octubre), de nuevo para evitar la previsible caída de Port Arthur. En esta ocasión los rusos lograron asestar algunos golpes a las tropas japonesas y recapturar un cerro, pero al precio de casi 11.000 muertos y unos 30.400 heridos, frente a los casi 4.000 muertos y 16.400 heridos japoneses. La batalla coincidió con la salida de la flota del Báltico hacia el Pacífico y posiblemente fue el único momento de optimismo para los rusos. Planteada la batalla de Sha Ho como base para

una guerra de desgaste, quizá hubiera podido detener a los japoneses a largo plazo, siempre que se lograra mantener la afluencia de refuerzos, dado que los nipones no poseían esa capacidad masiva de reponer pérdidas.

Pero mientras tanto la situación había empeorado mucho en Port Arthur. Hacia mediados de noviembre habían llegado 16.000 soldados japoneses para cubrir las bajas de los asaltos de agosto, así como más artillería, hasta totalizar unos 400 cañones; y los primeros obuses Krupp 28 L/10, que formaban parte de las defensas costeras japonesas. Estaba claro que los rusos no iban a desembarcar en el archipiélago, y por ello las piezas empezaron a trasladarse a Port Arthur. Era una artillería muy potente, de 28 centímetros de calibre, capaces de disparar obuses de 217 kilos a 7.800 metros y a los que ningún fuerte ni nave resguardada en la bahía podía resistirse.

De esa forma, ya como guerra de asedio, se inició el ataque final contra Port Arthur a partir de mediados de noviembre, cuando llegaron los obuses. Para entonces la ciudad vivía ya en una situación desesperada, con muy escasos alimentos, numerosos casos de escorbuto y 15.000 heridos y enfermos en precarias instalaciones hospitalarias. Por si fuera poco, el Ejército achacaba a la Marina su fracaso en la campaña, lo que todavía rebajaba más la moral. Pero los japoneses no querían perder tiempo porque se conocía el periplo de la flota del Báltico, y para cuando llegara ante las costas manchúes, Port Arthur ya debería haber caído. O, al menos, la ensenada debería estar a tiro de los obuses que destrozarían los barcos de guerra del Primer Escuadrón del Pacífico que aún se mantenían a flote.

Por ello, esta última parte de la lucha tuvo por objeto la posesión de la estratégica Colina 203 Metros, nevada y mostrando alambradas y trincheras como costurones. La elevación cambió de manos varias veces entre el 27 de noviembre y el 5 de diciembre, fecha en la que los japoneses se hicieron definitivamente con ella al precio de 14.000 vidas, incluyendo casi la 7ª División al completo[84]. Al día siguiente, desde la cumbre de la colina se inició el bombardeo sobre todos los barcos rusos embotellados en el puerto. Mientras tanto, los últimos fuertes de las alturas eran volados mediante minas subterráneas. Finalmente, el 2 de enero de 1905, Port Arthur se rindió a los japoneses.

Aunque ya en otoño era previsible el desenlace, la caída de Port Arthur, máxime en víspera de las Navidades ortodoxas, fue una tragedia para los rusos cuyo alcance cuesta comprender en nuestros días, habida cuenta del olvido en que ha caído esa guerra en la historiografía occidental. Durante medio siglo, Rusia había intentado cambiar para olvidar la frustración de Crimea. Los siervos habían sido liberados, el Imperio había intentado refundarse, la modernización había esclavizado a los campesinos en las fábricas. Pero ahora, cincuenta años casi justos después, Port Arthur había caído en 1905 al igual que Sebastopol lo hiciera en 1855, las mismas escenas de rendición, soldados en largos capotes invernales entre las fortificaciones asoladas, derrotados de nuevo por un imperio rival que se había adelantado a su época. La pesadilla había regresado, incluso con más ignominia. Los vencedores japoneses, aquellos «macacos» según gustaba llamarles Nicolás II, ofrecieron a los oficiales rusos el cautiverio con sus soldados o la repatriación bajo palabra de honor de no reincorporarse a la guerra. Aquellos que aceptaron estas condiciones dejaron asombrados a los corresponsales extranjeros cuando contemplaron cómo apartaban a mujeres y niños en el tren en el que fueron evacuados[85].

---

62 Airapetov (2005): p. 174.

63 Duus (2007): p. 47.

64 Van der Oye (2005): p. 24.

65 Pleshakov (2002): p. 56.

66 Jukes (2002): p. 45. Los mismos japoneses consideraban que cuatro cañones de campaña rusos equivalían a seis de los suyos.

67 Norrigaard (2004): p. 79.

68 Forczyk (2009): pp. 49-54.

69 Bushnell (2005): p. 333.

70 Ascher (2004): pos. 299-306.

71 Bushnell (2005): p. 335.

72 Ascher (2004): pos. 312.

73 Judge (1983): p. 231.

74 Fröhlich (1981): capítulo primero.

75 Pleve había insistido también en el proyecto de reasentar campesinos pobres en zonas del Imperio de precario control estatal, como el Cáucaso. Judge: p. 81.

76 El Congreso de *zemstvos* de 1904 envió una delegación, que incluso incluía a algún miembro de la nobleza, a presentar sus respetos al zar y manifestar, veladamente, que el gobierno no sería capaz de ejercer control sobre el conjunto de la sociedad si no se contaba con ellos. Solzhenitsyn (1983): p. 753.

77 Ascher (2004): pos. 337.

78 Ascher (2004): pos. 363 y 369.

79 Pleshakov (2003): pp. 57, 79-80.

80 El incidente vino precedido por una verdadera psicosis de informes fantasiosos procedentes de los cinco servicios de inteligencia más o menos improvisados con los que contaban las fuerzas rusas. La *Ojrana*, tan capaz en la lucha contra la subversión política, demostró ser poco útil en inteligencia militar. Su agente principal en Berlín trasladado a Conpenhague, Arkadi Garting, se dedicó a enviar informes muy alarmistas. Pleshakov (2003): pp. 102-104.

81 Bushnell (2005): p. 335. En muchas localidades rusas se prohibía la venta de alcohol mientras se procedía al reclutamiento.

82 Ibíd., p. 339.

83 Solzhenitsyn (1983): p. 733.

84 Jukes (2002): p. 60.

85 Ibíd., p. 61.

*Переход*

SEGUNDA PARTE

# REVOLUCIÓN CONSTITUCIONAL Y REFORMISMO, 1905-1908

## CAPÍTULO 6

# PRIMER DOMINGO SANGRIENTO
## Estalla la revolución, enero-mayo, 1905

El nuevo año trajo consigo un trágico vuelco de la situación ya desde sus primeros días. Sin embargo, lo que estaba sucediendo no era sino producto de la creciente disfuncionalidad de un sistema político cuyos componentes se movían por inercia, desarticulada la precaria coordinación existente hasta la muerte de Pleve. La revolución seguía desencadenándose desde arriba, en lo que ya era el arranque de una de las primeras y más espectaculares crisis de gobernabilidad de comienzos del siglo XX.

El protagonista inesperado de la situación fue el padre Gueorgui Gapón, figura característica —y de las más exitosas— del sindicalismo policial y más aún, del corporativismo zarista. El sacerdote, natural de Poltava, en Ucrania, era un personaje inteligente, carismático e imponente en lo personal, que desde joven había combinado inquietudes religiosas y sociales. Seguidor del ideario tolstoiano, su carrera sacerdotal se desarrolló en dos etapas, separadas entre sí por algunos años de dudas ante la «hipocresía y formalismo» de la Iglesia, a la vez que trabajaba para el *zemstvo* local como administrativo. En 1898, tras el fallecimiento de su esposa, se instala en San Petersburgo y consigue ingresar en la escuela de teología gracias a sus contactos con la jerarquía ortodoxa; sin embargo, apenas un año después, abandona sus estudios desencantado por lo que definió como una «escolástica moribunda» que no daba respuesta a sus inquietudes existenciales. Tras una breve estancia como monje en Crimea, regresa de nuevo a San Petersburgo decidido a trabajar por el «bien del pueblo».

Su concepción un tanto heterodoxa de la predicación religiosa, en la que apelaba a la dignidad humana de sus feligreses, y su carisma convirtieron

sus sermones, en la iglesia de la Benevolente Madre de Dios, en un éxito de afluencia. No satisfecho con limitarse a la labor pastoral, Gapón pone en marcha iniciativas para ayudar a las clases más desfavorecidas, que no obstante generar el rechazo en la jerarquía ortodoxa, despertaron el interés de la emperatriz Alejandra Fiódorovna, la cual incluso puso en conocimiento del gobierno sus cualidades. De esa forma, Gapón fue cooptado por vía directa en el entramado del «corporativismo zarista» con el objetivo de mejorar las condiciones de la clase trabajadora y detraerla de los entramados revolucionarios. Sin embargo, quien se ocupó de su caso de forma directa fue Serguéi Zubatov, el director de la oficina de la *Ojrana* en Moscú y organizador de la *zubatovshchina*, el «sindicalismo policial». Gapón no era una personalidad dispuesta a subordinarse de forma mecánica a los esquemas de Zubatov[86]; pero aun así su ambición personal, un generoso subsidio mensual y la intermediación de la *Ojrana* para readmitirlo en la escuela de teología, le llevaron a aceptar. El resultado fue la creación de la Asamblea de Trabajadores Rusos de las Fábricas y Talleres de San Petersburgo, en el verano de 1903[87], que sería la primera asociación obrera legal del Imperio.

La caída en desgracia de Zubatov con el ministro Pleve, y su expulsión de San Petersburgo en 1903, permitieron a Gapón sustraerse del control policial, tomando las riendas de la organización y desplazando a la policía de su papel de intermediación entre la administración y la propia organización. Las reuniones se iniciaban con el rezo del padrenuestro y concluían con el himno imperial. Además, impulsando las actividades culturales, lúdicas y formativas, se proponía favorecer su expansión, incluso más allá de la capital[88]. A principios de 1904, su organización apenas contaba con algunos centenares de seguidores[89]; pero sus gestiones cerca de los hermanos Aleksei y Vera Karelin consiguieron atraer a un gran número de militantes socialdemócratas desencantados con el carácter altivo de la dirección de ese partido, incrementándose el número de seguidores hasta unos pocos millares[90]: 5.000 en septiembre de 1904, ganando un número indeterminado de nuevos seguidores a lo largo del último cuatrimestre[91]. Gapón, junto a sus próximos colaboradores: Nikolay Varnashev e Ivan Vasilev, más los recién incorporados hermanos Karelin,

desarrolla en el «programa de los cinco» el ideario de su organización, que se plasmó en la petición que tratará de hacer llegar al zar el fatídico 22 de enero de 1905.

Llegados a este punto, es importante tener en cuenta dos factores. El primero: la estrategia del padre Gapón no se basaba en una orientación política claramente reconocible. Posiblemente porque había en ella reminiscencias de las doctrinas tolstoianas, pero también porque la Asamblea era básicamente una organización corporativa ligada a la doctrina social cristiana, que avanzaba a tientas en un país no católico, y con una Iglesia directamente vinculada al poder político. Quizá por ello, más que por la personalidad de Gapón, los objetivos políticos de la Asamblea apenas se llegaban a conocer porque se formularon en secreto. Segunda consideración: la Asamblea de Trabajadores Rusos de las Fábricas y Talleres de San Petersburgo había sido creada justo cuando Zubatov caía en desgracia, ante la decisión del ministro Pleve de desmantelar el «sindicalismo policial», a raíz de las protestas obreras de ese mismo verano. Por lo tanto, Gapón fue desde el principio un elemento descontrolado para la policía secreta, aunque posiblemente bajo cierto grado de protección desde la Corte —aunque ya distante— por la vinculación de la Asamblea con la Iglesia; pero también desde el ayuntamiento de San Petersburgo, con el apoyo puntual de algunas personalidades relevantes. De otro lado, conforme se organizaba la protesta de los notables y los *zemstvos*, a mediados de noviembre de 1904, el sacerdote mantuvo contactos con la Unión de Liberación[92], a cuyos representantes expone su «programa de los cinco» y se decidió a jugar la carta de la reivindicación política, coincidiendo con alguna derrota militar importante, para aprovechar el descontento popular, o bien durante la conmemoración de la emancipación de los siervos, el 19 de febrero /3 de marzo de 1861.

A principios de diciembre de 1904, los hermanos Karelin presionaron a Gapón para que presentara la petición; pero este se resistió alegando que sin un respaldo masivo de los trabajadores solo llevaría a desbandar la Asamblea y el encarcelamiento del grupo de los cinco. Sin convencer a los Karelin, Gapón insistía en la necesidad de expandirse territorialmente antes

de tomar el paso de elevar la petición. Sin embargo, la situación viró de forma inesperada cuando, a los pocos días, cuatro trabajadores de la Asamblea fueron despedidos de la factoría Putilov, el enorme complejo industrial que casi era una ciudad dentro de la propia capital. Enseguida se filtró el rumor de que los despidos se debían a que la dirección de la empresa era hostil a la Asamblea y quería atajar su expansión entre los empleados. El 9 de enero se reúne el grupo de los cinco para decidir la línea a seguir y los Karelin vuelven a insistir en llevar a cabo la petición, pero el sacerdote impone agotar las posibilidades de negociación, incluyendo una posible huelga de los trabajadores de la Putilov. Dado que estaba en juego el prestigio de su sindicato precisamente cuando planeaba aprovechar la coyuntura política, Gapón se veía compelido a mostrarse firme.

Cuando las peticiones de los huelguistas fueron rechazadas por la dirección de Putilov, el propio Gapón se involucró en las negociaciones a favor de los trabajadores; pero aunque algunos sectores de la administración se mostraban comprensivos frente a algunas de las reclamaciones, la dirección de Putilov seguía intransigente en su negativa a negociar nada. Finalmente, las esperanzas de Gapón en una mediación de la administración se vieron frustradas cuando esta respaldó la postura de Putilov. Los acontecimientos evolucionaron con rapidez. El 16 de enero los trabajadores de la factoría Putilov fueron a la huelga, imprimiéndose y difundiéndose el «programa de los cinco», así, cuatro días más tarde esta se extendía a los dos tercios del personal de las fábricas de todo San Petersburgo: más de 100.000 trabajadores en 382 talleres y fábricas. El día 21 la ciudad quedó sin electricidad.

En respuesta a la huelga, el ministro de Finanzas Vladimir Kokotsov publica un edicto firmado por el zar en el que se declaran las peticiones de los huelguistas irrealizables, ilegales y perjudiciales a la industria en general[93]; además se insta a las fábricas a poner fin a la huelga. No obstante, Gapón vuelve a insistir ante la dirección de Putilov, ante sus accionistas e incluso intenta dirigirse al ministro del Interior Sviatopolk-Mirsky, quien rechaza atenderle. Agotada toda negociación posible, Gapón se decide por la gran marcha que debía llegar hasta el Palacio de Invierno para entregar al zar la petición; el 19 de enero hace pública su decisión en

un emotivo sermón a los miembros de la Asamblea. Ese mismo día, da forma definitiva a la petición que se elevará al zar, añadiéndole un extenso prólogo de carácter religioso y un breve epílogo al ya expuesto programa de los cinco; entre el día 6 y el 8, este documento final fue firmado por más de 40.000 trabajadores[94]. El tono era consecuente con la moral religiosa y populista que impregnaba la Asociación: el padre recurrió a citas de la Biblia para argumentar que el zar estaba obligado ante Dios a satisfacer las demandas del pueblo. La izquierda en bloque —social-revolucionarios y socialdemócratas— rechazó adherirse a la manifestación porque sus reivindicaciones no eran políticas. Sin embargo, el pliego de peticiones incorporaba algunas inspiradas por la Unión de Liberación. El resultado era que, de haber accedido el zar a todas ellas, la oposición liberal hubiera conseguido transformar el Estado eliminando de paso la autocracia. Peticiones como una asamblea constituyente sobre la base del sufragio democrático, libertades civiles para todos o libertad sindical, alineaban el sindicato de Gapon con la oposición liberal que había eclosionado a lo largo del año anterior y no había conseguido obtener ninguna de esas reivindicaciones[95].

La dinámica de confrontación ya llevaba un ritmo propio que Gapón no podía controlar. Insistía en que el zar era benévolo por naturaleza, el padre que sabía escuchar y atender. Se rumoreaba que ofrecería un refrigerio a los manifestantes, quizá en el mismo Palacio de Invierno, o hablaría con algunos de ellos; nadie lo desmintió. Por otra parte, algunos hicieron breves testamentos y se prepararon para lo peor. No faltaban razones para el pesimismo, porque el gobierno ordenó a Gapón que desconvocara la marcha, dos días antes, e incluso se instalaron carteles en el centro de la ciudad advirtiendo contra las reuniones en las calles. El 21, una delegación de intelectuales encabezada por el ya célebre escritor Maxim Gorki intentó convencer a los ministros Witte y a Mirsky de que permitieran el acto, pero solo obtuvieron gélidas negativas.

Los sucesos del 22 de enero fueron una tragedia anunciada. A ojos de las autoridades, Gapón se había convertido en un demagogo descontrolado capaz de movilizar a grandes masas en muy poco tiempo y a partir de lo que había sido un incidente menor: el despido de cuatro trabajadores. Por otra

parte, incluso los historiadores especializados ignoran el sentimiento de honda frustración que embargaba al gobierno y el ejército tras la pérdida de Port Arthur, hacía solo veinte días. El Imperio estaba en guerra y esta llevaba una deriva catastrófica. En esas circunstancias, Gapón era susceptible de ser percibido como un aventurero, un peligroso demagogo o un oportunista intolerable. Por otra parte, el zar ni siquiera estaba en San Petersburgo; había partido para su retiro del palacio Tsárskoye Seló. El desapego de Nicolás II hacia sus súbditos podía llegar a ser peligroso; durante los fastos de su coronación, en mayo de 1896, se produjo una desbandada en el campo de Jodynka, en las afueras de Moscú, adonde la multitud había acudido para degustar gratuitamente cerveza y salchichas. Murieron 1.400 personas en pocos minutos pero ello no supuso ninguna interrupción en las celebraciones, ni se produjeron dimisiones o exigencia de responsabilidades.

La gran marcha del 22 de enero de 1905 tenía todo el aspecto de una romería, con las multitudes cantando himnos religiosos, algunos endomingados y sosteniendo iconos. Tampoco faltaban niños y familias enteras. A pesar de que la presencia militar era visible en las calles, los manifestantes creyeron que no se atreverían a intentar detenerlos. A ello contribuía el hecho de que el propio padre Gapón encabezaba la marcha portando un crucifijo y vistiendo una casulla blanca; además, eran conocidas sus relaciones con el poder. Sin embargo, tampoco era inusual que las tropas disparasen contra las multitudes, actuando como una policía antidisturbios que no existía en ningún país por aquella época. Ya se habían empleado a fondo con munición real contra los disturbios obreros en la primavera y verano de 1903, sin ir más lejos.

Las columnas de manifestantes se reunieron en los barrios obreros de la capital en la madrugada del domingo y empezaron a confluir hacia el centro de la capital y el Palacio de Invierno, adonde se pensaba llegar hacia las dos del mediodía. No era una manifestación tan nutrida como pudiera parecer: cifras oficiales hablaban de unos 3.000 manifestantes, mientras los organizadores dijeron haber reunido a 50.000. No encontraron oposición policial; de hecho, algunos agentes se unieron a la marcha, quizá con intención de controlar el orden. Sin embargo, no llegaron muy lejos: un

escuadrón de caballería intentó disolver la manifestación cuando se acercaba al Arco de Triunfo de Narva. En aquella época ese monumento, levantado para recibir a los soldados que regresaban victoriosos de la guerra contra Napoleón, se encontraba en las afueras, en el límite meridional de la ciudad, lejos del Palacio de Invierno. Por lo que parece, el desorden generado por la carga contribuyó precisamente a que los manifestantes huyeran hacia adelante en dirección a la fila de soldados de infantería que les cerraban el paso. Tras dos salvas de advertencia al aire, terminaron disparando casi a quemarropa contra la multitud, causando cuarenta muertos. Uno de los miembros del grupo de los cinco, Ivan Vasiliev, y el guardaespaldas de Gapón cayeron muertos, Gapón también quedó tendido herido en una mano y sin conocimiento. Salvó la vida gracias a la sangre fría de Pinhas Rutenberg, alias «Martyn», un social-revolucionario judío y empleado en la factoría Putilov con el que mantenía una relación de amistad. Tras recuperar la conciencia Gapón exclamó: «¡Ya no hay Dios, ya no hay zar!».

La exclamación tenía un profundo sentido político, dado que el régimen acababa de destruir de un plumazo los últimos restos de su propio «corporativismo zarista». Aquella misma tarde, el padre Gapón se refugió en el apartamento de Maxim Gorki —por entonces simpatizante activo de los bolcheviques—, donde se rasuró la barba y maquilló para emprender la huida hacia Finlandia y Ginebra, con ayuda de Rutenberg.

Mientras tanto, los disturbios continuaron en San Petersburgo. Los restos de la manifestación seguían intentando llegar al Palacio de Invierno, siendo diezmados por los soldados y la caballería en varios puntos de la ciudad. Sin embargo, como era domingo, muchos paseantes y estudiantes se unieron a la protesta. Al final, la incredulidad de los manifestantes dio paso a la indignación y la furia y se produjeron enfrentamientos a pedradas y vandalismo en las calles elegantes de la ciudad. El balance final fue de entre unos 200 a 1.000 muertos, algunos por disparos y, otros, víctimas de aplastamientos o caídas en los desórdenes. Aquel 22 de enero pasó a ser conocido como el Domingo Sangriento *(Кровавое Воскресенье, Krovavoye Voskresen'ye)*, y marcó el comienzo de la revolución de 1905.

La matanza en San Petersburgo desencadenó una explosiva oleada de protestas por todo el país. Las huelgas se extendieron por fábricas y talleres: pararon centenares de miles de trabajadores, algo nunca visto en la historia rusa. En las universidades y escuelas los estudiantes se reunieron en asambleas, enarbolaron banderas rojas, salieron en manifestación. Los cursos quedaron cancelados, los centros de enseñanza fueron cerrados por las autoridades, lo cual dejó a más jóvenes levantiscos en las calles.

A escala del Imperio ruso se produjo un efecto de retroalimentación entre fuertes sentimientos de decepción mezclados con una emulación reivindicativa de mejoras laborales. Eso generó pautas de desarrollo que combinaron la intensidad de las protestas con un patrón geográfico preciso. Primero se produjo el estallido, una primera oleada de huelgas que fue como «un brote corto y airado», aunque muy potente, de protesta contra la matanza del Domingo Sangriento[96]. En consecuencia, entre finales de enero y a lo largo de febrero, muchos trabajadores regresaron a sus puestos de trabajo. Las cifras hasta ahora existentes, sobre el 70% de la fuerza de trabajo industrial, establecen que en enero se contaban 414.000 trabajadores en huelga; esa cifra descendió a 291.000 en febrero y aún cayó más en marzo y abril: 72.000 y 80.000 huelguistas respectivamente. Esa dinámica era consecuencia de la falta de coordinación entre los centros laborales en huelga, así como la inexistencia de cajas de resistencia y, por supuesto, movimiento sindical.

Sin embargo, la estructura plurinacional del Imperio aportaba una variante decisiva. La ola de protestas se extendió desde San Petersburgo y Moscú a Polonia y Ucrania-Nueva Rusia, los países Bálticos, Finlandia y el Cáucaso. En algunos lugares, la protesta fue extensa o violenta porque existían estructuras políticas preexistentes, nacionalistas o incluso revolucionarias, como fue el caso de la Polonia rusa. De hecho, fue la avanzada de las protestas más contundentes, masivas y organizadas. En Varsovia llegaron a salir a la calle en protesta por los hechos del Domingo Sangriento hasta cien mil trabajadores, contra los cuales dispararon las tropas causando cerca de un centenar de muertos. Lo mismo sucedió en Riga, donde una multitud que enarbolaba banderas letonas fue dispersada el 26 de enero con un saldo de 72 muertos y 200 heridos. Como en el caso de

Polonia, sería el comienzo de una verdadera revuelta nacional que duraría dos años. En Georgia, la protesta campesina iniciada en la región de Guria en 1902 se convirtió en una insurrección al año siguiente, y en febrero el gobierno ruso perdió el control de toda la zona. Dado que los socialdemócratas se hicieron con el liderazgo de la insurrección campesina armada, se considera el primer movimiento de liberación nacional marxista de la Historia.

Al menos en Rusia, el trasfondo del estallido social de enero y febrero tenía mucho que ver con la constatación de que el «corporativismo zarista» había saltado por los aires. En parte, por la inconsciencia del mismo zar, pero también porque daba la sensación de que el sistema en su conjunto estaba descontrolado y el gobierno no daba con las concesiones políticas para reconducir la situación, al tiempo que la capacidad de controlar el orden público quedaba anulada por la magnitud del desorden. El asesinato del gran duque Sergio Aleksandrovich el 17 de febrero, víctima de un atentado de los social-revolucionarios, liquidó a uno de los principales impulsores de esa política. Entre los círculos de poder el desconcierto era todavía mayor, por cuanto se suponía que la Organización de Combate de los social-revolucionarios estaba infiltrada por la *Ojrana*. Y en efecto, así era; pero de nuevo el presunto agente doble Yevno Azef había actuado por su cuenta. Por otra parte, la rabia de enero y febrero de 1905 tenía mucho que ver con la frustración ante las clamorosas derrotas en Manchuria: el mismo Ejército que se había rendido ante los japoneses en Port Arthur, había disparado contra la multitud desarmada en San Petersburgo.

Esas mismas tropas tampoco lograban restablecer el orden en el campo. Y el 10 de marzo la imagen del Ejército ruso sufrió un nuevo y severo golpe. En esta fecha, los japoneses conquistaron la estratégica ciudad de Mukden, tras una dura batalla en la cual los rusos perdieron 90.000 hombres, y sus enemigos, otros 70.000. Los combates habían comenzado apenas veinte días antes, con la llegada de las tropas japonesas que habían quedado liberadas tras la conquista de Port Arthur. Fue la última gran batalla terrestre de la guerra y dejó huella en la memoria colectiva de los rusos. El todavía hoy célebre vals «En las colinas de Manchuria», uno de los iconos de la música popular rusa, lo compuso Ilia Shatrov director de la

banda de guerra del Regimiento 214 de reservistas de infantería cuando, entre Mukden y Lyaoyan, esta unidad, cercada y sin munición, se abrió paso a la bayoneta entre los japoneses siguiendo a su estandarte y banda de guerra. Solo sobrevivieron 700 de los 4.000 componentes del regimiento, de la banda de guerra se salvaron 7 de sus 16 miembros.

Con todo, marzo y abril continuaron siendo meses en que las protestas, básicamente laborales en Rusia, se mantuvieron a la baja. Mayo supuso una nueva escalada; en apariencia relacionada con la iniciativa de convocar un Primero de Mayo que relanzara y politizara las huelgas. Ese mes se contabilizaron 220.000 huelguistas en el conjunto del Imperio[97].

En San Petersburgo los llamamientos tuvieron escaso eco. Prendió en algunas ciudades del Báltico y sobre todo, en el denominado «Manchester ruso»: las factorías de Ivanovo-Voznesensk, la capital textil de Rusia, en pleno centro del país. Las condiciones laborales en ese núcleo eran especialmente duras, lo que ya había dado lugar a duras jornadas de protesta en diciembre de 1897. En 1905, la huelga para pedir mejoras laborales comenzó el día 12 de mayo en una de las factorías y se extendió rápidamente a las demás. Tres días más tarde, y por sugerencia del inspector de distrito, los trabajadores escogieron a 151 delegados para llevar la negociación. Estos se constituyeron como la Asamblea o Consejo (*совет*) de Delegados de Ivanovo-Voznesensk. No deja de ser paradójico, como señala Abraham Ascher, que el primer «soviet» fuera fruto de la sugerencia de un funcionario zarista[98].

En las semanas que siguieron, la Asamblea funcionó bien, sobre todo porque logró disciplinar la masa laboral en huelga. Incluso creó una milicia encargada de contrarrestar a los provocadores y esquiroles. A esas alturas se contaban ya 70.000 huelguistas. Sin embargo, hacia finales de mes entraron en conflicto directo con el gobernador, que prohibió una manifestación contra el uso de esquiroles. La represión ejercida por una unidad de cosacos, que provocó varios muertos, seguida por disturbios, terminó con la proclamación del estado de excepción que después de cuarenta y siete días empezó a doblegar la protesta. Muchos obreros regresaron al trabajo con solo unas mínimas concesiones de los patronos, y el 18 de julio la huelga se dio por finalizada. Fue la protesta mejor organizada y duradera hasta el

momento en toda Rusia —exceptuando las emprendidas en Polonia— y se convirtió en un modelo a seguir.

Mientras tanto, la desastrosa marcha de la guerra en Extremo Oriente seguía contribuyendo a hundir el Imperio. La derrota de Mukden quedó completada, en primavera, con la mayor catástrofe sufrida por la Armada rusa en toda su historia. Tras navegar 18.000 millas náuticas (33.000 kilómetros) la flota del Báltico fue aplastada por los japoneses en la batalla de Tsushima, el 27 y 28 de mayo, entre las costas coreanas y el archipiélago japonés. Para entonces, ya llegaba tarde para salvar a Port Arthur y el intento de alcanzar Vladivostok resultó suicida: solo alcanzaron ese puerto tres barcos de los treinta y ocho del escuadrón. Fue una derrota demoledora, que destruyó las aspiraciones de Rusia a convertirse en potencial naval, una ambición que databa de los tiempos de Pedro el Grande. Y aún más: fue una batalla naval muy moderna para la época, librada por acorazados de última generación y en la cual tuvo un papel esencial la radiocomunicación. Pero sobre todo quedó demostrado que un pueblo asiático, valeroso y decidido, había derrotado a una gigantesca potencia europea manejando con virtuosismo los mismos sistemas de armas avanzadas.

Eso suponía un golpe muy duro contra las ideas de superioridad cultural y racial que detentaba la autocracia zarista como base del Imperio aglutinado sobre la base de la supremacía eslava. Resultaba ya muy difícil mantener argumentos para el sometimiento «natural» de los pueblos del Imperio —judíos, musulmanes, católicos— bajo la corona de un zar cristiano ortodoxo; se caía por su peso la idea de que la expansión colonial sería una forma eficaz de superar las contradicciones del nacionalismo. De entrada, ni siquiera las herramientas para esa expansión resultaban eficaces, comenzando por las fuerzas armadas, derrotadas por los «monos» de Oriente, pero incapaces de mantener el orden en la retaguardia.

---

86 Gapón pretendía una estructura más desvinculada de la policía, al estilo de los sindicatos británicos: N. M. Varnashev, *От начала до конца с Гапоновской организацией* [«*De principio al fin en la organización de Gapón»]* (1924) disponible en red: http://www.hrono.ru/libris/lib_we/varnashev.php

87 Para la biografía del pope Gapón vid. asimismo: Ascher (2004): posición 412 a 432.

88 A este efecto Gapón viajará a Moscú, Kiev, Járkov y a su Poltava natal, donde contactará con otras organizaciones similares puestas en marcha por Zubatov; hecho que le supone ser arrestado y retornado a San Petersburgo.

89 Gapón (ed. 1990): *История моей жизни* [*Historia de mi vida*] p. 64.

90 Karelin, Aleksander (1922): *Девятое января и Гапон. Воспоминания* [*El 9 de enero y Gapón. Recuerdos*] pp. 106-116.

91 Ibíd., posición 445.

92 Ibíd., posición 406.

93 Respecto a la jornada laboral de ocho horas se indica que esta es imposible, dado que es necesario atender los pedidos para el Ejército en Manchuria.

94 El propio padre Gapón eleva el número hasta 100.000.

95 Ascher (2004): pos. 484.

96 Floyd (1970): p. 70.

97 Floyd (1970): p. 70.

98 Los datos sobre la fluctuación en el número de huelguistas proceden de Ascher (2004): pos. 733.

CAPÍTULO 7

# FUERZAS EN JUEGO
## Los partidos revolucionarios se adaptan a la revolución, 1898-1905

En Polonia la oposición revolucionaria estaba bien organizada y era particularmente decidida y violenta. Además, operaba en un territorio restringido, infinitamente más reducido que la inmensa Rusia, y en el cual se contaban importantes ciudades, mejor conectadas entre sí por el ferrocarril que el resto del Imperio, y un tejido industrial denso muy desarrollado, producto de las inversiones alemanas. Así, Varsovia era el segundo puntal de la industria metalúrgica imperial, tras San Petersburgo; y Łódź, un centro de producción textil de referencia.

Por todo ello, la Polonia rusa, además de contar con un movimiento independentista organizado, la Liga Polaca, también poseía un movimiento obrero autóctono numeroso y muy concienciado, que se dividía en dos grandes corrientes. Por un lado, los internacionalistas, marxistas, conectados con los bolcheviques rusos, agrupados en la Social Democracia del Reino de Polonia (SDKP) partido surgido en 1893, ampliado siete años más tarde a Social Democracia del Reino de Polonia y Lituania (SDKPiL). De sus filas saldrían nombres tan señeros para la Revolución rusa como Rosa Luxemburg o Felix Dzerzhinski.

La otra gran tendencia eran los socialistas-nacionales, que anteponían la independencia de Polonia a la revolución. Esta línea dio origen al Partido Socialista Polaco (PPS) en 1893. Junto con la idea de utilizar el socialismo como una vía hacia la independencia, se manejaban propuestas de hacerlo conjuntamente con Lituania y Bielorrusia en una federación conjunta. Su líder sería el carismático Józef Piłsudski, hombre de acción del cual puede decirse que fue el más directo descendiente de los revolucionarios polacos

tardorrománticos al estilo de los alzados en 1863. Curiosamente, estaba ligado a Lenin por una circunstancia familiar: sus respectivos hermanos habían participado conjuntamente en una fallida intentona para asesinar al zar Alejandro III en 1887[99].

Marxistas internacionalistas y socialistas-nacionales también tenían a su favor el cerrado tejido social que suponía ser polacos o judíos en un territorio exiguo; o apoyos en las ciudades del extenso imperio a las cuales se habían visto obligados a emigrar muchos de ellos o sus familias y amigos. Esto era también válido en parte para otros grupos nacionales no rusos, como los finlandeses o los bálticos, que asimismo tuvieron un destacado papel en las rebeliones de aquel 1905. Pero los polacos buscaron un protagonismo que no tendrían ya doce años más tarde, con su país bajo control de los invasores alemanes.

A través del activista finlandés Konrad (Konni) Zilliacus, en febrero de 1904 la Liga Polaca entró en contacto con el agregado militar japonés en Estocolmo, coronel Akashi Motojiro, uno de los grandes ases de la inteligencia nipona de todos los tiempos[100]. El proyecto inicial consistía en redactar panfletos instando a la rendición de los soldados de nacionalidades no rusas del Ejército zarista en Manchuria. Ya al mes siguiente, es el PPS el que contactó en Londres con los japoneses y amplió la oferta polaca a un alzamiento de organizaciones revolucionarias de nacionalidades minoritarias del imperio, si los nipones proporcionaban armas y dinero. Representantes de ambas organizaciones polacas: Dmowski por la Liga y Piłsudski por el PPS, viajaron a Tokio; el primero financiado por la propia burguesía polaca y el segundo invitado por el Estado Mayor del Ejército Imperial Japonés. Piłsudski llegó a proponer una alianza en toda la regla entre Japón y Polonia[101], pero la intervención de Dmowski alertando del pronto aplastamiento de cualquier revuelta por la potente guarnición rusa en Polonia y la consecuente liberación de ese contingente para su envío a Manchuria, hicieron desistir a los japoneses del fantasioso proyecto de Piłsudski. Sin embargo, oficiales japoneses asistieron después a activistas polacos en la confección y manipulación de bombas y explosivos desde la Embajada nipona en París, con el fin de sabotear el Transiberiano[102].

Los intentos de infiltrar a la oposición nacionalista finlandesa fueron más del agrado de los japoneses, que, a diferencia de los polacos, no deseaban fomentar ninguna revolución a gran escala en Rusia, sino finalizar la guerra cuanto antes; además Japón había declarado, al inicio de las hostilidades, que la zona de operaciones militares se limitaría al territorio chino ocupado por Rusia y sus aguas circundantes. No sería hasta la batalla de Mukden, durante la que Japón empezó a percibir el agotamiento de sus recursos militares, cuando Tokio intentó quebrar por todos los medios la voluntad rusa de seguir con las operaciones en Manchuria[103]. A estos efectos, tuvo lugar en Ginebra, a principios de abril, una conferencia de representantes de organizaciones revolucionarias del imperio, en la que se acordó coordinar un levantamiento militar en el mes de junio. Resultado de la misma, el Estado Mayor japonés resolvió proporcionar, a través del finlandés Zilliacus, un cargamento de armas y explosivos a los conspiradores polacos, si bien toda cooperación con Japón cesó tan pronto como Rusia manifestó su voluntad de finalizar las hostilidades. En cualquier caso, las iniciativas de Zilliacus frente a los japoneses habían quedado muy maltrechas cuando, en sus intentos de expandir su plan, lo puso en conocimiento de los socialistas judíos del Bund y estos, disgustados por la presencia japonesa, lo hicieron público. Sea como fuere, todo ello da una idea del impacto que tuvo el activismo revolucionario polaco: el Alto Mando ruso se vio obligado a mantener un contingente de 300.000 soldados en Polonia a lo largo de la guerra contra los japoneses; una fuerza que se aproximaba a la desplegada en Manchuria[104].

De hecho, los grupos nacionalistas no rusos intentaron organizar un frente común contra el gobierno, que pretendidamente podría llevar a una insurrección. El estudio de este intento da una medida de la capacidad de los partidos revolucionarios rusos en esa época.

Por entonces, las fuerzas que habían estado esperando la revolución o incluso buscando su desencadenamiento eran básicamente dos: el Partido Social-Revolucionario (PSR) y el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR).

Las diferencias entre ambos eran importantes. Aunque la primera organización social-revolucionaria se había fundado en 1902, Saratov en

1894 era la continuación histórica de aquellos *narodniki* o populistas de los años sesenta y setenta del siglo XIX; en 1902 se produce la unión de las tres principales organizaciones social-revolucionarias rusas y su programa fue hecho público en 1907. De hecho, sus militantes, los *eseristas* (por alusión a las iniciales del partido) se consideraban «neopopulistas» y el PSR había fusionado a diversos grupos social-revolucionarios preexistentes. Lógicamente, los social-revolucionarios seguían buscando su base de masas entre el campesinado ruso, que aún suponía la gran mayoría de la población activa del Imperio. Sin embargo, un porcentaje creciente de esos campesinos se estaban convirtiendo en obreros fabriles, que en muchos casos seguían manteniendo raíces en el campo. Todo ello hizo que los *eseristas* incorporaran un discurso político inspirado en el marxismo —aunque oficialmente esto no se reconocía— que situaba al proletariado, junto con el campesinado, en la vanguardia de la revolución. O, en todo caso, a estos como el núcleo central.

El gran ideólogo y líder de los *eseristas* era Viktor Chernov, natural de Saratov, en el Volga, que en 1905 contaba 31 años de edad, hijo de un funcionario de rango menor procedente del campesinado. Ya como estudiante entró en contacto con círculos de *narodniki*, lo que le ocasionó sus primeros problemas con la policía. Posteriormente su padre lo envió a Estonia; la proximidad a San Petersburgo le permitió entrar en contacto con círculos marxistas de esa ciudad y conocer a personalidades como Yuli Mártov y Piotr Struve. Posteriormente acudió a Moscú a estudiar Derecho; allí tomó parte en las actividades de la Unión de Campesinos Reunidos de Moscú, organización de tendencia *narodniki*, y también entró en contacto con destacados marxistas entre los que se incluía Lenin. En 1894 ingresó en la organización *narodniki* Derecho del Pueblo, de la mano del poeta y diplomático Fiódor Tiútchev. Prontamente detenido, el propio Zubatov trató infructuosamente de captarlo como agente doble, pero tras su negativa fue desterrado a Tambov.

En esa región empezó a trabajar para el *zemstvo* local y aprovechó la coyuntura para realizar agitación entre el campesinado; de esta actividad surgió su idea de crear una red nacional de organizaciones para la defensa de los derechos de los campesinos. En 1899 emigró a Suecia y contactó con

círculos socialdemócratas para poner en marcha su proyecto. Conocedores de sus contactos con los *narodniki*, estos le rechazaron; sin embargo, sus planes llegaron a conocimiento de los social-revolucionarios, que le prestaron apoyo para materializarlos con la creación en Ginebra de la Liga Agraria Socialista en 1900. Dos años más tarde ingresó en el PSR, pasando a formar parte de su comité central y tomando parte en la redacción de su periódico *Rusia Revolucionaria*, publicado en Ginebra, en el que destacaron sus artículos en los que daba forma a las tácticas terroristas que debía seguir el partido.

Teórico, mucho más que hombre de acción, desarrolló y pulió el ideario del PSR, poniendo énfasis en marcar distancias con los marxistas en lo referente, sobre todo, al encaje del mundo agrario en la revolución. Para Chernov, cuestiones como la posesión de los medios de producción o la distribución de la tierra eran cruciales. En este caso, estaba claro que debería socializarse entre el campesinado, no nacionalizarse o colectivizarse. De otra parte, según la definición de los *eseristas*, un pequeño propietario campesino no podía definirse como perteneciente a la «clase media rural» aunque poseyera unos mínimos medios de producción que utilizaba para su propia subsistencia. Este tipo de planteamientos pronto pasarían, en muchos casos, a la ideología de los nacientes partidos agraristas de la Europa del Este.

Junto al PSR pero sin integrarse oficialmente en él figuraba la Organización de Combate social-revolucionaria, fundada en 1902 por el judío lituano Grigory Gershuni, que a su vez había sido otro de los creadores del partido. Aunque la Organización de Combate era muy activa se mantuvo como una estructura al margen del PSR. Esto evidenciaba el debate en torno a la utilidad de la estrategia terrorista, incluso sin conocerse por entonces hasta qué punto la Organización de Combate estaba infiltrada por la *Ojrana*. La cuestión del terrorismo era un asunto muy espinoso en el debate político de las izquierdas rusas. Para el naciente grupo de los marxistas, esta opción había sido un error. Gueorgui Plejánov, que había sido su primer gran teórico, provenía a su vez de las filas del socialismo agrario y consideraba que la detención masiva de activistas revolucionarios que siguió al asesinato de Alejandro II no compensaba en absoluto el gesto

político del magnicidio. La posterior infiltración de los grupos de activistas violentos por la *Ojrana* también parecía darle la razón.

De esa forma, en 1883, Plejánov y algunos camaradas marxistas (Pavel Axelrod, Vera Zasúlich, Lev Deich) fundaron el grupo Emancipación del Trabajo. La idea central era que solo el marxismo ofrecía unas claves científicas para transformar la sociedad rusa y que ese cambio debería ser colectivo, pasando previamente por la etapa de desarrollo capitalista. Por supuesto, no consideraban, como los socialistas agrarios, que esa etapa hubiera de ser evitada en Rusia. De todas formas, el divorcio definitivo entre socialistas agrarios y marxistas tardó en delimitarse. Muy significativamente, Alexandr Uliánov, el hermano mayor de Vladimir, quien años más tarde sería conocido como *Lenin*[105], militó en un grupo revolucionario que aparte de buscar el asesinato del zar Alejandro III debía trabajar intelectualmente para unir a unos y otros, a socialistas agraristas y marxistas[106]. Tras la detención y ejecución de Alexandr, Vladimir Uliánov quedó convencido del error que suponía seguir adelante con tácticas terroristas y basculó desde el primer momento hacia el grupo de los marxistas. Como su maestro Plejánov, como Chernov y como tantos otros, terminó yendo al exilio tras ser detenido en 1895 y desterrado a Siberia hasta 1900, cuando el Ministerio del Interior le concedió el pasaporte.

Llegó a Suiza, donde residía el núcleo central de los marxistas rusos, con la idea de impulsar la fundación de un periódico y un partido político que superara las limitaciones de Emancipación del Trabajo. La nueva formación, que ya se había intentado crear en Minsk en 1898, era el Partido Obrero Socialdemócrata ruso. En ese primer congreso, fundacional, solo lograron reunirse nueve delegados que fueron detenidos al poco tiempo por la policía. Además, de los tres núcleos que estaban representados, el de los rusos —al cual pertenecían Vladimir Ulinov y Yuli Mártov[107]— estaba prácticamente desmantelado, con sus líderes desterrados. También había acudido el grupo ucraniano, desde Kiev; y el judío, representado por el *Bund*[108] o Alianza General de Trabajadores Judíos en Lituania, Polonia y Rusia. Tal como habían ido las cosas, la fundación en falso del POSDR podía ser interpretada como un fracaso. Además, el protagonismo del Bund judío era un asunto a debatir para muchos marxistas, como el mismo Lenin

y una buena parte de los mismos militantes judíos del Partido, que deseaban difuminar los rótulos etnicistas.

La necesidad de impulsar el partido de los marxistas rusos cobró más urgencia cuando en 1902 se fundó el Partido de los Socialistas Revolucionarios. Mientras tanto, y a la vez que se ponían las bases del periódico y la refundación del Partido en un segundo congreso, Lenin se enfrentaba a Plejánov e incluso a su amigo Mártov por el control del núcleo marxista ruso en el exilio, entre Ginebra, Múnich y Londres. Para cuando se celebró el segundo congreso en Bruselas, en junio de 1903, rápidamente trasladado a Londres por problemas con la policía belga, Lenin estaba logrando controlar la redacción del diario *Iskra* (chispa) y tenía un grupo de seguidores «duros» que se enfrentaban contundentemente a sus adversarios en el Partido buscando imponer directrices de centralismo, disciplina y activismo[109].

De ahí surgió la facción de los «bolcheviques» o «mayoritarios» (derivado del ruso: *bol'shinstvo*, mayoría), frente a los «mencheviques» o «minoritarios» (*men'shinstvo*: minoría). El entramado de polémicas que enfrentó a ambos en los años que siguieron partía de posicionamientos en torno a liderazgos ideológicos más radicales (Lenin) o menos (Mártov, Axelrod). En su aspecto inicial más esencial, los bolcheviques solo deseaban admitir en el Partido a los militantes completamente comprometidos, excluyendo a los simpatizantes, muchos de ellos oportunistas en potencia, o elementos incapaces de someterse a la disciplina de partido. Para los mencheviques, era aconsejable contar con una base amplia de partidarios. Eso también suponía que estos defendían un gran partido de activistas y simpatizantes y los bolcheviques optaban por un partido de revolucionarios profesionales. Bajo esas primeras diferencias latía una actitud más revolucionaria y rupturista por parte de los bolcheviques, frente a una postura más inclusiva y reformista. Pero también, paradójicamente, abría la puerta a la práctica del oportunismo para hacerse con el poder[110].

Es innegable que la «segunda fundación» del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia en 1903 estuvo lastrada por la escisión entre bolcheviques y mencheviques, que terminó dando lugar a una verdadera

«guerra civil», en la cual Lenin tuvo una responsabilidad que él mismo asumía sin prejuicios. Esta situación dio muy mala impresión entre los marxistas rusos. En la primavera de 1904, el Comité Central del Partido en Rusia envió a un delegado, Vladimir Noskov, para conminar a Lenin a que terminara con la escisión; pero este logró neutralizarlo.

Debido a estas circunstancias, los marxistas rusos no se significaron mientras las nubes negras de la tormenta política y social se arremolinaban en Rusia conforme avanzaba 1904. Lenin, que se jactaba de diseñar un partido para la revolución, estaba dedicado en realidad a hacer política y además, faccionalista. Buena parte de los marxistas rusos en el exilio europeo estaban obsesionados con sus discrepancias políticas y envidias personales. Por otra parte, Lenin no se mostraba dispuesto a dejar Ginebra y regresar a Rusia. Le absorbía la preparación del tercer congreso del partido, que finalmente se celebró en Londres, en abril de 1905, y fue predominantemente bolchevique, dado que la mayor parte de los mencheviques renunció a participar en él.

Mientras tanto, en una Rusia cada vez más convulsionada por las consecuencias de la desastrosa guerra contra los japoneses, los social-revolucionarios radicales asesinaron al ministro Pleve en el verano de 1904, polacos, finlandeses y georgianos parecían a punto de escindir sus respectivos países del Imperio, a la vez que los liberales agitaban a los *zemstvos* e intentaban forzar el aperturismo del régimen. Por fin, el Domingo Sangriento encontró a los emigrados marxistas de Ginebra completamente desprevenidos, ante lo cual decidieron esperar acontecimientos. Estos se presentaron en forma del propio padre Gapón, que huyó de San Petersburgo a Ginebra con una propuesta para unificar a la oposición socialista frente a la autocracia. Gapón fue inicialmente cooptado por Plejánov para la facción menchevique del Partido Obrero Socialdemócrata; sin embargo, el empeño de estos en manejar al sacerdote para reforzar su posición frente a los bolcheviques provocó la «fuga» de Gapón a las filas de los social-revolucionarios, quienes le apoyarán en la consecución de su agenda unionista. Para ello retoman la iniciativa de Zilliacus de un alzamiento plurinacional coordinado, desplazando a un promotor desprestigiado por sus contactos con Japón y sustituyéndolo por

un padre Gapón al alza tras los sucesos del Domingo Sangriento. A pesar de su fuga de las filas de los socialdemócratas, el llamamiento del pope consiguió el apoyo tanto de Lenin como de Plejánov, que dejando aparte disquisiciones ideológicas adoptaron como propio el lema social revolucionario: «Marchemos separados, golpeemos juntos»[111].

A pesar del entusiasmo inicial de Plejánov, la dirección menchevique empezó a distanciarse de la iniciativa de Gapón al poner en duda sus credenciales socialistas y finalmente renunciaron a asistir a la conferencia convocada en Ginebra en abril de 1905. De las 18 organizaciones socialistas invitadas acudieron 11, todas las social-revolucionarias y 4 de las 11 socialdemocráticas (los bolcheviques, el Bund y las facciones letona y armenia); hecho que molestó grandemente a Lenin al encontrarse en minoría frente a los representantes de las distintas facciones social-revolucionarias y, finalmente, le llevó a abandonar la conferencia, que acabó con los resultados anteriormente expuestos. Por su parte los bolcheviques enunciaron análisis, previsiones y formulaciones doctrinales desde Suiza para sus seguidores en Rusia. Lenin continuaba insistiendo en la importancia de mantener una identidad organizativa con respecto a los mencheviques. Y siguió con los preparativos para el tercer congreso del partido[112].

Simultáneamente, en Rusia las grandes huelgas en la industria y las revueltas en el campo se fueron politizando conforme se iba entrando en la primavera, y las huelgas y desórdenes iban dejando atrás las meras peticiones salariales o laborales. Pero sobre todo, a través de la oleada de huelgas, cada vez mejor autoorganizadas, los trabajadores rusos adquirieron en 1905 una conciencia de su propia fuerza que no habían tenido nunca hasta ese momento. Quizá no tanto por la magnitud de las huelgas: la primera de entidad en Rusia había tenido lugar en 1896 en San Petersburgo, movilizando a 30.000 trabajadores; sino por la concatenación de paros en el tiempo y, sobre todo, por la estructuración de sistemas de organización, coordinación y autodefensa.

Para entonces, uno de los activistas más valiosos del POSDR estaba trabajando sobre el terreno, en Rusia, para reconducir las protestas laborales hacia la revolución. Se trataba de Lev Davídovich Bronstein, quien ya por

entonces era conocido por su apodo: «Trotski»; con ese nombre en un pasaporte falso había logrado escapar de su destierro en Siberia, en el verano de 1902.

Nacido en una hacienda cerca de la localidad ucraniana de Jérson, Novoróssia, hijo y nieto de prósperos colonos judíos convertidos en pequeños terratenientes —los Bronstein—[113], nueve años más joven que Lenin, había demostrado una precocidad revolucionaria realmente meritoria al impulsar la fundación de la denominada Liga Obrera del Sur de Rusia con tan solo 18 años. El grupo, compuesto por jóvenes, operaba en la localidad portuaria de Nicolaev. Y se dedicaba a la *agit-prop* sindicalista entre los trabajadores de la ciudad, que contaba con importantes astilleros y otros talleres. La policía no tardó en seguir al grupo, sobre el que se practicaron detenciones masivas a comienzos de 1898. El castigo fue desproporcionadamente duro, y Trotski, sin un respaldo socio-familiar que le evitara penurias por medio de dinero e influencias, pasó de cárcel en cárcel hasta ser deportado a un rincón alejado de Siberia.

Trotski era un intelectual de acción: sin haber hecho carrera universitaria escribía con soltura, tenía capacidad de palabra y mucho arrojo personal. En su destierro siberiano, no dejó la actividad ideológica, escribiendo análisis políticos y crítica literaria para *Iskra*. También allí terminó derivando hacia posturas marxistas tras haber sido originariamente, en su adolescencia, un *narodniki*. Precisamente, en el verano de 1902 leyó el primer ejemplar del periódico *Iskra* que publicaban los socialdemócratas rusos en Zúrich desde 1900 y un ejemplar de la obra de Lenin *¿Qué hacer?,* y eso cambió su vida. Fascinado ante la posibilidad de contribuir a la creación de un partido disciplinado de revolucionarios profesionales, respaldado por un debate ideológico continuado y consistente, decidió escapar de su destierro para unirse a Lenin en el exilio europeo. Tras un periplo largo y arriesgado, llegó a Londres en octubre de ese mismo año; para entonces, Lenin ya le conocía por el seudónimo: *La Pluma*, por su habilidad literaria.

Sin embargo, su llegada al mundo del exilio marxista ruso supuso también la introducción en las trifulcas personales e ideológicas entre Lenin y Plejánov, con sus respectivos partidarios; y poco más tarde, ya al año siguiente, en las fuertes tensiones que acompañaron el Segundo Congreso

del POSDR. Hasta cierto punto, Trotski se había hurtado a esas tensiones debido a que Lenin invirtió su inquietud natural y sus capacidades comunicativas en la captación de adeptos en diversas capitales europeas. Pero los choques durante el congreso que llevaron al cisma entre bolcheviques y mencheviques, con la ruptura entre Lenin y su amigo Mártov, distanciaron bruscamente a Trotski de su admirado Lenin. En poco tiempo se convirtió en un crítico vitriólico de la labor de Lenin[114] y así continuó siendo en los siguientes catorce años.

Trotski era muy suyo: su fuerte carácter y su nervio le situaron en una situación difícil en el partido, por cuanto enfrentado a Lenin y los bolcheviques, también tenía en contra la animadversión personal de Plejánov. En consecuencia, el revolucionario «habitaba por entonces en un territorio intermedio entre los bolcheviques y los mencheviques» lo que le facilitó actuar al margen de la disciplina del partido y dar forma a sus propias ideas[115].

«Abandonado de todos», según uno de sus biógrafos[116], Trotski llegó a Múnich en agosto de 1904 donde conoció a Alexander Helphand (o Gelfand), conocido por el seudónimo de «Parvus». Le llevaba doce años —era incluso mayor que Lenin— y para entonces poseía sobre el joven Trotski una superioridad intelectual incontestable: doctor en filosofía por la Universidad de Zúrich, militante del Partido Socialdemócrata alemán, había sido colaborador habitual en *Neue Zeit*, la publicación socialista más prestigiosa de Europa, fundada por Karl Kautsky, uno de los grandes teóricos e impulsores del marxismo en Europa central[117]. Pero aparte de ese ascendiente, Helphand y Trotski tenían bases comunes para simpatizar: ambos procedían de familias de colonos granjeros judíos establecidas en Novoróssia, los dos habían estudiando en Odesa de niños y ambos se habían convertido en revolucionarios desde adolescentes. Pero, sobre todo, eran mentes muy independientes. Tras la ruptura con Lenin y el alejamiento de bolcheviques y mencheviques, Trotski era terreno abonado para las enseñanzas de Helphand.

Por su parte, este era —y siempre lo fue— el heterodoxo de entre los revolucionarios heterodoxos, y por ello un camarada bajo sospecha permanente y, finalmente, ninguneado. Aunque resultó ser un personaje

clave para que los bolcheviques pudieran tomar el poder en 1917, Helphand fue arrinconado por ellos, por los historiadores ortodoxos y por las leyendas y hagiografías oficiales del régimen soviético. La única biografía completa sobre su persona se publicó en 1965 y lleva un subtítulo un punto desdeñoso: *El mercader de la revolución*[118]. En realidad, Helphand era el reverso del romanticismo revolucionario que alentaba a buena parte de los bolcheviques y mencheviques rusos: asumía que la revolución no se podía hacer sin dinero y sin contactos; y con el tiempo, él sabría cómo conseguir ambos.

La voluntad de Helphand estaba al servicio de unas ideas muy claras. Tenía la muy rara capacidad de realizar acertados pronósticos sobre el futuro partiendo de la deducción. Predijo la guerra ruso-japonesa ya en 1895; acertó al conjeturar la derrota rusa al comienzo del conflicto, cuando ni los japoneses confiaban del todo en ella. Afirmó que marcaría el comienzo de toda una serie de conflictos armados imperialistas, algo que incluso un siglo más tarde pasaba casi inadvertido para la mayoría de los historiadores. En 1900 aconsejó la instauración de una zona de libre mercado en Europa, incluso de unos Estados Unidos de Europa, de lo cual se podría aprovechar el proletariado europeo[119]. Este aplomó cautivó a Trotski, que en el medio año que pasó junto a él, en Múnich, se fundió en sus enseñanzas y opiniones; de hecho, fue uno de los eventos más importantes de su vida. Las bases de lo que con los años sería el «trotskismo» se pusieron en aquellos meses.

Los escritos de Marx no eran una guía para la acción política, algo que Helphand sí tenía claro. Las bases para la teoría de la revolución permanente de Trotski procedían de Parvus, que describía la revolución como algo que iba más allá de una insurrección. La anticipación del mundo globalizado que tenía Helphand llevaba a la necesidad de una revolución internacional, en un mundo en que los estados y sus fronteras marcaban límites insuficientes para la gran revolución que habría de venir y que en 1905 pronosticó que empezaría en Rusia.

Tras el Domingo Sangriento, Trotski y Parvus decidieron regresar a Rusia e implicarse en lo que ambos veían como la revolución que habían previsto, sin esperar acontecimientos. La empresa era arriesgada, dado que

Trotski había escapado de su confinamiento en Siberia y una nueva detención por la policía rusa le supondría una condena a trabajos forzados. Por lo tanto, adoptando todas las precauciones, le precedió en el viaje su segunda compañera sentimental[120], la activista Natalia Sedova, quien encontró residencia para ambos en Kiev.

Trotski, con una identidad falsa, llegó a la capital ucraniana en febrero; pero un mes más tarde se trasladó a San Petersburgo, donde era más fácil pasar desapercibido y estaba el meollo de la crisis, tanto por su carácter de centro político del Imperio, como por la fuerza industrial que albergaba con sus miles de trabajadores, el ejército potencial de la revolución. En medio de grandes precauciones, Natalia Sedova se empleó como agitadora en una fábrica de tuberías. Mientras tanto, su marido llamaba a la revolución desde las páginas del periódico *Iskra*. Exigía un levantamiento general que llevara a la formación de un gobierno provisional y una asamblea constituyente. En ese contexto, los marxistas de Rusia establecerían una dictadura de la élite revolucionaria, dirigida por el POSDR. Por entonces, en Londres los bolcheviques organizaron su propio congreso en abril-mayo, en el cual Lenin se decantaba hacia las ideas de Trotski y Parvus.

En mayo, Natalia Sedova fue detenida junto con otros revolucionarios. Por fortuna para Trotski, la policía no llegó a él a pesar de haber cazado a su compañera. Pero por precaución se trasladó a la vecina Finlandia, donde, a pesar de que por entonces era una provincia del Imperio ruso, la policía local hacía la vista gorda con los revolucionarios[121].

---

99 Bronislav Piłsudski y Aleksandr Uliánov, pertenecían a la organización Voluntad del Pueblo y participaron en el intento de asesinato de Alejandro III; sin embargo, a diferencia de Uliánov, Piłsudski vio conmutada su pena de muerte por la de 15 años de trabajos forzados en la isla de Sajalín.

100 El coronel Akashi había desempeñado el mismo cargo en la legación de San Petersburgo hasta el inicio de la guerra. Vid. el extraordinario compendio de sus informes y procedimientos operativos en: Akashi (1988): pp. 36 y ss. para el contacto con Zilliacus.

101 Akashi (1988), p. 72.

102 Leslie (1983), p. 80.

103 Kujala (2005): pp. 264-267.

104 Ibíd., p. 277.

105 Vladimir Uliánov publicó en marzo de 1902 su obra *¿Qué hacer?* firmada con el seudónimo de N. Lenin. Los revolucionarios rusos utilizaban numerosos seudónimos a lo largo de su vida pero normalmente pasaban a la historia con aquel que les asociaba a alguna obra o acción exitosa, como fue en el caso del *¿Qué hacer?* No se conoce el significado o el porqué del seudónimo «Lenin».

106 Service (2001): p. 52.

107 Fundadores de la denominada Liga de Combate por la Emancipación de la Clase Obrera. Su primera acción de agitación obrera les había costado la detención a sus iniciadores, en 1895.

108 *Bund* equivale a Unión o Alianza en yidis.

109 Service (2012): pp. 163-168.

110 Billington (2011): p. 723.

111 Akashi (1988): pp. 140-141.

112 Service (2001): pp. 181-182.

113 Para las circunstancias de la familia de Trotski en su contexto histórico y cultural: Service (2010b): pp. 41-48.

114 La primera andanada quedó plasmada en un opúsculo titulado: *Nuestras tareas políticas*, publicado en Ginebra en agosto de 1904. Wilde (1972): p. 54.

115 Rubenstein (2015): pos. 647.

116 Wilde (1972): p. 57.

117 Sus ataques a Eduard Bernstein le habían supuesto el progresivo apartamiento del periódico, a pesar de ser un protegido de Kautsky. Zeman y Scharlau (1965): p. 48.

118 Zeman y Scharlau (1965).

119 Ibíd., p. 42.

120 La primera, Aleksandra Sokolóvskaya, se había quedado en Siberia en 1902, tras la huida de Trotski.

121 Trotsky (s.a.): pp. 192-193.

CAPÍTULO 8

# EL MANIFIESTO SALVA A LA CORONA
## El reformismo burgués en acción, junio-octubre, 1905

La defensa numantina del régimen ante la creciente protesta se había reducido casi desde un principio al mismo zar Nicolás, sus familiares directos y sus consejeros más cercanos. Sin embargo, el ministro de Agricultura, Aléxei Yermolov, que formaba parte del Consejo de Estado del Zar, comenzó a advertirle de los negros nubarrones que se cernían sobre el régimen, ya desde finales de enero, poco después del Domingo Sangriento. En esencia, argumentaba que sería imposible mantener la posición del gobierno simplemente con la fuerza de las armas. Algo de lo que, por cierto, Nicolás decía ser consciente. En febrero, Yermolov volvió a la carga, advirtiendo muy seriamente sobre la posibilidad de que no solo colapsaran el zarismo y la autocracia, sino incluso el Estado ruso en su conjunto. Para ello, el consejero sugería al zar la convocatoria de «una reunión de todos los representantes del pueblo» para que formularan sus peticiones[122].

Hasta el 3 de marzo, Nicolás no reaccionó. Para entonces publicó un manifiesto en el cual se reafirmaba en la autocracia, a la vez que accedía a escuchar las quejas de sus súbditos. A tal efecto, envió un ucase o edicto al Senado y se instó al Consejo de Ministros a recoger todo tipo de propuestas para la mejora de la situación del pueblo. Al ministro del Interior, Alexander Bulygin —que había reemplazado a Svyatopolk-Mirsky tras el inicio de los desórdenes— le hizo llegar otro edicto para la convocatoria de una asamblea consultiva[123].

Parece claro que el zar había estado fiando todo a la esperanza de ganar la guerra en Oriente. En palabras de Solzhenitsyn, Nicolás II era refractario a la realidad, achacaba las derrotas a la providencia, como si Dios desde las

alturas quisiera significarle algo a través de ellas, y perseverando ante la adversidad fuera a verse finalmente recompensada con una victoria[124]. Sin embargo, a esas alturas de marzo, la batalla de Mukden ya estaba perdida, y fue entonces cuando hizo algunas primeras concesiones. Pero solo buscaba ganar tiempo, porque aún tenía la esperanza de que la flota, de camino hacia Vladivostok, terminara dando la vuelta a la guerra: al fin y al cabo, Japón era un archipiélago que se podía aislar desde el mar, dejando aislado al Ejército nipón en Manchuria que podría ser aniquilado con la llegada de más refuerzos rusos por el Transiberiano. Desde luego, eran fantasías, pero parecían ser compartidas por muchos rusos de buena fe. Apenas celebrado el noveno aniversario de su coronación, el 28 de mayo, Nicolás II recibió la devastadora noticia de la aniquilación de la escuadra del Báltico en el estrecho de Tsushima. Aunque los más belicosos de su séquito le recordaban que el octavo llamamiento de reclutas todavía no había sido enviado a Manchuria, y que todavía podía movilizarse un noveno, elevando de nuevo el número de efectivos hasta los 500.000, la prudencia advertía que Japón, con el dominio indiscutible del mar, tenía a su disposición Sajalín, Kamchatka y el Usuri y más valía apresurarse a firmar la paz. Además, el desastre final de Tsushima dio paso a una nueva ola de radicalismo.

El régimen estaba cada vez más acorralado y llegado el verano empezó a quedar claro que no podía seguir adelante la guerra contra Japón; no solo porque se habían perdido todas las batallas, una tras otra, sino porque el envío de más tropas a Oriente no solo podría dar lugar a motines ante un sacrificio que se veía como inútil; además, y sobre todo, suponía dejar la retaguardia expuesta a la revolución, dado que faltarían tropas fiables para controlar las revueltas y protestas[125]. De hecho, muchas de esas unidades estaban compuestas por reservistas, soldados con moral muy baja, a veces indisciplinados y rebeldes ellos mismos[126]. Hacia el mes de mayo, las tropas rusas concentradas en Manchuria rondaban el medio millón de efectivos, mientras la mayor parte de los oficiales más capaces en todo el Ejército habían sido trasladados desde sus unidades de origen a ese frente. La situación había llegado a su límite, hasta tal punto que el Ministerio de la

Guerra decidió que se renunciaría al reclutamiento en no menos de 32 provincias del total de 52 en todo el Imperio[127].

Ya a comienzos del verano había tenido lugar un alarmante aviso sobre el deterioro de la situación. Los oficiales y marinos de más experiencia y veteranía de la Flota del Mar Negro habían sido trasladados al Pacífico durante la guerra. La noticia de la catástrofe en Tsushima afectó seriamente la moral y disciplina en Sebastopol. También se rumoreaba que existía al menos una célula revolucionaria de los bolcheviques, dispuesta a organizar motines a gran escala. Pero lo sucedido en el acorazado *Potemkin* no fue premeditado. El 27 de junio, durante unas maniobras en la costa, no lejos de la ciudad de Odesa, se produjo el amotinamiento de los marinos por causa del rancho en mal estado y la nefasta forma en que el incidente fue manejado por el segundo de a bordo. La rebelión terminó con la muerte del capitán y varios oficiales y la captura por la marinería del acorazado y un torpedero. La unidad, comandada ya por un marinero elegido por un comité, puso rumbo a Odesa. Por entonces, en la ciudad se vivía una huelga general y la llegada a puerto de la nave complicó más aún la situación. Miles de personas confraternizaron con los marinos y cuando el gobernador envió tropas para dispersar a la muchedumbre, durante la noche, murieron unas dos mil personas y otras tres mil resultaron heridas. Al día siguiente, desde el acorazado rebelde se llegó a disparar una andanada contra un local en el que altos mandos del Ejército celebraban una reunión de emergencia.

Finalmente, el gobierno decidió enviar dos escuadrones navales para apresar o destruir al *Potemkin*. Sin embargo, las tripulaciones de estos navíos se negaron a actuar contra sus compañeros, e incluso un crucero se puso de su lado temporalmente. Finalmente, el Potemkin tomó rumbo a Rumanía, donde su tripulación fue internada en el puerto de Constanţa, el 7 de julio. La rebelión del *Potemkin* se hizo mundialmente célebre a raíz del film dirigido por Serguéi Eisenstein en 1925, pero ya en 1905 reveló en toda su amplitud la profundidad de la quiebra institucional y social que afectaba al maltrecho Imperio ruso.

Para cuando se desarrollaba el motín llegaron de Estados Unidos noticias de que el presidente Theodore Roosevelt se ofrecía como mediador entre Rusia y Japón para llegar a un acuerdo de paz. Era una ocasión

providencial: precisamente por entonces, el ministro de Finanzas advertía de que el Imperio solo podría aguantar uno o dos meses más antes de caer en la bancarrota. En consecuencia, urgía poner fin a la guerra de Oriente y en las mejores condiciones posibles. Para ello, el zar, encargó la delicada misión al marginado Serguéi Witte, el gran cosmopolita que se había opuesto a la aventura militar desde un principio[128].

El tratado firmado con Japón en Portsmouth, New Hampshire, el 5 de septiembre, no resultó tan gravoso para Rusia como habría cabido esperar. Japón y Rusia deberían evacuar Manchuria, que volvía a soberanía china. Eso sí, los vencedores obtenían el control de las vías férreas rusas en la zona y obtenían algunas ventajas estratégicas para contener la influencia rusa en la zona: la península de Liaodong con Port Arthur —que los rusos ya habían perdido— y el sur de la isla de Sajalín, que mermaba considerablemente la potencialidad estratégica de la gran base de Vladivostok, al «embotellar» a la Flota rusa del Pacífico en el pequeño mar de Japón. Los sueños de expansión imperial por Asia quedaban temporalmente paralizados. Pero en cambio el Imperio ruso no tenía que pagar ninguna indemnización onerosa, como sí había tenido que desembolsar China en la guerra contra Japón de 1894-1895.

En parte, ello fue debido a que Japón también estaba ahogado por los apremios financieros y había perdido muchos hombres en la campaña terrestre por Manchuria. Tanto es así, que la firma del tratado produjo protestas patrióticas, multitudinarias y violentas en Tokio al conocerse el documento —bautizadas como el «incidente incendiario del parque Hibiya»— y la posterior caída del gobierno de Katsura. Lo sucedido tenía mucho que ver con la actitud estadounidense, que veía con recelo la ambición japonesa en Asia y el Pacífico. Por lo tanto, con anterioridad al tratado de Portsmouth, Washington había acordado con Tokio la firma del acuerdo Taft-Katsuira por el que se reconocían las aspiraciones japonesas sobre Corea a cambio de la no injerencia en el dominio americano de las Filipinas.

El tratado de Portsmouth tendría importantes repercusiones internacionales que, paradójicamente, concurrirían en el estallido de la Primera Guerra Mundial. Pero de momento en el Imperio ruso no

contribuyeron a que el gobierno recondujera la situación social y política. Las cosas habían ido demasiado lejos, y la que estaba presionando con éxito desde el verano era la facción de los constitucionalistas, personas de influencia y tendencias liberales, apoyadas desde la base por la clase media rusa en formación: profesionales liberales, funcionarios, intelectuales, todo tipo de personas implicadas en la administración de los *zemstvos*, aristócratas aperturistas. Era la gente de la Unión de Liberación, de 1903, o los que habían organizado el congreso de *zemstvos* en 1904. Serían conocidos como los *kadetes*, a partir de las siglas KD *(Konstitutsionno-Demokraticheskiy).*

Precisamente, entre el 30 de septiembre y el 9 de octubre de 1904, conforme subía la tensión social y política derivada del impacto de la guerra contra Japón, los constitucionalistas se habían presentado en la conferencia de la oposición en París, a la que habían acudido ocho partidos o tendencias políticas, incluyendo delegados de las nacionalidades[129]. El hecho de que el evento se denominara oficialmente: «Conferencia de Organizaciones de Oposición y Revolucionarias», indica hasta qué punto los liberales más audaces llegaron a comprometerse con las fuerzas más radicales, tanto las nacionalistas como las de izquierdas, a pesar de que los socialdemócratas no acudieran a la cita.

Su líder era Pável Milyukov, historiador de la cultura rusa pero comprometido a fondo con la causa de los occidentalistas liberales[130]. Conocía los Estados Unidos, donde había impartido cursos de verano en la Universidad de Chicago y el Lowell Institute de Boston, además de escribir para la prensa de ese país. Era un académico de vasta cultura, pero a su vez entroncaba con una estirpe de pensadores rusos admiradores del liberalismo anglosajón, tales como Maxim Kovalevski o Pavel Vinogradov, del movimiento constitucional asociado a los *zemstvos*, que había sido nombrado miembro de la Cátedra de Jurisprudencia de Oxford. Ello explica que los ensayos sobre Ciencia Política de Woodrow Wilson, de finales del siglo XIX, fueran conocidos antes en Rusia que en los Estados Unidos[131] .

Así, bajo el liderazgo de Milyukov pero también bajo la presión de las circunstancias, el amorfo movimiento liberal ruso fue cobrando forma. Poseía un enorme potencial dado que proponía un regeneracionismo

factible a base de propuestas claras, tenía influencias directas en los círculos de poder, gran capacidad de presión gracias al apoyo de sus bases y además conectaban hacia abajo con sectores muy amplios, que iban más allá de las clases medias. Esa fuerza empezó a presionar firmemente durante el verano de 1905, coincidiendo con la búsqueda de una salida a la guerra contra Japón.

El 16 de junio tuvo lugar el Congreso de Representantes de Ayuntamientos, con 126 delegados de 87 ciudades. En él los constitucionalistas tenían un peso importante y lo aprovecharon para respaldar la petición del sufragio universal masculino. Además, aceptaron la invitación del movimiento de los *zemstvos* para acudir a su gran congreso en Moscú, el 6 de julio, uniendo fuerzas por vez primera. A partir de ahí, se decidió aplicar una nueva estrategia: favorecer la agitación desde abajo, en vez de apelar meramente al zar para obtener las reformas. De allí surgió también el borrador de una Ley Fundamental del Imperio ruso, que abogaba de facto por una monarquía parlamentaria[132].

Por si fuera poco, los campesinos insurrectos también se inclinaban a apoyar la causa de los liberales. Hasta el verano, los disturbios habían ido en aumento. Los primeros incidentes de consideración habían estallado en febrero, en Rusia central, extendiéndose hacia el norte de Ucrania. En total, 109 en ese mes. Luego 103 en marzo, 144 en abril; en mayo, el deshielo trajo un aumento significativo: 299 incidentes de consideración. Más tarde se incrementó verticalmente en junio, con 492. Conforme llegaba el tiempo de la cosecha y la siembra de invierno, decayeron los episodios de protesta: 248 en julio, 155 en agosto, 71 en septiembre[133].

Tal como argumenta Abraham Ascher, por fortuna para el régimen, el tempo de los disturbios agrarios no coincidía del todo con el de las huelgas y protestas urbanas[134]. Pero aun así, quedaban ya lejanas las huelgas de trabajadores agrícolas y la apropiación de madera o heno, habituales antes de la llegada de la primavera. Estas acciones eran el reflejo de lo que, inicialmente, se percibía como debilidad de la autoridad del gobierno en las ciudades. Al llegar el verano, los disturbios se incrementaron en intensidad y amplitud, con ocupaciones de tierras, destrucción de propiedades de los terratenientes, quemas y saqueos. La autoridad local se desvaneció, la

policía y los alguaciles eran impotentes ante la magnitud de los desórdenes, y debido a su inacción los revolucionarios empezaron a asesinar a todo aquel representante del orden que permanecía en su puesto, dejando el medio rural en manos de los revolucionarios. Las intervenciones puntuales del Ejército —en unas 2.700 ocasiones entre enero y octubre[135]— no lograron proteger a los propietarios, la mayor parte de los cuales huyeron, en toda Rusia central.

El vacío de autoridad incluso potenció la aparición de «repúblicas» campesinas en algunas comarcas, normalmente en torno a localidades que proveían de *intelligentsia* rural, es decir, de cuadros para organizar exiguas administraciones comunales. O en nudos de comunicaciones, mercados, zonas cercanas a ciudades o cualquier otro factor que supusiera la influencia de ideas políticas. Otras consecuencias fueron la multiplicación de los sindicatos agrícolas y cooperativas, las resoluciones para la democratización de todo el sistema político o las acciones de desobediencia civil.

Mientras tanto, en ese mismo verano tenía lugar la insurrección de la ciudad polaca de Łódź, uno de los centros principales de la industria textil a escala del Imperio ruso. El evento, que fue espontáneo hasta el punto de tomar por sorpresa a las organizaciones revolucionarias, se prolongó durante cuatro días (21 al 25 de junio), enfrentando a los trabajadores parapetados en barricadas por toda la ciudad, con tropas del Ejército, que se saldaron con cerca de doscientos muertos entre los insurrectos y un número indeterminado de bajas entre las fuerzas de seguridad.

Al margen de la situación en Polonia, el problema de conjunto consistía en que la revolución de 1905 era una sucesión de revueltas espontáneas e impredecibles. Los partidos revolucionarios contaban con un número exiguo de militantes como para poder hacerse con el control de todo el conjunto. Se calcula que por entonces bolcheviques y mencheviques totalizaban unos 8.500 militantes sobre el terreno. Los socialistas revolucionarios podrían llegar a los 50.000 (según datos de noviembre de 1906). Y eso era todo. Por comparación, los socialdemócratas polacos, el PPS y los judíos del Bund, sumaban 100.000 para un territorio muy exiguo[136].

En el verano de 1905 los delegados de los campesinos insurrectos empezaron a recoger peticiones que no solo contemplaban la reforma agraria, sino también la instauración de una asamblea constituyente o un autogobierno local, haciendo causa con el movimiento liberal. Y finalmente, en el cambio de julio a agosto se celebró en Moscú la Asamblea Constitucional de la Unión de los Campesinos Rusos, con un centenar de delegados de 22 provincias. El 14% del agro ruso estaba en rebelión y entre el 10 y el 30% de los campesinos, según regiones, estaba comprometido con las acciones de protesta[137]. Pero en agosto estaba claro que la rebelión campesina se había politizado y pretendía llegar a todo el territorio de la Rusia europea. Como resultado, se votaron toda una serie de resoluciones radicales con respecto a la expropiación de las tierras. Sin embargo se rechazó una propuesta de los bolcheviques a favor de una república democrática: el campesinado seguía siendo básicamente monárquico y estaba más por el reformismo liberal que por la revolución socialista. Era comprensible que fuera así, dado que tanto la *intelligetnsia* liberal del movimiento de los *zemstvos* como una buena parte de la que surgía de la Asamblea de Representantes de Ayuntamientos, mantenían unas relaciones sociales y culturales estrechas con el inmenso mundo rural ruso.

En cualquier caso, la alta cúpula de poder del régimen estaba cada vez más acorralada, dado que una parte del propio Estado se estaba rebelando contra ella. El mismo zar Nicolás estaba haciendo política. Ejerció de diplomático durante las negociaciones de Portsmouth, insistiendo en que Rusia no aceptaría el pago de indemnizaciones a Japón, y se salió con la suya. Mientras tanto, en ese mismo mes de agosto, consintió en publicar un proyecto en el que había estado trabajando una comisión dirigida por el nuevo ministro del Interior y que pasó a ser conocido en como la «Duma de Bulygin». La propuesta era un prodigio de «ingeniería gatopardista». Ajustando al límite los rígidos márgenes del sufragio censitario, las elecciones parlamentarias serían indirectas, instituyendo varias vueltas. El resultado era sorprendente: en una ciudad como San Petersburgo, sobre una población total de 1.400.000 habitantes, solo votarían en la primera vuelta 7.130 electores; pero en la vuelta final (que podría ser la cuarta), solo 7.591 electores, en todo el imperio, escogerían a los 412 parlamentarios de la

Duma Estatal o Parlamento que únicamente tendría atribuciones consultivas[138]. En realidad, el gobierno podría promulgar leyes solo con la aprobación del Consejo de Estado, una cámara alta compuesta por dignatarios designados por el zar.

Para entonces la oposición estaba ya lanzada, recalentada, y la Duma de Bulygin no hizo sino exacerbar los ánimos, en vez de templarlos. Sólo el Dmitri Shipov —procedente del movimiento de los *zemstvos*— y sus seguidores del ala liberal más moderada le dieron un voto de confianza. Por si faltara algo, la autonomía que se concedió a las universidades el 27 de agosto terminó de lanzar a la oposición por la vía revolucionaria. La razón de tal disparatada iniciativa había sido cosa del estrafalario general Dmitri Feodorovich Trepov, que desde su puesto de viceministro de Interior, junto con Bulygin, se decía que era el dictador de facto que controlaba todo el Imperio a través de su gran influencia sobre el zar Nicolás y del control de la policía. Trepov consideraba que la autonomía haría que los estudiantes se concentraran en los asuntos del campus, distanciándose de los sectores contestatarios. Aplicando una lógica marxista más que conservadora, el general venía a considerar que era una forma de enfrentar a los estudiantes con sus propias contradicciones, lo cual terminaría por extenuarlos. Por otra parte, creía que era ridículo pensar que los estudiantes pudieran aleccionar a los trabajadores o influir en ellos. En realidad sucedió todo lo contrario, y en octubre ya enviaba la policía a los campus con orden de no detenerse en la aplicación de las medidas represivas más directas.

El error fue garrafal, y convirtió las facultades no solo en foros que facilitaron la cohesión de los estudiantes universitarios cada vez más radicalizados, sino que allí también se reunieron trabajadores, soldados, sufragistas y estudiantes de enseñanza media. Y eso desde el Instituto Politécnico de San Petersburgo a la Universidad de Odessa, pasando por la Universidad de Kiev o la de Kazán, entre otras muchas. Las aulas daban cabida a miles de personas en los mítines —incluso a 13.000 en la Universidad de San Petersburgo o 10.000 en la de Odessa—, que podían durar horas. Las protestas incluso se trasladaron a los seminarios, dado que muchos jóvenes seguían estudios religiosos por no poder costearse otra educación, pero el régimen interno de esos establecimientos era muy duro.

De hecho, las universidades se convirtieron en una verdadera brecha, un desgarrón en el duro flanco del régimen. Con todo, Trepov quizá no estuvo lejos de acertar en su diagnóstico: ante el anuncio de la concesión de autonomía a las universidades, los estudiantes optaron por un acuerdo de máximos y decidieron no regresar a las aulas hasta que el régimen no hubiera optado por la liberalización. Solo en septiembre, tras una gran asamblea en la que concurrieron representantes de todos los centros del Imperio, se decidió aceptar y explotar la oportunidad que daba el decreto gubernamental. Pero ello fue gracias a los esfuerzos por convencerlos del menchevique Fiodor Ilyich Dan[139], muy en la línea estratégica del partido de apoyarse en bases partidarias amplias.

A partir de ahí, la contestación procedente de ámbitos diversos se extendió como manchas de gasolina que terminaron por arder conjuntamente. El 20 de septiembre, una huelga de impresores en Moscú, que pedía un aumento de sueldo, fue pronto secundada por los estudiantes y al poco, también por panaderos, carpinteros, mecánicos, obreros textiles y ferroviarios. Mientras el conflicto crecía y seguía sin resolverse, se produjo el fallecimiento del príncipe Serguéi Nikolaevich Trubetskoi, el afamado profesor de Filosofía y recién nombrado Rector de la Universidad de Moscú[140], discípulo y amigo del célebre filósofo Vladimir Solovyov. Profundamente cristiano pero racionalista a la vez, Trubetskoi se había significado como adalid del liberalismo, lo que le había llevado a dirigirse al zar personalmente, pidiéndole reformas. Ampliamente respetado por la intelectualidad, su funeral, el día 3 de octubre, se convirtió en una enorme manifestación, incluso bajo la lluvia, algo nunca visto hasta la fecha.

Mientras tanto, crecía el conflicto de los ferroviarios, impulsado por la Oficina Central de la Unión de Empleados y Trabajadores Ferroviarios de Todas las Rusias, que como la de impresores había comenzado por una disputa menor: en este caso, en torno a las pensiones de jubilación. El día 10, los ferroviarios de Moscú pararon el servicio; y como la red ferroviaria de toda Rusia se centralizaba en esa capital, seis días más tarde todas las líneas del Imperio habían quedado paralizadas y su economía, colapsada. El impacto que tuvo la huelga demostraba que Rusia se había convertido en una sociedad moderna en la cual la red ferroviaria se revelaba vital y cuyo

sindicato era capaz de movilizar, directa o indirectamente, a unos 750.000 trabajadores. La sociedad rusa estaba cada vez más concentrada en las ciudades y giraba en torno a la complejidad de la organización industrial, cuyos obreros podían pararlo todo. Aún más: las peticiones de los huelguistas desbordaron las cuestiones salariales, reivindicando, ante el primer ministro, una asamblea constituyente.

Pero mucho más sorprendente fue la respuesta de la ciudadanía. Ya el día 11, una asamblea masiva en San Petersburgo, con unos 30.000 asistentes, dio al apoyo estudiantil a los trabajadores. En los días que siguieron, añadieron su solidaridad los trabajadores industriales, telegrafistas, farmacéuticos, dependientes de comercio, empleados de banca, y hasta funcionarios. La gran huelga rusa de octubre de 1905 puede ser calificada como la primera huelga general revolucionaria de la historia contemporánea, con un componente social transversal, pues si bien es cierto que el detonante fue proletario, el apoyo activo de las clases medias consiguió generar un efecto político demoledor contra el régimen autocrático. Se describieron casos de patrones que pagaron a sus empleados los sueldos regulares en los días de huelga. Otros llegaron a organizar colectas en el Hotel Metropol de Moscú para socorrer a las familias de los trabajadores movilizados en la protesta. El objetivo común era el mismo: la liquidación de la autocracia.

Así, la huelga general de octubre demostró que el zar se había quedado solo ante un país que había evolucionado hacia una modernidad social y política que pedía la articulación del Imperio no en torno a aventuras militares o expansionismo exterior, sino en el desarrollo político y económico. Muy significativamente, los días que duró la huelga apenas hubo violencia, al menos en las ciudades: el régimen y sus fuerzas de seguridad se percataban de que no podían hacer nada contra esa avalancha segura de sí misma que había paralizado hasta el último rincón del inmenso Imperio de 130 millones de habitantes. Las órdenes de Trepov de actuar de forma contundente para restaurar el orden, ya el 12 de octubre, se revelaron inútiles: un baño de sangre no arreglaría nada.

El zar y su gobierno estaban espantados y confusos. La mayor parte de los consejeros de Nicolás insistían en que la situación solo se podría

reconducir mediante la reforma política. De entre ellos destacaba Serguéi Witte, que acaba de regresar de los Estados Unidos tras lograr la paz con Japón. Y volvía a perfilarse como el hombre providencial tras caer en desgracia ante el zar en 1903. Aunque seguía pensando que una autocracia más o menos aperturista era lo mejor para el Imperio ruso, reconocía que la huelga general hacía imposible mantener el antiguo régimen. A partir de ahí, su estrategia pasaba por convencer al zar de que publicara un manifiesto garantizando los derechos civiles y políticos, así como alguna forma de representatividad parlamentaria. Ello obligaba a remodelar la estructura del gobierno; hasta el momento los ministros solo respondían individualmente ante el zar, lo que hacía del primer ministro una figura vacía de poder y permitía que se aplicaran a veces políticas contradictorias. Por ello, ahora sería necesario un «gobierno unificado» pero no hasta el punto de reducir la figura del zar a la impotencia. De esa forma, asegurando el poder político de la monarquía, Witte contaba con que los elementos más conservadores de la oposición volverían a la senda del poder fuerte controlado por el zar.

Aún existía otra posibilidad: que alguien aceptara el papel de dictador y aplicara todas las medidas contundentes que fueran necesarias para romper la huelga, manteniendo así el régimen autocrático costara lo que costase. El único candidato posible parecía ser el gran duque Nicolás Nikoláyevich, un hombre imponente por su estatura, que tenía experiencia militar y prestigio en el Ejército. Ante el asombro de todos, el gran duque desenfundó su revólver y amenazó con suicidarse si el zar no aceptaba el programa de Witte; no dejando otra alternativa al renuente zar que la aceptación del citado plan[141]. En consecuencia, el 17/30 de octubre, Nicolás II firmó el Manifiesto por el cual anunciaba que había ordenado al gobierno:

> Primero: Otorgar al pueblo los firmes fundamentos de las libertades ciudadanas en base a la verdadera inviolabilidad del individuo, libertades de conciencia, expresión, reunión y asociación.
>
> Segundo: Admitir la participación inmediata en la Duma del Estado […] a las clases sociales que hasta ahora han estado completamente

privadas de derechos electorales, extendiendo el principio del sufragio *general* [142] a la nueva legislatura.

Tercero: Establecer como regla inviolable que ninguna ley pueda ser promulgada sin el consentimiento de la Duma del Estado[143].

El Manifiesto del 17 de Octubre, como fue conocido en Rusia (por la fecha, según el calendario gregoriano) fue recibido con un gran alivio por la gran mayoría de la población, que veía llegar a su fin una huelga que durante dos semanas se había llevado a cabo con un enorme grado de disciplina y sacrificio, hasta el punto de que en las grandes ciudades las tiendas de abastos solo habían abierto tres horas al día, las farmacias no expedían medicinas, el agua corriente llegaba a las fuentes con problemas y hasta faltaban transportes para llevar a los difuntos a los cementerios. No obstante, el manifiesto estaba redactado en un lenguaje ambiguo que no dejaba claro cuál sería el poder del zar frente a la nueva Duma, el ámbito de sufragio o cómo se materializaban las libertades que se prometían; además fue promulgado sin previo aviso y las autoridades regionales lo recibieron con estupor e incredulidad —en algunos casos la noticia del manifiesto llegaba de la boca de viajeros— y sin ningún tipo de directrices referentes a su aplicación. Había triunfado la revolución constitucional en Rusia y el espíritu de alivio y triunfo que vivió buena parte de la población quedó reflejado en el lienzo que el pintor Iliá Repin le dedicó al evento, inundado por una luz primaveral.

---

122 Floyd (1970): p. 68.

123 Ibíd., 75.

124 Solzhenitsyn (1983): p. 739.

125 Bushnell (2005): pp. 334 y 342.

126 Ibíd., p. 344.

127 Frankel (2009): p. 64; Bushnell (2005): pp. 341-342. Los generales partidarios de continuar la guerra alegaban que Japón estaba peor financieramente que Rusia y que desmovilizar a hombres derrotados y desmoralizados entrañaba más peligro que continuar la guerra.

128 Frankel (2009): p. 57.

129 Ascher (1988): p. 60.

130 Miliukov (1967). Vid. pp. 6-8 para sus impresiones sobre la formación del «Kadetismo».

131 Billington (2011): p. 621.

132 Ascher (2004): pos. 978 y 987.

133 Ibíd., pos. 877.

134 Ibíd., pos. 883.

135 Figes (2000): p. 227.

136 Ascher (2004): pos. 1016.

137 Ibíd., pos. 897.

138 Ibíd., pos. 999.

139 Personalidad olvidada en los libros de historia, Fiodor Dan fue, de hecho, uno de los instauradores de la corriente menchevique en el Segundo Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia en Londres, en 1903, junto con Yuli Mártov. Fue autor del libro: *La dictature du proletariat*, París, Eds. de la Liberté, 1947.

140 Había sido elegido rector por el Consejo de la Universidad, constituido tras la entrada en vigor de la autonomía universitaria de Trepov.

141 De hecho, tanto el gran duque como muchos otros mandos del Ejército sabían que no había tropas disponibles para organizar la represión a gran escala, o que las existentes eran escasamente fiables. Bushnell (2005): p. 346. El gran duque, comandante militar de la plaza de San Petersburgo, desbordado por los acontecimientos y reconociendo que no podía detenerse a «millones de manifestantes», insistía en la necesidad de negociar con los cabecillas de la revuelta. Gran duque Alejandro Mijailovich: *Libro de Recuerdos* (1933): http://militera.lib.ru/memo/russian/a-m/09.html.

142 De forma ambigua, se empleó el término *общий* (común, general) frente a *всеобщий* (universal): «*развитие начала общего избирательного права*».

143 Floyd (1970): pp. 90-93; también se puede encontrar en la red: http://community.dur.ac.uk/a.k.harrington/octmanif.html.
http://ru.wikisource.org/wiki*Манифест_об_усовершенствовании_государственного_порядка*

# CAPÍTULO 9

# CHOQUES ARMADOS
## Insurgencia y violencia revolucionaria y reaccionaria, octubre-diciembre, 1905

El Manifiesto del 17/30 de octubre consiguió el objetivo que había perseguido Witte: desactivar la presión revolucionaria al cortocircuitar la manifiesta interacción que había ido fraguando entre sectores crecientes de la población que cuestionaban el absoluto inmovilismo de la autocracia zarista. La intransigencia y la rigidez habían llegado al extremo de acercar a clases medias y populares en una huelga general que había paralizado al Estado más grande del mundo durante dos semanas. Tal proeza no hubiera sido posible solo por la voluntad de los trabajadores industriales; pero tampoco los liberales, estudiantes, funcionarios descontentos, empresarios o empleados del sector servicios hubieran podido unirse y ejercer tal presión solo por su cuenta. Sin embargo, esa alianza coyuntural no podía durar mucho porque entre los objetivos de cada clase y grupo social existían distancias insalvables. Y también se daban importantes contradicciones entre cada una de ellas.

En el calor del momento, sin embargo, todo se vivió con gran confusión. Debe tenerse en cuenta que la huelga de octubre había sido un acto espontáneo, lo cual desconcertó a todos sus actores. Sobre todo a las izquierdas, que siempre se habían creído capaces de desencadenar y conducir la revolución, pero que durante los meses que siguieron al Domingo Sangriento no habían logrado adelantarse nunca a los acontecimientos. Ahora, tras la desmovilización que había provocado el Manifiesto, intentaron mantener sus plataformas de poder y reactivar de nuevo la huelga general revolucionaria.

Al poco de comenzar la huelga, en el anochecer del 13 de octubre, unos cuarenta delegados escogidos por los trabajadores —a instigación de los agitadores mencheviques— se reunieron en el Instituto Tecnológico a fin de crear un organismo destinado a coordinar y dotar de dirección unificada a la huelga que acaba de proclamarse. El esquema aplicado se inspiró en aquel que había funcionado tan bien durante la huelga de Ivanovo-Voznesensk, en la anterior primavera. Para ello se pidió a los centros fabriles y talleres que escogieran un representante por cada 500 trabajadores, hasta un total de 562. Cuatro días más tarde, el recién formado Soviet de los Diputados de los Trabajadores escogió un comité ejecutivo *(Ispolkom*[144]) de cincuenta miembros que debería tomar las decisiones importantes, aunque el Soviet en pleno se reservaba la aprobación de algunas cuestiones. Al frente del comité se escogió a un pasante de abogado menchevique: Jrustaliov-Nosar (nombre real: Georgy Nosar; alias: «Pyotr Jrustaliov») procedente de la Asamblea de Trabajadores Rusos de las Fábricas y Talleres de San Petersburgo, a la que se había adherido inmediatamente tras el Domingo Sangriento[145].

Muy en la línea de la huelga de octubre, el Soviet de San Petersburgo se declaró apolítico —lo cual le atrajo muchas simpatías—; sin embargo, los mencheviques habían sido sus inspiradores. Esto encajaba en su línea de acción: apoyarse en organizaciones revolucionarias, aunque no estuvieran formadas, encuadradas y dirigidas por el partido, o ni siquiera fueran ideológicamente afines. Trotski, oculto por entonces en una pensión, en las profundidades de un bosque finlandés, lo vio claro: regresó enseguida a San Petersburgo y se integró en las actividades del Soviet. Dada su valía intelectual, pronto se situó como lugarteniente de un Jrustaliov-Nosar que oficiaba más bien como figura decorativa. Aunque con los años se ha matizado el protagonismo real de Trotski al frente del Soviet de San Petersburgo[146], no cabe duda de que desplegó una gran actividad, escribiendo para tres periódicos: el muy exitoso *Ruskaya Gazeta*, el menchevique *Nachalo*, e *Izvestia*, el órgano oficial de los soviets. También pudo comprobar su enorme valía como orador. Desde luego, como él mismo admitió a posteriori, el Soviet de Petrogrado terminó con su aprendizaje y junto con Parvus, con el cual trabajó mano a mano, fue la

única figura importante del POSDR que hizo un papel digno en 1905 implicándose de lleno en la acción, afrontando el peligro, poniendo la teoría en práctica y estando a la altura de las circunstancias. Lenin y Mártov apenas tuvieron relevancia y a Plejánov le acusaron de tendencias liberales. De hecho, Lenin (así como Mártov y Chernov) solo regresó a Rusia el 8 de noviembre, tras el Manifiesto de Octubre, al que siguió una amnistía general, lo cual le salvaguardó de una posible detención. Pero para cuando arribó a San Petersburgo, el mal ya estaba hecho: los bolcheviques sobre el terreno habían demostrado una actitud sectaria ante la labor y el significado del Soviet. «El retraso con que Lenin llegó del extranjero —sentencia Trotski— fue una de las razones de que la facción bolchevique no consiguiera ponerse a la cabeza de la revolución»[147].

La firma del Manifiesto de Octubre no detuvo las actividades del Soviet, que para entonces trataba de tú a tú al Ayuntamiento de la capital, disponía de su propia milicia —con unos 6.000 hombres armados con revólveres, escopetas y cuchillos—, organizaba comedores sociales o colectas para los desempleados y sus familias, y se esforzaba por fomentar la organización de soviets en otras ciudades rusas o entre las unidades militares que regresaban de Manchuria con la moral hundida. Y los revolucionarios a su sombra no ocultaban las intenciones de constituirse en un poder político, impulsar la revolución y derribar al gobierno. En un célebre discurso ante las masas, Trotski terminó rompiendo el texto del Manifiesto, recordando que el enemigo de clase es irreconciliable. Por lo tanto, el Soviet de San Petersburgo era un verdadero contrapoder que Witte no podía destruir de buenas a primeras.

Además, tenía que afrontar todo tipo de problemas, antes de enfrentarse a los soviets. El primero fue formar un nuevo gobierno, en el cual los liberales rechazaron participar; al final, los ministros que debían poner en marcha los cambios constitucionales provenían mayormente de las filas de la burocracia. A la par, las fuerzas de la reacción se pusieron en marcha: conocidos genéricamente como Centurias Negras, bandas, comandos y desfiles compuestos por ultranacionalistas partidarios de la autocracia comenzaron a actuar con fuerza a lo largo y ancho de Rusia y Ucrania. Aunque el zar repitiera a quien le quisiera escuchar la versión oficial, según

la cual los activistas eran grupos espontáneos de rusos indignados con las fuerzas de la revolución, todo el mundo sabía que las Centurias Negras gozaban de aquiescencia y hasta soporte de las autoridades. Eran una derivación del «corporativismo zarista» de forma explícita, dado que tenían sus orígenes en asociaciones culturales patrióticas como la breve Santa Brigada, creada en 1881 para combatir al terrorismo revolucionario tras el asesinato de Alejandro II y absorbida por la policía en 1883, o la Asamblea Rusa creada en 1900 como círculo artístico-literario, pero que pronto derivó a un carácter político[148] y disponía de conexiones más o menos indirectas con la policía política y las pertinentes personas clave en los círculos de poder. Pero, llegado el caso, los prebostes locales o incluso mandos policiales podían organizar grupos y procesiones compuestos por activistas de procedencia social variada. La transversalidad incluía funcionarios, estudiantes, artesanos, trabajadores de derechas, adolescentes, policías sin uniforme o lumpen social. El mensaje era siempre el mismo: el pueblo conservador y fiel al zar también sabía organizarse para defenderse de los revolucionarios. De esa forma, los objetivos de las Centurias Negras eran tanto huelguistas como izquierdistas, ciudadanos de las minorías nacionales o rusos «traidores»; pero sobre todo, los judíos.

Las autoridades zaristas, comenzando por el mismo Nicolás, marcadamente antisemita, solían argumentar que las huelgas y conflictos sociales de 1904 y 1905 habían sido obra de agentes extranjeros; y que los grupos y partidos de la izquierda radical estaban integrados, mayoritariamente, por judíos. Esto tenía una explicación sencilla: el cosmopolitismo racional del marxismo resultaba atractivo para muchos miembros de las minorías nacionales del Imperio sometidos a las campañas de rusificación[149]. De esa forma, por ejemplo, el *Bund* judío había sido el catalizador en torno al cual se había reunido el primer congreso del POSDR en Minsk en 1898. Pero, además, la cuestión había evolucionado hasta originar el interminable debate entre marxismo y nacionalismo: ya en el Congreso de 1903 se rechazó que el *Bund* fuera la única representación de los obreros judíos de Rusia, por cuanto permitir eso hubiera dado lugar a ulteriores secciones nacionales.

En todo caso, el antisemitismo de las Centurias Negras formaba parte del discurso ultranacionalista y populista encaminado a «nacionalizar» la lucha de clases: los enemigos de los trabajadores eran las clases medias «extranjeras»: los polacos y judíos, principalmente. El problema, según su punto de vista, tenía una peligrosa vertiente internacional que identificaba el liberalismo y el capitalismo a escala internacional con una enorme conspiración tras la cual estaba la mano de un supuesto gobierno judío mundial en la sombra. Eran los años de las campañas sionistas para regresar a la Tierra Prometida o, al menos, encontrar un hogar nacional judío, y la Alianza Israelita Universal. Por entonces, en 1892, se había firmado el tratado de alianza franco-rusa, que había dado un vuelco a las relaciones internacionales y había puesto al naciente capitalismo ruso en manos de los préstamos de París. Esa situación había relanzado las sospechas de los ultras rusos; y precisamente por entonces, en medio del caso Dreyfus, se escribió el panfleto *Los protocolos de los Sabios de Sion*, en el cual se describe lo que debería ser un futuro Estado mundial regido por un siniestro gobierno judío secreto. El texto, que se convirtió en la publicación antisemita más famosa, siendo traducida en numerosas lenguas de todo el mundo, fue publicado por primera vez en ruso en 1902 o 1903. El debate sobre la posible autoría de la *Ojrana*[150] no tiene tanta importancia como el hecho constatado de que fue una pieza más del tinglado político de masas prefascista que intentó construir la autocracia zarista conforme el Imperio se industrializaba y urbanizaba en los últimos años del siglo XIX y comienzos del XX. Dentro de ese esquema, no solo la izquierda revolucionaria era el objetivo de la ultraderecha rusa, sino también Witte y el capitalismo que traía con sus reformas. Por ello, Norman Cohen deduce que la composición de *Los Protocolos* estuvo relacionada, inicialmente, con el malestar causado por la recesión financiera de 1898 y con un intento de presentar a Witte como un peón de los Sabios de Sión[151]. El dato es interesante porque en el otoño de 1905 no solo las izquierdas y los soviets eran los enemigos de las Centurias Negras: también lo era, de nuevo, Serguéi Witte, sobre todo por lo que representaba como autor del Manifiesto de Octubre y la nueva Constitución que él mismo iba a redactar e imponer[152].

Significativamente, los desórdenes promovidos por la ultraderecha comenzaron el 31 de octubre, al día siguiente de la proclamación del Manifiesto. No había una pauta concreta: grupos de matones atacaban manifestaciones en las que se celebraba el evento; u organizaban pogromos en los barrios judíos de algunas ciudades[153]. En total se sucedieron por aquellos meses unos 690 pogromos, en las provincias sudoccidentales, con un total de 876 víctimas mortales[154]. El de Odessa fue el peor de la historia de la ciudad y transcurrió entre el 18 y el 22 de octubre e intervinieron rusos, ucranianos y griegos, con un saldo de 400 judíos muertos y 1.600 propiedades destruidas. A veces, los grupos de acción atacaban en los funerales de alguna de sus víctimas. En ocasiones contaban con la protección de los cosacos, la policía o el Ejército; o dejaban hacer. El mismo Witte fue informado de que en la dirección general de la policía, en San Petersburgo, se habían impreso miles de proclamas urgiendo a «los verdaderos rusos a alzarse y exterminar a todos los extranjeros y a aquellos que son abogados de las reformas y hablan de restringir el poder autocrático del soberano». El mismo zar impidió el intento de Witte por enjuiciar al capitán responsable de la acción[155].

Además de los disturbios promovidos por la ultraderecha, el gobierno hubo de hacer frente al malestar en el Ejército. Concluida la guerra poco antes, llegaban de Oriente los trenes con las tropas desmoralizadas, deseando ser desmovilizadas. Diversas unidades habían organizado desórdenes y motines a lo largo del Transiberiano. Pero además, el 26 de octubre se sublevó la base naval de Kronstadt, frente a San Petersburgo. Las tropas enviadas allí aplastaron a los sediciosos al día siguiente con un saldo de 24 muertos[156]. En noviembre se amotinaron dos cruceros en la base de Sebastopol. Un teniente de navío tomó el mando, se autoproclamó comandante de la flota y mandó izar banderas rojas en los buques. Uno de ellos tuvo que ser cañoneado, tras lo cual los sublevados depusieron su actitud. Entre finales de octubre y mediados de diciembre se sucedieron 211 motines solo en el Ejército. Se calcula que un tercio de todas las unidades de infantería experimentaron alguna forma de disturbio[157]. Pero la situación entre la marinería era peor, dado que la flota había quedado seriamente afectada por los desastres de la guerra en Oriente.

Otra fuente de serios problemas fue el campo, donde los disturbios aumentaron desde finales de octubre, llegando a su cénit en noviembre, con 796 incidentes violentos, una cifra que batía con creces todos los récords de 1905 y contrastaba con la calma que estaba volviendo a las ciudades. La escalada afectó a 478 provincias de la Rusia europea y cobró una fuerza especial en la región de Tambov, donde llegaron a arder 130 haciendas. Por regla general, los campesinos ocupaban las tierras del propietario y quemaban las residencias. Sin embargo, sus motivaciones no respondían a ninguna campaña orquestada por la izquierda revolucionaria. Solían argumentar que tomaban las tierras como un «adelanto», dado de que tras el Manifiesto de Octubre no tenían dudas de que el zar se las iba a conceder. De hecho, llegaban a argumentar algunos, hacía tiempo que el soberano había ordenado los repartos a los terratenientes, pero estos habían escamoteado esa obligación y ahora Nicolás había dado órdenes secretas a los campesinos para que las tomaran directamente. Los más informados suponían que cuando se reuniera la Duma obtendrían alguna forma de reforma agraria, y posiblemente esa esperanza estaba ligada a la constitución de la Unión de los Campesinos Rusos, ese mismo verano. Por último, con una buena parte de las tropas aún por retirar del frente de Manchuria, la falta de reacción de las autoridades avivó los desmanes. En conjunto, y dado que los disturbios en el campo aún tardaron meses en apaciguarse —la mayoría por su propia inercia— se puede decir, con Ascher, que en 1905 y 1906 Rusia experimentó la oleada de disturbios agrarios más extensa y violenta desde el levantamiento de Pugachov en 1773-1775[158].

Sin embargo, el principal desafío para el gobierno era el Soviet de San Petersburgo, por su actividad revolucionaria consciente, capaz de atizar fuegos en otras ciudades. Para enfrentarse a ese núcleo, Witte optó por evitar, de entrada, el choque frontal. Podría parecer una estrategia temeraria, pero el estadista quizá percibió que los focos de disturbio, con todo y ser serios, no eran realmente acumulativos ni coincidentes. La tónica en las fábricas y empresas era el regreso al trabajo, no existía una interacción con los desórdenes en el campo —ni siquiera los soviets tenían capacidad o influencia sobre ello— y la tensión en las fuerzas armadas se relajaría

conforme se fuera produciendo la desmovilización, siempre que no hubiera que emplear a los soldados en tareas de represión prolongadas.

Por otra parte, el mismo Soviet de San Petersburgo estaba forzando una huida hacia adelante. Esto podría parecer temerario, pero lo cierto era que no buscaba integrarse en la vida política parlamentaria o convertirse en una institución civil más, sino hacer la revolución a partir de la conversión del Soviet en un verdadero poder político. En un contexto en el cual los obreros estaban abandonando las huelgas, el Soviet, ya muy politizado, intentaba relanzar el desafío al Estado. El apoyo a las peticiones de obreros en algunas empresas para la concesión de la jornada de ocho horas iba más allá de una disputa laboral. El líder *eserista* Viktor Chernov protestó contra una decisión que enfrentaba a las izquierdas con los que hacía pocos días habían sido sus aliados circunstanciales: la clase media empresarial. La respuesta de esta fue amenazar con un cierre patronal sin precedentes, tras reunir a 150 empresarios en la recién constituida Asociación de Fabricantes y Propietarios de Factorías. La amenaza de lockout afectaba a unos cien mil trabajadores y suponía cerrar plantas y deducir del salario los días de huelga. Dada la precaria situación de muchos trabajadores, al borde de la miseria tras un año de conflictos laborales y políticos tan intensos, la amenaza de la patronal surtió efecto. Máxime porque se saldó con el despido de 19.000 trabajadores[159].

Quedaba demostrado que en aquellas circunstancias el Soviet no podía echarle un pulso a la patronal y que el éxito de la huelga general política de octubre se había debido, en buena medida, al apoyo de las clases medias empresariales y la complicidad de las administrativas, al menos en parte. El fracaso de la reivindicación laboral de la jornada de ocho horas dejaba al descubierto la debilidad real del Soviet de San Petersburgo, rematada por el fracaso de una confusa huelga general política, convocada a principios de noviembre y que, prácticamente, había muerto y fue desconvocada el 7 de noviembre, sin que fuera seguida más allá de la capital, y eso por un número limitado de obreros poco convencidos. Otro paro, esta vez de los trabajadores de Correos, a mediados de noviembre, terminó también en nada.

A pesar de ello, las fuerzas de la izquierda siguieron aplicando una estrategia de desafío en escalada, centrada en consignas abiertamente políticas. Desde el periódico menchevique *Nachalo*, Trotski y Parvus escribían sobre la necesidad de la revolución permanente: el proletariado ruso había demostrado la suficiente madurez como para no tener que pasar por un periodo de desarrollo burgués capitalista antes de lanzarse a la revolución socialista. De hecho, mencheviques y bolcheviques unían sus fuerzas y las recientes disensiones teóricas establecidas en el exilio se diluían ante la necesidad de acción. Esto encantaba a Trotski, que no tenía inhibiciones ideológicas a la hora de implicarse en trabajo del Soviet: por entonces no era ni bolchevique ni menchevique[160].

A lo largo de noviembre, el Soviet de San Petersburgo se dedicó a establecer contacto con otros soviets que habían ido surgiendo a lo largo del Imperio, algunos más grandes y otros minúsculos, incluso en la lejana Siberia, en los Urales y en los países bálticos. Entre ellos los había de soldados y, de hecho, la huelga de ese mismo mes se había alzado con la consigna de apoyar a los marinos detenidos en Kronstadt que iban a ser juzgados por un tribunal militar. La prensa conservadora comenzó a alertar de una posible insurrección armada. De hecho, desde octubre, los socialdemócratas y los social-revolucionarios de Moscú convergían en la posibilidad de organizar un levantamiento armado.

El día 26 de noviembre fue detenido el líder nominal del Soviet de San Petersburgo, el pasante de abogado Jrustaliov-Nosar, junto con algunos representantes. Inmediatamente se eligió un presídium con tres miembros, siendo Trotski uno de ellos[161]. Y lo primero que acordaron fue preparar un levantamiento armado.

Mientras tanto, Parvus trabajaba en una campaña de agitación, muy innovadora, para reventar el más que precario equilibrio financiero del Imperio, tras los gastos que supuso la guerra contra Japón y la huida de capitales al extranjero ante la inestabilidad política y social del Imperio. La maniobra consistió en un manifiesto firmado por toda la izquierda: los socialdemócratas, los *eseristas,* el Partido Socialista Polaco y la Unión de Campesinos de toda Rusia, que fue publicado por ocho periódicos el 2 de diciembre. En él se hacía un llamamiento a no pagar impuestos, ni intereses

o amortizaciones, retirar los ahorros de los bancos, exigir el reembolso siempre en moneda. El intento de paralizar la actividad bancaria y crediticia buscaba minar las finanzas del Estado ruso.

La reacción del gobierno fue contundente: al día siguiente fue arrestado el comité ejecutivo del Soviet de San Petersburgo —incluido Trotski— y 200 representantes, así como los jefes de redacción de los ocho periódicos donde se había publicado el *Manifiesto Financiero*. Aunque Parvus quedó al frente de un nuevo Comité Ejecutivo, esta vez el golpe había sido demasiado duro y una nueva huelga general volvió a fracasar.

Entonces el centro de la acción se trasladó a Moscú. Allí, la actividad revolucionaria había sido menos intensa que en San Petersburgo. En parte porque la industria pesada no era la predominante, como en la capital, sino la textil. Y los organizadores del movimiento obrero eran los trabajadores de «cuello blanco» de los servicios municipales o del sector servicios. Así, la reacción al Domingo Sangriento había sido mucho más tibia que en San Petersburgo, y la ciudad no tuvo Soviet propio hasta el 21 de noviembre. Sin embargo, eran ahora los trabajadores de Moscú los que se coordinaban para organizar un levantamiento armado, a instancias de tres líderes intelectuales bolcheviques escasamente conocidos: Virgilii Shantser, Martyn Liadov y Mijail Vasilev-Iuzhin. Lenin, que se sepa, no intervino en esos planes, aunque sí era un abierto partidario de recurrir a la violencia revolucionaria[162].

La iniciativa era suicida, por cuanto no se podría contar con el apoyo de los campesinos y las esperanzas de que se unieran unidades de soldados rebeldes eran una quimera. Por otro lado, dos de los líderes de la insurrección fueron detenidos antes de la acción asimismo mal coordinada.

Todo comenzó con un llamamiento a la huelga general hecho por el Soviet de Moscú, el 6 de diciembre, seguido de un cierre de tiendas y negocios promovido por piquetes. Sin embargo, tres días más tarde se produjo el primer choque armado cuando las tropas rodearon la Academia Fiedler, donde estaba teniendo lugar una asamblea. Para asombro general, las tropas utilizaron artillería ligera. Como respuesta, los trabajadores levantaron barricadas por la ciudad, y la resistencia armada se concentró en el distrito fabril de Presnia. De hecho, a partir del día 11 los combates

quedaron concentrados en ese barrio, centro de la industria textil, que había quedado aislado de los demás. De nuevo, la utilización de artillería de campaña causó grandes destrozos y bajas, pero la situación empeoró para ellos cuando llegaron refuerzos de la capital, cuatro días más tarde, con 16 cañones más. Esta fuerza bombardeó las fábricas y locales de Presnia durante dos días. Por fin, el 16 de diciembre el Soviet de Moscú dio orden de suspender la insurrección en tres días. El balance fue de 1.059 civiles muertos, de ellos 137 mujeres y 86 niños. Por su parte, perdieron la vida 25 policías y 9 soldados[163]. La revuelta, los denominados «días de la libertad», habían concluido.

Trotski, con 26 años recién cumplidos, estaba de nuevo detenido; fue condenado a destierro perpetuo en Siberia y privación de derechos civiles; sin embargo, de camino al destierro, consiguió escapar e inició su segundo periplo por Europa. Parvus, tras un periodo de casi un año en la clandestinidad al frente del Comité de Petersburgo, también terminó siendo arrestado, y juzgado, si bien, a diferencia de lo ocurrido con Trotski, la pena recibida fue más leve: apenas tres años de destierro; quien no obstante, y repitiendo en este caso el ejemplo de este, también logró escapar en su camino al destierro y huyó a Alemania. Lenin, sin haberse implicado en la acción, tras acudir solo a una o dos asambleas del Soviet, pero procesando y extrayendo enseñanzas de lo sucedido, y diseñando estrategias, permaneció algunos meses más en San Petersburgo. Luego, en agosto de 1906 pasó a residir temporalmente en Finlandia. No regresaría a Rusia hasta 1917.

El padre Gapón regresó a Rusia a finales de 1905, dispuesto a reactivar su red de agitación social; sin embargo, carente de los fondos necesarios y haciendo uso de la máxima de que el fin justifica los medios, no dudó en recurrir de nuevo a sus fuentes de financiación originales y volvió a contactar con la *Ojrana*. De hecho, reveló a su amigo y protector Pinhas Rutenberg sus contactos con la policía secreta y trató de reclutarlo. Este se puso en contacto con la Organización de Combate de los social-revolucionarios. El 26 de marzo de 1906 Gapón y Rutenberg se reunieron en una cabaña en las afueras de San Petersburgo. Allí, el sacerdote volvió a repetir su oferta de colaboración con la *Ojrana* a Rutenberg. En una habitación contigua, dos militantes *eseristas*, convocados al efecto,

pudieron escuchar la conversación y actuar como testigos, jueces y verdugos. Un mes más tarde, el cadáver del pope Gapón apareció estrangulado en la cabaña. Hasta hoy, continúa la polémica sobre quién lo asesinó, habida cuenta de que también había recibido sumas de dinero del gobierno de Witte. Recientemente, la historia de su ascenso social e influencia política se ha llegado a comparar con la del monje Rasputín, que comenzaba precisamente por esas mismas fechas[164].

---

144 *De ispolnitel'niy komitet (исполнительный комитет)* comité ejecutivo.

145 Para la formación del Soviet de San Petersburgo es clásico el relato del mismo Trotski en *1905*, capítulo 8.

146 Service (2010b): p. 137.

147 Trotsky (s.a.): p. 198.

148 *Священная дружина* (1881-1883), *Чёрная Сотня y Русское собрание* (1900-1917), respectivamente. Laqueur (1995): p. 46 para Asamblea Rusa.

149 Billington (2011) para una explicación sintética; Riga (2014): pp. 58 y ss. para explicación matizada en extenso.

150 La teoría desarrollada por Cohn (1983) intenta ser refutada por Ruud y Stepanov (2002).

151 Cohn (1983): p. 112.

152 El manifiesto no aclaraba si los judíos se beneficiarían de las nuevas libertades y derechos

153 Ignatieff (2008): pp. 94-95 para un testigo del pogromo de Kiev.

154 Ascher (2004): pos. 1326.

155 Ibíd., pos. 1337.

156 «Kronstadt Uprisings of 1905 and 1906» (n.d.) *The Great Soviet Encyclopedia, 3rd Edition*. (1970-1979). Recuperado el 31 de enero de 2016 de: http://encyclopedia2.thefreedictionary.com/Kronstadt+Uprisings+of+1905+and+1906

157 Ascher (2004): pos. 1419.

158 Ascher (2004): pos. 1371.

159 Anweiler (1974): p. 57.

160 Service (2010b): p. 140.

161 Ascher (2004): pos. 1528.

162 Service (2010a): p. 192.

163 Ascher (2004): pos. 1665.

164 «Mysteries of Political Murders: The Gapón and Rasputin Cases» – Exposición en el Museo Estatal de de Historia Política de Rusia (San Peterburgo): «Mysteries of Political Murders: The Gapón and Rasputin Cases», coincidiendo con el 110º aniversario del asesinato de Gapón (28 de marzo/ 10 de abril de 1906) y Rasputín (17/30 de diciembre de 1916). Consultable en red: http://www.polithistory.ru/en/visit_us/view.php?id=1736.

## CAPÍTULO 10

# RESCOLDOS DE LA REVOLUCIÓN
# Primera y segunda Dumas, enero de 1906-junio de 1907

A comienzos de 1906, el Imperio ruso empezaba a recobrarse, lentamente, de la tempestad vivida a lo largo del año anterior. Aún se llevaban a cabo algunas expediciones de castigo contra focos revolucionarios huelguistas que creaban serios problemas. En diciembre, la comunicación con Siberia, por telégrafo y ferrocarril, había quedado interrumpida. La única manera de enviar telegramas cifrados con órdenes al Alto Mando de las tropas que quedaban en Manchuria era vía Japón. Solo hacia finales de enero el general Meller-Zakolemskii, al mando de un destacamento que había salido de Moscú por el Transiberiano, en dirección al Asia Central, informaba desde la ciudad de Cheliabinsk —a las puertas del actual Kazajistán— que había restaurado el orden. Para ello, había tenido que disparar contra civiles desarmados, aplicar juicios sumarios sobre la marcha con las consiguientes ejecuciones, castigos físicos, quema de viviendas y todo tipo de brutalidades extrajudiciales. No fue una excepción. En Siberia y el Báltico, miles de personas de todas las edades —muchas de ellas inocentes— sufrieron los rigores de una represión llevada con la mayor sangre fría y ferocidad. Esas fueron las regiones más afectadas, aunque Ucrania y el Cáucaso no se libraron de las expediciones punitivas.

El resultado de estas operaciones fue exitoso desde el punto de vista de la mentalidad de los represores: hasta mayo de 1906, pequeños destacamentos de soldados lograron terminar con protestas que implicaban a miles de ciudadanos. Durante la primavera, el 69% de las provincias y regiones de Imperio estaban sujetos a alguna forma de estado de excepción[165].

Sin embargo, esta no parecía la mejor manera de comenzar un nuevo periodo de la historia rusa, bajo la sombra benéfica de un Nicolás II inspirado por el Manifiesto de Octubre. Las expediciones punitivas no eran sino una continuación, sistemática y cruel, de la carnicería vivida en el Domingo Sangriento. Ahí seguía el gobierno autocrático, dando precisas instrucciones a las fuerzas de seguridad para restaurar el orden sin reparar en medios. Además, ahora el zarismo se rodeaba de nuevos partidos y grupos políticos que proclamaban su lealtad inquebrantable a la autocracia; y Nicolás no tenía reparos en exhibir ese respaldo. Recibía delegaciones de agrupaciones monárquicas ultramontanas o de las Centurias Negras —en quienes creía firmemente[166]— y les reiteraba su voluntad de mantener intacta la autocracia.

Precisamente ya desde el año anterior, los grupos de acción conocidos genéricamente como Centurias Negras y activistas partidarios de la autocracia en general, se habían ido institucionalizando bajo la forma de movimientos y partidos políticos: la Unión de los Hombres Rusos (SRL) del conde Pavel Sheremetev[167] y el Partido Monárquico Ruso (ambos en abril de 1905), la Unión de los Trabajadores Rusos (en Kiev), y, sobre todo, la Unión del Pueblo Ruso (SRN) del doctor Aleksandr Dubrovin, partido fundado en noviembre de 1905, en respuesta al Manifiesto de Octubre[168]. En tan solo un mes ya se habían establecido decenas de delegaciones del partido por todo el Imperio; hacia mediados de 1907 se calcula que existía en torno a un millar[169]. Algunas de ellas agrupaban una militancia nutrida.

Esto, por un lado, contribuía a augurar un futuro lúgubre al proyecto de monarquía parlamentaria que había inaugurado el Manifiesto de octubre de 1905. Pero, por otro, mostraba hasta qué punto se había producido un cambio irreversible en la vida política rusa. Porque el hecho era que la misma ultraderecha, enemiga acérrima del parlamentarismo, estaba creando partidos. Se creía que la autocracia ya no podía defenderse por sí misma, apoyándose en los órganos de gobierno del Estado: era necesario un movimiento de masas patriótico en su favor para contrarrestar las fuerzas disolventes[170]. Las autoridades zaristas también eran de ese parecer y precisamente por ello inyectaron importantes sumas de dinero en los partidos y movimientos políticos ultras[171]. Esa actitud señalaba el

advenimiento del moderno fascismo a Rusia, en una escala fáctica aún no experimentada por el resto de los países europeos. La revolución, única por su potencia a escala continental, había generado una poderosa contrarrevolución.

Con todo y ello, los trabajos para conformar la Duma estatal (el Parlamento ruso) continuaron a buen ritmo. Ya el 11 de diciembre de 1905 se había promulgado la ley electoral, que incrementaba mucho la masa de votantes con respecto al proyecto de Bulygin. En total, tenían derecho a voto entre 20 y 25 millones de varones adultos, a partir de los 24 años de edad. El sufragio era censitario y dividía a la ciudadanía en cuatro curias: propietarios de tierras, campesinos, residentes en ciudades y trabajadores. El valor del voto variaba en cada caso, sobre todo en las asambleas electorales municipales, donde se realizaba la elección final a los diputados de la Duma. Esto suponía: un elector por 2.000 propietarios, 4.000 habitantes de las ciudades, 30.000 campesinos y 90.000 trabajadores industriales[172]. Lo cual no era tan diferente de lo que sucedía en otros países europeos, donde solo se aplicaba el sufragio censitario. Así, en la Prusia de 1908, de un total de 29.000 circunscripciones electorales, se contaban 22.000 distritos en los cuales un solo votante constituía, él solo, la primera clase electoral de un total de tres. Lo normal, sin embargo, era que de cada 10.000 votantes más de 8.300 votaran en la tercera clase, cerca de 1.400 en la segunda y solo 382 en la primera[173]. En realidad, la administración rusa ni siquiera hubiera tenido capacidad técnica para organizar unas elecciones por sufragio universal, aunque hubiera existido la voluntad política para ello[174].

Las elecciones se celebraron en marzo y aunque hubo intentos por parte del gobierno —con ayuda de la Iglesia— para interferir en ellas y la participación fue del 30 al 40% del censo en todo el Imperio, de hecho supusieron la victoria de la oposición a los partidos oficialistas. A primera vista, el predominio era de los constitucional-demócratas, que por las siglas de su tendencia, en ruso (KD) eran conocidos como los *kadetes*. Era el partido de los liberales y su líder carismático era el historiador Pável Milyukov. Habían llevado a cabo una campaña electoral más extensa y eficaz, gracias al elevado porcentaje de profesores, agregados, médicos,

abogados y, en general, profesionales liberales entre su militancia, y a sus entre 40 y 50 periódicos en todo el Imperio. Con todo, obtuvieron una victoria más allá de lo esperado por los propios *kadetes.* En la primera Duma ocuparían 185 escaños de un total de 478 en el momento de las elecciones[175]. A continuación venían las izquierdas moderadas del partido *Trudovnik (Трудоваáя грўппа)* o Laborista: 97 escaños. Los socialistas de todas las tendencias *(eseristas,* mencheviques, PSP) que tras el fracaso del soviet y la insurrección se habían presentado a las elecciones obtuvieron 17 escaños; para los bolcheviques, Lenin había ordenado la abstención. La Unión del 17 de Octubre (los «octubristas») nombre que que hacía referencia al Manifiesto, consiguió 13 escaños. Eran los liberales conservadores, un partido de la alta burguesía, entre los que se contaban hombres de negocios o funcionarios de la administración, liderados por el industrial Alexander Guchkov. Fueron los aliados de los gobiernos reformistas de Witte y Stolypin. A continuación se contaban las minorías nacionales, que se repartían 63 escaños, de los cuales 32 por el Partido Nacional Demócrata de la Polonia rusa; y un bloque de 105 independientes, con 34 ocupados por social-revolucionarios. En conjunto, la derecha conservadora había obtenido tan solo un 5% de los votos, lo cual parecía probar cuán extendido estaba el resentimiento contra el gobierno del Imperio por parte de la mayoría de las clases y la población[176].

Contabilizando estos resultados bajo una perspectiva de composición social, los campesinos, aunque dispersos entre varios partidos, habían sido la clase predominante en la primera Duma: en ella ocuparon 231 escaños[177]. En general, el problema agrario y el campesinado habían sido la clave en las primeras elecciones, en las sucesivas Dumas y en todo el fracasado periodo parlamentario de la Rusia imperial. En su excelente trabajo, Roberta Thompson Manning explica con detalle cómo en el corto periodo entre la victoria que supuso el Manifiesto de Octubre y las elecciones a la Duma —menos de medio año— se deshicieron alianzas tácitas y complicidades de todo tipo, pero sobre todo en el movimiento de los *zemstvos*, donde confluían intereses sociales y políticos heterogéneos. De su progresiva desintegración, sobre todo a comienzos de 1906, surgieron personalidades que fueron a militar en los nuevos partidos, con definiciones

ideológicas más acotadas. Los episodios de violencia que se producían en el campo también forzaron posicionamientos ineludibles: en el *óblast* de Tula, Rusia central, al sur de Moscú, la asamblea provincial del *zemstvo* recaudó 25.000 rublos a fin de alquilar los servicios de guardias cosacos para proteger las tierras de los propietarios locales[178]. Hubo grandes desilusiones, pero también conversiones, y el resultado final de todo el reposicionamiento no podía ser sino inesperado.

La Duma que había surgido de esas primeras elecciones resultaba bastante desconcertante, no solo para el gobierno, sino también para los mismos partidos que la componían. Orlando Figes escoge ciertos rasgos pintorescos de aquel parlamento, instalado en el magno palacio Táuride, en cuyos pasillos se podía oler el tabaco barato que fumaban los diputados campesinos o pisar las cáscaras de pipas de girasol, y cuyos debates cobraban a veces el aire de una reunión de conocidos en un café. El barón Nikolai Wrangel comentaba que allí «solo había *mujiks*, *mujiks* y más *mujiks*»; y lo peor de todo, junto a ellos, falsos *mujiks*[179]. Sin embargo, quienes se consideraban verdaderos vencedores eran los *kadetes*, que anclados en su tradicional discurso de oposición a la autocracia, se apresuraron a inspirar un pliego de demandas (la *Súplica de la Duma al Trono)* dirigidas al gobierno en nombre de la Duma, exigiendo una serie de reformas de manera que se alterara a su favor la arquitectura autocrática que estaba retomando el poder. Así, ya desde el primer día de su inauguración, la primera Duma condenó la represión llevada a cabo por el gobierno en el campo y redactó la *Súplica* dirigida al gobierno, exigiendo una serie de reformas para que se alterara a su favor la arquitectura autocrática que estaba retomando el poder. Se pedía que el ejecutivo cediera poderes, y respondiera ante la Duma. También la abolición del Consejo de Estado, reconvertido en Cámara Alta que debía aprobar, junto con el zar, cualquier disposición tramitada por el parlamento; y que, además, desde febrero de 1906 poseía los mismos poderes legislativos que la Duma. La instauración del sufragio universal era otra de las peticiones, que revelaba el grado de radicalismo del nuevo parlamento, habida cuenta de que en ningún país de Europa se instaurará antes de la Primera Guerra Mundial. No menos radical era la petición de amnistía para todos los presos por las protestas políticas

del año anterior. Los partidos cuentan —erróneamente— con que ni el gobierno ni el zar se atreverán a disolver la Duma dada su dependencia de las finanzas occidentales, que en ese mismo año habían concedido al Imperio el mayor préstamo de su historia, el «préstamo que había salvado a Rusia»[180].

Pero además de la actitud combativa que la mayoría de la Duma adopta hacia el gobierno persisten, entre los mismos partidos y sus facciones internas, importantes dificultades para la negociación. La piedra de toque de las discusiones de todos contra todos es la reforma agraria, con lo que ello implica de expropiaciones de tierras a grandes propietarios, patrimonio del Estado, familia imperial e Iglesia ortodoxa rusa. Aunque el miedo a los campesinos en rebelión había provocado que muchos propietarios accedieran a ceder parte de sus tierras, el progresivo control de la situación, manu militari, hizo que un número creciente de atemorizados cambiara de opinión. Pero aun así, ya antes de la inauguración de la primera Duma había un consenso bastante extendido sobre la necesidad de hacer reformas en el agro. Ese sentimiento abarcaba al Partido Constitucional Demócrata, al gobierno de Witte e incluso a sectores de la derecha. Había un proyecto de reforma agraria impulsado por los *kadetes*, otro por el profesor Migulin, de la Universidad de Kiev; un tercero del ministro de Agricultura, Nikolai Kutler[181]. Para el propio Witte, la situación en el campo era la cuestión más urgente para Rusia. Pero lo cierto fue que este último proyecto acabó por alarmar incluso al káiser Guillermo II, quien lo calificó de «marxismo puro», argumentando además que si se aprobaba en Rusia, le resultaría difícil a él mismo negociar con los propios socialistas alemanes[182]. Al final el debate terminó con la carrera de Kutler, cuando el zar intervino y desautorizó su proyecto a mediados del mes de febrero. En paralelo, las tensiones entre el monarca y el primer ministro no habían parado de incrementarse, y de ahí que, finalmente, con la salud minada, agotado y desilusionado, Witte dimitió el 16 de abril. Pocos días más tarde se constituiría la Duma; pero antes el zar sustituyó a su hombre providencial por Ivan Goremykin, un ultraconservador de largos y enormes bigotes, que llegó al poder con el objetivo, confesado, de disolver la Duma.

Así que ni los gobiernos ni la Duma serían capaces de articular los grandes retos que suponía la modernización institucional, política y económica de aquel enorme Imperio y sus complejidades. Pero la caída de Witte, cuya ilusión había sido la de convertir a Rusia en una monarquía constitucional, complicó mucho las cosas. El 13 de mayo el gobierno respondió a las peticiones formuladas por la Duma en la *Súplica* enviada apenas dos semanas antes. El rechazo a todas las peticiones fue contundente, aunque se incidió en especial sobre la inconveniencia de las expropiaciones de tierras. Y enseguida comenzó un conflicto ininterrumpido entre Duma y gobierno que pronto derivaría en un choque frontal[183].

En paralelo, los grandes propietarios de tierras comenzaron a unirse, sobre todo a partir de una gran asamblea en Tambov. De este tipo de iniciativas saldrá Nobleza Unida, en un congreso celebrado en San Petersburgo entre el 21 y 28 de mayo. El componente social de esta formación integraba a los grandes propietarios provinciales y a la aristocracia conservadora de la capital, incluyendo personalidades de la administración e incluso figuras de la corte. De esa forma, las fuerzas de la autocracia iban tomando el control de la contraofensiva en sus manos y relegaban progresivamente a la ultraderecha más «callejera» y populista encarnada en las Centurias Negras y Unión del Pueblo Ruso. Desde el momento en que se percataron de que podían controlar la situación con los instrumentos institucionales del poder y el apoyo de partidos conservadores, suspendieron progresivamente las actividades de una ultraderecha que, si bien era leal, recurría a la movilización popular, algo a lo que la autocracia rusa era renuente. De la misma forma, las autoridades terminaron por poner trabas a la organización de cooperativas y obras sociales por parte de algunos núcleos de las Centurias Negras.

Pero un efecto paradójico de las elecciones de 1906 fue que cortocircuitó a la derecha más dura del arco parlamentario ruso. En buena medida porque estaban dispuestos a defender la autocracia como fuera preciso; pero el zar había proclamado el Manifiesto de Octubre que posibilitaba las elecciones. Por lo tanto, era evidente que la situación había cambiado en Rusia, dado que por primera vez en su historia, la oposición y la aristocracia intentaban

negociar: la palabra estaba sustituyendo al arma y los partidarios de la autocracia solo podían organizarse como políticos demócratas. La censura desapareció, la política llegó a las calles y en las ciudades las clases medias y trabajadores perdieron su pasividad política. El campesinado aprendió a defender sus intereses en los foros políticos. Rusia se reestructuró por clases y estratos, y mientras la nobleza se alejó del liberalismo los hombres de negocios se organizaron para fundar algunos partidos al servicio de sus intereses. Las minorías nacionales también se volcaron: en Polonia salió a la luz todo el organigrama de expresión política, y el Partido Nacional Demócrata, de la burguesía derechista y nacionalista, se volcó en contrarrestar a los nacionalistas de izquierdas, mientras que los musulmanes del Imperio crearon su propio partido, el Grupo Musulmán de la Duma, entre otras muchas novedades[184].

Así que el contraataque de los conservadores fue legal e institucional; y lo que es más importante: parecía funcionar mejor que la fuerza bruta. A través de partidos como Nobleza Unida o los *zemstvos* provinciales, que habían renunciado a apoyar a la oposición liberal, argumentaban que la reforma agraria radical que propugnaban los *kadetes* o los *trudoviki*, no llevaría a nada ya que la raíz del problema agrario en Rusia no estaba en la falta de tierras, sino en el sistema comunal y sus limitaciones. En cierta manera, la comuna era una forma de socialismo natural que invalidaba el concepto de propiedad privada en la cabeza del campesinado ruso. La virulencia de los desórdenes en el campo durante la reciente revolución de 1905, que continuaron al año siguiente e incluso se agravaban, parecía darles la razón a los propietarios. Por entonces se empezó a manejar una alternativa a la reforma agraria: la creación de una clase de pequeños y medios propietarios de tierras, liquidando de paso la propiedad comunal[185].

Paradójicamente, este debate transcurría a través de un diálogo de sordos. La respuesta del gobierno a la *Súplica de la Duma al Trono*, rechazada con muestras de violencia verbal y abucheo en la radicalizada sede parlamentaria, y con la propuesta de dimisión del primer ministro, había bloqueado ininterrumpidamente las relaciones entre el poder ejecutivo y el legislativo, ya desde el mes de mayo. La tensión creció aún más a comienzos de junio, cuando se produjo un pogromo contra judíos en

Belostok y la Duma envió una comisión para informarse de lo sucedido. Ante la constatación de que las autoridades locales habían actuado en connivencia con los pogromistas, el parlamento envió no menos de 300 interpelaciones al gobierno en 70 días. Cuando al final el ejecutivo compareció ante la Duma para responder, fueron abucheados con nuevas peticiones de dimisión.

Pero lo que terminó por llevar la situación a punto de ebullición fueron los proyectos de reforma agraria; primero la de los *kadetes,* respaldada por 42 votos y luego la de los *trudoviks,* con 104, esta mucho más radical que la primera. En el campo volvió a recrudecerse la tensión, y no faltó algún diputado que desde la Duma llamó a la quema de las haciendas de los terratenientes.

Ante la deriva de la situación, en el gobierno se estudió la inclusión de un ministro *kadet,* a propuesta, nada menos que del general Trepov; idea que fue desechada por el zar. Tampoco llegaron a nada las conversaciones para formar un gobierno de coalición. Cuando el 20 de junio el ejecutivo rechazó oficialmente cualquier proyecto que contemplara la expropiación forzosa de tierras de propiedad privada, la Duma respondió que no pensaba retirar ese principio. El gobierno declaró completamente ilegal esa respuesta, dado que por ley la Duma no tenía derecho a dirigirse al pueblo. El trono recurrió a su derecho a intervenir en el conflicto y el 8 de julio un manifiesto imperial anunció la disolución de la Duma, a los 72 días de su proclamación, y la convocatoria de nuevas elecciones[186]. Como protesta, un grupo de 180 parlamentarios *kadetes* así como algunos *trudoviki* y socialdemócratas huyó al Ducado de Finlandia y en la ciudad de Viborg redactaron un manifiesto destinado al pueblo, pidiéndole que se levantara contra el gobierno y rechazara el pago de impuestos o el reclutamiento en el Ejército. Las izquierdas hicieron otro llamamiento, en este caso a las fuerzas armadas, para que como garantes del nuevo orden constitucional restituyeran el poder de la Duma. Ni uno ni otro obtuvieron ningún eco en Rusia, si bien la situación en Finlandia degeneró cuando en la fortaleza de Sveaborg, que guarda el acceso marítimo a Helsinki, se amotinó parte de la guarnición y se produjeron enfrentamientos fratricidas que requirieron de la intervención de la flota para apagarlos[187].

Mientras tanto, el 21 de julio dimitía el primer ministro Goremykin (67 años de edad), conservador hasta el inmovilismo, y ocupaba su puesto un nuevo hombre providencial para la política rusa: Piotr Stolypin, mucho más joven y enérgico con sus 44 años. Apenas con un mes de mandato fue objeto de un salvaje atentado que destruyó su residencia de campo y produjo 27 víctimas mortales y 32 heridos[188]. Como respuesta instituyó unas cortes marciales itinerantes para la aplicación de mano dura contra los desórdenes que todavía se producían en Rusia: una nueva batalla campal en Varsovia durante el mes de agosto, con 28 muertos, otro motín en la base naval de Kronstadt, un intento renovado de huelga general en Moscú e incontables desórdenes en el campo. En total, la oleada de atentados de 1906 supuso 768 muertos y 820 heridos y se dictaron 683 sentencias de muerte[189].

A la par que imponía mano dura, el nuevo primer ministro iba abordando su proyecto reformista que pasaba, en primer lugar, por domesticar a la Duma. Los primeros intentos fueron nulos: las nuevas elecciones (enero de 1907) solo sirvieron para constituir un nuevo parlamento (20 de febrero) aún más izquierdista que el anterior: 222 diputados de esa tendencia, entre socialdemócratas, *eseristas* socialistas populares y *trudoviks*, frente a 191 de centro *(kadetes*, ya solo 98; nacionalistas polacos, musulmanes y cosacos) y solo 54 derechistas (en especial, octubristas). Inicialmente, Stolypin consiguió ciertos apoyos, incluso por parte de los *eseristas*. El 6 de marzo presentó ante la cámara su programa de reformas. Sin embargo, dos meses más tarde, con motivo del contundente rechazo de la Duma a una resolución condenando el terror revolucionario, Stolypin decidió disolverla de nuevo con el pretexto de que algunos diputados socialdemócratas planteaban un levantamiento, lo que se llevó a efecto mediante el consiguiente decreto imperial, el 3 de junio. Con todo, esta vez la disolución se produjo al mismo tiempo que se publicaban las nuevas regulaciones para las elecciones de la Duma, que cambiaba sustancialmente la anterior ley electoral, sin el consentimiento del poder legislativo. Por ello, la iniciativa fue considerada como un verdadero golpe de Estado que liquidaba el espíritu del Manifiesto de Octubre y las Leyes Fundamentales que hacían el papel de Constitución.

Cuando en noviembre de 1907 se reunió la tercera Duma, la situación había cambiado por completo. Los partidos de la derecha pro-gubernamental (incluyendo los octubristas) ostentaban 300 escaños del total de 493. Los *kadetes* (54), los ruidosos *trudoviks* (14) y los socialdemócratas (19) eran como islas en un archipiélago de partidos tales como el de los progresistas, los musulmanes, los polacos del Kolo y los polaco-lituanos-bielorrusos[190]. Stolypin transformó a 20.000 votantes de clase alta sobre un total de 130 millones de habitantes en todo el Imperio, en la fuerza políticamente dominante en la principal institución electiva del viejo orden reestructurado. Milyukov la llamó la «Duma de los señores y los lacayos»[191]. En apariencia, Stolypin la había domesticado lo suficiente como para que aprobara las reformas que proyectaba. Pero en realidad había contribuido a crear un monstruo que terminaría por devorarlo a él mismo.

---

165 Ascher (2004): pos. 1727.

166 Laqueur (1995): p. 55. Su primo, el gran duque Nicolás, había sido quien le había acercado el SRN.

167 Sheremetev procedía del movimiento político de los *zemstvos*. Gilbert (2016): p. 52.

168 El manifiesto fundacional es consultable en red: «Programme of the Union of Russian People – 1905» – https://community.dur.ac.uk/a.k.harrington/urpprog.html (Durham University Community").

169 Gilbert (2016): p. 53.

170 Laqueur (1995): p. 47.

171 Gilbert (2016): pp. 119-122 para datos concretos de financiación estatal a las formaciones ultras.

172 Ascher (2004): pos. 1755.

173 Mayer (1984): p. 150.

174 Floyd (1970): p. 114

175 El total de escaños de la Duma era de 524, pero debido a las complejidades del sistema electoral nunca llegaron a ser elegidos más de 499.

176 Ascher (2004): pos. 1919.

177 Floyd (1970): 115, cita 191 escaños; Ascher (2004) apunta 231 en posición 1932. Por lo demás, la nobleza consiguió 180 escaños, la *intelligentsia* profesional sacó 108, 14 los cosacos, 16 los comerciantes y clase media baja, 24.

178 Manning (1982), p. 195.

179 Figes (2000): p. 262; Manning (1982): p. 230.

180 Harcave (2015): Cap. 19, pp. 215-219; Figes (2000): p. 261.

181 Manning (1982): pp. 216-219; pp. 223-225.

182 Harcave (2015): p. 228.

183 Pushkarev (1985): pp. 251-252.

184 Bushkovitch (2013): pp. 304-305.

185 Figes (2000): p. 264.

186 Un buen relato del proceso que lleva a la disolución de la primera Duma en: Pushkarev (1985): p. 253.

187 Solzhenitsyn (1983): p. 544.

188 En el momento del atentado, Stolypin se preparaba para recibir invitados. Él resultó ileso, pero su hijo y una de sus cinco hijas sufrieron heridas graves.

189 Pushkarev (1985): p. 255.

190 Ibídem, p. 260.

191 Manning (1982): pp. 325-326.

## CAPÍTULO 11

# LOS AÑOS DEL REGENERACIONISMO
# Stolypin y su obra, julio de 1906-septiembre de 1911

Piotr Stolypin era una personalidad excepcional, algo de lo cual él mismo era plenamente consciente. Como hacendado de provincias que era, procedía del mundo rural, lo cual no quitaba que su linaje aristocrático fuera antiguo y en su familia hubieran sobresalido importantes personajes que a lo largo de los años habían acumulado tierras y haciendas en diversas regiones de Rusia e incluso en Alemania[192]. Además, adquirió grandes propiedades en Kazán a través de su matrimonio.

Conocía muy bien Lituania, donde había pasado parte de su juventud y también las provincias occidentales de Rusia, lo cual explicaría la esencia de sus reformas. Poseía una formación académica cultivada en la Facultad de Física y Matemáticas de la Universidad de San Petersburgo, en la cual estudió química aplicada al agro con el gran Dmitri Mendeleyev, uno de los mayores científicos de la historia rusa, primer proponente de la tabla periódica de los elementos. Su tesis doctoral versó sobre el cultivo del tabaco en el sur de Rusia. En conjunto, Stolypin era un hombre de maneras y gustos del Antiguo Régimen, pero tenía una mentalidad cosmopolita y moderna: había viajado por Europa hablaba con fluidez francés, alemán e inglés. Por lo demás era un hombre muy seguro de sí mismo, con una buena dosis de arrojo personal. Era un prodigio de energía, poseía una inagotable capacidad de trabajo, así como la decisión inquebrantable de reformar y modernizar el sistema para salvarlo; incluso de sí mismo.

Surgía una primera contrariedad del hecho que Stolypin no había ascendido gradualmente en las filas de la burocracia administrativa. El zar lo había nombrado jefe de gobierno sacándolo directamente de las provincias. Eso ya de por sí generaba todo un cúmulo de envidias y recelos

en el ambiente de los altos círculos sociales capitalinos. Además, Stolypin no gustaba de la vida cortesana y despreciaba a los nobles ineptos y a los intrigantes. Nunca tuvo la disposición de crear un partido propio o articular alguna base social de apoyo. Como otros grandes reformadores rusos, trabajaba en solitario, creyendo que bastaba con la burocracia del Estado para imponer los cambios, ley en la mano.

En concreto, sus grandes bazas eran tres: su conocimiento directo del mundo agrícola, su experiencia como administrador provincial y su valentía personal. En 1903 había sido nombrado gobernador de la provincia de Saratov, en plena Rusia central, y uno de los núcleos del sistema tradicional de la comuna rusa (*mir*/мир o bien *obshchina*/община). Fue también la provincia donde se destruyeron más propiedades de la clase alta que en otra cualquiera del Imperio[193]. Lejos de refugiarse en la ciudad, Stolypin se movió por el terreno, se acercó al foco del incendio social, incluso llegó a visitar los pueblos más levantiscos y hasta a discutir en público con algunos líderes rebeldes. Corrían historias sobre su temeridad y sangre fría en medio de esas situaciones; y también sobre su natural autoridad personal. Tampoco le temblaba la mano a la hora de imponer orden por medios drásticos. Era un hidalgo de provincias, buen conocedor de la cultura campesina rusa.

Fueron esas cualidades las que, a ojos del zar, hicieron de él el hombre fuerte en los difíciles días de abril de 1906, cuando fue nombrado ministro del Interior. El recuerdo de su mano dura pervivió durante años en el lenguaje popular ruso, mezclando leyendas y mitos: la «corbata de Stolypin» era la horca; «la carroza de Stolypin» era el tren de los deportados —aunque en realidad inicialmente habían sido vagones para colonos voluntarios destinados a Siberia—. Poco después, en julio, se convertía en primer ministro y pasaba a ser el nuevo hombre providencial.

Como en el caso de Witte, tenía un plan de modernización del Imperio, pero en este caso se centraba en el campo. Como se había podido comprobar fehacientemente, la cuestión agraria era esencial, fuente de los problemas sociales, políticos y económicos de Rusia, epicentro de una amenaza revolucionaria real, mayor que aquella que suponían las fábricas. Las revueltas de 1905 y 1906 y las levantiscas dos primeras Dumas eran buena prueba de ello. A su vez, para Stolypin el núcleo de la cuestión

estaba en el sistema comunal dominante en el agro. De ahí surgía la pobreza de Rusia; en cifras de 1913, el campo daba empleo a dos terceras partes de la población activa del Imperio, pero su contribución a la renta nacional era solo del 50%. El rendimiento por acre del trigo representaba menos de 1/3 del de Gran Bretaña y no alcanzaba 2/5 del de Alemania[194].

A partir de su propia experiencia, Stolypin sabía que las tierras de las provincias occidentales y bálticas, donde no existía sistema comunal, resultaban mucho más productivas, precisamente por ser trabajadas en régimen de propiedad individual. Los campesinos aplicaban sus propios sistemas de cultivo y eran más prósperos que los de Rusia central. Por lo tanto, y en conclusión, la creación de un campesino pequeño-medio, independiente y dueño de su propia granja *(jútor* / хутор), parecía ser la clave. Avalada a su vez por el éxito de experiencias históricas europeas como la del próspero campesino francés surgido de la Revolución, reconvertido incluso en reputado quesero o vinatero. Solo que en Rusia, según planteaba Stolypin, eso podría lograrse desde el Estado, sin necesidad de revolución. En todo caso, quedaba claro que repartir tierras y más tierras a las comunas ya existentes, no llevaría a nada, solo a la perpetuación de un problema estructural.

Muy en su manera enérgica de ser, y nada más poner un pie en el gobierno, ya en julio de 1906, Stolypin empezó a preparar el despliegue de sus paquetes de proyectos de ley. Lógicamente, no podían gustar a la izquierda de la levantisca primera Duma sus planes de llevar el capitalismo al campo. Pero enseguida pudo comprobar que no faltaban importantes opositores a su proyecto entre la nobleza conservadora agrupada en la cada vez más poderosa Nobleza Unida[195]. Precisamente, la detallada investigación de Roberta Thompson Manning pone de relieve hasta qué punto ese estrato social de aristócratas terratenientes tendió a copar las nuevas instituciones representativas surgidas de la revolución de 1905, a través de las asambleas de la nobleza y de los refundados *zemstvos*, que a lo largo de 1906 y 1907 fueron repudiando el liberalismo y se decantaron hacia la derecha, atrayendo a muchos absentistas que nunca antes habían acudido a sus asambleas[196]. La situación era paradójica, dado que Stolypin

les había abierto la puerta, porque los necesitaba; pero su respuesta no fue precisamente altruista.

Desde un principio, la nobleza rechazó ceder a la expropiación de una parte de sus tierras, aunque fuera limitada. Tampoco fue más lejos la propuesta de vender voluntariamente parte de las propias tierras. El ejemplo dado por el mismo Stolypin, que vendió una de sus fincas a los campesinos locales, por supuesto, no alteró la situación. También inquietaba el fin de la comuna: la movilidad de los campesinos volatilizaría la mano de obra barata que garantizaba el sistema comunal. Esa aristocracia conservadora agrupada en torno a Nobleza Unida, recibía el apoyo de los eslavófilos, del zar y de todo tipo de fuerzas de la derecha y el nacionalismo a fin de preservar la sacrosanta comuna campesina rusa; y, sobre todo, de evitar las expropiaciones.

Por ello, Stolypin puso en juego toda su habilidad para ir deslizando sus propuestas de leyes y disposiciones reformistas en base a una elaborada y a veces hasta sutil sucesión de piruetas y carambolas legales. La más llamativa fue el aprovechamiento oportunista de la iniciativa legal del viceministro del Interior Vladimir Gurko, un funcionario proclive a las tesis de Nobleza Unida. A pesar de los intentos de Stolypin por barrar el proyecto, la intervención del zar y la movilización de Nobleza Unida consiguió su aprobación gubernamental como ley el 9 de noviembre de 1906. Por un lado, la disposición evitaba el recurso a la expropiación obligatoria, pero por otro facilitaba que el campesino pudiera abandonar la comuna y consolidara sus propias tierras en propiedad. Sin embargo, al poco tiempo, Gurko se veía obligado a dimitir, víctima de un escándalo que lo implicaba en la apropiación de reservas de grano gubernamentales para la prevención de hambrunas. Sin nadie que defendiera la disposición del 9 de noviembre en su intención original, Stolypin la hizo suya en aquello que más beneficiaba a sus ideas: la vía libre ahora que el campesino abandonaba la comuna para establecerse por su cuenta. Un ejercicio de lo que se podría denominar «tanatocresia política» por el cual el ucase del 9 de noviembre promovido por su rival Vladimir Gurko es presentado habitualmente como el arranque de las reformas de Stolypin[197]. Que, sin embargo, favorecía a

los grandes propietarios en tanto que servía como alternativa a la reforma agraria radical defendida por la Duma.

Otra forma de transformación progresiva la logró ampliando la ayuda del gobierno al campo a través de la subvención a los *zemstvos* que ampliaban sus servicios a la agricultura y a su vez financiaban proyectos destinados a consolidar las parcelas de los nuevos campesinos independientes. Las cifras hablan claramente del salto cuantitativo de los subsidios gubernamentales a los *zemstvos* entre 1909 y 1911. También formaba parte del proyecto el crecimiento de la plantilla de peritos agrónomos contratados por los *zemstvos*, que pasaron de 422 en 1905 a 1.820 al año siguiente, 2.363 en 1910 y 4.930 en 1912[198].

En realidad, la obra regeneracionista del primer ministro fue toda una paciente labor de encaje que debía mejorar los tribunales locales y la policía rural, fomentar el cooperativismo, implementar la enseñanza de nuevas técnicas de cultivo, abrir líneas de crédito específicas para las necesidades del granjero, proteger las libertades civiles y ampliar los derechos de ciudadanía en un sentido liberal —sobre la base de la propiedad privada—, extender la escolarización y, en general, modernizar y estabilizar socialmente el campo, fortaleciendo al Estado de abajo hacia arriba. Se puede decir que era la continuación de la obra de Witte tomando el campo como epicentro. Dado que el medio rural era la cuna de la cultura popular rusa, con sus cien millones de habitantes, otras medidas relacionadas con la tolerancia religiosa, tales como la libertad de conciencia o terminar con la discriminación contra los antiguos creyentes[199] o los judíos, era evidente que estaban destinadas a tener un profundo eco. También redactó propuestas relativas al autogobierno para Polonia y Finlandia, un nuevo código laboral —con seguridad social para los obreros y legalización de las huelgas laborales—, una escuela superior para la formación del funcionariado o nuevos tipos impositivos de carácter social. No faltó un proyecto para promover la colonización de Siberia, ya establecido en base a un decreto de marzo de 1906, por el cual se concedían todo tipo de subsidios a las familias interesadas en emigrar, y se proyectaban obras de mejoras en infraestructuras, establecimiento de lotes de tierras cultivables, promoción de labores sanitarias y obras diversas de acondicionamiento. El

presupuesto gubernamental destinado a la emigración interna se incrementó dramáticamente, de los 5 millones de rublos en 1906 a los 30 millones de 1914[200].

Paradójicamente, el ambicioso proyecto de Stolypin, después de recorrer una senda de múltiples vericuetos, terminó por conseguir unos resultados controvertidos. A lo largo de un periodo cuyos límites varían a un poco según la documentación que se consulte, pero que viene a abarcar una década, a partir de 1907, una cuarta parte de los entre 10 y 12 millones de hogares campesinos abandonó las comunidades, dando lugar a entre 1,6[201] y algo más de dos millones de fincas[202], además medio millón de campesinos emigraban al año hacia Siberia[203]. Otro enfoque estadístico: a la altura de 1917, del 77% del campesinado que se estimaba trabajaba en régimen comunal, un 26% había optado por convertirse en propietario independiente[204]. Es complicado valorar el alcance de esta transformación, que no solo se podía medir por el número de parcelas, sino también por su eficacia económica, tanto en la producción como en la comercialización de los cultivos, la modernización de los medios de producción o la mejora en el consumo de las familias de granjeros. Por otra parte, el estatus civil de los campesinos devenidos granjeros varió considerablemente, obteniendo los mismos derechos que el resto de la ciudadanía, lo que incluía absoluta libertad de movimientos y residencia, acceso al cuerpo de funcionarios, o la posibilidad de realizar estudios superiores.

Pero, por otro lado, la puesta en marcha de este proyecto hizo de Stolypin la víctima propiciatoria de la izquierda y también de la derecha, que de hecho se organizó y modernizó en su *modus operandi* —no en sus fundamentos ideológicos— disfrutando de una nueva vitalidad, a partir de 1909, lo cual precedió al colapso general del régimen, tan solo ocho años más tarde. La tercera Duma que el primer ministro creía maleable y acomodaticia fue de hecho la matriz política de esa nueva derecha que imaginaba haber encontrado la forma de detener no solo la revolución, sino incluso la regeneración, entendida al menos a la manera liberal. En este juego de fuerzas, los mismos aliados de Stolypin podían comprometer involuntariamente su obra.

Entre mayo de 1908 y enero de 1909, los octubristas, liberales de derechas, se embarcaron en una campaña que terminó por pagar el mismo Stolypin. Su líder, Alexander Guchkov, era nieto de un emprendedor siervo que no solo consiguió redimirse a sí mismo y a su familia, sino que consiguió crear su propia empresa textil. Procedente del ala moderada del movimiento de los *zemstvos*, era un impulsivo político capaz de alternar el parlamento con el campo de batalla, si el honor de Rusia así lo requería. Así abandonó sus estudios universitarios de filosofía y economía en Alemania, para acudir en 1894 a Armenia a combatir a los turcos; después dejaría atrás un cómodo puesto municipal en Moscú para servir como guarda jurado protegiendo las obras de construcción del Transiberiano, hasta que en 1900, tras pasar por el Tíbet, acudió al Transvaal para apoyar a los bóeres, donde quedó cojo de por vida a causa de sus heridas de guerra. Lo anterior no solo no le impidió participar en 1903 en la revuelta de los macedonios contra los turcos, sino que, recién casado, partió a Manchuria como representante de la Cruz Roja, circunstancia que no le libró de ser capturado y pasar una breve temporada prisionero de los japoneses. Tal trayectoria le granjeó un prestigio tal, que a su regreso a Moscú en la primavera de 1905 no solo fue nombrado delegado por Moscú a la Conferencia de *Zemstvos*, sino que, apenas acaecido el desastre de Tsushima, el propio zar le convocó a Peterhof para recabar su parecer sobre la conducta de la guerra contra Japón[205].

A partir de su experiencia en guerras de perfil colonial, Guchkov, como los mismos octubristas, era un firme partidario de continuar con la expansión imperial rusa; pero para ello era necesario hacer un ejercicio de autocrítica y asumir responsabilidades. Y esto era imposible dado que todos los asuntos relevantes de las fuerzas armadas estaban en manos del Consejo de Estado de Defensa, ajeno al Ministerio de la Guerra, formado íntegramente por grandes duques que, en virtud de su estatus de aforados, carecían de responsabilidad legal. Para ello, Guchkov, como presidente del Comité de Defensa Imperial de la Duma, decidió utilizar la prerrogativa de vetar los presupuestos militares[206].

El primer envite tuvo como protagonista los cuantiosos créditos destinados a la Armada que Guchkov amenazó con retener, desde la Duma,

hasta que no fuera disuelto el Consejo de Estado de Defensa. El gobierno de Stolypin secundó la petición, y en el pulso que siguió el primer ministro amenazó con dimitir. Como en aquellos momentos era la última garantía de un precario orden social que había costado muchos esfuerzos conseguir, la Corte tuvo que negociar y, a cambio de la disolución del Consejo, forzó la dimisión del ministro de Defensa y puso en su lugar al general Vladimir Sujomlinov, héroe de la guerra contra los otomanos en 1878, y declarado enemigo de Guchkov.

El incidente revelaba hasta qué punto la derecha rusa legitimista, encabezada por el zar, se había convertido en un escollo para la indispensable modernización del Estado en un sentido liberal, al estar situada en el centro y vértice del poder real de este mismo Estado. Stolypin siempre sería recordado por su reforma liberal de la agricultura, pero para ello era necesario reformar el Estado en base a la aceptación del concepto básico de ciudadanía universal ligada a la propiedad —un clásico del liberalismo europeo— y a criterios de eficacia y rentabilidad. Pero, lógicamente, una cosa era convencer a los nobles conservadores y al nuevo movimiento de los *zemstvos* de derechas de que las reformas en el campo, en último término, también les beneficiaban y podían hacerlas suyas a medio y largo plazo (aunque los granjeros llegaran a tener una representación creciente en los *zemstvos* ante los aristócratas). Y otra cosa, muy diferente, poner a las fuerzas armadas bajo el control de la Duma; y eso en 1909, a escaso mes y medio del final de la crisis de Bosnia, en la cual el mismo Guchkov había tenido un papel relevante al denunciar que el Ejército ruso no estaba preparado para ir a la guerra contra el Imperio Austro-Húngaro.

El resto de las iniciativas de Stolypin fueron derrotadas, aquí y allá, por el frente de las fuerzas conservadoras atrincheradas en las más variadas instituciones del Estado: gobernadores provinciales, burócratas, la Iglesia, el Consejo de Estado, la policía y, sobre todo, la Corte. Por ello, no era de extrañar que, una tras otra, las propuestas de ley presentadas sobre funcionariado, educación o minorías fueran tumbadas[207]. Además, las iniciativas de Guchkov, frente al Comité de Defensa Imperial, le granjearon la enemistad del zar, pero además generaron el recelo de los conservadores,

que sospechando que pretendía ganarse apoyos en las fuerzas armadas con fines electoralistas le retiraron su apoyo; la respuesta de Guchkov abrió aun más la brecha con los conservadores y produjo la escisión de su partido; los octubristas entraron en decadencia y Stolypin no pudo apoyarse, como antes, en un valioso aliado que pasó de 154 escaños al inicio de la tercera Duma a 121 al final de la legislatura (de un total de 441 miembros)[208].

La última gran jugada de Stolypin consistió en proponer la creación de unos *zemstvos* específicos para las provincias occidentales del Imperio, especialmente para Polonia, donde nunca antes había existido tal institución. El proyecto mataba dos pájaros de un tiro. Por un lado, contribuía a la rusificación de Polonia, la provincia más insegura del Imperio, por sus indomables aspiraciones nacionales. Por otro, aseguraba que en el nuevo modelo de *zemstvos* su gobierno estaría controlado por una mayoría de pequeños propietarios campesinos. El centro de gravedad de esa propuesta estaba en los campesinos rusos de esas provincias occidentales, que conformaban una minoría nacional en territorio ucraniano, polaco o lituano. Allí nunca habían existido *zemstvos* y los campesinos rusos (y también bielorrusos y ucranianos) eran, desde siempre, genuinos pequeños propietarios independientes, que sabían sacarle buen provecho a sus tierras. Si se creaban allí unos *zemstvos*, era fácil prever que estarían controlados por esta nueva capa de pequeños propietarios, de origen nacional ruso, los cuales dejarían fuera de juego a la aristocracia local, es decir, polaca[209].

Para sacar adelante su plan, Stolypin contaba, principalmente con el apoyo del Partido Nacionalista en la Duma —una formación básicamente panrusa—, interesado en la rusificación administrativa que suponían los nuevos *zemstvos* en las provincias occidentales. Pero el Consejo de Estado aplicó un enfoque de clase a la cuestión, y cerró el paso a la propuesta en base a que la nobleza polaca saldría perjudicada con la medida. Era evidente que la derecha dinástica no aceptaba un nuevo «*zemstvo*-modelo» gestionado por una mayoría de pequeños propietarios campesinos, una suerte de granjeros triunfadores y advenedizos sociales que relegarían a la nobleza de sangre en la administración rural. Pero también era coherente con su concepción de la supremacía social de la aristocracia, que ya en el

siglo XVIII había integrado a la nobleza polaca en sus filas, cuando se consumó el reparto de la *Rzeczpospolita* o Comunidad de las dos Naciones.

Ante esta situación, Stolypin consiguió del zar la suspensión temporal de ambas cámaras, la Duma y el Consejo de Estado, a fin de aprobar la propuesta por la vía de decreto de emergencia, el 14 de marzo de 1911. Este mecanismo tan forzado no se consiguió sin una intensa presión de Stolypin sobre el zar, que además exigió la expulsión de la Corte de dos favoritos y adversarios políticos: Alexander Trepov y Piotr Durnovo, antecesor este de Stolypin en el Ministerio del Interior y responsable de las brutales campañas de represión a finales de 1905. También supuso la ruptura, definitiva por el posterior asesinato de Stolypin, entre este y Guchkov, que, despechado por el giro autoritario de Stolypin, se exilió temporalmente en Manchuria, con el pretexto de colaborar con la Cruz Roja en la erradicación de una devastadora epidemia que asoló esa región[210], de donde regresó apenas unos días antes del magnicidio.

Nadie salió bien parado de esta maniobra que acuñó definitivamente la imagen de Stolypin como un «déspota constitucional». Pero, sobre todo, el zar quedó muy resentido y humillado. La relación entre el monarca y el hombre providencial nunca había sido fácil y fluida, como ya había sucedido con Witte. Pero ahora el ambiente estaba todavía más enrarecido. El por entonces jefe de la *Ojrana*, el general Pavel Kurlov, adversario político de Stolypin —aunque antiguo subordinado y colaborador suyo[211] — y protegido de la emperatriz, interceptaba su correo[212]. Al parecer, ello estaba relacionado con un nuevo factor desestabilizador de la política rusa como era la aparición en la Corte, desde 1906, del monje Grigori Rasputín. Lo cual ya empezaba a ser un escándalo, máxime porque no se había hecho público que este personaje, a quien la zarina había abierto las puertas del palacio, actuaba en realidad como sanador del zarévich Alexei, afectado de hemofilia B. Aunque también podría haber tenido que ver con el hecho de que Kurlov era uno de los canales de financiación de la ultraderecha rusa.

Esta tensa situación desembocó en el asesinato del mismo Stolypin en la Ópera de Kiev, el 1 de septiembre de 1911. El atentado había sido perpetrado por un terrorista social-revolucionario que actuaba como agente doble para la *Ojrana*. Por lo tanto, se repetía un esquema ya conocido y que

había costado la vida a diversos estadistas en la Rusia zarista. Solo que para entonces un crimen así era algo muy discordante. Yevno Azev, el mítico jefe de la Organización de Combate de los social-revolucionarios, y agente doble al servicio de la *Ojrana*, había sido desenmascarado por Vladimir Burtsev, el entonces célebre «cazador de infiltrados» o «Sherlock Holmes de la revolución» un ex agente de policía devenido periodista y revolucionario, con la colaboración de Alexei Lopujin, antiguo director de la policía en tiempos de Pleve[213]. La caída de Azev, en febrero de 1909, tuvo un impacto desastroso en la credibilidad política del Partido Social-Revolucionario y desengañó a muchos de la utilidad de proseguir con campañas de terrorismo y magnicidios cuya intencionalidad, en muchos casos, se deslizaba hacia las turbias aguas del terrorismo de Estado a beneficio de oscuros intereses coyunturales y que derivaba en el mero descontrol operativo[214]. De hecho, a comienzos de 1909, el general Gerasimov, de la *Ojrana*, había anunciado que ninguna organización revolucionaria actuaba ya en territorio ruso.

Por todo ello, el asesinato de Stolypin, que tuvo lugar en presencia de la familia imperial, en el teatro de la Ópera de Kiev, despertó enseguida sospechas de que había sido un crimen de Estado. Al fin y a cabo, la autoría del atentado sintetizaba en la misma personalidad del criminal, el estudiante Bogrov, la contundente respuesta ambivalente de los dos grandes enemigos del primer ministro: la izquierda revolucionaria y la derecha reaccionaria anclada en el poder. Ya por entonces se extendió el rumor de que Stolypin había sido asesinado por la *Ojrana*. En años sucesivos, algunos políticos y estadistas insistieron en esta versión. Más recientemente, Charles Ruud y Serguéi Stepanov insistieron en la teoría de que el asesinato se produjo por una cadena de negligencias típica de una policía política cuyos operativos estaban rígidamente compartimentados, al no haberse podido encontrar ninguna orden ejecutiva[215]. Aunque es bien sabido que la «inducción por desconocimiento voluntario» suele ser la fórmula más eficaz de encubrimiento de los crímenes de Estado.

Sea como fuere, el mismo Stolypin esperaba, desde hacía años, ese trágico resultado final. Había salido indemne de varios atentados, e incluso durante un tiempo había utilizado chalecos antibala y guardaespaldas. Pero,

sobre todo, se hizo célebre una famosa frase suya: «Enterradme allí donde me asesinen». Sus restos yacen en la *lavra* o monasterio principal de las Cuevas, Kiev.

---

192 Ascher (2001): p. 19.

193 Ibíd., pp. 43 y 60-63.

194 Shanin (1983): pp. 44-45.

195 Para el acta de constitución de Nobleza Unida, el 21 de mayo de 1906, vid.: McCauley (1984): p. 162.

196 Manning (1982): p. 273.

197 Manning (1982): pp. 228 y 289; Ascher (2001): pp. 156-158.

198 Manning (1982), tabla 22, p. 363. Para las subvenciones a los *zemstvos*, vid. tabla 20, en p. 362.

199 Aquellos que no habían aceptado la reforma de la Iglesia Ortodoxa en 1667 y eran perseguidos como herejes.

200 Chernina, Dower & Markevich (2010): p. 10.

201 «Piotr Stolypin» en: Rusopedia (RT); entrada consultada el 11 de marzo, 2016, en: https://rusopedia.rt.com/personalidades/historicos/issue_266.html.

202 McCauley (1984): p. 147.

203 Solzhenitsyn (1983): p. 584.

204 Harper (2011): p. 3.

205 En 1905 Guchkov se había mostrado contrario a capitular ante Japón, proponiendo al zar que compareciera ante representantes de los distintos estamentos sociales para, en primer lugar, reconocer los errores cometidos y, a continuación, recabar su apoyo para la continuación de las hostilidades. Solzhentsyn (1984): p. 536.

206 Ibíd., pp. 544-547.

207 McCauley (1984): pp. 51-52 para la lista completa de los proyectos de ley fallidos.

208 Entrada de Wikipedia en ruso: *Государственная дума Российской империи* III *созыва*. Consultable en red: https://ru.wikipedia.org/wiki/*Государственная_дума_Российской_империи*_III_*созыва*.

209 Ascher (2001): pp. 332-334.

210 Summers (2012).

211 Zuckerman (1996): p. 193. Stolypin escogió a Kurlov como subdirector de la policía en abril de 1907, para lo cual Zuckerman no encuentra fácil explicación, dado que ambos se profesaban mutua antipatía y estaban situados en las antípodas de sus tendencias ideológicas.

212 Ascher (2001): p. 384.

213 Ruud y Stepanov (1999): capítulo 9: pp. 173-200.

214 Ascher (2001): p. 384.

215 Ibíd., p. 199.

*Немезида*

# TERCERA PARTE

# NÉMESIS PATRIÓTICA
# 1909-1916

## CAPÍTULO 12

# RUSIA REGRESA AL TABLERO EUROPEO
# Encaje en Persia y desencaje en Bosnia, 1907-1909

En 1907, la revolución había sido conjurada. Cuatro años más tarde, también lo fue la reforma. Aunque las medidas implementados por Stolypin siguieron aplicándose, es incuestionable que el proceso perdió fuerza. Así, a partir de 1910 el número de campesinos interesados en abandonar las comunidades decayó año tras año, pasando de los 600.000 en 1908-1909 a tan solo 37.000 en 1915[216]. Resultaba evidente que la cuestión agraria en Rusia no se había solucionado; por otra parte, también la situación política había experimentado un proceso involutivo, con una cuarta Duma (1912) en la cual la derecha dura poseía 153 escaños, como fuerza más votada, seguida de los octubristas con 98[217]. Pero esta situación no llevaba necesariamente hacia una nueva revolución. Significativamente, en 1911 Iliá Repin terminó su lienzo dedicado a la revolución constitucional de 1905 y lo expuso en la *Esposizione internazionale d'arte* de Roma, asumiendo que la situación de aparente estabilidad política y social que vivía el país era consecuencia y continuación del Manifiesto de Octubre.

En realidad, la tragedia que desembocó en la nueva revolución fue una consecuencia directa de la Primera Guerra Mundial; y aun así, tardó más de dos años y medio en producirse, una vez iniciado el conflicto, y después de espantosas pérdidas en vidas humanas y un incalculable empeoramiento de las condiciones de vida. Así que a la muerte de Stolypin, en 1911, el Imperio ruso parecía una balsa de aceite en comparación con China, donde se estaba desmoronando el imperio milenario y la república se abría paso trabajosamente entre la guerra civil y la desintegración del Estado; o Persia, adonde había llegado la revolución de 1905 de la mano de la colonia de trabajadores iraníes en Bakú[218], y que ya no cejaría hasta la caída de la

dinastía Qajar y el ascenso al poder de Reza Jan en 1921. También en México había estallado la revolución, el año anterior, mientras el Imperio portugués se convertía en una república.

Los historiadores que se han venido ocupando de la Revolución rusa de 1917 suelen desdeñar el hecho de que entre 1905 y 1911 el zar Nicolás y las fuerzas de la reacción no actuaron solas contra la revolución y el reformismo. Al gobierno ruso le apoyaban de forma directa o indirecta las grandes potencias de la época, interesadas en atraerse a su bando al enorme imperio, tanto más maleable, se creía, por cuanto había salido escaldado de la guerra contra Japón.

En realidad, en el contexto internacional de la época, la revolución constitucional rusa de 1905 parecía un asunto ya lejano, muy relacionado con la derrota frente a Japón. Pero incluso esa situación había sido superada, hasta el punto de haberse iniciado un acercamiento discreto pero ventajoso al otrora enemigo nipón a partir de 1907, cuando San Petersburgo y Tokio se reconocieron mutuamente esferas de influencia en Manchuria: el sur para Japón y el norte para Rusia. Con el tiempo, los nipones terminarían exportando armamento a los rusos, incluyendo aquellos obuses Krupp fabricados en Osaka que los habían bombardeado en Port Arthur[219].

El mérito de esa nueva situación correspondía al presidente Theodore Roosevelt, que obtuvo el Premio Nobel de la Paz en ese año por su meritoria labor arbitrando el Tratado de Portsmouth, que equilibraba los poderes expansionistas ruso y japonés en Oriente, algo que empezaba a percibirse como amenazador para los intereses estadounidenses en Asia. Cabe recordar que el Plan de Guerra Naranja para un conflicto militar preventivo contra Japón había sido impulsado ya en 1890 por el mismo presidente Theodore Roosevelt, ante lo que ya entonces se percibía como una posible amenaza nipona contra las islas Hawái y más tarde, las Filipinas. Entre las diversas actualizaciones del plan, la de 1906 tuvo que ver con el fuerte incremento de la emigración japonesa a California. Cuatro años más tarde, el proyecto de rearme japonés en el mar estaba enfocado a competir en poderío naval con los Estados Unidos[220].

La derrota rusa de 1905 marcó un momento de reflexión para las grandes potencias de la época, a fin de readaptarse a la dinámica posbismarckiana

en Europa y el final de la carrera imperialista para el reparto de Asia y África.

La desaparición del canciller de hierro en 1890 deterioró el complejo sistema de balances y equilibrios diplomáticos europeos que el anciano estadista había mantenido sobre sus hombros durante veinte años. En 1891 ya no se renovó el Tratado de Reaseguro entre Rusia y Alemania, que formaba parte de una audaz combinación bismarckiana: neutralidad alemana en un conflicto entre Austria-Hungría y Rusia frente a neutralidad rusa en una guerra entre Francia y Alemania. Fue casi inevitable que Francia y Rusia se acercaran y comenzaran a fraguar una alianza que empezó con la convención militar de 1892 y llegó a un momento culminante con la visita de Nicolás II a París en 1896 y del presidente francés Félix Faure a San Petersburgo, al año siguiente. El puente Alejandro III en París, inaugurado en 1900, quedó para la posteridad como símbolo del entusiasmo que dominó este acercamiento, un tanto insólito para la época, entre la Francia republicana y la Rusia imperial y autocrática.

Esta novedosa alianza supuso para la Rusia de Witte el apoyo crucial de las finanzas francesas para el proceso de modernización capitalista del Imperio. De forma indirecta, evitó que la guerra contra Japón pasara a mayores, dado que la neutralidad francesa coadyuvó a la neutralidad británica, a pesar de que Londres apoyaba a Tokio. En 1906, París empezó a ayudar al Imperio ruso en su recuperación económica con un préstamo más que considerable, vital en un momento en que los rescoldos de la revolución de 1905 se avivaban en el campo. El «préstamo que salvó a Rusia» tenía unas motivaciones prácticas: evitar que la quiebra financiera del Imperio ruso afectara a los numerosos inversores franceses; los cálculos de la primera Duma en aquellos tiempos, según los cuales el gobierno debería ceder a sus peticiones más radicales porque al estar bajo una especie de «tutela francesa» no se atrevería a disolver la cámara, resultaron ser muy ingenuas.

Mientras tanto, Francia y Gran Bretaña dejaron de enfrentarse como potencias imperialistas en competición y constituyeron la Entente Cordiale en 1904. Ese fue otro viraje espectacular para la diplomacia de la época. En su momento se vivió como un hecho positivo, al menos en Londres y París;

sin embargo, marcó el eclipse casi definitivo del flexible equilibrio europeo marcado por el sistema de Viena. Se estaban consolidando unos bloques diplomáticos que creaban «la obligación moral de pelear junto a los países asociados»[221]. En tal sentido, el endurecimiento de las posiciones entre los grandes imperios europeos, que se estaban agrupando en dos bloques opuestos, invitaba por sí mismo a posicionarse y, de paso, descolocar a los contendientes y adversarios.

Berlín lo intentó con Rusia en octubre de 1904 y julio de 1905, mientras esta potencia estaba metida de lleno en la guerra contra Japón y el Imperio británico se perfilaba como un peligroso enemigo. Por entonces, en mayo de 1905 se desarrollaba a la primera crisis de Marruecos, protagonizada por Alemania contra Francia y de ahí el intento de separar a París y San Petersburgo. En ese contexto, Nicolás II pactó en secreto con su primo Guillermo II el Tratado de Björkö (islas Beryozovye, Finlandia), de yate a yate en un crucero por el Báltico. Pero los consejeros del zar, incluyendo a Witte y el gran duque Nicolás, evitaron que el acuerdo cobrara vigencia. Tampoco prosperó otro intento en la conferencia de Algeciras: la banca francesa resultaba más necesaria para Rusia que el apoyo diplomático alemán[222].

El nuevo encaje ruso en el concierto mundial dio otro giro de ajuste cuando se produjo el acercamiento con Londres que cuajó en la denominada Convención anglo-rusa de 1907, firmada en secreto el 31 de agosto en San Petersburgo entre el ministro ruso de Asuntos Exteriores Aleksandr Izvolski y el embajador británico Arthur Nicholson. El acuerdo ponía fin a un siglo de rivalidad entre Rusia y el Imperio británico por el control de Asia Central y Cáucaso. El nombre de ese intrincado pulso fue popularizado por el escritor Rudyard Kipling en 1901: el Gran Juego *(The Great Game).* Los rusos lo denominaron el Torneo de las Sombras. La Convención de 1907 suponía acuerdos sobre el Tíbet, Afganistán y sobre todo Persia[223], que quedó repartida en dos grandes áreas de influencia: Rusia al norte y centro, y Gran Bretaña controlando la estratégica región de Sistán-Baluchistán, con una zona neutral de separación entre ambas potencias.

Los historiadores anglosajones suelen poner el énfasis en la voluntad rusa de lograr ese pacto y los beneficios que le reportaba[224], llegando a

quedar las expectativas británicas en un segundo plano. Otra corriente interpretativa enfatiza que los ingleses se apresuran a buscar el acuerdo ante lo que perciben como un nuevo y agresivo competidor colonial, Alemania, tras la crisis de Marruecos en 1905[225]. Sin embargo, el muy completo estudio de Jennifer Siegel rechaza de plano el «peligro alemán» como motivación y documenta cómo las primeras señales de alarma saltaron en Londres en el cambio de siglo con motivo de la desastrosa guerra de los bóeres en Sudáfrica. El Imperio británico tenía un problema de sobredimensión y tras esa crisis era previsible que se pudieran producir otras en las provincias más remotas. Paradójicamente, el primer movimiento en este sentido fue la alianza anglo-japonesa de 1902, destinada a reforzar posiciones frente a los rusos y conseguir respaldo en China. La Entente Cordiale de 1904 también tenía como objetivo llegar a un acuerdo con Francia sobre el trasfondo de las problemáticas imperialistas en África y Oriente Medio[226].

La guerra ruso-japonesa estuvo a punto de hundir los proyectos británicos de acercamiento a San Petersburgo. En Londres impactaron muy negativamente sucesos como el incidente de Dogger Bank, la revolución de 1905 o las falsas previsiones estratégicas —expresadas por ejemplo, por el embajador británico en Tokio— de que los rusos intentarían resarcirse de las pérdidas en Manchuria con nuevas ganancias en Asia Central[227]. Sin embargo, los mismos rusos asumieron que la derrota ante Japón implicaba una reordenación estratégica porque, al igual que ocurría con el Imperio británico, el ruso también estaba sobredimensionado. Ante la primera crisis de Marruecos, en mayo de 1905, Londres también consideró que era necesario apuntalar la Entente con Francia, hasta entonces un tanto laxa. En ese sentido, el acercamiento al aliado ruso consolidaría los lazos con París; de eso era consciente el gobierno francés, que pidió la resolución del viejo conflicto en Afganistán, a mediados de 1905. A finales de ese mismo año en Londres tomaba posesión el nuevo gobierno liberal de sir Henry Campbell-Bannerman, abierto a un acercamiento con la Rusia del Manifiesto de Octubre que ya no parecía ser la cerrada autocracia del año anterior. Curiosamente, Witte no era partidario de un acercamiento a los ingleses, por lo que su caída tuvo el efecto de agilizar los contactos a través

del nuevo ministro de Asuntos Exteriores, el anglófilo Aleksandr Izvolski[228]. La disolución de la primera Duma fue un último sobresalto, dado que los ingleses creyeron que Rusia se encontraba en puertas de la revolución.

Todo ello es importante para entender que el veloz retorno de Rusia al tablero europeo, reconvertida en una gran potencia respetable, tras haber sufrido la humillante derrota ante Japón y pasado por la compleja revolución constitucional, había sido, en buena medida, obra de Francia y Gran Bretaña, tanto como deseo de Nicolás y sus gobiernos. Eso no podía por menos de alimentar a las fuerzas de la reacción, que tenían un buen argumento para considerar las reformas internas como algo superfluo. El enorme oso ruso seguía siendo respetado y cortejado por los poderosos. Y precisamente los revolucionarios habían estado a punto de dar al traste con ello. Incluso el mismo Witte había menospreciado el acuerdo con Londres.

La ilusión de que Rusia volvía a ser una gran potencia topaba con la cruda realidad de que se había quedado prácticamente sin flota en la guerra contra Japón —y parte de las unidades que restaban estaban embotelladas en el mar Negro— y las pérdidas humanas y de material habían sido enormes. En el terreno de la economía, justo cuando el Imperio empezaba a recuperarse de la depresión de comienzos de siglo, la guerra había supuesto una factura ruinosa: los gastos inmediatos equivalían al presupuesto total del Estado para todo un año[229]. Precisamente por ello, el préstamo francés de 1906 había sido tan decisivo. A ello había que sumar las pérdidas económicas que habían supuesto la revolución de 1905 y los desórdenes en el campo del año siguiente, con las destrucciones de bienes y sus repercusiones en las cosechas. Con todo, en 1906 y 1907, en medio de enormes dificultades financieras, se empezó a trabajar en un programa de rearme, en el cual la reconstrucción de la flota ocupaba un lugar destacado. Por si fuera poco, por entonces, en 1906, Gran Bretaña botó el primero de sus ultramodernos acorazados monocalibre, los denominados *dreadnought*, que en menos de dos años pondría en marcha la carrera naval con Alemania. De hecho, los mismos japoneses habían utilizado navíos *predreadnought* contra los rusos, lo que hacía más apremiante la necesidad de obtener recursos de cualquier parte para reconstruir la flota a ese nivel

tecnológico[230]. Nicolás II se obsesionó tanto con dar preferencia a la Armada que puso en peligro la reorganización del Ejército. De ahí la violencia que tendrá el pulso con los octubristas, lo que a su vez estaba relacionado con el hecho de que tras el Manifiesto de Octubre y el nuevo régimen parlamentario instituido por las Leyes Fundamentales, la Duma podía escrutar los gastos en armamento.

Sin embargo, las apariencias se quebraron prematuramente en 1908, cuando Viena decidió anexionarse Bosnia-Herzegovina, que seguía perteneciendo teóricamente al Imperio otomano. El Imperio austrohúngaro había recibido la administración de esa provincia —para su pacificación y reconstrucción— en virtud del Tratado de Berlín de 1878, firmado por las principales potencias europeas, que había puesto fin a las insurrecciones balcánicas y a la guerra ruso-turca de 1877-1878. En teoría era una administración temporal, por treinta años, por lo cual la provincia debería ser devuelta a la Sublime Puerta. Pero con el tiempo el Imperio austrohúngaro había terminado por hacerla suya mediante la inversión de capitales y esfuerzos en la creación de infraestructuras, modernización económica y transformación de su tejido social y político. Era un secreto a voces que Bosnia-Herzegovina constituía la «única colonia del Imperio austrohúngaro» y que tarde o temprano la anexionaría formalmente[231].

La causa de esa repentina decisión austrohúngara estaba en el triunfo de la revolución constitucionalista de los Jóvenes Turcos, el 23 de julio de 1908. En general, se contempló con gran desconfianza desde Europa. Para algunos observadores era tan solo una situación de vacío de poder, para otros el anuncio de una preocupante regeneración del Imperio otomano. No faltaban los que veían la mano tenebrosa de las potencias rivales o las fuerzas oscuras en los acontecimientos, desde los designios británicos a la francmasonería, Berlín, los judíos, los positivistas o la Iglesia católica[232]. Las suspicacias eran agudas y en Viena y Budapest se temían que las nuevas autoridades turcas convocarían elecciones generales en todo el Imperio otomano, incluyendo las provincias de Bosnia-Herzegovina, que no poseían representatividad política propia. De hecho, se había formado una alianza serbo-musulmana (esto es, ortodoxo-musulmana y no católica) para pedir autonomía bajo la soberanía otomana[233].

Austria-Hungría deseaba asegurarse la posesión de Bosnia-Herzegovina ante la posibilidad de que el «Hombre Enfermo» otomano mejorara a corto plazo. Poniéndose manos a la obra, el ministro de Asuntos Exteriores, Alois Lexa von Aehrenthal, citó el 16 de septiembre a su colega ruso, Aleksandr Izvolski, en la mansión de Buchlau, Moravia, residencia familiar del embajador austrohúngaro en San Petersburgo. En las negociaciones subsiguientes, que duraron tan solo un día, el ruso aceptó de palabra unas concesiones a las que posteriormente negó haberse comprometido. El conflicto que siguió tenía como base el hecho de que, en secreto, ambas partes habían intentado obtener concesiones a base de un tercero —el Imperio otomano— para lo cual dependían de que las potencias firmantes del Tratado de Berlín accedieran a modificarlo. En esta situación, los rusos quedaban en muy mala posición: como cómplices mal pagados, o incluso burlados, de un hecho consumado planeado desde Viena con mala fe. En el mejor de los casos, podía considerarse que el Imperio ruso seguía convaleciente de la guerra contra los japoneses y la revolución de 1905, y no tenía fuerza ni capacidad como para defender sus posiciones y las de sus aliados en los Balcanes.

Por si fuera poco, Viena aceleró los tiempos de la anexión mientras Izvolski se hallaba en París y Londres negociando, lo cual le hizo quedar en evidencia. De rebote, el 5 de octubre, Bulgaria proclamó unilateralmente su independencia total con respecto al Imperio otomano. Al día siguiente, Creta anunció su decisión de unirse a Grecia; y ese día, el Imperio austrohúngaro se anexionó formalmente Bosnia-Herzegovina. El Tratado de Berlín quedó erosionado y se levantó un coro de protestas entre la diplomacia europea. Se habló de organizar una nueva conferencia, pero Berlín se opuso. Por lo tanto, el remendado del Tratado se realizó en base a negociaciones bilaterales y en ese proceso Londres se negó a incluir ninguna cláusula que permitiera la libre navegación rusa por los Estrechos, la reivindicación de San Petersburgo, con lo cual Izvolski se quedó con las manos vacías. Incluso Stolypin rechazó sus manejos y amenazó con dimitir, obligando al zar a negar que, a su vez, supiera nada de todo ello[234]. Para acallar las protestas rusas, Viena jugó al chantaje y empezó a filtrar a la prensa documentos relativos a negociaciones secretas entre ambas potencias

sobre cuestiones balcánicas, como el territorio serbo-montenegrino del Sandžak.

A esas alturas, en Serbia cundía la indignación, dado que una parte considerable de la población de Bosnia era de esa nacionalidad; Belgrado empezó a reunir a su ejército. San Petersburgo entregó también las órdenes de movilización, pero con escasos resultados: austriacos y alemanes no se dejaron intimidar y los franceses no se movían a favor de Rusia. Era lógico, porque la denuncia de la anexión que hacía Izvolski la había pactado en secreto con el ministro Aehrenthal; ni los gobiernos de Londres ni París estaban entusiasmados con lanzar una guerra a escala continental para salvar la reputación del ministro ruso[235].

Para deshacer la espiral de la tensión, el valedor de Austria-Hungría, que era Alemania, se dirigió directamente contra el protector de la parte opuesta, que era Rusia con respecto a Serbia. El 22 de marzo de 1909 presentó un ultimátum según el cual San Petersburgo debía consentir la modificación del Artículo 25 del Tratado de Berlín, que permitiría resolver diplomáticamente la situación, legitimando la anexión de Bosnia-Herzegovina por Austria-Hungría. En caso contrario, Alemania dejaría que la situación siguiera su curso, es decir, que se llegara al enfrentamiento bélico, llegado el caso. Asumiendo la incapacidad militar para defender a Serbia en un conflicto militar, Izvolski aceptó y con él, el gobierno ruso. Abandonada a su suerte y con la disposición de Francia y Gran Bretaña a que aceptara la modificación del Artículo 25, Serbia no tuvo otra opción que ceder.

La crisis bosnia de 1908-1909 tuvo importantes consecuencias; por supuesto, para todas las grandes potencias implicadas, y para los Balcanes. Pero sobre todo para Rusia que no solo había cedido ominosamente a la presión, sino que además se había visto obligada a dejar abandonada a Serbia, tras años de presentarse como la gran potencia protectora de los pueblos eslavos y cristianos de los Balcanes. Esta humillación, intensa y evidente para todos, provocó el rearme moral de la derecha conservadora y nacionalista a todos niveles: la alta aristocracia, las filas de la administración, el funcionariado, la intelectualidad. Antes de 1908 y a pesar del acercamiento a Francia y Gran Bretaña, en la cúpula del poder se

contaban numerosos proalemanes, comenzando por el mismo zar y continuando por la gran mayoría de los miembros del Consejo de Estado. Esos sentimientos fueron cambiando, aunque durante un tiempo se reflejaron, sobre todo, en la antipatía hacia Austria-Hungría, con la que no existían vínculos dinásticos —y por ello no eran frecuentes los contactos personales entre los monarcas— y que tradicionalmente había sido competidora de Rusia en la expansión por los Balcanes. Paralelamente, también aumentó el peso y la influencia política de los paneslavistas, como el general Alexander Kireyev, que durante la crisis de Bosnia exclamó: «¡Vergüenza, vergüenza! Mejor morir» y dimitió de sus cargos.

Un caso bien conocido en la época fue el del diplomático jubilado príncipe Grigori N. Trubetskoi, miembro de una de las familias nobiliarias de más rancia solera en el Imperio ruso, aunque antiguo militante de la oposición liberal y paneslavista. Este personaje influyó notablemente en el controvertido ministro de Asuntos Exteriores Serguéi Sazonov, entre 1910 y 1916. Pero además era amigo de Piotr Struve, el antiguo ideólogo marxista reconvertido en cabeza visible del pensamiento liberal-imperialista en el periodo prebélico, que predicaba la unión del pueblo y el Estado en torno a esa idea, y tomando como ejemplos a Cromwell y Bismarck[236]. Este retablo da una idea de cómo había evolucionado el mundo de la *intelligentsia* en los años de la Rusia reformista, en la que, a pesar de todo, se iba abriendo el abanico del debate político aunque por entonces estuviera escorado hacia el nacionalismo.

Es importante destacar que algunos de los nuevos protagonistas políticos que abrió la época posterior a la crisis de Bosnia decidieron actuar por su cuenta ante lo que creían aparente incapacidad del gobierno. Uno de los casos más célebres y decisivos fue el diplomático paneslavista Nikolas Hartwig, rival de Izvolski que lo había enviado como embajador a Teherán. Tras la caída en desgracia de ese ministro de Asuntos Exteriores por el fiasco de Bosnia, Hartwig fue nombrado embajador en Belgrado; solo la intervención de Stolypin evitó que un personaje tan radical e incontrolable como Hartwig terminara de nuevo ministro de Exteriores.

También vale la pena considerar que la crisis de Bosnia tuvo lugar mientras Stolypin intentaba poner en marcha su plan de reformas y se

enfrentaba más a la derecha conservadora y la nobleza que a la izquierda. De hecho, buena parte de las resistencias y problemas que tuvo el primer ministro se explican precisamente porque el atrincheramiento de la reacción se produjo en paralelo a las frustración que provocó la crisis bosnia, a la que él mismo sobrevivió poco más de dos años. Por supuesto, el pulso de Guchkov al Consejo de Estado de Defensa se produjo en un momento muy delicado, y como consecuencia del lamentable resultado que tuvo la incapacidad militar rusa para enfrentar al Imperio austrohúngaro. Y por último, la crisis bosnia señaló el silenciamiento de la izquierda política rusa en los años que llevarán a la Primera Guerra Mundial.

---

216 Harper (2011): p. 5, gráfico 2. La superficie cultivada en la Rusia europea evolucionó de 85,23 millones de desyatins (1,08 ha) en 1911, a 88,40 en 1913 y 81,66 en 1916, si bien se achaca la disminución a la movilización militar de mano de obra agrícola a partir de 1914. Chelintsev (1928): p. 5.

217 Datos de *Государственная дума Российской империи* IV *созыва* en https://ru.wikipedia.org/wiki.

218 En 1905, más del 20% de los trabajadores petroquímicos de Bakú eran iraníes. Afary (1996): p. 38.

219 Somers (2010): p. 16.

220 Gatrell (1994): p. 123.

221 Kissinger (2016): p. 87.

222 Lieven (1983): pp. 28-29.

223 Ibíd., p. 32.

224 Tomaszewski (2002): pos. 386 a 403.

225 Hopkirk (2006): pos. 8170 a 8655.

226 Siegel (2002): pp. 14-15.

227 Siegel (2002): p. 16.

228 Ibíd., pp. 16-17.

229 Gatrell (1994): p. 92.

230 Ibíd., pp. 96-100. Otra innovación que introdujo el *dreadnought* fue el paso de la caldera de carbón a la de gasóleo, hecho que generó gran ansiedad en el Imperio británico, debido a su

dependencia, a principios del siglo XX, de gasóleo importado. La concesión en 1901, por parte del sha de Persia, al magnate británico William Knox D'Arcy, de los derechos exclusivos para la explotación del petróleo persa, en todo su territorio excepto en las cinco provincias de la esfera rusa, atrajo el respaldo inmediato de la Royal Navy y colocó dicho territorio entre las prioridades estratégicas del Imperio británico. Siegel (2002): pp. 175-183.

231 Clark (2012): p. 83.

232 Bernard Lewis (2002): p. 211.

233 Clark (2012), p. 84.

234 Taylor (1954): p. 451.

235 Sanborn (2014): p. 15.

236 Lieven (1983): pp. 126-127.

## CAPÍTULO 13

# DESCENSO PANESLAVO A LOS BALCANES
# El camino hacia Constantinopla, 1910-1913

En 1909 Rusia fue humillada por segunda vez en el recién nacido siglo XX, a solo tres años de la sonada derrota en la guerra contra Japón. Desde el punto de vista de cualquier ruso de mentalidad nacionalista o imperialista, el Imperio había fracasado en su misión histórica, tanto en Oriente como en los Balcanes; y la segunda vez sin necesidad, tan siquiera, de una guerra. El líder *kadete* Pável Milyukov dijo que Rusia había sufrido una «Tsushima diplomática» para ilustrar la magnitud de la nueva debacle, comparación que tuvo éxito en la prensa[237]. Nicolás II se sentía especialmente frustrado, máxime teniendo en cuenta que gestionaba en persona y de forma muy escrupulosa y posesiva todo lo relativo a la política exterior[238].

La crisis bosnia, a diferencia de la de Marruecos en 1905, esta puramente diplomática, había implicado movilizaciones de tropas y amenazas evidentes[239]. Por lo tanto, la mentalidad bélica se impuso entre las grandes potencias europeas, agrupadas ya en bloques. Empezaron a estudiarse planes militares de contingencia en caso de una guerra generalizada. Francia y Gran Bretaña le habían fallado a Rusia; Austria-Hungría había estado mucho mejor respaldada por Alemania en la pugna por la anexión de Bosnia, aunque la dimensión de ese apoyo tardaría algunos años en conocerse públicamente.

Esto también quedó muy claro en París, donde resultaba evidente que si no se hacía algo la recién constituida Entente terminaría por diluirse. En consecuencia, Francia buscó reforzar sus lazos con Rusia y comenzó a incluirla activamente en sus planes militares. Esto suponía mentalizar a los rusos de que su principal enemigo no era el Imperio austrohúngaro, sino Alemania, país que aún gozaba de predicamento entre las clases altas y la

*intelligentsia* del Imperio, trufada de aristócratas de ascendencia germana. Para el caso de una guerra con esa potencia, París contaba con un escenario de doble frente, el occidental y el oriental, en el cual la coordinación de las ofensivas sería clave para una rápida victoria, algo que ya estaba presente en la convención militar ruso-francesa de 1892. Por supuesto, el desarrollo de estos planes de contingencia contribuía a generar la conciencia de que la guerra generalizada era algo más que probable y que Rusia no podía sino figurar en uno de los bandos, el de la Entente, con unos objetivos estratégicos marcados de antemano. Al margen del efecto «profecía autocumplida» que generaba este planteamiento, lo cierto es que en las altas esferas del poder político y militar ruso se fue imponiendo el convencimiento de que era suicida pensar en enfrentarse a Alemania en solitario[240].

Ello nos da una idea de hasta qué punto la coyuntura internacional resultaba cada vez menos controlable por una sola potencia; tampoco lo era el *timing* en que se desarrollaban los acontecimientos, que terminaron por convertirse en un factor determinante en el deslizamiento final hacia la tragedia de la Gran Guerra. Todo ello se hacía más complejo para Rusia, si cabe, en la medida en la que la posición política de la reacción, que había ganado el pulso a la revolución y el reformismo, dependía cada vez más de que, a cambio de todo ello, el Imperio ruso cumpliera con su misión histórica. Retomando el planteamiento de 1904, si no lograba recuperar una posición hegemónica similar a la obtenida en 1815 y mantenida toda la primera mitad del siglo XIX, hasta la guerra de Crimea, la deriva podría resultar en un desastre de proporciones históricas para el trono.

Lo malo era que esa misión se había vuelto más confusa que en vísperas de la guerra contra el Japón. Si por entonces era el Imperio el protagonista claro, en el quinquenio 1909-1914 lo fue el nacionalismo en sus variados envoltorios: paneslavismo, liberalismo imperial, ultranacionalismo, supremacismo[241]. El nacionalismo, que no era una ideología aristocrática, infectó la gran mayoría de las tendencias políticas y se convirtió en un común denominador que diluía las contradicciones políticas internas e incluso las de clase. Por desgracia, ese efecto funcionaba a base de deteriorar las relaciones internacionales; y que eso no solo sucedía en

Rusia, sino en todas y cada una de las potencias europeas que en 1914 iban a desencadenar la última gran guerra continental basada exclusivamente en el nacionalismo. Ese era el contexto del periodo prebélico en Rusia, que nadie lograría controlar, ni siquiera Nicolás II; el cual, por cierto, era el único monarca europeo que había experimentado un severo correctivo bélico antes de 1914, como el que le había deparado la guerra contra Japón.

Inicialmente, el camino hacia la recuperación pareció emprenderse de forma sistemática y realista. En julio de 1909 tuvo lugar en San Petersburgo una conferencia internacional neoeslavista. Esta tendencia se había originado en 1908, estrenándose con un congreso en Praga[242]. Sus impulsores eran, sobre todo, nacionalistas y paneslavistas checos adscritos al Partido de los Jóvenes Checos de Austria-Hungría, el partido del que llegaría a ser primer presidente y fundador de la República de Checoslovaquia, Tomáš Masaryk. Lógicamente, al gobierno ruso le interesaba respaldar esta tendencia, aunque el congreso de San Petersburgo fue menos formal que el celebrado en Praga, y otro que se organizaría al año siguiente en Sofía. A los exaltados asistentes se les pidió que tuvieran paciencia mientras Rusia reorganizaba su ejército y su administración[243].

Ese punto de arranque parecía desarrollarse de forma más que satisfactoria. La recuperación del poder militar ruso entre 1909 y 1914 fue exitosa, acompañada además, de un auge industrial espectacular. Entre 1908 y 1913, la producción de la gran industria en Rusia creció en una tasa promedio anual de más del 9 por ciento (a precios corrientes) y más de un 7 por ciento (en precios de 1913). Estas tasas de crecimiento se acercaban a las del gran empujón industrial de la década de 1890, en tiempos de Witte. Por comparación, las tasas de crecimiento del periodo 1900-1907 apenas habían superado el 1,5 por ciento anual. A más de un siglo de distancia, este fenómeno no ha sido suficientemente explicado. En base a los cálculos de Peter Gatrell[244] sucedía que la gran industria pesada poseía ya la suficiente capacidad de presión como para conseguir pedidos cuantiosos del gobierno, que coincidían, en parte, con las necesidades de la campaña de rearme, entre las cuales se contaba el sector naval, ferrocarriles estratégicos y artillería de campaña, además de las correspondientes municiones. Por lo

tanto, crecimiento industrial y rearme se habrían retroalimentado, especialmente a partir de 1910, disparándose desde 1913.

Para el empujón inicial en el proyecto de rearme se reveló decisivo el paso de simplificar la administración de los asuntos militares, empezando por la liquidación del Consejo de Defensa a mediados de 1909. Esto, junto con la llegada de un nuevo y competente ministro de Defensa, Vladimir Sujomlinov, a comienzos de 1909 y la subordinación del Estado Mayor General al Ministerio de Defensa (en lugar de al propio zar), reorganizó la planificación y permitió un control del gasto militar, que con el tiempo había degenerado en un completo caos administrativo por la proliferación de responsables y oficinas. Por lo demás, aunque el nuevo régimen parlamentario requería de la aquiescencia de la Duma para aprobar determinadas partidas presupuestarias militares, la «domesticación legal» que había operado Stolypin permitió que, gracias a una mayoría de octubristas y derechistas en la tercera Duma no solo no se paralizaron los gastos, sino que a veces la misma mayoría parlamentaria progubernamental pidió que se ampliaran. La cuarta Duma, votada en 1912, supuso un auge de la derecha y los nacionalistas, mientras los octubristas perdieron posiciones; la fragmentación sufrida por el parlamento favoreció aún más su marginación por parte del gobierno de Kokovtsov.

Sin embargo, la progresión del rearme ruso, con todo y ser rápida no fue lo suficiente como para adelantarse a los acontecimientos; y eso iba a resultar fatal para el destino de Rusia y Europa.

En 1912, la denominada Liga Balcánica (Serbia, Bulgaria, Grecia y Montenegro) lanzó una guerra conjunta de liberación nacional para expulsar a los turcos otomanos del Sureste europeo. La iniciativa venía motivada por dos razones. De un lado, la frustración generada en Serbia por la anexión de Bosnia-Herzegovina por el Imperio austrohúngaro, que además tenía un objetivo político complementario: reconstruir el Imperio como una triarquía germano-húngaro-eslava. Este tercer componente se basaría sobre todo en los eslavos del sur, y más especialmente en los croatas, llamados a dirigir una «Yugoslavia interna», dentro de las fronteras del Imperio, que contrarrestaría el empuje de los eslavos del norte, es decir, checos y eslovacos. Para Serbia, que aspiraba a ser el «Piamonte yugoslavo», o

fuerza unificadora de los eslavos del sur, el proyecto de Viena resultaba especialmente frustrante. Por lo tanto, con la guerra contra el Imperio otomano buscaba un crecimiento hacia el sur que le diera «masa crítica» territorial y poblacional para un futuro enfrentamiento con el Imperio austrohúngaro.

En segundo lugar, la guerra que había iniciado Italia —un nuevo Estado con menos de medio siglo de antigüedad— contra el Imperio otomano en septiembre de 1911 demostraba el grado de debilidad militar de los turcos a tres años vista de su revolución constitucional y que aquel era el momento propicio para que los balcánicos pasaran a su vez a la ofensiva. Existía una tercera razón, más de fondo: la segunda crisis de Marruecos (o de Agadir), lidiada entre Francia y Alemania en ese mismo año de 1911 y que elevó de nuevo la tensión prebélica en Europa tras la crisis de Bosnia, solo dos años antes. Ese encontronazo tuvo dos efectos importantes en el Este: de un lado, azuzó la voluntad francesa de fortalecer la alianza con Rusia a todos los efectos. Como consecuencia, el gobierno ruso se sintió muy reforzado en sus posiciones nacionalistas[245]. Además, en segundo lugar, terminó de imprimir un sentido de urgencia al imperialismo italiano, que tras fracasar estrepitosamente en Etiopía (1896) creía que la invasión de Libia era la última oportunidad que tenía de hacerse con algún territorio en las fases finales del reparto imperialista. Eso desencadenó un rápido efecto dominó entre serbios, búlgaros y griegos cuando la escuadra italiana se mostró capaz de bombardear los fuertes turcos en los Dardanelos[246]. Esa acción de fuerza generó entre los balcánicos el mismo apremio ansioso que habían padecido los italianos meses antes.

En las afanosas negociaciones para la coordinación de la Liga Balcánica, en el invierno de 1911, los rusos habían desempeñado un papel decisivo pero discreto[247]. Sin su concurso —sobre todo el de los embajadores en Belgrado y Sofía— no habría logrado concretarse el acuerdo final que apadrinó el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Serguéi Sazonov, en marzo de 1912. La piedra angular fue conseguir que Bulgaria y Serbia se pusieran de acuerdo con respecto al control de Macedonia, que ambos socios ambicionaban para sí. Por su parte, la intención que guiaba a los rusos era la de articular un frente balcánico que, unido en una guerra que se suponía

fácil contra los turcos, se convertiría a continuación en un factor de bloqueo contra las ambiciones austrohúngaras en el Sudeste. Por desgracia para ese proyecto, sus impulsores eran, básicamente, los miembros del pequeño pero influyente lobby paneslavista en San Petersburgo, más inclinados a creer en la idea que a desarrollarla de forma realista. En ese selecto círculo poseía un lugar relevante el príncipe Grigori Trubetskoi, quien pronto sería rescatado de su jubilación para ser nombrado por Sazonov jefe del gabinete de Oriente Próximo en el Ministerio de Asuntos Exteriores[248] y el mismo gran duque Nicolás, cuya esposa era hija del rey de Montenegro, furibunda nacionalista. Todos ellos habían hecho del ministro Sazonov su mascarón de proa aunque era un diplomático con poca experiencia y que conocía mal los Balcanes.

Pero el artífice real del acuerdo entre Serbia y Bulgaria había sido el embajador ruso en Belgrado, Nikolai Hartwig, quien ya desde su llegada al puesto, en el otoño de 1909, se había convertido en el campeón de una activa política paneslavista en los Balcanes. Su labor había hecho de Serbia una «provincia rusa», en palabras del embajador británico. En realidad, el trabajo de Hartwig, un diplomático de clase media, ambicioso y con visos de mitómano, era muy controvertido, llegando a poner en una difícil situación la labor de la diplomacia rusa al apoyarse en unos informes tergiversados que no siempre explicaban el panorama completo de sus maquinaciones en los Balcanes[249]. En tal sentido, su baza maestra, que había sido la de poner de acuerdo a Belgrado y Sofía en relación al destino de Macedonia se había fraguado en base a la promesa de un respaldo ruso que no existía en realidad[250]. Ante esta situación, el zar estaba fuera de juego. Por un lado, porque los paneslavistas formaban parte de una línea de oposición nacionalista y liberal a la política exterior imperial del trono. El mismo Nicolás se sentía fuera de juego y no siempre seguía de cerca los acontecimientos en coordinación con el gobierno. A lo que contribuyó el hecho de que una vez comenzada la guerra en los Balcanes, pasó muchos días aislado en un pabellón de caza de Spała, en el centro de Polonia, debido a una crisis hemofílica del zarévich, supuestamente sanado por el pope Rasputín[251].

El arranque de lo que se dio en llamar la Primera Guerra Balcánica (8 de octubre de 1912 a 30 de mayo de 1913) superó todas las expectativas, conforme los frentes otomanos se hundían ante el empuje de las tropas de la Liga. Aprovechando el desconcierto de los austriacos, el gobierno ruso se sacó la espina de la crisis bosnia y ganó en autoconfianza. Sin embargo, las ilusiones rusas se desvanecieron dramáticamente ante la ambición militar del zar búlgaro Fernando, cuyo plan maestro era tomar Estambul para erigir un nuevo Imperio cristiano sobre las ruinas del otomano.

Las intenciones búlgaras preocuparon muy seriamente en la capital rusa. Ni el zar ruso ni los nacionalistas paneslavos deseaban ver al zar búlgaro erigiéndose en nuevo emperador bizantino. Tanto es así que ya el 26 de octubre de 1912 se dio luz verde a los preparativos para enviar una fuerza naval hacia Tsarigrad (Constantinopla) con el pretexto de proteger a las poblaciones cristianas de la capital otomana. Se suponía que la ofensiva búlgara redundaría en vengativas matanzas masivas de población cristiana, especialmente griegos ortodoxos. Por lo tanto, la flota rusa actuaría en connivencia con otras potencias occidentales. Pero los planes rusos preveían en realidad evitar a toda costa la caída de la urbe en manos de los búlgaros. En un exaltado memorándum, Sazonov ya veía a Rusia coronando largos siglos de esfuerzos en una gesta de «indiscutible importancia pannacional»[252]. Sin embargo, resultó que la flota del mar Negro disponía de los buques necesarios para la operación y que el Alto Mando militar no quería distraer tropas de las fronteras occidentales. El alivio llegó a comienzos de noviembre, cuando las tropas búlgaras fueron rechazadas por los turcos en la línea fortificada de Çatalca, en Tracia, a solo cuarenta kilómetros de Estambul, mientras el cólera y la disentería hacían estragos en sus filas.

Mientras tanto, el zar Fernando y los nacionalistas búlgaros quedaron doblemente frustrados por la pérdida de Macedonia, ocupada por las tropas serbias. El intento de compensar esa situación llevó a la Segunda Guerra Balcánica cuando las tropas búlgaras atacaron a las serbias el 16 de junio de 1913. El resultado fue catastrófico: en solo un mes, los búlgaros fueron aplastados por sus antiguos aliados de la Liga, a los que se unieron los turcos, que recuperaron la Tracia oriental y su capital, Adrianópolis. Y los

rumanos, que en una campaña relámpago se hicieron con dos pequeñas provincias al sur de la Dobruja —el denominado «Cuadrilátero»— e impusieron el fin de la contienda, dándole un giro favorable a los austriacos.

Los rumanos, árbitros de último momento, no tenían nada de eslavos; y el frente unido de la Liga se había roto por el eje. De esa forma, la ilusión paneslavista de los rusos quedó seriamente en entredicho. Estos aparcaron a los búlgaros como aliados preferentes, lo cual provocó que, desengañados, terminaran con los Centrales en la Primera Guerra Mundial y con el Eje en la Segunda. A cambio, en 1913 y 1914 San Petersburgo se decidió por Serbia como nuevo socio aventajado, aunque era una opción que ya no respaldaban con el entusiasmo de 1908. Esta actitud más calculadora que afectiva se puso de relieve en octubre de 1913, cuando Viena exigió que los serbios se retiraran del norte de Albania renunciando a la salida al mar por el Adriático, y Sazonov accedió sin hacerse de rogar, dado que Rusia no tenía interés en una Serbia agrandada[253].

Aparentemente, todo había concluido de forma satisfactoria. El Imperio otomano había sido expulsado de sus últimos bastiones en Europa, se cerraba un capítulo de la historia. Y todo ello sin una guerra a escala continental y convenientemente controlado por las cancillerías europeas en la conferencia de embajadores en Londres. En 1913 se consideraba que las tensiones del periodo postimperialista habían remitido claramente; la diplomacia europea había hecho su trabajo con eficacia, el equilibrio disuasorio que imponían los grandes bloques de alianzas había funcionado una vez más. Nadie esperaba una Primera Guerra Mundial un año más tarde. Y Londres y París, poco interesados en los Balcanes y los Estrechos, ignoraban la peligrosa profundidad de las obsesiones rusas.

Lo cierto era que la situación geoestratégica en los Balcanes se le había ido de las manos a San Petersburgo. En apariencia, el centro de gravedad ruso en el Sureste se había desplazado desde los Estrechos y el Imperio otomano hacia Austria-Hungría y Bosnia. Ello explicaría, a simple vista, que el atentado de junio de 1914 contra el archiduque Francisco-Fernando en Sarajevo, hubiera llevado a la Primera Guerra Mundial, al conectar una crisis oriental con las tensiones subyacentes en la mitad occidental del

continente. Pero la verdadera preocupación de los nacionalistas rusos, a niveles de obsesión, continuaba estando en los Estrechos, Constantinopla y el Imperio otomano. El sobresalto que había dado el zar Fernando con sus pretensiones sobre «Tsarigrad», vino seguido, un año más tarde, por el terror que supuso la llegada a Estambul del general alemán Otto Liman Von Sanders, al frente de una importante misión militar encargada de modernizar al Ejército otomano, tras las derrotas sufridas en las recientes guerras balcánicas. La alarma rusa creció rápidamente cuando el alemán se hizo cargo, en primer lugar, de la reorganización de la defensa de los Estrechos asumiendo, de hecho, el mando directo de la zona fortificada. Más aún: el gobierno otomano encargó modernos cañones alemanes Krupp para defender los Estrechos y nuevos acorazados último modelo tipo *dreadnought* para recuperar la potencia naval. Los tres primeros encargos se habían hecho en astilleros británicos —aliados de los rusos—, pero había dos más en camino, a construir en los Estados Unidos. Con esos barcos, la flota otomana sería netamente superior a la rusa en el mar Negro[254].

No por casualidad, el rearme ruso se disparó a lo largo de 1913. Ya sin cautelas ni contenciones presupuestarias. Primero fue una inversión importante en artillería; a continuación, otro desembolso para líneas férreas estratégicas en las fronteras occidentales destinadas a recortar los tiempos de movilización y despliegue para un posible ataque contra Alemania tal como venían exigiendo los franceses[255]. Pero el centro de la angustia rusa seguía estando en los Estrechos.

A comienzos de 1914, el gobierno ruso estaba tan angustiado ante la posibilidad de que el «hombre enfermo» otomano recuperara su vigor que se aprobó un presupuesto de urgencia para acelerar el desarrollo de la flota del mar Negro, pensando, una vez más, en un ataque directo contra Estambul. Estas discusiones estaban sujetas a escrutinio parlamentario y fueron conocidas. Pero en febrero tuvo lugar una conferencia secreta del Almirantazgo y el Estado Mayor del Ejército a fin de planificar una expedición anfibia contra los Estrechos capaz de desembarcar cerca de 130.000 hombres[256]. La idea era adelantarse al fortalecimiento militar del Imperio otomano, cuando a los rusos les parecía evidente que su descomposición estaba ya muy cercana.

De hecho, pocos días antes, el 6 de enero, el mismo ministro de Asuntos Exteriores, Sazonov, envió un memorándum al zar Nicolás en el cual se mencionaba la posibilidad de provocar una guerra contra el Imperio otomano, aprovechando que Rusia estaba ahora secundada por Francia y Gran Bretaña en virtud de la Triple Entente. Durante buena parte del siglo XIX, ambos aliados habían estado del otro lado, defendiendo al Imperio otomano —el momento cumbre había sido la Guerra de Crimea— pero ahora la situación había dado un giro copernicano. La propuesta de Sazonov especulaba con desencadenar una guerra a escala europea que llevaría al reparto del Imperio otomano, creando zonas de ocupación para los británicos en Esmirna, los franceses en Beirut y los rusos en Trabzon[257]. Por supuesto, Sazonov no estaba solo en estos planes insensatos. A mediados de noviembre de 1912, el gran duque Nicolás, a su regreso de una visita a Francia, había informado al zar del renovado entusiasmo de París por el aliado ruso, del cual reconocían que estaba dando grandes pasos en su modernizado rearme y de la excelente impresión que le había causado el Ejército francés, capaz por fin, según él, de medirse de igual a igual con el alemán[258]. Por lo tanto, para cuando tuvo lugar el asesinato del archiduque Francisco-Fernando en Sarajevo, el ánimo belicoso de los rusos estaba ya notablemente recalentado, sin que supieran nada de esto en las cancillerías europeas, dado que sus planes se habían cursado en reuniones secretas y memorándums reservados.

Durante la Guerra Fría la propaganda atlantista, ocasionalmente, había hecho recaer en Rusia la responsabilidad por el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial. En un manual de Historia Contemporánea corrientemente utilizado, podemos leer: «Fue Rusia la que arrastró a Francia y luego Gran Bretaña a la guerra de 1914, y Austria la que arrastró a Alemania»[259]. Hasta la publicación del trabajo de Sean McMeekin el debate se centraba en el estrecho margen de los tiempos de movilización. Por entonces, las doctrinas militares de las potencias europeas daban una importancia decisiva a la velocidad de movilización, puesto que en caso de una serie de declaraciones de guerra en cadena, forzadas por los sistemas de alianzas —tal como sucedió en el verano de 1914— los horarios debían ser cumplidos a rajatabla, lo cual llevaba al resto de las potencias a ejecutar el

mismo esquema en el menor tiempo posible, so pena de quedar expuestos ante la movilización masiva del contrario[260]. En este contexto, es innegable que quien procedió primero a la movilización general fue Rusia, respondida de inmediato por Alemania y los demás. De esa forma, la guerra localizada que pretendía llevar a cabo Austria-Hungría contra Serbia se convirtió en una contienda generalizada.

Lo que demuestra McMeekin es que la duda y confusión que presumiblemente guio a Sazonov en la idea de ordenar una movilización parcial, cosa juzgada imposible por el mando militar y que luego fue convertida en movilización general el día 29 de julio, ya se había empezado a organizar directamente como movilización total, secretamente, cinco días antes, incluyendo la movilización de las Flotas del Báltico y el Mar Negro —que nada tenían que ver con una amenaza contra Austria-Hungría— y la retirada de fondos de Alemania[261]. El ultimátum de Austria-Hungría a Serbia no había tomado por sorpresa para nada a San Petersburgo, desde donde se habían desencriptado los mensajes de Viena y la opción de movilización parcial ya se sabía que era absurda desde 1912, cuando se había planteado en vista a la posibilidad de que Austria-Hungría se inmiscuyera en la guerra balcánica.

Por lo tanto, sin negar que el generalizado ambiente belicoso que se abrió paso en Europa en aquellos días finales de julio llevó a la Primera Guerra Mundial, lo interesante aquí es resaltar la intencionalidad rusa de ir a la guerra, con todas las consecuencias. Pero lo interesante, en vistas a la revolución que iba a estallar dos años y medio más tarde, es considerar que la responsabilidad de ir a la guerra no fue de Nicolás II, muy dubitativo porque ya no era el zar autócrata de 1904; sabía que aquella contienda no era la del Imperio. El agónico intercambio de telegramas con su primo Willy, el káiser Guillermo II, a fin de evitar la guerra in extremis, le había sacado de dudas. En cambio, el ministro Sazonov, el embajador Hartwig —fallecido de un ataque cardíaco el 10 de julio—, el príncipe Grigori Trubetskoi, que ocupó su puesto en Belgrado, el ministro de Agricultura, Alexander Krivoshein, antisemita y encargado de impulsar las reformas del desaparecido Stolypin; el general Nikolai Yanushkevich, jefe nominal del Estado Mayor y en realidad figura decorativa; y en general, todo el «partido

de la guerra», al que se unió el presidente de la Duma, Alexander Guchkov, fueron los que forzaron el camino hacia una guerra patriótica. Fue el paso final de una evolución liberal-imperialista y nacionalista que todavía defendía viejas posiciones sobre la misión imperial en «Tsarigrad» pero las compaginaba con la necesidad de controlar los Estrechos para asegurar una salida internacional a los cereales y productos agrícolas rusos como indispensable colofón de las medidas de Stolypin[262]. Aquella guerra fue la del nacionalismo político, expresión de una nueva situación social en los círculos del poder, integrados cada vez más por una alianza de conveniencias entre la aristocracia y la burguesía, a la que pertenecía, por ejemplo, un Nikolai Hartwig. Ellos hacen suyo el destino del Imperio, pero ya como Imperio-nación. El zar Nicolás, atrapado entre la amenaza de la revolución si se iba a la guerra, pero también de la contrarrevolución si no se iba, algo similar a lo que le había sucedido a Stolypin, creerá que todavía sería posible aprovechar la oportunidad de la guerra para hacer posible su sueño de una «autocracia popular» basada en la relación directa entre el monarca y sus súbditos[263].

---

237 Gatrell (1994): p. 121. Dominique Lieven (2015) atribuye la afirmación a la prensa. En cualquier caso, la comparación tuvo un gran impacto.

238 Lieven (1983): p. 57.

239 Taylor (1954): p. 497.

240 Lieven (1983): pp. 104-105. Inicialmente, los franceses creyeron que era necesario presionar a Rusia con los préstamos financieros; con el tiempo pudieron constatar que estaban en un error.

241 Figes (2000): pp. 292 y 294 en especial para la proliferación del paneslavismo en Rusia.

242 Lieven (2015): p. 214.

243 Schmitt (1972): p. 211.

244 Ibíd. pp. 161-196, lo que supone todo el capítulo 4.

245 Lieven (2015): p. 239.

246 Ibíd., p. 246.

247 Lieven (2015): p. 247.

248 Para una breve referencia bibliográfica sobre este personaje clave y la localización de su archivo personal, víd.: Eric Lohr (2006), *Register of the Grigorii Nikolaevich Trubetskoi Paper*s, OAC (Online Archive of California), Hoover Institution Archives Stanford University. Consultable en red.

249 Lieven (1983): pp. 41-42. Hartwig era intocable porque tenía importantes apoyos políticos en San Petersburgo, entre ellos el gran duque Nicolás; víd. Lieven (2015): p. 261.

250 Lieven (2015): p. 250.

251 Ibíd., p. 258.

252 McMeekin (2011): pp. 25-26. Ya se habían hecho planes para tomar Constantinopla mediante un audaz golpe de mano con ocasión de la Revolución de los Jóvenes Turcos, entre 1908 y 1910. Pero los primeros planes al respecto databan de 1895-1896. Vid. pp. 17 y 33.

253 McMeekin (2011): p. 27.

254 McMeekin (2011): pp. 30 y 36.

255 Gatrell (1994): pp. 133-134.

256 McMeekin (2011): p. 34.

257 Ibíd., p. 31.

258 Lieven (2015): pp. 258-259 y 263.

259 Colton y Palmer (1980): p. 436.

260 Mecanismo descrito por Alan J. P. Taylor (1970): pp. 15-17.

261 McMeekin (2011): pp. 54-61.

262 Ibíd., p. 29.

263 Figes (2000): pp. 291 y 297-298.

CAPÍTULO 14

# LA GRAN GUERRA PATRIÓTICA
## De la derrota en Prusia a la Gran Retirada de Polonia, 1914-1915

La entrada en guerra de Rusia se desarrolló tal como se había previsto en los planes de contingencia, menos en lo referido al Imperio otomano, que aún tardaría tres meses en sumarse al conflicto, a la espera de créditos y buques de guerra suministrados por los alemanes. En estas circunstancias, el frente de guerra venía definido por el peligroso saliente estratégico que era la Polonia rusa, o porción de Polonia que había quedado en manos del Imperio ruso tras los repartos de su territorio entre 1772 y 1795 y el posterior reajuste del congreso de Viena, en 1815. Este saliente, que penetraba en cuña entre los imperios alemán y austrohúngaro, se tornaba en una gran vulnerabilidad ante la acción concertada de ambos imperios. Mientras tanto, los primeros planes de guerra esbozados al llegar al poder Sujomlinov, contemplaban una movilización del Ejército a retaguardia de Polonia, abandonando incluso la línea fortificada que protegía la frontera, para que diera tiempo a obtener una abrumadora superioridad y, a continuación, arrollar al enemigo. Sin embargo, la presión realizada por Francia, cuyos planes de guerra dependían de una pronta actuación rusa, así como el temor en la corona a una desafección polaca si esta región era sacrificada, hicieron que, a partir de 1910, el planeamiento optara por un despliegue avanzado y una temprana acción ofensiva para corregir el saliente polaco en beneficio ruso[264].

En esta línea de acción, el Estado Mayor ruso (la *Stavka)* comenzó a desarrollar como objetivo preferente la ocupación de la región de la Galitzia, parte del antiguo reino de Polonia, anexionada por el Imperio austrohúngaro; esta ofensiva además de corregir la parte meridional del

saliente a favor propio, aliviaría la presión sobre Serbia. En conjunto, la anexión de Galitzia era un objetivo que parecía formar parte de un plan más vasto para desintegrar el Imperio austrohúngaro en su conjunto además de prometer una campaña fácil debido al deficiente estado del Ejército austrohúngaro y a la elevada disponibilidad de fuerzas rusas para ese objetivo.

Complementando al anterior, estaba el ataque contra territorio alemán, algo que la *Stavka* contemplaba con menos premura y más aprensión. Sin embargo, Rusia no solo estaba obligada a intervenir en ayuda de Francia, en aplicación del artículo primero de la Convención militar franco-rusa de 1892, sino que la presión de los generosos préstamos franceses para recuperar a la economía rusa tras el desastre de 1905 también comprometía al gobierno ruso. La *Stavka* organizó la invasión de Prusia Oriental en base a la acción conjunta de los Ejércitos Primero, y Segundo, al mando respectivamente de los generales Paul von Rennenkampf y Alexandr Samsonov, ambos veteranos de China y la guerra ruso-japonesa, campañas en las cuales habían fraguado una mala relación personal.

Esa animadversión ayuda a explicar el desastre que fue la ofensiva, iniciada el 17 de agosto. Las pinzas de la enorme tenaza que dibujaban los dos ejércitos rusos quedaban separadas entre sí por los lagos de Masuria, una zona pantanosa, boscosa, de unos 80 kilómetros de anchura, que además estaba fortificada; llegado el caso, los invasores difícilmente podrían apoyarse uno al otro en medio de aquel laberinto de agua, tierra y bosques. El general Rennenkampf, complacido por una primera victoria en su línea de avance, en Gumbinnen, se dio unos días de descanso. Mientras tanto, el general Samsonov, que todavía no había contactado con los alemanes, celoso del éxito de su adversario y azuzado por la *Stavka* que temía que estos lograran escapar de la maniobra de tenaza, decidió avanzar imprudentemente para cobrarse su cuota de gloria. Los alemanes, que estaba al tanto de las transmisiones, ya que los rusos, confiados tras sus primeras victorias, habían cesado de emitir en clave, idearon un audaz contraataque trasladando con rapidez y por ferrocarril dos cuerpos de ejército de los que se enfrentaban a Rennenkampf para atacar a las

columnas de Samsonov que avanzaban en rutas divergentes sin apenas haber chocado aún con los alemanes.

El desastre subsiguiente le costó solo al segundo ejército tres de sus cinco cuerpos de ejército. Más de 70.000 hombres y la práctica totalidad de su artillería quedaron cercados en terreno pantanoso[265]; el general Samsonov se suicidó en el campo de batalla. La campaña de Prusia Oriental fue un desastre sin paliativos, en seis semanas de operaciones los dos ejércitos rusos perdieron 310.000 efectivos[266]. Cabe matizar, con todo, que las cifras de pérdidas no eran superiores a las que estaban experimentando los franceses en aquellos mismos días con motivo de la infructuosa ofensiva de Alsacia-Lorena. La incapacidad de los altos mandos era muy similar a la que demostraban los de cualquier otro ejército, en cualquier bando, a comienzos de la Gran Guerra. Incluso los alemanes estuvieron a punto de perder Prusia Oriental por culpa del general Maximilian von Prittwitz und Gaffron, conocido por sus subordinados como el «soldado gordo». A cambio, el sacrificio ruso salvó a París de caer en manos de los alemanes al tener que desplazar urgentemente dos cuerpos de ejército de refuerzo, que además llegaron tarde a Prusia Oriental.

Es importante tener esto en cuenta porque los trabajos sobre la Revolución rusa de 1917 suelen trazar sus orígenes en los numerosos problemas que aquejaban al Ejército ruso tres años antes, sin discernir lo que realmente fue significativo de aquello que afectaba a los demás contendientes y que, sin embargo, no derivó en otras revoluciones. Por el contrario, no se suele subrayar que el comportamiento del Ejército ruso, dadas las carencias, fue comparativamente mucho mejor que el demostrado en la guerra contra Japón, solo nueve años antes. Que en algunos frentes (contra los austrohúngaros, contra los otomanos) fue notablemente más eficaz que en otros (contra los alemanes) o que el porcentaje de deserciones fue menor que el experimentado entre las unidades del Ejército austrohúngaro. Por otra parte, hasta 1917 no hubo protestas o motines en las filas rusas. En definitiva, cabe subrayar que el origen de la revolución fue político, más que militar; y que su estallido se debió a un enorme cortocircuito de gestión administrativa en el centro del sistema —pero en la

retaguardia— y no al desmoronamiento militar en el frente, algo que sucedió a posteriori.

En cualquier caso, las problemáticas que desembocarían en la nueva revolución se pusieron de manifiesto durante la demoledora ofensiva alemana en la primavera de 1915, más que en los primeros compases de la guerra, en Prusia Oriental o la Galitzia. Habiendo logrado estabilizar su posición defensiva en el frente Occidental, tras el fracaso de su ofensiva contra París, el nuevo XI Ejército alemán, secundado por el IV Ejército austriaco, rompieron el frente en Galitzia en lo que se denominó la ofensiva de Gorlice-Tarnów. Esta operación tenía un doble objetivo. Por un lado, alejar el peligro que suponía la presencia de tropas rusas a escasas jornadas de marcha de capitales como Berlín o Budapest y, por otro, producir un descalabro tal a los rusos, que los hiciera receptivos a un compromiso de paz.

Conscientes de la titánica tarea que suponía, en la presente contienda a dos frentes, derrotar al inmenso Ejército ruso con los medios y estrategias disponibles, desde ámbitos políticos que incluían a la familia imperial alemana, se barajaba la posibilidad de forzar alguna paz de compromiso. A tal efecto, se habían buscado discretos contactos con homólogos de la familia imperial rusa para contactar con «primo Nicki» a través del duque Ernesto de Hesse-Darmstadt, hermano de la zarina Alejandra, y eso ya a principios de 1915.

Respecto al objetivo militar, este se cumplió con precisión germana. Aprovechando la sobreextensión y agotamiento de recursos, que habían producido en el Ejército ruso su avance hasta los Cárpatos, entre el 2 de mayo, y el mes octubre de 1915, una serie bien coordinada de ataques empujó la línea del frente hasta las puertas de Riga en el Norte y hasta la Bucovina y la frontera rumana al Sur; adentrándose en Bielorrusia, a menos de un centenar de kilómetros de Minsk. Eso supuso una penetración de más de 400 kilómetros de profundidad[267]. La ofensiva se extinguió en su propia magnitud, por las dificultades crecientes de abastecer el avance[268], pero también por los contraataques rusos y la ofensiva aliada en Artois y Champaña de finales de septiembre, pensada para ayudar a los aliados

rusos. Pero aun así las ganancias territoriales de los Centrales habían sido formidables: casi toda la Galitzia, la Polonia rusa, Lituania y Curlandia.

Las pérdidas rusas fueron, literalmente, descomunales: de 300 a 400.000 bajas por mes y un millón de prisioneros. El Alto Mando alemán consideraba que había quebrado por completo la capacidad ofensiva del Ejército ruso[269]. También se habían perdido la totalidad de las fortalezas en las fronteras occidentales, así como el sistema ferroviario de la zona e importantes centros industriales. La derrota había sido de consideración, con el añadido de que implicaba la pérdida de Polonia, a la que los alemanes pronto convertirían en un Estado títere.

Con todo, el análisis de la dimensión puramente militar de la derrota rusa merece incluir algunas ponderaciones, sobre todo en relación a la revolución que estallaría un año y medio más tarde. Los rusos —y en la época los aliados y simpatizantes[270]— se refieren a esta operación como la Gran Retirada de 1915, en un sentido elogioso. El saliente que suponía la línea de frente que contorneaba Polonia resultaba imposible de defender contra un poderoso ataque envolvente como el lanzado por alemanes y austrohúngaros en mayo. Y una vez roto el frente, sobre todo en la forma aplastante en la que lo hicieron los Centrales, la única opción realista era zafarse del abrazo y escapar escalonadamente hacia el este. En su pormenorizado análisis sobre la guerra en el frente del Este, Norman Stone explica las dificultades para realizar esa maniobra, y sobre todo el gran embolsamiento con que amenazaba convertirse Polonia en la primavera y verano de 1915. En suma, mientras en el frente Occidental la retirada ordenada favorecía a los defensores sobre los atacantes, en el Este sucedía al contrario, al menos en el bando ruso. La carencia de reservas para ir conteniendo al adversario se agravaba por el mal estado de los caminos o el deficiente tendido de líneas férreas, al que se añadía la carencia de tropas ferroviarias[271]. También las características del frente Oriental, con extensiones mucho mayores que las del Occidental hacían mucho más difícil establecer líneas de trincheras y fortificaciones tan densas como en Flandes por lo que, una vez roto el frente, las unidades rusas podían ser flanqueadas y quedar aisladas con mayor facilidad, lo que explica las rendiciones masivas que se produjeron en algunas zonas, o el desbarajuste

ocasional en la retirada. Aun así y con enormes pérdidas, humanas, de material y de territorios, el Ejército ruso se salvó de la aniquilación; y ya en otoño, tras completar la Gran Retirada, se afianzó en nuevas posiciones, más ventajosas para la defensa y el contraataque que aquellas que ocupaba en la primavera. En conjunto, la derrota rusa se enmarca dentro de las desgracias experimentadas por los aliados de la Entente en 1915, que incluyeron desastres sonados como la operación anfibia en Gallipoli, la ofensiva en Mesopotamia, la inútil entrada de Italia en guerra o los mortíferos asaltos frontales de franceses y británicos contra las trincheras alemanas en Champaña y Artois.

Sin embargo, la estocada alemana no solo atravesó la coraza militar rusa: también alcanzó a su cuerpo político. De hecho, antes incluso de la ofensiva de mayo, se debatía agriamente sobre la crisis de las municiones que afectaba sobre todo a la artillería. El problema alcanzó a casi todas las potencias contendientes en aquel año de 1915, dado que cuando estalló la guerra se suponía que iba a durar unos pocos meses, semanas incluso, y no existían reservas, especialmente para cubrir el descomunal gasto de munición artillera de grueso calibre, que aumentó más si cabe con la guerra de trincheras. En consecuencia, las carencias de municionamiento crearon una seria crisis de gobierno en Gran Bretaña; e incluso llegaron a protagonizar vergonzosas ventas de obuses británicos a Alemania a través de países neutrales[272].

En Rusia, la crisis implicó a la *Stavka*, el Ministerio de Defensa, empresas de municiones rusas y proveedores extranjeros, especialmente los británicos[273]. Estos, en particular, extorsionaron al gobierno ruso, asegurándose de cobrar en oro y por adelantado por unas entregas que a veces se demoraban más de la cuenta, al tiempo que intentaban hacerse con el comercio internacional de su cliente[274]. El problema, aunque real, no lo era tanto en realidad. Al inicio de la ofensiva alemana la carencia de municiones no era generalizada[275] y pocos meses más tarde la industria rusa empezó a organizarse y responder a la demanda. El problema de base era más de desorganización y de distribución que de incapacidad industrial o tecnológica propia.

Lo cual no quitó que el escándalo político viniera fraguándose desde comienzos de año, en medio de rumores y teorías conspiratorias sobre casos de alta traición en los círculos de poder. En marzo se ejecutó a un mando de la Gendarmería, Serguéi Myasoedov, acusado de espionaje, pero el *affaire* nunca pudo ser bien probado; y las sospechas de que había sido ofrecido como cabeza de turco para acallar las murmuraciones todavía atizó más las sospechas. El hecho de que Myasoedov fuera un colaborador próximo al ministro de la Guerra, Vladimir Sujomlinov, contribuyó a su caída y posterior encarcelamiento, durante el clímax de la ofensiva de los Centrales, en el mes de junio. Después le siguieron otros tres ministros, especialmente inmovilistas: el del Interior, Justicia y Santo Sínodo, todo ello a instancias de una fracción del propio gobierno[276]. La facilidad con la que parecían avanzar los invasores, la caída de las fortalezas y las carencias de munición se conjugaron para acrecentar las sospechas de traición allí donde abundaban los apellidos de origen alemán entre la élite rusa: en el Alto Mando, en el gobierno y sobre todo en la corte, llegando hasta la misma emperatriz Alexandra[277]. Estos rumores hicieron mucho por socavar el respeto por la monarquía; pero además, al contribuir a la idea de que la institución obstaculizaba de hecho el esfuerzo de guerra, abrieron una puerta para que la ultraderecha se implicara en todo este mar de fondo, incrementando el desconcierto y la confusión. Prueba de todo ello fueron los disturbios de Moscú, dirigidos contra alemanes y extranjeros, acaecidos entre el 26 y 29 de mayo. Fue, de hecho, un pogromo, y los bolcheviques adujeron más tarde que las Centurias Negras habían estado detrás de su preparación y ejecución[278].

Por otra parte, la profundidad en la retirada generó un grave problema de atribuciones en la administración del territorio; la retaguardia inmediata del frente estaba bajo la jurisdicción de la *Stavka*, que podía disponer de los recursos, infraestructuras y transportes a su criterio, y en la que el gobierno carecía de autoridad. Con el caos de la retirada, los órganos logísticos y los cuarteles generales se replegaban con bastante antelación a las unidades de primera línea y pretendían asumir la jurisdicción en localidades hasta entonces alejadas del frente sin previo aviso, hecho que desarticulaba el funcionamiento de la retaguardia y comprometía las funciones del gobierno.

Ante la actitud prepotente de la *Stavka*, que pretendía preservar sus prerrogativas territoriales evitando cualquier coordinación con el gobierno, el nuevo ministro de Defensa, Alexei Polivanov, consiguió unificar al gobierno en la voluntad de obtener la subordinación de la *Stavka* al ejecutivo.

Pero también el gobierno era blanco de críticas: los liberales habían puesto en pie asociaciones y organizaciones no gubernamentales, todas ellas voluntarias, a fin de ayudar en el esfuerzo de guerra ante lo que consideraban incompetencia del gobierno. La Unión de los *Zemstvos* y la Unión de las Ciudades, surgidas al comienzo de las hostilidades, fueron asumiendo una mayor relevancia en la organización de campañas de suministros militares, brigadas para construcción de trincheras, unidades médicas, comedores, auxilio a refugiados y apoyo a las familias de los combatientes. La Unión de los *Zemstvos* estaba acaudillada por uno de los líderes *kadetes* más enérgicos: el príncipe Gueorgui Lvov, parlamentario ya en la Primera Duma y que durante la guerra ruso-japonesa había organizado tareas de socorro. Finalmente, ambas organizaciones unieron sus fuerzas en el *Zemgor*, apócope de «Zemstvos» y «ciudades» (города). Al año siguiente controlaría 8.000 instituciones afiliadas con decenas de miles de voluntarios, muchos de ellos atraídos por un bien remunerado trabajo que les eximía de ser llamados a filas. Por supuesto, el *Zemgor* sí era una obra claramente patriótica, prácticamente un estado dentro del estado, libre de toda sospecha[279]. Pero, en cualquier caso, usurpaba el espíritu de la unión entre el zar y el pueblo, a que había aspirado Nicolás II, dándole un papel especialmente relevante a la ciudadanía y la acción política; y más indirectamente, ponía en primer plano a la nación frente al trono.

Desde el gobierno también se veía al *Zemgor* como un usurpador político que estaba en la base, entre otros actores, de la reclamación para la convocatoria de la Duma (que se había autodisuelto en agosto de 1914 para «no entorpecer» al gobierno) y de un gobierno que gozara de la confianza de la nación. En este impulso estaban también los Comités de Industrias de Guerra, constituidos en mayo de 1915 por liberales procedentes del mundo de los negocios, mayormente moscovitas, que se articulaban, bajo el liderazgo de Alexander Guchkov, en el partido de los Progresistas, fundado

en 1908[280]. Deseaban ocupar su papel en la economía industrial de la nación y se enfrentaban al estatal Consejo Especial para la Mejora de los Suministros de Artillería, dirigido por algunos octubristas, funcionarios y los propietarios de las grandes firmas del complejo militar-industrial. Pero será Guchkov quien, con el apoyo de la prensa, logrará el 7 de agosto ser elegido canciller del Comité Central de Industria de la Defensa y apenas diez días más tarde recibirá del gobierno la prerrogativa para contratación de los suministros bélicos.

En la agitada situación política de aquellos meses, bajo la presión de la ofensiva alemana, el zar accedió a la convocatoria de la Duma el 1 de agosto. El objetivo de los parlamentarios era conseguir que el monarca designara un nuevo gobierno de confianza, respaldado por la confianza del pueblo. Para hacer valer esa demanda principal y otras, a instancias del líder *kadete* Pável Milyukov se formó un frente de centro-izquierda liberal, conocido como el Bloque Progresista. Agrupaba a los parlamentarios del Partido Progresista, los sectores más derechistas del Partido Constitucional Demócrata, y los más izquierdistas de entre los octubristas, además de elementos sueltos como el conservador Vasili Chulgin. En conjunto, el Bloque Progresista agrupaba a 236 escaños del total de 442 de la Duma.

El perfil político de este frente parlamentario reflejaba bastante bien el de su impulsor, el *kadete* Milyukov, devenido por entonces un nacionalista y belicista, partidario acérrimo del objetivo estratégico que había contribuido a llevar a Rusia a la guerra: la toma de Constantinopla, hasta el punto de que sus críticos lo llamaban, con sorna, «Milyukov de los Dardanelos». Pero entre sus opciones se contaba también alguna forma de golpe que apartara a Nicolás II del trono. Era, por tanto, un representante insigne de aquello que los bolcheviques denominaban los «socialchovinistas», agrupados en el Bloque Progresista, aunque en realidad se referían, sobre todo, a los socialistas e izquierdistas de tendencia nacionalista. El fenómeno no tenía nada de específicamente ruso, en realidad. Se hacía extensivo a todos aquellos partidos de la izquierda parlamentaria que ya en 1914 habían apoyado la causa de la guerra, tales como el Partido Social-Demócrata Alemán y el Partido Socialista Francés. En Italia, el debate sobre si entrar en guerra o no provocó una crisis entre

socialchovinistas e internacionalistas que se saldó con la expulsión de Benito Mussolini en el otoño de 1914.

Por otro lado, lo que intentaba el Bloque Progresista era forzar alguna forma de compromiso patriótico unánime, inspirado en la «Unión Sagrada» de los partidos franceses o la *Burgfriedenspolitik* de los alemanes, que había logrado sumar a los socialistas en ambos países. Pero tal esquema suponía diluir de alguna forma el poder autocrático del zar; y eso debería hacerse con su consentimiento y colaboración ante el riesgo de revolución social que supondría cualquier maniobra brusca o forzada. Y ese miedo lo tenía muy interiorizado toda la clase política rusa, más acá de los socialdemócratas, social-revolucionarios y anarquistas. Eso marcaba la diferencia con el resto de las potencias, aliadas o enemigas: Rusia había vivido una revolución tan solo diez años antes, en unas circunstancias similares, con una catástrofe militar de por medio.

Esta coyuntura la tenía también muy presente el mismo Nicolás II. Máxime teniendo en cuenta que la misma planificación de la gran ofensiva de los Centrales en Polonia y la Galitzia, tomaba en consideración esa debilidad política específica. Tras la ruptura del frente, en mayo, los alemanes hicieron propuestas diplomáticas para que Rusia abandonara la guerra. Los contactos se realizaron a través de Dinamarca, país neutral, ofreciéndose el envío de un hombre de confianza para iniciar negociaciones. Sin embargo, el zar en persona respondió a través del rey danés.

El tercer intento se hizo a través de Estocolmo. Esta vez, el economista y ministro de Hacienda Karl Helfferich, con experiencia diplomática, se puso en contacto con el embajador ruso en la capital sueca; a la par que el conde Ehlenburg, mariscal de la corte del káiser, se dirigía por carta a su amigo y ministro de la corte rusa, el conde Frederix. Las ofertas para tentar al zar eran jugosas. Sobre todo, la cesión de los Estrechos a los rusos. En Viena incluso había quien era partidario de una alianza de los Centrales con Rusia. Durante el verano se reiniciaron las ofertas, e incluso se llegó a detener la ofensiva para no acorralar a los rusos. Sin embargo, el 3 de agosto llegó a Berlín la tercera negativa del zar, esta vez en tono terminante[281].

Aunque los alemanes hicieron sus propuestas sin olvidarse de hacer notar que aquellos contactos secretos se hacían para salvar el trono, Nicolás sabía que, precisamente, salir de la guerra después de haber experimentado un desastre militar era reproducir las condiciones existentes hacía diez años, en el momento aciago en que las tropas rusas eran derrotadas reiteradamente en Manchuria. Atender a las propuestas alemanas y salir de la guerra: eso sí hubiera supuesto el fin de la monarquía. Sin embargo, y por otra parte, el zar estaba siendo presionado por la rebelión de la Duma y los nacionalistas rusos, incluso algunos de ellos cercanos a la Corte, que buscaban restarle poder político.

Nicolás se veía de nuevo atrapado en un dilema de hierro que resolvió a su manera con una especie de golpe: el 8 de septiembre tomó personalmente el mando del Ejército, aunque nombrando al general Mijaíl Alekséyev como jefe de la *Stavka*. Por regla general, esta decisión se ha juzgado de forma muy negativa; y desde luego, no cabe duda de que a la larga tuvo mucho que ver con la caída de Nicolás II. Pero en las semanas finales del verano de 1915, tenía sentido. Por un lado, era una forma de reafirmar inequívocamente la decisión del zar de mantener a Rusia en la guerra, frente al enemigo y junto a los aliados de la Entente; por lo tanto, tuvo su utilidad en la política exterior. Por otro lado, el monarca hacía así una apelación al pueblo: ante los rumores de traición en las altas esferas, ante las dudas sobre el valor y la lealtad de sus dirigentes, él asumía personalmente el mando supremo. Además, reafirmaba el simbolismo imperial del mando frente a la imagen nacional: aquella era la guerra del zar y sus súbditos. Este objetivo tenía una importante derivación: el Ejército había sufrido profundas transformaciones desde el comienzo de la guerra: en el mando, la organización y las tropas; por ello se hacía necesario que la figura del zar unificara de alguna forma esa nueva realidad militar[282].

Además, el zar cubría el golpe dirigido contra los liberales y nacionalistas que habían amagado con controlarle o incluso arrinconarle; quizá incluso, destronarle. Muy significativamente, el zar se situó en el lugar de su primo el gran duque Nicolás, destituido y enviado lejos, como residente imperial y comandante en jefe del frente del Cáucaso. Nicolás mantenía estrechas relaciones con los paneslavistas y, significativamente,

fue enviado al frente más victorioso, donde el general Nikolai Yudenich había aplastado a las tropas otomanas en las Navidades en la batalla de Sarıkamış. Cabe recordar que durante los disturbios antialemanes de Moscú, en el mes de junio —una suerte de pogromo ultranacionalista— los revoltosos llegaron a pedir la abdicación del zar y la subida al trono del gran duque Nicolás.

Mientras tanto, se había producido una «rebelión ministerial», conforme se manifestaban los partidarios de un compromiso con el Bloque Progresista. La decisión del zar de ponerse al frente del Ejército hizo saltar un movimiento de rechazo. Dos días más tarde, 10 de septiembre, esos mismos ministros pedían al zar el nombramiento de un nuevo gobierno respaldado por la Duma. El primer ministro, el anciano Ivan Goremykin —el mismo que había sucedido a Witte en 1906— corrió a persuadir al zar de que reaccionara contra la nueva protesta. En consecuencia, Nicolás II mandó disolver la Duma, el 15 de septiembre, lo que a su vez provocó una huelga general de dos días en la capital. Pero Nicolás II había escogido reactivar la política autocrática y ya no se apartó de esa vía. Rechazó a una delegación dirigida por el príncipe Lvov para que la abandonara, y a finales de mes desactivó toda oposición del gobierno[283] haciéndolo comparecer en la nueva sede de la *Stavka*, en la distante y desolada localidad de Moguilev, a 200 kilómetros de Minsk, en Bielorrusia.

En meses sucesivos, los ministros liberales y nacionalistas del gobierno fueron obligados a dimitir, uno tras otro, y las decisiones del poder ejecutivo iban siendo dejadas a la emperatriz Alejandra, que actuaba en la sombra asesorada por el santón Rasputín mientras su marido dirigía la guerra desde Moguilev. El denominado «gobierno de la zarina» se extendió hasta el mismo comienzo de la revolución, lo que supuso el nombramiento de cuatro primeros ministros, cinco del Interior, tres de Asuntos Exteriores, otros tres de la Guerra y Transportes y cuatro de Agricultura, todos ellos cargos claves para el esfuerzo bélico y la organización de la retaguardia. Los miembros de la disuelta Duma serían vigilados por la *Ojrana;* y las Centurias Negras, reactivadas con nuevos fondos gubernamentales, señalaron a los judíos como causantes de todas las desgracias.

Concluyendo el traumático año de 1915, todo quedaba en manos de la victoria aliada conjunta, esperando que franceses e ingleses fueran capaces de ahogar a los Centrales —especialmente a través del bloqueo de las costas alemanas—, atraer a los Estados Unidos a la contienda o, quién sabe, pactar una paz sin vencedores ni vencidos. Por otra parte, cualquier final que incluyera un reparto del Imperio otomano contando con los rusos, sería una forma airosa, incluso victoriosa, de salir del paso.

---

264 Gatrell (1994): p. 130.

265 Solzhenitsyn (1989): p. 774.

266 Strachan (2001): p. 334.

267 Tomando como referencia la distancia entre localidades como Plock en Polonia y Pinsk, en Bielorrusia.

268 El avance alemán por territorio ruso suponía adaptar el ancho de vía ruso al europeo al objeto de poder apoyarse en su red ferroviaria para abastecer a las tropas. Solo en Polonia, Lituania y Bielorrusia hubieron de adaptarse más de 7.500 km para uso militar. Westwood (1980): p. 161.

269 Dowling (2008): pos. 675.

270 Jonhson (1916): vid. en especial pp. 88.

271 Stone (1998): pos. 2382 a 2417.

272 Ferro (1990): pos. 3342 y ss.

273 Stone (1998): capítulo 7: «The Shell-Shortage, 1915».

274 Ibíd., pos. 2739-2856.

275 Ibíd., pos. 2331.

276 Encabezada por Sazonov (Exteriores), Krivoshein (Agricultura) y Grigorovich (Marina). Solzhenitsyn (1984): p. 212.

277 Se llegó a especular con la posibilidad de internar a la emperatriz en un convento. Ibíd., p. 228.

278 Lohr (2003).

279 Figes (2000): pp. 318-319.

280 El Partido Progresista contaba, entre sus principales fundadores, con empresarios como Aleksandr Konovalov y Pavel Riabushinski (ambos Antiguos Creyentes). Obtuvo 48 escaños en la Cuarta Duma. Los octubristas consideraban que personajes como Riabushinski eran unos arribistas, de ahí que buscaran su propia formación política. Significativamente, los progresistas mantuvieron

relaciones políticas con la derecha de los *Kadetes* a través de Piotr Struve, dando lugar a un foro sobre Conversaciones Económicas (1909-1912) que agrupaba a intelectuales y empresarios.

281 Valluy (1972), vol. I: p. 171.

282 Katkov (1969): pp. 76-77.

283 Figues (2000): pp. 322-323.

## CAPÍTULO 15

# EL CANTO DEL CISNE IMPERIAL
# De la ofensiva Brusilov al impasse diplomático, 1916

En noviembre de 1915 ingleses y franceses se empezaron a negociar lo que terminaría por formalizarse como Acuerdo Sykes-Pikot, firmado en diciembre, para el reparto del Oriente Medio otomano. En marzo de 1916 los rusos, no solo le dieron el visto bueno al plan, sino que a su vez reclamaron el tercio oriental de Anatolia, al objeto de crear una Armenia ampliada territorialmente, y reiteraron la secular reivindicación de controlar los Estrechos y el mar de Mármara. Ambas propuestas fueron aceptadas y la versión revisada del acuerdo se firmó en mayo de ese año, todo ello en el más absoluto secreto.

La participación rusa en el reparto evidenciaba el enorme vuelco histórico que había dado la política imperialista de las potencias que integraban la Triple Entente. Sesenta años antes, soldados ingleses y franceses derramaban su sangre en Crimea por la integridad del Imperio otomano. En enero de 1878, Disraeli despachaba la flota a los Estrechos para defender Estambul ante la posible estocada de las tropas rusas que avanzaban desde Bulgaria. Ahora, en 1916, Londres y París se repartían ese mismo Imperio otomano con aquellos que habían ido a a la guerra para cumplir lo que consideraban su misión histórica.

Con todo, la posición rusa inquietaba mucho a los gobiernos británico y francés. Por entonces no se conocía la importancia que había tenido la conquista de los Estrechos y Constantinopla en la decisión rusa de ir a la guerra. Pero sí se conocía la intransigencia con la que Petrogrado —el nuevo nombre «rusificado» de San Petersburgo adoptado en 1914— se tomaba todo lo referido al destino del Imperio otomano. Dejar fuera de cualquier reparto o acción a los rusos suponía afrontar pesadas amenazas,

más o menos veladas, siendo la más contundente de todas la posibilidad de que el Imperio ruso cambiara de bando; en ese caso, la Entente perdería la guerra.

Esta factible pesadilla está en la base de la tendencia franco-británica a soportar el hecho de que Rusia llevara a cabo su propia política frente al Imperio otomano más en paralelo que en colaboración. Y eso aunque el resultado hubiera sido afrontar costosas derrotas propias que erosionaban el prestigio del Imperio británico. Así, la Stavka no mostró ninguna predisposición a contribuir —ni de forma simbólica— en la campaña del estrecho de Dardanelos, entre febrero de 1915 y enero de 1916, que terminó en la desastrosa retirada final de las tropas imperiales francesas y británicas, tras soportar un total de 300.000 bajas. Lo cual resultaba bastante escandaloso, habida cuenta de que el objetivo de la operación aliada en Dardanelos buscaba no solo sacar al Imperio otomano de la guerra sino también —o en caso de que solo se obtuviera una victoria parcial— abrir los Estrechos para abastecer a Rusia, entre la espada y la pared. Por entonces, a excepción del muy lejano Vladivostok, ningún puerto ruso estaba abierto al comercio marítimo, dado que el Báltico estaba bloqueado por los alemanes y el mar Negro por los otomanos[284]. A pesar de ello, y ya desde el comienzo de la guerra, Petrogrado dejó claro, y lo reiteró con frecuencia, que esperaba obtener el control de los Estrechos como recompensa por su contribución a la guerra; un objetivo que se consideraba vital para la economía rusa, dado que suponía asegurarse la salida marítima hacia el Mediterráneo[285]. Si los aliados accedieron a hacer esa operación por su cuenta fue debido al temor de que Rusia pactara su salida de la guerra con los Centrales, en un momento de debilidad.

Como contraste, el 10 de enero de 1916, justo al día siguiente de la humillante retirada definitiva de las tropas aliadas de Gallipoli, las fuerzas rusas del Cáucaso, comandadas por el general Nikolai Yudenich, bajo el gran duque Nicolás, lanzaron una vigorosa ofensiva hacia el interior de Anatolia que llegó hasta el estratégico puerto de Trabzon el 16 de abril y ese mismo verano a la ciudad de Erzincan que abría el camino hacia Sivas y Ankara[286]. Mucho menos conocida fue la expedición mandada por el general Nikolai Baratov, quien con su división de cosacos del Cáucaso,

entre el 7 de noviembre de 1915 y junio de 1916, llevó a cabo una campaña por el Azerbaiyán persa y el noroeste del país expulsando de Kermanshah a las milicias constitucionalistas, partidarias de los alemanes y los turcos, así como de asesores y unidades de apoyo de esos países[287]. La expedición de Baratov, comparable a la campaña de Thomas Edward Lawrence en Arabia o la de Wilhelm Wassmuss en Persia, inquietó a los ingleses en su momento, máxime cuando llegó tarde para evitar la derrota de la fuerza expedicionaria indo-británica que intentaba avanzar sobre Bagdad pero fue cercada y derrotada por los otomanos en Kut-al-amara, en abril de 1916, en lo que se considera una de las mayores derrotas militares del Imperio británico de todos los tiempos[288].

Por lo tanto, se puede decir que, a diferencia del frente europeo, la Gran Guerra discurría mucho mejor para las armas rusas en el enfrentamiento contra el Imperio otomano, tanto en el Cáucaso como en Persia. Ese frente era el objetivo estratégico real de los rusos entre 1914 y 1917, y articulaba las relaciones —a veces conflictivas— entre el zar Nicolás y la corte, y el ámbito del nacionalismo y el paneslavismo. Hasta el momento de la abdicación, el control de los Estrechos, la toma de Constantinopla, y la destrucción del Imperio otomano, eran aspiraciones comunes, tanto para la misión histórica del Imperio como para el proyecto nacional gran ruso. Precisamente por ello, el zar trasladó al gran duque Nicolás al Cáucaso tras destituirlo como comandante supremo del Ejército, en septiembre de 1915.

Todo ello ayuda a explicar que la moral rusa no se hundiera tras el descalabro de la primavera y el verano de 1915 en Polonia y Galitzia. También fue el comienzo de la readaptación rusa a la guerra total, la más devastadora que, hasta la fecha, había vivido Europa en toda su historia. En ese sentido, la economía rusa se embarcó en una verdadera «orgía de producción armamentística», en expresión de Peter Gatrell[289], lo cual fue toda una hazaña en aquellos momentos, debido a que Rusia estaba prácticamente aislada de sus aliados occidentales y no podía recibir ayuda económica o militar. El esfuerzo se desarrolló en varias direcciones hasta constituir algo así como una segunda revolución industrial en Rusia: se reestructuraron las relaciones entre las industrias privadas y las estatales a instancias de la administración, se sacó adelante un proceso de

concentración en conglomerados empresariales, se diversificó la producción hacia nuevos sectores, como la industria aeronáutica o eléctrica, y el país se hizo prácticamente autosuficiente en la producción de municiones, algo en lo que era muy dependiente hasta 1915. Los procesos productivos se simplificaron y modernizaron, se invirtió masivamente en la prospección y obtención de todo tipo de minerales para la industria de guerra. Y todo este esfuerzo se desarrolló en unos meses y gracias en buena medida a una, hasta entonces, desconocida eficacia administrativa.

Por otra parte, fue necesario reasignar a decenas de miles de trabajadores, hasta entonces movilizados, al esfuerzo de guerra, así como poner en marcha un sistema de exenciones; eso supuso que en puertas de la revolución, en marzo de 1917, se contaban hasta 1,86 millones de trabajadores reasignados a la industria militar[290], lo cual incluía nuevos contratados, reservistas, refugiados, adolescentes, mujeres, prisioneros de guerra, inválidos y todo aquel par de brazos que se pudiera emplear en la producción de armas. En palabras de Pavel Riabushinski, un destacado empresario en el liderazgo del Partido Progresista, que pronto se iba a destacar en los sectores más reaccionarios de la contrarrevolución, era necesario convertir a Rusia en «una gigantesca factoría que trabajaría solo para el Ejército»[291]. Aunque la productividad de esa abigarrada y poco preparada mano de obra declinó con respecto a la existente en tiempos de paz, la capacidad total de la nueva industria militar rusa obró el milagro: la producción de obuses se dobló, la de ametralladoras casi se triplicó. Fusiles, pólvora, equipos: parapetado tras la gran línea defensiva establecida en el otoño de 1915, el Ejército empezó a recibir sus suministros puntualmente, y en las unidades se hicieron sentir menos las carencias materiales.

Listo para la batalla, el Ejército, al menos inicialmente, no dio la talla. En virtud del Acuerdo de Chantilly, en diciembre de 1915, los rusos, junto con los británicos, franceses e italianos —que habían entrado en guerra en mayo de ese año— se habían comprometido a una serie de ataques conjuntos contra los Centrales, la única manera posible de ganar la guerra. Sin embargo, la denominada ofensiva rusa del Lago Naroch (hoy Narach, en Bielorrusia), a mediados de marzo de 1916, fue un fiasco que se saldó con cerca de 100.000 bajas en doce días de ataques infructuosos, tras días

enteros de preparación artillera y una superioridad de siete a uno. Por entonces los franceses estaban soportando la presión brutal de la batalla de desgaste, en Verdún y necesitaban cualquier ayuda que pudiera aliviar la situación, pero los alemanes rechazaron a los rusos —con ayuda del mar de barro que provocó un deshielo prematuro— sin tener que trasladar ni una sola unidad desde el frente Occidental.

Con la primavera la presión alemana sobre Verdún se hacía insostenible y los aliados occidentales, los italianos bajo presión en Asiago y los británicos atareados con los preparativos para su gran ofensiva en el Somme, pidieron una nueva ofensiva a los rusos. En la Stavka les parecía una empresa inabordable: el frustrado ataque en el lago Naroch parecía demostrar que aún no estaban preparados para utilizar la fuerza bruta artillera a fin de hundir sectores del frente alemán y respondió diletantemente sin voluntad clara de llevar nada a cabo.

Sin embargo, para sorpresa del alto mando, en el consejo del 15 de abril, un general puso sobre la mesa de operaciones un plan viable para lograr lo imposible. Aleksei Brusilov, jefe del grupo de ejércitos suroeste fue, a buen seguro, el mejor general ruso de la Gran Guerra —al menos hasta la Revolución— y uno de los mejores de cualquiera de los ejércitos contendientes. Desde luego, no había ninguno comparable entre los aliados franceses, británicos o italianos. De apariencia menuda y zorruna, no solo era un estratega imaginativo sino que poseía excelentes dotes de mando, lo que le había permitido hacer de su propio estado mayor un equipo acoplado, eficaz y minucioso. Su plan para la ofensiva de primavera aportaba soluciones brillantes que dos años más tarde inspirarían al general alemán Ludendorff para la gran ofensiva de la primavera de 1918.

La solución ideada por Brusilov para romper el equilibrio de fuerzas consistió en atacar en un amplio frente, a fin de diluir las reservas del adversario e identificar los puntos débiles del despliegue enemigo, donde se reiterarían los ataques posteriores. Esto era toda una innovación táctica, dado que introducía el elemento sorpresa en el ataque, imposible hasta el momento, dado que los prolongados bombardeos artilleros y la descomunal acumulación de tropas para llevar a cabo las rupturas constituían un despliegue de fuerza bruta imposible de hurtar al adversario. El sistema

Brusilov escondía la dirección real del ataque principal, como hace un trilero con la bolita[292]. De esa manera, las reservas del enemigo no sabían adónde dirigirse para taponar la ruptura y bloquear el asalto. Además, Brusilov contaba con que el ataque se descargaría en el sector suroeste, cubierto por un enemigo que conocía bien y que podía desmoronarse con cierta facilidad: el Ejército austrohúngaro. Ya en agosto de 1914, en la ofensiva sobe Galitzia, Brusilov había llegado hasta los pasos de los Cárpatos, y solo la carencia de municiones había evitado que invadiera Hungría[293].

Brusilov lanzó la embestida el 4 de junio sobre una extensión de 500 kilómetros de frente, entre las marismas de Pripet y la frontera rumana, país por entonces neutral pero que la Entente quería atraer a su campo. El éxito fue inmediato desde el primer día y el avance imparable[294]. Con los austrohúngaros en fuga y los rusos capturando decenas de miles de prisioneros cada día, el jefe del estado mayor alemán, general Falkenhayn, despertó en la peor de las pesadillas: el general Brusilov había puesto en marcha la apisonadora rusa, y con ello hacía realidad la gran estrategia aliada de ataques masivos simultáneos en todos los frentes.

Austria-Hungría estuvo a punto de colapsar. Con el emperador Francisco José acercándose a los noventa años —de hecho fallecería en noviembre— debiendo atender ahora al frente ruso además de al italiano, la capacidad militar del Imperio estaba en mínimos. La salvaron los alemanes tomando el control directo de todo el sector austrohúngaro cuando Brusilov llevaba quince días de ofensiva y al comprobar que, más al norte, el general ruso Alexei Evert no se decidía a lanzar el que debía ser ataque principal. Esa solución de emergencia ayudó decisivamente a frenar el avance de Brusilov, que tampoco le estaba saliendo gratuito: en un mes de combates acumulaba ya más de 300.000 bajas propias.

Aun así, la ofensiva siguió en marcha. Incluso aunque los generales Evert (frente Centro) y Kuropatkin (frente Norte) finalmente pasaran al ataque, haciéndolo tarde y mal, quedando enseguida detenidos, Brusilov seguiría atacando durante el mes de julio desbandando incluso al Südarmee alemán y forzando el traslado de treinta y tres divisiones alemanas del frente Occidental al Oriental.

Pero la estocada de Brusilov terminó perdiendo impulso hasta detenerse. Algunas razones para ello ya se señalaron: la incapacidad (y voluntad) de los otros generales para apoyarle y la tasa de bajas, que fue creciendo hasta llegar al medio millón (entre muertos, heridos y prisioneros). Aunque las pérdidas del enemigo casi triplicaran esa cifra, las de Brusilov prácticamente sumaban el 100% de las 40 divisiones con las que había arrancado la ofensiva. A pesar de que desde la *Stavka* el general Alekséyev enviaba reemplazos, estos no fueron suficientes para mantener el empuje, dejando a Brusilov prácticamente sin divisiones de reserva para explotar las rupturas del frente enemigo.

Pero a ello se sumaba otro hecho decisivo: la derrota de Rumanía, a la que los aliados habían convencido para que entrara en guerra al lado de la Entente, en agosto. Sin embargo, la iniciativa había resultado ser un desastre, lo cual se manifestó al mes siguiente cuando los Centrales atacaron conjuntamente. La invasión de Rumanía obligó a los rusos a enviar tropas de refuerzo a Moldavia y la Dobruja, hecho que impidió la reactivación del ataque de Brusilov. Lo que teóricamente formaba parte del éxito de la ofensiva, había terminado por ser su tumba definitiva[295]. Peor aún: la derrota rumana privaba a Rusia de toda esperanza de atacar hacia los Estrechos turcos y Constantinopla a través de los Balcanes. Con Bulgaria en el bando de los Centrales y Serbia y Rumanía ocupadas, Rusia no podía aspirar a utilizar los Balcanes como su tobogán estratégico hacia los Estrechos y Constantinopla. Solo quedaba el asalto anfibio, pero si en enero de ese mismo año había fracasado definitivamente el ataque franco-británico en Gallipoli, con toda la potencia de sus flotas combinadas, poco podían aspirar a hacer los rusos con su Flota del mar Negro.

Llegados a este punto, la mayoría de los historiadores establecen un puente directo entre el fracaso de la prometedora ofensiva de Brusilov y el estallido de la revolución, medio año más tarde. Es evidente que hay buena parte de verdad en ello, pero cabe considerar otras cuestiones que acompañan a ese acontecimiento concreto. En primer lugar, recordar que aquel año de 1916 había sido desolador para los bandos en liza. Los Centrales habían perdido la iniciativa en todos los frentes, sufrían el bloqueo económico de los franco-británicos y, por primera vez desde 1914,

Austria Hungría estaba contra las cuerdas, en buena medida por causa de Brusilov. Con la muerte del emperador Francisco José en noviembre, accedió al trono su sobrino, el joven Carlos I, que inmediatamente se puso manos a la obra para sacar al Imperio de la guerra[296]. Esos esfuerzos diplomáticos coincidieron con la nueva oferta del presidente Woodrow Wilson, desde los Estados Unidos, para arbitrar un acuerdo entre los contendientes[297]. Dicha iniciativa cuajó en la propuesta pública que hizo Berlín a la Entente el 12 de diciembre, que París rechazaría. Por su parte, los aliados de la Entente no estaban tampoco en buena posición. Las grandes batallas de desgaste en el frente Occidental, que habían costado centenares de millares de vidas, habían terminado en tablas. Los ingleses habían tenido que contrarrestar la insurrección de Pascua en Irlanda. Francia estaba exhausta y su ejército amotinado, y era sabido que no podría volver a afrontar una nueva batalla como la de Verdún.

Existe muy escasa información sobre cómo se vivió esta situación en Rusia. Hacia finales del otoño de 1916 se dibujaba la posibilidad de una salida pactada a la guerra y precisamente durante ese periodo rompió con fuerza una oleada de patriotismo desengañado, que se dirigió contra el trono. Es cierto que la impopularidad de la zarina, nacida princesa Dagmar de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg, ejerciendo el papel de jefe de Estado, se acentuaba con hechos como el nombramiento por su cuenta de un primer ministro impopular, ineficaz y de apellido alemán, como fue Boris Stürmer. Por si fuera poco, había sido previamente ministro del Interior y de Asuntos Exteriores: en el primer caso con antecedentes de venalidad como gobernador provincial, y en el segundo, como funcionario absolutamente ignorante de los asuntos de política internacional. Presionado, Stürmer hubo de permitir el regreso de la Duma, pero se encaró inmediatamente con ella, en febrero de 1916. Siguió en su cargo de primer ministro enfrentado a toda la oposición pero muy especialmente a la nacionalista, y cayó tras un violento discurso de Milyukov en noviembre, en el cual se preguntaba si los errores del gobierno eran estupidez o traición.

Para entonces, los rumores de que la traición anidaba en la Corte, y más especialmente en torno a la zarina eran ya un clamor cotidiano que se extendía por la Duma y la prensa, y desde allí a todo el país y llegaba al

mismo frente. La conexión de las murmuraciones con la realidad arrancaban del hecho, bien lógico, de que la zarina, por su origen alemán, había vivido especialmente atormentada por una guerra cuyo enemigo principal no debería haber sido Alemania, sino Turquía. En abril de 1915, a través de una antigua dama de honor, le había llegado una carta de su hermano Ernie, duque de Hesse-Darmstadt, con instrucciones para establecer contactos secretos en Estocolmo y ella misma se había implicado en la respuesta. Al parecer coincidía con la negativa que tenía preparada su marido; pero, en cualquier caso, este pasó la carta al ministro de Asuntos Exteriores para dejar claro que no colaboraba en ninguna propuesta de paz[298]. A partir de ahí, sin embargo, habían comenzado a extenderse los rumores, amplificados por las derrotas que había sufrido el Ejército ruso ante la ofensiva alemana de la primavera de 1915.

La anécdota revela de qué forma estaban desembocando, en el invierno de 1916, los posicionamientos políticos esenciales en el vértice del Estado ruso. Básicamente, el zar permanecía voluntariamente aislado en el cuartel general de Moguilev, más si cabe tras el fracaso de la ofensiva de Brusilov, durante aquellos meses de agotamiento bélico generalizado en los cuales el frente había quedado congelado. En Petrogrado, su esposa, la zarina, se comportaba como la verdadera jefa del Estado, cambiando ministros e intentando influir en la labor del gobierno. Y en aquellas semanas en que eran plausibles las negociaciones de paz entre los principales contendientes, en que el propio Imperio austrohúngaro parecía a un paso de salir de la guerra, resultaba evidente que la zarina —y posiblemente también Nicolás II— contenía la respiración, esperanzada.

Por entonces, el estrafalario monje Gregori Rasputín había extendido su influencia en la corte. Ya no solo le resultaba imprescindible a Alexandra para controlar la hemofilia de su hijo —aunque solo fuera por el mero efecto placebo— sino que lo requería como consejero político. Sus recomendaciones sibilinas eran como agua de mayo para la zarina, que no poseía ni los conocimientos ni la capacidad necesarias para la labor que estaba desempeñando. El monje iba más allá y terminaba proponiendo ministros que la zarina y el zar nombraban. El caso más célebre y decisivo fue el del ministro del Interior, Alexander Protopopov, en el cargo desde

septiembre de 1916 hasta la revolución. Pero había algo más: Rasputín, que era ciertamente un arribista enloquecido, lo que justificaba buena parte de las leyendas negras que se habían acumulado en su contra, era además un pacifista. Eran bien conocidas sus opiniones al respecto, ya manifestadas durante la contienda ruso-japonesa, recién llegado a la capital procedente de Siberia y Kazán, en 1905; o durante las guerras balcánicas[299], años antes de que se le acusara de trabajar para el espionaje alemán. De la misma forma, se había mostrado firmemente contrario a entrar en guerra en agosto de 1914, aunque un retiro temporal en su lejana aldea siberiana, víctima de un atentado, le había impedido influir en el zar, según decía él mismo[300].

Frente a esta extraña corte, hacían causa común diversos políticos de variadas tendencias e incluso miembros de la familia real y la nobleza. Sin embargo, a la altura de 1916 la ideología de referencia generalizada era el nacionalismo, más o menos radical. Y esto era válido para Rusia y para el resto de la Europa en guerra. Desde las «uniones sagradas» erigidas en distintos momentos de la contienda, la gran mayoría de los partidos en uno y otro bando se habían plegado al esfuerzo de guerra y al liderazgo de los militares. En ese contexto, los pacifistas o izquierdistas radicales eran percibidos como una quinta columna, siempre sospechosos de trabajar para el enemigo o boicotear la causa propia. Incluso en el movimiento obrero se distinguía entre «defensistas» y «derrotistas». En un manifiesto distribuido en septiembre de 1915 por socialistas de la primera tendencia se recordaba que «Rusia no pertenecía al zar, sino a la clase trabajadora rusa, a la cual le convenía defenderla de la agresión alemana»[301]. En ese crisol sometido a la tremenda presión de la guerra se fundieron ideologías opuestas o hasta entonces incompatibles, dando lugar a nuevas fórmulas dominadas por el nacionalismo radical.

En Rusia, la consigna de que incluso la revolución era la única salida solía entenderse como revolución patriótica o golpe de Estado, más que como revolución social; de hecho, uno de sus objetivos era adelantarse a la posibilidad de una nueva reedición de la revuelta obrera y campesina de 1905, algo que se tenía muy presente entre las clases dirigentes rusas y que era un referente único y específico de Rusia, que no existía para el resto de las potencias en guerra. Por ello, más que pensar en una revolución con

apoyo en las calles y campos, se proyectaba alguna forma de golpe palaciego. El otro objetivo, que en realidad era el prioritario, consistía en mantener a Rusia en la guerra. Por eso, los rumores y sospechas de que en la cúpula de Estado se estuviera contactando con Berlín o Viena generaban un fuerte rechazo entre los políticos nacionalistas —fuera cual fuera su partido— y buena parte de los altos mandos militares. Llegados a este punto cabe recordar los sarcásticos comentarios dedicados por Trotski a los diferentes planes golpistas en su *Historia de la Revolución rusa*. Su principal crítica va dirigida a la carencia de liderazgo unificado que tenía aquella conspiración demasiado vasta y heterogénea como para ser algo práctico[302]. Escrita hacia finales de los años veinte, la obra tenía para su autor el objetivo de reivindicar su propio liderazgo en el proceso revolucionario de 1917 y el del desaparecido Lenin. Por ello, sus descalificaciones hacia las conspiraciones nacionalistas de 1916 juegan un tanto el papel de contraprueba de su existencia.

En su trabajo sobre la Revolución de febrero y sus causas, George Katkov estudió con detenimiento, hace cincuenta años los preparativos para el golpe de Estado que preparaban las fuerzas nacionalistas y cómo estaban articulados entre sí. Jugaban un papel muy importante las organizaciones voluntarias: el *Zemgor* y los Comités de Industrias de Guerra. Su contribución al esfuerzo de guerra era decisivo, agrupaban a decenas de miles de personas y estaban liderados por tres hombres que mantenían estrechas relaciones de amistad y colaboración entre sí, pasando por encima de su militancia política específica: el príncipe Lvov, Guchkov (el «liberal con espuelas» como fue definido por Trotski) y el alcalde de Moscú, Mijail Chelnokov. Su centro de operaciones era, precisamente, la antigua capital del Imperio en torno a la cual había nacido el primer Estado ruso: Moscú. Esto poseía un claro significado político en la época, por cuanto los nacionalistas, intelectuales, industriales, comerciantes y hasta el clero más tradicionalista preferían esa capital frente a la de la burocracia y la aristocracia palaciega, como era Petrogrado. De hecho, el desagrado de la pareja real ante el estilo de vida del viejo y nacionalista Moscú había contribuido a alienar todavía más al zar, víctima de las poderosas fuerzas que lo venían arrinconando desde 1905[303].

Además, entre las organizaciones voluntarias y el Ejército se había establecido una estrecha relación, nacida de la necesidad de suplir las carencias logísticas que habían salido a la luz tras la gran retirada de 1915, y de la que no podía presumir la Duma. Los militares no se mezclaban con los partidos, pero sí estaban obligados a colaborar con las organizaciones voluntarias, a las que observaban con recelo y contradicción, pues si bien algunos de sus miembros actuaban guiados por meros criterios de eficacia y patriotismo, entre sus filas había un gran número de jóvenes emboscados que rehuían el servicio en filas con cómodos puestos en retaguardia[304]. Precisamente por ello, los líderes de esas entidades terminaron asumiendo lo que ellos veían como necesidad de cambios políticos en el vértice del poder, a cualquier precio, algo que repugnaba a la mayoría de los partidos moderados de la Duma[305].

Precisamente, fue un grupo de personalidades reunidas en torno al aparato de las asociaciones voluntarias, las cuales tenían en común un exaltado patriotismo, el que fraguó planes para ejecutar alguna forma de golpe de Estado que apartara del trono al zar o anulara la acción política de la zarina. Destacaban nombres como el octubrista Guchkov, el cadete príncipe Lvov, el industrial y progresivista Konovalov; el general Alekséyev, comandante en jefe real de la *Stavka;* el general Krymov; el general Gurko. Quien venía a ser considerado el líder natural de todo el movimiento y opción alternativa al zar, era el gran duque Nicolás. En su estudio sobre la Revolución de febrero de 1917, Katkov apunta la posibilidad de que algunas relaciones se vieran reforzadas por la común pertenencia a la francmasonería, reorganizada en Rusia desde 1915, en un sentido claramente político[306]. Los políticos del grupo fueron los responsables principales de la campaña de acusaciones de traición contra la pareja real. El príncipe Lvov también había insistido en la consigna de que el camino hacia la victoria en la guerra pasaba necesariamente por la revolución, aunque se refería más bien a un golpe palaciego.

En estos círculos se habían discutido diversos planes para llevar a cabo ese golpe. El príncipe Lvov había planeado arrestar a la zarina, con la ayuda del general Alekséyev. Hecho lo cual, el objetivo final era hacer que el zar abdicara en el ultranacionalista y paneslavista gran duque Nicolás. Brusilov,

también él paneslavista, apoyaba el plan. Incluso algunos miembros de la familia imperial tenían sus propios planes, más o menos fantasiosos[307]. Un piloto de caza, el capitán Kostenko, llegó a barajar la idea de lanzarse en picado con su avión sobre el automóvil del zar[308]. Pero el proyecto más elaborado lo había pensado Alexander Guchkov[309]: primero, detener y tomar el tren imperial en ruta entre Tsárskoye Seló y Moguilev, y obligar a Nicolás a abdicar en su hijo, el zarévich Alejandro. Si se resistía, incluso se contemplaba la eliminación física del zar[310]. Simultáneamente, a la manera del golpe de los decembristas en 1825, saldrían a la calle las tropas leales de Petersburgo. Al parecer, el impetuoso general Krymov estaba implicado en este plan, aunque también poseía el suyo propio.

Según reveló años más tarde el mismo Guchkov, ya en el exilio, en septiembre de 1916 se llevó a cabo una reunión en el domicilio de un prominente político liberal moscovita, con varios miembros del Bloque Progresivo, donde se decidió el alcance de ese golpe o «revolución controlada», llegándose a la conclusión de que era muy arriesgado desencadenar ese tipo de fuerzas en plena guerra. Sin embargo, se consideró la posibilidad de aprovechar cualquier desorden público espontáneo para postularse como los únicos actores capaces de controlar la situación[311].

En todo este despliegue conspirativo, el objetivo final era continuar con la guerra; y para los más ultras, obtener el acariciado premio final que había explicitado públicamente el mismo Rasputín en 1915: tomar Constantinopla[312]. El célebre asesinato del influyente monje encaja dentro de esta «lógica de ambiente» que a finales de 1916 se había vuelto agobiante entre los sectores conspirativos del ultranacionalismo en las altas esferas del poder. En el asesinato tuvo un papel destacado el diputado y reconocido líder protofascita Vladímir Purishkévich[313], uno de los fundadores y principales líderes de las Centurias Negras junto con Alexander Dubrovin. Junto con él participaron dos altas personalidades de la aristocracia rusa: el príncipe Felix Yusupov, miembro de la familia imperial por matrimonio y una de las mayores fortunas de Rusia[314] y el gran duque Dmitri Pávlovich Románov.

La versión clásica del asesinato incide en ingredientes morbosos del mismo, como la homosexualidad de Yusupov y del gran duque, e insinúa motivaciones personales[315]. Más recientemente, la investigación llevada a cabo por Richard Cullen, un oficial de la policía británica y experto forense, introduce un importante actor que cambia todo el sentido de la historia: el agente del servicio de inteligencia británico Oswald Rayner, que formaba parte de la plantilla destinada a Petrogrado. Él era amigo personal del príncipe Yusupov desde los tiempos en que ambos habían estudiando juntos en Oxford, años atrás. Y su jefe, Samuel Hoare —que terminaría siendo embajador británico en Madrid, entre 1940 y 1944— había mantenido una reunión con Purishkévich el 19 de noviembre, tras un virulento discurso pronunciado por este en la Duma contra las «fuerzas oscuras» que encarnaba Purishkevich. En el libro dedicado a la implicación británica en el asesinato, Cullen hace una detallada reconstrucción forense del suceso y llega a la conclusion de que el objetivo inicial de la acción fue obtener una confesión de Rasputín como presunto agente de los alemanes, para lo cual la madrugada del 16 al 17 de diciembre fue sometido a tortura en el sótano del palacio Moika, propiedad del príncipe Yusupov. Al no obtener resultados, el monje fue asesinado y rematado a corta distancia por el revólver de reglamento .455 Webley de Oswald Rayner, presente en el interrogatorio[316]. Tras la aparición del cadáver en las aguas heladas del Nevá, dos días más tarde, Nicolás II en persona requirió al embajador británico sir George Buchanan, sobre la posibilidad de que un ciudadano de ese país hubiera estado implicado en el suceso, dado que Hoare acompañaba a Yusupov en la estación de ferrocarril, cuando intentaba salir de la ciudad[317].

La versión de Cullen coincide con la aguda preocupación británica ante la posible salida rusa de la guerra y los rumores que vinculaban a Rasputín con el espionaje alemán. De hecho, ya en 1930, el mismo Trotski aludió a la implicación del embajador británico en el complot para matar a Rasputín[318]. Los británicos también estaban convencidos de que el hundimiento del crucero *Hampshire*, en junio de 1916, en el que viajaba a Rusia el general lord Kitchener con una delegación de alto nivel para evitar la salida de esa potencia de la guerra, había tenido que ver con la traición de

alguien en las altas esferas de la corte rusa: la zarina o incluso Rasputín[319]. La alarma británica se amplificaba por el hecho de que el viaje de Kitchener estaba relacionado con la negociación de un cuantioso préstamo con los Estados Unidos a través de la City londinense[320]. Sin embargo, la *Ojrana* llevaba años sometiendo a Rasputín a un seguimiento continuado que daba cuenta de todas y cada una de sus juergas, borracheras y citas amorosas, lo cual le supuso una fortuna a los presupuestos policiales[321], y hacía muy difícil que hubiera podido estar implicado en cualquier red estable de espionaje.

Existen otras versiones que tratan de explicar qué había unido al extraño grupo homicida en el palacio Moika de los Yusupov. La hipótesis del historiador ruso Oleg Shishkin[322], autor de *best sellers*, muy dado a admitir explicaciones conspirativas, toma como base la existencia de las supuestas conversaciones secretas para que Rusia saliera de la guerra, de acuerdo con alemanes y austriacos, iniciadas en el verano de 1916 y que habría tenido su momento culminante en la visita a San Petersburgo de una delegación alemana —con pasaportes suecos— encabezada por el barón Hohen-Esten. El colofón de la maniobra habría sido un golpe, a perpetrar el 18 o 20 de diciembre, por el cual Nicolás II abdicaría a favor de la zarina, la cual cerraría un acuerdo de paz con Alemania[323]. Purishkévich habría estado implicado en el plan, pero desertó al no ser reconocidas sus aspiraciones para ocupar el Ministerio del Interior en el gobierno salido del golpe[324]; algo similar habría sucedido con el príncipe Yusupov.

Sin llegar tan lejos y manejando los datos bien establecidos, el rocambolesco asesinato de Rasputín fue todo un golpe de Estado por poderes, de signo ultraderechista y dirigido en realidad a dejar incapacitada a la zarina, sin tener que actuar directamente contra la familia imperial, dado que hasta el mismo zar estaba ya harto del *stárest*. De otro lado la insistencia en las supuestas conversaciones para sacar a Rusia de la guerra, coincidentes en el tiempo con las que se estaban llevando entre la Entente y los Centrales por aquellas mismas fechas[325], tuvieron un fuerte impacto en el imaginario ruso de la época, dado que en apariencia eran consecuentes con los efectos diplomáticos de la ofensiva Brusilov, un calco en sus efectos de la ofensiva alemana Gorlice-Tarnów de año anterior: un golpe militar

devastador seguido de una propuesta para salir de la guerra. En todo caso, la torpeza del zar, la supuesta traición de la zarina o los intereses extranjeros habían malogrado la oportunidad.

El descubrimiento del cadáver de Rasputín flotando en el río Nevá fue saludado como una heroicidad por la aristocracia levantisca y el mismo príncipe Dmitri recibió una ovación cuando fue reconocido en el teatro Mijailovsky al día siguiente del hallazgo[326]. En efecto, enseguida se supo en toda la capital quiénes habían sido los autores, forzados a exiliarse por el zar. La fecha del asesinato, el 30 de diciembre (16 de diciembre, calendario juliano), fue significativa. El 12 de ese mismo mes, el gobierno francés había rechazado las ofertas de paz de los Centrales; casi con toda seguridad, la guerra iba a continuar. Pero mientras que el crimen político revelaba el temor de los conspiradores a desencadenar una revolución social si se empleaban a fondo, lo cierto era que un asesinato de esa envergadura política enviaba un mensaje inequívoco a cualquier fuerza revolucionaria, a derecha e izquierda, a todos los rebeldes y descontentos, y a cualquier proyecto político alternativo: el régimen zarista había entrado en una clara descomposición y podía hundirse con solo un pequeño empujón. El camino hacia la revolución había quedado expedito para quien se atreviera a cruzar la puerta.

---

284 La capacidad de los puertos del mar Blanco para el abastecimiento de Rusia era prácticamente nula, en 1914 solo el 1,3% de las importaciones entraba por ellos y únicamente Arkangelsk estaba unido al interior por ferrocarril (que además era de vía estrecha). Bykov (2003): p. 4.

285 McMeekin (2008), Capítulo 5: «The Russians and Gallipoli», pp. 115-140; vid. en especial pp. 120; 126-128; 131-134.

286 Ibíd., pp. 192-193. La ofensiva, todo un alarde de planeamiento conjunto, incluyendo operaciones anfibias y empleo de aviación embarcada, arrolló exitosamente a los turcos, flanqueando las posiciones otomanas desde el mar y capturando sucesivamente (en seis desembarcos entre el 4 de marzo y el 2 de junio) todo el litoral del mar Negro hasta Trabzon. Novikov (2003): pp. 88-142.

287 Entre las tropas constitucionalistas se encontraban 3.000 efectivos de la Gendarmería iraní, al mando de oficiales suecos. Allen (1953): pp. 373-374.

288 McMeekin (2008): pp. 189-191.

289 Gatrell (2005): p. 108.

290 Ibíd., p. 113.

291 Ibíd., p. 108.

292 Además, los preparativos fueron meticulosos, incluyendo túneles de asalto y accesos camuflados, reconocimioento aéreo, maquetas y hasta construcción de secciones de las trincheras enemigas en las que se prepararon ataquies simulados. Dowling (2008): posiciones 768 a 841; Brusilov (2013): pp. 221-222.

293 Brusilov (2013): p. 135.

294 Por primera vez, en el frente Oriental, las preparaciones artilleras fueron dirigidas por radio desde el aire Cockfield (2001): p. 26.

295 Dowling (2008): pos. 2562.

296 Dugast Rouillé (2005): pp. 75-77.

297 Para las ofertas anteriores, a principios de 1915 y 1916, vid.: Kennedy (s.a.).

298 Radzinsky (2005): pos. 7043.

299 Radzinsky (2005): posición 4248 a 4272; Fuhrmann (2013): p. 129.

300 Kérenski (1967): p. 189.

301 Katkov (1969): p. 60.

302 Trotski (1985) vol. I: p. 83.

303 Katkov (1969): pp. 38-40.

304 El Ejército se refería a ellos con el término burlón de los «Húsares de Zemgor» por el vistoso uniforme que vestían. Solzhenitsyn (1984): p. 128.

305 Katkov (1969): pp. 41-42.

306 Ibíd., p. 244; para una aproximación más completa y matizada al papel de la francmasonería, vid.: Hasegawa (1981): pp. 192-197. Los objetivos claramente políticos de las nuevas logias estarían en la línea de la desaparecida Unión de la Liberación, anterior a 1905.

307 Hasegawa (1981) hace una revisión muy completa de todos los planes y sus autores a lo largo del capítulo 10, pp. 185-197.

308 Kérenski (1967): p. 170.

309 Katkov (1969): pp. 244-248.

310 Trotski (1985) vol. I: p. 84.

311 Katkov (1969): p. 246.

312 Radzinsky (2005): pos. 6753.

313 Por entonces, Purishkévich se había distanciado de Dubronin y había fundado la Unión del Arcángel Miguel en 1908. Anteriormente, había sido determinante en la organización de las Centurias Negras como milicias paramilitares a fin de coordinarlas lo mejor posible con la policía y había contribuido a la fundación de la Unión del Pueblo Ruso.

314 Su padre era el conde Félix Sumarókov-Elston, gobernador de Moscú. La fortuna le venía por su madre, la princesa Zinaída Nikoláievna Yusúpova considerada por entonces una de las mujeres más ricas del mundo.

315 Kotsiubinski (2005) citando a Shishkin (2000) p. 290.

316 Cullen (2010): pp. 192-199 y 209-211.

317 Ibíd.: p. 17.

318 Trotski (1985) vol. I: p. 83.

319 Kotsiubinski (2005) citando a Shishkin (2000) p. 289.

320 Cook (2006): p. 30.

321 Kérenski (1967): p. 183.

322 Shishkin (2004), *Убить Распутина, Яуза*, nueva edición revisada. La original es de 2000 en editorial *Олма-Пресс*.

323 Kotsiubinski (2005): pp. 283-284.

324 Ibíd., p. 286.

325 Significativamente, existen muy escasas referencias bibliográficas específicas y documentadas sobre las negociaciones de paz del otoño-invierno de 1916. Más sorprendente es la inexistencia de estudios en profundidad sobre la actividad de los servicios de inteligencia alemán y austrohúngaro en Rusia durante la Primera Guerra Mundial *(Abteilung IIIb* y *Evidenzbureau).*

326 Figes (2000): p. 339.

*Революция*

CUARTA PARTE

# DE LA REVOLUCIÓN NACIONAL-REPUBLICANA A LA BOLCHEVIQUE, 1917

CAPÍTULO 16

# PETROGRADO, CIUDAD AIRADA
## Descontento popular y protestas, 9 de enero-23 de febrero

La muerte de Rasputín y el exilio forzado de los grandes duques implicados no apaciguó a los partidarios del golpe palaciego. Ahora la zarina parecía decidida a ejercer ella sola el poder, ante el retraimiento de Nicolás[327]. El desprestigio de la pareja real era máximo y se extendía por toda la sociedad rusa. Tras ser detenido, el gran duque Dmitri fue visitado por oficiales de varios regimientos con planes variados para ejecutar un golpe. En enero de 1917, el general Aleksandr Krimov, al mando del reputado 3er Cuerpo de Caballería en el frente del Sudoeste —había combatido a las órdenes de Brusilov— llegó a Petrogrado para apremiar a un grupo de diputados de la Duma a que respaldaran un inminente golpe de Estado. Este fue fijado para mediados de marzo (calendario juliano)[328], coincidiendo con la próxima visita del zar a la capital. Pero esta no es sino una anécdota más, relacionada con la bullente excitación palaciega, que se estaba contagiando a sectores cada vez más amplios de las fuerzas armadas. Un grupo de encumbrados oficiales superiores había brindado por una «Rusia libre» en una cena de Año Nuevo, mientras que no faltaban quienes comentaban sin ambages todo tipo de confabulaciones, reales o imaginarias, con los agregados militares de las embajadas extranjeras en San Petersburgo[329].

Mientras tanto, el gobierno y la policía estaban bien informados de estos planes[330]. El mismo zar manejaba un memorándum, encargado por él mismo meses antes, en el que se denunciaban los planes de un golpe para su derrocamiento. En vistas a ello, se proponían toda una serie de medidas preventivas, que incluían nombramientos de personas de confianza en sectores clave de la administración, preparación de tribunales marciales,

incremento de la potencia de fuego de las unidades militares leales en la capital, «suspensión inmediata de los órganos izquierdistas y revolucionarios, así como de aquellas publicaciones derechistas que los apoyan» (*sic*), militarización de los trabajadores implicados en el esfuerzo de guerra, nombramientos de comisarios de gobierno en los *zemstvos*, control de la oficialidad militar en la retaguardia, y toda una serie de disposiciones que demostraban hasta qué punto la corte sabía del delicado momento en el que vivía. El objetivo final del plan era, además, restaurar plenamente la «autocracia ilimitada de la corona». El memorándum había sido elaborado por el denominado Círculo Rimski-Korsakov que agrupaba a senadores y miembros del Consejo de Estado, pero también a ultraderechistas, entre ellos a un notable de la Unión del Pueblo Ruso[331].

Por lo tanto, a comienzos de enero de 1917, al menos en torno a la principal línea de ruptura de aquel entonces, las percepciones se podían agrupar en dos grandes líneas argumentales: primero, la Corte planeaba sacar a Rusia de la guerra pactando con los alemanes, lo cual significaría reinstaurar la autocracia. Segundo: la oposición burguesa nacionalista se proponía obligar al zar a reconducir la situación a fin de que se llevaran a cabo reformas constitucionales que aseguraran las conquistas de 1905; y, además, que Rusia continuara en la guerra. El hecho de que estos posicionamientos parezcan forzados, engañosos o ilusorios, no quita que fueran los dominantes en enero-febrero de 1917; ni que este artificio dialéctico se derrumbara prontamente con el comienzo de la revolución. Pero tenerlo en cuenta ayuda a entender, al menos en parte, por qué unos disturbios que eran esperados por las autoridades llevaron en cuestión de pocos días al colapso del Estado.

Paradójicamente, a lo largo de enero y comienzos de febrero, las espadas ya no estaban tan en alto. Los planes para el golpe palaciego permanecían prácticamente inactivos: a la hora de la verdad, los políticos o militares que debían ser clave se habían echado atrás. Un argumento importante para ello era la consideración de que el país estaba en guerra. Por entonces los referentes de lo que podía suceder eran la revolución de los Jóvenes Turcos en 1908 o la china del Doble Diez esto es, la revolución de 1911 —de hecho el *kadete* Aleksandr Konovalov, fue comparado en la *Ojrana* con el

general chino Yuan Shikai[332]—. En ambos casos, o en el de la Revolución constitucional iraní, el resultado de los golpes habían sido desórdenes prolongados y periodos de confrontación civil, algo a evitar cuidadosamente en tiempo de guerra.

Por ello, el zar había rechazado la sugerencia de detener a los principales portavoces de la oposición complotista, y a Guchkov o el príncipe Lvov en especial; la *Ojrana* sabía que el gran duque Nicolás no se había decidido a secundar el golpe palaciego. Algo que ya había acontecido con los generales y militares de alta graduación. En ese contexto, una represión preventiva hubiera tenido peores consecuencias que dejar que se extinguiera por sí misma. Por otra parte, Rusia seguía en la guerra y no parecía haber cuajado ninguna salida negociada con los alemanes; lo mismo había sucedido con los otros aliados de la Entente. Por último, los revolucionarios no habían logrado sacar a las calles a un número significativo de obreros. Había fracasado un intento de levantamiento un año antes, en enero de 1916. De otra parte, en el duodécimo aniversario del Domingo Sangriento de 1905, se produjeron protestas en las fábricas de San Petersburgo que llevaron a un paro puntual de más de 100.000 trabajadores, pero sin que llegara a tener el carácter explosivo de las que se iniciaron apenas un mes y medio más tarde. A priori cuesta entender por qué, si las masas trabajadoras estaban al borde de su paciencia, no salieron a la calle en una fecha tan señalada como el 9 de enero (calendario juliano; 22 de enero calendario gregoriano) y sí lo hicieron dos semanas más tarde.

Una primera clave que explica la brutal reactivación de toda esa inercia radica en el hecho de que, para entonces, el referente de la revolución de 1905 ya no servía al cien por cien porque habían cambiado buena parte de sus protagonistas clave, así como las circunstancias en las que se desenvolvían.

Comenzando por las masas obreras de Petrogrado y los dirigentes revolucionarios. Una parte no desdeñable de los trabajadores que se hacinaban en las naves de las grandes fábricas habían llegado durante los años de la guerra a la ciudad; esta vio crecer su censo de los 2.217.000 habitantes de 1914 a los 2.300.000 de 1917[333]. En parte, eran inmigrantes rurales, llegados para trabajar en la producción de armamento. En conjunto,

un millón de campesinos pobres entraron a trabajar en la industria del armamento en todo el Imperio; a esta cifra había que añadir medio millón más en los ferrocarriles y unos 300.000 en la construcción[334]. Los nuevos proletarios cobraban menos que los autóctonos y trabajaban más horas. En Petrogrado, una parte de ellos eran refugiados que se habían visto obligados a abandonar las regiones occidentales del Imperio durante las ofensivas de los Centrales en 1915, con la consiguiente Gran Retirada. La mayoría de ellos no eran rusos, sino ucranianos, letones (23%), polacos (23%) o judíos; de hecho, solo una quinta parte del total eran rusos[335]. Muchas de esas personas habían sido evacuadas forzosamente, y eran mayoritariamente granjeros, comerciantes o tenderos. Viajaban como podían y las familias llegaban a Petrogrado diezmadas o separadas y eran vistos por los rusos como una especie de invasión. Algunas de esas minorías nacionales crearon sus propios comités de asistencia y reasentamiento[336]. Parte de esos hombres y mujeres pasaron a cubrir puestos dejados por los reclutas movilizados en 1914. Además se encontraban entre ellos mutilados o enfermos cuya minusvalía parcial no les impedía trabajar, así como soldados de la reserva, desmovilizados y puestos a trabajar en la industria de guerra. También se contaban miles de mujeres incorporadas al trabajo fabril que combinaban su condición laboral con la de madres de familia.

Precisamente, esas mujeres —muchas de ellas también refugiadas— sufrían especialmente los rigores que imponía la economía de guerra en Petrogrado. El precio de la vivienda se había disparado por la afluencia de la inmigración y los refugiados, hasta llegar a un 300%[337]. Pero, sobre todo, el problema era el de los abastos. El precio de todos los bienes de consumo se disparó con la guerra, pero el problema no era tanto pagarlos como obtenerlos. Esto era un fenómeno paradójico pero muy ilustrativo de hasta qué punto la guerra total había puesto a Rusia patas arriba.

Líquido no faltaba: el gobierno ruso había estado pagando los gastos de la guerra con la impresión de más y más dinero: la moneda circulante se multiplicó por ocho entre 1914 y 1917[338]. El problema era la falta de alimentos y eso tenía dos causas: la primera, que ni el sistema ferroviario ni el transporte fluvial daban abasto para suministrar a los centros urbanos e industriales. El abastecimiento de las tropas tenía prioridad absoluta y los

alimentos podían llegar a pudrirse antes de llegar manos de los civiles. De otra parte, esa misma economía de guerra había provocado que las grandes haciendas de los terratenientes fueran menos rentables. Una parte de los campesinos habían sido movilizados, dejando muchas parcelas sin trabajar. Como la producción industrial se estaba volcando en el armamento y las municiones, apenas se podían obtener herramientas o maquinaria agrícola. En consecuencia, la nobleza terrateniente arrendó o vendió parte de sus grandes fincas, que acabaron en manos de campesinos. La transformación de las relaciones productivas soñada por Stolypin se estaba produciendo gracias a la Gran Guerra total, dando lugar a lo que serían los odiados *kulaks* (literalmente: «avaros») de la Rusia soviética.

Durante la contienda, los campesinos tendieron a volverse autárquicos, dado que no les compensaba vender su grano para el mercado. La inflación debida a la escasez de bienes de consumo, que se había puesto por las nubes, no afectaba en igual manera a los productos agrícolas. Estos subieron de precio pero no tanto como los bienes industriales. No compensaba producir para vender, y por ello el campesinado se centró en hacerlo para su propio consumo, acompañado de la reactivación del artesanado tradicional. El gobierno intentó poner remedio a esta situación creando un Consejo Especial con poderes para obtener el grano bajo la batuta del ministro de Agricultura Aleksandr Rittij, uno de los elementos más valiosos y enérgicos de la última administración zarista[339]. En el otoño de 1916, ante la gravedad de la situación, se decidió fijar el precio del grano, una medida que si bien se adoptó por unanimidad, pronto degeneró en una gran polémica cuando hubieron de establecerse los precios que se pagarían. No sería hasta septiembre, con la cosecha ya muy avanzada, cuando el gobierno fijó las tarifas, pero tal como reconocía abiertamente la prensa, fueron muy bajas para los campesinos y estos se negaron a vender. Finalmente el gobierno ordenó requisar la cosecha, pero el otoño estaba ya muy avanzado y las gabarras que debían mover Volga arriba las más de 150.000 toneladas de grano aún se encontraban amarradas en Nizhny Novgorod. Cuando se empezó a transportar el grano, llegaron las lluvias y los caminos se embarraron; y cuando llegó a los embarcaderos, el Volga estaba empezando a helarse[340].

Todo ello explicaba por qué Petrogrado, capital de una potencia agropecuaria como el Imperio ruso, con grandes excedentes que exportaba a todo el mundo, acabó quedando desabastecido de alimentos en una guerra que, inicialmente se pensó, debería haber durado solo unos meses.

Las mujeres soportaban la parte más dura de ese desabastecimiento. Tras interminables jornadas en la fábrica debían desplazarse por la ciudad y hacer colas de varias horas, en plena noche o de madrugada, para obtener alimentos; y sobre todo, pan, que era de lo poco que se podía obtener. La leche tenía un precio inalcanzable, lo cual tuvo que ver con el aumento de la mortalidad infantil. Muchas tiendas habían cerrado y para hacer cola ante los almacenes, algunas se llevaban camas, al menos desde el otoño de 1916. Se calcula que una trabajadora de Petrogrado pasaba una media de 40 horas a la semana en diversas colas para conseguir alimentos[341]. Esas colas, por cierto, tenían lugar a la intemperie, a menudo con temperaturas que llegaban a superar los 15 grados bajo cero y en el invierno más frío de la guerra. No era de extrañar que en las horas y horas de espera se hicieran amistades, se comentaran todo tipo de noticias o se diera rienda suelta al disgusto. Contribuía mucho al malestar el hecho de que el escaso pan se convertía en objeto de especulación entre panificadoras; una parte de las barras y hogazas iba a parar a los restaurantes más caros de la capital. Entrar en el negocio del pan no estaba abierto a cualquiera. Pero como también fallaban los suministros de combustible, aparte de la harina, en ocasiones los hornos ni siquiera podían cocinar una pieza.

Los líderes sindicales o revolucionarios no siempre valoraban adecuadamente el potencial de ese tremendo desgaste. Un error, porque las mujeres habían aprendido a organizar sus propias movilizaciones, sobre todo en las factorías textiles del barrio de Viborg, donde eran muy abundantes. Esto era otro signo de los nuevos tiempos, inexistente doce años atrás. Mientras tanto, los agitadores de la izquierda radical estaban empeñados en repetir las experiencias de 1905, pero la explosión de entonces no terminaba de conseguirse. Eso no quería decir que las huelgas fueran algo raro: todo lo contrario. Al menos desde el otoño de 1916 habían ido aumentando las protestas en las fábricas. El problema era que la *Ojrana*, tremendamente eficaz hasta el final, seguía siendo capaz de identificar y

detener a los instigadores y líderes políticos y sindicales y los arrestos se sucedían en cada ocasión en que se intentaban organizar acciones políticas. El intento de articular una potente movilización para el 9/22 de enero de 1917, aniversario del Domingo Sangriento, hizo que el Comité Bolchevique de Petrogrado terminara prácticamente en cuadro, al sucederse las detenciones a lo largo del mes de diciembre. Al final el Comité Nacional Letón y el del barrio de Viborg lograron continuar con la movilización, que debía exigir el final de la guerra, el zarismo y la burguesía. Al final, pararon ese día 140.000 trabajadores de 120 factorías, equivalente al 40% del total de la fuerza laboral de Petrogrado. Eso batió todos los récords de años anteriores para esa efeméride. Pero no salieron a la calle, no hubo manifestaciones masivas[342]. La revolución de 1905 parecía haber pasado a la historia.

Hubo otro intento: un nuevo paro, el 14/27 de febrero, en apoyo a la Duma, frente al palacio Táuride. Aunque ese día estaba prevista su nueva apertura, se decía que iba a ser clausurada definitivamente, lo que supondría la reinstauración de la autocracia, sin paliativos. Pero, de nuevo, la convocatoria terminó en un fracaso. Los mazazos de la policía al movimiento de la izquierda política estaban siendo demoledores, pero a la vez provocaban distorsiones en los alineamientos tradicionales. Los bolcheviques, casi aniquilados, tuvieron que irse plegando a las propuestas mencheviques de reunificación. Las diferencias teóricas y doctrinarias no eran demasiado importantes sobre el terreno; pero a la vez, las detenciones policiales entre los delegados laborales del Grupo Obrero —dependiente de los Comités de Industrias de Guerra— radicalizaron gradualmente a un colectivo sindical de carácter moderado que se articulaba con la oposición política, liberal y nacionalista, liderada por el príncipe Lvov, Guchkov, Milyukov y los demás. El 27 de enero /9 de febrero, la policía les dio el golpe casi definitivo arrestando a la directiva durante una reunión. Las estrategias políticas se estaban volviendo altamente imprevisibles e inflamables.

Mientras tanto, la verdadera dinámica movilizadora en las fábricas discurría por otros cauces. El 9/22 de febrero, dos grandes factorías de armamento (Izhora y Putilov) fueron a la huelga para pedir letrinas

cubiertas, asistencia médica para los trabajadores y sus familias y jornadas de ocho horas. A esa altura de los acontecimientos, los mismos bolcheviques recomendaron no continuar con la protesta. La dirección se negó en redondo a negociar y el 22 de febrero/7 de marzo aplicó un *lock-out*, dejando en el frío de la calle a 26.700 trabajadores[343]. Mientras tanto, otras factorías se iban declarando en huelga por todo el enorme distrito industrial de Petrogrado, aisladas unas de las otras, sin coordinación. Pero la motivación era la misma: la crisis de abastecimientos. El 19 de febrero, las autoridades de la ciudad anunciaron que se aplicaría el racionamiento de alimentos a partir del 1 de marzo, lo cual en vez de tranquilizar, generó un gran nerviosismo y hasta pánico entre los trabajadores de la ciudad.

El 23 de febrero, Día Internacional de la Mujer (8 de marzo en el calendario gregoriano) desde 1910[344], las trabajadoras de la industria textil habían programado una huelga, seguida de manifestación, que aparte de conmemorar la celebración, protestaría por la escasez de pan. En principio, los responsables sindicales recomendaron que se cancelara. Parecía imposible conseguir nada: autoridades y policía controlaban la situación y los cierres patronales amenazaban con debilitar todavía más el movimiento obrero en Petrogrado. Resultaba más apropiado reservar fuerzas para una gran acción conjunta que ir perdiéndolas en protestas aisladas. Para los bolcheviques, tenía preferencia reorganizar fuerzas y reconstruir el partido, vapuleado y desarbolado por las detenciones de meses precedentes. Una vez más, los profundos cambios sociales generados por la presión de la guerra demostrarían cuán imprevisible se había vuelto el advenimiento de la revolución.

Aquel jueves las temperaturas subieron apreciablemente y el día amaneció soleado. Muchos habitantes de Petrogrado se concentraron en el centro para pasear o comprar. Durante la mañana protagonizaron la manifestación del Día Internacional de la Mujer grupos de mujeres de procedencias sociales diversas, lo cual era lógico porque las dificultades de abastecimiento afectaban a todas, en mayor o menor medida. Pero por la tarde el protagonismo fue de las obreras textiles del barrio de Viborg, secundadas por trabajadores de las cercanas metalúrgicas Erikson, Nueva Lessner, Renault Rusia, y otras fábricas, algunas obligadas a parar por la

acción de los huelguistas [345]. Al parecer, hacia el mediodía era una masa de unos cincuenta mil manifestantes, aunque a lo largo de la jornada los números variaron ampliamente, conforme muchos obreros —especialmente aquellos que habían sido obligados a parar el trabajo— volvían a sus casas. Ese día, el protagonismo absoluto fue de las trabajadoras del barrio norteño de Viborg que lograron movilizar al 61% de los compañeros del distrito, unos 60.000; los obreros de otras zonas de la ciudad, y especialmente los de las grandes factorías del distrito de Narva-Peterhof y Kolomenskaia no participaron en las huelgas. Eso llamaba la atención particularmente en el caso de la enorme Factoría Putilov, afectada por el *lock-out* del día anterior[346].

Tras pasar la mañana en asambleas y reuniendo a los trabajadores de Viborg, los manifestantes que seguían movilizados intentaron llegar al centro de la ciudad, para lo cual debían cruzar el largo puente de Liteiny, de más de cuatrocientos metros, cortado por importantes fuerzas de la policía. A esas alturas, solo los manifestantes más dispuestos se atrevieron a intentar el cruce y al final, tras ser rechazados, lo intentaron por la superficie congelada del rio Nevá. Al final solo pequeños grupos llegaron a la Prospekt (o Avenida) Nevski, y allí fueron dispersados de nuevo por la policía.

Pero durante esa primera jornada los manifestantes pudieron constatar por primera vez un cambio de comportamiento entre las fuerzas de orden público. Mientras que la policía actuaba con la contundencia habitual, los cosacos mostraban una llamativa actitud pasiva. En parte ello fue debido a que las unidades que se desplegaron no estaban preparadas para el control de multitudes: eran reservistas, no conocían bien la ciudad y no se desplegaron convenientemente equipados para la ocasión. En concreto, ni siquiera se les habían suministrado *nagaikas*, los látigos que manejaban con pericia y eran un instrumento resolutivo para disolver a grupos de manifestantes sin recurrir a las armas de fuego[347]. La iniciativa se sumaba a la orden de no disparar contra la multitud, que formaba parte de las disposiciones del plan preciso elaborado por el general mayor Serguéi Jabalov, comandante del Distrito Militar de Petrogrado[348]. Resultaba evidente que se intentaba evitar un nuevo Domingo Sangriento como el que

había desencadenado la Revolución de 1905. Sin embargo, en esta ocasión, la medida contribuiría a acelerar los acontecimientos hasta hacerlos incontrolables. En buena parte porque el problema no estaba en los planes, sino en la ejecución de los mismos, que tanto en 1905 como en 1917 adolecieron de flexibilidad, y a la hora de la verdad no fueron respaldados por los dirigentes políticos. Además de ello, las autoridades posiblemente no se tomaron demasiado en serio una manifestación aparentemente apolítica y liderada inicialmente por mujeres que pedían pan; error fatal puesto que no es inhabitual que muchas revoluciones comiencen a partir del protagonismo inicial de las mujeres. En cualquier caso, los manifestantes supieron aprovechar la situación a su favor y ya desde el primer día intentaron confraternizar con cosacos y soldados, con cierto éxito. Los gritos de «¡Hurra!» dedicados a las tropas causaron una profunda impresión en los uniformados y ayudaron a rebajar su disposición a la acción[349]. En total, había participado en la huelga un número menor de trabajadores que en la conmemoración del Domingo Sangriento, dos semanas antes. Pero el atrevimiento y tenacidad de los huelguistas habían sido muy superiores, de lo cual tomó buena nota la *Ojrana*, que pronosticó una rebelión popular en sus informes de aquella jornada.

Al día siguiente, viernes, los trabajadores de muchas más empresas tomaron buena nota de lo que había sucedido. Esta vez los agitadores de izquierdas calentaron el ambiente en las fábricas y los trabajadores se dispusieron a llegar al centro de la ciudad y de paso reventar las persianas y cerraduras de las bien provistas tiendas del centro de la ciudad. Obviamente, a fin de hacerse con las vituallas que tan raras se habían vuelto en su dieta. Pero también, como en 1905, pocos le iban a hacer ascos al vodka, monopolio gubernamental cuya venta se había restringido desde el comienzo de la guerra y que los rusos suplían como podían con destilaciones ilegales. Ese día, en efecto, los asaltos a tiendas de abastos, carnicerías, lecherías, panaderías, iban a extenderse por toda la ciudad, muchos de ellos protagonizados por grupos de jóvenes y mujeres[350].

En esa ocasión, día 24 de febrero/9 de marzo, pararon en el distrito de Viborg casi 75.000 trabajadores, un tercio del total de los huelguistas en toda la ciudad[351]. Desde ese barrio unos 40.000 intentaron atravesar el río

por los puentes de Liteiny y Troitsky, lanzando piedras y bloques de hielo, aunque solo una parte lograron forzar el paso y unos 5.000 cruzaron sobre el congelado Nevá. Sin embargo, esta vez se les unieron miles de huelguistas de otros distritos de la capital, así como estudiantes de universidad y enseñanza media.

Todos los que pudieron sortearon los cordones de las fuerzas de orden público hasta la Prospekt Nevski, la principal arteria del centro de la ciudad, y allí se les unieron todo tipo de ciudadanos, de toda condición y edad, incluyendo niños. En un aire bullicioso que hacía pensar más en un Viernes Festivo de 1917 que en un Domingo Sangriento de 1905 se organizaron discursos y arengas desde la masiva estatua ecuestre de Alejandro III, en la amplia plaza Znamenskaya (hoy Vosstaniya o de la Insurrección) en pleno centro de la capital, bajo la mirada vigilante de policías y cosacos. Otro punto de reunión fue la acogedora columnata de la iglesia de Kazán, que recuerda a San Pedro del Vaticano.

Mientras tanto, en la línea de lo sucedido el día anterior, se volvieron a producir escenas de confraternización evidentes entre grupos de manifestantes y cosacos y hasta algunas unidades militares que se habían desplegado como auxiliares. En concreto, los cosacos habían protagonizado una falsa carga contra los obreros que intentaban atravesar el puente Liteiny, dejando en evidencia a sus propios oficiales, que intentaban evitar los contactos y complicidades. Además, los cosacos se habían mantenido neutrales en las cargas policiales contra los manifestantes. Entre la multitud se rumoreaba que incluso habían tenido lugar incidentes aislados entre cosacos y policías.

En total, habían hecho huelga 158.000 trabajadores en toda Petrogrado, una cifra que superaba ampliamente la del día anterior y batía una marca: nunca en todo el periodo bélico habían parado tal número de obreros en un solo día[352]. Las movilizaciones estaban cobrando un ímpetu inesperado, y sin estar encuadradas u organizadas por ningún partido o líder. En las fábricas, los revolucionarios estaban exultantes. Bolcheviques, mencheviques y *eseristas* colaboraban entusiasmados y sin reticencias en intentar organizar aquel torrente o, al menos, ayudar en la medida de lo

posible a impulsar lo que algunos —aunque no todos, ni siquiera los más radicales— veían ya como una revolución en ciernes.

El sábado, la situación experimentó un nuevo viraje. Las autoridades se percataban de que la estrategia de atajar las manifestaciones sin provocar una masacre, no estaba dando resultado. Posiblemente, los asaltos a tiendas también contribuyeron a que ese día muchos comercios y negocios permanecieran cerrados y más gente saliera a la calle, dando la sensación de que se estaba desarrollando una huelga general como la de octubre de 1905. No salió la prensa y los tranvías estaban paralizados. De hecho, esa misma mañana el Comité Central de los bolcheviques hizo un llamamiento a la huelga general. Las fábricas de Petrogrado cerraron en mayoría y el número de huelguistas, sobrepasó la cifra de 200.000, sumándose obreros y ciudadanos de toda procedencia social. Esta vez, los obreros de la Putilov se unieron a la movilización, ocupando la fábrica y organizado en ella un comité.

Además, ahora la cuestión del pan había pasado a tener una importancia secundaria: las movilizaciones se estaban politizando con rapidez, y aparecieron gran número de banderas rojas con eslóganes contra la guerra y la autocracia zarista. Los manifestantes se habían procurado todo tipo de objetos contundentes, lo que habían encontrado en los talleres, desde palancas a piezas de metal e incluso algunos se habían confeccionado protecciones metálicas para el cráneo, que llevaban bajo el gorro, contra los latigazos. Y se vestían con más piezas de lana y gruesos abrigos para amortiguar los golpes. Claramente, se había perdido el miedo a una represión que no llegaba. En Viborg los trabajadores habían cortado las comunicaciones telefónicas con el resto de la ciudad, tomando las comisarías y expulsando a los policías del distrito. Los trabajadores de la Factoría Putilov también organizaron destacamentos de combate para hacer lo mismo.

Jabalov estaba dispuesto a aplicar mano dura, pero el genio había salido de la botella y ahora resultaba muy difícil volverlo a meter en ella. De entrada, la multitud reaccionaba violentamente contra la policía. Se produjeron varios atentados y el comisario jefe de la barrera del puente Liteiny fue linchado ante la pasividad de los cosacos. En consecuencia, los

«faraones» (mote popular con el que se conocía a los policías) comenzaron a ser retirados de las calles[353]. Los cosacos, en cambio, estaban perdiendo su reputación de ferocidad. Al menos en un incidente habían ayudado a liberar detenidos efectuados por la policía. Y en la plaza Znamenskaya habían colaborado de forma confusa en el linchamiento de un oficial de policía[354].

Por lo tanto empezaron a desplegarse tropas del Ejército, soldados de a pie y caballería. Inicialmente, como en 1905, los reclutas se comportaban con dureza e indiferencia, disparando contra la multitud cuando se les ordenaba. Así que cayeron las primeras víctimas mortales y heridos entre la multitud, no muchos. Algunos de los caídos en la Prospekt Nevski fueron llevados hasta la Duma de la Ciudad o Ayuntamiento, sito en el tramo central de esa avenida. La represión violenta, aunque no era todavía muy intensa —aún predominaba la idea de evitar un conflicto abierto—, empezó a cambiar la naturaleza de la revuelta. Ese mismo sábado los bolcheviques intentaban sacar provecho de la situación convocando por su cuenta la huelga general que de hecho se estaba imponiendo, ante el desgobierno que se había apoderado de las calles. Por otra parte, las fuerzas del orden público también creían en esa hipótesis y durante la noche comenzaron a practicar detenciones entre líderes izquierdistas y obreros, no necesariamente radicales[355]. Aun así, a pesar de todo, los mismos líderes de la izquierda revolucionaria continuaban teniendo dudas de que aquello fuera realmente una revolución. O al menos eso se alegaba por miedo a no poder controlarla. Aleksandr Shliápnikov, uno de los principales dirigentes bolcheviques que quedaba en Petrogrado[356], veterano de la Revolución de 1905, activista en Francia, Alemania e Inglaterra, miembro del Comité Central del partido desde 1915, llegó a exclamar en una reunión del partido ese mismo día: «¿Qué revolución? Dadles un kilo de pan a los trabajadores y el movimiento se acabará»[357].

Y aquí radicaba precisamente uno de los dilemas centrales de aquellas primeras Jornadas de Febrero. En las calles, los tres días de aquella revuelta que iban del jueves al sábado fueron de desahogo y entusiasmo frente a fallidas técnicas de control y represión. Exceptuando los diputados en la Duma, que barajaban propuestas políticas, ningún responsable político

compareció ante la población: ni los denostados miembros del gobierno, en los que nadie creía —ni siquiera sus subordinados—; ni el zar que estaba ausente de la ciudad, lejos de allí, inmerso en sus cosas. Había viajado a la sede de la *Stavka* en Moguilev el 22 de febrero; el primer ministro y el del Interior le habían asegurado que todo estaba en orden y bajo control. En una rara repetición de la historia, se iban a dar las mismas circunstancias del Domingo Sangriento de 1905, pero con un desenlace muy diferente.

---

327 Buchanan (1923): p. 39.

328 Kérenski (1967): p. 175.

329 Sanborn (2014): p. 188.

330 Hasegawa (1981): p. 189.

331 Kérenski (1967): pp. 191-193.

332 Hasegawa (1981): p. 189.

333 *Елисеева* n *Грибова* (2003).

334 Figes (2000): p. 346.

335 Gatrell (2005), p. 186.

336 Gatrell (1999).

337 Sanborn (2014): p. 190.

338 Figes (2000): p. 346.

339 Hasegawa (1981): pp. 198 y ss.

340 Solzhenitsyn (1984): p. 772.

341 Figes (2000): p. 349.

342 Hasegawa (1981): pp. 203-204.

343 Hasegawa (1981): pp. 209-211.

344 Había sido instituido en la Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, Copenhague, 1910, a propuesta de Clara Zetkin. La Gran Guerra hizo que la celebración cayera en el olvido en los países europeos. Para los socialistas rusos la convocatoria de 1917 no despertaba mucho entusiasmo.

345 Este apoyo se acordó con reticencia en las asambleas de esas empresas. En realidad, los bolcheviques estaban furiosos porque las mujeres no se habían atenido a la disciplina de partido. Hasegawa (1981): p. 218.

346 Hasegawa (1981): p. 227.

347 Figes (2000): p. 356. Hasegawa (1981): pp. 225 y 229.

348 Carmichael (1967): pp. 62-63.

349 Testimonio de Mihail Tereshchenko en Lyandres (2014): p. 252.

350 Hasegawa (1981): p. 237.

351 Ibíd., p. 253.

352 Hasegawa (1981): p. 238.

353 Carmichael (1967): p. 64.

354 Hasegawa (1981): pp. 253-254.

355 La noche del 25, la policía, acompañada de soldados, hizo nuevas detenciones entre el Grupo Obrero en el Comité Central de Industrias de Guerra. Testimonio de Mijail Tereshcheno en Lyandres (2014): pp. 253 y ss.

356 El otro era Viacheslav Mólotov, quien llegaría a ser célebre ministro de Asuntos Exteriores durante los años cuarenta y cincuenta.

357 Figes (2000): p. 360; Hasegawa (1981): pp. 258, 259. De hecho, los activistas más comprometidos con las huelgas y manifestaciones echaban en cara a Shliápnikov y los otros tres miembros relevantes del Buró Ruso del Comité Central que no hubieran salido a las calles con ellos, que no hubieran ido de fábrica en fábrica para movilizar a los compañeros.

CAPÍTULO 17

# SEGUNDO DOMINGO SANGRIENTO, LUNES DE REVOLUCIÓN
## Jornadas críticas, 25 y 26 de febrero

La noche del sábado 25 de febrero / 10 de marzo era evidente para todos que había llegado el momento decisivo. El movimiento huelguístico había ido todo lo lejos que había podido, hasta el límite. A partir de ese momento, ir más allá era desencadenar una revolución. Para el gobierno y los mandos militares y policiales, era evidente que eso estaba a punto de suceder si se continuaba aplicando la estrategia de contención desarrollada hasta ese momento. Los trabajadores ya habían comenzando a «liberar» los distritos obreros y se habían producido ataques deliberados contra la policía. Si no se habían organizado más era debido a que bolcheviques, mencheviques o *eseristas* no habían logrado o deseado hacerlo, sea porque sus cuadros estaban diezmados por la acción policial o porque desconfiaban de un movimiento que no habían iniciado ellos. Pero la *Ojrana* manejaba informes muy fiables, obtenidos a partir de sus infiltrados, incluso entre las debilitadas organizaciones bolcheviques, que no dejaban lugar a dudas: se estaba produciendo una transformación decisiva en las expectativas de las multitudes.

La noche de ese mismo sábado llegó un telegrama de Nicolás II desde Mogilev, ordenando al general Jabalov «reprimir mañana mismo los disturbios en la capital de forma inexcusable en vista de las dificultades de la guerra con Alemania y Austria». Significativamente, ese mismo día el zar había recibido las primeras noticias de lo que sucedía, a través de un telegrama de la zarina y un informe del comandante de Palacio. Ni el controvertido ministro del Interior, Alexander Protopopov, ni el príncipe

Golitsyn, jefe de gobierno, ni el general Jabalov, le habían informado del cariz que estaba tomando la situación.

A las diez de la noche, Jabalov convocó una conferencia urgente con las autoridades de la ciudad, de la cual salieron dos órdenes que se distribuyeron por las calles. Se ordenaba a los trabajadores que se reincorporaran a las fábricas el lunes y se amenazaba con movilizar a los recalcitrantes y enviarlos al frente. A medianoche, el príncipe Golitsyn celebró una reunión en su apartamento; acudieron los ministros y prohombres de la capital, y el general Jabalov. La mayoría de los ministros, alarmados por la situación, se decantaba por negociar con la Duma la formación de un nuevo gobierno para buscar alguna salida política a la situación. La reunión se levantó a las tres de la madrugada.

El soleado domingo 26 de febrero/11 de marzo, el centro de la ciudad apareció tomado por el Ejército. En una escena muchas veces relatada, piquetes militares habían ocupado las intersecciones de las calles y avenidas más estratégicas, puestos de ametralladoras las cubrían a lo largo, la caballería patrullaba y los soldados de ingenieros tendían líneas de teléfonos de campaña. Incluso la Cruz Roja tenía preparadas ambulancias y camillas en los patios de algunas casas. La circulación de transportes públicos estaba paralizada. No se veía ningún peatón civil. Los bares y restaurantes habían echado el cierre.

Las primeras manifestaciones, pasado el mediodía, fueron recibidas a tiros, sin piedad, dando comienzo al segundo Domingo Sangriento de la historia rusa. Las descargas se produjeron en diversos puntos de la Prospekt Nevski, sobre todo cerca de la Duma de la Ciudad —que se convirtió en un improvisado hospital— y en la plaza Znamenskaia y provocaron rápidamente un número indeterminado de muertos, quizá unos doscientos. La contundente reacción de las tropas impidió las manifestaciones en el centro de la ciudad y por primera vez en cuatro días las autoridades recuperaron, aparentemente, el control de la situación. Los telegramas que se despacharon a la *Stavka* eran optimistas. Los ministros del gobierno, excepto el de Agricultura, el responsable Rittij, dejaron de tener interés en negociar con los parlamentarios de la Duma una salida política. De hecho, la Duma fue suspendida por orden gubernativa hasta el mes de abril.

Mientras tanto, su presidente, Mijail Rodzianko, presionaba para negociar, por todos los medios, un nuevo gobierno que gozara de la confianza general. Siendo uno de los fundadores del Partido Octubrista, tenía muy presente el desastroso recorrido que había seguido el legado del Manifiesto de Octubre, doce años antes y se propuso recuperar su legado, a la desesperada. Es bien conocido el dramático telegrama que le envió al zar el 26 de febrero, que no recibió respuesta. En cambio, no se suele mencionar que también los cursó a varios comandantes en el frente[358]. Estaba claro que tanteaba alguna forma de golpe de Estado con apoyo militar.

En los distritos obreros, la situación era confusa; a la hora de la verdad, no se esperaba que los soldados obedecieran la orden de disparar contra la multitud. La directiva bolchevique apostaba por liquidar el movimiento: la represión lo hacía imposible. Pero entre los obreros directamente implicados en las movilizaciones predominaba la rabia. Se hablaba de extender los paros a las empresas que reabrieran sus puertas el lunes o las que todavía no se habían adherido a las huelgas. Y sobre todo, no faltaba quien proponía armar el movimiento, conseguir pistolas y rifles e intentar una insurrección en toda regla.

Mientras tanto, estaba empezando a gestarse un nuevo y dramático viraje de los acontecimientos. Un grupo de huelguistas se dirigió al acuartelamiento del Regimiento Pavlovski, a poco de que uno de sus destacamentos de instrucción hubiera protagonizado una de las fusiladas de la mañana. Los trabajadores intentaban convencer a los soldados para que se amotinaran, una estrategia que se había acordado seguir ya desde el día anterior, en la creencia de que una parte de las tropas simpatizaba con los huelguistas, o al menos no dispararía contra ellos. Aquel domingo, los obreros sabían a quién se dirigían: la Cuarta Compañía estaba compuesta por reclutas evacuados del frente. La moral de los combatientes que habían sido heridos solía ser escasa y se agravaba en el hospital, en parte debido al elevadísimo número de bajas que sufría el Ejército ruso en aquella guerra. De hecho, grupos de heridos ya habían manifestado su simpatía por las huelguistas el día 23. Habían visto la muerte muy cerca, no deseaban regresar al frente y, sobre todo, no estaban dispuestos a disparar ellos

mismos contra los civiles por los cuales se habían jugado la vida en primera línea.

La noticia de que sus compañeros del Regimiento Pavlovski sí lo habían hecho indignó a la Cuarta Compañía, que salió a la calle a intentar convencerlos de que desobedecieran y dejaran de disparar contra la multitud. Desorientados, mal armados y apenas sin municiones, las terminaron de gastar disparando contra un destacamento de la policía montada. Decidieron regresar al cuartel e incitar a la rebelión a otros soldados. Al llegar fueron detenidos[359], pero el incidente alarmó al Alto Mando, que había hecho todo lo posible para mantener encerrados e incomunicados en los cuarteles a los soldados que no participaban en la represión de las manifestaciones. Si no se fusiló inmediatamente al centenar de soldados de la Cuarta Compañía fue porque los mandos, comenzando por el general Jabalov, sabían que la situación era delicada. Ya en octubre del año anterior, soldados del 181º Regimiento de infantería habían defendido a trabajadores en huelga, procedentes del distrito de Viborg, cuando la policía cargó contra ellos, frente a los acuartelamientos militares. Fueron arrestados ciento treinta soldados y la unidad alejada de la capital[360], pero no era ningún secreto que la lealtad de los reclutas era volátil, al menos en la capital.

La misma tarde del domingo, empezó a fraguarse un motín aún más serio, cuando regresaron a su cuartel los destacamentos de instrucción del Regimiento de Volinia, directamente implicados en las fusiladas de la Prospekt Nevski, esa misma mañana. Ese tipo de unidades habían sido las escogidas para llevar a cabo la sangrienta represión, porque estaban compuestas por soldados escogidos para ser ascendidos a suboficiales. Eso suponía que se trataba de hombres que habían destacado por sus dotes especiales para el mando y eran de confianza. Además, tras haber recibido la oportuna instrucción deberían volver al frente, no formaban parte de la guarnición fija de la ciudad.

Con todo, aquella tarde, los cadetes del Volinia regresaron deprimidos, con la moral hundida. Corrían todo tipo de rumores trágicos: que si un recluta había creído ver a su propia madre entre la multitud contra la que habían disparado; que si un soldado había resultado muerto por las balas de

sus propios compañeros tras pasarse a los manifestantes. Ya en el cuartel se congregaron en torno a un líder natural: el sargento Timofei Kirpichnikov. Acordaron que no obedecerían la orden de desplegarse de nuevo en las calles de la ciudad para disparar contra los manifestantes. Y no solo eso: se pusieron de acuerdo para hacerse con las armas necesarias, incluyendo ametralladoras; a tal efecto, el mismo Kirpichnikov falsificó una orden superior y se hizo con municiones esa misma noche. Todo estaba preparado para la rebelión.

Estos hechos eran muy graves: el Pavlovski, el de Volinia eran, precisamente, regimientos de la Guardia Imperial, unidades de élite al servicio directo del zar, cuya creación se remontaba, como mínimo, a un siglo atrás. Las causas de esa explosiva situación de amotinamiento a finales de febrero eran variadas, pero una vez más apuntaban a una explicación coincidente: el triunfo de la Revolución en la capital fue posible porque los actores no eran exactamente los mismos que los de 1905, además de que las circunstancias de fondo eran diferentes por efecto de la Gran Guerra.

Una de esas transformaciones era el peso que tenían los reservistas *(opolcheniye)* en el Ejército ruso, como consecuencia de la descomunal movilización que se había venido operando desde el comienzo de una guerra que se previó corta pero a la hora de la verdad se prolongaba sin solución de continuidad[361]. En muchas unidades, los *opolcheniye* estaban poco o nada entrenados para la guerra, algo que ya se había visto durante el conflicto con los japoneses. Solo que ahora los reservistas aportaban al Ejército millones de reclutas. Y en la gigantesca guarnición de Petrogrado, que aglutinaba a unos 180.000 soldados, la mayoría eran reservistas o unidades de retaguardia. De hecho, las unidades de los regimientos de la Guardia presentes en la capital estaban compuestas por reservistas, mientras las tropas regulares de esas mismas unidades combatían en el frente. Los *opolcheniye* eran adecuados como tropas de guarnición, pero en parte podían sufrir el desabastecimiento de la población civil, su contacto con esta podía afectar todavía más a su baja moral y eran susceptibles de ser ganados por la propaganda revolucionaria, lo cual explica el incidente de

octubre de 1916, cuando los soldados se pusieron del lado de los manifestantes frente a la policía.

Quedaban unos 12.000 soldados considerados de confianza, aptos para ser utilizados en las tareas de represión. Pero, como se pudo comprobar, incluso los escogidos destacamentos de entrenamiento de suboficiales podían derrumbarse. La explicación radicaba en los deficientes programas de entrenamiento del Ejército ruso en la Primera Guerra Mundial. Los reclutas eran enviados en gran número a los depósitos en las grandes ciudades, donde muchas veces recibían poco más que entrenamiento en ejercicios básicos y desfile[362]. Había una carencia crónica de instructores y por ello los reclutas podían pasar días enteros sin ocupación, lo cual era pernicioso por cuanto favorecía los conflictos, rumores o incluso propaganda revolucionaria en una ciudad como Petrogrado. En otras ocasiones, el entrenamiento recibido era incluso ridículo. En una ocasión, los reclutas procedentes del frente habían sido entrenados en ejercicios de manual de la guerra de 1877-1878.

El choque entre la realidad vivida en la retaguardia y la del frente se incrementaba ante el cambio experimentado por el Ejército debido a las enormes pérdidas humanas, que habían provocado importantes cambios generacionales. Así, la práctica totalidad de los oficiales 40.000 movilizados en 1914 habían desaparecido a mediados del año siguiente, y unos cuantos más: en julio de 1915, tras la Gran Retirada, se contaron 60.000 oficiales muertos[363]. Los nuevos mandos formados a continuación habían cambiado el perfil del Ejército ruso: los *praporshik* —alféreces provisionales— abarcaban un amplio espectro social, generacional y académico, incluyendo indistintamente maestros de escuela con cargas familiares, jóvenes universitarios o suboficiales veteranos[364]. Su actitud podía llegar a ser combativa si se les motivaba y mandaba adecuadamente, como había quedado demostrado en la ofensiva Brusilov; pero no solo ya no eran los profesionales de 1905, una casta aparte en el seno de la sociedad rusa, sino que además eran denostados y despreciados por esta. Por el contrario, muchos de ellos, sobre todo en la capital, sabían de las conspiraciones palaciegas en las que se habían mezclado algunos de sus jefes y generales. En el salón de oficiales del Regimiento de Finlandia —

otra unidad de la Guardia—, en Petrogrado, el discurso de Milyukov, del anterior mes de noviembre, en el que se preguntaba si los errores del gobierno se debían a la estupidez o la traición, estaba clavado en el tablero de anuncios[365]. No era un caso aislado: Guchkov organizaba sus campañas de denuncia y difamación con copias mimeografiadas de documentos comprometedores, incluso cartas de la pareja real[366].

Las conspiraciones palaciegas de los políticos nacionalistas se habían alargado, en la misma capital, hasta las mismas vísperas de la Revolución de Febrero. Sabiendo eso, era comprensible que muchos oficiales no estuvieran muy dispuestos a comprometerse ante la población y sus propios hombres con órdenes y actitudes drásticas en defensa del gobierno y la monarquía, ostensiblemente despreciados y hasta odiados por la flor y nata de la Duma y la oficialidad superior[367].

Pero eso no impidió que muchos murieran a manos de sus propios hombres. El lunes 27 de febrero/14 de marzo, a las ocho de la mañana, los hombres del sargento Kirpichnikov se sublevaron mientras pasaban revista, y mataron al mayor al mando cuando intentaba huir. A continuación se dirigieron a los acuartelamientos cercanos, al otro lado de la calle: los correspondientes a los Regimientos de Lituania y Preobrazhenski, más el del 6º Batallón de Ingenieros[368]. Los soldados del Regimiento Pavlovski no habían tenido esa ventaja, dado que su cuartel quedaba aislado en el Campo de Marte[369]. Ahora, los del Regimiento de Volinia sabían que habían cruzado el Rubicón y, si no lograban extender la rebelión, su suerte estaría sellada.

Los amotinados irrumpieron en el patio del Preobrazhenski en plena instrucción y tras una *melée* con los que se negaron a unirse, capturaron el arsenal, matando al oficial que intentaba defenderlo, y liberaron a los soldados arrestados. Algo similar pasó en el cuartel del Regimiento de Lituania, también sorprendido en plena formación. En medio de una gran confusión en la que se mezclaban disparos al aire, hurras, toques de clarín y repicar de campanas, los amotinados, cada vez en mayor número, salieron al exterior. Los soldados del Batallón de Ingenieros iban precedidos por su propia banda de música. Los rebeldes llenaban la calle Kirochnaya en toda su amplitud. La situación era extraordinaria, teniendo en cuenta, por

ejemplo, que el Regimiento Preobrazhenski, era el más antiguo del Ejército ruso, creado por Pedro el Grande en 1687. Había participado en todas las batallas importantes libradas por los rusos desde entonces y su himno era utilizado a veces como oficioso del Imperio en celebraciones de Estado. Sus unidades de primera línea habían sido diezmadas durante la ofensiva de Brusilov, protagonizando acciones de valor desesperadas.

Los rebeldes marcharon hacia el puente Liteinyi, donde esperaban encontrarse con los obreros en huelga. Al otro lado, en el distrito de Viborg, grupos de trabajadores habían tomado a las once de la mañana la Fábrica de Cartuchería de Petrogrado, haciéndose con abundante munición. Cada vez más armados, asaltaron la comisaría de policía y la Estación Finlandia, y a continuación marcharon hacia el puente Liteinyi. Tomados desde ambos lados, en parte por los disparos de los obreros insurrectos y convencidos por sus compañeros amotinados, los soldados del Regimiento de Moscú que lo defendían no fueron un obstáculo serio para que ambas fuerzas se unieran al mediodía del lunes.

A partir de ese momento, la Revolución de Febrero fue un hecho. Los obreros estaban exultantes, mientras que muchos de los soldados se mostraban asustados y deprimidos ante lo que pudiera suceder en las próximas horas[370]. Unos desertaron y se escondieron, algunos se dedicaron al pillaje, otros intentaron organizarse y no faltaron los que se unieron a los trabajadores en la toma de instalaciones y el control de la ciudad. Estos más que por su número fueron decisivos en la rápida instrucción paramilitar de los trabajadores y en la organización táctica. El entusiasmo de los unos combinado con la veteranía de los otros lograron destruir en cuestión de horas el aparato defensivo y coercitivo del régimen zarista en la capital del Imperio. Las comisarías y cuarteles de la policía y gendarmería fueron tomados e incendiados, los agentes apenas resistieron; desertaron y se escondieron como pudieron, deshaciéndose de sus uniformes. Muchos fueron capturados y asesinados por la multitud. Los rebeldes tomaron el Parque de Artillería y el Arsenal de la guarnición, haciéndose con 40.000 rifles y 30.000 pistolas. De paso, asesinaron a un hombre de negocios japonés que negociaba la venta de armas al gobierno zarista[371]. Por la tarde aún resistían dos unidades militares atrincheradas en sus cuarteles: el

Regimiento de Moscú y el Batallón Ciclista. El primero capituló a las tres de la tarde. Los ciclistas, que dependían del arma de Caballería y procedían de la clase media alta, se defendieron con tenacidad, bien organizados. Solo la llegada de un autoametralladora rebelde y el incendio de parte de los acuartelamientos terminó con la resistencia, bien entrada la noche. Para entonces, una parte de las unidades militares de la capital se habían sublevado o permanecían acuarteladas pero inactivas y neutrales. Las cifras son elocuentes: los participantes en el primer brote insurreccional, en la mañana del lunes fueron unos 10.200 soldados; a primera hora de la tarde eran 25.700, y 66.700 a la caída del sol[372]. Ahora bien: a medida que transcurrían las horas, se disolvían los últimos restos de coherencia y orden en las unidades sublevadas, que terminaron por sumergirse en la masa. Por la tarde, durante el asedio al cuartel del Batallón ciclista, el sargento Kirpichnikov ya solo comandaba unos quince soldados del Regimiento de Volinia y cinco o seis del Lituania y Preobrazhensky[373].

La sensación de caos se extendía por Petrogrado. Miles de civiles deambulaban de aquí para allá, armados hasta los dientes y probando las armas, alcanzando incluso a viandantes de manera fortuita. Algunos disparaban contra ventanas o puntos elevados donde creían haber visto a francotiradores de la policía, un rumor alarmista que se había extendido con insistencia. El cielo de la ciudad estaba cubierto por el humo de los incendios y por las calles circulaban a gran velocidad automóviles civiles cargados de hombres armados o autoametralladoras de la División de Automóviles Blindados que se habían pasado a los insurrectos. Algunos revolucionarios con escasa experiencia al volante conducían bebidos mientras los pasajeros disparaban al aire y hacían flamear banderas rojas. La escenografía arquitectónica de la capital era un decorado que amplificaba la impresión de protagonizar, desde aquellos primeros momentos, una gesta revolucionaria.

En medio de esa situación, continuaban en manos de las autoridades algunos barrios, y sobre todo la isla Vasilyevsky, el corazón monumental y administrativo de la capital. Desde ahí se había intentado controlar la situación al poco de llegar las noticias del motín en el Regimiento de Volinia, pasadas las ocho de la mañana. Pero también desde ese momento se

pudo comprobar que el general Jabalov, que llegó media hora tarde al centro de mando, no tenía ningún plan de contingencia preparado para esa posibilidad, ni se le ocurría cómo reaccionar apropiadamente. Peor aún: alteró la cadena de mando de forma improvisada, sobre la marcha, contribuyendo a aumentar la confusión; hasta las once de la mañana no quedó claro quién estaba al mando de las diversas responsabilidades.

A pesar de ello, sobre esa hora, Jabalov decidió organizar una expedición punitiva. Primero se habló de utilizar los autoametralladoras de la División Blindada. Pero solo uno de cada ocho vehículos estaba listo para entrar en acción y no todas las dotaciones eran fiables. Para cuando se quisieron dar cuenta, la unidad se había pasado a los rebeldes. La siguiente opción fue organizar un grupo de combate con tropas leales. Se puso al mando de un coronel que estaba de paso por la ciudad y no la conocía adecuadamente. La expedición, de un millar de soldados con ametralladoras, se puso en marcha a las once con la misión de crear un frente a lo largo de la Liteiny Prospekt que aislara la porción occidental de la ciudad, en manos del gobierno, del resto, controlada por los insurgentes, en espera de que llegaran tropas leales procedentes del frente. Pero los revolucionarios se movían demasiado rápido y cuando Jabalov ordenó que el contingente regresara al Palacio de Invierno, en zona segura, el coronel Kutepov al mando, se negó y decidió, por su cuenta, fortificarse en la Liteiny Prospekt. La avenida era larga y resultaba imposible organizar la defensa con solo mil soldados que ni siquiera habían recibido rancho desde el día anterior. Además, no todo su equipo estaba a punto y faltaban municiones, dado que los arsenales y fábricas habían caído en manos de los insurgentes. La unidad de castigo pronto quedó cercada y esa misma noche desertó hasta el último hombre.

Jabalov no llegó a saber qué sucedía porque además decidió cambiar el centro de mando al Almirantazgo, desconcertando todavía más a Kutepov, que no obtenía respuesta a sus llamadas en el antiguo teléfono. Como además los rebeldes habían cortado las líneas telefónicas de los cuarteles, el desconocimiento de la situación era casi total para el mando militar. Por si faltara algo, pasado el mediodía, el general Jabalov decidió pedir con urgencia tropas de refuerzo a la *Stavka;* pero el ministro de la Guerra, Mijail

Beliaev, envió otro telegrama asegurando que la rebelión pronto estaría controlada.

Mientras tanto, a primera hora de la mañana el gobierno se había reunido informalmente en el apartamento del primer ministro Golitsyn, en un ambiente relativamente distendido. Pero a primera hora de la tarde, ante el rápido deterioro de la situación, hubo otra reunión. Ahora, las cosas habían cambiado y predominaba el sentido de alarma. Se transfirieron temporalmente los poderes del gobierno al mando militar, pero tras comparecer el general Jabalov, nervioso y desconcertado, el ministro Beliaev decidió intervenir por su cuenta, haciendo nuevos cambios en la estructura de mando militar, lo que creó más confusión de la ya existente.

Entrada la tarde de aquel interminable lunes, el gobierno decidió enviar un telegrama al zar proponiéndole algunas dimisiones de ministros —especialmente el odiado Protopopov, de Interior— y sugiriendo la instauración de una dictadura militar bajo algún prestigioso general. Más tarde hubo un nuevo telegrama, ya con el gobierno Golitsyn disuelto, no sin recomendar una dictadura bajo el gran duque Miguel, hermano menor del zar. Pero esta opción fue rechazada por el monarca, así como la dimisión del gobierno[374].

La situación avanzaba a pasos agigantados hacia el desastre total, ante la inoperancia de los restos del mando militar gubernamental. Estos solo controlaban ya el núcleo histórico y monumental de Petrogrado y establecieron el último bastión defensivo apoyado en el Almirantazgo y el Palacio de Invierno, con las escasas tropas leales que le quedaban. Mientras tanto, los insurgentes lograban dejar sin teléfono la ciudad. Comenzada la noche, el general Jabalov enviaba un telegrama a la *Stavka* y al zar admitiendo la catástrofe e implorando tropas de refuerzo. El mensaje causó una profunda impresión a su llegada, a las 00:55 de la madrugada del martes.

Durante la noche, el zar destituyó a Jabalov y nombró comandante del Distrito Militar de Petrogrado a otro general, Nikolay Ivanov, de su propio entorno cercano, en la *Stavka,* en Mogilev. Para entonces, las fuerzas leales al régimen, apenas unas compañías, solo controlaban el Almirantazgo. El resto de las unidades se habían pasado a los insurgentes o, más ominoso si

cabe, se mantenían neutrales en sus cuarteles. No se sabía nada de lo que sucedía en el resto de la ciudad, a falta de líneas telefónicas. Las estaciones de ferrocarril también estaban en manos de los rebeldes. La policía se había desintegrado, así como la *Ojrana*, tan activa hasta el día anterior. Al parecer, los insurgentes estaban deteniendo a los ministros del gobierno, o lo habían intentado.

Pero sobre todo, si algo revelaba la esencia de aquel dramático final provocado por la ineptitud de los gobernantes era el trato dispensado a los pocos soldados que todavía estaban dispuestos a defenderlos. Detectando que algunos de ellos vacilaban en su lealtad, un coronel decidió trasladarlos desde el Almirantazgo al vecino Palacio de Invierno, para levantar la moral de la tropa implicándola en el gesto de defender el último gran símbolo del poder imperial que, de una forma u otra, no podría caer en manos de los insurrectos. Sin embargo, el despliegue de los soldados en el palacio, cansados, sucios y macilentos, no agradó al general a cargo de su custodia, que intentó devolverlos al Almirantazgo. Cuando pasada la medianoche el ya exministro Beliaev y el gran duque Miguel llegaron al palacio para pernoctar, los soldados se animaron esperando una arenga del que, supuestamente iba a ser el hombre providencial que salvaría la situación. Pero el gran duque no les dedicó la menor atención a aquellos soldados que le aplaudían, y se retiró a su habitación. De hecho, y a instancias del general Komarov, custodio del palacio, ordenó que devolvieran la soldadesca al Almirantazgo, no fueran a romper algún jarrón de porcelana china. Ambos edificios estaban prácticamente adyacentes; pero a alguien se le ocurrió que el destacamento debía dar un enorme rodeo marchando por la plaza del Senado a fin de hacer una demostración de fuerza y determinación ante los insurrectos. La orden terminó de hundir la moral de unas tropas cansadas, hambrientas y desconcertadas, que desertaron en su gran mayoría aquella misma noche.

Mientras tanto, algunos ministros decidieron esconderse para no caer en manos de los insurrectos. Buscando dónde pasar la noche, Protopopov se cruzó con el príncipe Shajalovskoi, ministro de Comercio e Industria, que caminaba en la acera opuesta con el cuello del abrigo subido hasta las orejas. Evitaron mirarse y ni siquiera se saludaron[375]. La mañana anterior

se habían levantado como miembros del gobierno imperial y por la noche se sentían ya fugitivos.

---

358 Kérenski (1967): p. 218.

359 Con todo, 21 soldados habían desertado durante la salida de los revoltosos. Vid.: Hasegawa (1981): p. 273.

360 Figes (2000): p. 351.

361 Stone (1998): pos. 3019.

362 Cornish (2001): p. 39.

363 Stone (1998): pos. 3037.

364 Solzhenitsyn (1984): pp. 7-8.

365 Testimonio del capitán jurista A. A. Chikolini, en: Lyandres (2014): p. 73.

366 Katkov (1967): p. 255.

367 Testimonio del coronel Tugan-Baranovskii, en: Lyandres (2014): pp. 116-117.

368 Hoy en día corresponde al espacio urbano entre las calles Kirochnaya y Vilenskiy, reconvertidos los cuarteles en bloques de apartamentos. El antiguo cuartel principal del célebre Regimiento Preobrazhenski, en calle Kirochnaya, 35a, es ahora la sede del Distrito Militar.

369 El cuartel fue edificado en 1817-1819, en estilo neoclásico, obra del arquitecto Vasily Stasov, con una enorme fachada de 150 metros. Hoy está siendo reconvertido en un hotel, sito en Marsovo Pole, 1.

370 Hasegawa (1981): p. 283.

371 Hasegawa (1981): p. 288.

372 Ibíd., p. 292.

373 Ibíd., p. 286.

374 Hasegawa (1981): p. 304.

375 Hasegawa (1981): p. 309.

## CAPÍTULO 18

# GOLPE DE ESTADO PALACIEGO
La abdicación de Nicolás II, 27 de febrero-2 de marzo

La mañana del lunes 27, pasadas las once, una multitud de soldados y trabajadores llegaron ante las puertas de la Duma, en el palacio Táuride. Era lógico que sucediera eso, dado que desde su reinstauración, a lo largo de los días que precedieron a las huelgas y a la insurrección e incluso durante el desarrollo de esta, la Duma se mantuvo debatiendo cómo solucionar política o administrativamente los conflictos que se iban planteando. Así el 17 de febrero se discutió sobre el arresto de los trabajadores del Comité de Industrias de Guerra; seis días más tarde se debatió sobre la crítica situación alimenticia, y el 24 se propuso el traspaso de las funciones de abastecimiento a los consejos municipales y los *zemstvos*, fuera del control del nefasto ministro Protopopov. Al día siguiente, mientras la situación se agravaba en las calles, la Duma mantuvo una reunión corta pero intensa —apenas dos horas— para conseguir la publicación de un decreto que posibilitara una reorganización de los abastecimientos; lo cual, al fin y al cabo, consistía en llevar el asunto bajo control de los liberales[376].

De todas formas, la evolución de las protestas en las calles hacía temer lo peor, por lo que la oposición izquierdista pidió que la próxima convocatoria de reunión se adelantara al lunes 27, no al 28. Los conservadores y liberales solo accedieron a una reunión informal a las dos de la tarde de ese día. Pero, en cualquier caso, el gobierno ya tenía preparada la disolución de la Duma (hasta el mes de abril), a fecha 25 de febrero, que el zar formalizó por decreto la noche del 26 al 27.

Ante esa situación, los diputados que acudieron al palacio Táuride ese lunes por la mañana —y no fueron la mayoría— tenían que tomar una

decisión: continuar reuniéndose a pesar de la prohibición, lo cual era un desafío a la autoridad del zar; o acatar el ucase del zar. Aquí se produjo una lógica dicotomía. Por un lado, los liberales y conservadores partidarios de ceñirse a la ley; no en vano ese fue el momento en que el octubrista Rodzianko giró telegramas al zar y a los principales comandantes militares. Y no estaba solo en esa postura: los dirigentes del Bloque Progresivo preferían una dictadura, e incluso algún que otro diputado de los *kadetes*[377]. Por otro lado, los diputados más a la izquierda postulándose abiertamente como los guías políticos de la insurrección; el mismo Kérenski explica que envió emisarios a los cuarteles para que las tropas acudieran a la Duma aquella mañana de lunes[378].

Cuando los primeros grupos de soldados y obreros insurrectos llegaron hasta la verja que guardaba el palacio Táuride, unos cuantos diputados, predominantemente de izquierdas, salieron a recibirles: el menchevique georgiano Nikolai Chjeidze, el también menchevique Matvéi Skóbelev, el *trudovik* Aleksandr Kérenski y algunos otros. Ellos franquearon el acceso al edificio a una muchedumbre creciente que se fue concentrando en el Salón Catalina. Según parece, una parte de los insurrectos estaba dirigiéndose a los edificios gubernativos para capturar a los miembros del gobierno, no para ponerse bajo la protección de la Duma. En base a esa presión, según Kérenski, fue detenido allí mismo el ministro de Justicia, Ivan Cheglovitov, y confinado en el Pabellón del Gobierno[379].

Parece lógico que esa situación atemorizase a los escasos diputados presentes en la Duma, y que la decisión más prudente fuera la de esperar acontecimientos. A las dos de la tarde llegó la noticia de que los desórdenes estaban a punto de ser sofocados. Pero el jefe del Bloque Progresivo, Milyukov, todavía seguía indeciso. Una hora más tarde ya no quedaba ninguna duda de que la situación en las calles no era reversible y el Consejo de decanos parlamentarios eligió un «Comité provisional de miembros de la Duma», una denominación buscadamente ambigua. Seguía siendo una decisión cauta, un pequeño golpe de Estado interno, pero en clave más particular que oficial, dirigido por los parlamentarios liberal-nacionalistas del Bloque Progresivo. A fin de cubrir los flancos en aquella situación de

incertidumbre, integraron a unos reticentes Chjeidze y Kérenski. Se trataba, básicamente, de ganar tiempo sin apostar por ninguna opción concreta.

Mientras tanto, en torno a las cuatro de la tarde llegaron al Palacio Táuride representantes del recién constituido Soviet de obreros, que solicitaron un espacio para sus reuniones. Con el beneplácito de Rodzianko, se les asignó la Sala 13; a continuación se dirigieron a la muchedumbre congregada ante el palacio y pidieron que se eligieran representantes. Todo era muy improvisado y desordenado, sin posibilidades de organizar proceso alguno de selección. La primera asamblea se reunió aquella misma noche: cincuenta delegados y unos doscientos observadores, apretujados en la Sala 13, llena de humo de tabaco. Los mencheviques llevaban la voz cantante, junto con *eseristas* y personajes de tendencia política difusa, como el abogado Nikolai Sokolov. Tomó el nombre de Comité Provisional Ejecutivo del Soviet de Diputados de los Trabajadores, aunque la mayoría eran intelectuales o representantes de la *intelligentsia*.

En teoría, había resucitado el Soviet de San Petersburgo de 1905; incluso reapareció en el Comité Provisional su antiguo presidente de entonces, el menchevique Jrustaliov-Nosar, liberado de la prisión por los insurgentes. Hasta se podía decir que se había reeditado la alianza entre los trabajadores y las clases medias y funcionarios que habían doblegado al zar y llevado al Manifiesto de Octubre. Pero el contexto real era muy diferente: en realidad era el final de aquel camino emprendido doce años antes. Y ahora entraban en juego los soldados, desempeñando un papel decisivo que no habían tenido entonces. Por un lado, la pertenencia a las estructuras militares favorecía que tuvieran gran facilidad para elegir representantes; pero estos a veces lo eran de pequeñas unidades, mientras que los trabajadores podían representar a toda una fábrica. El resultado fue que mientras crecía el número de delegados, lo hacía también el peso de los soldados: de los tres mil que se reunieron el martes 28, más de dos tercios fueron militares, cuya procedencia social era, además, campesina[380].

Pero en aquellas primeras horas, lo que sucedía era reflejo ante la situación de fondo, y el problema era hacer que los soldados regresaran a sus cuarteles. El caos en las calles de Petrogrado era descomunal, se producían robos, asaltos a establecimientos comerciales de todo tipo. Los

revolucionarios habían vaciado las cárceles, y junto con los presos políticos habían salido decenas de criminales comunes. Las cifras de muertos por causa de los disturbios fueron, más o menos oficialmente, de unos 1.443 muertos y heridos. Comenzando con el mismo Trotski, esta cifra se utilizó en muchas ocasiones como prueba de que por sangrienta que sea una revolución, mucho mayor es el número de muertos en una guerra; y la Primera Guerra Mundial era la de los burgueses capitalistas[381]. Pero las muertes fortuitas, que fueron numerosas, causaban una acuciante sensación de inseguridad.

Por su parte, los soldados recelaban de abandonar las calles y volver a la disciplina de la vida militar, lo que podría suponer castigos y represalias por parte de los oficiales. El martes 28, una recién creada Comisión Militar de la Duma conminó a los soldados a que regresaran a los acuartelamientos y se reintegraran a sus unidades, una orden poco realista por cuanto muchos oficiales habían sido destituidos e incluso asesinados por sus propios hombres. En tal tesitura, estos acudieron al Soviet en busca de garantías. El tercer día de la revolución, el 1 de marzo/13 de marzo, tras un debate con los delegados de los soldados en el Soviet se constituyó una comisión ad hoc coordinada por el abogado Sokolov, que redactó y dio forma legal a las propuestas[382]. Rodeado de soldados que hablaban todos a la vez, pero sin discusiones y sin tener que recurrir a votaciones, en media hora quedó lista la célebre y polémica Orden Número 1, aprobada clamorosamente a continuación por los soldados que llenaban la Sala Catalina del palacio Táuride[383].

El documento contenía siete puntos[384]; los dos primeros estipulaban que en todas las unidades militares, de cualquier arma o servicio, deberían elegirse comités de entre la tropa que las componían y enviarse representantes a lo que ahora se denominaba ya Soviet de los Trabajadores y Soldados de Petrogrado. El segundo bloque, constituido por los tres siguientes artículos, definía las atribuciones del Soviet en materia militar y constituía la piedra angular de la orden, pues según lo dispuesto la cadena de mando que unía a las unidades militares con su mando supremo o cuartel general, quedaba cortocircuitada por el Soviet, al menos en lo referido a las «acciones políticas» de las unidades militares. Eso no suponía dar la

espalda a la Comisión Militar de la Duma: sus órdenes debían ser acatadas, pero no aquellas que contravinieran las del Soviet. Las armas de todo tipo deberían ser puestas a disposición y bajo control de los comités de compañía y batallón, pero no entregadas a los oficiales. Finalmente, los dos últimos artículos aludían a la dignidad del soldado: este adquiría los derechos y libertades de cualquier otro ciudadano cuando no estaba de servicio. Dentro de este nuevo estatus quedaban abolidos los tratamientos honoríficos hacia los oficiales con excepción de «Señor» y el trato despectivo, faltas de respeto o tuteo de estos hacia los soldados.

La Orden Número 1 del Soviet, publicada en el diario *Izvestia* al día siguiente, buscaba ser una especie de salvoconducto que facilitara el retorno a los cuarteles y el restablecimiento de la disciplina en las unidades y el control del armamento, y estaba contemplada como una disposición provisional. Prueba de ello es que no afectaba a la oficialidad superior —solo a los mandos que tenían contacto directo cotidiano con la tropa— y tampoco establecía que los oficiales debieran ser elegidos por la tropa, ni qué destino dar a aquellos que no estuvieran al lado de la revolución. La Orden Número 1 respondía a consideraciones de orden práctico, no teóricas ni ideológicas; tampoco estuvo destinada a todo el Ejército ruso, sino a las unidades militares que el Soviet de Petrogrado intentaba controlar, es decir, las de guarnición en la capital[385]. Todo ello estaba enfocado a evitar que las unidades en descomposición se convirtieran en un factor de desorden público que incluso pudiera provocar enfrentamientos fraccionarios. Pero sobre todo, y esto era trascendental en aquellas horas, se trataba de conseguir que las unidades militares insurgentes pudieran apoyar y defender de forma eficaz la revolución que estaba comenzando.

Por entonces, a lo largo del martes 28 de febrero y el miércoles 1 de marzo, se esperaba el inminente ataque de fuerzas zaristas que deberían retomar el control de la ciudad. Se sabía que el general Jabalov y el gobierno, antes de disolverse, habían pedido el envío urgente de tropas leales desde el frente. Y lo cierto es que tales unidades estaban en camino.

La decisión la había tomado el zar en persona la noche del mismo lunes, cuando no quedaba duda de que se había perdido el control de la capital. Nicolás había recibido, por ende, un telegrama de la zarina urgiendo a hacer

concesiones; ese mensaje llegaba después de otros que, previamente, se habían mostrado esperanzados, tranquilizadores o incluso optimistas sobre la situación en Petrogrado.

En consecuencia, el zar organizó un plan para retomar el control de la capital y para preservar la seguridad de su propia familia, que por entonces permanecía en el conjunto palaciego de Tsárskoye Seló, a tan solo 24 kilómetros al sur de Petrogrado. Era natural que el monarca temiera por su familia, que podía caer como rehén en manos de los insurrectos de la vecina capital. Además, el zarévich y sus hermanas estaban pasando el sarampión y no era recomendable que abandonaran Tsárskoye Seló por su cuenta.

El zar puso al mando de la operación al general Nikolay Ivanov, que aunque era un hombre de 66 años de edad y masiva barba gris, disponía de dos ventajas: su amplio historial militar y su fidelidad personal a toda prueba. Además, contaba con el favor de las tropas, que lo veían como un general paternalista, que se había enfrentado a la burocracia de la capital por causa de la carencia de municiones en 1915. Ivanov, que había comenzado su carrera de joven en la guerra contra los turcos de 1877-1878, participó en el aplastamiento de la Rebelión Bóxer en China (1900) y en la guerra ruso japonesa, en el frente de Manchuria. Además, había sido comandante militar en distritos y guarniciones por todo el Imperio y reprimido la rebelión de la base de Kronstadt, en 1905. En el arranque de la Gran Guerra había logrado algunos éxitos importantes contra los austriacos en Galitzia, aunque al final, tras la Gran Retirada de 1915 había sido relevado por Brusilov como general en jefe del sector sur-occidental del frente. El zar lo nombró consejero militar propio, pero aun así sus propuestas fueron orilladas por el jefe real de la *Stavka,* el general Alekséyev, con el que no mantenía buenas relaciones.

Durante la noche del lunes 27, el zar organizó el dispositivo militar para la reconquista de Petrogrado. Ivanov partiría acompañado de uno de los batallones de San Jorge de la guardia de la *Stavka*, compuesto por tropas y cuadros de mando condecorados con la orden del mismo nombre, por valor en el combate[386]. Conforme fuera progresando hacia Petrogrado, se le irían uniendo más unidades retiradas del frente del Norte; en concreto, y para comenzar, dos regimientos de infantería, otros dos de caballería, un

destacamento de ametralladoras y dos baterías de artillería. A las dos de la madrugada llegó un telegrama del ministro Beliaev en el que informaba de que el palacio Mariinski, sede del gobierno, había caído en manos de los insurrectos. En consecuencia, desde la *Stavka* el general Alexéyev decidió añadir a la expedición punitiva dos baterías más de artillería. A las 8:30 de la mañana, tras leer un nuevo telegrama del general Jabalov anunciando que los hombres a su mando habían disminuido hasta los 1.500, y muy escasos de municiones, Alekséyev añadió más unidades al contingente de Ivanov: un batallón de artillería de la fortaleza de Viborg, a 135 kilómetros al norte de Petrogrado, y otros dos de la base naval de Kronstadt. A eso de las 11:30 llegó la respuesta a un cuestionario de diez preguntas enviado por Ivanov a fin de conocer qué controlaba Jabalov: la situación era más que desoladora: las últimas tropas leales estaban aisladas en unos pocos edificios del centro de la ciudad, sin alimentos ni municiones; una hora y media más tarde, se desintegraban completamente los restos del dispositivo militar leal, con la rendición de los últimos soldados que quedaban. Aun así, Alekséyev pidió más refuerzos a los frentes Norte y Occidentales, e incluso se dirigió al general Brusilov, en el suroeste, para que preparara tres batallones de la Guardia[387].

Eso prueba, según Hasegawa, que la determinación de aplastar la rebelión de Petrogrado iba en serio: a cada nueva mala noticia, la *Stavka* respondía añadiendo más fuerzas al contingente de Ivanov, nombrado además dictador provisional (gobernador general) de Petrogrado por el zar. Al final, en caso de haberse completado, hubiera sido una fuerza poderosa, casi con toda seguridad capaz de retomar Petrogrado por la fuerza. Debe considerarse que las tropas insurgentes sumaban un número elevado de soldados, pero no constituían unidades capaces de oponer una seria resistencia. La inmensa mayoría de la guarnición capitalina estaba compuesta por *opolcheniye* —milicias— de escaso valor combativo. La disciplina había desaparecido, apenas existían oficiales deseosos de mandar a esa tropa descompuesta y hostil hacia ellos en la defensa de la ciudad[388], y menos contra tropas regulares y bregadas en el frente. Carecían de artillería o no estaban en disposición de usarla eficazmente, no había planes de defensa ni sombra de coordinación, ni comunicaciones de campaña. En

cuanto a las unidades que, al completo, se mantenían neutrales en sus cuarteles, hubieran apoyado a las fuerzas leales o, como mínimo, no hubieran intervenido; si se habían mantenido al margen de la revolución en su momento de eclosión, resultaba absurdo que la hubieran defendido cuando podía ser destruida. Pero, sobre todo, el desorden y la desprevención eran mayúsculos: la estación ferroviaria de Nikolaesvky, adonde llegaban los trenes de Moscú, estaba guardada solo por un estudiante manco y un anciano oficial naval[389]. De hecho, desde el lunes 27, los insurrectos esperaban como algo inevitable el ataque de las tropas del zar.

El episodio sobre el fracaso de la expedición de Ivanov y la abdicación del zar suele ser tratado tangencialmente por la mayor parte de los historiadores. Muchos de ellos se inspiran en la *Historia de la revolución rusa,* de Trotski, una obra ciertamente seminal. No cabe duda de que el líder socialista era una fuente excepcional, puesto que al haber estado al frente de la revolución poseía unos conocimientos detallados que además sabía exponer con gran habilidad descriptiva y narrativa. Pero, lógicamente, Trotski llevaba el agua a su molino en el tratamiento de los acontecimientos. En el caso de la abdicación del zar, sitúa la narración de lo acontecido antes del relato y análisis de cómo evolucionó la revolución de febrero con todas sus contradicciones internas; y sobre todo las protagonizadas por los partidos de izquierdas. De esa manera, lo reduce todo a la imagen de que el régimen zarista estaba completamente podrido, y pasa página sobre los mecanismos políticos que obraron tras la abdicación de Nicolás II, de gran trascendencia para lo que sucedería después.

Su versión gira en torno a la idea de que las fuerzas de la reacción no se atrevieron a asaltar Petrogrado ante el riesgo cierto de que la revolución las absorbería y destruiría:

> El caos no es más que aparente. Bajo este caos se está operando una irresistible cristalización de las masas en un nuevo sentido […] En las Jornadas de Febrero la atmósfera de Petrogrado se torna tan incandescente que cada regimiento hostil que cae en la poderosa hoguera o que sólo se acerca a ella y respira su ardiente aliento, se

> transforma, pierde la confianza en sí mismo, se siente paralizado y se entrega sin lucha a merced del vencedor[390].

Trotski remata la imagen del mosquito atraído por la hoguera con algunos paralelismos entre Nicolás II y Luis XVI, Revolución francesa y Revolución rusa, con los que busca dar profundidad histórica a sus imágenes[391].

Sin embargo, no podía ignorar que a lo largo del siglo XIX los ejércitos europeos habían perfeccionado sus estrategias y capacidades para aplastar revoluciones. Comenzando por las de 1848-1849 (en las cuales el Ejército ruso había desempeñado un papel de marcado protagonismo) hasta el aplastamiento de la Comuna de París en 1871 por las tropas del gobierno francés, defendida por fuerzas insurrectas de la Guardia Nacional, bien organizadas, fortificadas y bregadas por la resistencia ante las tropas alemanas. En realidad, el destino de la revolucionaria Petrogrado en febrero o marzo de 1917 hubiera podido ser una repetición bastante ajustada de aquel del París *communard* de 1871. Si no fue así se debió a dos factores interrelacionados: el golpe militar del 1 de marzo y el contexto internacional en el cual Rusia tenía un peso muy considerable.

La expedición para retomar Petrogrado y asegurar la seguridad de la familia del zar se desarrolló en dos niveles. Por un lado, el general Ivanov avanzó hacia la capital por las líneas férreas del norte y el oeste; mientras tanto, el convoy del monarca (compuesto en realidad por dos trenes) viajaba desde el sur dando una vuelta importante por Smolensk y Vyazma para enlazar después por la ruta Moscú-Petrogrado. La explicación habitual para esta planificación residía en que el convoy del zar era lento y no debía interferir por las rutas del norte, que iban a soportar mucho tráfico militar en dirección a la capital[392]. Sin embargo, Nicolás pudo haber encabezado la ofensiva con el general Ivanov y sus tropas; en cambio, viajando por su cuenta se exponía a ser capturado o detenido. Cabe considerar que temía algún golpe de Estado y creía que era más seguro moverse hacia la capital por separado.

Sea como fuere, el zar partió de Mogilev a las 5 de la madrugada del día 28, mientras Ivanov lo hacía pasado el mediodía. Conforme iba atravesando

las sucesivas provincias, el convoy del monarca recibía informes de los gobernadores, que también comentaban lo que sabían sobre la situación en Petrogrado. Por lo tanto, Nicolás II no era el personaje ausente y fatalista que han retratado numerosos cronistas. A las 16:00 se supo que en Petrogrado se intentaba formar un gobierno provisional y que el ingeniero Alexander Bublikov, diputado de la Duma y miembro del Bloque Progresivo, se había hecho con el Ministerio de Transportes y por ello con el control de los ferrocarriles[393]: desde Petrogrado llegaron instrucciones para fijar la ruta del convoy real hacia la capital. Esto fue un momento decisivo que entendieron bien el zar y su entorno: la administración rusa estaba fuertemente centralizada, y si los revolucionarios lograban crear alguna forma de nuevo gobierno obtendrían el poder, de facto, porque el resto de Rusia seguiría obedeciendo las disposiciones de la capital, tuviera el color político que tuviera.

Con todo, el convoy, con sus vagones pintados de intenso color azul, continuó progresando hacia Petrogrado. Pasada la medianoche, se detuvo en la pequeña estación de Málaya Vishera (a menos de 200 kilómetros de la capital) por informes según los cuales la estación de Lyuban (a un centenar de kilómetros) estaba en manos de los rebeldes. Decidiéndose por la cautela, el convoy retrocedió hasta Bologoye, hacia el sur, en la línea a Moscú; y acto seguido el zar decidió dirigirse a Pskov, cerca del frontera con Estonia, donde estaba situado el cuartel general del frente Norte, un punto claramente seguro, adonde llegó a las 19:00 del 1/13 de marzo. El cambio de planes estaba justificado: en cuestión de pocas horas, el terreno ruso se movía bajo los pies del zar. Como después se supo, Rodzianko había ordenado bloquear el convoy real de cualquier forma, incluyendo el sabotaje, a fin detener al zar[394]. Eso recordaba mucho a la planificación del golpe pergeñado por Guchkov hacía pocos meses.

Por lo tanto, Nicolás II había caído de la sartén para ir a parar al fuego. El general Nikolai Ruzsky, comandante del frente Norte, no simpatizaba con la monarquía y colaboró voluntariosamente en el plan que venía manteniendo Rodzianko desde los días 26 y 27 de febrero, cuando empezó a enviar telegramas al zar y los principales comandantes de los frentes de guerra. La idea original consistía en crear un nuevo gobierno, responsable

ante la Duma; ahora ya se trataba de dar luz verde a un ejecutivo provisional a base de diputados parlamentarios. Y, a la vez, se trataba de detener la expedición militar contra Petrogrado. La razón para ello era lógica: la Duma se había convertido en un rehén activo de la coyuntura, puesto que intentaba domesticar la revolución poniéndose de acuerdo con el Soviet. Un ataque en fuerza de las tropas leales al zar los señalaría como traidores, lo cual les situaría en una situación desesperada. Para ello, en sus telegramas y mensajes, Rodzianko se había esforzado por desmontar la imagen de que Petrogrado estaba en manos de las izquierdas y una turba descontrolada que llevaban la ciudad al caos. Por el contrario, transmitía un cuadro más posibilista en el cual las tropas estaban prontas a regresar a los cuarteles y el gobierno provisional a punto de constituirse.

La versión de Rodzianko gustaba a los militares porque les evitaba la ingrata tarea de someter a Petrogrado a sangre y fuego: los políticos se ocuparían de restablecer el orden. Por otra parte, la mayoría de los militares que participaron en la encerrona tendida al zar en Pskov ya llevaban meses conspirando con los octubristas y paneslavistas, dándole vueltas y más vueltas a cómo anular políticamente al zar. Tal era el bien conocido caso del general Alekséyev, jefe de la *Stavka*, que a lo largo del día 28 había ido pasando de la obediencia al zar a decantarse por la alternativa de Rodzianko.

Pero además la solución del golpe implicaba mantener a Rusia en la guerra. Se había pactado con los aliados de la Entente una nueva gran ofensiva en primavera y, en el mejor de los casos, distraer hasta entonces tropas del frente para tareas represivas en la capital resultaba una contrariedad. En el peor, si las cosas se complicaban, habría que pactar con Berlín un armisticio para tener las manos libres en la retaguardia, frente a los revolucionarios. De hecho, continuaba plenamente vigente la idea de que el zar quería sacar a Rusia de la guerra pactando con los alemanes; ya desde el mismo arranque de las manifestaciones, el 23 de febrero, muchas personas, incluso situadas en posiciones de poder o influencia, creían que todos aquellos desórdenes estaban siendo fomentados desde el gobierno —concretamente por el ministro Protopopov— para obtener el pretexto necesario a fin de negociar con Alemania una salida de la guerra[395].

Todavía a la altura del día 26 de febrero había quien creía que todo aquello era fruto de la *protopovshchina* o sistema de provocaciones instigado periódicamente por el odiado ministro del Interior[396]. Estos rumores eran un arma de doble filo, porque agitaban a los nacionalistas contra el zar y acercaban a los militares al grupo de los golpistas, pero no parece que coincidieran con la realidad. Según Kérenski, una de las razones del cambio operado en el zar cuando llegó a Pskov era la determinación de hacer las concesiones que fueran necesarias para preservar la capacidad combativa de Rusia en vísperas de la ofensiva de primavera comprometida con los aliados de la Entente[397].

Para estos, la situación era extremadamente delicada, algo que se olvida constatar en la gran mayoría de los manuales dedicados a la Revolución rusa, siempre encerrada en sí misma por sus cronistas, como si por entonces no estuviera en marcha la guerra más devastadora que había sufrido la humanidad hasta la fecha. Se puede decir que aquellos días de febrero-marzo el íntegro resultado del conflicto dependía de lo que sucediera en Rusia. En ese momento estaba en su apogeo la campaña submarina de los alemanes contra Gran Bretaña y la estaban ganando. De las 368.000 toneladas hundidas en enero se pasó a las 540.000 en febrero, las 593.000 en marzo y las 881.000 en abril, todo un récord que ni siquiera volvería a ser alcanzado durante la Segunda Guerra Mundial. Por entonces, Londres tomó en consideración la posibilidad de buscar una salida negociada a la contienda. Los Estados Unidos estaban a punto de entrar en en el conflicto y eso era bastante sabido. En parte porque Gran Bretaña estaba contra las cuerdas; pero, aun así, si se hundía Rusia o salía de la guerra, la causa aliada quedaría muy comprometida, porque las primeras tropas americanas tardarían meses en llegar. Por otra parte, eran muchos los pertrechos y los préstamos apalabrados con los rusos para que no importara el destino del zar y la continuidad de su Imperio en la guerra.

De ahí que a pesar de las enrevesadas explicaciones sobre lo sucedido, la situación evolucionara con extrema celeridad en unas pocas horas. Tras su llegada a Pskov, el zar pudo constatar que se había quedado sin apoyos y, sobre todo, sin autoridad. Y comenzó a acceder a todo lo que le pedían. Primero, a las 23:30, el general Alekséyev recabó un manifiesto anunciando

la creación de un «ministerio responsable» liderado por el presidente de la Duma (Rodzianko); en el telegrama venía incluido un borrador del posible manifiesto. Tras acceder, una hora más tarde envió un telegrama al general Ivanov, que había llegado con sus tropas a Tsárskoye Seló[398] para que se abstuviera de actuar hasta nueva orden; y más tarde incluso ordenó regresar al frente a todas las unidades enviadas a Petrogrado para aplastar la revuelta. A partir de ese momento, Nicolás II se convirtió en un juguete en manos de los golpistas: firmó el manifiesto que le habían pedido a las dos de la madrugada, pero nunca se publicó. A las diez de la mañana del día 2 de marzo, el general Alexeiev contactó con todos los grandes comandantes de las unidades del frente proponiendo que suplicasen al zar que abdicara a favor de su heredero, el zarévich Alejandro. La respuesta de los generalísimos fue rápida: estaban a favor. A las 14:00, el zar accedía, aunque abdicando a favor de su hermano, el gran duque Miguel. A la vez, nombró al príncipe Lvov presidente del consejo de ministros y al gran duque Nicolás comandante en jefe del Ejército. Pero a esas alturas los golpistas ya habían decidido anularlo políticamente: nunca se publicó esta decisión del depuesto zar[399].

Desde el momento en que el general Alekséyev decidió apoyar las propuestas de Rodzianko y el poder que se estaba constituyendo en la Duma, Nicolás II ya no tenía nada que hacer. Con todas las variantes e improvisaciones que se quieran, el proyecto de golpe palaciego pensado por Guchkov medio año antes, se había materializado el 2 de marzo de 1917. De hecho, tuvo su broche de oro con el viaje del mismo Guchkov y Chulguin a Pskov para entrevistarse con el depuesto zar[400].

La abdicación de Nicolás II tuvo consecuencias trascendentales y no precisamente favorables para aquellos que la promovieron y ejecutaron. Le dio plena calidad revolucionaria a lo que muchos conservadores rusos habían considerado una insurrección izquierdista o incluso meramente anárquica. Si el zar aceptaba la creación de un gobierno provisional surgido de la revuelta, y a continuación abdicaba, nadie podía dudar ya de que el Antiguo Régimen había muerto y un nuevo Estado estaba emergiendo. Por lo tanto, la desaparición del zar, seguida de la renuncia de su hermano

Miguel a la corona[401] —tras ser rechazado por la Duma— y el hundimiento de la monarquía marcaron el comienzo real de la revolución.

La maniobra que concluyó en el golpe de Pskov fue orquestada deprisa y corriendo, de forma totalmente improvisada. Era comprensible que fuera así porque se buscaba evitar el ataque de las fuerzas de Ivanov contra la capital. Pero también conservaba un elemento de rigidez producto de la forma en que los nacionalistas liberales la dirigieron. En efecto, las maniobras complotistas de febrero-marzo eran el trasunto, actualizado a 1917, de la alianza de 1905 al calor de la huelga general que había unido a obreros y clases medias. Solo que en este caso los dos socios se repartían la influencia sobre el Ejército, lo que tomó un cariz particularmente peligroso cuando los unos se apoyaron en la oficialidad y los otros en los soldados. Por eso la Orden Número 1 se extendió a todas las fuerzas armadas con rapidez tras la abdicación del zar, es decir, cuando la revolución cobró carta de naturaleza, se extendió a Moscú y otras capitales. Y al convertirse en un fenómeno de alcance nacional, ya no circunscrito a Petrogrado, también se extendieron los soviets y de la misma forma miles de soldados encontraron que la Orden Número 1 les servía también a ellos. En tal sentido, las protestas posteriores acerca de que la célebre Orden estaba destinada solo a la guarnición de Petrogrado confundían ilusión con realidad, esencia de la actitud del gobierno provisional ante la revolución que había alimentado con un buen cubo de gasolina tras la abdicación del zar. El príncipe Lvov no tardaría en lamentar que él y todo el gobierno provisional se sentían como «corchos movidos por los arbitrarios deseos de marea revolucionaria»[402]

Por supuesto, el hecho de que se multiplicaran los efectos no previstos se debió a la conocida dualidad de poderes: el gobierno provisional surgido de la Duma y el Soviet de Soldados y Obreros. El problema aquí no siempre era de disparidad de criterios y objetivos, sino del hecho de que no existiera ninguna instancia de conciliación superior. En 1917 ya no hubo ni Witte ni zar: nacionalistas, liberales y *kadetes* ni siquiera tenían un líder propio indiscutido. En esas circunstancias creyeron que podían volver a repetir la jugada de octubre de 1905: terminar controlando a los obreros y reprimiendo a las izquierdas radicales. Esa ambición resultaba tanto más ilusoria por cuanto, a diferencia de 1905, Rusia estaba inmersa hasta el

cuello en una guerra de alcance mundial. Pero no primó el pragmatismo, como en tiempos de la guerra contra los japoneses, cuando resultó claro que era imposible controlar la situación política interna mientras se perdía una guerra impopular.

Los hombres que habían derrocado al zar lo hicieron porque buscaban continuar con la contienda; y no solo eso: eran los mismos que en 1914 habían empujado a Rusia a la vorágine con el objetivo de conquistar Constantinopla y los Estrechos. Antes, durante y después de las Jornadas de Febrero, todos ellos seguían acariciando el gran proyecto de organizar la expedición militar para tomar la antigua capital bizantina, lo que justificaría, por fin, la decisión de haber ido a la guerra tres años antes y, además, su nuevo poder. El general Alexéyev, Guchkov, Milyukov, el general Klembovski, el gran duque Nicolás, el almirante Kolchak, Nikolai Bazili, asesor diplomático del zar que le preparó el discurso de abdicación: todos ellos seguían trabajando, todavía en aquel momento, en el desembarco anfibio en el Bósforo a fin de que la *Stavka* lo declarara prioridad operativa.

Solo dos semanas después de la abdicación del zar, Wilson anunció la entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. Ahora «ya podía presentar de forma verosímil la guerra como una lucha legítima entre las fuerzas de la democracia y las de la reacción y el militarismo»[403]. El 9/22 de marzo, el presidente americano reconoció al gobierno provisional. Entre marzo y noviembre, el gobierno de los Estados Unidos adelantó al nuevo gobierno ruso créditos por valor de 450 millones de dólares[404].

---

376 Un relato clásico y bastante pormenorizado en Kérenski (1967): pp. 212 y ss.

377 Trotski (1985) I.: p. 142.

378 Kérenski (1967): p. 221.

379 Ibíd., p. 222.

380 Figes (2000): p. 374.

381 Trotski (1985) I: pp. 132-133.

382 Boyd (1967): pp. 366-367.

383 Getzler (2002): pp. 92-93.

384 Se puede leer toda la Orden Nr. 1 en: https://www.marxists.org/history/ussr/government/1917/03/01.htm.

385 Boyd (1967): p. 372.

386 El Batallón de San Jorge había sido constituido en agosto de 1916 como guardia de la *Stavka*, con soldados y oficiales condecorados. En agosto de 1917 se incrementó hasta totalizar cuatro regimientos (uno por cada grupo de ejércitos del frente Occidental) como reserva a disposición personal del comandante supremo. Vid., en la página History Mania: *Георгиевские части Российской Армии 1916-1917*. Consultable en red. Asimismo: Cornish (2001): p. 17.

387 Hasegawa (1981): pp. 462-463.

388 Muchos oficiales habían sido detenidos y confinados en la Fortaleza de Pedro y Pablo, bastantes asesinados y un número incontable estaban escondidos.

389 Figes (2000): p. 376.

390 Trotski (1985) I: p. 125.

391 Ibídem, pp. 98-104.

392 Katkov (1969): pp. 413-414.

393 Browder y Kerensky (1961) I, p. 67.

394 Katkov (1969): p. 417.

395 Kérenski (1967): p. 220.

396 Testimonio de A. A. Chikolini en Lyandres (2014): p. 73.

397 Kérenski (1967): p. 238.

398 Hasegawa (1991): p. 466; para el relato de la llegada de Ivanov a Tsárskoye Seló, vid. pp. 466-475.

399 Kérenski (1967): pp. 238-239; Browder y Kerensky (1961) I: pp. 109-111 para las conversaciones entre el general Ruzski, Rodzianko y el príncipe Lvov por la cual estos le piden al militar que no se haga pública la abdicación del zar en el príncipe heredero.

400 Trotski (1985): p. 95. Conviene leer todo el relato sobre la abdicación del zar en pp. 91-97.

401 Kérenski (1967): pp. 241-242.

402 Kochan (1968): p. 377.

403 Powaski (2000): p. 16.

404 Ibídem.

CAPÍTULO 19

# EL TRAFICANTE DE LA REVOLUCIÓN
## Parvus y el regreso de Lenin a Rusia, 1915-1917

A partir de la abdicación del zar, el nuevo régimen cobró carta de naturaleza, incluso a escala internacional, y se extendió rápidamente desde la capital al resto del Imperio —que seguía siéndolo, en la medida en que el Imperio portugués, por ejemplo, no se había descompuesto a pesar del advenimiento de la República, en 1910. Ya el 28 de marzo la insurrección se había contagiado a Moscú, incluyendo las huelgas fabriles y los regimientos amotinados, aunque la situación fue a más a partir del 1 de marzo, cuando empezaron a producirse hechos similares en algunas ciudades rusas y el desbordamiento final por todo el territorio aconteció tan pronto se supo del final de la monarquía[405]. Transcurrieron unas pocas semanas que algunos autores denominan «la luna de miel de la revolución». El orden parecía estar restableciéndose como por acto de magia y el gobierno provisional, proclamado en la mañana del 2/15 de marzo, se situaba en el centro del poder, aparentemente de forma incuestionada. Lo presidía el *kadet* príncipe Lvov, que también ostentaba la cartera de Interior. Como ministro de Asuntos Exteriores figuraba Milyukov; actuaba Guchkov como ministro de Guerra y Marina, y habían sido propuestos como titulares de Trabajo y Justicia dos socialistas: el menchevique Chjeidze y el social-revolucionario Kérenski[406], respectivamente. Dado que a la sazón el georgiano era presidente del Soviet de Petrogrado, rechazó el ofrecimiento; en cambio, decidido a emprender su propia carrera política, Kérenski sí aceptó el cargo y terminó de perfilarse como el mediador por antonomasia entre Soviet y gobierno, aunque no sin generar viva polémica en ambas instituciones[407].

Junto con el anuncio del nuevo ejecutivo y su composición, se incluía una lista de objetivos políticos inmediatos, resumida en ocho puntos, entre los cuales cabía resaltar: la amnistía inmediata para todo tipo de delitos de naturaleza política y religiosa (se incluía el terrorismo y la sedición militar); la libertad de expresión, prensa y asociación; derecho a la sindicación y la huelga y libertad de ejercicio político extensible a los militares; la inmediata preparación de una Asamblea Constituyente; elección de órganos de administración local sobre la base de sufragio universal, libre y secreto. De entre todas estas disposiciones más de tres hacían referencia al estatus y derechos de las fuerzas armadas, incluyendo la reconstrucción del cuerpo de policía y los derechos civiles de los soldados, como derivación de la Orden Número 1 y después de mucha controversia con el Soviet de Petrogrado.

Una vez resuelto que el gran duque Miguel no sería el nuevo zar por incapacidad manifiesta para hacerse con el trono en una situación tan delicada —no tuvo ningún defensor en el Comité provisional, ni siquiera ya de Rodzianko— el Estado quedó constituido como una República *de facto*, con un nivel de libertades propio de las democracias occidentales avanzadas. Ahora bien: todas esas disposiciones formaban parte, por el momento, de las grandes ilusiones de la Revolución que acababa de nacer. El hecho de que el gobierno provisional lograra sacar adelante la legislación de los ocho puntos en dos meses contribuyó a hacer efectiva la ilusión con la que arrancaba el nuevo régimen; el proceso para la convocatoria de la Asamblea Constituyente, sin embargo, se prolongó mucho en el tiempo.

Todo había ido muy rápido: en apenas diez días, los verdaderos «diez días que conmovieron al mundo», la historia rusa había dado un viraje formidable en medio de una aparatosa violencia social a partir de un estallido que nadie había previsto: ni el gobierno, ni los partidos, ni las izquierdas, ni los revolucionarios profesionales, ni los mismos protagonistas de la revuelta en las calles. El nuevo régimen iniciaba su andadura con gran desconcierto, en estado de shock, en medio del espejismo de que, a partir de la abdicación del zar, todo tuviera la apariencia de encarrilarse por sí solo. Parecía que los soldados regresaban a sus cuarteles, los obreros a las fábricas. Fuera de las ciudades, los campesinos permanecían tranquilos. En realidad, la Revolución que había comenzado con las protestas del 23 de

febrero por la carestía de pan no había hecho variar en nada la situación en el agro. Los campesinos confiaban en que las nuevas autoridades sancionaran la posesión de la tierra que habían arrendado y cultivado a fondo durante la guerra y que les había supuesto buenos beneficios. La movilización había hecho desaparecer el excedente de mano de obra, y de momento los soldados seguían en el frente. Además, en muchas zonas se utilizaba a prisioneros de guerra como mano de obra gratuita. Esa situación de calma chicha se completaba con la muy extendida ignorancia de lo que estaba sucediendo en la capital. Entre una población agrícola ampliamente analfabeta, cuando todavía no existía radio, solo la prensa como medio de comunicación y aun así con importantes problemas de distribución, los campesinos no sabían dónde terminaba la Duma y comenzaba el gobierno, el Soviet no se entendía como concepto, sobre la Asamblea Constituyente prevalecía una idea confusa y más de la mitad de la población rural ni siquiera sabía lo que estaba sucediendo[408]. Por el momento, la Revolución no había llegado al campo, aunque una declaración del 19 de marzo planteaba la necesidad de la reforma agraria como asunto a incluir en los debates de la Asamblea Constituyente.

Incluso las nacionalidades del Imperio, que súbitamente retomaron su actividad donde la habían dejado en 1905, se mostraron cautelosas o abiertamente colaborativas con el gobierno provisional. Dado que Polonia estaba por entonces en territorio ocupado por los alemanes[409], uno de los focos de movilización nacionalista virulenta en 1905, había desaparecido en el panorama de la Revolución de 1917. Finlandeses y bálticos fueron por entonces los más exigentes; pero la Dieta de Helsinki solo iba a dar importantes pasos durante el verano, mientras que los países bálticos estaban, en parte, bajo ocupación alemana o en plena línea del frente. Y los demás, comenzando por Ucrania, que eligió su propio Consejo Central, la Rada o parlamento, a la manera de la Duma, declararon su apoyo al gobierno provisional en Petrogrado, desde el Cáucaso a Siberia. En cuanto a los combativos georgianos, tenían a dos representantes encumbrados en el Soviet capitalino: Chjeidze y Tsereteli. Debe tenerse en cuenta que los nacionalistas, muy escasos todavía en número, apenas poseían apoyo de las masas, y que los partidos de izquierda, especialmente los *eseristas,* eran

partidarios de la federación o, en el caso de los mencheviques, de la autonomía[410].

En el centro del nuevo poder, en Petrogrado, las relaciones entre el nuevo gobierno y el Soviet resultaban singulares por ser completamente novedosa la fórmula de la bicefalia de poder entre dos organismos tan dispares entre sí. Y además, literalmente, tenían días de vida. Pero de momento no evolucionaba hacia peor; se había conseguido una cierta estabilidad según la cual el gobierno provisional respaldaba iniciativas del Soviet, como la creación de comités de fábrica y taller que se extendieron por todas las unidades productivas de Rusia en muy poco tiempo. El 23 de abril se legalizaron esos comités y los logros que habían obtenido en poco tiempo, como la implantación efectiva de la jornada de ocho horas o las juntas de arbitraje. Esto era importante, porque normalizaba la capacidad productiva del imperio en un momento muy delicado y proveía de fuerza representativa obrera real a los soviets. En todo caso, el gobierno había accedido en parte porque de esa forma desviaba la petición de que los comités pudieran controlar la dirección de las empresas, algo que tenía una significación política mucho más radical que sindical.

En el fondo, lo que gobierno provisional y Soviet se respetaban mutuamente era la incapacidad de cubrir la parcela de autoridad que controlaba el otro. Era un equilibrio de atribuciones, como dos cojos que se apoyaran mutuamente para caminar. Además, contaba el hecho de que los soviets y comités estuvieran controlados básicamente por mencheviques y socialistas revolucionarios. Entre ellos predominaba la tendencia a considerar que la sociedad rusa no estaba preparada para una revolución socialista. Antes había que dar tiempo a que evolucionara la etapa burguesa de desarrollo. Por lo tanto, la voluntad del Soviet no era la de hacer descarrilar al gobierno provisional; prevalecía más bien la actitud de defender lo ganado y conseguir lo que fuera posible ir obteniendo, paso a paso. En cierta manera, al final se había retomado el espíritu de la contundente huelga general de 1905: clases medias y populares uniendo sus fuerzas pero esta vez ya habiendo vencido al zar y su autocracia, definitivamente.

Incluso en sus manifestaciones externas. El ambiente que se vivía en aquellos días de marzo y abril de 1917 recordaba al que Iliá Repin había retratado en su luminoso cuadro dedicado, precisamente, al 17 de octubre de 1905. La huelga general de entonces y la Revolución de Febrero habían sido explosiones sociales espontáneas, que nadie había sabido prever, ni siquiera las izquierdas más radicales. El entusiasmo en las calles era muy similar, mezclándose euforia con una exaltación que a veces bordeaba el misticismo. En muchos casos se hablaba de revolución patriótica y de un nuevo *sobornost* o comunidad espiritual[411].

Pero esta situación de agradecido alivio tras ver cómo el mundo conocido se había tambaleado sin venirse abajo, característico de muchas revoluciones súbitas e inesperadas[412], no podía ser sino transitoria. De entrada, la cuestión fundamental que subyacía bajo aquel espejismo de marzo era la de la guerra. Las Jornadas de Febrero se habían llevado a cabo como una protesta contra la contienda pero también contra su gestión. En cualquier caso, el debate entre «defensistas» y «derrotistas» se había metido debajo de la alfombra porque aquel había sido un breve conflicto intestino ruso dentro de la Gran Guerra. Pero con la abdicación del zar —al que se había acusado de apoyar o no poder impedir una salida del conflicto en beneficio de los alemanes— el asunto volvía a salir tercamente a la superficie. Ha sido habitual criticar a los componentes del gobierno provisional, comenzando por el irresoluto y hasta buenista príncipe Lvov; y esto era producto de la tendencia de muchos historiadores a aislar la Revolución rusa de la Gran Guerra, a cerrarla en sí misma y sus dilemas políticos reales o imaginarios, olvidando la verdadera cuestión, acuciante y terrorífica, de la cual era imposible desentenderse.

Era evidente que la mayoría de los ministros del gobierno provisional deseaban continuar con la guerra. De hecho, algunos habían tenido que ver con las presiones sobre el zar para que la declarara en 1914, en persecución de la gran misión histórica y geoestratégica de Rusia: el control de los Estrechos, la destrucción del Imperio otomano, la recuperación de Constantinopla; y por entonces, de hecho, seguían trabajando incansablemente en ese proyecto militar. Pero más allá de eso, para ellos no había otra opción lógica que no fuera la de seguir en el bando de la Entente

hasta la previsible victoria, cuando acababan de entrar en guerra los Estados Unidos, con una bendición especial para la Rusia republicana. La cuestión no era convocar elecciones o sacar adelante la Asamblea Constituyente, sino cómo sobrevivir en pie de guerra hasta el final del conflicto. Si se perdía, no había nada más que discutir: se perdía la revolución con la derrota. Si se ganaba, sobre la victoria se construiría la revolución. Y mientras tanto, todo quedaba aplazado. Existían razones prácticas para ello: no era factible organizar un censo electoral con centenares de adultos en edad de votar en pleno frente de batalla. Por otra parte, la revolución y sus frutos debían ser el aliciente para que la ciudadanía en armas la terminara de conquistar con la victoria en las trincheras.

Por encima de todo ello estaban los aliados, que seguían con gran ansiedad el curso de la revolución. Los británicos, en particular, monitorizaban los movimientos de los exiliados más radicales, opuestos a la guerra. Elaboraron listas de unos y otros. A Plejánov le facilitaron el regreso a Rusia porque estaba por la continuación de la lucha: llegó en un acorazado acompañado por seis socialistas, británicos y franceses, para reforzar ese mensaje[413]. Por el contrario, la potente red de inteligencia británica en Nueva York, desde el sur de Manhattan, dirigida por William Wiseman, uno de los ases del espionaje del MI1c (British Military Intelligence, Section 1), no solo vigilaba de cerca a los nacionalistas irlandeses e indios que colaboraban en su lucha contra el Imperio: tampoco le quitaba la vista de encima a Trotski, recién llegado a la ciudad[414].

A pesar de esta actividad y de que los británicos comenzaron a trabajar enseguida en reorganizar y ampliar su red de agentes en Rusia, buscando la colaboración americana, lo cierto era que estaban jugando a la defensiva, mientras los alemanes llevaban una gran ventaja por su superior conocimiento del terreno que pisaban.

El origen de todo ello estuvo en la inestimable ayuda de Alexander Helphand, «Parvus». Detenido durante los momentos finales de la revolución de 1905, logró escapar en septiembre del año siguiente cuando era conducido al confinamiento en Siberia. Desde San Petersburgo se dirigió a Alemania, donde se reencontró con los socialistas alemanes, quienes le brindaron una calurosa acogida. En ese tiempo, Parvus redactó

algunas obras excelentes: un incisivo estudio sobre el imperialismo finisecular: *La política colonial y el colapso* (1907)[415] y una contribución visionaria a la teoría del socialismo en dos volúmenes.

Sin embargo, su relación con Trotski ya no era la de 1904. En poco tiempo, este había madurado y el vínculo discípulo-maestro se había ajado. Parvus intentó introducirlo en los círculos socialistas alemanes, donde le presentó a Karl Kautsky y empezó a colaborar como corresponsal en los diarios *Neue Zeit* y *Vorwärts*, cosa que molestó mucho a Lenin. Sin embargo, Trotski no mostró mucho entusiasmo y terminó yéndose a Viena a final de año. Además, su interpretación sobre la revolución permanente, que tanto le debía a Parvus, había evolucionado. Ahora era más entusiasta y señalaba la posibilidad de que la revolución podría llevar a la clase trabajadora al poder de forma directa, sin esperar a que se cumpliera la fase previa de desarrollo capitalista en la cual la clase obrera llegaría a ser la mayor parte de la población. Sin embargo, Trotski creía que el proletariado ruso necesitaría del apoyo directo del europeo para poder retener el poder; Parvus consideraba que su amigo era demasiado optimista sobre las capacidades y disposición del movimiento obrero europeo[416]. Con todo, estas diferencias ponían de relieve hasta qué punto había calado la idea de que la revolución internacional permanente había ido ganado terreno entre los bolcheviques.

Posiblemente, el desencuentro con Trotski favoreció su alejamiento de los círculos de la emigración rusa de izquierdas; y estos también le correspondieron con un trato frío. Al fin y al cabo, la Revolución de 1905 había sido un fracaso desde una perspectiva socialista; y en los ambientes de exilio, los camaradas que iban por su cuenta no eran plato de gusto, como era el caso de Parvus; y menos si tenían una capacidad analítica aguzada. Además, se había hablado y discutido mucho antes de 1905, y a la hora de la verdad se había actuado poco o mal. Las cosas se torcieron aún más debido a un pleito propiciado por el propio desorden vital de Parvus. En 1902, se había hecho con la gestión de los derechos de autor y parte de la promoción de las obras de Gorki en Europa occidental; en otoño de ese mismo año se estrenó su obra de teatro *Los bajos fondos en Alemania,* con gran éxito de público y más de 500 representaciones. Una parte de los

derechos de autor iba a beneficio del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia; y cuando a finales de 1905 los bolcheviques reclamaron ese dinero —necesario para cubrir pérdidas generadas durante la revolución— Parvus no pudo abonarlo y tuvo que hacerlo su socio, el socialista polaco Julian Marchlewski.

El lamentable impago deterioró mucho las relaciones de Parvus con los exiliados rusos y también dejó menoscabada su imagen entre los alemanes y polacos. Pero lo que le llevó a abandonar Alemania no fue este escándalo, sino las críticas a su mucho más meritorio trabajo intelectual. En *Estado, industria y socialismo* (1909) y *La lucha de clases del proletariado* (1910), Parvus no solo hacía contribuciones novedosas al análisis de la estrategia revolucionaria. En aquellos nuevos tiempos y tras la experiencia vivida en 1905, abogaba por el recurso a «todos los medios posibles de lucha política, puesto que la revolución no es un método de lucha, sino un proceso histórico». Como teórico de la acción revolucionaria, Parvus buscaba integrar las diversas tendencias que bullían en el partido en un solo plan[417]. Además, advertía, con su característica capacidad premonitoria, contra los peligros inherentes a un todopoderoso Estado socialista[418].

En 1909 y 1910, los renovadores trabajos de Parvus levantaron una importante polvareda en el ambiente ordenado pero también acartonado de la socialdemocracia alemana, que arrastraba pesadas herencias decimonónicas y no había pasado por el vendaval de 1905. Como todas las premoniciones, llegó antes de tiempo y su autor fue tildado de extravagante y hasta algo chiflado. Tuvo pocos defensores, entre ellos su amiga íntima Rosa Luxemburg, más por cariño que por convencimiento. El desengaño subsiguiente, después de dos años de trabajo, el final de las buenas relaciones con los camaradas alemanes y el creciente acoso de la policía decidida a mostrarse estricta con los exiliados rusos, le llevaron a poner tierra de por medio.

Tras mudarse a Viena, Parvus no tardó en dirigirse a Estambul, en noviembre de 1910, algo bastante lógico si se tiene en cuenta que hacía apenas dos años y medio de la Revolución de los Jóvenes Turcos y él había estudiado detenidamente el fenómeno del imperialismo. Inicialmente la estancia iba a ser corta, pero Parvus permaneció en el Imperio otomano

cuatro años. Allí, su vida dio un vuelco. Primero trabajó con socialistas balcánicos, especialmente con el búlgaro Christian Rakovski, que devendría célebre durante la Revolución. Sin embargo, en un momento determinado, Parvus emprendió sus propios negocios que en poco tiempo le depararían una considerable fortuna.

Las transacciones de Parvus eran de un tipo que, forzosamente necesitaban de protección gubernamental y lo implicaban con el resbaladizo mundo de los servicios de inteligencia: abastecimientos para el Ejército otomano, armas. Empezó comerciando con maíz y terminó trabajando con la empresa Krupp y con el todopoderoso sir Basil Zaharov, el greco-ruso presidente de la Vickers Company, especializada en equipos militares. El gran éxito de esta empresa fue la comercialización de la ametralladora Maxim, la primera que se fabricó a gran escala y que, paradójicamente, devendría un icono de la Revolución rusa. Lógicamente, los negocios con tales socios suelen dejar muy escasa documentación y por ello se conocen pocos detalles sobre las actividades de Parvus en esos años; pero está claro que su fortuna coincidió con las guerras balcánicas de 1912-1913.

Sin embargo, esas actividades no le apartaron de sus planes revolucionarios. Por el contrario, fueron la prueba de sus teorías sobre la necesidad de llevar a cabo la revolución por todos los medios posibles. La financiación era uno de ellos y sus actividades en el Imperio otomano le convencieron de que «el poder se puede alcanzar gracias al dinero, y que el dinero se consigue a través del poder político»[419]. Esto le convertiría en un «maldito necesario», cuando sus camaradas lo juzgaran con raseros morales que no se aplicaban a sí mismos o sus discípulos: los desórdenes de la vida personal de Parvus no desentonaban con los de Trotski o el mismo Marx; y la máxima de que el fin justifica los medios, ampliamente aplicada por los bolcheviques durante la Revolución de 1917, se trasladó a la construcción del Estado soviético y a la élite social y moral de los *siloviki*, los hombres de la seguridad y la inteligencia, defensores de la Revolución a cualquier precio. Estas actitudes eran lógicas en unas personas que, como revolucionarios y enemigos del sistema no solían ajustarse a baremos vitales de clase media y orden burgués, incluso cuando, en un momento

dado, pudieran aprovecharse a fondo de las facilidades que les pudiera ofrecer.

En cualquier caso, Parvus no fue exactamente un oportunista: él mismo se fabricó sus oportunidades en base a sus propios planes. Al tiempo que desarrollaba sus negocios, estudiaba la economía del Imperio otomano y escribía análisis críticos contra determinados aspectos de su política económica y social en la misma prensa de los Jóvenes Turcos, especialmente en el diario oficialista y panturco *Türk Yurdu*, dirigido por el tártaro de origen ruso Yusuf Akçura. Una década más tarde, esa aproximación definida por el propio director como «populista» hubiera resultado ideológicamente muy arriesgada[420]. Pero lo importante es que Parvus ganó respetabilidad pública y buenos contactos en la cúpula del régimen otomano, sin abandonar sus ideas socialistas y denunciando el imperialismo de las grandes potencias europeas. Por ello, a poco de sumarse el Imperio otomano al bando de los centrales en la Gran Guerra, Parvus se reunió con el embajador alemán Hans Freiher von Wangenheim el 9 de enero de 1915, y le propuso un plan para socavar la permanencia de Rusia en la contienda, apoyando a los revolucionarios de izquierda dentro y fuera de su territorio. La lectura del informe que el diplomático remitió a Berlín es interesante por su detalle y a la vez porque refleja cómo Parvus realizó la propuesta desde una estrategia revolucionaria, buscando una base común entre los intereses alemanes y aquellos de los revolucionarios rusos[421]. Estaba convencido, desde un principio, de que la única manera de dar una oportunidad a la revolución en Rusia era a partir de una derrota militar catastrófica contra los Centrales. Eso provocaría la caída del zarismo y la secesión de las nacionalidades del Imperio.

Aunque Parvus ayudó a los Centrales en la tarea de reclutar países neutrales, como Bulgaria o Rumanía a partir de la propaganda en los débiles círculos socialistas o apoyando la recién creada Unión por la Liberación de Ucrania desde territorio del Imperio austrohúngaro, la principal contribución de Parvus fue un detallado memorándum titulado: *Plan para la Revolución rusa* (entregado el 9 de marzo de 1915 en el Ministerio de Asuntos Exteriores, en Berlín)[422] que debían impulsar los socialistas rusos, con apoyo logístico y financiero de Berlín. El informe, aunque preliminar,

era prolijo en sus más de doce páginas. Aportaba datos y consejos para impulsar huelgas generales políticas, organizar conferencias de líderes socialistas y nacionalistas, cómo explotar el descontento en Siberia, agitar a los expatriados rusos en Norteamérica, el campesinado ucraniano, el nacionalismo finlandés, los del Cáucaso, así como la guerra santa entre los chechenos y otros pueblos de la zona, organizar campañas de prensa. Parvus daba datos y nombres, hacía recomendaciones operativas precisas e incorporaba toda su experiencia en la Revolución de 1905. El memorándum era una mina y ni siquiera un maestro del espionaje como el coronel Akashi, durante la guerra ruso-japonesa, hubiera podido producir algo con tal valor. En conjunto, la colaboración de Parvus fue un as en la manga de los alemanes, que tuvieron desde el comienzo de la guerra un verdadero «quién es quién» del intrincado exilio ruso; una ventaja de la que no disponían los británicos cuando estalló la revolución de febrero en 1917. De hecho, ya habían comenzado a jugar esa carta a raíz de que, tras la ofensiva de 1915, Nicolás II rechazara una salida negociada al conflicto.

La iniciativa de esta operación corrió a cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Auswärtiges Amt) aunque con la supervisión y concurso ocasional del Estado Mayor de las fuerzas armadas a través del diplomático Kurt Riezler. Quien se mantendría en contacto habitual con Parvus sería otro diplomático, Diego von Bergen, quien poco más tarde devendría embajador ante la Santa Sede. Y el dinero comenzó a fluir. Parvus había pedido un millón de marcos, y el 11 de marzo ya se había aprobado una transferencia de unos dos millones para el fomento de la propaganda revolucionaria. El 6 de julio, el secretario de Estado de Asuntos Exteriores le requería cinco millones más a su homólogo del Tesoro[423]. Para entonces, durante el mes de junio, Parvus había trasladado su centro de operaciones a Copenhague donde trabajaba con la Embajada alemana bajo la protección del plenipotenciario Ulrich von Brockdorff-Rantzau[424]. Organizó su propia red de inteligencia, bajo cobertura de una firma comercial que llevaba a cabo negocios de exportación-importación entre países en guerra (Alemania y Rusia) a través de Escandinavia. Pero, sobre todo, la red aprovechaba la «ruta subterránea del Norte» que habían utilizado los revolucionarios rusos durante años, y que pasaba territorio danés y sueco para acceder al Imperio

a través de Finlandia y los Países Bálticos[425]. El servicio de inteligencia japonés había trabajado en la misma zona, diez años antes, porque además aprovechaba los contactos que proveían los nacionalistas finlandeses y bálticos. Con todo, la actividad de Parvus en Copenhague no se limitó a su misión para con Berlín. Fundó varias empresas comerciales, muy rentables, cultivó fructíferas relaciones con los sindicatos daneses y creó un Instituto para las Consecuencias Sociales de la Guerra, cuya existencia el mismo Brockdorff-Rantzau tardó en conocer[426]. Diseñó un plan para hacer que Dinamarca se abasteciera de carbón y no fuera tan dependiente de las exportaciones de Gran Bretaña, y hasta trabajó con la Marina alemana en los intentos de sabotear los intentos rusos por poner en pie una flota del mar Negro capaz de atacar Estambul, algo que Parvus recomendaba evitar por todos los medios por lo que podía tener de victoria moral para los rusos.

Ese mismo centro de operaciones fue el que utilizó el gobierno alemán para buscar una negociación con el zar en 1915 y para los contactos del año siguiente. Confluían allí todo tipo de mensajeros y agentes, algunos al servicio de los revolucionarios rusos, otros al de los nacionalistas finlandeses o bálticos, de los servicios de inteligencia británicos, alemanes o rusos y todo tipo de dobles o múltiples juegos. Los contactos entre los revolucionarios exiliados en Suiza y territorio ruso pasaban por esa zona en aquellos tiempos de guerra. Este canal sirvió para introducir fondos destinados a los revolucionarios y también para obtener información sobre la situación en el Imperio.

Sin embargo, conforme pasaban los meses, la prometida revolución rusa subvencionada por los alemanes no estallaba. La promesa de hacerla coincidir con el aniversario del Domingo Sangriento en enero de 1916, terminó en un fracaso, y ya por entonces en el Auswärtiges Amt cundía la desilusión y los fondos quedaron congelados. La situación cambió radicalmente a partir de la inesperada Revolución de febrero, en 1917. También lo fue para los alemanes que, ante la velocidad de los acontecimientos, no sabían muy bien qué hacer. Una vez más, Parvus se movió con decisión: telegrafió desde la Embajada alemana en Copenhague, vía Brockdorff-Rantzau haciendo una serie de recomendaciones, marcando tempos y proponiendo no lanzar ninguna ofensiva que pudiera dar lugar a

reacciones patrióticas de defensa en el bando ruso. Eso podría hacerse en tres meses, pero hasta entonces había que dejar que la situación política se cociera en su propio caldo de contradicciones. Mientras tanto, era importante enviar a Lenin a Petrogrado.

Por entonces, el líder bolchevique, junto con otros revolucionarios exiliados de diversas tendencias, se encontraba en Zúrich, completamente aislado en la neutral Suiza, rodeada de países en guerra. Resultaba imposible regresar a Rusia como no fuera a través del territorio de Alemania, país que aún estaba en guerra con Rusia y su nuevo gobierno provisional.

Se ha especulado con la autoría del plan para sacarlo de Zúrich y llevarlo hasta Petrogrado de incógnito. Después de trabajar durante dos años en el intento de prender la revolución en Rusia, los mismos alemanes, e incluso el canciller Bethmann-Hollweg, tenían muy presente qué significaba Lenin y ya a comienzos de abril envió instrucciones a la Embajada en Berna para establecer contactos con los exiliados rusos en Suiza. Pero para entonces Parvus ya se le había adelantado y estaba haciendo todas las gestiones para enviar a Lenin sin tardanza. Él tenía la capacidad, la experiencia y los contactos en todas partes para impulsar la operación en el menor tiempo posible. Por el bando alemán recurrió esta vez al Estado Mayor; por el lado bolchevique contó con la ayuda del administrador de una de sus empresas, un militante de origen polaco muy cercano a Lenin: Yakob Ganetsky, también conocido como Jakub Fürstenberg, nombre en clave «Kuba», que había sido el enlace secreto con el líder bolchevique; asimismo, participaría en la negociación Karl Radek, otro revolucionario bolchevique nacido en Lvov, pero de origen judío lituano, muy bien relacionado con la izquierda alemana. El traslado, aunque delicado, no era nuevo; ya se había planteado algo así durante el verano de 1915 y, mientras tanto, exiliados revolucionarios rusos habían llegado a Dinamarca para colaborar con Parvus provistos de pasaportes falsos suministrados por los alemanes.

Inicialmente se le hizo una oferta a Lenin para que viajara tan solo en compañía de su más valioso lugarteniente entonces, Grigori Zinóviev. Una torpeza por parte de Parvus: un viaje tan exclusivo lo señalaba a ojos de las autoridades rusas y del resto de los revolucionarios como un sospechoso

«exclusivo», un verdadero agente de los alemanes. Además, podría ser arrestado en la frontera rusa. Pero Lenin no podía aguantar más tiempo en su apartamento de Zúrich, como una fiera enjaulada o un corcho en una botella —en expresión de Parvus—. Había aprendido la lección de 1905, y esta vez no llegaría tarde.

Por lo tanto, hizo extensiva la invitación a viajar en el tren alemán al resto de los exiliados rusos de los diversos partidos. Mencheviques y *eseristas* declinaron la invitación al no haber obtenido respuesta del gobierno provisional ruso sobre la autorización para ingresar en territorio ruso. Al final, Lenin se decidió: se arriesgaría a volver a Petrogrado. De esa forma quedó apalabrado que viajarían en el convoy 32 revolucionarios bolcheviques. El tren iría rigurosamente sellado: se componía, en realidad, de dos vagones: uno para los viajeros, con ocho compartimentos, y otro para los equipajes. En el primero, la zona para el pasaje ruso quedaba separada de la ocupada por los oficiales alemanes por una línea de tiza trazada en el suelo: nadie podría traspasarla. Junto con los revolucionarios iría un socialista suizo, un hombre neutral que llegado el caso podría hacer de intermediario o «solucionador»: Fritz Platten.

Lenin y su gente salieron de la Banhof Zúrich el 27 de marzo/9 de abril con destino a Alemania. La noticia de la operación de había extendido por todas partes y en los andenes los despidió una multitud hostil con gritos de: «¡Traidores, espías, provocadores!». El convoy arrancó a las 15:10. Poco tiempo después, ya al otro lado de la frontera, en la pequeña localidad alemana de Gottmadingen, ingresaron en el verdadero «tren sellado». Desde allí, el periplo continuaba por Mannheim, Fráncfort, Berlín y por último, Sassnitz, una pequeña localidad costera, de vacaciones, en la isla de Rügen, a cuyos *Acantilados blancos* le había dedicado un célebre cuadro el pintor Caspar David Friedrich, un siglo antes[427]. Desde allí, un transbordador los llevó a territorio sueco.

El viaje había transcurrido sin mayores incidentes, aunque muy lentamente, perdiendo días enteros en vías muertas: seis días para hacer algo más de 1.100 kilómetros y Lenin organizando incluso los turnos para ir a los servicios[428]. Por el camino se puso de relieve que las autoridades alemanas intentaban negociar con los bolcheviques una primera promesa de

acuerdo de paz. Primero, dando permiso para subir al tren al dirigente sindicalista Wilhelm Janson en Stuttgart[429]. Después, a través de Parvus, intentando organizar una reunión con dirigentes socialistas alemanes en Malmö, Suecia. Pero a la hora de la verdad, ninguno se mostró favorable. Dejaron que les representara Parvus, pero Lenin declinó firmemente cualquier tipo de encuentro con los alemanes —a los que veía como unos chovinistas—, y menos aún con el mismo Helphand. Esto había sido una iniciativa ingenua, fruto del afán de este por manipular a Lenin. En realidad, el bolchevique no se podía permitir que las autoridades rusas supieran que había tenido contactos con el enemigo en su propio territorio; o, peor aún, comprometerse y quedar a merced de él. Algo que había tenido claro desde un principio, cuando se había negado a colaborar con Parvus, al menos de manera abierta. Eso fue lo que parece que se pactó en una reunión a puerta cerrada que mantuvieron ambos en Zúrich, en el apartamento de Lenin, en mayo de 1915[430]. Aun así, y dejando de lado los rumores e historias sin documentar sobre colaboraciones puntuales de Lenin con la inteligencia alemana, sí es cierto que el líder bolchevique se había guardado una carta en la manga manteniendo un discreto contacto con Parvus a través de su hombre de confianza Ganetsky/Fürstenberg[431]. Por otra parte, recientes trabajos de historiadores rusos, como Dimitri Bolkogonov, que han podido rastrear archivos rusos, confirman que si bien los exiliados bolcheviques en Suiza vivían muy precariamente, llegaron fondos para el partido en Rusia a través de la red de Parvus, especialmente a partir de la exportación de productos farmacéuticos e higiénicos alemanes, cuyos beneficios no regresaban a Dinamarca, sino que iban a financiar a los bolcheviques. Esa forma de trabajar no dejaba rastros, aunque sí existía una agente que manejaba esos fondos en Rusia a través de una cuenta del Banco de Siberia: Yevgeniya Sumenson, supuesta familiar de Ganetsky/Fürstenberg[432]. Según Bolkogonov, Lenin tenía que conocer, forzosamente, la existencia de esta red. Es más: recientemente McMeekin recordó que para el viaje de Lenin a Petrogrado el gobierno alemán aprobó un desembolso de cinco millones de marcos en concepto de «operaciones iniciales» en Rusia[433].

En realidad, a Lenin le preocupaban varias cosas en relación a Helphand. Sabía que si accedía a la financiación alemana, no solo obtendría el rechazo

de las autoridades rusas (las zaristas o las republicanas) sino de la misma población rusa y del resto de los partidos de izquierda. Ya tenía bastantes problemas con los sentimientos antisemitas, ante el hecho de que prácticamente toda la directiva bolchevique en el exilio estaba compuesta por judíos, muchos de ellos polacos. Pero, sobre todo, la mayor amenaza era la de perder el control del partido, aislado de él en la lejana Zúrich, mientras recibía (quizá) fondos alemanes e intentaba adaptarse como podía a las muy difíciles circunstancias que marcaba la represión zarista y luego las tensiones con la Duma, el gobierno provisional y los mencheviques y *eseristas* que llevaban la voz cantante en los soviets.

El mismo Parvus era un peligroso competidor potencial. No era un político, y menos aún, un líder. Fue un ideólogo brillante, un socialista convencido y sobre todo un hombre especialmente dotado para los negocios y las labores de inteligencia. Pero durante la revolución se produjo un intenso tráfico de ideas, oportunidades e intentos. Y en ello, el inconformista e indeseable Parvus tuvo un papel destacado como traficante: tanto con información, como con dinero, oportunidades y con el destino de los bolcheviques. También con ideas: Trotski había tomado de él la teoría de la revolución continua. Lenin terminó por absorber parte de ella porque, desde luego, le interesaba y mucho lo que escribía Parvus: reseñó su obra *El mercado mundial y la crisis de la agricultura* e hizo que se tradujera *La política colonial y el colapso*, ya en 1908. Sin embargo, para Lenin eso no era suficiente para abrir el corazón ante nadie; al fin y al cabo, las tensiones ideológicas que mantuvo con uno de los mejores teóricos del partido, Nikolái Bujarin, no le impidieron incorporar parte de su teoría sobre *La economía mundial y el imperialismo* (1915) en su propia obra seminal: *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1916). Por todo ello, Lenin marcó distancias y nunca más se arriesgó con Parvus. En cierta manera, desde 1915 se había establecido una doble competición por ver quién manipulaba a quién, y Lenin la terminó ganando. Alexander Helphand moriría en Alemania en diciembre de 1924, once meses después del fallecimiento de Lenin, sin haber vuelto a pisar de nuevo su Rusia natal.

A su llegada a Estocolmo, los exiliados recibieron la calurosa acogida del alcalde de la ciudad que les organizó un banquete. En la capital sueca

compraron ropa nueva y tomaron el tren hacia la frontera con Finlandia, a la sazón territorio del Imperio ruso. En el remoto paso aduanero de Torneå, en plena «ruta subterránea del Norte», les esperaba la última prueba: el agente de inteligencia británico Harry Gruner, dispuesto a impedir la llegada de Lenin a Petrogrado y con autoridad delegada para hacerlo. Recién caída la noche del 2 de abril de 1917, aún nevando, el oficial descubrió la presencia de Lenin entre el grupo de refugiados rusos que volvían su país. Pidió por telégrafo instrucciones al gobierno, y esperando la respuesta registró e interrogó detenidamente a los inquietantes pasajeros. Todos fueron desnudados y escrutados, no se libraron ni los juguetes de los niños[434]. Finalmente, llegó la respuesta de la capital: legalmente, bajo el nuevo gobierno democrático, podían acceder a territorio ruso[435].

---

405 Trotski (1985) I: pp. 130-131.

406 Para entonces Kérenski había regresado a la militancia social-revolucionaria tras dejar atrás a los *trudoviki*. En 1912, a fin de poder ser elegido diputado a la cuarta Duma, abandonó el partido SR —dado que había decidido boicotear las elecciones— presentándose como *trudoviki*.

407 Kérenski (1967): pp. 232-233.

408 Para un análisis de la situación en el campo: Kochan (1968): pp. 367-372. Los datos sobre el nivel de información de la población campesina procedían de una encuesta llevada a cabo en 27 provincias.

409 Solo el 12 de septiembre de 1917, alemanes y austriacos otorgarían una suerte de autogobierno a Polonia, en torno a un consejo de regencia, compuesto por el arzobispo de Varsovia y dos aristócratas. Pasó a ser denominada: Reino de la Regencia (*Królestwo Regencyjne*).

410 Kappeler (2002): pos. 7372 a 7464.

411 Kolonitskii (1997).

412 Las mismas reacciones se vivieron tras las jornadas revolucionarias en Rumanía, en diciembre de 1989, por lo demás muy similares en desarrollo a las de febrero de 1917 en Rusia. Nota de autor: Francisco Veiga.

413 Kochan (1968): p. 388.

414 Smith (2011): pos. 2903; Milton (2013): p. 43.

415 *Die Kolonialpolitik und Zusammenbruch*, Verlag der Leipziger Buchdruckerey R. G., Leipzig, 1907. En esta obra recomendaba el libre comercio como antídoto contra la catástrofe que se avecinaba por causa de la carrera imperialista.

416 Zeman y Scharlau (1965): pp. 109-111.

417 Ibíd., pp. 114-115 y 117.

418 Ibíd. pp. 119-120.

419 Zeman y Scharlau (1965): p. 128.

420 Para un análisis sobre las actividades de Parvus en Estambul: Karaömerlioğlu (2004). Para sus escritos e investigaciones en el Imperio otomano, vid. pp. 151 y ss.

421 Telegrama nr. 76 / A934, Berlín, 9 de enero de 1915; del subsecretario de Estado al secretario de Estado. WK 11c secr, volumen 3. Zeman (1958): pp. 1-2.

422 Memorándum del Dr. Helphand, 9 de marzo, 1915; A8629 en WK 11c secr, vol. 5; Zeman (1958): Anexo 1, pp. 140-152.

423 Del secretario de Estado de Asuntos Exteriores al secretario de Estado de Tesorería, Berlín, 6 de julio de 1915 – AS 3530; WK 11c, vol. 7; Zeman (1958): pp. 3-4.

424 Zeman y Scharlau (1965): pp. 166-167; Schurer (1959): p. 232.

425 Futrell (1963). Más que un trabajo sistemático, el autor reúne diversas historias y anécdotas relacionadas con los revolucionarios que se movían por la «ruta subterránea del Norte» a partir de una paciente investigación que incluye entrevistas con fuentes orales.

426 Zeman y Scharlau (1965): pp. 194-195. Algunas de esas empresas mantenían negocios en Rumanía, Bulgaria y el Imperio otomano.

427 En 1988 se estrenó una serie televisiva italiana dedicada a este evento: *El treno de Lenin* (dir. Damiano Damiani) de 3 horas 28 minutos de duración. Información bibliográfica sobre el viaje en: Pearson (1975) y (2001).

428 Service (2010a): p. 289.

429 Service (2010a): p. 288.

430 Zeman y Scharlau (1965): pp. 157-159; Volkogonov (1994): pos. 2549.

431 Ibíd., pp. 162-163; en realidad hubo más bolcheviques cercanos a Lenin en la red de Parvus, como el abogado Mecheslav Kozlovsky, que viajaba a menudo entre Petrogrado y Estocolmo.

432 Volkogonov (1994): pos. 2593.

433 McMeekin (2016): p. 83 en: Brenton (2016).

434 Pearson (2001): p. 154.

435 Milton (2013): pp. 40-42.

CAPÍTULO 20

# PRIMERA CRISIS EN EL DOBLE PODER
# 18 a 21 de abril

Lenin llegó a la Estación de Finlandia, Petrogrado, distrito de Viborg, el 3/16 de abril, pasadas las once de la noche. Era un lunes, al día siguiente de la Pascua ortodoxa, y aún prevalecía algo del ambiente de esa fiesta tan importante en la cultura de la Ortodoxia. Además, muchas personas solían acudir a la estación donde aquellos días se daba la bienvenida a los exiliados que regresaban. Pocos días antes, por ejemplo, había llegado Plejanov, en parecidas circunstancias; o los desterrados de Siberia, en la estación de Kursk. Cinco días después de la llegada de Lenin le tocaría el turno al líder *eserista* Victor Chernov, dato que se suele olvidar. A todos ellos se les acogía con honores, daban un discurso y muchas veces se distribuía bebida gratis entre los asistentes, de ahí que no toda la multitud que llenaba la plaza frente a la estación tenía una clara noción de quién era Lenin. De hecho, era aún poco conocido y los bolcheviques eran minoritarios en el Soviet, aunque tuviera seguidores apasionados. Aquella noche, la escenografía no difería de la que nos ha reproducido tantas veces el realismo socialista con marcada teatralidad: banderas rojas desplegadas, arcos dorados sobre los andenes, soldados y marinos armados, un reflector en el exterior y autoametralladoras de la División Blindada[436], afectos a los bolcheviques.

Tras descender del tren en medio de ovaciones y multitudes cantando *La Marsellesa* con estrofas en ruso, Lenin dirigió unas palabras a los guardias de honor, marinos procedentes de la base de Kronstadt, y fue conducido a la sala de honor que dos meses antes estaba reservada al zar. El menchevique Chjeidze, en representación del Ispolkom, presidía el comité de bienvenida. Pronunció un discurso de compromiso en el que invitó al recién llegado a

unirse en la defensa de la revolución «ante cualquier amenaza de dentro o de fuera». Lenin respondió apelando a la revolución socialista mundial.

Desde aquel primer momento, Lenin empezó a dejar muy claro qué era lo que pretendía. Su actitud era la de que todo aquel acto no iba con él. Al concluir salió con sus partidarios de la estación, subió a un autoblindado y desde lo alto dio un discurso a los obreros y soldados congregados en la amplia plaza empedrada. Su silueta «fornida, baja, vulgar»[437] transmitía una sensación de energía que suplía a su discurso, que ni siquiera se escuchaba bien. Pero en los tres casos había apelado a la necesidad de una revolución mundial, arremetiendo contra el gobierno provisional: había engañado a todos, no había que prestarle apoyo.

Hasta sus más allegados, su propia esposa incluida, estaban sorprendidos de su agresividad verbal. Pero Lenin había empezado su guerra particular y solo había comenzado a enunciar sus objetivos más destacados. Aquella noche también le interesaba transmitir la impresión de que había regresado para retomar el control del partido. Ya en territorio finlandés, tras leer los primeros periódicos rusos, había empalidecido: Iósif Stalin y Lev Kamenev, tras regresar de Siberia, se habían posicionado al frente del partido, marcando una pauta moderada y conciliadora hacia el gobierno provisional, otorgándole su confianza e incluso hablando de reconciliación y reunificación con los mencheviques. Eso era, sencillamente, intolerable: desde febrero Lenin acompañaba la lectura de la prensa con maldiciones hacia los mencheviques. Por si fuera poco, justo por entonces había salido a la luz que Román Malinovski, líder sindical metalúrgico, revolucionario en 1905, miembro del Comité Central de los bolcheviques y parlamentario en la cuarta Duma, había sido un infiltrado de la *Ojrana*. A pesar de las advertencias sobre su lealtad, Lenin siempre lo había defendido, y ahora resultaba que quedaba en ridículo ante la aparatosa traición de Malinowski.

Junto con este objetivo, apenas mencionado públicamente, Lenin llegó a Petrogrado con su célebre máxima: «¡Todo el poder a los Soviets!». Formaba parte esencial de las denominadas, por él mismo, *Tesis de Abril*, preparadas durante el viaje de regreso. Básicamente, se centraban en: a) Liquidar el gobierno provisional, de carácter burgués, y, con ello, deshacer el proyecto de democracia parlamentaria; b) Ceder todo el poder a los

soviets, esto es, reorganizar el Estado en torno al poder revolucionario de los diputados obreros e instaurar una dictadura del proletariado; c) Eso significaba, a su vez, ir a una revolución socialista de ámbito internacional y dar respuesta al problema de las nacionalidades en el Imperio ruso. Este extremo, subrayado por Lenin en sus discursos improvisados a la llegada de la Estación de Finlandia, solo se sobrentendía en las *Tesis de Abril* al propugnar la confraternización en el frente con el enemigo.

Este era el programa básico que Lenin iba a seguir en los siguientes meses, hasta tomar el poder; no ocultaba sus intenciones, todo estaba a la vista; y en eso radicaba precisamente su fuerza. Era un plan de operaciones, más que un programa ideológico y doctrinario. Si proponía la confiscación de las tierras de los latifundios era porque necesitaba sumar las fuerzas del campesinado a la revolución bolchevique y sabía que conforme avanzara la primavera, los campesinos movilizados como soldados estarían tentados de desertar en masa para no perderse la distribución de la tierra en el momento de la siembra. De la misma forma, propugnaba la potenciación de los soviets de proletariado campesino. Se refería explícitamente a la «creación de Soviets especiales de diputados campesinos pobres». Pero tampoco escondía que la propiedad privada de la tierra no era el objetivo de la revolución cuando propugnaba «la nacionalización de todas las tierras del país, de las que dispondrán los Soviets locales de diputados braceros y campesinos».

Otro asunto candente planteado en las tesis era la cuestión de las nacionalidades; aunque Lenin, al igual que el gobierno provisional, se oponía a cualquier tipo de secesión territorial y consideraba al nacionalismo como una fase caduca del capitalismo que sería superada en cuanto se estableciera el socialismo internacional, era muy consciente del potencial que el planteamiento de la cuestión le podía brindar para socavar el orden existente. Por ello, bajo el lema de «autodeterminación para todos, incluyendo el derecho a la secesión» ofreció la alternativa independentista, pero planteando un escenario económico y social desventajoso a los que optaran por abandonar una futura Rusia «democrática», de tal modo que se satisficiera el derecho a la autodeterminación pero primando la alternativa de la no secesión[438]. Por último, se incluían un puñado de tareas del

partido, que iban desde la celebración inmediata de un congreso que modificaría el programa a la iniciativa de construir una nueva Internacional socialista que dejara atrás la Segunda, liquidada por el fracaso de evitar el estallido de la Gran Guerra.

Todo ello denotaba, en buena medida, la capacidad de adaptación de Lenin a las circunstancias y a la búsqueda de un fin (la revolución) que justificaba los medios. Esto se percibía en la atención que dedicaba a los soviets, superando las dudas que había tenido sobre su utilidad en 1905 y posteriormente, al menos hasta 1907. Aun así, las formulaciones de Lenin dejaban en al aire ambigüedades referidas a las relaciones entre el soviet y un futuro gobierno revolucionario o, más aún, entre el soviet y el partido, por cuanto, según el mismo Lenin la integración de trabajadores, soldados y campesinos sería una alianza temporal para llevar a cabo tareas prácticas inmediatas[439]. Si se añade que los bolcheviques de Petrogrado desconfiaban de los soviets, resalta más el carácter instrumental de las *Tesis de Abril* que, de entrada, fueron rechazadas por el partido en la capital. La noche de su llegada a la Estación de Finlandia, muchos pensaron que Lenin se había vuelto loco; posteriormente, el diario *Pravda*, órgano oficial del partido relanzado por Stalin, Kamenev y Muranov, se negó a publicar las *Tesis;* aparecieron dos días más tarde pretextando fallos en la imprenta. Lenin no se dejó impresionar: compareció en el palacio Táuride, con escolta armada, y las presentó ante una asamblea de mencheviques y bolcheviques que asistían a la Conferencia de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia. A pesar de ello, el Acuerdo sobre las *Tesis de Abril* fue rechazado por el Comité Central de Petrogrado (8 de abril) por 13 votos en contra y solo 2 a favor.

Pero eso no desanimó a Lenin, que imponía sus ideas y su estrategia con gran velocidad; sabía lo que quería y actuaba con decisión. El gran problema en aquel momento, la piedra de toque de la situación política estaba en la continuación de la guerra. El mismo día en que Lenin salía de Suiza, comenzaba en Francia la ofensiva de Arras, lanzada por las tropas inglesas. Un semana más tarde, el general francés Robert Nivelle se empeñaba en su propio gran ataque con el que, decía, iba a terminar la guerra. Dos nuevas y descomunales batallas de desgaste que iban a durar

más de un mes arrojando cifras conjuntas de unas 345.000 bajas. Las presiones de la Entente para que su aliado ruso lanzara a su vez una ofensiva de apoyo —como se había acordado antes de la Revolución— eran muy fuertes.

En el gobierno provisional, algunos creían tener la solución: la quimera bélica rusa por antonomasia: un audaz golpe de mano para tomar Constantinopla. El 24 de diciembre de 1916, el zar Nicolás II había tenido tiempo de autorizar la formación de una gran unidad anfibia especial, la División del mar Negro, que incluía un Regimiento de Tzarigrad. En una fecha tan comprometida como el 21 de febrero, solo dos días antes de que empezara la Revolución, el entonces ministro de Asuntos Exteriores recomendaba que se llevara a cabo cuanto antes el ataque contra el Bósforo para que Rusia no se viera privada del botín por sus propios aliados en caso de que la guerra terminara ese año de 1917; es decir, por la llegada de los americanos o una gran ofensiva aliada[440].

En víspera de la gran ofensiva anglo-francesa de la primavera, el gobierno provisional, paralizados los grandes planes militares rusos por la situación política, decidió lanzar una finta: el 22 de marzo un escuadrón de la División del mar Negro compuesto por cinco o seis destructores, dos cruceros de batalla y tres buques portahidroaviones hicieron una breve incursión asomándose al Bósforo e intentando reconocer sus defensas costeras. Turcos y alemanes enviaron sus propios hidros y lograron repeler los vuelos de observación rusos[441]. La noticia de la operación pasó completamente desapercibida en el cargado ambiente político de la capital. Pero iba a tener consecuencias políticas.

A priori, desde un punto de vista estrictamente estratégico y como supuesto teórico, la idea de lanzarse a tomar Constantinopla y los Estrechos en la primavera de 1917, era redonda. Por supuesto, tenía un aliciente patriótico innegable para los rusos, y ayudaría de forma decisiva a que la guerra ganara a la revolución. Además, si todo salía bien, Rusia sacaba al Imperio otomano de la Primera Guerra Mundial y aceleraba drásticamente la derrota de los Centrales. De hecho, la proyectada ofensiva rusa de primavera, de común acuerdo con los aliados de la Entente, apuntaba hacia Bulgaria, a través de Rumanía, para forzar la rendición de otro miembro de

los Centrales. Incluso existía otra ventaja, que era tan decisiva como las anteriores: Rusia podría hacer valer plenamente sus derechos en el reparto del Imperio otomano, como parte del tratado Sykes-Picot, firmado un año antes. A tal efecto, diplomáticos rusos informaron de que dos divisiones de infantería estarían listas para atacar Constantinopla a mediados de mayo y una más ya entrado el verano.

Sin embargo, tales razonamientos, instalados en la mentalidad del gobierno provisional liberal y nacionalista, pertenecían ya a otra época. Primero porque a pesar de que los efectos de la Orden Número 1 no parecían haber llegado hasta las unidades implicadas en la División del mar Negro —en bases aisladas y alejadas de Petrogrado— la capacidad militar real de esa fuerza y su preparación no bastaban para hacer factible la operación. Pero además, en la capital, las consideraciones políticas habían hecho cambiar profundamente no solo los objetivos de guerra, sino la misma conveniencia de continuar en la contienda.

No era ningún secreto que Milyukov deseaba continuar con la política exterior y la dinámica de la guerra anteriores a la Revolución, como había dejado claro a los pocos días de la abdicación del zar, en una rueda de prensa mantenida el 9 de marzo. Su línea argumental era la misma que habían sostenido todos aquellos que habían conspirado contra el zar durante meses: el monarca era el mayor estorbo para la continuación de la guerra y la obtención de la victoria. Ahora que Nicolás II se había ido, era el momento de llevar a cabo aquellos planes. El ministro de Asuntos Exteriores se veía reforzado en su argumentación por el hecho de que tras la caída de la autocracia Rusia se había acercado mucho más a las potencias democráticas de la Entente. Por eso mismo tenía más derecho que nunca a los acuerdos negociados con los aliados, y sobre todo a los Estrechos y Constantinopla —aunque el tratado de Sykes-Picot, firmado un año antes con Londres y París, seguía siendo secreto—.

Esta posición chocaba con la del Soviet de Petrogrado, que el 14 de marzo había publicado una llamada a la paz mundial sin concesiones, sin anexiones y sin compensaciones de guerra. Lógicamente, la acción naval contra los Estrechos, aunque muy limitada, despertó las alarmas del Soviet de Petrogrado ante una posible política de hechos consumados por parte del

gobierno provisional. En consecuencia, a partir del 22 de marzo tuvieron lugar una serie de intercambios de opiniones y presiones entre el Soviet y el gobierno provisional, que se prolongaron a lo largo de lo que quedaba del mes.

Por entonces, las relaciones entre ambas instituciones eran todavía fluidas; tendía a prevalecer el pragmatismo y en algunos casos empezaba a manifestarse una actitud incluso acomodaticia por parte de miembros del Ispolkom. Pero la situación iba a cambiar con rapidez, puesto que la guerra era un problema que no se podía ignorar ni aplazar, máxime en aquella primavera de 1917 en que la situación de las potencias de la Entente pendía de un hilo.

Así que la continuación o no en la guerra era el asunto crucial que por fuerza debía terminar con la luna de miel de la Revolución. Y más todavía porque se mezclaba con la cuestión esencial del control del poder entre el binomio gobierno provisional-soviets, dando lugar a una mezcla política altamente inflamable.

Primero estaba la cuestión de la pugna por el Ejército: Guchkov, ministro de Defensa, y el Soviet habían tomado caminos divergentes para hacerse con el control de las fuerzas armadas. El primero desde la cúpula de la jerarquía hacia abajo, y el segundo desde la base tratando de ganar a los comités para su causa. Para llevar a cabo su intención, Guchkov buscó el apoyo de Alekséyev, al que ascendió a jefe supremo de las fuerzas terrestres. Sin embargo, este se negó a colaborar en la demolición de los cuadros de mando, alegando que ello era una prerrogativa del jefe del Estado. En esta coyuntura, fue el propio Guchkov el que se lanzó a confeccionar listas de «válidos, promocionables y destituibles»[442] en las que se dejó llevar por los consejeros más variados y que finalmente trató de hacer pasar por un «rejuvenecimiento del escalafón». El resultado supuso la purga de entre 120 y 150 generales, la destrucción de la cohesión del cuerpo de oficiales y el aislamiento del mismo Guchkov.

Por su parte, el Soviet inició una intensiva campaña de propaganda enviando delegados al frente, que mediante consignas sencillas y contundentes, que abogaban por abandonar la contienda, ganaron la voluntad de los comités para su causa. La decisión de emplear la consigna

de «Paz sin anexiones ni compensaciones» fue una aportación de Nikolai Sujanov, el miembro más proactivo del Ispolkom del Soviet de trabajadores y soldados. *Narodnik* reconvertido a menchevique, era un economista especializado en temas agropecuarios que se había destacado por sus escritos en defensa de un desarrollo autóctono de la democracia, a partir de la colectividad rural u *obschina* (общйна). Pacifista convencido desde 1914, aún creía en la utopía de una paz proletaria[443]. Su efecto en la operatividad del ejército fue absoluto, desapareció la voluntad de combatir; todo lo más, las unidades aceptaban mantener defensivamente las posiciones encomendadas, pero en muchos casos abandonaban al completo la línea del frente.

Previamente habían ocurrido serios problemas de disciplina derivados de las elecciones de comités y jefes de compañía que se resolvieron con la expulsión de oficiales de las unidades o, en casos extremos como el grupo de ejércitos Norte, su asesinato. Desde el punto de vista del general Brusilov, héroe de la ofensiva de 1916, la respuesta de la oficialidad a este reto fue desoladora: carecía de recursos para enfrentarse a los comités y defender la necesidad de mantener la cohesión como único recurso para salvar a Rusia de una humillante derrota militar. Fueron mayormente incapaces de dejar atrás la barrera de clase y dirigirse a sus subordinados como a compatriotas afectados por una misma tragedia. Además, la pérdida del referente corporativo, provocada por Guchkov, llevó a muchos oficiales a tratar de reencontrarlo en la política, siendo las agrupaciones del espectro conservador (mayormente el partido *kadete*) las que les atrajeron. Este posicionamiento político contribuyó aún más a profundizar la brecha entre cuadros de mando y tropa, dado que unos y otros adoptaron posturas de abierta oposición en lo que a la continuidad de la guerra se refería[444].

Con relación a la postura ante la guerra, las dos corrientes esenciales entre la tropa, en los soviets y entre la izquierda en general, eran la de los «defensistas» y la de los «derrotistas revolucionarios». Los primeros eran partidarios de continuar con la guerra a fin de contener al enemigo, pero solo para llegar a una paz sin anexiones tras ganar la contienda el bando de la Entente. Los derrotistas habían surgido entre todos aquellos opuestos a la guerra: a entrar en ella durante 1914, y a salir mediante una paz sin

condiciones, en 1917. La línea de ruptura ya se había producido al comienzo de la guerra en el mismo seno del Partido Socialdemócrata: la facción intermedia entre las dos principales (*Mezhraiontsyo* o «intersectorial») así como Lenin y algunos mencheviques fueron derrotistas e internacionalistas desde un principio. La conferencia de Zimmerwald (Suiza) en septiembre de 1915, reunió a 38 delegados socialistas de 11 países. Aunque las propuestas de Lenin quedaron en minoría, allí encabezó la denominada «izquierda de Zimmerwald» que propugnaba la creación de una nueva Internacional dispuesta a terminar la guerra entre naciones y abordar la revolución a escala mundial. Precisamente, el 3 de abril de 1917, Lenin había desembarcado en Petrogrado con todo ese bagaje, dispuesto a liquidar al defensismo, tanto entre los bolcheviques acomodaticios como en el Soviet y, sobre todo, el gobierno provisional.

Pero en aquellos días de finales de marzo, el menchevique georgiano Irakli Tsereteli, uno de los hombres más influyentes del Ispolkom y acérrimo defensista, se encargó de ir acercando posiciones con el gobierno provisional. Las declaraciones, puyas y ataques se cruzaron desde la prensa y buscaron socavar mutuamente la autoridad del contrario, lo cual era peligroso para ambas instituciones, dado que en su seno convivían, a su vez, tendencias enfrentadas. Así que ya el día 24 se produjo una primera reunión entre una comisión encabezada por Tsereteli y el gobierno provisional. De ella salió la promesa de que el ejecutivo estudiaría alguna propuesta conciliatoria. Sin embargo, cuando se logró redactar no fue suficiente para el Soviet.

La postura irreductible de Milyukov, que contaba con el apoyo de los *kadetes* en el gobierno, complicaba mucho las cosas: forzar su dimisión podría provocar la caída de todo el gabinete. No se mostraba en absoluto de acuerdo con renunciar a las ambiciones anexionistas de Rusia, y sobre todo, a Constantinopla. Como le comentó a un amigo: «Sería absurdo y criminal renunciar al mayor premio de la guerra […] en nombre de algunas ideas humanitarias y cosmopolitas del socialismo internacional»[445]. Por ello, su estrategia consistió en hacer declaraciones a favor de las anexiones, jugando a confundir sus «opiniones personales» con las intenciones del gobierno, a fin de tensar la situación y provocar la unidad del gobierno en torno a sus

propuestas. En medio de ese intrincado tira y afloja a varias bandas, el 27 de marzo el Soviet accedió a aceptar la propuesta discutida y rechazada tres días antes. El resultado fue un texto en el que se recogía lo siguiente:

> Dejando a la voluntad del pueblo, en unión de nuestros aliados, la solución definitiva de todos los problemas concernientes a la Guerra Mundial y su conclusión, el gobierno provisional considera su deber y derecho el proclamar que el objetivo actual de la Rusia libre no es el de ejercer el dominio sobre otros países o anexionarse zonas a ellos pertenecientes, o la ocupación de territorios extranjeros, sino el establecimiento de una paz estable sobre la base de la autodeterminación. El pueblo ruso no tiene la intención de incrementar su poderío mundial a expensas de otras naciones, ni tampoco desea esclavizar o degradar a ningún pueblo[446].

La respuesta pública de Milyukov fue declarar que no la consideraba de su responsabilidad en calidad de ministro de Asuntos Exteriores, lo cual anuló en buena medida el esfuerzo desarrollado entre las partes para ponerse de acuerdo y mermó la credibilidad del gobierno.

Mientras tanto, había llegado Lenin, y cinco días más tarde lo hizo Chernov. Este último trajo noticias de cómo se percibía en los países occidentales la pugna en curso en Petrogrado y urgió a actuar al Soviet. Una delegación de este participó en el consejo de soldados de Minsk, celebrado entre el 7 y el 10 de abril para tomar el pulso a la situación en el frente y las posibilidades reales de aplicar una estrategia defensista; y a su regreso se llevó a cabo una nueva reunión con el gobierno, que esta vez incluyó a Chernov. Urgía ya alguna forma de solución, de lo cual eran conscientes ambas partes. Según Tsereteli, este fue uno de los encuentros más cordiales que habían tenido con el gobierno[447]. Esta vez, el mismo gobierno provisional presionó a Milyukov a fin de que abdicara de su postura.

El escollo parecía salvado, pero no era así. El ministro posponía la publicación de la nota, mientras el gobierno pedía apoyo al Soviet para la obtención de un gran Crédito por la Libertad; y este no se lo concedía hasta que Milyukov hubiera cumplido lo pactado. Pero el tiempo apremiaba: Rusia necesitaba negociar su empréstito de guerra y en Francia el inepto

general Nivelle había lanzado el 3/16 de abril su brutal *Ofensiva de la Victoria* en el Chemin des Dames que rápidamente se había convertido en una enloquecida matanza sin sentido: 100.000 bajas en quince días, que se sumaban a las 360.000 de la batalla de Verdún, a lo largo de nueve meses[448].

Mientras tanto, los ánimos estaban muy encendidos: el 18 de abril/1 de mayo se celebró abiertamente, por primera vez en Rusia, la Fiesta del Trabajo, como jornada de la solidaridad obrera internacional. Hubo desfiles y manifestaciones por numerosas ciudades rusas y Lenin tomó la palabra en la plaza del Palacio[449]. Ese mismo día, Milyukov accedió a enviar la nota diplomática prometida a los gobiernos aliados a través de las embajadas rusas, pero sólo al día siguiente el príncipe Lvov informó personalmente de ello al Ispolkom. La indignación siguió a la decepción: la resolución acordada el día 27 de marzo venía «completada» por una nota adicional pergeñada por el ministro por la cual se prometía continuar con una política de «garantías y sanciones» que, según se interpretó en el Soviet, apenas disimulaba la alusión a las indemnizaciones y anexiones de carácter imperialista que venía defendiendo Milyukov.

Según Kérenski, sin negar la obstinación del ministro, que se había convertido en un peligro hasta para el gobierno provisional en su conjunto, la nota fue mal interpretada[450]. Pero a esas alturas ya daba lo mismo: la situación había llegado a punto de ebullición, desbordándose las pasiones. Para los unos, el gobierno había cedido ante el Soviet, para los otros el gobierno provisional actuaba de mala fe, y desde luego, Milyukov había recurrido a los hechos consumados.

La primera reacción del Ispolkom fue publicar la nota en la prensa, el día 20 de abril. Lo sucedido soliviantaba al Soviet tanto más porque se consideraba una provocación intencionada su transmisión a los países aliados coincidiendo con el Primero de Mayo. Esa misma mañana, los soldados descendieron en masa hacia el centro de la capital con sus armas, seguidos por los obreros: al mediodía ya se contaban 15.000 manifestantes en la gran explanada ante el palacio Mariinski, sede del gobierno provisional. Aunque en teoría se trataba de una protesta contra el ministro Milyukov con la exigencia de que dimitiera, muchos manifestantes pedían

el derrocamiento del gobierno provisional. De hecho, la manifestación amenazaba a cada momento en convertirse en un enfrentamiento por poderes entre el Soviet y el gobierno. Desde el Ispolkom trataron de evitarlo y enviaron a dos representantes, un *eserista* y un menchevique a calmar las aguas, recordando a las multitudes que no habían sido convocadas allí por el Soviet. Pero, en apariencia, la situación parecía fuera de control.

A todo esto, la acción estaba claramente liderada por soldados armados, equipados y municionados, sobre todo de las unidades por entonces más politizadas: el Regimiento de Finlandia, el de Moscú, el Primer Regimiento de Ametralladoras, los marinos de la base de Kronstadt, los autoametralladoras de la División Blindada, el Regimiento 180 de la reserva. Por eso, cuando se organizaron contramanifestaciones que chocaron violentamente en las calles, sobre todo a lo largo de la Prospekt Nevski, la revolución, por primera vez y a un mes y medio de la abdicación del zar, amenazaba con derivar hacia la guerra civil.

Dado que se había perdido el control de la situación, durante la noche del día 20 se organizó una ronda de negociaciones entre el Ispolkom, el gobierno provisional y el comité provisional de la Duma (que todavía continuaba existiendo) tras una reunión de urgencia entre Tsereteli y el príncipe Lvov, en el domicilio de este[451]. Esta se prolongó hasta las cuatro de la madrugada, y terminó con la aprobación de un texto aclaratorio de la nota de Milyukov, elaborado de común acuerdo entre Tsereteli y el *kadete* Nikolai Nekrásov, ministro de Transportes.

El 21 de abril continuaba la agitación, mientras que el general Lavr Kornilov, comandante del distrito militar de Petrogrado, pedía autorización al gobierno para salir con artillería a la calle y barrer a los manifestantes. Comandante de un célebre regimiento de choque, héroe de guerra tras haberse fugado de un campo de concentración alemán y regresar a pie a Rusia, y recompensado finalmente con el mando de un cuerpo de ejército, a Kornilov no le hubiera temblado el pulso a la hora de terminar a cañonazos con la protesta. Pero la iniciativa no prosperó; se dijo que la Escuela de Artillería Miguel le falló a Kornilov[452]; otros afirmaron que el ejecutivo confió en que el pueblo no toleraría agresiones contra su gobierno y rechazó la oferta[453]. Mientras tanto, el Soviet de Petrogrado se reunió y por muy

amplia mayoría se aprobó la nota aclaratoria acordada durante la madrugada. A la vez, se decretó la prohibición de manifestaciones durante dos días. Unos y otros cumplieron la orden, quedando demostrado que quien controlaba a las fuerzas armadas no era el Estado Mayor o el gobierno provisional, sino el Soviet. Sin embargo, este no aprovechó el momento para hacerse con el poder y liquidar al gobierno provisional, cosa que pudo haber hecho.

Los sucesos tuvieron otra lectura: la de haber sido promovidos por los bolcheviques, o al menos espoleados por estos a su favor. Ya el día 13, Lenin había tronado desde el *Pravda* contra las declaraciones de Milyukov, exhortando a que los camaradas obreros y soldados leyeran en sus asambleas las pruebas de que los acuerdos secretos firmados por Nicolás II seguían siendo los del ministro de Asuntos Exteriores del gobierno provisional. También durante esos días, enlaces de Lenin habían visitado los cuarteles[454]; y lo cierto es que, en aquellos días de intensa politización de las unidades militares, los bolcheviques tenían de su parte al Primer Regimiento de Ametralladoras, la División Blindada y los marinos del Báltico, los cuales gobernaban la base de Kronstadt sin que ni gobierno provisional ni el Soviet tuvieran ningún control sobre lo que sucedía allí. En la mañana del día 20, tras una reunión de emergencia en el Comité Central del partido, se aprobó una resolución redactada por Lenin por la cual, tras condenar a Milyukov, se concluía que la paz solo sería posible una vez se hubiera transferido todo el poder al Soviet. Al día siguiente, de nuevo el Comité Central secundó una nueva resolución de Lenin instando a los bolcheviques a organizar asambleas de protesta y manifestaciones masivas. Solo cuando el Ispolkom prohibió las manifestaciones, los bolcheviques no se opusieron[455]. También debe tenerse en cuenta que las unidades militares más poderosas que tomaron parte en las protestas, eran políticamente afines a los bolcheviques y que entre marzo y abril estos trabajaban en la constitución de unas milicias propias, que pronto se conocerían como la Guardia Roja. Las primeras unidades, al parecer, databan del día 11 de abril y la gran reunión organizativa, con representantes de 22 factorías, se celebró en el Ayuntamiento (Duma de la ciudad) el 17 de abril[456].

En su conjunto, la crisis de abril había sido fruto de una contradicción de base, imposible de evitar y que la recién nacida prensa independiente, muy radicalizada, había contribuido a envenenar. Todos habían perdido en mayor o menor medida, menos los bolcheviques, al menos en apariencia. Al fin y al cabo, en las *Tesis de Abril* y desde los primeros discursos en la misma Estación de Finlandia, Lenin había declarado la guerra a todos: al gobierno provisional, a los mencheviques y a los *eseristas*[457]; todo el poder debía ser para los soviets, pero para cuando ello sucediera debían estar controlados por los bolcheviques. La crisis de abril había enfrentado a los unos contra los otros, desgastando mucho al gobierno provisional, pero también al Soviet, que no había querido tomar el poder cuando tuvo la posibilidad, el jueves día 20. Mientras tanto, los bolcheviques habían quedado en la sombra, pese a las acusaciones de que habían disparado contra los contramanifestantes[458]. Para McMeekin, se trató de un verdadero *putsch*[459], aunque quizá desarrollado más como una operación con objetivos limitados, de presión y tanteo, que como acción resolutiva. Tanto en junio como en julio iban a volver a verse acciones de similar perfil. Y todo ello sucedía a poco más de dos semanas del regreso de Lenin; resulta significativo que entre los contramanifestantes de la Prospekt Nevski algunos llevaran pancartas contra él[460]. Y que a finales de ese mismo mes de abril la militancia bolchevique hubiera crecido vertiginosamente.

La crisis de abril ha sido relativamente poco estudiada por los historiadores —con la excepción de Wade o Rabinowitch— a pesar de su importancia. Es comprensible, dado que se hace difícil seguir el laberinto de declaraciones, respuestas y propuestas concretas, reinterpretadas o tergiversadas por las memorias personales o la prensa enfebrecida. Pero cabe recordar que marcó un punto de inflexión en la «luna de miel de la Revolución», y que aun así no es un fenómeno extrapolable a Rusia y sus circunstancias internas. Los gobiernos aliados enviaron sendas delegaciones de notables socialistas para convencer a los revolucionarios rusos para que siguieran en la guerra: los diputados laboristas de la Cámara de los Comunes, Will Thorne y James O’Grady; el secretario de la Sociedad Fabiana, William Sanders; el ministro de Trabajo, Arthur Henderson; el antiguo secretario de Estado estadounidense Elihu Root, al frente de una

delegación impresionante; Marcel Cachin, miembro de la Comisión de Exteriores de la Cámara de diputados, con sus camaradas de la SFIO Marius Moutet y Ernest Lafont. A la vez, el secretario de Estado estadounidense Robert Lansing informaba a su embajador en Petrogrado de que Rusia arriesgaba su parte del empréstito asignado a los aliados. Si Rusia terminaba firmando una paz por separado, continuaba el estadista, «haría imposible cualquier tipo de ayuda por parte de América»[461].

Mientras tanto, en las trincheras del frente Occidental, el día 20 de abril/3 de mayo la ofensiva de Nivelle parecía derivar hacia la revolución al sublevarse una división francesa, a la que pronto seguirían muchas más, alzándose en bastantes de ellas la bandera roja[462]. Si añadimos que los submarinos alemanes parecían estar a punto de destruir el comercio marítimo de Gran Bretaña, la crisis rusa de abril de 1917 estalló en uno de los momentos más dramáticos para el destino de la Gran Guerra.

---

436 *Бронедивизион*, constituida en junio de 1916 a partir de la escuela de automovilismo militar y los destacamentos de autos blindados de reserva de ejército.

437 Service (2010a): p. 304.

438 Swietochowsky (1985): pp. 97-98.

439 Hasegawa (1981) p. 318.

440 McMeekin (2016): p. 86.

441 Ibídem.

442 Melgunov (2008): pp. 317-318.

443 Getzler (2002): pp. 55-61.

444 Brusilov (2013): pp. 271-272.

445 McMeekin (2011): pp. 223-226.

446 Kerneski (1967): p. 271.

447 Tseretelli (1955): pp. 101.

448 Veiga y Martín (2014): pp. 201-202.

449 Nénarokov (1987): pp. 91-92.

450 Kérenski (1967): p. 273.

451 Wade (1969): p. 40.

452 Nénarokov (1987): p. 98.

453 Kérenski (1967): p. 273.

454 Ibídem, p. 273.

455 Rabinowitch (1991): p. 44.

456 Wade (1984): pp. 84-86.

457 Kochan (1968): p. 395.

458 Nénarokov (1987): p. 99.

459 McMeekin (2016): p. 88.

460 Nénarokov (1987): p. 93.

461 Kochan (1968): pp. 404-405.

462 Acabarían sublevándose hasta 55 divisiones en 16 cuerpos de ejército Barnett (1989): pp. 285 y 304. Fueron detenidos entre 30.000 y 40.000 soldados, de los que 3.500 fueron condenados (más de 500 a muerte, y 49 de esas condenas se llevaron a cabo; la mayoría del resto de las sentencias fueron destierros a colonias penitenciarias) Bond (1990): pp. 129-130.

CAPÍTULO 21

# «SUPREMO PERSUASOR EN JEFE»[463] Mayo, surge el caudillismo

La crisis de abril trajo importantes consecuencias para el proceso revolucionario ruso. La más evidente y conocida fue la primera crisis del gobierno provisional cuando dimitieron los ministros Milyukov (2 de mayo) y Guchkov (1 de mayo). Este segundo caso, el del ministro de la Guerra, despertó extrañeza porque no se conocía la importancia que tenía el proyecto dirigido a tomar Constantinopla y los Estrechos para una serie de políticos y militares paneslavistas o nacionalistas panrusos, que ya lo habían utilizado en 1914 a fin de meter a Rusia en la Primera Guerra Mundial. Con la crisis de abril se esfumó definitivamente esa posibilidad y Guchkov, uno de los hombres clave en esa quimera estratégica, entendió que nada podría hacer con Milyukov —el principal promotor— completamente quemado. De la misma forma, a mediados de mayo el almirante Aleksandr Kolchak, por entonces al mando de la Flota del mar Negro, comenzaba a tener problemas con el Comité Central de la Flota, dimitiendo irrevocable y bruscamente el 9 de junio[464]. Había logrado controlar durante mucho tiempo la influencia de los consejos en las unidades militares, pero al final la falta de expectativas en cuanto a la ofensiva contra los Estrechos hizo decaer la disciplina y, con el incremento de las tiranteces, Kolchak terminó por abandonar Sebastopol sin ni siquiera la aquiescencia del Almirantazgo o el gobierno.

Si la creciente falta de autoridad del gobierno provisional había quedado en evidencia, no menos escaldado había salido el Soviet de Petrogrado, desbordado desde la izquierda por el grupo minoritario que eran los bolcheviques. En abril se había podido constatar la validez que encerraba la célebre frase el diputado girondino Pierre Victurnien Vergniaud antes de ser

guillotinado: «La revolución es como Saturno, devora a sus propios hijos». En cuestión de pocas horas, el núcleo de izquierdas menchevique y *eserista* en el Soviet había sido desplazado hacia el centro por la minoría radicalizada de los bolcheviques.

Precisamente, esa variación de la perspectiva, junto con las responsabilidades de gobierno, que al fin y al cabo compartían el ejecutivo provisional y el Ispolkom, y las voluntariosas conversaciones que se habían visto obligados a mantener unos con los otros, en los momentos más desesperados para todos, antes y durante la crisis de abril, habían acercado entre sí a las dos cabezas del nuevo Estado ruso: el gobierno provisional y el Soviet. Paradójicamente, la crisis de abril había acelerado la tendencia a la acomodación que ya se venía observando desde hacía un mes y que tanto había disgustado a Lenin: mencheviques, *eseristas* e incluso una parte de los bolcheviques podían llegar a entenderse bien con los *kadetes* y liberales. Era como si dos fugitivos esposados tuvieran que ponerse forzosamente de acuerdo en su huida hacia adelante, a pesar de sus diferencias. Dicho de otra manera: el temor a la guerra civil que habían supuesto los hechos del 20 y 21 de abril habían dejado en evidencia la peligrosa anomalía del doble gobierno. De hecho, la paradoja de que el ejecutivo poseyera autoridad sin poder mientras que el Soviet disponía de poder sin autoridad, había llevado a la revolución a un momento de máxima fragilidad. Ese era precisamente el mensaje que había expresado Guchkov en su dimisión: sí, el Soviet había demostrado que podía sacar las tropas a la calle o devolverlas a los cuarteles; pero esa politización intensiva llevaba a la anulación del Ejército como fuerza de combate y ponía en riesgo la revolución[465]. Ese mismo mensaje había expresado el general Kornilov, el cual también había dimitido ante la incapacidad de controlar a la guarnición de Petrogrado[466].

La peligrosa situación desembocó en la formación de un nuevo gobierno provisional, con varios ministros de izquierdas procedentes del Soviet. Esta posibilidad ya se había comenzado a discutir el 27 de abril. La operación no fue fácil: supuso fuertes discusiones entre posiciones en apariencia irreconciliables que, en una primera votación en el Ispolkom (29 de abril) dio un resultado ajustado a favor del no. Sin embargo, las diferencias terminaron siendo salvadas por la dimisión de Guchkov y Milyukov, dado

que ello amenazaba con arrastrar a la totalidad del gabinete. Esta vez se emitieron 25 votos a favor y solo 19 en contra, de los cuales 12 correspondían a los bolcheviques[467].

Conscientes de ello, los ministros procedentes del Soviet fueron escogidos cuidadosamente. Así, se suponía que con un líder *eserista* como Chernov al frente de Agricultura, los campesinos le otorgarían su confianza. Lo mismo se pensaba al darle al menchevique Skóbelev la cartera de Trabajo. El moderado Tsereteli, intelectual riguroso, que había tenido un gran protagonismo como mediador en la crisis de abril, fue a parar a un ministerio de relleno: Correos y Telégrafos, lo cual le permitía seguir ejerciendo más como diputado que como estadista, aunque era el representante más directo e importante del Soviet en el gobierno.

El gobierno seguía estando presidido por el príncipe Lvov; primero porque él mismo se había adelantado para presionar contra Milyukov y atraerse a Tsereteli y los socialistas al gobierno de coalición. Era un firme partidario de que el Soviet compartiera responsabilidades de gobierno. Por lo tanto, el nuevo gabinete se apoyaría, al menos inicialmente, en él y Tsereteli, encargado de mantener la disciplina de los nuevos ministros de izquierdas. Por lo demás, otra línea de cohesión venía de la pertenencia a la masonería del mismo Lvov, Alesandr Kérenski *(eserista,* Guerra y Marina), Mijail Tereshchenko (liberal, Asuntos Exteriores), Nikolai Nekrasov *(kadete,* Comunicaciones) y Aleksander Konovalov *(kadete,* Comercio)[468].

De esa forma, y acaparando casi la mitad de las carteras (seis ministros sobre el total de trece), mencheviques y *eseristas* empezaban a comportarse más como estadistas que como revolucionarios y, en consecuencia, perdían apoyo popular. Esto parecía suponer crédito político extra a favor de los bolcheviques leninistas, cuya estrategia era la de mostrarse como los verdaderos revolucionarios puros, siempre rechazando acuerdos de gobierno con la burguesía. Bastaba con no implicarse y esperar a que las contradicciones del nuevo gobierno de coalición quemaran a unos y a otros, a los desprestigiados liberales y *kadetes,* y a los vendidos mencheviques y *eseristas*. Con el tiempo, más pronto que tarde, los bolcheviques terminarían por tomar el control de los soviets para implantar una dictadura socialista del proletariado. Lenin añadió toda la presión que pudo sobre esta

idea, pero por entonces seguían siendo una minoría en el Soviet de Petrogrado y Lenin era más conocido de nombre que en efigie. También resultaba evidente que si mencheviques y *eseristas* hubieran rechazado el gobierno de coalición, el resultado habría sido entrar en la órbita política de Lenin y los bolcheviques: no había opciones intermedias. Además, no todo se reducía al apoyo y control de las masas obreras y campesinas: también era preciso hacerse con la administración, una palanca de poder básica en un Estado tan centralizado como Rusia.

Por último, los mismos bolcheviques no habían salido tan bien parados de la crisis de abril. Lenin había sido crítico con los resultados ya el día 24, durante una conferencia en el Séptimo Congreso Panruso del Partido Bolchevique:

> Nosotros solo queríamos realizar un reconocimiento pacífico de las fuerzas de nuestro enemigo, y no presentar batalla. Pero el comité de San Petersburgo se desplazó «un poco demasiado a la izquierda». Moverse un poco a la izquierda en el momento de la acción era una ineptitud[469].

Mientras tanto, Trotski había regresado a Petrogrado, el 4 de mayo, casi justo un mes después que Lenin. Aunque traía consigo su prestigio como líder del Soviet de San Petersburgo en la Revolución de 1905, doce años después, la situación política en la capital era mucho más compleja y debía comenzar de cero. De momento, aunque Lenin se había acercado a sus postulados sobre la necesidad de una revolución socialista inmediata, no parecía en absoluto obvio que Trotski, formalmente un menchevique, fuera a aliarse con los bolcheviques. Los recelos mutuos eran todavía muy intensos y Lenin desconfiaba de que un acercamiento al antiguo y coriáceo crítico no supusiera tener que admitir forzadas adaptaciones ideológicas de última hora para dejar atrás al «viejo bolchevismo»[470].

Así que todavía quedaba cierto margen de credibilidad, y por tanto de maniobra, para el nuevo gobierno de coalición. La cuestión esencial seguía siendo, una y otra vez, qué hacer con la guerra en curso. En tal sentido, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Mijail Tereshchenko, usó una retórica elusiva, en ocasiones contradictoria, que era la del nuevo gabinete.

De cara a los aliados de la Entente y los americanos, se continuaba con la política de Milyukov, incluyendo la preservación de los tratados secretos. Pero para entonces ya habían fracasado las ofensivas de Arras y Chemin des Dames y la postura de las potencias occidentales empezaba a ser escéptica hacia Rusia o, al menos, sus diplomáticos pagaban con el mismo lenguaje «insatisfactorio»[471].

Sin embargo, en paralelo, el Soviet jugó la carta pacifista de la conferencia de Estocolmo. Esta no era sino una más de las reuniones periódicas organizadas por la Segunda Internacional por medio de la Comisión Socialista Internacional (CSI), destinadas a promover la paz a través del socialismo, en la estela de la Conferencia de Zimmerwald en 1915, continuada por la conferencia de Kienthal (también en Suiza) al año siguiente. A partir de marzo de 1917 la CSI decidió trasladarse a Estocolmo para seguir de cerca la evolución de los acontecimientos en el foco revolucionario ruso. El 10 de mayo envió una invitación a todos los partidos «zimmerwaldistas» a fin de organizar una conferencia en la capital sueca, el último día de ese mismo mes, en la que se decidiría cómo organizar un gran Conferencia en Estocolmo[472]. Esto proveía de una excelente oportunidad a los mencheviques y *eseristas* rusos para promover la idea de que el nuevo gobierno en Rusia, apoyado por el Soviet, trabajaba en una paz general para toda Europa. La iniciativa se vio reforzada por la llegada a Petrogrado, en un tren de exiliados mencheviques rusos, del socialista suizo Robert Grimm, presidente de la CSI.

Sin embargo, las esperanzas puestas en Estocolmo pronto comenzaron a hacer aguas. El 26 de mayo, Grimm comenzó un intercambio de imprudentes telegramas con Arthur Hoffmann, miembro del Consejo Federal (órgano ejecutivo) suizo. En los mensajes, Grimm explicaba que en Rusia existía un deseo general de paz que solo podría comprometer una ofensiva militar alemana a destiempo; Hoffmann respondía con informaciones del gobierno alemán en las que se desestimaba tal ataque y se comentaba la posibilidad de negociaciones en torno a intercambios territoriales. Por desgracia, Grimm tenía demasiados enemigos en Rusia: la derecha lo consideraba un espía alemán y Lenin no lo tenía en gran aprecio. Por otra parte, durante el Congreso Panruso del Partido Bolchevique se

había desestimado la propuesta de acudir a Estocolmo, y de hecho se propugnó romper con la línea zimmerwaldista, dado que representaba a una Segunda internacional que había fracasado en evitar la Primera Guerra Mundial. Trotski también había declinado su asistencia. Por ello, cuando el gobierno provisional interceptó los telegramas y los entregó a la prensa, Grimm fue deportado y el escándalo le supuso un serio quebranto a la imagen neutralista de Suiza[473].

A continuación, la actitud de las potencias aliadas contribuyó a derrumbar con rapidez las ingenuas esperanzas que había depositado el Soviet en esa «lucha general por la paz». La prensa de la Entente comenzó a denunciar que la Conferencia de Estocolmo no era sino una maniobra alemana para sacar a Rusia de la guerra, ejecutada a través de los socialistas holandeses. La prensa americana secundó esa ocurrencia[474]. Como resultado de todo ello, las facciones más patrióticas de los partidos socialistas o laboristas de la Entente se negaron a acudir a Estocolmo. Y los gobiernos no visaron los pasaportes a los que estaban dispuestos a participar. Particularmente combativo se mostró Lloyd George, que incluso obligó a abandonar el gobierno a Arthur Henderson, el máximo adalid de entre los laboristas, por acudir a la capital sueca[475].

Por lo tanto, el cambio de gobierno debido a una crisis política provocada por la gestión de la guerra y la paz, no había alterado los términos de la cuestión. Era como si ahora se emitiera en un nuevo campo tonal y, solo por ello, los oídos que escuchaban las viejas propuestas creyeran que ahora todo saldría bien, por el mero hecho de que el espectro audible era más socialista que antes. Pero de hecho no se concretaban las esperadas propuestas defensistas o pacifistas. Y por entre esos puntos suspensivos de desconcierto hizo su aparición fulgurante el que era, de hecho, la estrella real del nuevo gobierno de concentración: Alesandr Kérenski.

Con sus recién cumplidos 36 años de edad en la primavera de 1917, Kérenski era una figura política en rápido auge que en otras circunstancias históricas hubiera podido cumplir un papel como estadista ruso con mayor eficacia y dignidad que, pongamos por caso, Boris Yeltsin. Era un abogado de provincias que parecía exactamente eso, con su aspecto a la vez moderno

y atildado y una notable capacidad oratoria que había puesto al servicio de la defensa de trabajadores y militantes socialistas. Su protagonismo en la comisión de investigación y defensa de las víctimas de la masacre de las minas del Lena, en 1912 —un brutal episodio de represión contra los huelguistas de una extracción aurífera en Siberia, que causó 270 muertos— fue su caso más sonado. Esto tuvo mucho que ver con su elección como diputado por los *trudoviki* para la cuarta Duma, ese mismo año. Como parlamentario destacaba por su brillante oratoria pero también por su habilidad para mantener contactos fluidos con políticos liberales, a lo cual ayudaba su praxis como letrado pero también su activa pertenencia a la denominada Masonería de los Pueblos de Rusia, de clara tendencia política[476].

Todo ello dibujaba un perfil de militante *eserista* bastante *sui generis*. Kérenski tenía tendencia a obrar por su cuenta, al margen de las directrices del partido y del Soviet, lo cual hizo que ya desde el mismo 23 de febrero de 1917 se convirtiera, por propia iniciativa, en el hombre bisagra entre el Comité provisional de la Duma y el recién nacido Soviet de Petrogrado[477]. Posteriormente, en el primer gobierno provisional, Kérenski fue nombrado ministro de Justicia, a pesar de que el Ispolkom había prohibido que los socialistas aceptaran carteras en el gabinete[478]. La cuestión era siempre la misma: Kérenski tenía buenas relaciones en campos contrapuestos, con Milyukov, con Guchkov, con el príncipe Lvov, con Nekrasov, *kadete,* que llegaría a ser su escudero: era dialogante y lograba ser persuasivo.

Ya como ministro de la Guerra y Marina en el gobierno de coalición y conforme se ponía de manifiesto que el nudo gordiano de la guerra continuaba sin deshacerse, Kérenski tomó cartas en el asunto. Por supuesto, la presión de los delegados socialistas de los países aliados para que Rusia reiniciara la ofensiva jugaba un papel destacado en la necesidad. Pero con Estados Unidos ya en la contienda se abrían paso con fuerza las consignas idealistas del presidente Woodrow Wilson, tal como observó el mismo Trotski: «Garantizar la futura paz en el mundo y el bienestar y la felicidad de los pueblos en el porvenir» era el tipo de consignas que necesitaban Tereshenko y Tsereteli: «Sólidos créditos y bellos lugares comunes pacifistas»[479]. Más allá del desdeñoso comentario de Trotski, lo cierto era

que Wilson había llegado con un nuevo lenguaje que inyectaba a la causa aliada renovadas energías y lo mismo sucedió con el gobierno ruso de concentración. Posteriormente, las palabras del visionario presidente estadounidense vinieron reforzadas por una misión completa liderada por el senador Elihu Root con la intención explícita de ayudar al gobierno provisional «en su lucha contra los socialistas y radicales», a fin de prevenir su colapso y «salvar vidas americanas»[480]. Además, la alianza específica con los Estados Unidos le podría suponer a Rusia un verdadero flujo de empréstitos y material militar a través del puerto de Vladivostok en Siberia, algo que las agotadas Francia y Gran Bretaña no estaban en situación de ofrecer.

Por último, y de una forma muy decisiva, jugó la presión de los altos mandos militares, decididos a salir del impasse como fuera. Nada más acceder a su cargo ministerial, Kérenski tuvo que hacer frente a la disyuntiva que puso sobre la mesa el general en jefe de la *Stavka*, Mijail Alekséyev, secundado por todos los jefes de grupos de ejércitos: Norte, Vladimir Dragomirov; Occidental, Vasily Gurko, y Suroccidental, Aleksei Brusilov: revertir la propaganda pacifista o firmar una paz separada[481]. Pero, convencido de sus excepcionales dotes de orador, el nuevo ministro optó por entrar en el campo de juego del Soviet para arrancarle el apoyo de los comités de soldados a la diferida gran ofensiva que no había tenido lugar el mes anterior, mediante una larga gira por la línea del frente, a partir del 11 de mayo.

Al tomar la iniciativa de acudir a las trincheras, entrevistándose personalmente con mandos y tropa, Kérenski jugaba dos bazas novedosas. Primero, salía de Petrogrado, dejando atrás el ambiente densamente politizado de la capital, en el cual era imposible fraguar cualquier acuerdo práctico sobre qué hacer con la guerra. En tal sentido, asumía personalmente una importante responsabilidad política y apostaba por terminar imponiendo los hechos consumados. En segundo lugar, iba a desplegar con la tropa sus propias capacidades de liderazgo y persuasión, que tan buen resultado le habían dado en la Duma. Alguien terminó por asignarle el humorístico título de: «Supremo Persuasor en Jefe»[482]. Lo interesante de esta iniciativa fue que generó sobre el propio Kérenski un

efecto de retroalimentación que terminó por producir sus propios resultados políticos.

El nuevo ministro de la Guerra comenzó su viaje visitando el cuartel general del frente Suroccidental, puesto que desde él el general Brusilov había logrado mantener un mayor grado de control y estabilidad sobre las unidades de combate. Además, sobre él hubiera debido recaer el peso de la ofensiva prometida a los aliados para la primavera de 1917, que no había llegado a desencadenarse. Los dos hombres pronto se pusieron de acuerdo sobre la necesidad de lanzar un nuevo ataque a gran escala. Además, existía una cierta afinidad personal entre ambos hombres, al menos en la necesidad de hacer del Ejército ruso un ejército de ciudadanos, para lo cual era necesaria una cierta pedagogía ejemplificadora entre las tropas y la oficialidad. Esa debería ser la base sobre la cual organizar la ofensiva y controlar políticamente a las fuerzas armadas para evitar su desintegración y la guerra civil. Para ello, Kérenski había logrado retocar la Declaración de los Derechos del Soldado —elaborada a partir de la Orden Número 1— incluyendo el derecho inalienable de los comandantes para nombrar y destituir a los oficiales; y la facultad de estos para utilizar la fuerza contra los subordinados amotinados en el curso del combate[483]. Además, se introdujo la figura del comisario para mediar entre oficiales y tropa y para inspirar a ambos con su bravura en combate. Para la primera promoción de comisarios el Soviet reclutó a los activistas de la antigua Organización de Combate social-revolucionaria junto con muchos oficiales de complemento y suboficiales de ideas socialistas[484]. A su regreso del frente y para completar este paquete de medidas, Kérenski destituyó al general Alekséyev como comandante en jefe de la *Stavka* y puso en su lugar al más capaz y afín Brusilov; aparte de ello, el primero había ejercido ese cargo a las órdenes del zar, había demostrado en más de una ocasión que tenía tendencia a la deslealtad y, sobre todo, no creía que fuera posible la ofensiva, a diferencia de su sucesor.

Pero, sobre todo, fue la retórica de Kérenski la que pareció obtener unos resultados sorprendentes. Sus arengas a los soldados generaban arrebatos de entusiasmo patriótico. Según Brusilov, Kérenski era recibido con entusiasmo allí donde iba y escuchaba promesas de cumplimentar todo

aquello que solicitaba a las tropas. La enfermera y reportera británica Florence Farmborough fue testigo de escenas de histeria colectiva, con soldados que le besaban a él, a su automóvil, o el suelo que pisaba, rezaban o lloraban[485]; pero, de nuevo en palabras de Brusilov, tan pronto como mudaba de lugar, variaba la voluntad de la tropa para cumplir con sus recién adquiridos compromisos[486]. Por supuesto, no en todas las unidades conseguía ser recibido con el mismo nivel de arrebatado entusiasmo, pero sí es cierto que solo una se le resistió: la muy bolchevizada División de Fusileros Letones, en el frente Norte; ciertamente, fue la excepción que confirmaba la regla. Además, los bolcheviques aún eran una minoría entre los delegados de las comisiones en el frente Occidental: la tropa, de origen mayoritariamente campesino, se había alineado por inercia con los social-revolucionarios y solo muy progresivamente iría mudando sus simpatías hacia los bolcheviques y sus promesas de paz a toda costa[487]. Así, de un congreso general con 700 delegados que votó su confianza en el gobierno provisional, los bolcheviques solo pudieron persuadir a 12 en la abstención[488]. De otra parte, no todo el éxito cabía atribuirlo a la elocuencia emotiva del joven ministro. Los soldados rusos habían sido tratados hasta la revolución poco menos que como carne de cañón por buena parte de la oficialidad. El hecho de que ahora hombres políticos, y hasta ministros llegaran a las trincheras a adularlos y mimarlos, a recabar su apoyo e interesarse por sus problemas, era un fenómeno absolutamente novedoso que por fuerza les emocionaba.

Pero lo cierto es que el efecto que causaba entre las tropas tendió rápidamente a embriagar de éxito el ego de Kérenski, que reforzó los aspectos más teatrales e histriónicos de sus apariciones, que incluían su voz crispada, desvanecimientos en público y hasta la exhibición del brazo en cabestrillo. Se había diseñado un uniforme «paramilitar», sin distintivos, que incluía guerrera y pantalones a juego, botas altas y gorra de plato. Antes de él quizá solo Sun Yat Sen, el líder republicano chino o Józef Piłsudski, el caudillo nacionalista polaco, habían cultivado ese estilo; posteriormente sería habitual entre la oleada de dictadores, caudillos militares, «cirujanos de hierro» y salvadores de la patria que se extendieron por Europa ya en los años veinte, especialmente en caso del turco Mustafá Kemal Atatürk, quien

dirigió las operaciones militares en uniforme pero sin distintivos de graduación de ningún tipo, puesto que se había dado de baja en el Ejército para dedicarse a la política.

En aquella Rusia en la que la Revolución francesa era el gran modelo de referencia, hasta el punto de que no se cantaba *La Internacional*, sino *La Marsellesa*, se quería ver la ofensiva en preparación como la nueva batalla de Valmy (1792) en la que el ejército de ciudadanos unidos en torno a la bandera de la república expulsaría al invasor. Resultaba bastante evidente que Kérenski se veía a sí mismo como una especie de Bonaparte ruso en gestación. Sobre la mesa de su despacho había un busto de Napoleón, y él mismo tendía a mantener la mano derecha sobre el pecho. La poetisa Marina Tsvetaeva le dedicó un poema en que lo comparaba con el Gran Corso, y hasta los alemanes publicaron alguna caricatura suya de esa guisa.

Sin embargo, no todo era la figura de Kérenski. En torno a la ofensiva se gestó una parafernalia que acompañaba la puesta en marcha progresiva del Nuevo Ejército. Las banderas de las unidades deberían ser rojas o naranjas con grandes cruces negras. El naranja, rojo y el negro, los tradicionales colores de las órdenes militares de San Jorge y San Vladimir lo eran ahora de la Revolución, en forma de grandes galones de las nuevas tropas de asalto; o los también novedosos y llamativos sistemas de graduación en las bocamangas. También las cocardas imperiales que exhibían los soldados en las gorras aparecían repintadas en negro y rojo o naranja. Se crearon unidades de choque, que exhibían en el uniforme insignias a base de calaveras u otros detalles distintivos claramente visibles; unidades de «combatientes mutilados» o de «secciones de retaguardia», a base de reservistas deseosos de servir como soldados de primera línea. El Primer Batallón Revolucionario de Choque, Batallón Naval de Choque de Reval, el Regimiento de Choque de Kornilov, el Batallón de Choque Voluntarios de Retaguardia, el Batallón de la Muerte de la División nº 38, el de la 6ª División, el de la 138, la 4ª División al completo, los Batallones de San Jorge[489]: muchos de ellos estaban compuestos por oficiales que habían tenido problemas con los soldados de sus unidades, jóvenes combatientes, adolescentes o casi niños, veteranos condecorados, patriotas fanatizados. Su destino era servir de ejemplo, incitar a los soldados desmoralizados o

derrotistas; y ser la base sobre la cual erigir, posteriormente, un ejército de voluntarios. En la práctica, también actuaron como unidades de policía militar contra los desertores y sublevados[490].

La culminación de esta idea fue el 1er Batallón Femenino de la Muerte[491], organizado a instancias de la sargento voluntaria María Bochkariova, *Yahska*, lo cual hizo de la Rusia revolucionaria el primer país del mundo en formar unidades de combate con mujeres[492]. Su disciplina era tan estricta que de las 2.000 voluntarias que se presentaron solo se llegaron a alistar 300, que además hubieron de acreditar su honestidad y seriedad. El gobierno provisional trató el asunto del Batallón de Mujeres con sumo cuidado; los comités de soldados fueron prohibidos y si bien se permitió que la sufragista británica Emma Pankhurst se trasladara a Petrogrado para dar apoyo a la iniciativa, no pudo dar discursos públicos dado que era una partidaria convencida de continuar con la guerra —de ahí el respaldo que dio el gobierno británico a su viaje— lo cual hubiera llevado a tensiones con los bolcheviques[493]. Con todo, María Bochkariova no era una militante feminista[494]. La base ideológica predominante en las unidades de combate compuestas por mujeres fue el nacionalismo. Y el éxito de la iniciativa fue tan evidente que se acumularon las peticiones para formar unidades similares en diversas regiones de Rusia. El gobierno mostró un interés limitado por desarrollar unidades de combate femeninas a gran escala, prefiriendo sacar provecho propagandístico de un número limitado de unidades. Con todo, se llegaron a constituir seis unidades, de las cuales solo el mencionado 1er Batallón y el Batallón Perm llegaron a tiempo de ser enviados al frente.

Kérenski tardó tres semanas en completar su gira por el frente y además estuvo presente en el desencadenamiento de la ofensiva. Conforme se acercaba ese momento, el general Brusilov, con su criterio profesional, se percataba de que las condiciones para el éxito de la empresa distaban de ser aceptables. Las deserciones eran una plaga y venían produciéndose desde febrero. Miles de soldados campesinos habían abandonado las trincheras para regresar a sus aldeas y participar (o impulsar, en la mayoría de los casos) en la ocupación y reparto de las tierras. La lista de enfermos ficticios

también batía récords; y a ella se sumaba la de «delegados» políticos de los soldados que pasaban su tiempo en retaguardia: unos 800.000[495]. Entre los que quedaban, la disciplina se había deteriorado enormemente, propiciada en algunos casos por los alemanes. La confraternización era habitual en algunos tramos del frente, hasta el punto de que en algunos casos se habían llegado a instalar burdeles de campaña entre las trincheras[496]. Además, una parte de la oficialidad deseaba que la ofensiva fracasara, por estar basada en unos presupuestos de disciplina y organización demasiado «rojos». De esa forma, quizá, la Revolución colapsaría definitivamente y propiciaría alguna forma de gobierno de mano dura. Cabe recordar que en algunas unidades, sobre todo del frente Norte, muchos de esos oficiales temían ser asesinados por sus propios hombres, algo que había sucedido en numerosas ocasiones.

Tampoco fueron bien recibidas las modificaciones de Kérenski a la Declaración de los Derechos del Soldado, especialmente en lo que respecta a la designación de oficiales; Brusilov indica en sus memorias cómo tuvo que intervenir personalmente en algunas de las numerosas expulsiones de oficiales recién designados. Con un aplomo que no se correspondía con su físico, se entrevistó hasta con los más renuentes de los comités de soldados, logrando obtener la promesa de que en cualquier caso se mantendría la línea del frente[497]. Tampoco es que Kérenski no fuera capaz de ver la realidad de la situación. En sus memorias afirma haber sido muy consciente del problema esencial: «Después de tres años de indecible sufrimiento, millones de soldados ahítos de guerra se preguntaban: "¿Por qué he de morir ahora, que corren nuevos vientos de libertad y una vida mejor está en puertas?"». Ante ello él mismo se asombraba de que en el verano de 1917 «los combatientes desplegaran, siquiera fugazmente, un poderoso sentido de patriotismo»[498].

Aun así, la ofensiva no estaba condenada desde un principio. Tras un año sin actividad militar significativa en el frente —los alemanes se habían abstenido de lanzar ataques de magnitud— se habían acumulado quintas y armamento. En ese verano el Ejército ruso contaba con unos diez millones de soldados movilizados, mucho más que cualquier otra potencia en guerra. Definitivamente, era una leyenda —respaldada por muchos oficiales— la afirmación de que el Ejército ruso se había disuelto: en noviembre de 1917

el censo de la *Stavka* establecía un total de 6.500.000 efectivos en el frente. El aflujo de artillería y municiones no se había detenido, en parte porque llegaba de los países aliados. Estos también habían enviado ayuda tecnológica y militar. Por lo tanto, para el arranque de la ofensiva se contó con superioridad aérea sobre los Centrales —por primera vez en toda la guerra— gracias a la participación de escuadrillas británicas y francesas traídas desde el frente Occidental.

Pero además existía un trasfondo político peculiar que se había gestado en aquellos días. Kérenski había evolucionado con rapidez desde el socialismo revolucionario hacia un «patriotismo de nuevo estilo» de base socialista-nacional, propiciado por los antecedentes *narodniki* de los *eseristas*. Muy significativamente, se empezó a constatar la utilidad de los comisarios políticos para canalizar el entusiasmo de los soldados más políticamente concienciados y contrarrestar el derrotismo de los bolcheviques. Incluso oficiales reaccionarios se percataron de ello[499]. Lenin acusó al ministro de la Guerra de bonapartista, algo que parecía muy evidente; pero en realidad, la comparación más adecuada era con otro fenómeno político que se estaba gestando en Italia y que por entonces era algo completamente desconocido en Rusia. En efecto, Kérenski, con su deriva política particular, se asemejaba más a lo que sería un Benito Mussolini, quien por entonces experimentaba una evolución política muy similar, aunque desde una base de poder mucho más reducida. El italiano había sido expulsado del Partido Socialista en el otoño de 1914, debido a su postura abiertamente intervencionista. Curiosamente, entre sus argumentos a favor de entrar en guerra junto a la Entente, argumentaba que era el bando de la democracia y el progresismo, mientras los Centrales figuraban entre los agresores, como militaristas, reaccionarios y autoritarios. Lógicamente, Rusia era una excepción pero, continuaba el joven Mussolini, la movilización general llevaría a que las masas minaran el reaccionarismo autoritario; e incluso se atrevía a predecir que el Imperio zarista se vería convulsionada por una revolución social como consecuencia directa de la guerra[500].

Como le había sucedido a Mussolini, también Kérenski pagó una factura ante el partido por su autonomía ideológica. Su entusiasmo por el gobierno

de coalición lo situó en el ala más a la derecha de los *eseristas*, sobre todo con el regreso a Rusia de los camaradas exiliados más radicales. Su presencia en el Tercer Congreso del Partido Socialista Revolucionario, en Moscú, fue un fiasco. Su situación se complicó todavía más cuando en julio Kérenski, a propuesta del general Kornilov, reimpuso la pena de muerte que él mismo había abolido apenas un par de meses antes[501]. Su deriva autoritaria no era solo una actitud personal: se inscribía en el desarrollo de todo un entramado de «revolución patriótica antirrevolucionaria» transversal que incluía numerosos y variados resortes. La movilización y militarización de la ciudadanía, contra el enemigo exterior pero también contra el interior, a cargo de líderes surgidos de la misma masa, formaba parte consustancial de ese nuevo fenómeno político que pronto se extendería por Europa como una plaga. En aquel verano de 1917, las unidades de choque que se organizaban en el Ejército ruso se asemejaban mucho, incluso en sus distintivos a base de calaveras mordiendo cuchillos, a los *Reparti d'Assalto* (más comúnmente llamados *Arditi)* del Ejército italiano, que organizaba el teniente coronel Giuseppe Bassi. Tanto rusos como italianos recurrían como modelo a las *Sturmtruppen* alemanas, aparecidas en combate durante el año anterior. Pero los *Arditi* incluían una parafernalia simbólica y ritual más claramente política que en el caso de las formaciones alemanas, al menos antes del final de la Gran Guerra. Por decirlo de alguna forma, los *Arditi* no solo aportaban destreza militar, sino también refuerzo patriótico y moral en un frente, el italiano, que como el ruso, vivía casi siempre en situación de crisis crónica. En este sentido, no fue casualidad que los *Arditi* desmovilizados, una vez terminada la guerra, fueran el armazón del cual surgirían los *Fasci di Combattimento*, en marzo de 1919, núcleo a su vez del Partido Nacional Fascista.

---

463 Título traducido del capítulo 11 en Abraham (1987).

464 Kérenski (1967): pp. 304-305; Smele (2006): p. 68.

465 Kérenski (1967): p. 290.

466 Buchanan (1923): p. 127 para un agudo análisis de primera mano, a cargo del embajador británico.

467 Kérenski (1967): p. 275.

468 Figes (2000): p. 433.

469 Rabinowitch (1991): p. 45.

470 Service (2010b): pp. 226-227.

471 Miliukov (1967): pp. 460-461; Kochan (1968): pp. 419-421.

472 Gankin y Fischer (1976): pp. 608-609.

473 Ibíd., pp. 617-618.

474 Meynell (1960): p. 13.

475 Kochan (1968): p. 424.

476 Abraham (1987): pp. 61-62.

477 Kérenski (1967): pp: 223-224.

478 Rabinowitch (1991): p. 29.

479 Trotski (1985) I: p. 289.

480 Szajkowski (1969): p. 57.

481 Brusilov (2013): p. 273.

482 Abraham (1987): Título del capítulo 11, p. 210.

483 Abraham (1987): p. 196. La Declaración fue publicada el 11 de mayo y generó ataques y quejas por parte de los bolcheviques y los mandos más tradicionalistas, hasta el punto de que se estudió considerar desertores a los oficiales que dimitieran por esta causa. La Declaración fue el fruto de los trabajos de la denominada comisión Polivanov que agrupaba a militares y delegados del Soviet.

484 Abraham (1987): p. 197. Con todo, la figura del comisario político para el Ejército databa del 19 de marzo; se instituyeron formalmente el 6 de mayo. Figes (2000): p. 464.

485 Cit. en: Abraham (1987): p. 200.

486 Brusilov (2013): p. 273.

487 La tropa no entendía nada de la Internacional ni del comunismo, pero captaba perfectamente el mensaje de paz de los bolcheviques. Brusilov (2013): p. 271.

488 Abraham (1987): p. 201.

489 Cornish (2001): pp. 32, lámina H y 47; foro Studio Siberia, entrada: «Revolutionary Shock Troops in the Russian Army in 1917», discusiones del día 15.07.2012 (Cuprum); 17.07.2012 (*Николай*); 02.08.2012 (*Николай*); 16.11.2012 (*Николай*); 23.11.2012 (Cuprum); 23.10.2015 (*Николай*); 07-01.2016 (*Николай*). Todas las entradas se encuentran agrupadas en la dirección: http://siberia-miniatures.ru/forum/showthread.php?tid=283&fid=11&block=0.

490 Heenan (1987): pp. 85-88.

491 Literalmente: *Женские Батальоны Смерти*, esto es: Batallón de Mujeres de la Muerte. La denominación era la habitual en los nuevos batallones de choque creados para la Ofensiva Kérenski. Vid.: Stoff (2006): p. 64. Existe un film reciente sobre esta unidad: *Batalon* (2015) dirigido por Dmitriy Meskhiev.

492 Aunque no era el único, el caso de María Bochkariova era muy singular. Había recibido permiso directo del zar para servir como soldado a poco de comenzar la guerra, en noviembre de 1914. Era una humilde mujer de origen campesino víctima de malos tratos con sus dos parejas sucesivas. Para la trascendencia del 1er Batallón de Mujeres, vid.: Stockdale (2004): pp. 78-80. Para la importancia de la «mujer fuerte» en la cultura rusa, y posibles precedentes históricos, vid.: Stoff (2006): pp. 16-22.

493 McDermid y Hillyar (1999): pp. 180-183.

494 Stoff (2006): pp. 197-202.

495 Stone (1998): pos. 586.1.

496 Ibídem.

497 Brusilov (2013): pp. 275-276.

498 Kérenski (1967): pp. 302-303.

499 Heenan (1987): pp. 84-85.

500 Gregor (1979): p. 189.

501 Abraham (1987): pp. 208-209. Kérenski pretendió repetir las cortes itinerantes que reimpusieron el orden en 1905, pero la medida quedó en papel mojado al no haber nadie que la llevara a cabo. Brusilov (2013): p. 277.

CAPÍTULO 22

# DE LAS TRINCHERAS A LAS CALLES
# La ofensiva de Kérenski (18 de junio) y las Jornadas de Julio (días 3 a 6)

El 18 de junio/1 de julio, tras dos días de bombardeos artilleros ininterrumpidos a lo largo de un frente de 60 kilómetros, se inició la primera fase de la ofensiva en el frente Sudoccidental (general Gutor), a cargo de los ejércitos 7º (general Selivachev) y 11º (general Erdeli), una operación muy preparada y con gran carga política, hasta tal punto que se filtraron detalles a la prensa de Petrogrado y se echó a perder el factor sorpresa. También la inteligencia militar de los Centrales tenía noticia de ella tras meses de confraternización con los soldados rusos en las trincheras. Con todo, la ruptura quedó garantizada por una fuerte superioridad local, con una proporción de 84 a 53 divisiones, y la participación de una potente reserva de artillería pesada. Asimismo se emplearon a gran escala las nuevas unidades de choque. También se tuvo cuidado en seleccionar, entre las unidades que debían encabezar la ruptura, aquellas que encuadraban contingentes más leales o nacionalidades más fiables, entre las que se encontraba el embrión de lo que acabaría siendo la Legión Checoslovaca.

Tras la preparación artillera, las tropas rusas atacaron las trincheras austrohúngaras en dirección a la ciudad de Lvov. Las primeras 48 horas de combates dieron resultados muy esperanzadores, superando incluso las expectativas más optimistas, con penetraciones de más de tres kilómetros en las líneas fortificadas, a lo largo de todo el frente de ataque, y la captura de 18.000 soldados, 300 oficiales y 29 cañones. Los informes indicaban que en algunos casos los soldados de los comités habían llevado a las tropas al combate situándose en primera línea de ataque[502].

Sin embargo, las cosas se torcieron pronto. Al tercer día, el general Erdeli ya remitía unos alarmantes informes sobre la parálisis total de la ofensiva. Los avances iniciales logrados por las tropas de choque no habían sido secundados por la masa de los regimientos regulares, en algunos de los cuales había predominado «el sentimiento de que no valía la pena seguir adelante»[503]. En cuanto al 7º Ejército, la situación era casi peor. Las características boscosas del terreno —más cercano a las estribaciones de los Cárpatos— complicaban el avance ya de entrada. Y la zona estaba bien defendida por tropas alemanas. Sin el apoyo del 11º Ejército, desde el norte, el desánimo cundió pronto y las operaciones se detuvieron, también al segundo día.

El 23 de junio/6 de julio se relanzó el ataque del 11º Ejército, coincidiendo esta vez con la segunda fase de la ofensiva: el ataque del 8º ejército del general Kornilov en el flanco sur del frente del Suroeste. Esta vez los resultados fueron palpables y sostenidos: 25 kilómetros en profundidad en un frente de 32, con el cruce del río Dniéster, dejando maltrecho a un ejército austrohúngaro y capturando su puesto de mando junto con la localidad de Kalush. Kornilov, a quien no le temblaba la mano a la hora de aplicar la pena de muerte sobre la marcha, para reprimir motines o desobediencia en combate, avanzaba hacia Lvov desde el sur, pero esa cuña quedaba muy expuesta, desprotegida por el norte, dado que el 11º Ejército había vuelto a quedarse clavado y el 7º —que servía de enlace entre los dos— seguía sin moverse[504]. La situación degeneró en una gran confusión y resultó imposible dirigir la batalla desde la *Stavka,* por lo que Brusilov optó por ceder la iniciativa a los mandos del ejército como última medida de mantener el empuje. Pero lo que era válido para 1916 ya no lo era en 1917, pues las circunstancias de indisciplina impedían cualquier control efectivo de las operaciones más ella de lo escrito en las órdenes de operaciones. Además, pronto comenzaron a llegar a la zona de avance del 8º Ejército las eficientes fuerzas alemanas para taponar la penetración, al tiempo que una lluvia torrencial contribuía a detener el avance.

Mientras tanto, los ataques de apoyo en los frentes Norte y Occidental fracasaban antes de comenzar. Cuatro ejércitos completos se negaron a moverse o se retiraron a sus propias líneas después de tímidos avances.

Desde una de las divisiones incluso se abrió fuego esporádico contra unidades amigas.

Al tiempo, el 3 de julio estallaba la insurrección en Petrogrado. El levantamiento había sido iniciado por el Primer Regimiento de Ametralladoras y estaba directamente relacionado con las órdenes recibidas para su transferencia al frente a fin de participar en la ofensiva de Kérenski. Aunque coincidió con una crisis importante en el gobierno provisional, acaecida ese mismo día, no parece que fuera el desencadenante, puesto que la intención de salir a la calle con las armas era algo con lo que los soldados de algunas unidades amenazaban desde hacía algún tiempo. De hecho el Soviet se había visto obligado a cancelar in extremis una manifestación masiva de soldados y obreros para el 10 de junio, coincidiendo con el inminente comienzo de la ofensiva. La iniciativa había sido cosa de la Organización Militar bolchevique y se remontaba a mediados del mes de mayo, precisamente cuando Kérenski comenzaba su gira por el frente en preparación de la ofensiva. Pero una serie de regimientos habían anunciado que organizarían una protesta por su cuenta si la directiva bolchevique no adoptaba ninguna decisión[505]. La acción fue ampliamente debatida en los órganos directivos de los bolcheviques, hasta que el día 8 de junio el Comité Central decidió organizar la manifestación de soldados y obreros para las 14:00 del día 10.

Toda esta dinámica era producto de diversos estímulos. Por un lado, los bolcheviques, que seguían siendo una facción minoritaria, buscaban manifestar el máximo apoyo al deseo de todos aquellos soldados —y cada día eran más— que deseaban acabar con la guerra; si no lo hacían, terminarían dando la espalda a los bolcheviques, como advertía el todavía *mezhraiontsy* Volodarski en aquellos días[506]. Después, cabía tantear las posibilidades de presionar para conseguir que quedaran al descubierto las contradicciones e impotencias del gobierno provisional y su cada vez más aliado de circunstancias, el Soviet de Petrogrado; y eso en orden a conseguir que los bolcheviques lograran hacerse con el control del Soviet para transformarlo en un órgano de gobierno desde el cual poder imponer la dictadura del proletariado, tal como se podía leer en las *Tesis de Abril*. Por ello, lo que se proyectaba para junio pretendía ser una variante corregida y

aumentada de las manifestaciones que llevaron a la crisis de abril, y ambas eran el antecedente de la insurrección de julio. En los tres sucesos, se podía constatar un claro protagonismo de unidades militares que salían a la calle para pedir cambios de gobierno, en lo cual estaban implicados los bolcheviques de manera más o menos evidente y con muchos interrogantes en relación al papel de Lenin.

En junio, la directiva bolchevique se había propuesto repetir lo sucedido en abril pero subiendo un escalón más el grado de tensión. La mayor parte del Comité Central, incluyendo a Lenin, votaron por organizar una manifestación masiva de soldados y trabajadores para el día 10. El *Soldatskaia Pravda*, versión para los soldados del *Pravda*, órgano oficial bolchevique, llegó a detallar qué fuerzas tomarían parte en la marcha: la División Blindada, el 1er Regimiento de Ametralladoras, el Regimiento Pavloski, la Comisión Ejecutiva, el Comité de Petrogrado y el Distrito de Viborg, el Regimiento de Moscú, el Distrito de Petrogrado, el Regimiento de Granaderos, el Distrito de Porojovsky, el Distrito de Liteiny y el 1er Regimiento de Infantería de Reserva. Cabe añadir que los trabajadores deberían también acudir armados, como los soldados[507]. Por lo tanto, el tono de la convocatoria se estaba volviendo alarmante, y el Ispolkom terminó de llevarse las manos a la cabeza cuando constató que entre las consignas recogidas en los panfletos no solo figuraban algunas como: «¡Abajo los diez ministros capitalistas!», sino también: «¡Todo el poder para los Soviets de Trabajadores, Soldados y Campesinos!» o bien: «¡Rescindid las órdenes contra soldados y marinos!»; «¡Es hora de poner fin a la guerra!»[508]. La manifestación estaba cobrando la forma de un *putsch* destinado a forzar al Soviet de Petrogrado a enfrentarse con el gobierno provisional y, eventualmente, tomar el poder. Es más: al permitir la manifestación del día 10, el Ispolkom compuesto mayoritariamente por mencheviques y *eseristas* estaba dando su aquiescencia implícita a los planes bolcheviques.

Tan solo hora y media antes del comienzo de la convocatoria, se reunía el Comité Central del Soviet de Petrogrado: literalmente en el último minuto la manifestación fue prohibida, lo que obligó al Comité Central bolchevique a tomar una resolución de urgencia, con voto de abstención por

parte de Lenin y Sverdlov[509]. De haberse negado a acatar la resolución del Ispolkom, los bolcheviques habrían sido expulsados del Soviet y aislados políticamente junto con sus aliados de entonces, los anarco-comunistas. Según otra interpretación, al quedar fuera del Soviet no lo habrían podido utilizar como punto de apoyo estratégico, dado que la línea de actuación que se describía en las *Tesis de Abril* («Todo el poder para los soviets») era política, en teoría (y por tanto pacífica), y para ello era necesario formar parte de la institución[510]. Mientras tanto, los mismos delegados del Congreso de los Soviets tuvieron que ocuparse de ir a los cuarteles y fábricas a desconvocar el evento, con la fría y hostil acogida que cabe imaginar.

La inminencia de la manifestación ya había obligado a retrasar varios días el comienzo de la ofensiva de Kérenski hasta un límite de máximo riesgo. Y como las órdenes de enviar parte de la guarnición de Petrogrado al frente no se anularon, la tensión política en la capital fue in crescendo a partir del 10 de junio. Con el añadido de que, excepto los bolcheviques y los anarco-comunistas, buena parte de la población aclamaba las primeras victorias de las tropas rusas en la ofensiva de Kérenski. Por supuesto, las clases medias y sus partidos pero también muchos dirigentes del Soviet, incluyendo al mismo Tsereteli, consideraban que la ofensiva era una forma de reafirmar la unidad nacional en torno a un régimen democrático, una forma de caminar activamente hacia la paz y de cerrar el paso a los extremistas, los bolcheviques entre ellos[511].

Por ello, muchos soldados de la guarnición de Petrogrado consideraban que en realidad la ofensiva se había organizado poco menos que para sacarlos de la capital y enviarlos a las trincheras para que no pudieran defender la revolución frente a la contrarrevolución en ascenso. Por ello, cuando el 20 de junio se le requirió al 1er Regimiento de Ametralladoras el envío de la mitad de sus armas y servidores al frente, en el momento crucial de la ofensiva Kérenski, los soldados de esa unidad comenzaron a planear el derrocamiento del gobierno provisional[512].

Aquí surge el debate, no resuelto, sobre el grado de implicación de la directiva bolchevique en los planes del nuevo *putsch*. La controversia, como otras muchas de índole historiográfica, seguramente no dará la razón

a ninguno de los diversos relatos estereotipados y a veces autoexcluyentes, porque la explicación de lo que sucedió posiblemente agrupa a todos, sin que se pueda establecer una jerarquía de causas para lo que fue un suceso muy confuso y desordenado. Por otra parte, suele resultar insatisfactorio hacer historia contrafactual con la Revolución rusa, porque en ella casi todo sucedió sin que hubiera posibilidad de variantes alternativas.

En junio de 1917, parece indudable que la Organización Militar de los bolcheviques se implicó en los preparativos de un *putsch* ya desde el principio, lo cual hasta cierto punto era inevitable dado que las unidades que simpatizaban con esa opción política tenían sus delegados en la organización. Un detalle significativo ilustra bien las incertidumbres del momento: el día 29 de junio, Lenin partió en dirección a Finlandia para pasar unos días de descanso en la casa de campo de su secretario. Es cierto que el dirigente bolchevique sufría crisis de estrés; pero habida cuenta del momento decisivo en el cual el destino de la Revolución se jugaba en el campo de batalla y cuando parte de la guarnición de la capital estaba conspirando activamente para desencadenar un golpe, que se ejecutaría tan sólo cuatro días más tarde, parece manifiesta la voluntad de Lenin de sacarse de en medio. La infalibilidad teórica y táctica que le atribuyeron las hagiografías queda en entredicho, pero era lógico que se viera en medio de un irresoluble dilema. Lenin no era un caudillo militar y los puntos fuertes de su capacidad teórica se centraban en las aspiraciones de la clase obrera urbana. El campesinado se sentía más cerca de los social-revolucionarios, herederos de las formulaciones populistas de los *narodniki*. Y precisamente, en la problemática de la tropa revolucionaria, procedente en buena medida del campo, se sumaban dos asuntos que le eran relativamente ajenos al líder bolchevique.

Por otra parte, lo que estaban planteando los soldados era ir a por todas y contra todos en una acción necesariamente violenta. Hasta el momento se había postulado que los soviets se harían con todo el poder a partir del ejercicio de la política revolucionaria. Ahora ya se trataba de dar un golpe desde la calle para liquidar al gobierno provisional de coalición, en el que participaban ministros socialistas; y para ello era necesario tomar el poder en el Soviet, lo cual hacía necesario apartar de alguna manera a

mencheviques y social-revolucionarios. Por último, Lenin y la directiva bolchevique ya no podían volver a desautorizar a los soldados después de lo sucedido el 10 de junio. En realidad, si las unidades militares probolcheviques eran enviadas al frente, estos quedarían inermes ante sus enemigos políticos. Ante todo ello, y dado que a Lenin le resultaba imposible controlar a los lugartenientes más fogosos, la iniciativa más lógica, por posibilista, consistía en dejar que las cosas sucedieran. En vistas de cómo se desarrollaran ya se vería si valía la pena tomar el control; o desautorizar a los rebeldes, si las acciones callejeras iban a mal.

El 3 de julio, a primera hora de la tarde, delegados del 1er Regimiento de Ametralladoras enviaron representantes —en camiones armados— a otros cuarteles y fábricas en el extrarradio y en un corto periodo de tiempo se juntó una importante masa de manifestantes, quizá más de cincuenta mil personas, la mayoría armadas, incluyendo a los trabajadores. La primera reacción del Soviet y de los delegados bolcheviques en él fue la de distanciarse del evento. Pero en la sede del Partido bolchevique, la lujosa mansión modernista de la bailarina Matilda Kshesínskaya[513] —ocupada por los revolucionarios— los revoltosos tenían sus partidarios. Algunos habían participado en los planes para organizar una protesta a gran escala —ya durante el mes de junio— y otros consideraban que se podía intentar el control de los contestatarios para que su acción no se desbordase. Pero estos ya estaban controlando el centro de la ciudad como en una operación militar y una parte de ellos se dirigieron a la mansión Kshesínskaya para solicitar apoyo político explícito. Allí, al fin, la organización militar bolchevique les dio una serie de instrucciones operativas; además una compañía del 1er Regimiento de Ametralladoras recibió la orden de proteger la sede del partido y ocupar la cercana fortaleza Pedro y Pablo. Eso sucedía en torno a las siete de la tarde.

Pero a la vez se les instó a dirigirse hacia el palacio Táuride, sede del Soviet de Petrogrado, donde podrían ejercer presión política para que este tomara el poder. Para entonces, y a la vista de la inesperada crisis del gobierno provisional acaecida pocas horas antes —algo que no se había podido prever con antelación— la entidad de la manifestación había cambiado, pasando de ser una protesta contra el traslado de las unidades

militares al frente, a la oportunidad de que todo el poder pasara a los soviets, como había abogado Lenin en sus *Tesis de Abril*. Esa transformación hacía necesario llamar al líder y traerlo de regreso a Petrogrado desde la cercana Finlandia, y para eso se envió de urgencia a un mensajero.

Mientras tanto, las columnas fueron convergiendo lentamente hacia el palacio Táuride, en lo que parecía una repetición de lo sucedido el febrero. Por el camino se produjeron enfrentamientos a tiros con grupos opositores, en torno al Ayuntamiento y el vecino centro comercial Gostiny Dvor, en el centro neurálgico de la Prospekt Nevsky. Por fin, cuando llegaron ante el palacio Táuride era ya medianoche. Allí, se encontraron al Soviet en estado de confusión, intentando buscar una salida al desbarajuste provocado por la dimisión de los ministros *kadetes* del gobierno el día anterior. La causa de la crisis que había llevado al desmoronamiento del gobierno de coalición se debía a otro de los problemas acuciantes que vivía el Imperio ruso en aquellos días: la efervescencia de las nacionalidades. A la tradicional actividad de los polacos, bálticos y finlandeses, se sumaba ahora el nacionalismo ucraniano, que empezaba a despertar, acaudillado por el historiador Mijailo Grushevski, presidente de la Rada. Esta, aprovechando los delicados momentos que atravesaba la Revolución, y resentida por la pretensión del príncipe Lvov de aplazar las concesiones a los ucranianos para más adelante —a diferencia de lo que se había hecho con polacos y finlandeses— había iniciado una campaña para reclutar un Ejército nacional propio. En vísperas de la ofensiva, Kérenski, en plena gira por el frente, había recalado en Kiev para discutir la cuestión, como ministro de la Guerra que era. Metido de lleno en plena ofensiva, en el momento más delicado, hubo de dirigirse de nuevo a la capital ucraniana para reunirse allí con Tsereteli y Tereshchenko, negociando con la Rada, «que al parecer solicitaba lo imposible»[514]. Por entonces se había erigido en gobierno nacional ucraniano y hasta había nombrado un ministro de Asuntos Exteriores. Ante estas pretensiones, los ministros socialistas del gobierno provisional de Petrogrado optaban por hacer concesiones, dada la peligrosa situación: se estaba desarrollando una ofensiva contra los Centrales en buena medida desde territorio ucraniano. Pero los *kadetes* se mostraban

intransigentes. Después de tres días de negociaciones en Kiev, Tsereteli, Tereshchenko y Kérenski accedieron a las pretensiones soberanas de la Rada y la autorizaron a preparar sus propias propuestas sobre la cuestión agraria para presentarlas ante la Asamblea Constituyente, cuando esta se reuniera. Los ucranianos continuaron pidiendo un Ejército propio, pero prometieron no ir más allá con demandas de independencia hasta que no comenzara a discutirse la nueva Constitución rusa.

Los tres enviados del gobierno provisional regresaron a Petrogrado el día 2, donde se encontraron con el rechazo de los *kadetes* a las concesiones hechas. Argumentaban que se le había dado carta de naturaleza a un gobierno en Kiev sin que estuvieran ni siquiera fijadas las fronteras de Ucrania; que la autoridad del gobierno provisional allí había quedado anulada y que se había acordado un estatus político-administrativo para un territorio antes de haberse reunido siquiera la Asamblea Constituyente. Tras varias horas de debates, los ministros de Finanzas, Educación, Comercio e Industria y Asistencia Social, todos ellos *kadetes*, dimitieron; y el gobierno provisional de concentración saltó por los aires, a los dos meses de haberse constituido[515].

Ha sido un lugar común considerar que, precisamente la crisis del gobierno provisional había sido el detonante del *putsch*. Pero no está tan claro que fuera así, puesto que las primeras noticias de lo que había sucedido llegaron a la calle a través de la prensa precisamente cuando tenían lugar las manifestaciones, tarde o incluso durante la noche, mientras que la planificación inmediata del evento se había hecho, al menos, 48 horas antes. En cuanto a la dimisión del príncipe Lvov, no se anunció formalmente hasta el día 7. Las Jornadas de Julio fueron algo parecido a una muñeca rusa, con crisis dentro de otras crisis.

El hundimiento del gobierno tensó todavía más la situación, si eso era posible. Cargó de razones a la masa de manifestantes que ante el palacio Táuride gritaba pidiendo «¡Todo el poder para los soviets!» y «¡Abajo los diez ministros capitalistas!». Era una situación chocante: unos setenta mil manifestantes, armados hasta los dientes, que incluso habían traído con ellos cuatro piezas de artillería, se limitaban a corear consignas ante un palacio Táuride totalmente desguarnecido. Podrían haber ocupado su

interior, dispersar a sus ocupantes y constituir un nuevo poder, en cuestión de minutos. Sin embargo, la situación se estancó por varias razones.

La primera, por la carencia de liderazgo de la enorme masa de manifestantes; una de las frases célebres de esa jornada la pronunció el anarquista Bleichman: «¡La calle nos organizará!». Denotaba por sí misma el entusiasmo y la improvisación de la iniciativa de las masas en aquellos días. En segundo lugar, porque la intención de los manifestantes no era tomar ellos mismos el poder sino presionar a los que aún consideraban como sus representantes para que lo hicieran en su nombre y, por lo tanto, evitaran nuevos compromisos políticos en gobiernos de coalición. El hecho de que la minoría bolchevique vehiculara este anhelo bajo el célebre eslogan: «¡Todo el poder para los soviets!» añadió confusión y frustración entre todos aquellos socialistas, que ahora veían la posibilidad de constituir un gobierno provisional íntegramente suyo, sin tener que liquidar esa institución para sustituirla literalmente por el Soviet[516]. Y, sobre todo, sin tener que ceder con ello más y más poder (quizá todo) a los bolcheviques[517]. Aunque también era cierto que para los dirigentes mencheviques y *eseristas* el momento de la revolución socialista aún no había llegado y era necesario mantener, como fuera, a representantes de la burguesía en el poder. La discusión se complicaba por el hecho de que era verano y una parte del Comité Ejecutivo Central del Soviet estaba en provincias[518]. En tercer lugar, los mismos bolcheviques complicaron la situación al erigirse en intermediarios entre los organismos representativos del Soviet —y más específicamente, sus comisiones ejecutivas— pero sin demostrar decisión ni capacidad de liderazgo, porque ello se hizo a través de una comisión especial de coordinación creada ad hoc para actuar entre la sección obrera del Soviet (dominada coyunturalmente por los bolcheviques) y la multitud de manifestantes, y que resultó ser notoriamente ineficaz[519]. Por lo tanto, a través de un acuerdo de procedimiento, la enorme masa de presión armada en la calle fue mantenida a raya desde el Soviet. Los debates continuaron en el interior, con algún discurso ocasional en el exterior dedicado a los manifestantes (de Chjeidze, de Trotski), luego, conforme la noche avanzaba, las salas fueron quedando vacías, y la masa fue abandonando el lugar, los últimos hacia las cuatro de la madrugada.

A muchos pudo parecerles que aquella especie de *putsch* descabezado había tocado a su fin, como el rosario de la aurora, pero estaba lejos de ser así. La ciudad estaba poseída por un nerviosismo eléctrico que no se vivía desde febrero, con camiones cargados de hombres armados o motocicletas con ametralladoras, que iban y venían, soldados o Guardias Rojos que disparaban al aire o contra algún enemigo no identificado, a veces entre ellos mismos, por error. Algunos actuaban por su cuenta: un grupo de ellos fue a detener al gobierno provisional saliente, reunido en el domicilio del príncipe Lvov, pero, sin esperar que bajara ningún ministro, desapareció llevándose el auto de Tsereteli[520]. También se produjo un infructuoso intento de detener a Kérenski. Las masas armadas parecían controlar la ciudad, pero sin orden ni concierto.

El día 4, los negocios y tiendas del centro aparecieron cerrados, las fábricas y transportes estaban en huelga y las protestas y actos de movilización en los barrios cobraron aún más actividad que el día anterior. No parecía que nadie pudiera detener la insurrección. Al tiempo que Lenin regresaba a la capital, hasta 20.000 marinos y soldados de la guarnición de la base de Kronstadt echaban pie a tierra en el Embarcadero Nicolás, en el Nevá[521]. En esa base naval, situada en la isla de Kotlin, a 30 kilómetros de la capital, en pleno golfo de Finlandia, los marineros habían organizado una especie de república anarco-comunista y eran la tropa políticamente más radicalizada de la guarnición de Petrogrado. Toda esa fuerza, completamente armada, uniformada de negro y azul marino, se dirigió hacia el mediodía a la mansión Kshesínskaya para recabar directrices políticas y operacionales de Lenin.

La situación allí seguía siendo confusa. La madrugada anterior, Stalin había redactado un panfleto en el que se proclamaba la «necesidad de un nuevo poder», firmado por el Comité Central, el Comité de Petrogrado y la Organización Militar. Sin embargo, incapaces de ponerse de acuerdo sobre el contenido de la primera plana del *Pravda*, esta apareció en la edición del día 4 con un gran espacio en blanco[522]. En la directiva bolchevique unos empujaban en un sentido, otros en el opuesto, y todos buscaban a un líder que tomara la decisión adecuada. Mientras tanto, en el tren de regreso desde Finlandia, Lenin no tenía la respuesta. Leyendo la prensa con los sucesos

del día anterior, se mostraba más preocupado por la animosidad de las crónicas y titulares que por el hecho de que las masas campaban en las calles de la capital[523]. «Esto resulta inoportuno» —respondió concisamente al enviado del Comité Central—.

Cuando llegaron los marinos de Kronstadt, la primera reacción de Lenin fue negarse a salir al balcón, alegando que estaba en contra de las manifestaciones. Kalinin le preguntó si había llegado el momento de tomar el poder, la respuesta fue: «Ya veremos. ¡Ahora mismo es imposible decirlo!». En ese punto, alguno delegados de los *eseristas* de izquierda y anarco-comunistas abandonaron la sede comentando desdeñosamente que los manifestantes no habían llegado a Petrogrado para escuchar discursos. Por fin, Lenin reconsideró su posición y de mala gana hizo un breve discurso en el cual aseveró que la consigna «Todo el poder a los soviets» se cumpliría al final y pidió a los presentes autocontención, determinación y vigilancia[524].

Eso era todo lo que Lenin le pudo decir a las masas ese día, durante el cual permaneció indeciso todo el tiempo. Hasta cierto punto era normal que así fuera. La implicación bolchevique en aquella situación le había venido dada: primero por la labor de los escalones inferiores del partido, que se habían ido comprometiendo con las unidades militares políticamente afines en semanas anteriores, a partir del 10 de junio. Y en los últimos momentos, a través de la actitud un tanto inconsciente, por voluble, de algunos de sus lugartenientes, que habían intentado controlar la rebelión tirando la piedra y escondiendo la mano, para terminar siendo arrastrados por el remolino. La circunstancia de que la rebelión coincidiera con el colapso del gobierno provisional fue un imponderable que volvió explosiva la situación. Pero el mismo Lenin era corresponsable de lo sucedido al no haber sabido gestionar adecuadamente las consecuencias derivadas de la crisis de abril y la frustración de junio, lo que en el fondo era pretender manejar política (y pacíficamente) fuerzas violentas en plena revolución sumergida en la tormenta de una guerra mundial.

Por lo tanto, los marinos de Kronstadt no quedaron satisfechos con las breves palabras de Lenin, que los volvían a dejar sin líder en el intento de imponer el viraje político que él mismo había ideado: todo el poder para los

soviets. En aquel martes encapotado y a ratos lluvioso tomaron el camino del palacio Táuride[525]; para los grupos de soldados y trabajadores que volvían de nuevo allí, debió antojársele como hacer nuevo turno de ventanilla, incluso contando con los entusiastas soldados del 1er Regimiento de Ametralladoras, que volvían a estar presentes en primera línea de la insurrección. Sin embargo, por toda la ciudad el nerviosismo había aumentado, y los choques armados menudearon. En un momento dado, cosacos y partidarios de los *kadetes* dispararon contra las columnas de manifestantes desde los tejados y ventanas en la Prospekt Nevski con la calle Sadovaya, causando un enorme desconcierto. Muchos soldados arrojaron sus armas y corrieron a protegerse, presas del pánico. Existe una célebre fotografía de ese momento que revela hasta qué punto las Jornadas de Julio fueron para los revolucionarios radicales el equivalente de la ofensiva Kérenski para los nacionalistas y defensistas: en ella como en otra muy célebre de soldados rusos desertando ante un ataque alemán, vemos combatientes corriendo, sin armas y presas del pánico[526].

Por fin, las masas de manifestantes comenzaron a concentrarse ante el palacio Táuride en torno a las cinco de la tarde. Estaban encolerizados, porque en las escaramuzas con enemigos a veces invisibles habían muerto cuatrocientas personas. De hecho, muchos manifestantes se habían vengado con los vecinos del centro de la ciudad, al menos los que tenían aspecto de burgueses. Se habían saqueado tiendas de licores, bares y estancos, vapuleado a transeúntes, disparado al azar, practicado detenciones arbitrarias. La ciudad estaba inerme. Varias unidades militares que se habían unido a las manifestaciones del día anterior ahora se negaban a participar. Otras seguían manteniéndose neutrales. Pero el gobierno había desaparecido: los ministros que no habían dimitido se habían refugiado en el edificio del Estado Mayor del Ejército. Los edificios de la administración, los depósitos de armas, el palacio Mariinski, las estaciones de ferrocarril: todo estaba desguarnecido. Si Lenin hubiera dado la orden, en muy pocas horas el poder hubiera caído en sus manos. El Soviet de Petrogrado solo disponía de dieciocho soldados para su defensa, ante unos cincuenta mil manifestantes armados y furiosos.

Sin embargo, una vez más, como el día anterior, la masa de rebeldes no sabía qué hacer, nadie dirigía, no existían planes. Un violento chaparrón inesperado, como el que había detenido la ofensiva en el frente, clareó sus filas por toda la ciudad[527]. Ante el palacio Táuride, los que quedaban dispararon rabiosamente contra el edificio, generaron más pánico y desconcierto y al final decidieron penetrar en él forzando puertas y ventanas para exigir explicaciones a los socialistas. Salió a recibirles y negociar Viktor Chernov, el fundador e ideólogo del Partido Social-Revolucionario, que por entonces era todavía ministro de Agricultura. Sin embargo, por toda respuesta los manifestantes lo registraron, zarandearon y arrestaron confinándolo en un vehículo. «¡Toma el poder cuando te lo dan, hijo de puta!», le gritó un trabajador enfurecido y frustrado, en la segunda frase antológica de aquellas jornadas. Trotski, al que conocían bien en Kronstadt, logró liberar a Chernov in extremis arriesgándose a improvisar un discurso subido a la capota de un automóvil, en un acto de gran valor personal[528].

Ese momento de tensión extrema llevó, de hecho, a un cierto anticlímax. Uno de los líderes de los marinos de Kronstadt, Semión Roshal, logró retirarlos de la zona, a fin de evitar una matanza sin sentido[529]. Mientras tanto, sobre las siete de la tarde llegó un desconcertado y fatigado Regimiento de Reserva 176, que al parecer debería haberse ocupado de arrestar a los dirigentes del Soviet, en base a un plan bolchevique que denunció posteriormente Sujanov. Fue convencido por el histórico menchevique Fyodor Dan para que defendiera el palacio Táuride contra los insurrectos[530]. Poco tiempo después aún se presentó en la sede del Soviet otro grupo de manifestantes, esta vez unos 30.000 trabajadores, muchos de ellos de la factoría Putilov. Unos cuantos, armas en mano, penetraron en el edificio en busca de Tsereteli, considerado ya un traidor a la causa proletaria, y al no encontrarlo intentaron interrumpir una sesión del Comité Ejecutivo Central, siendo disuadidos por Chjeidze[531].

Así, los debates continuaron en el Soviet, rutinariamente, incluso, entre las secciones de soldados y campesinos, como había sido programado. Nadie estaba dispuesto a tomar el poder, aún bajo la presión de las multitudes. El único modo hubiera sido llevando a cabo un completo golpe de Estado a partir de un plan de acción bien establecido que pusiera a los

bolcheviques al frente. Sujanov argumenta que el plan existía, pero por alguna razón Lenin no ordenó ponerlo en marcha, esperando quizá que las cosas sucedieran de forma más aparentemente casual, para aparecer en el último momento y ponerse al frente. Sin embargo, no existen pruebas de ello. A cambio, mencheviques y social-revolucionarios continuaron defendiendo la idea de que no se podía romper con la burguesía liberal porque la sociedad no estaba preparada para ir más allá; al menos sin arriesgarse a una revolución sangrienta y una guerra civil de inciertos resultados. Observando debatir a los campesinos, Sujanov comentaba que ellos quizá no hubieran tenido reparos en tomar el poder; al fin y al cabo, decía, hasta ese momento, en realidad, el poder había estado en las manos de unos soviets básicamente campesinos. Pero esa era una parte de la verdad. La otra, continuaba:

> […] era un miedo mortal a los bolcheviques y los internacionalistas, traidores a la patria, lacayos del Káiser, destructores universales, ateos, con su galimatías sobre la guerra de clases y la solidaridad internacional proletaria. Los campesinos eran campesinos, y cuanto más esenciales eran más claramente expresaba su apariencia y su lenguaje sus viejos y reaccionarios principios antisemitas.
>
> Fue con este miedo al bolchevismo con el que jugaron los líderes de la mayoría en el Soviet. No podían explicar sus teorías a los campesinos, pero no era difícil asustarlos con Lenin y la anarquía[532].

Conforme caía la noche se fueron vaciando las calles de manifestantes, empapados y ateridos por la lluvia, y también se desalojó la enorme plaza ante el palacio Táuride. Dentro, se fueron encendiendo las lámparas y continuaron las sesiones, rutinariamente. Algunos, como Martov o Lunacharski, siguieron defendiendo la necesidad de que el Soviet tomara el poder, pero ya sin nervio ni convicción, y eran los menos. Mientras tanto, en la ciudad comenzó la contrarrevolución, sin solución de continuidad. Primero llegaron las noticias de que Perevérzev, el ministro de Justicia, había enviado a la prensa documentos procedentes de una investigación gubernativa los cuales probaban la financiación de los bolcheviques con

fondos alemanes. Años después, el antiguo embajador estadounidense en Moscú y reconocido experto en asuntos soviéticos, George F. Kennan, denunció estos documentos, al menos buena parte de ellos, como una falsificación[533]. Pero aquella noche del 4 julio de 1917, incluso antes de que fueran publicadas por la prensa, al día siguiente, las pruebas ya habían llegado a algunas unidades militares, hasta entonces a la expectativa. El golpe de mano del ministro tuvo un efecto electrizante; esa misma noche, un destacamento de cadetes de la Academia Militar (conocidos coloquialmente como *junkers)* destruyó la imprenta y las oficinas del diario *Pravda*, el órgano oficial de los bolcheviques. También intentaron detener a Lenin, pero este se había refugiado en uno de los pisos francos del partido.

Por fin, a medianoche, cuando ya la ciudad estaba en calma, un batallón del Regimiento Izmailovski, con su banda interpretando *La Marsellesa* y otras unidades de los Semyonovsky y Preobrazhensky llegaron al palacio Táuride para «defender» la revolución y proteger al Soviet. Los diputados más conservadores se abrazaron y cantaron ellos también el himno revolucionario francés. El menchevique internacionalista Yuli Martov murmuró: «La clásica escena del comienzo de la contrarerrevolución»[534].

---

502 Feldman (1968): p. 538.

503 Kérenski (1967): p. 311.

504 Heenan (1987): pp. 110-115.

505 Rabinowitch (1991): pp. 54 y ss.

506 Ibíd., p. 59.

507 Ibídem.

508 Ibíd., p. 72.

509 Ibíd., p. 75.

510 Figes (2000): p. 447.

511 Kocham (1968): pp. 447-448.

512 Figes (2000): pp. 472-473.

513 Actualmente alberga el Museo Estatal de la Historia Política de Rusia, en la ul. Kuybysheva, 2-4.

514 Kérenski (1967): pp. 306 y 314.

515 Para un buen relato conciso sobre la disputa en torno a la Rada ucraniana, vid.: Rabinowitch (1991): pp. 141-143.

516 Entre ellos, muchos delegados de la comisión ejecutiva campesina, una buena parte de ellos *eseristas.* Sukanov (1962): p. 426.

517 Quien quizá expresó mejor ese anhelo fue el menchevique-internacionalista Mártov en su propuesta para un gobierno socialista homogéneo, ya el día 3 por la mañana: Galili (1989): pp. 331-332; Sukanov (1962): p. 424.

518 Sukanov (1962): p. 425.

519 Ibíd., pp. 429-430; la comisión, de 25 miembros, se creó a iniciativa de Lev Kamenev.

520 Ibíd., p. 432.

521 Sujanov (1962): p. 441. Muy posiblemente, la fuerza de marinos se reducía a la mitad.

522 Rabinowitch (1991): 175.

523 Ibíd., p. 181.

524 Ibíd., pp. 183-184; Sukanov (1962): p. 441.

525 Según Sujanov, Anatoli Lunacharski dijo haberlos dirigido hasta el palacio Táuride, aunque duda seriamente de esa versión; Sukanov (1962): pp. 442-443.

526 Los autores de las acciones de hostigamiento parecen haber sido destacamentos de cadetes de la Academia Militar, cosacos y efectivos del Regimiento Semyonovski, uno de los dos más antiguos de la Guardia Imperial, junto con el Preobrazhenski. Vid.: Sukanov (1962): p. 442.

527 Ibíd., p. 444.

528 Rabinowitch (1991): pp. 187-189. Una parte del relato está tomada de las memorias de Sujanov.

529 Fiodor Raskolnikov y Semión Roshal habían sido los líderes y organizadores de la «República de Kronstadt».

530 Sukanov (1962): pp. 448-449. El autor denomina a la unidad «uno de los regimientos “insurrecionales” de los bolcheviques» que había llegado al palacio Táuride sin saber, aparentemente, quién los había enviado y para qué.

531 Ibíd., p. 450.

532 Ibíd., p. 451.

533 Kennan (1956).

534 Sukanov (1962): p. 455.

CAPÍTULO 23

# CARRERA HACIA EL PODER ABSOLUTO
## La alternativa militar, general Kornilov (agosto)

A lo largo del 5/18 de julio, la situación política dio un vuelco en Petrogrado. La publicación en la prensa de los supuestos documentos parecía demostrar la connivencia de los bolcheviques con los alemanes, llegando a sugerir que los sucesos de los dos días anteriores habían estado coordinados con el comienzo de la contraofensiva alemana en el frente. El mismo Kérenski llegaba a afirmar que había tenido entre sus manos un panfleto de propaganda alemán, encontrado en las trincheras rusas, donde se anticipaba el levantamiento bolchevique del 3 de julio[535]. Las espectaculares revelaciones, con marchamo oficial de un gobierno de coalición en el que figuraban ministros socialistas, el asedio sufrido por el mismo Soviet, los desórdenes vividos en el centro de la capital: todo ello atizó la indignación de las clases medias, los partidos de centro-derecha, los nacionalistas, los militares y hasta de muchos soldados que ahora decían sentirse traicionados. Incluso en el frente creció la animadversión hacia la guarnición de Petrogrado, dedicada a hacer política, evitando por todos los medios acudir a combatir con sus compañeros de armas, y que ni siquiera habían sabido tomar el poder para imponer la paz.

Al día siguiente comenzó la represión. Con Lenin en búsqueda y captura, se dictó orden de detención contra los principales líderes bolcheviques por traición. Ya se incluía en el grupo a Trotski, claramente comprometido con ellos. Varios incluso se entregaron de manera voluntaria, con la esperanza de hacer proselitismo durante los juicios que se seguirían. La actitud de no inmolarse, ante la certidumbre de que se trataba de una situación transitoria, quedó de relieve cuando ese mismo día 6 un contingente de tropas leales al gobierno tomó la mansión Kshesínskaya sin

encontrar resistencia y en ella fueron detenidos sus quinientos ocupantes. Por otra parte, la dirección de Lenin había quedado en entredicho el día 4, cuando declinó ponerse al frente del levantamiento y después, al pasar a la clandestinidad. Se imponía el sector moderado, encabezado por Kamenev, partidario de una amplia coalición de izquierdas que incluyera a los bolcheviques. El 9 de julio, Lenin se escabulló a Finlandia acompañado de Zinoviev, disfrazado con una peluca y con su bigote y perilla rasurados, lo que le confería un aspecto juvenil más acorde con sus 47 años de edad.

En esa situación, Kérenski se estaba convirtiendo con celeridad en el hombre del momento. Según su propio testimonio, había escapado a la detención ya el día 2, cuando un grupo armado se personó en el Ministerio del Interior, donde se hallaba reunido. Gracias a que uno de los porteros los engañó enviándolos a la estación de Tsárskoye Seló[536] pudo salir al día siguiente en dirección al frente, a fin de preparar la nueva fase de la ofensiva. O quizá para sacarse oportunamente de en medio ante la incontrolable espiral del levantamiento y mientras se hundía el gobierno de coalición. De esa forma se erigió en último defensor del Soviet, prometiendo enviar tropas desde el frente para restablecer el orden en pleno paroxismo de la crisis. Regresó a la capital el 6/19 de julio para tomar el relevo del príncipe Lvov, agotado, decidido a dimitir y que consideraba a Kérenski el hombre fuerte por antonomasia, el único capaz de clausurar el Soviet y aplicar la oportuna represión[537].

Él aceptó el encargo con indisimulada satisfacción. A sus 36 años, se veía a sí mismo —y tal cual era percibido por los sectores liberales— como el salvador de Rusia, apoyado por todos los sectores sociales y políticos claves: clases medias y trabajadores, Soviet y partidos, militares y civiles. Al fin y al cabo, ello era la evolución de su habilidad inicial, desde los primeros momentos de la revolución, para intermediar entre el Soviet y la Duma, y más tarde, ante el gobierno provisional. Incluso pareció desarrollarse un cierto culto a Kérenski, al menos a partir de un pequeño grupo de literatos y artistas, cuyos nombres más conocidos eran los del dramaturgo y director del Teatro de Moscú, Konstantin Stanislavski, el creador del célebre método de enseñanza interpretativa que lleva su nombre, y el gran ideólogo del simbolismo ruso, Dmitri Merezhovski.

También figuraban en el pequeño y compacto grupo el periodista y pensador Dmitri Filosofov, primo y amante de Serguéi Diaguilev, y la esposa de Merezhovski, la poetisa Sinaida Hipius —la «musa del cambio de siglo»—, los fundadores de la escuela de la Nueva Conciencia Religiosa; y con Merezhovski la «Hermandad de los Tres», un movimiento artístico y filosófico religiosista.

Este detalle que los historiadores y hasta biógrafos suelen pasar por alto es revelador de la naturaleza de los apoyos políticos reales de Kérenski. El respaldo de estos artistas de vanguardia tenía que ver con la amistad que Kérenski mantenía con algunos de ellos desde hacía años, como eran el caso de Sinaida Hipius[538], que a su vez tenía su origen en su afición por el teatro y las veladas literarias organizadas a principios de siglo por el grupo estudiantil de su hermana, donde conoció a la poetisa y su marido, Dmitri Merezhovski[539]. Estas relaciones no se interrumpieron; Sinaida tenía una especial predilección por el joven y este acudió a las veladas de la Sociedad Religioso-Filosófica, donde se encontraban personajes como Vasili Rozánov, la gran figura del neoespiritualismo ruso[540]. Por lo tanto, el perfil de Kérenski es el de un hombre intelectualmente inquieto, políticamente ambicioso y más pragmático que ideologizado. Su primer contacto con las necesidades de las clases desfavorecidos no le vino por su militancia *eserista*, sino a través de su trabajo como abogado en el Club del Pueblo, organización fundada por la condesa Sofía Panin[541], por lo que puede decirse que Kérenski había formado parte de las multiformes estructuras del «corporativismo zarista». Lo cual no fue óbice para que en 1903 pasara a militar en el Partido Social Revolucionario. Su ingreso en la Masonería de los Pueblos de Rusia en 1912, comentado por él mismo en sus memorias[542], tras ser elegido diputado para la Cuarta Duma, y a instancias del *kadete* Nikolai Nekrasov y el menchevique Nikolai Chjeidze[543], evidencia esa vocación, tan suya, de mantener contactos en ámbitos políticos dispares. Esa tendencia incluso le llevó a implicarse —aunque no de lleno— en las conspiraciones palaciegas de Guchkov, junto con Konovalov, y Tereshchenko. Algo que le ayudó a medrar con rapidez durante unos meses en los cuales esa capacidad de relacionarse con unos y otros resultó decisiva, pero que perdió toda utilidad y se transformó en su

talón de Aquiles al quedar en evidencia que en realidad, y a la larga, no se comprometía a fondo con nadie —comenzando por sus camaradas *eseristas* — pero tampoco poseía una capacidad real de ejercer el poder en solitario. Esto se debía a que había terminado por canalizar buena parte de su actividad política a través de la francmasonería, lo cual satisfacía su idealismo burgués, sus tendencias progresistas y compromiso social —que eran reales, no fingidos— pero restringía su campo de acción a unos canales muy limitados.

Ello se pudo comprobar en el arduo proceso, formación del nuevo gobierno, cuyo núcleo central iba a quedar constituido por Kérenski como primer ministro —que conservaba el Ministerio de Guerra y Marina— más el *kadete* Nekrasov como viceprimerministro y ministro de Hacienda —algo así como su escudero político— y el multimillonario ucraniano y empresario azucarero Mijail Tereshchenko[544]. Los tres eran masones prominentes —Tereshchenko en especial— y Richard Abraham, biógrafo de Kérenski, define así el directorio: «Jóvenes, encantadores, confiados, y casi totalmente indiferentes a la ideología, la troika estaba formada por hombres de temperamento aventurero y prácticamente sin experiencia de gobierno»[545].

De momento, el día 6/19 de julio Kérenski se limitaba a presidir los restos del anterior gobierno en el cual continuaban parte de los ministros no dimisionarios, pero Tsereteli y Chernov tenían ahora un estatus cercano al de rehenes políticos. El líder *eserista* no podía dimitir porque hubiera entregado el gobierno en manos de los *kadetes;* y tampoco podía hacerlo ante los campesinos, que lo interpretarían como una monumental confesión de incompetencia o una traición. Por su parte, Tsereteli, que además pasaba a cargar con el comprometido Ministerio del Interior, renunciaba a las políticas socialistas radicales —que ahora monopolizaban los bolcheviques — obligado por el dogma del marxismo ortodoxo interpretado por los mencheviques: Rusia no estaba preparada para la revolución socialista; era necesario agotar previamente la etapa de la revolución burguesa. Además, retenían sus carteras del gabinete precedente: Skobelev (menchevique, Trabajo), Peshejonov (socialista popular, Alimentación), Godnev

(octubrista, control del Estado —Tribunal de Cuentas— y Vladimir Lvov (progresista, Procurador del Santo Sínodo).

A partir de esos mimbres, Kérenski comenzó a actuar enérgicamente, centrándose en reforzar la disciplina y la represión en el Ejército a fin de relanzar la ofensiva. Ya el día 6 de julio se decretaron penas de prisión para aquellos que cometieran actos de violencia contra la población o incitaran a la desobediencia de las órdenes del gobierno. Estas medidas aún iban dirigidas contra los insurrectos de Petrogrado. También se endureció la disciplina militar al asignar el mando del sector Sureste del frente —el directamente comprometido en la ofensiva— al belicoso general Kornilov, cesando al más sensato y veterano general Gutor —recientemente escogido por Brusilov; este nombramiento, impuesto por Kérenski, junto con las condiciones disciplinarias que exigió Kornilov a Brusilov como requisito para asumir el mando, tensarían las relaciones entre Kérenski y su general en jefe, hasta llevarlas a la ruptura tras el fracaso de la ofensiva de julio[546].

En el frente, la situación militar evolucionaba al margen de la lucha política en Petrogrado. Los alemanes estaban presionando al contraataque desde el día 6, y la *Stavka* intentó lanzar ataques de distracción en los frentes Norte y Occidental. En este último, al mando del general Denikin, la ofensiva se retomó el día 7, de nuevo con importante superioridad material y humana. Y una vez más se volvió a revivir el fiasco del frente Suroccidental: asaltos iniciales exitosos imposibles de mantener y ampliar porque las unidades de segundo escalón se negaban a combatir; inmediatamente, los contraataques alemanes recuperaban el terreno perdido e incluso intentaban ir más allá. En las inmediaciones de la localidad de Smorgon —frente a Vilnius—, encuadrado en el Décimo Ejército, tuvo su bautismo de fuego el Batallón de Mujeres, que logró capturar tres tramos de trincheras alemanas y unos doscientos soldados enemigos antes de verse obligado a retirarse al no haber sido secundado por otras unidades[547]. El efecto emulación había fallado estrepitosamente: el coraje de las mujeres no había servido para estimular la combatividad de los hombres. De hecho, la unidad se haría antipática en días sucesivos al actuar como fuerza de contención contra desertores y unidades que se replegaban presas de pánico. A mayor abundamiento sobre la moral de las tropas: el abogado Sokolov, el

mismo que había redactado la Orden Número 1, recibió una paliza de los soldados tras pronunciar un discurso para animarles al ataque[548].

Mientras tanto, el 6/19 de julio los Centrales descargaban el peso de su contraataque en el frente Suroeste, donde los rusos habían iniciado la ofensiva y habían ganado más terreno. Precisamente, los fallidos ataques rusos en el centro y el norte habían sido un intento de desviar la atención y las reservas de los atacantes. El contragolpe germano transformó la situación del frente, de peligrosa en abiertamente dramática: las unidades rusas se fueron desmoronando como fichas de dominó que se empujaban las unas a las otras. La insubordinación de una parte de las unidades hacía imposible la resistencia o la retirada escalonada de aquellas que seguían luchando. Y como estas eran las que, precisamente, habían experimentado más bajas en días anteriores, al hundirse aceleraron la retirada de las que carecían de moral de combate, lo cual en muchos casos se transformó en huidas masivas. De esos momentos quedan dos célebres fotografías: una unidad de soldados rusos corriendo a campo través, presa de pánico, sin armas; y un combatiente que amenaza a dos compañeros con la culata de su fusil para que recojan el equipo del que acaban de desprenderse en su escapatoria.

La derrota y retirada del 11º Ejército llevó a que el 7º, en su flanco derecho, hiciera lo mismo para no quedar desbordado. Lo cual dejó en una posición totalmente expuesta al 8º Ejército de Kornilov, que era el que más había avanzado en los primeros días de la ofensiva. El hecho de que hubiera sido nombrado comandante en jefe de todo el sector Sudoccidental habría podido servir para coordinar una defensa más eficaz de los tres ejércitos, pero en aquella situación de caos y pánico, poco se podía hacer. Kornilov, que tenía más vocación de mando de primera línea que de planificador, se aplicó a fondo para mantener la disciplina. El día 11, él mismo y su apreciado comisario, el *eserista* Boris Savinkov, recomendaron la cancelación de la ofensiva y la restauración de la pena de muerte. Lo primero se hizo de inmediato —ya era absurdo pensar que se podría continuar— y la segunda petición se acordó unánimemente por un gobierno a medio formar compuesto mayoritariamente por socialistas, con Kérenski al frente. Casi de inmediato, Kornilov ejecutó públicamente a catorce

hombres. Una semana más tarde ya eran 147, incluyendo un general[549]. Para entonces, la contraofensiva alemana ya había provocado un desgarrón en el frente Suroccidental ruso que el día 15 era de 240 kilómetros de profundidad. Un último ataque en el frente rumano, que arrancó satisfactoriamente, apenas sirvió para paliar los efectos de la catastrófica retirada más al norte. En el frente francés, los británicos lanzaron la ofensiva de Passchendaele (o tercera batalla de Ypres) el 31 de julio. Tenía que haberse coordinado con la ofensiva de Kérenski, pero degeneró en otra de las inútiles carnicerías en las trincheras en la Primera Guerra Mundial, anegada en barro bajo las torrenciales lluvias del verano, como en Ucrania.

Kérenski empezaba a tener problemas con los generales. La represión contra los bolcheviques se extendía por Petrogrado. Se intentaba desarmar a las unidades revolucionarias y la Guardia Roja, pero la capacidad de las fuerzas reaccionarias que se estaban reorganizando, dejaba mucho que desear: *junkers*, unidades ad hoc de oficiales, grupos de jóvenes voluntarios paramilitares. La ineficacia se suple con entusiasmo: se llega a organizar una redada contra los mencheviques, cuyo líder, Tsereteli, es el ministro del Interior[550]. Esto indica bien a las claras que a los militares y quienes los apoyan no les gustan las izquierdas, ni siquiera los moderados mencheviques: no se fían de ellos. Por lo tanto, el joven y ambicioso Kérenski tampoco es digno de confianza.

Mientras tanto, él pasa buena parte del mes de julio en el frente. No renuncia a ser el nuevo caudillo, político y militar a la vez. El día 16 llega a la *Stavka* en Mogilev, acompañado de Tereshchenko, precedido por rumores de que pretendía sustituir a Brusilov por Kornilov. El general Brusilov no acude a recibirle a la estación, pretextando que Kérenski llega con antelación a la hora que le habían comunicado[551]. A esas alturas, las relaciones entre el primer ministro y el jefe de la *Stavka* no son buenas. La ofensiva ha fracasado estrepitosamente y Kérenski descarga parte de la culpa en la supuesta mala planificación del estratega. Por otra parte, se niega a aceptar —al menos de cara a la galería— que la insubordinación de las tropas haya sido algo real; según él, se trata de una campaña de insidias lanzada por los generales. Durante la comida que sigue a su visita, los generales Alekséyev y Klembovski zapan la labor y la imagen de Brusilov,

celosos de los antiguos éxitos del general en la ofensiva de 1916 y de su reciente nombramiento como jefe de la *Stavka*. Además, según Figes —y ningún otro historiador mantiene esta versión[552]—, en su deriva autoritaria, Kérenski lo ha tanteado para la posibilidad de dar un golpe de Estado y compartir el poder. Brusilov, que era nacionalista y conservador y, ante todo, un militar de carrera poco amigo de las aventuras políticas, declinó la oferta.

Pero la situación estalló cuando Denikin, con una retórica elegante pero amarga a la vez, arremetió contra los que habían destruido la disciplina en las fuerzas armadas y la autoridad de los oficiales. Los bolcheviques no son la única causa, no pasan de ser «gusanos en la herida abierta del Ejército»; los verdaderos culpables se encuentran más allá y más arriba, incluyendo al que hace poco era ministro de la Guerra (Kérenski) y sus discursos incendiarios a los soldados[553]. El reproche de Denikin provocó una reacción histérica del presidente, que puso fin a su visita a la *Stavka*[554]. La conclusión era que había que liquidar al Soviet, terminar con los consejos de soldados en el frente, y abolir incluso los comisarios. Pero Kérenski era consciente de que no era posible regresar al pasado anterior a febrero. Por otra parte, la utilidad de algunas nuevas instituciones era innegable: los comisarios incluso habían salvado más de una vez la vida de los oficiales de la ira de sus mismos soldados y muchos oficiales los consideraban ya imprescindibles para mantener el control de la tropa[555].

En esos momentos, el general Lavr Kornilov parecía ofrecer la única salida viable. No había estado presente en la conferencia al no haber sido convocado por Brusilov, por estar en curso la contraofensiva alemana en su sector del frente. No obstante había enviado un telegrama con propuestas coherentes y concisas: una purga en el cuerpo de oficiales, restauración del monopolio del mando militar en lo referente a promociones y destituciones, pena de muerte para los soldados en la retaguardia (no solo en el frente y en combate) bajo confirmación de los comisarios, integración de estos en el cuerpo de oficiales, prohibición de las asambleas, literatura bolchevique y juegos de cartas[556].

Kornilov era un personaje muy especial. Era un militar menudo, enjuto, pero nervioso y enérgico, de rostro barbado y requemado. Sus rasgos

asiáticos y su rostro inexpresivo se debían a que su madre era una buriata. Hijo de un cosaco de la Hueste de Semirechye, nacido en el actual Kazajistán oriental, no lejos de Mongolia, los orígenes de su carrera militar se ubicaban en Asia Central, más concretamente en el Turkestán, donde también estuvo destinado el padre de Kérenski, que era inspector jefe de las escuelas de la región. De hecho, el entonces capitán Kornilov había visitado el domicilio de la familia en Tashkent[557], cuando organizaba expediciones de reconocimiento y espionaje por Xinjiang, Afganistán y Persia. Se convirtió en un experto en la zona y escribió algunos artículos sobre países como India y Baluschistán, además de manejarse en varios idiomas centroasiáticos. Completó esas experiencias con el cargo de agregado militar en la Embajada rusa en Pekín, en 1907, lo que le facilitó hacer viajes y expediciones por China[558]. Era, en definitiva, un oficial bregado en las lides del Gran Juego, con un estilo de mando directo, duro pero paternalista, carismático y querido por sus tropas, especialmente las de origen centroasiático. Como recuerdo de aquella época, en 1917 se rodeó de una guardia personal de combatientes nativos de Asia Central, los denominados *Tekintsy* en el Ejército ruso, que lucían los coloridos caftanes rojos de rayadillo y lo trataban como su príncipe y señor. En términos comparativos, Kornilov venía a ser un oficial colonialista de los que abundaban en los ejércitos imperiales europeos de la época.

Su perfil quedó completado con la hoja de servicios durante la Gran Guerra: general de dos divisiones, en la primavera de 1915 cayó prisionero tras un desastroso intento de ofensiva más allá de los Cárpatos. Sin embargo, cuando meses más tarde consiguió escapar del cautiverio y regresar a las líneas propias a través de Rumanía, la prensa rusa le dedicó unos cuantos titulares sensacionalistas y como recompensa se le concedió el mando del 25º Cuerpo de Ejército en el frente Sudoccidental, a las órdenes de Brusilov. Debido a su experiencia en Asia Central y su conocimiento de las problemáticas tribales y clánicas se le asignaron unidades procedentes de esa zona, pero también del Cáucaso Norte, entre ellas la temida División Salvaje, de caballería, formada por musulmanes del Daguestán.

De todas formas, lo que lo hacía especialmente atractivo para Kérenski en aquellos momentos no era solo su resolución en llevar la reinstauración

de la disciplina hasta sus últimas consecuencias —en el estilo de un militar colonialista— y un tanto al margen del resto del cuerpo de oficiales, donde se le miraba por encima del hombro debido a sus orígenes plebeyos y sus modales populistas. Además de ello, había alcanzado una fructífera empatía con su comisario, Boris Savinkov. En teoría todo le separaba del general Kornilov, pero por alguna razón el binomio funcionaba. Procedía del Partido Social-Revolucionario, donde había desempeñado un papel central en la planificación de atentados de la Organización de Combate, incluyendo el del ministro Pleve en 1904. Era un hombre de acción enamorado de su misión, mujeriego, dandi y aficionado a la morfina; todo ello, junto con su palmarés terrorista en la época de la revolución de 1905 y posterior, lo que dejó plasmado en una impactante novela testimonial publicada bajo el seudónimo de V. Ropshin: *El caballo amarillo* (1909) que todavía sigue publicándose en los más diversos idiomas[559]. En el verano de 1917 se había convertido en otro ejemplo viviente de cómo el socialismo revolucionario de raíz populista (y por ello nacionalista) podía evolucionar en un sentido socialista-nacional y prefascista. De hecho, pocos años después, Savinkov se declararía simpatizante del fascismo italiano. Pero en aquellos meses decisivos de la revolución se convirtió en el asesor político de Kornilov —cuyas ideas al respecto eran muy básicas— y en el enlace del general con Kérenski, sobre el cual influyó de forma decisiva para su designación como jefe de la *Stavka*[560]. Para formalizar esa función sería nombrado asesor del ministro de la Guerra en el nuevo gobierno. Por todo ello, solo dos días después de la conferencia en la *Stavka*, el primer ministro destituyó a Brusilov y nombró en su lugar a Kornilov, que ni siquiera lo agradeció. De hecho volvió a plantear ciertas condiciones, un gesto de una altanería completamente insólita que puso en un problema al ejecutivo porque vulneraba seriamente su autoridad; y más en especial aquella declaración suya según la cual el nuevo capitán general solo se consideraría responsable ante su conciencia y la nación[561].

Ese 18/31 de julio fue un día decisivo. Kérenski no solo reorganizó el alto mando de la *Stavka*, sino que trasladó su despacho y la misma sede del ejecutivo al Palacio de Invierno —las reuniones se celebrarían en la lujosa Sala de Malaquita— y decidió a completar la tarea pendiente que era la

reorganización del gobierno. Eso supuso nuevos tiras y aflojas, bastante trabajosos por cuanto, para regresar al ejecutivo los *kadetes* impusieron duras condiciones. Al final terminó saliendo Tsereteli a cambio de la entrada de cuatro ministros *kadetes* y tres liberales[562]. La derecha le tenía animadversión a Chernov, a quien responsabilizaban de las ocupaciones de tierras y disturbios en el campo, pero Kérenski lo defendió, en parte por el firme convencimiento de su utilidad, pero también porque era la figura señera del Partido Social Revolucionario. Por lo demás, los *kadetes* impusieron el veto a la promulgación de nuevas reformas sociales en tanto no se reuniera la Asamblea Constituyente, cuya convocatoria ellos mismos intentaron retrasar. Era evidente que con la guerra en curso sería difícil llevar a cabo unas elecciones, pero además los *kadetes* temían sufrir un descalabro electoral y por ello buscaban mantener al máximo el sistema de gobiernos provisionales. Por fin, el 25 de julio/7 de agosto quedó formalmente constituido el gobierno de Kérenski.

Mientras tanto, una semana antes, la sede del Soviet de Petrogrado se había trasladado al Instituto Smolny, una decisión muy polémica. Se ha tendido a considerar como un síntoma inquietante de la ofensiva de la reacción, capaz ya de marginar al Soviet. Como mínimo, para Sujanov la iniciativa resultaba antipática: la nueva sede había sido la de un colegio erigido en 1808 para las niñas y jóvenes de las clases altas de San Petersburgo por la Sociedad para la Educación de Nobles Doncellas, y sus pasillos con suelo de piedra eran un buen recuerdo de ello[563]. No poseía la planta imponente del palacio Táuride y sobre todo, carecía de la épica asociada a la Revolución de Febrero y la progresiva sustitución de poderes que se había ido operando entre Duma y Soviet en el mismo edificio singular. Pero el Instituto Smolny no era exactamente un apartadero. Antes de la revolución poseía una pátina de respetabilidad como centro de enseñanza avanzado, recogido en las fotografías de uno de los mejores reporteros de la capital, Karl K. Bulla[564]. Y, sobre todo, estaba situado —y sigue estándolo— en el barrio gubernamental de Petrogrado. Buena prueba de ello es que en años sucesivos fue la sede del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) para Leningrado, y actualmente, como residencia del gobernador, centraliza la administración de San Petersburgo, con un

importante trasiego de visitas y reuniones; en sus jardines de acceso todavía se erige una de las dos grandes estatuas de Lenin en la ciudad. De allí salió el líder bolchevique para capitanear la Revolución de Octubre. Más de ochenta años después, de allí saldría Vladimir Putin para hacerse cargo de la Federación Rusa.

En julio de 1917, la decisión de trasladar el Soviet al Instituto Smolny se encuadraba en los planes de Kérenski para ordenar el nuevo poder que se estaba conformando tras el reciente fiasco bolchevique. En cierta manera, se trataba de institucionalizar el Soviet, lo cual también significaba darle una respetabilidad propia pero apartarlo del poder ejecutivo, que iría pasando al gobierno provisional. Lo cual no dejaba de responder a lo que entonces parecía indicar un poder ya mermado del Soviet tras las Jornadas de Junio, cuando ninguna unidad de combate había acudido a defenderlo. Ello implicaba incluir en el gabinete a ministros de todas las tendencias políticas —excluyendo a los bolcheviques— y estabilizar el centro del Estado. En esta operación, era esencial reestructurar las fuerzas armadas; ya no para emprender nuevas ofensivas sino, al menos, para defender el frente y evitar la guerra civil.

Para esta tarea Kornilov era esencial. Sin embargo, el general muy pronto empezó a demostrar que estaba dispuesto a hacer las cosas a su manera. La clave de lo que iba a suceder radicaba en esta dicotomía: ni Kérenski ni Kornilov le hacían ascos a instituir alguna forma de régimen autoritario, una dictadura, incluso. En el Petrogrado de la época se hablaba de la *kerenshchina* y la *kornilovshchina*, los tinglados conspirativos del uno y del otro. Una diferencia radicaba en que mientras el primero movía las piezas para ir operando una sustitución progresiva, respetando en la medida de lo posible los marcos jurídicos e institucionales, el general pensaba más en términos de un clásico espadón y por ende de extracción colonialista[565]. Además, según Sujanov, mientras que Kornilov representaba a la bolsa, el capital y la propiedad de la tierra, Kérenski también era el hombre de esos intereses, pero además agrupaba tras de sí a los grupos intermedios: la pequeña burguesía, el artesanado, los empleados superiores del comercio y la industria:

> Pero Kornilov y Kérenski se necesitaban el uno al otro por los intereses de sus clases respectivas. Kornilov tendía a la dictadura pura del gran capital, debía aceptar a Kérenski como rehén democrático. Kérenski tendía a la dictadura de un bloque de la grande y la pequeña burguesía, y debía un alto tributo a su aliado en la medida en que este disponía de fuerza real. Y cada uno quería llegar el primero para controlar la situación, de hecho y de derecho[566].

Si bien las maneras altaneras de Kornilov eran conocidas y se manifestaron desde el mismo momento de su nombramiento, comenzó a convertirse en un problema político cuando el 3 de agosto viajó a Petrogrado para presentar ante el gobierno provisional su memorándum, destinado a solucionar los problemas del Ejército y que contaba con el aval de la Unión de Oficiales Republicanos patrocinada por la propia *Stavka*[567]. El documento incluía siete puntos; entre ellos, los ya conocidos, tendientes a liquidar los consejos y comisarios en las unidades militares. Además, la propuesta para extender a la retaguardia la aplicación de la pena de muerte, incluyendo no solo a soldados, sino también a civiles. Esta medida era rechazada por el mismo Kérenski, sabedor de que tendría un efecto incendiario entre las izquierdas y sería inaceptable para los soviets, lo cual podría reactivar la popularidad de los bolcheviques. Kornilov incluía además la exigencia de purgar de elementos desafectos a las unidades de la reserva y la disolución de las unidades de carácter marcadamente revolucionario, con la posibilidad de internar a los soldados en campos de concentración en régimen estricto y bajo racionamiento mínimo[568].

Dado que el memorándum no podía hacerse público ni exponerse abiertamente ante el ejecutivo, Kérenski y Savinkov instruyeron al general para que se limitara a hacer una exposición confidencial sobre la situación en el frente; pero aun así, temerosos de que Kornilov terciara sobre sus ideas para reimponer el orden, intervinieron para limitar la conferencia argumentando que podría resultar peligroso entrar en detalles ante la posibilidad de que desde el gobierno pudieran llegar a los alemanes detalles clasificados sobre la situación del frente ruso. Esta salida de pata de banco

no hace sino echar más leña al fuego al incrementar la paranoia de Kornilov[569]. Y más teniendo en cuenta que Savinkov, en concreto, le deslizó el nombre de Chernov como posible filtrador, en el marco de la campaña de las derechas contra el ministro de Agricultura y líder *eserista*, por no impedir las ocupaciones de tierras. Como colofón, las relaciones entre Kérenski y Kornilov se tensaron peligrosamente.

Para enderezar la situación, se acordó que el general regresara una semana más tarde, con el memorándum reescrito y purgado de las propuestas más polémicas. Mientras tanto, la popularidad de Kornilov entre las derechas estaba en plena ebullición. El cuartel general de la *Stavka*, en Mogilev, sede también de la Unión de Militares Republicanos, se convirtió en el santuario para una romería de políticos *(kadetes* en especial), poderosos empresarios y banqueros, así como delegados de asociaciones conspirativas de oficiales de ultraderecha. A su vez, toda esta red se reunió en Moscú entre el 8 y el 10 de agosto, y desde allí enviaron telegramas y mensajes de solidaridad al popular general, convertido en bandera de la contrarrevolución.

A lo largo de esa misma semana, Kornilov se mostró muy activo. Algunas de sus disposiciones fueron comunicadas a Kérenski; otras no. El día 6, el general pidió al gobierno y obtuvo el control directo del Distrito Militar de Petrogrado para el hipotético caso de que una ofensiva alemana acercara la línea de frente a la capital. Al día siguiente, Kérenski recibió una propuesta del Mando Naval el cual, a sugerencia de Kornilov, ordenaba enviar al frente a la díscola marinería de la base de Kronstadt, que desde principios de marzo no reconocía la autoridad del gobierno provisional. Ese mismo 7 de agosto, la *Stavka* ordenó el traslado de la denominada División Salvaje desde el frente Sudoccidental a unos 500 kilómetros de Petrogrado. Esta unidad de caballería musulmana del Cáucaso Norte era particularmente afecta a Kornilov y se había hecho célebre —y temida— durante la ofensiva Brusilov. De esta medida, que se fue completando en días sucesivos con el traslado de más unidades, no se informó al gobierno.

El día 10, Kornilov regresó a Petrogrado; se hizo acompañar por su guardia de *Tekintsy*, armados con ametralladoras. Su memorándum incluía ahora dos nuevas propuestas, todavía más conflictivas, si cabe:

militarización del sistema ferroviario y de las factorías de interés estratégico. Estas peticiones coincidían con los miedos expresados por el embajador británico John Buchanan de que los desórdenes pudieran devenir en un caos ferroviario que generara una hambruna por desabastecimiento[570]. A los trabajadores se les exigiría una productividad mínima y se impondría la prohibición de las huelgas bajo pena de muerte[571]. El general había subido su apuesta; además, estaba convencido de que a finales del mes, coincidiendo con el aniversario de la Revolución de Febrero, los bolcheviques preparaban un alzamiento. Esperaba que, llegado el caso, el gobierno colaborase en neutralizar la amenaza; pero a esas alturas asumía que en el ejecutivo había ministros que eran agentes alemanes. Por lo tanto, llegado el caso, amenazaba con actuar por su cuenta. De nuevo Kérenski se negó a firmar el memorándum y llevarlo ante el gobierno. A cambio, ofreció a Kornilov una reunión informal con el «triunvirato» o directorio: él mismo, Nekrasov y Tereshchenko.

El general parecía decidido a dar su golpe, apoyado de forma muy evidente por la derecha y las embajadas aliadas, que tampoco se recataban en disimular. Kérenski decidió implicarse también él de forma más decidida aunque discreta, seguramente con la intención de intentar cabalgar la situación. El día 11, ante la presión de los ministros *kadetes* y el riesgo de una crisis de gobierno, decidió aceptar el programa original de Kornilov para el saneamiento del Ejército. Además, él mismo puso en marcha la Conferencia Estatal de Moscú, que se iba a prolongar durante tres días, del 12 al 15 en el teatro Bolshoi.

En sus memorias sobre la Revolución, Sujanov recuerda que «nadie conocía el objetivo de esta extraña y compleja empresa»[572]. Un siglo después todavía se discute su intención y significado. Para el hombre de la calle, la prensa tendía a explicar que escenificaba una reconciliación nacional. Sin embargo, la intención real era consagrar el viraje político que se había producido, poniendo énfasis en el poder del gobierno de la nación y marginando la «anormalidad» política de los soviets[573]. Esta propuesta de unión nacional —similar a la que se había llevado a cabo en las otras potencias beligerantes en la Gran Guerra— tenía un trasfondo lógicamente nacionalista. Por lo tanto, la derecha estuvo sobrerrepresentada y la

izquierda devenida moderada —*eseristas* y mencheviques— se mostró dispuesta colaborar en la representación. El momento simbólico fue el público apretón de manos de Tsereteli al empresario Bublikov en el escenario del Bolshoi.

También planeaba la amenaza de trasladar la capital desde Petrogrado a Moscú, algo que ya se había considerado en tiempos del primer gobierno provisional. En parte por dejar atrás la capital imperial, con los dirigentes revolucionarios de izquierdas y las unidades militares politizadas y refundar el centro político y administrativo en la capital nacional, origen del Gran Ducado de Moscovia, mucho antes de que Pedro el Grande decidiera crear San Petersburgo de la nada. Además, debe recordarse el dato, porque entre los políticos liberales había un importante grupo de presión de hombres de negocios moscovitas.

Como respuesta, los bolcheviques boicotearon la conferencia —tenían derecho a una representación— e hicieron más que eso: desencadenaron una huelga general que afectó a los transportes públicos, fábricas y hasta cafeterías: unos 400.000 trabajadores moscovitas se sumaron a la protesta. Sujanov recuerda cómo tras llegar a Moscú en tren —viaje en el cual le robaron los zapatos mientras dormía en el vagón preferente para oficiales del Ejército— se encontró la ciudad semiparalizada y a oscuras por la huelga de los trabajadores de la fábrica de gas para la iluminación[574].

Pero, sobre todo, la Conferencia Estatal puso de relieve el auge en la popularidad de Kornilov entre la derecha. La recepción que le reservaron en la estación —a la que llegó en su propio tren, con toda su pintoresca guardia— fue principesca: militares de gala luciendo todas sus condecoraciones, delegados de organizaciones patrióticas, políticos conservadores. El general caminó hasta ellos bajo un arco de sables de su guardia turcomana, mientras la filántropa Margarita Morozova, fundadora de la Sociedad Religiosa y Filosófica en Moscú, caía de rodillas ante él y el líder *kadete* Fedor Rodichev le pedía que salvara a Rusia en el discurso de bienvenida; «Y un pueblo agradecido le coronará» —concluyó—. Parte de la oleada de propaganda retratándole como héroe nacional, distribuida por la ciudad —folletos, pósteres, panfletos— fue pagada por la Embajada británica y transportada por el agregado militar, general sir Alfred Knox en su vagón de

tren[575]. En el teatro Bolshoi, Kornilov fue sorprendentemente contenido y breve, sin ataques al gobierno: había sido escrito por el comisario de la *Stavka*, el social-revolucionario Maximilian Filonenko. En cambio, se encargó de las reclamaciones más duras el general de la Hueste Cosaca del Don, Alekséi Kaledín.

Como contraste, Kérenski se sintió ampliamente disminuido. De repente ya no era él el hombre providencial, sino Kornilov; a pesar de su aparente analfabetismo político y sus propuestas radicales y hasta brutales, de sus discursos hechos a medida por Savinkov o Filonenko y de su casi inexistente retórica, áspera y cortante. Desconcertado y confuso, Kérenski sobreactuó. Nada más llegar al Bolshoi, Sujanov pudo escuchar su discurso «patético y en un tono demasiado alto» en nombre del gobierno provisional. El teatro, lleno hasta la bandera por la flor y nata de la sociedad moscovita, estaba guardado por la única fuerza leal a Kérenski, los cadetes de las escuelas militares[576]. En el discurso de clausura no encontraba las palabras, titubeaba y no sabía terminar. El final fue tan brusco y embarazoso que él mismo se desmayó[577]. El culto a Kérenski se había desvanecido en tan solo un mes. Y a él le quedó meridianamente claro que Kornilov se le había escapado de las manos.

A lo largo de los días 13 y 14, el proclamado como nuevo salvador de Rusia recibió en su vagón privado a prominentes comandantes militares —entre ellos el general Alekséyev—, grandes nombres de la industria y las finanzas, incluyendo a A. I. Putilov, gerente de la gran factoría homónima y presidente del Banco Ruso-Asiático, el ultraderechista Purishkévich, Pável Milyukov y hasta un agente del servicio de inteligencia británico: A. F. Aladin, enviado expresamente por lord Milner, ministro de Defensa británico. La Conferencia Estatal de Moscú activó los planes golpistas de Kornilov, bien porque el ruidoso apoyo recibido lo decidió a ponerlos en marcha, o porque de hecho se convirtieron en presiones; pero eso no dejaba de ser un matiz: en aquellas semanas, los acontecimientos se sucedían a gran velocidad. Al día siguiente de concluir la Conferencia de Moscú, los alemanes lanzaron una contundente ofensiva en el frente Norte que llevó a la rápida caída de Riga en sus manos. Muchos historiadores han explicado este suceso como parte de la conspiración de Kornilov: habría retirado

tropas y armamento para favorecer la pérdida de la ciudad. Con tal motivo pondría a Petrogrado en estado de excepción al quedar amenazada por el avance alemán y con ello Kornilov se haría con el control de la guarnición.

En realidad, la operación había sido cuidadosamente planeada por el alto mando alemán y llevada a cabo por el general Oskar von Hutier al mando del VIII Ejército, con generoso empleo de gases venenosos pero también aplicando unas técnicas de asalto altamente innovadoras, que por su contundencia y rapidez prefiguraban lo que sería la *Blitzkrieg*, veinte años más tarde. Aunque se recurrió a toda la experiencia acumulada en el último año de guerra con las *Sturmtruppen* —y se desplazaron expresamente importantes contingentes de esas tropas de asalto a la zona—, los alemanes también se inspiraron en las tácticas desarrolladas por Brusilov. El objetivo estratégico que el Alto Mando germano pensaba conseguir era de amplio alcance: mejorar su posición estratégica frente a los rusos para poder retirar tropas hacia Francia y preparar el respaldo a lo que se preveía inminente independencia de los Países Bálticos y Finlandia dentro de la esfera alemana. La operación se completó a comienzos de octubre con la Operación Albión, una masiva operación naval, incluyendo un desembarco en las islas Estonas, que aunque falló en su objetivo de hacerse con el control indiscutido del golfo de Riga, obligó a la flota rusa a abandonar sus bases en la costa meridional del golfo de Finlandia.

En cualquier caso, sí fue cierto que la caída de Riga terminó de poner en marcha la maquinaria del golpe urdida por Kornilov. Además, para el general, la lógica del mecanismo conspirativo funcionaba a la inversa: si los agentes alemanes campaban a sus anchas en el gobierno provisional y entre los bolcheviques, parecía evidente que la caída de Riga anticipaba la temida insurrección revolucionaria a favor de los invasores. Para entonces todo el Tercer Ejército de Caballería se había ido situando cerca de Petrogrado y desde la capital casi se había completado el traslado al frente de las unidades más afectas a los bolcheviques. Incluso se hacían preparativos para liquidar la guarnición de Kronstadt.

Mientras tanto, Kérenski conspiraba contra reloj, intentando no quedar al margen. Envió a Savinkov a la *Stavka* quien mantuvo varias reuniones de coordinación con Kornilov los días 23 y 24, en presencia de otros oficiales

superiores y del comisario Filonenko. El objetivo era intentar controlar en la medida de lo posible los movimientos del general, al que ya no se podía detener. El resultado fue que este se sintió legitimado en sus preparativos, dado que tenían lugar con pleno conocimiento y acuerdo del jefe de gobierno. Mientras tanto, nada de esto era conocido por la prensa, aunque si estaba muy extendido el sentimiento de que se preparaba un golpe de Estado.

Pero en realidad, ninguno de los dos se fiaba del otro. Kérenski no deseaba desplazarse a la *Stavka* y Kornilov tampoco se arriesgaba a reunirse con el primer ministro en la capital. Este recurrió a otro personaje interpuesto para saber más de las verdaderas intenciones de Kornilov: Vladimir Lvov, ex ministro procurador jefe del Santo Sínodo, quien se ofreció a negociar con el general. Las supuestas informaciones de este personaje y una fingida conversación con Kornilov por medio del telégrafo Hughes —haciéndose pasar por Lvov— le sirvieron a Kérenski para «demostrar» a los ministros del gobierno, el 26 de agosto por la tarde, que el general se había vuelto incontrolable y que estaba en puertas de llevar a cabo un golpe de Estado que supondría la dimisión de todo el gabinete reservándole a él el puesto de ministro de Justicia, aunque según Lvov incluso su vida podría estar en peligro.

En consecuencia, Kérenski se adelantó: asumió poderes absolutos[578] —en esencia se convirtió él mismo en dictador— disolvió de facto el gobierno la misma tarde del día 26[579] y destituyó por vía telegráfica a Kornilov. Este, primero sorprendido y luego resuelto, se negó a acatar la orden —emitida de forma irregular— y ordenó que el Tercer Ejército de Caballería avanzara hacia la capital.

A lo largo del día siguiente, Kérenski intentó detener los movimientos de tropas mediante órdenes cursadas a las unidades y estados mayores, contrarrestadas con éxito por Kornilov. Mientras tanto, terceras fuerzas intentaban llegar a alguna forma de solución para que ambos golpistas alcanzasen una reconciliación. Savinkov y el líder *kadete* Vasily Maklakov, de la facción más conservadora del partido, intentaron negociar con Kornilov. También el embajador británico, Buchanan, se ofreció como mediador, así como el general Alekséyev y Milyukov. Pero cualquier

acuerdo pasaba porque Kérenski retirara la destitución del comandante en jefe golpista. Al final, el día 28, ya in extremis, los *kadetes* intentaron persuadir a Kérenski para que dimitiera en favor del general Alekséyev, el cual se pondría de acuerdo con Kornilov para formar un régimen autoritario viable; al parecer, la mayor parte de los ministros del gobierno fantasma de coalición habrían estado de acuerdo[580]. Pero para entonces la información de lo que estaba sucediendo ya había saltado a la prensa y la situación estaba evolucionando con rapidez en una nueva dirección.

---

535 Kérenski (1967): p. 316.

536 Kérenski (1967): p. 315, nota 1.

537 Figes (2000): p. 488.

538 Abraham (1987): p. 87.

539 Kérenski (1967): p. 39.

540 Abraham (1987): p. 44.

541 Kérenski (1967): p. 61.

542 Ibíd., pp. 107-113.

543 Abraham (1987): p. 61.

544 La familia Tereshchenko era propietaria del denominado «Diamante Tereshchenko», tallado por Cartier en 1915 y de más de ocho kilos de peso que el ministro llevó consigo cuando escapó de Rusia en 1918. Todavía hoy es el segundo gran diamante azul en todo el mundo.

545 Abraham (1987): p. 228.

546 Brusilov (2013): p. 277.

547 Stoff (2006): pp. 108-113.

548 Heenan (1987): pp. 118-119 para el incidente y el fracaso de los ataques.

549 Abraham (1987): pp. 226-227. Para la aplicación de las medidas disciplinarias Kornilov no recurrió a los tribunales excepcionales, aprobados por el gobierno —pero que fue imposible constituir— sino a las unidades de choque. Ver nota del editor en Brusilov (1983): pp. 238 y 239. En cualquier caso, el comisario Savinkov respaldó y hasta animó este tipo de actuaciones: Heenan (1987): p. 85.

550 Sukhanov (1965): pp. 247-248.

551 Brusilov (2013): pp. 279-280.

552 Brusilov indica en sus memorias que durante su mandato como jefe de la *Stavka*, Kérenski le invitó a acudir a una «reunión gubernamental» en Moscú del que él declinó por no abandonar su puesto. Brusilov (2013): p. 281.

553 Abraham (1987): pp. 232-233.

554 Brusilov (2013): pp 280-281.

555 Abraham (1987): p. 233.

556 Ibídem.

557 Ibíd., p. 11.

558 Para los trazos de la biografía de Kornilov vid. sobre todo: Katkov (1980): pp. 39-40.

559 Publicó más de una docena de títulos en los que narra sus vivencias durante la revolución rusa. La editorial española Impedimenta ha publicado esta y otra obra suya.

560 Munck (1987): p. 64.

561 Katkov (1980): p. 42.

562 Sukhanov (1965): Para el detalle de los ministros vid. p. 249.

563 Sukhanov (1965): pp. 256-257.

564 *The Empire Capital. Saint Petersburg-Petrograd: Turn of the 20th Century*; *ЛИМБУСПРЕСС*, 2016, pp. 188-193.

565 La distinción, en esencia, es planteada por Munck (1987): p. 78.

566 Sukhanov (1965): p. 259.

567 Rendle (2008): p. 928.

568 Munck (1987): pp. 74-75.

569 Ibíd., p. 80.

570 Lantsev (2012): p. 3.

571 Munck (1987): pp. 82-83.

572 Sukhanov (1965): p. 252.

573 Ferro (1997): posición 10299.

574 Sukhanov (1965): p. 253.

575 Lantsev (2012): p. 4.

576 Sukhanov (1965): p. 253.

577 Figes (2000): p. 500.

578 Munck (1987): p. 112.

579 Ibíd. El gobierno había sido convocado oficialmente para decidir si se aceptaba el memorándum de Kornilov. Tras exponer la situación, los ministros *kadetes* dimitieron y los demás quedaron a disposición de Kérenski para mantener sus carteras «informalmente» hasta que se resolviera la situación. Se convocó una última sesión para el día siguiente a la que Kérenski ya no acudió.

580 Munck (1987): p. 114.

## CAPÍTULO 24

# EL INEVITABLE JAQUE MATE
Retorno de los bolcheviques, 27 de agosto-18 de octubre

Sujanov relata que el 27 de agosto, día en que se celebraba el medio año desde la Revolución de Febrero, se reunió con Anatoli Lunacharski para almorzar y pasar juntos la tarde de aquel domingo casi otoñal. El bolchevique salía de dar una conferencia en el Circo Moderno sobre arte griego a un imponente auditorio obrero. El ambiente era de desmovilización y tedio; sin embargo, cuando ya caía el crepúsculo, llegó una llamada urgente reclamándolo inmediatamente al Instituto Smolny: Kornilov avanzaba sobre Petrogrado con sus tropas.

El momento en el cual se filtra la noticia de lo que está sucediendo es fundamental para el viraje que toman los acontecimientos. Sujanov la sitúa en la tarde del 27 de agosto, al menos para el conocimiento del Soviet; por otra parte, esa misma tarde o por la noche, Nekrasov lo notifica a la prensa, sin el permiso de Kérenski, que intenta impedirlo[581] y es de dominio público en la mañana del 28.

Tanto a Sujanov como a Lunacharski la noticia les produce «una suerte de exaltación, la alegría de una liberación», era como «la llegada de una tormenta que iba a purificar la atmósfera». Suponía «una revancha de las Jornadas de Julio» y el renacimiento del Soviet. Y ni por un instante creyeron que Kornilov pudiera tener éxito dado que el general no contaba con fuerzas de apoyo en la capital. «La Revolución no tenía nada que perder y sí todo a ganar»[582]. El asalto directo a Petrogrado que no había tenido éxito en marzo, durante aquellos días de desorientación y provisionalidad, ya no podía triunfar medio año más tarde. Lo cual revela hasta qué punto el proyecto original del golpe de agosto —proyectado de

común acuerdo entre Kérenski y Kornilov o por este último— solo podía salir bien tomando el control de la capital de forma progresiva y disimulada, desactivando las unidades militares revolucionarias de la guarnición, nunca mediante un asalto frontal. La brusca destitución del general le lleva a presionar a Kérenski con la orden de avance del Tercer Cuerpo de Caballería que, de todas formas, el mismo Kornilov sabe que no puede salir bien. En cuanto a Kérenski, intenta someter al general contra reloj y con discreción. Una vez que la disputa sale a la luz, sabe y teme lo que puede suceder, y entonces ya no hay marcha atrás. Sin embargo, guardándose una carta en la manga y quizá también en continuación con la estrategia del «golpe lento» en el futuro, nombra como gobernador general de Petrogrado nada más y nada menos que a Savinkov.

La sensación de desmovilización entre la izquierda de la capital es más aparente que real y tiene mucho que ver con el desconcierto causado por las Jornadas de Julio. Cuando el enemigo real se reencarna en Kornilov, los oficiales del Antiguo Régimen, la burguesía más reaccionaria y el ultranacionalismo fanatizado, los trabajadores y la pequeña burguesía comprometida con la Revolución se organizan con determinación. Las unidades militares probolcheviques ya no están en Petrogrado, pero cabe la posibilidad de armar a los trabajadores y todos aquellos voluntarios que se presten a la defensa de la capital. La noche del 27, en el Soviet, el menchevique de derechas Weinstein propone la creación de un organismo que en su forma final será el Comité de Lucha frente a la Contrarrevolución, para coordinar la resistencia contra Kornilov. En esta iniciativa, los bolcheviques van a llevar la voz cantante, porque son los mejor relacionados, organizados, disciplinados y decididos. Ellos serán los que dotarán de sentido real al Comité. Además, controlan la Guardia Roja, que aun habiendo pasado a la semiclandestinidad desde las Jornadas de Julio, conserva sus cuadros y buena parte de las armas que el gobierno no les ha podido quitar. De hecho, para participar en el Comité exigirán que los obreros ideológicamente afines sean rearmados[583].

Sin embargo, los bolcheviques no son los únicos que se movilizan; muchas otras pequeñas organizaciones obreras o de izquierdas ayudan en la coordinación y ejecución, en la logística, aportando voluntarios, cavando

trincheras en las afueras de Petrogrado, informando sobre los movimientos de los golpistas o transmitiendo órdenes y consignas. El esfuerzo es unánime y reagrupa a toda la izquierda en la capital, aunque bien es cierto que beneficia sobre todo a los bolcheviques, que como fuerza combativa y movilizadora recuperan el terreno perdido desde julio. Políticamente no habían retrocedido tanto: que en las elecciones a la Duma de la ciudad, el día 20, habían experimentado un considerable apoyo en votos (200.000), condenando a los mencheviques a la irrelevancia política (23.000) y compitiendo en pie de igualdad con los social-revolucionarios (200.000)[584]. Esto se explica porque al no haber participado en los gobiernos provisionales, ni como fuerza relevante al frente del Soviet, los bolcheviques no habían sufrido el fuerte desgaste de mencheviques y *eseristas*.

La movilización de las izquierdas y los obreros no va dirigida contra Kérenski y el gobierno, sino exclusivamente contra Kornilov y sus fuerzas. Esto le va a permitir al primer ministro-dictador, contra todo pronóstico, sobrevivir políticamente al intento de golpe y abonar la ficción de que ha pedido ayuda al Soviet para salvar la revolución. Ayuda a ello el que la intentona de Kornilov se diluye sin violencia, sin disparar un solo tiro. Los ferroviarios sabotean las líneas férreas y obstaculizan la marcha de los trenes militares todo lo que pueden. Los telegrafistas impiden la comunicación entre unidades[585]. Las guarniciones de las localidades cercanas a la capital se movilizan y toman posiciones de combate para cortar el paso a los golpistas. Serguéi Kírov, presidente del Soviet de Vladikavkaz (Osetia del Norte) se hallaba de paso por Moscú y propuso que se enviasen parlamentarios musulmanes al encuentro de la División Salvaje. Se encargaron de la operación otras dos personalidades que también iban a tener un enorme protagonismo en la guerra civil y el Estado soviético: Mijail Frunze, jefe de la milicia civil de la ciudad de Minsk, que aportó los soldados musulmanes del Cáucaso Norte que se encontraban en la ciudad y el entonces soldado raso Semion Budienni, que al frente del comité consiguió interceptar a la División Salvaje y hacer que los jinetes desistieran de la operación y se entregaran cuando ya habían llegado a Luga, a unos 150 kilómetros de Petrogrado, la distancia más cercana a la

capital que alcanzaron los golpistas[586]. Pero no es el único caso: las tropas que pretendían avanzar sobre la capital son hostigadas por agitadores que les hacen ver que no van a Petrogrado a apoyar al gobierno, y que allí no hay ninguna revuelta respaldada por los alemanes, como les han hecho creer. Los mandos no los ordenaron detener ni ejecutar y la tropa, entre la inacción y la agitación, confraternizó con ellos. El intento de golpe se terminó de desmoronar los días 30 y 31 de agosto, aunque desde el 29 había sido detenido. Las unidades se negaron a participar en la intentona golpista y se declararon leales al gobierno. El general Krymov, al frente del Tercer Cuerpo de Caballería se entregó a Kérenski y luego se suicidó. Kornilov y todo su Estado Mayor, más el general Denikin, fueron detenidos en la *Stavka* y terminaron internados en el monasterio de Byjov, vigilados por los *Tekintsy* y tropas del Cáucaso, en un régimen de amplia permisividad; todo ello a petición de Kérenski.

Mientras tanto, este realizó un desesperado intento de supervivencia política. El 6 de septiembre anunció la formación de un Directorio de cinco miembros, dotados de plenos poderes ejecutivos mientras que no se formara un nuevo gobierno. En él continuó contando con el magnate del azúcar Tereshchenko en Asuntos Exteriores; al frente del Ministerio de la Guerra colocó al general Alexander Verjovski; la Marina pasó a ser controlada por el contraalmirante D. Verderevsky; y como ministro del Interior contó con el menchevique Alexei Nikitin, quien se había hecho cargo de la cartera de Correos en el anterior gobierno. Kérenski abrió el gobierno a ministros-generales, pero sus intenciones de limitar y controlar el acceso de la izquierda al nuevo ejecutivo que se habría de formar, tropezó con la denominada Convención Democrática, que se reunió el día 14 de septiembre. Esta era una iniciativa del denominado *Vzik*, esto es, el Comité Ejecutivo Central de los Soviets de Rusia, como respuesta a la crisis generada por el fallido golpe de Kornilov y el hundimiento del último gobierno de coalición, y la necesidad de conformar un gobierno totalmente de izquierdas.

La Convención o Conferencia Democrática poseía una cierta intencionalidad de ser respuesta desde la izquierda a la Conferencia Estatal de Moscú, y por ello, del total de sus 1.492 delegados las mayores

representaciones fueron las correspondientes al Soviet de Trabajadores, Soldados y Campesinos, a los cuerpos legislativos de las municipalidades y condados o a las cooperativas y sindicatos, quedando excluidos los representantes de los propietarios[587]. Kérenski lo descalificó despectivamente por cuanto si bien su intención era demostrar que «el movimiento «democrático revolucionario» (es decir, socialista) era el único capaz por su homogeneidad de llevar a cabo la política requerida por el movimiento revolucionario» en realidad estaban divididos por luchas intestinas y «sin esperanza de unirse»[588]. Chamberlin por su parte, en 1935, coincidió en el diagnóstico: «Como en otras muchas ocasiones, esta *intelligentsia*, con todas sus admirables cualidades se mostraba a sí misma bastante incapaz de llevar a cabo una acción resuelta con autoridad y unión». Y recordaba el testimonio del *eserista* Osip Minor, quien imploró a la asamblea que tomara alguna decisión unánime a favor de un gobierno de coalición prediciendo que en caso contrario «nos descuartizaremos los unos a los otros»[589].

Ante esta situación, Kérenski maniobró en dos direcciones. Por un lado, configuró un preparlamento (bautizado oficialmente como: Consejo Provisional de la República Rusa) conformado a partir de 1.775 delegados de todos los partidos, e incluso estamentos sociales, tales como académicos y cosacos. Tras una reunión tempestuosa, se eligió el día 14 una asamblea de 555 miembros que se instaló en el palacio Mariinski y comenzó los debates el 7 de octubre[590]. Volvió a hablarse de trasladar la capital a Moscú y abandonar la revoltosa Petrogrado. El 31 de agosto, el nuevo gobernador general, el general Paltchinski ordenó el cierre de dos diarios de izquierda de la capital.

De otro lado, y dado que la Convención Democrática no había logrado ponerse de acuerdo tras varios días de deliberaciones se nombró un nuevo gobierno el 24 de septiembre. Estaba compuesto por políticos poco conocidos e irrelevantes, mientras los grandes nombres surgidos de la Revolución iban desapareciendo de la primera fila o incluso renunciaban a la actividad política, completamente quemados. Por lo demás, el esquema político del nuevo gobierno repetía el del anterior: una mayoría de socialistas moderados detentando carteras secundarias y los *kadetes*

controlando posiciones clave. Como en el caso del Directorio, tampoco era responsable ante ningún otro organismo, ni siquiera el vacuo preparlamento.

Todo este tinglado institucional tiene su interés a la hora de entender la estrategia que impulsó Lenin insistentemente, incluso desde su refugio en Helsinki. La idea inicial que se probó durante la Convención Democrática fue la de aceptar una coalición de las izquierdas siempre que los bolcheviques —ampliamente representados en ella— lograran dirigir al conjunto de las fuerzas socialistas y al Soviet. Es decir, se trataba de aplicar la estrategia de «todo el poder para los soviets» todavía en un sentido político, sin recurrir a la insurrección, como se había intentado en julio. Lev Kamenev era el líder partidario de esta vía, que quedó agotada con el fracaso de la Convención Democrática y la definitiva manipulación de mencheviques y *eseristas* por Kérenski, tanto con el preparlamento —que marginó aún más a los soviets— como en la formación del nuevo gobierno, como si nunca se hubiera producido el golpe de Kornilov.

Al tiempo que los *eseristas* y sobre todo los mencheviques perdían buena parte de su crédito político y su ascendiente en el Soviet, los bolcheviques crecían con fuerza. Trotski, que había sido liberado de la cárcel, compareció ante el Soviet de Petrogrado el 27 de septiembre y forzó una renovación del Comité ejecutivo por 519 votos a favor por 444 en contra. Él mismo fue elegido presidente, volviendo a ostentar el cargo que le había lanzado al estrellato revolucionario en 1905. Los bolcheviques ocupaban ahora dos tercios de los 40 escaños del Presidium. E iban a continuar con esa ofensiva en el Soviet de Moscú y en los de varias ciudades de provincias. El movimiento de los soviets incluso había cambiado su esencia: de institución paraestatal y básicamente administrativa, había pasado a convertirse en una fuerza revolucionaria con intenciones de subvertir el orden político y social. El mismo día en que Trotski se puso al frente, se adoptó por mayoría una resolución que era una verdadera proclamación de guerra al gobierno:

> El Soviet declara: Nosotros, los obreros de la guarnición de San Petersburgo, rechazamos sostener el gobierno de tiranía burguesa y

> violencia contrarrevolucionaria. Expresamos nuestra convicción inquebrantable de que este gobierno recibirá una sola respuesta de toda la democracia revolucionaria: ¡Dimisión![591].

Mientras tanto, Lenin seguía escondido en Finlandia, ayudado por camaradas y simpatizantes de ese país. La situación poseía una cierta similitud con la de abril, al menos en el sentido de que el líder bolchevique en el exilio, arriesgaba perder el control de partido, a pesar de que no cesaba de escribir cartas y comentarios que enviaba a la directiva. Pero debía tomar todas las precauciones para volver a Petrogrado, puesto que el gobierno seguía manteniendo contra él un mandato de arresto que se renovaba cada semana. Regresó a la ciudad en un día no determinado de comienzos de octubre, entre el 5 y el 7[592] con ayuda de ferroviarios finlandeses y en la misma locomotora que lo había devuelto a Rusia en abril, la nº 293, que hoy en día continúa expuesta en la Estación Finlandia.

Sin embargo, esta vez no le esperaban masas enardecidas. Se apeó disfrazado de ferroviario, en plena noche, en un apeadero en el extrarradio de Petrogrado y alcanzó a pie un piso franco en el barrio obrero de Viborg, donde se reunió con su esposa. Nadie en el Comité Central conocía las señas del apartamento. Las ocasionales reuniones clandestinas con los principales responsables del partido se llevaban a cabo en otros pisos francos. El 10 de octubre se celebró la primera, que agrupó a once de los veintiún miembros del Comité Central en el domicilio del menchevique Sujanov, muelle Karpovka, 32, aunque sin su presencia, y organizada por su esposa Galina Constantinova, que sí era bolchevique.

Lenin llegó con su peluca entrecana —que estaba mal fijada, y tenía tendencia a alisar con las manos— afeitado pero de traje oscuro y con su eterna corbata negra adornada de pequeños lunares blancos, con todo el aspecto, según Alexandra Kollontai, de «un pastor luterano». La reunión duró unas diez horas, hasta las tres de la madrugada y en ella intervinieron en un momento u otro, todos los presentes. Allí Lenin, durante una hora, explicó la necesidad de llevar a cabo una insurrección contra el gobierno provisional, arrancando de una supuesta información según la cual Kérenski se disponía a abandonar Petrogrado a los alemanes y trasladar la capitalidad

de Rusia a Moscú, como medio de liquidar la Revolución. Pero, sobre todo, las masas estaban ahora con los bolcheviques y la situación en Europa, después de tres años de guerra, estaba madura para una revolución internacional[593]. El levantamiento debería estar cuidadosamente preparado y no circunscrito a Petrogrado, sino extensible a Moscú y aquellos centros urbanos controlados por los soviets afectos mayoritariamente a los bolcheviques. Se trataba en esencia de un golpe armado, un *putsch*, que era la respuesta bien concebida y ejecutada al de Kornilov y la antítesis de lo que fueron las Jornadas de Julio e incluso las de abril.

Se opusieron al plan, con vehemencia, Kamenev y Zinoviev; sobre todo el primero había sido el más destacado adalid de trabajar por una gran coalición de izquierdas en la cual se pudieran sumar los bolcheviques, sin acciones rupturistas. Su réplica a Lenin fue bastante completa y extensa: Rusia aún no estaba preparada para la revolución socialista, el concurso de las clases medias y sobre todo de la pequeña burguesía era esencial para la clase obrera, como demostró la movilización contra Kornilov. Por otra parte, era cuestionable que existiera un amplio consenso hacia los bolcheviques; caso de unas elecciones para la Asamblea Constituyente —que a esas alturas ya no debería tardar— la mayoría del campesinado votaría al Partido Social-Revolucionario; los soldados partidarios de los bolcheviques desertarían de una guerra revolucionaria. Tampoco existían pruebas de que el proletariado internacional ayudara al ruso en su revolución. Por último, la presunción de que el gobierno estaba débil y aislado era exagerada, y el resultado de una insurrección bolchevique podía suponer enfrentarse a todos: la ultraderecha, los *kadetes,* Kérenski y el gobierno provisional, los mencheviques y los *eseristas*[594].

Trotski matizó: la toma del poder no podía ser llevada a cabo por el Partido bolchevique en solitario, sino que debía ser obra del Soviet, validando de la mejor forma posible la consigna «Todo el poder para los soviets», que después del fiasco de las Jornadas de Julio, volvía a tener vigencia; y para ello debería esperarse al Segundo Congreso panruso de los soviets, que tendría lugar dentro de unos diez días. Una declaración política conjunta sería suficiente para doblegar al gobierno Kérenski.

Lenin no se apartaba de la línea insurreccional y no consideraba que fuera necesario buscar el apoyo de una enorme asamblea sino que, por el contrario, la base apoyaría la acción decidida. Pero sí que era posible hacer que el Soviet fuera el protagonista a través del Comité de Lucha frente a la Contrarrevolución, creado para defender a Petrogrado de las tropas de Kornilov. Finalmente redactó apresuradamente una resolución, en la página de un bloc escolar, que se sometería a votación: a favor diez, en contra dos.

Rabinowitch explicó con detalle los esfuerzos para imponer las directrices que pusieran en marcha el plan insurreccional, no tan fácilmente asumidas por todos. Además, Kamenev y Zinoviev llevaron a cabo una activa labor de oposición, que concluyó en una entrevista concedida al diario de Gorky, *Vida Nueva* (*Novaya Zhizn*), el 18 de octubre, en el cual se desvelaba el plan de insurrección bolchevique, que desde hacía diez días se diseñaba a marchas forzadas.

La traición de Kamenev y Zinoviev provocó la furia de Lenin, que pidió su expulsión inmediata del partido; el hecho de que en su cúpula directiva se produjeran resistencias que evitaban la medida, fue también revelador de las dudas que existían, todavía en fecha tan avanzada, en función de un operativo que para Lenin debía ser lo más urgente posible. En apariencia, el golpe fue demoledor; sin embargo, se decidió seguir adelante con el plan, lo cual fue un rasgo de audacia pero también de convencimiento en que el análisis objetivo de la situación era el correcto. Lo cual quedó suficientemente demostrado en tan sólo una semana.

En la contemporánea historiografía de matriz liberal o sencillamente en la narrativa novelada, normalmente anglosajonas, se suele insistir en el análisis contrafactual, apuntando a la posibilidad de que Rusia hubiera evolucionado hacia una democracia liberal, evitando o minimizando la guerra civil que siguió y, por supuesto, el régimen soviético. Se trata de un intento por desactivar la presunción marxista-leninista de que la insurrección armada era inevitable a la luz del análisis materialista histórico. Pero lo cierto es que más allá de este planteamiento, la mera lógica sirve para deducir que el margen para cualquier otra acción era muy estrecho, quizás inexistente. Las posibilidades reales para ese tipo de *what ifs* podrían haber sido más factibles en periodos largos y evoluciones

sociopolíticas lentas, como las acaecidas a lo largo del periodo 1905-1914, y eso excluyendo los imponderables que aportó la Gran Guerra. Habiéndose desencadenado la revolución en febrero de 1917, inesperada hasta para sus más directos protagonistas, los márgenes para un viraje decisivo eran prácticamente inexistentes; y más a medida que la revolución se adentraba en los meses de la primavera. Pura y simplemente, la acumulación de contingencias e imprevistos en un periodo muy corto de tiempo dejaban pocas alternativas para la elección. Incluso la insurrección organizada por los bolcheviques en octubre de 1917 debe entenderse como la inevitable tabula rasa final de un régimen definitivamente moribundo y no como una apuesta de último minuto.

La comprensión del momento histórico se hace evidente si se abandona el análisis más puramente político —en ocasiones abusivamente ideológico — centrado casi exclusivamente en Petrogrado, como si fuera un universo aislado, un terreno de juego acotado.

En primer lugar debe considerarse que Rusia estaba inmersa en la guerra más devastadora que había vivido la humanidad hasta ese momento; algo de lo cual los gobiernos provisionales no podían abstraerse ni detener a voluntad, y que de hecho tuvo un protagonismo creciente hasta jugar un papel central en el éxito final de los bolcheviques. Rusia era el vivo ejemplo de que las inagotables reservas humanas no tenían mayor valor en una guerra total, si no existía una economía de guerra a la altura de ese potencial. Ni siquiera utilizando a las tropas como carne de cañón se lograba nada: la capacidad defensiva de los ejércitos en la Gran Guerra podía detener embestidas formidables, pero al final la economía colapsaba y el orden social estallaba con efectos imprevisibles. En tal sentido, cambiar la doctrina militar, convertir a la tropa-masa en un ejército de ciudadanos conscientes y eficazmente entrenados o transformar la mentalidad profesional de los oficiales y todo el régimen corporativo que los había formado y mantenido resultaba imposible mientras se seguía combatiendo en una guerra para la cual ninguno de los combatientes encontraba una salida estratégica. Eso se había constatado sobradamente en octubre de 1917; y asumir la responsabilidad histórica de sacar al país de una contienda en la que ya nadie iba a ganar nada, era una baza política muy

consistente. La detención de Lenin o su eliminación física no habría arreglado nada en ese sentido: Rusia había perdido la guerra aunque no hubiera firmado todavía ningún tratado de paz; era el caballero muerto dentro de su armadura, como sucedería con la Unión Soviética, setenta y cuatro años más tarde, al final de la Guerra Fría.

El segundo gran condicionante era la situación en la inmensa Rusia campesina. Esta queda resumida por Graeme J. Gill ya desde el título de un sólido trabajo de referencia: entre febrero y octubre de 1917, la política rural que habían intentado aplicar los sucesivos gobiernos provisionales, había fracasado por completo. Era una situación similar a la planteada por la guerra: un desafío descomunal en un país inmenso que si en tiempos de paz hubiera supuesto años de intensos esfuerzos, no se podía resolver en pocos meses; en los que, además, hubo más debates teóricos que medidas reales y realistas para —cuanto menos— contener la explosión de la olla a presión que era el campo ruso.

Inicialmente, en primavera, los problemas continuaban siendo los existentes antes de la Revolución de Febrero: las ciudades sufrían desabastecimiento porque los campesinos no tenían mayor interés en vender el grano a unos precios desventajosos; máxime, porque el dinero que percibían por ello no servía de gran cosa ante el coste creciente de los productos industriales de primera necesidad —eso era una inflación— que además ni siquiera llegaban al campo de forma suficiente por efecto de la guerra, doblado todo ello por las consecuencias del desorden revolucionario.

El desbarajuste en el medio rural de la inmensa Rusia se incrementó exponencialmente por la incapacidad de resolver desde los gobiernos provisionales de Petrogrado la situación de la administración rural. El 5 de marzo de 1917 se dieron instrucciones a los presidentes de los *zemstvos* para sustituir temporalmente los cargos imperiales de gobernador provincial, vicegobernador y delegado territorial sustituyéndolos por comisarios provinciales y de condado; mientras se completaba la medida, los presidentes de *zemstvo* deberían desempeñar esos cargos. Por otra parte, se advertía sobre la conveniencia de mantener en la medida de lo posible la maquinaria administrativa preexistente. Las primeras instrucciones

concretas para los *zemstvos* llegaron en mayo y las elecciones a cargos en agosto-septiembre. Para entonces, la desilusión entre el campesinado era patente: funcionarios zaristas y propietarios locales seguían ejerciendo el poder en los mismos lugares[595]. Si la administración no había cambiado, no se podía esperar que lo hiciera la estructura de la propiedad de la tierra, que era el deseo central de una mayoría del campesinado ruso. Eso no solo implicaba la distribución de la tierra de los grandes terratenientes tradicionales, sino también de la nueva clase de propietarios surgidos del proyecto de Stolypin.

Es cierto que desde el gobierno se intentó implementar el estudio sistemático de la cuestión agrícola a fin de legislar adecuadamente desde la Asamblea Constituyente. A tal efecto se organizó una estructura de comités de estudio y asesoramiento distribuidos por todo el país y dependientes del Comité Central de la Tierra en Petrogrado. Una vez más se trataba de un procedimiento correcto, pero que necesariamente implicaba un tiempo de estudio dilatado. Los gobiernos provisionales pedían contención a los campesinos en espera de una solución legal y normativizada de la cuestión agraria. Pero el desconocimiento real de los problemas del campo por parte de muchos de los legisladores, políticos y expertos en los comités de estudio, procedentes del ámbito urbano, los malentendidos y demoras, las dudas y contradicciones devinieron explosivos cuando se conjugaron con las disputas entre los partidos y dentro de ellos, especialmente *kadetes* y *eseristas*.

La crisis llegó a su paroxismo en verano en parte debido al ministro de Agricultura desde el mes de mayo, el líder *eserista* Chernov —en el primer y segundo gobiernos de coalición— y sus llamamientos a la distribución de la tierra entre los campesinos, campaña que se agudizó a mediados de julio cuando sugirió que los comités de la tierra ayudaran en ello[596] y en colaboración con el ministro de Justicia promulgó una orden administrativa (12 de julio) para que se congelaran por ley las transacciones de tierras en todo el país, algo deseado por los campesinos como preámbulo a la concentración de tierras a distribuir[597]. Esta medida lanzó la campaña de la derecha contra Chernov, en la cual se le llegó a acusar de actuar a sueldo de

los alemanes y tuvo mucho que ver en la crisis del gobierno de coalición en julio.

Aunque insistía en que ello debía hacerse respetando la economía nacional y evitando la pérdida de cosechas, lo cierto es que hacia finales del verano y comienzos del otoño tuvo lugar la erupción masiva del movimiento campesino, que se manifestó con un incremento espectacular de la ocupación de tierras y destrucción de haciendas. Si en marzo el porcentaje de saqueo de fincas en Rusia fue del 8%, descendiendo hacia el verano, en septiembre se elevó hasta un 36% y hasta que los bolcheviques tomaron el poder, en octubre, pasó a ser del 42%. Como había sucedido en 1905 y 1906, la mayoría de los disturbios se produjeron en las regiones agrícolas centrales y del Volga central[598], siendo el foco, una vez más, la provincia de Saratov, aunque también las de Penza (250 mansiones quemadas o destruidas en septiembre y octubre), Voronezh, Tambov, Kazán, Orel, Tula y Riazán[599]. Pero en esta ocasión, a diferencia de lo ocurrido doce años antes, no había tropas del gobierno que llegaran para restablecer el orden tradicional; por el contrario, en las aldeas se habían instalado los soviets —un tanto *sui generis* en muchas ocasiones— que contaban con sus propias milicias, formadas por desertores del Ejército o campesinos de la Guardia Roja.

Esta movilización buscaba un objetivo concreto, aparte de hacerse con las tierras y crear un hecho consumado: la destrucción de la estructura de la propiedad vigente en el campo, con la expulsión de la clase propietaria, ya fuera la aristocracia y los terratenientes como los campesinos que habían sacado provecho del programa de Stolypin. Antes que en las ciudades, la guerra de clases en Rusia comenzó en el campo y ello tuvo un efecto perverso en la política, por cuando privó a la derecha de sus bases de apoyo social en buena parte del agro ruso[600], incluyendo la del nuevo propietario capitalista. Peor aún, el gobierno de Petrogrado ya no controlaba la administración de buena parte de la Rusia rural: se había producido una brutal ruptura de las relaciones campo-ciudad.

Ello tuvo consecuencias directas en la desastrosa marcha de la economía y el esfuerzo de guerra rusos en el arranque del otoño de 1917. El desabastecimiento de víveres supuso un grave deterioro de las condiciones

de vida en las ciudades. Faltaban pan, patatas, carne, era la situación de febrero, pero agravada. Desde ese mes hasta julio, el precio del pan de centeno había subido en un 150%, las patatas en un 175%; los precios de los productos de primera necesidad en una media del 112%[601]. En octubre, poco antes del levantamiento bolchevique, las raciones de pan habían sido rebajadas de 250 a 125 gramos por día; el azúcar, a un kilo mensual. A medianoche, cotidianamente, se cortaba la electricidad en toda la ciudad.

Tampoco ayudaba la escasez en el mantenimiento de la cohesión de los ejércitos; si algún consuelo brindaba el ser llamado a filas en el Ejército imperial, era que la alimentación era mejor y más abundante de la que solía disponer el campesino o ciudadano corriente. Además, para el campesinado, un asunto era atender las necesidades del Ejército, donde combatían sus hijos, maridos o hermanos, y otra muy diferente abastecer a bajo precio a las ciudades, donde los sueldos se habían disparado por las nubes[602].

El gobierno de Kérenski, compuesto por una colección de desconocidas mediocridades, no podía hacer nada por mejorar este cuadro general, estaba más allá de su alcance. En realidad, en aquellas semanas de octubre se estaba viviendo la agonía final de una Rusia que ya no podía sobrevivir por más tiempo. Se habían agotado y quemado todas las posibilidades abiertas por la Revolución de 1905: la monarquía constitucional, el liberalismo, la reforma agraria, la modernización urbana e industrial, la república, el socialismo moderado e incluso el socialismo nacional. La temeridad nacionalista al implicarse en la guerra generalizada había terminado de llevarse por delante la escasa capacidad de maniobra que dejaba la testarudez autocrática de Nicolás II.

En esos momentos, Kérenski y su gobierno eran ya un decorado, mal integrado en la suntuosidad abigarrada de la Sala de Malaquita, columnas doradas y verdes en el Palacio de Invierno. Su situación de debilidad era extrema, incluso en la misma capital. Prácticamente nadie estaba dispuesto a luchar por él y de ahí que a pesar de la filtración de Kamenev y Zinoviev los preparativos para la insurrección bolchevique continuaran como si tal cosa. Kérenski vio con tiempo suficiente cómo se le venía encima, pero ni supo ni pudo hacer nada.

581 Munck (1987): p. 114.

582 Sujanov (1965): pp. 257-259 y ss. para este relato.

583 Sujanov (1965): p. 261.

584 Sukhanov (1965): pp. 255-256.

585 Munck (1987); p. 118.

586 Ollivier (1968): p. 257.

587 Chamberlin (1987): pp. 280-281.

588 Kérenski (1967): pp. 439-440.

589 Chamberlin (1987): p. 281.

590 Sukhanov (1965): p. 278 y ss. Ollivier (1968): pp. 259-260. Las izquierdas poseían 60 escaños mencheviques, 120 social-revolucionarios y 66 bolcheviques.

591 Sukhanov (1965): pp. 273-274.

592 La historia oficial del periodo estalinista estableció que la iniciativa del regreso de Lenin correspondió a Stalin, quien dijo haber conseguido una votación favorable para ello del Comité Central. Jean Paul Ollivier (1968): p. 271, nota 1, logró establecer que esa fecha pudo haber sido anterior al día 5, y por exclusiva decisión de Lenin.

593 Rabinovitch (1976): p. 203.

594 Ibíd., p. 205.

595 Gill (1978): pp. 243-244.

596 Ibíd., p. 255.

597 Gill (1978): p. 247; Kochan (1968), pp. 468-470.

598 Kochan (1968): pp. 466 y 468.

599 Figes (2000): p. 515.

600 Hacia el norte y noroeste de Rusia hubo una mayor tendencia a respetar las fincas valladas o *jutor* surgidas de las reformas de Stolypin. Gill (1978): p. 253, nota 48.

601 Kochan (1968): p. 463.

602 Solzhenitsyn (1984): pp. 623-625.

CAPÍTULO 25

# TÁCTICA MILITAR PARA UN OBJETIVO POLÍTICO

## El asalto al poder, 21-25 de octubre

Figes reduce la tenacidad y premura de Lenin en clave de lucha interna por el control del partido: si permitía que tuviera lugar el Segundo Congreso de los Soviets, ya dominado por los bolcheviques, estos podrían imponer un gobierno de coalición puramente de izquierdas en el cual obtendrían la mayor parte de las carteras ministeriales. Esto posiblemente llevaría a la caída de Kérenski y supondría un resonante triunfo para Kamenev, que «sin duda emergería como figura central de tal coalición», quedando Lenin (que se negaría a colaborar con mencheviques y *eseristas)* marginado en su propio partido[603]. Es, sin embargo, un nuevo castillo de naipes contrafactual que olvida voluntariamente las circunstancias reales del momento histórico. Por ejemplo, el argumento de Lenin en el sentido de que Petrogrado podía quedar abandonado ante los alemanes, es desestimado como «una estupidez», ignorando consideraciones más ajustadas a la realidad vivida o percibida por los protagonistas. Una vez más, el historiador reduce el análisis a teoría de juegos circunscrita al tablero de la capital. Sin embargo, en 1938 Chamberlin ya señalaba que con la Operación Albión, que había concluido el 10 de octubre (23 de octubre, calendario gregoriano) con la ocupación de las tres islas estonias, la flota alemana se había hecho con el control de la costa meridional del Báltico[604] tras enfrentarse a la flota rusa en la batalla de Moón. Fue el único encuentro naval librado por los marinos revolucionarios y aunque no se comportaron mal en combate, no tuvieron ninguna oportunidad frente a los alemanes[605]. Con esa acción, Petrogrado quedaba, en efecto, abierto a un ataque alemán[606]. El mismo Kérenski se quejó ante los británicos: ¿Dónde estaba

su flota mientras la alemana campaba a sus anchas por el Báltico?[607] Esa posibilidad se mezclaba, en la imaginación de Lenin, con la historia (siempre muy presente en su cabeza) de la Comuna de París en 1871, aplastada por la fuerza de las tropas de Versalles con la interesada pasividad del invasor alemán. Mientras tanto, John Reed recogía testimonios sobre el terreno: una parte considerable de las clases pudientes prefería los alemanes a la revolución, e incluso al gobierno provisional[608]. Es evidente que esta no era la causa principal de la urgencia de Lenin, pero en modo alguno era una invención.

En realidad, quien estaba poniendo en peligro al partido era Kamenev, que manejaba interesadamente sus apreciaciones sobre la capacidad represiva de Kérenski: según él, era un peligro para la insurrección, pero no lo era para dar un golpe de Estado —o continuar con el «golpe lento» que había iniciado a la sombra de Kornilov— en caso de que los bolcheviques pretendieran hacerse con el control del gobierno de coalición. Y si al final se plegaban al juego de Kérenski, los bolcheviques podrían acabar incluso laminados o divididos entre sí. La propuesta insurreccional de Lenin, calculada en base a la incapacidad militar del gobierno era más audaz y rupturista; pero también más realista, al fin y al cabo. Y su premura en ponerla en marcha coincidiendo con el estreno del Segundo Congreso de los Soviets se basaba en dos objetivos concretos: uno, hacer realidad de forma inmediata la consigna «Todo el poder para los soviets» al forzar a mencheviques y *eseristas* a aceptarla, sacándolos del molino político de Kérenski. «¡Ahí está el poder! ¿Qué vais a hacer con él?» —esta sería la pregunta triunfal de Lenin a los delegados de toda Rusia[609]; una verdadera revancha, además, de las Jornadas de Julio—. Y en segundo lugar, se trataba de sacar todo el provecho posible al hecho de que los bolcheviques no se habían desgastado en ese juego parlamentarista ni en los gobiernos provisionales compartidos con los *kadetes* y liberales, y se trataba precisamente de evitar enredarse en él, terminando como sus adversarios de la izquierda socialista, anulados por los tacticismos. Por otra parte, Lenin no estaba de acuerdo con la idea menchevique y social revolucionaria de que la revolución socialista no era posible sin agotar el recorrido histórico de la

revolución burguesa; por ello, gobernar en coalición con los socialistas moderados era plegarse a esos planteamientos.

En esa estrategia, la decisión de continuar adelante con los planes insurreccionales a pesar de los sabotajes de Kamenev y Zinoviev, fue una manera de convertir el problema en solución. Por un lado, contribuía a resaltar la incapacidad del gobierno e incluso generaba un efecto paralizante sobre él. Además, y debido a ello, vencía las reticencias y temores en el seno del propio Partido bolchevique. Esto venía acompañado por el hecho de que la insurrección fue más gradualista que puntual, reducida a las acciones de un día o días concretos.

Los planes fueron minuciosos: Lenin ya había propuesto el día 10 que comités seguros tomaran el control de los nudos ferroviarios que comunicaban con el frente, para prevenir el envío de tropas desde allí. Además, se trasladaron refuerzos de obreros armados a la capital desde otros puntos del país, incluso de los distantes Urales. Petrogrado había sido dividido en distritos insurreccionales y se fijaron los objetivos para ser tomados a primera hora. Se coordinaron planes con Moscú, que debería sublevarse el mismo día y a la misma hora que Petrogrado. Se volvieron a reconstruir los cuadros de la Guardia Roja, semidisueltos desde el fracaso de la intentona de Kornilov, pocas semanas antes. Sus unidades se estructuraron en batallones de 400 hombres. También unidades navales y 10.000 marineros de Kronstadt debían desplegar en Petrogrado —en el puerto militar y la estación radiotelegráfica— y sus accesos suroccidentales, mientras que 4.500 marinos procedentes de Finlandia se harían con el control del ferrocarril hasta Petrogrado[610]. Se hizo proselitismo en las fábricas, durante días; también se enviaron delegados a las unidades militares de la guarnición: en los cuarteles se daban continuos mítines y se producían constantes discusiones que mantenían la movilización. Es bien conocida la vívida descripción que hace John Reed de esa actividad en el Instituto Smolny, donde las «habitaciones de los comités zumbaban las veinticuatro horas del día como colmenas, centenares de soldados y obreros dormían en el suelo, ocupando todos los lugares libres»[611]. En el gran salón de baile se celebraban las tempestuosas reuniones del Soviet.

En los días anteriores a la fecha fijada para la insurrección —que se fue cambiando en función de los aplazamientos para el Segundo Congreso Panrruso de los Soviets— el Comité Militar Revolucionario (CMR) fue tomando el control de las unidades militares a través de los comisarios y delegados o bien organizando mítines y enviando delegaciones que se aseguraban la adhesión de las ya ganadas a la causa. Este organismo, tenía sus orígenes en una propuesta de los mencheviques para crear una plataforma de coordinación entre el Soviet y mando del Distrito de Petrogrado, ya el día 9[612], aunque se constituyó el día 16 y no comenzó a funcionar realmente hasta una fecha tan tardía como el 20 de octubre[613].

El CMR sintetizaba el trasfondo político de la insurrección: formalmente estaba integrado por dos *eseristas* de izquierdas y tres bolcheviques, aunque quienes tenían un peso especial, además de Trotski, eran otros tres: el marinero Pavel Dybenko, que se había destacado en la defensa de Petrogrado frente a Kornilov; el abogado Nikolai Krylenko, bolchevique desde 1904, que con el empleo de alférez de complemento —*praporschik*— había destacado en la agitación antimilitarista en el frente y, finalmente, el dos veces alumno de academia militar y destacado agitador antimilitarista, menchevique desde 1903 y bolchevique desde 1917, Vladimir Antonov-Ovseenko, que acabaría desempeñando diversos y breves cargos de alta responsabilidad en el mando de formaciones militares. Pero siendo un organismo controlado por los bolcheviques, el CMR aparentaba ser un instrumento del Soviet. Lenin insistió en que se le dejara seguir actuando así en la media de lo posible, disociándolo de la Organización Militar de los bolcheviques; y en efecto, el CMR nunca fue una marioneta en manos de los bolcheviques como ha sido retratado por la historiografía occidental con frecuencia[614].

En cualquier caso, los bolcheviques le dieron la vuelta a la filosofía inicial de la idea y la utilizaron para situar hombres de su confianza en el mando de las unidades con la intención de fiscalizarlo. Si algún oficial se negaba a aceptar ese control, el Soviet no refrendaba las órdenes. Este mecanismo demostró una enorme eficacia cuando Kérenski cometió la torpeza de intentar reaccionar contra el proceso insurreccional ordenando que las unidades más importantes y bolchevizadas de la guarnición de

Petrogrado fueran transferidas al frente. Eso generó un estado de gran nerviosismo entre los afectados e hizo que mucho timoratos se sumaran a los planes bolcheviques.

Pero, sobre todo, anuló al comandante del Distrito de Petrogrado, el coronel Gueorgui Polkovnikov, quien inicialmente se negó a reconocer a los tres comisarios supervisores que le enviaba el CMR el 21 de octubre. Al día siguiente, Trotski emitió un comunicado en el cual acusaba a mando del distrito militar de romper con la guarnición de la capital y el Soviet, recordando que sus órdenes no eran válidas sin la contrafirma del CMR. En la misma fecha, proclamada Día de los Soviets de Petrogrado, se organizó una enorme manifestación que de hecho era una demostración de fuerza, ante el gobierno y los ciudadanos. Precisamente ese día era tradicional que los cosacos organizaran una Procesión de la Cruz, pero el coronel Polkovnikov, deseoso de evitar fricciones, pospuso el evento. Y al día siguiente se esforzó para conseguir alguna forma de conciliación con el CMR, negociando la aceptación de comités y comisarios[615]. Algunos historiadores consideran que al hacerse de hecho con el control de las guarniciones de la capital, la insurrección comenzó realmente los días 21 y 22 de octubre[616].

Nada se hacía sin que lo autorizase el Soviet de Petrogrado: ni el pretendido traslado de unidades de la guarnición local al frente Norte. Y todo podía conseguirse con la firma de Trotski, como por ejemplo cinco mil fusiles entregados desde la factoría Sestroretzk a la Guardia Roja. O con los electrizantes discursos de Trotski, que era un prodigio de actividad y se desplazaba a fábricas, cuarteles o comités. Un ejemplo espectacular de esa capacidad de persuasión fue su intervención en la asamblea de la fortaleza Pedro y Pablo, donde consiguió que parte de una unidad de ciclistas, leales al gobierno, terminaran aceptando la transferencia del poder a los soviets y aceptaran la autoridad del CMR. De esa forma, la legendaria plaza fortificada, así como el cercano Arsenal Kronwerk[617], cayeron en la órbita del Soviet sin haberse disparado un solo tiro. La acción tuvo un enorme impacto moral y práctico: la artillería de la fortaleza dominaba el Palacio de Invierno y la captura del arsenal suponía el suministro ilimitado de armas de todo tipo a los insurrectos.

Esa misma noche el CMR empezó a emitir instrucciones para tomar los edificios gubernamentales y puntos estratégicos de la ciudad. Como respuesta, a lo largo del día siguiente, Kérenski intentó movilizar las unidades de la guarnición y se encontró con que «las tres cuartas partes de la oficialidad del distrito militar de Petrogrado se ocupaban en obstaculizar los esfuerzos del gobierno encaminados a dominar la rebelión que cobraba impulso a ritmo acelerado»[618]. Los intentos de llevar tropas desde el frente a la capital resultaron igualmente vanos: el gobierno, reunido en consejo de ministros pasó la noche esperando la llegada de unidades que se encontraban con las líneas férreas saboteadas. Durante esas horas y a sugerencia del ministro de Justicia, el menchevique Pavel Maliantovich, se decidió arrestar los bolcheviques liberados bajo fianza en septiembre, comenzando por Trotski. Sin embargo, en el vecino edificio del Estado Mayor, un retén de soldados del Regimiento Pavlovski interceptó las comunicaciones y las pasó al CMR, que respondió fortificando el Instituto Smolny. Se decidió que la fortaleza de Pedro y Pablo fuera el puesto de mando de reserva si la sede del Soviet de Petrogrado era invadida.

Los adversarios se tanteaban. El día 24 el Smolny se quedó sin comunicación telefónica. Por orden del comandante Polkonikov se habían cerrado dos diarios afines al Soviet y dirigidos a los soldados; se habían encargado de ellos unidades de *junker*, las tropas de maniobra leales al gobierno y a Kérenski. Como respuesta, se enviaron fuerzas militares afines al CMR que reabrieron las redacciones e imprentas, mientras guardias rojos y soldados atacaban las sedes de diarios de la derecha[619]. Mientras tanto, patrullas de *junker* hacían funcionar los puentes levadizos sobre el Neva, para dificultar los movimientos de los insurgentes. Estos respondieron intentando retomar los mandos eléctricos. Hubo tiroteos de lado a lado del río, y los puentes bajaban o subían según quien tuviera el control[620]. En estas escaramuzas intervino una unidad de mujeres-soldado, que se había puesto a disposición del gobierno hacia el mediodía.

Hasta este momento, Lenin seguía escondido en el piso franco del barrio de Viborg. Estaba inquieto porque la insurrección no había comenzado, y al día siguiente se inauguraba el Segundo Congreso Panruso de los Soviets. Su plan contemplaba que se le entregara el poder a partir de la acción del

CMR, que debería actuar transitoriamente como gobierno; tras esa acción estaban los bolcheviques, pero con su gesto buscaban obtener la sanción del congreso de los soviets para legitimar su toma del poder. Sin embargo, aquella misma tarde, en el palacio Mariinski había sucedido algo inesperado: a última hora de ese mismo día 24, el preparlamento había aprobado un voto de censura contra el gobierno, a instancias de algunos mencheviques y social-revolucionarios. Existía la alarmante posibilidad de que los adversarios de los bolcheviques en la izquierda se les adelantaran al derrocar a Kérenski por medios políticos, en el último momento, lo cual haría innecesaria la insurrección[621].

Pero la confusión era enorme en toda la ciudad. Nadie entendía lo que estaba sucediendo y la población intentaba hacer vida normal en las calles, no obstante, lo cual añadía aún más irracionalidad a todo el cuadro. A las once de la noche, Lenin acompañado del sacrificado camarada finlandés Eino Rajia, se dirigió al Smolny. Continuaba usando peluca y disfraz de trabajador, aunque esta vez había añadido un vendaje en la cabeza. Hizo parte del trayecto en tranvía pero llegó a pie y tras esquivar una patrulla de soldados progubernamentales, accedió a la sede del Soviet con un pase falsificado. Una vez allí, reunió a sus hombres de confianza en la sala 36, en el primer piso, tras lo cual se convocó una reunión apresurada del Comité Central bolchevique. Hasta ese momento se había actuado siguiendo una argumentación «defensiva»: los despliegues de milicias y soldados afines al Soviet buscaban protegerse de la acción contrarrevolucionaria del gobierno y asegurar la protección del Congreso. Lenin instó a pasar a una fase ofensiva y por ello se decidió activar inmediatamente la insurrección. Sobre un juego de mapas, los presentes empezaron a fijarse objetivos y prioridades. Se había cruzado el Rubicón.

A lo largo de la noche y la madrugada, unidades afines al CMR ocuparon las oficinas centrales de Telégrafos y Correos, dejando sin comunicaciones al Palacio de Invierno; la central de teléfonos; la central eléctrica de la ciudad; el Banco Central: el viejo crucero *Aurora*, que había pasado mucho tiempo en reparaciones y era utilizado para entrenar a la marinería, desobedeció la orden del gobierno de salir a alta mar y ancló cerca del puente Nicolaevsky, en el Nevá.

En el Smolny, de madrugada, tras planificar la insurrección durante un buen rato, en una pausa de las deliberaciones, un miembro del Comité Central propuso elaborar una lista con el futuro gobierno bolchevique. Sin embargo recurrir a términos convencionales del parlamentarismo burgués, como «gobierno» o «ministros», no sonaba convincente. Al final, Trotski dio con la solución: los ministros serían denominados «comisarios del pueblo». La propuesta encantó a los presentes. «Muy bueno —aprobó Lenin— Eso huele a revolución». Y sugirió que Consejo de comisarios del pueblo» sería un nombre más adecuado que «gobierno».

La mañana del día 25, miércoles, brumoso y frío, el día oficial de la Revolución de Octubre (7 de noviembre), estuvo dedicado a concluir la insurrección con la toma del Palacio de Invierno, sede del gobierno provisional. El CMR coordinó la decisiva afluencia de tropas de Marina desde las bases del Báltico en Helsinki y Kronstadt. Desde territorio finlandés acudieron en tren y los navíos que se pudieron reunir, aunque eso supuso varias horas de demora. Mientras tanto, en Petrogrado, tropas locales del CMR ocuparon el palacio Mariinski y dispersaron el preparlamento; tendrían un papel destacado la Guardia Roja y el Regimiento Pavlovski. El dispositivo estaba comando por Antónov-Ovseenko desde el puesto de mando en la fortaleza de Pedro y Pablo. De esa manera empezó el cerco del Palacio de Invierno, que se completó en pocas horas.

El Segundo Congreso Panruso de los Soviets tenía que comenzar ese mismo día y por ello, a las 10 de la mañana Lenin se apresuró a redactar un manifiesto *A los ciudadanos de Rusia* en el que ya daba por derrocado al gobierno provisional. Impreso y radiado enseguida, se adelantó en varias horas a la toma del Palacio de Invierno para cumplir con el guion previsto frente al Congreso de los Soviets.

Desesperado, Kérenski constataba que los refuerzos no llegaban y solo disponía en la capital de unas magras fuerzas que apenas posibilitaban la defensa del Palacio de Invierno. En consecuencia, renovó las peticiones de tropas —falsificando firmas del CMR para no provocar el recelo de los soldados— y a la par decidió acudir al Cuartel General de Pskov para asegurarse de que las tropas llegarían a la capital. Hasta qué punto este

movimiento de última hora respondía a una repetición de la jugada hecha durante las Jornadas de Julio, cuando Kérenski desapareció oportunamente del centro de la crisis, en dirección al frente de guerra, es algo sujeto a especulación. Pero las circunstancias habían cambiado radicalmente. El abandono del gobierno provisional quedó reflejado en la anécdota de que Kérenski no disponía de ningún automóvil para salir de la ciudad. Algunos oficiales robaron uno aparcado frente a la Embajada americana y encontraron otro en el Ministerio de la Guerra, aunque sin gasolina, que al final hubo de pedirse en el hospital inglés. Utilizando la bandera americana como cobertura diplomática, un ojeroso y demacrado Kérenski pudo saltarse los puestos de control bolcheviques abandonando la ciudad a la que nunca más regresaría como el Bonaparte ruso que quiso ser[622].

Mientras tanto, en torno a la una del mediodía, un destacamento de marinos tomaba el Almirantazgo y el resto de las tropas comprometidas en la operación —sobre todo del Regimiento Pavlovski— incluyendo blindados autoametralladores, cerraban el cerco del Palacio de Invierno. En torno a las dos de la tarde comenzaron a atracar en los muelles del Nevá, cercanos al puente Nikolaevsky los navíos procedentes de la base de Kronstadt, cargados con unos tres mil marinos totalmente equipados para el combate, que se unieron al resto de las fuerzas que cercaban el Palacio de Invierno.

Una media hora más tarde, Trotski convocó una sesión de emergencia del Soviet de Petrogrado. Ante los congregados en la gran sala del Instituto Smolny, anunció que «¡En nombre del Comité Militar Revolucionario, el gobierno provisional ha dejado de existir!». En rápido orden enumeró los objetivos ya logrados, comenzando por la disolución del preparlamento y continuando por los edificios clave en manos de los insurrectos. Admitió que el Palacio de Invierno aún no había sido tomado, pero su destino estaba ya decidido[623]. En medio de su discurso apareció Lenin en la sala, quien no tardó en subir al estrado junto con Trotski. Los presentes les dedicaron una tremenda ovación. Cuando pudo hablar, el líder bolchevique expuso:

> La revolución de los trabajadores y campesinos, de cuya necesidad los bolcheviques tanto han hablado, acaba de producirse. ¿Cuál es la

> importancia de esta revolución de los trabajadores y campesinos? En primer lugar, esta revolución significa que tendremos un gobierno soviético, nuestro propio órgano de poder sin la participación de ningún burgués. Las masas oprimidas formarán el suyo propio. Es el inicio de un nuevo periodo en la historia de Rusia; y esta tercera revolución rusa debe, en última instancia, conducir a la victoria del socialismo. Una de nuestras tareas inmediatas es la necesidad de poner fin a la guerra, de una vez por todas.
>
> Ganaremos la confianza de los campesinos con un decreto por el que se abolirán las fincas de los propietarios. Los campesinos entenderán que su única salvación se encuentra en una alianza con los trabajadores. Instituiremos un control real de los trabajadores sobre la producción. Ahora habéis aprendido a trabajar juntos en armonía, como lo demuestra la revolución que acaba de suceder. Ahora poseemos la fuerza de una organización de masas, que triunfará sobre todo y lo que conducirá al proletariado a la revolución mundial.
>
> Nosotros ahora, en Rusia, debemos dedicarnos a la construcción de un Estado socialista proletario.
>
> ¡Viva la revolución socialista mundial![624]

En un breve discurso, Lenin había condensado el programa del nuevo poder que se iba a desarrollar punto por punto en los próximos meses.

Entretanto, en el interior del Palacio de Invierno, los ministros no se daban por vencidos. Dado que Kérenski había desaparecido sin dar muchas explicaciones, decidieron nombrar un «dictador», es decir, un gobernador general ad hoc para restablecer el orden por todos los medios, como el febrero lo había sido el general Ivanov, nombrado por el zar. La elección recayó en el ministro de Bienestar Social, Nikolai Kishkin: de origen noble, médico, *kadete* y moscovita. Era difícil hacer peor elección para una tarea imposible: las izquierdas lo tomarían como un desafío temerario y en general, los peterburgueses lo verían con malos ojos. Aun así, tomó posesión a las cuatro de la tarde y enseguida se aplicó a hacer cambios en el Estado Mayor, destituyendo al comandante en jefe del Distrito Militar de Petrogrado e incrementando el desconcierto. Los subordinados del cesante

coronel Polkovnikov o bien dimitieron o dejaron de trabajar. Se les podía ver por las ventanas del enorme edificio contemplando cómo avanzaban los insurgentes por las calles.

Pero de momento, en esas mismas calles, la insurrección se había paralizado. El asalto del Palacio de Invierno se pospuso hasta las tres de la tarde. Luego se fijó para las seis. A esa hora la tarde se había vuelto noche y reinaba la oscuridad en un día lloviznoso; la inquietud y el desánimo comenzaron a calar entre los insurgentes. Estaban hambrientos y podían comprobar cómo los cadetes de la guarnición del palacio erigían barricadas y puestos de tiro para las ametralladoras con tocones de madera. Al fin y al cabo, los mandos de la insurrección eran en su gran mayoría unos militares aficionados y los problemas de movilización y despliegue de las unidades se les acumulaban. Tampoco llegaban los marinos procedentes de la base de Helsinki, por vía férrea. Los cañones de la fortaleza Pedro y Pablo parecían fuera de servicio por falta de uso. Lenin estaba muy nervioso, fuera de sí; enviaba continuadas notas urgiendo la toma del Palacio de Invierno, que estaba retrasando el comienzo del Segundo Congreso de los Soviets. Los delegados esperaban, hacían tiempo deambulando de un lado al otro en el Smolny.

En el dispositivo de asedio, Nikolái Podvoiski, uno de los responsables más competentes del dispositivo militar bolchevique, tenía claro que el Palacio de Invierno era un objetivo básicamente político. En base a ello, se trataba de humillar al gobierno provisional[625], no de provocar una matanza entre los 3.000 defensores que produciría mártires, algunos de los cuales serían, precisamente, socialistas. De ahí que la dilación en el asalto final también tuviera un componente intencionado. Mediante la persuasión se consiguió que los cadetes de la Academia Mijailovsky de Artillería abandonaran el edificio a las seis y cuarto, llevando consigo cuatro de las seis piezas de artillería con que contaban los defensores. A las ocho, hicieron lo mismo doscientos cosacos. Dos horas más tarde les siguieron la mitad de los *junkers* que permanecían en el recinto.

La negociación y la persuasión fueron, una vez más, las armas más eficaces de los revolucionarios. Pero en este caso también intervinieron las amenazas. A las seis y media, se le hizo llegar a los ministros un ultimátum

que expiraba a las siete y diez para que se rindieran. Estos se negaron, pero mientras conversaban con el recién nombrado comandante en jefe del Distrito Militar, general Yákov Bagratuni, se enteraron casi en directo de la toma del Estado Mayor por los insurrectos. Este, al salir a la calle e intentar tomar un taxi, fue detenido por una patrulla. Desesperados, los ministros pidieron ayuda al alcalde, Grigori Shreider, que logró movilizar a los concejales, de diversas tendencias políticas no bolcheviques, para buscar una mediación entre las partes. Incluso se llegó a votar la posibilidad de ir a reunirse con el gobierno asediado u ofrecerse como escudos humanos, pero las posibilidades prácticas de esos gestos se demostraron nulas[626].

Por fin, a las 9:40 dio orden al crucero *Aurora* de hacer un primer disparo, que de hecho fue una muy ruidosa salva, más sonora que un cañonazo real. Los defensores del Palacio de Invierno se quedaron muy impresionados, así como los curiosos que se agolpaban en los muelles del Nevá contemplando la operación, que escaparon despavoridos. La mitología de la Revolución de Octubre describe esta primera descarga como la señal que dio origen al asalto, cuando de hecho fue una acción intimidatoria, que consiguió nuevas deserciones de jóvenes cadetes. A las once, comenzó el bombardeo real, que aun así fue en parte demostrativo, al caer al agua con gran aparato algunos obuses disparados desde la fortaleza Pedro y Pablo. Con todo, uno hizo impacto en una ventana, justo en el piso superior a la estancia que ocupaban los ministros.

En la ciudad continuaba la vida normal y los tranvías cruzaban en fila india los puentes, a ambos lados del Palacio de Invierno. El zumbido de sus motores se mezclaba con el tableteo de las ametralladoras, el fuego de la fusilería y las explosiones ocasionales de la artillería. En la ciudad, las multitudes paseaban con normalidad por la Prospekt Nevski, el animado nervio mundano y comercial de la ciudad, mientras los restaurantes, cines, casinos y teatros trabajaban con algo menos de público, pero no habían echado el cierre. Los estrenos de aquellos días podían verse en los grandes teatros, como si tal cosa: la adaptación de *La muerte de Iván el Terrible* de Tolstoi, por el director Vsévolod Meyerhold, en el Alexandrinski; y *Boris Gudonov* en el Mariinski.

Mientras tanto, en medio de ese ambiente irreal, el gobierno seguía sin rendirse. En el Smolny, Lenin se sentía como una fiera enjaulada en la pequeña habitación desde la cual seguía los acontecimientos. Políticamente necesitaba la captura del gobierno provisional, y cuanto antes.

El Segundo Congreso Panruso de los Soviets había comenzado, finalmente, a las once menos veinte de la noche, con más de ocho horas de retraso. El ambiente, descrito con gran acierto por el periodista americano John Reed[627] y repetido después por muchos historiadores, era denso, cargado. Aun sin calefacción, la sala era un hervidero; el humo del tabaco flotaba sobre la estancia. De los 670 delegados, 300 eran bolcheviques, 193 eran *eseristas* (la mitad de ellos de la facción de izquierda, aliados de los bolcheviques), 68 eran mencheviques y 14 eran de la facción menchevique-internacionalista. En base a unos cuestionarios que habían rellenado, se conoce que 505 llegaron a la capital dispuestos a apoyar la opción «todo el poder a los soviets»; 86 delegados preferían votar por «todo el poder para la democracia»; y 21 de ellos estaban dispuestos apoyar un gobierno democrático de coalición, pero con exclusión de los *kadetes*. Por último, solo 55 aceptaban incluso a estos[628].

Las deliberaciones fueron broncas desde el comienzo, ya al cambiar preceptivamente el Comité Ejecutivo Central que presidía el Congreso. Los delegados mencheviques y *eseristas* que lo detentaban desde marzo, ya sin las veteranas figuras de Tsereteli, Kérenski o Chjeidze, dejaron sus asientos a los representantes de la nueva mayoría bolchevique, tales como Trotski, Kollontai, Lunacharski, Zinoviev y otros. De fondo se escuchaba el tiroteo y las explosiones del asalto al Palacio de Invierno, donde resistía aún el gobierno provisional parte de cuyos ministros eran socialistas. Entonces pidió la palabra el líder menchevique Mártov, antiguo amigo y colaborador de Lenin, íntegro intelectual. Habló instando a detener los combates y evitar así el comienzo de la guerra civil. La intervención dio paso a una furibunda polémica que se prolongó con todo tipo de intervenciones, en varias de las cuales se acusaba a los bolcheviques de haber gestado una conspiración, una «aventura política criminal». Estos se defendieron insistiendo en que estaba en curso una insurrección popular. Algunos *eseristas* proponían una negociación con el gobierno provisional para establecer un ejecutivo que

representara a todas las sensibilidades de la democracia. Finalmente, Guenrij Erlij, un delegado del Bund (Partido Socialdemócrata Judío) propuso unirse a la Duma Municipal que había aprobado reunirse con el gobierno provisional como medida de protesta y para evitar un baño de sangre. En el enorme estruendo que siguió, delegados mencheviques y social-revolucionarios comenzaron a abandonar el Congreso, para satisfacción de Lenin. Trotski, «con el rostro pálido y cruel», según Reed, atizó la situación con su despectiva intervención:

> ¡Que se vayan todos los llamados social-conciliadores, todos esos mencheviques, eseristas y bundistas asustados! ¡Sois unos miserables derrotados, vuestro tiempo ha concluido, marchad adónde debéis ir: al basurero de la historia![629]

Era una ruptura buscada y deseada por los bolcheviques, y Mártov la había servido en bandeja. A continuación, el mismo Trotski propuso una resolución que condenaba los intentos traidores de mencheviques y *eseristas* por socavar el poder soviético. Fue aprobado por amplia mayoría. Los bolcheviques se habían hecho con el control absoluto de los soviets y del control de toda Rusia.

Poco antes de esa hora concluía el asalto al Palacio de Invierno. Los ministros, que habían estado esperando el final con actitud fatalista, se reunieron en una pequeña habitación anexa a la Sala de Malaquita, algo más segura porque daba a un patio interior[630]. Pasadas las dos de la madrugada, ya había cesado toda resistencia de los cadetes y el Batallón de Mujeres, que no había desertado, como la mayor parte de las unidades de defensa, a pesar de no estar políticamente implicadas con el gobierno[631]. Súbitamente se abrió la puerta y en medio de una multitud de hombres armados, como una astilla llevada por el oleaje que invadió la estancia, en palabras de un presente, se destacó un individuo de corta estatura, con gafas, rostro afilado y breve melena, que era Antónov-Ovseenko, quien procedió a arrestar a los ministros para llevarlos a pie a la vecina fortaleza de Pedro y Pablo.

La memoria popular, ayudada por las imágenes del célebre *Octubre*, film propagandístico de Serguéi Eisenstein (1927), conserva la imagen del asalto

al Palacio de Invierno como un levantamiento popular masivo, cuando en él apenas intervinieron entre 10.000 y 15.000 combatientes. Iconos del realismo socialista como el cuadro de Serguéi Lukin *Ha sucedido*, donde un satisfecho soldado revolucionario, fusil en mano, contempla admirado la sala del trono, contribuyen a ahondar la confusión, al dar la impresión de que el asalto al Palacio de Invierno supuso el fin de la monarquía. En realidad, el último gobierno de coalición presidido por Kérenski había proclamado la República pocos días antes.

---

603 Figes (2000): pp. 524-525.

604 En agosto, la doble amenaza terrestre y naval alemana ya había obligado a iniciar la evacuación de las bases navales de Riga y Reval, que lo hicieron principalmente a las de Kronstadt, Gangue y Helsingfors (en la actualidad Hanko y Helsinki respectivamente, ambos en Finlandia).

605 Para esta poco conocida pero importante batalla aeronaval y anfibia ruso-alemana en plena revolución, vid.: Barrett (2008). Los alemenes pusieron en liza 10 acorazados, 11 cruceros, numerosas unidades auxiliares, 6 submarinos, 6 dirigibles y más de un centener de aviones. La aprensión de Lenin estaba justificada.

606 Chamberlin (1987), p. 286.

607 Ibíd., p. 296. En la batalla de Moón, sin embargo, participaron dos submarines británicos.

608 Reed (1982): p. 37.

609 Ibíd., p. 81.

610 Kroviakov (1955): pp 23-25.

611 Reed (1982): pp. 67-68.

612 Chamberlin (1987): p. 299.

613 Rabinowitch (1976): p. 234.

614 Ibíd., pp. 235 y 239.

615 Ibíd., p. 243.

616 Chamberlin (1987): p. 303; Rabinowitch (1976): p. 242.

617 Actualmente es el Museo de Artillería, uno de los escasos lugares de San Petersburgo donde, hoy en día, pueden encontrarse vestigios de la Revolución.

618 Kérenski (1967): p. 462.

619 Rabinowitch (1976): pp. 249-250.

620 Ollivier (1968): pp. 305-310.

621 Rabinowitch (1976): pp. 259 y ss. Service (2010): p. 349.

622 La anécdota se relata en Rabinowitch (1976): p. 276. Existe otra versión relatada por el mismo Kérenski (1967) en pp. 463-464, según la cual, funcionarios de las embajadas estadounidense y británica ofrecieron la protección diplomática bajo bandera estadounidense a Kérenski, que este rechazó. La bandera se izó en el auto en el que no viajaba el jefe del gobierno.

623 Rabinowitch (1976): p. 278.

624 Ibíd., p. 279.

625 Rabinowitch (1976): p. 283.

626 Ibíd., pp. 288-290.

627 Reed (1982): pp. 110-117.

628 Rabinowitch (1976): p. 292.

629 Hay varias versiones de las frases de Trotski. Aquí las fuentes son: Reed (1982): p. 116; Rabinowitch (1976): p. 296; Figes (2000): p. 545.

630 Puede visitarse hoy en día. Un cartel recuerda que allí se produjo el arresto del último gobierno provisional.

631 Stoff (2006): pp. 157 y ss. desmiente las afirmaciones de Figes (2000) en p. 542.

*Буря*

QUINTA PARTE

# TEMPESTAD SOBRE EURASIA, LA REVOLUCIÓN INTERNACIONALISTA 1918-1921

## CAPÍTULO 26

# LA OFENSIVA DE LA PAZ
# Wilson frente a Lenin, 26 de octubre de 1917-3 de marzo de 1918

A las 5 de la madrugada del 26 de octubre/8 de noviembre, el manifiesto que legitimaba la creación del nuevo gobierno revolucionario fue votado y aprobado por amplia mayoría en el Instituto Smolny: solo dos votos en contra y veinte abstenciones. Comenzaba a amanecer un día gris y brumoso típico de Petrogrado en otoño. En algún momento de aquella larga noche, Lenin se retiró a dormir unas pocas horas —no lo había hecho la velada anterior— al cercano apartamento de su secretario personal, Vladimir Bonch-Bruévich. Sin embargo, no logró conciliar el sueño; al cabo de un rato volvió a encender la luz, regresó a la sala de estar y se puso a redactar los decretos que debía leer ante el Segundo Congreso de los Soviets. El poder y la revolución estaban ya en manos bolcheviques y ahora se imponía ofrecer algo nuevo y diferente y hacerlo con rapidez y contundencia. Se había operado una ruptura total con los esquemas del régimen zarista y las estructuras a medio conformar del breve Estado democrático que le había sucedido durante ocho meses justos, desde la Revolución de Febrero. Comenzaba la edificación del orden socialista bajo la forma de una dictadura del proletariado y Lenin deseaba que los primeros y fundamentales planes resultaran precisos y atractivos, incluso para los que aún no le apoyaban.

De madrugada, cerró la luz y de puntillas regresó al lecho. Al cabo de unas horas de sueño reapareció fresco y deseó un «Feliz primer día de la Revolución» a la familia de Bonch-Bruévich. Lenin, con sus 47 años, como presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, tenía en sus manos el

destino de Rusia. Trotski, designado como comisario de Asuntos Exteriores, había cumplido los 38 justo el día 25, durante la insurrección.

Estaba muy extendida la consideración de que los bolcheviques iban a durar muy poco tiempo en el poder, quizá solo unas semanas. Pero el Estado que fundaron iba a sobrevivir durante 74 años, marcando todo el resto del siglo XX a escala mundial. De hecho, la revolución soviética y la conformación de toda una nueva civilización social, cultural y económica iba a prolongarse muchos años. Quizá solo se puede hablar de su conclusión en 1953, a partir de la muerte de Stalin. Pero los siguientes cinco años fueron una prolongación de las luchas de aquel 25 de octubre de 1917. No porque la guerra civil se iniciara precisamente en ese día, como arguyen actualmente algunos historiadores, sino porque sin enfrentar los desafíos que se cernieron sobre la revolución bolchevique, esta no hubiera sobrevivido, fueran cuales fueran sus planteamientos políticos, correctos o erróneos. La guerra civil asentó muchas cosas y transformó otras. Cercenó las alas de la revolución internacional que plantearon Lenin y Trotski; transformó brutalmente las relaciones con el campesinado; generó una inquietante tendencia a eliminar al adversario político o social, antes que a intentar asimilarlo o ganarlo a la causa; enfrentó al nuevo Estado soviético con los vencedores de la Primera Guerra Mundial, los antiguos aliados de Rusia; marcó las fallidas relaciones con el islam, lo cual tendría importantes repercusiones en años venideros; y puso las bases del enorme prestigio —justificado o no— que tendría la Unión Soviética entre las clases trabajadores y las gentes humildes en buena parte del mundo.

Lo cierto es que en aquel brumoso 26 de noviembre, el débil brote revolucionario de Petrogrado estaba amenazado por los diversos conflictos que eran el comienzo de una o varias guerras civiles. La rebelión en el campo, con toda su secuela de muerte y destrucción era la más grave, por cuanto no había autoridad capaz de imponer orden manu militari, como en 1906; y amenazaba la viabilidad económica de toda Rusia, fuese cual fuese el régimen imperante en la capital. Estaba en curso una guerra civil a pequeña escala contra Kérenski, que desde Pskov, el Cuartel General del frente Norte, intentaba reunir fuerzas suficientes para retomar Petrogrado. Se perfilaban una serie de conflictos nacionales en diversas regiones del

antiguo Imperio, que incluso podían derivar en guerras locales entre terceros. Y técnicamente, Rusia seguía en guerra contra Alemania.

Por todo ello, los decretos de Lenin tuvieron una importancia crucial. Primero porque demostraron la enérgica disposición del nuevo régimen a solucionar los problemas más graves por la vía más rápida, algo que despertaba simpatías y adhesiones después de ocho meses de interminables debates políticos, declaraciones, procrastinación e inactividad. Pero además, los decretos tenían un enorme alcance, que incluso trascendían las fronteras de Rusia.

El decreto sobre la tierra[632] abolía «en el acto, sin ninguna indemnización, la propiedad terrateniente». Las tierras de la Corona y la Iglesia pasaban a control de los comités agrarios y los soviets de campesinos hasta que se reuniera la Asamblea Constituyente. Además, en el informe previo se denunciaba al gobierno provisional derribado, a socialistas-revolucionarios y mencheviques de «aplazar, con diversos pretextos» la solución del problema agrario, que los bolcheviques aplicaban de un plumazo.

En segundo lugar, el decreto sobre la paz[633] abordaba cuestiones de gran trascendencia incluso para la práctica de las relaciones internacionales en general. Proponía una paz inmediata y sin anexiones ni compensaciones, «como una paz justa y democrática, como la que ansía la aplastante mayoría de los obreros y de las clases trabajadoras de todos los países beligerantes» en la Gran Guerra. En relación a ello proclamaba el derecho de autodeterminación de los pueblos, lo que implicaba una fuerte carga antiimperialista y avanzaba el carácter internacionalista de la nueva fase de la revolución que se estaba poniendo en marcha. En tercer lugar, se abolía la diplomacia secreta, lo cual en aquel momento implicaba proceder a «la publicación inmediata de los tratados secretos, ratificados o concertados por el gobierno de los terratenientes y capitalistas, desde febrero hasta el 25 de octubre de 1917». Formulada de esta manera, la intencionalidad de la medida buscaba identificar la política exterior del derribado gobierno provisional con la del Imperio zarista, puesto que iba a quedar patente que aquel había asumido los objetivos imperialistas de la guerra en la que habían intentado continuar luchando.

Ambos decretos tuvieron un gran impacto entre soldados y campesinos —máxime teniendo en cuenta que muchos combatientes eran de extracción agraria— y ello ayuda a explicar la incapacidad de Kérenski, de los *eseristas* y de la oposición antibolchevique, en general, de llevar adelante alguna forma de contraofensiva eficaz. El fugitivo primer ministro no lograba aglutinar fuerzas militares suficientes para recuperar la capital; logró tomar Gatchina, a poco más de 30 kilómetros de Petrogrado, y avanzó con problemas sobre Tsárskoye Seló. Pero el 30 de octubre, en un enfrentamiento con tropas probolcheviques en las alturas de Pulkovo, en las afueras de la capital[634], salió derrotado: ya solo le quedaban 700 cosacos bajo las órdenes del reticente general Piotr Krasnov, el cual había colaborado con el golpe de Kornilov. En la ciudad, fracasó un levantamiento impulsado por los *eseristas* que integraban el clandestino Comité para la Salvación de la Revolución y Patria con escasas fuerzas. Al día siguiente, el mismo general Krasnov negoció su claudicación ante los bolcheviques, mientras Kérenski escapaba y se escondía[635].

Es evidente —y el mismo Kérenski lo desliza en su relato— que el decreto sobre la paz de Lenin había tenido un efecto palpable en la combatividad de los soldados. Nadie, entre la tropa, deseaba ya apoyar a un gobierno que suponía continuar con la guerra. Solo en Moscú le estaban yendo las cosas mal a los insurrectos bolcheviques, que perdieron sus posiciones en el centro de la ciudad y el día 29 fueron orillados hacia los barrios obreros por las tropas leales al anterior gobierno (*junkers* y estudiantes voluntarios). Por entonces, mencheviques y socialistas revolucionarios aún no habían abandonado el proyecto de forzar un cambio en la situación política organizando un gobierno de coalición con apoyo de bolcheviques moderados: una vez más, Kamenev estuvo implicado en la operación. El detonante de la acción sería la huelga impulsada por el Sindicato de Trabajadores del Ferrocarril, el *Vikzhel*, en sus siglas rusas. Estos respaldaban su ultimátum con una huelga, el día 28: formación de un gobierno de izquierdas que incluyera todas las tendencias, hasta la reunión de la Asamblea Constituyente[636]. Esta exigencia mínima venía acompañada por otra más contundente: exclusión de Lenin y Trotski, retorno de Kérenski, liberación de los ministros arrestados, abolición del CMR.

El hecho de que la huelga de trenes interrumpiera el suministro y dificultara los movimientos de tropas, hizo que los bolcheviques se vieran obligados a negociar; en realidad, Lenin y Trotski solo buscaban ganar tiempo. Las denominadas «negociaciones del *Vikzhel*» terminarían sin acuerdos el 2/15 de noviembre. Aunque lograron parar los combates, por la falta de suministros que generaron, no se puede considerar que tuvieran una oportunidad real de revertir la coyuntura política; jugar con esa idea es hurtar el cuadro general de la situación: Kérenski ya había huido; el 8/21 de noviembre, el Comisario para la Guerra Nikolai Krylenko autorizaba la confraternización con las tropas enemigas en todos los frentes[637]; y el 13/26 de noviembre Trotski solicitaba al mando alemán un armisticio para alcanzar una paz democrática, sin anexiones ni indemnizaciones. Los bolcheviques en el poder se movían con rapidez y contundencia y políticamente resultaba imposible interponerse en la salida a la guerra, precisamente cuando alguien estaba asumiendo el comprometido papel de negociarla.

En realidad, como pronto se pudo comprobar, Lenin y Trotski pretendían ir más lejos todavía, con lo que su estrategia de desbordamiento alcanzó incluso a las cancillerías aliadas. Los bolcheviques pusieron en práctica una novedosa estrategia diplomática consistente en utilizar las negociaciones de paz con los Centrales como catalizador para una gran conferencia internacional que debería reunir a todas las potencias beligerantes a fin de lograr una salida conjunta a la guerra. La iniciativa, que pronto se reveló no era una baladronada, se convirtió rápidamente en la peor pesadilla para los aliados occidentales, puesto que revivía el fantasma de las complicadas negociaciones secretas de invierno de 1916, que habían tenido su parte de responsabilidad en la Revolución de Febrero en Rusia. Pero además la nueva propuesta bolchevique debería ser llevada a cabo con total transparencia y publicidad. De entrada, el 9/22 de noviembre, Trotski anunció la publicación de los tratados secretos firmados por el gobierno zarista y sus aliados de la Entente, básicamente el Tratado de Roma (1915) y el Tratado Sykes-Pycott (1916). La revelación del reparto del Imperio otomano pactado en secreto entre franceses, británicos y rusos, que traicionaba en buena medida las aspiraciones de los árabes, cayó como un

enorme jarro de agua fría, máxime teniendo en cuenta que su publicación en la prensa británica —en torno al 20 de diciembre[638]— coincidió con la campaña de Palestina, con ayuda de insurgentes árabes, y la toma de Jerusalén por las fuerzas británicas (11 de diciembre). Por si faltara algo, se incluían acciones como un manifiesto a los pueblos musulmanes de Rusia y el Este (20 de noviembre/ 3 de diciembre), en un tono inequívocamente agitador: renunciaba a la histórica reivindicación rusa sobre Constantinopla, invalidaba el reparto de Persia y hacía un llamamiento a persas, turcos, árabes e hindúes: «No es de la Rusia y su gobierno revolucionario de quien debéis temer la esclavización, sino de los ladrones imperialistas europeos, los que devastaron vuestra tierra natal y la convirtieron en sus colonias»[639]. En principio, los Centrales aceptaron esta dinámica porque ponía a los Aliados en una posición muy incómoda. Pero no tardaron en descubrir que ellos mismos se arriesgaban a pagar su parte del precio por participar en una estrategia diplomático-revolucionaria notablemente perversa.

Los bolcheviques buscaban la máxima publicidad y ganar todo el tiempo posible con el ánimo de generar alguna forma de efecto contagio entre todos los ejércitos de todos los contendientes. Ya se habían producido motines ese mismo año, en primavera entre las tropas francesas durante la infausta ofensiva de Nivelle y entre la marinería alemana en la base de Wilhelmshaven, en agosto. Así, para informar debidamente a los Aliados, las negociaciones sobre el armisticio fueron suspendidas, luego reemprendidas y finalmente firmadas unilateralmente con los alemanes el 2/15 de diciembre. A partir de ahí, arrancaron las negociaciones para una paz definitiva, el 9/22, en la fortaleza de Brest-Litovsk, sede del cuartel general alemán para el frente del Este. Encabezaba la delegación Adolph Ioffe, un veterano luchador bolchevique de la línea dura, alto responsable en el CMR, cercano a Lenin. Sus «Siete Puntos»:

1. No se permitirá la anexión de territorios ocupados durante la guerra;
2. Restauración de la independencia para todas las naciones privadas de ella durante la contienda;
3. Aquellos grupos nacionales que no gozaban de independencia antes de la contienda deberán tener la oportunidad de decidir libremente

sobre si desean integrarse en algún estado o no, por medio de un referéndum;

4. En lo referido a los territorios habitados por diversas nacionalidades, todas deberán ser protegidas por leyes específicas, que garanticen su cultura nacional y autonomía administrativa;
5. Ninguno de los países beligerantes deberá pagar a otros los denominados «costes de la guerra»;
6. Las cuestiones coloniales deberán ser decididas en la línea de lo estipulado por los puntos 1, 2, 3, y 4;
7. Como punto adicional: se proponía condenar los intentos de las naciones poderosas para restringir la liberad de las naciones más débiles mediante presiones indirectas, como boicots o dependencia económica a través de acuerdos comerciales obligados, acuerdos aduaneros separados, restricciones comerciales, etc.[640].

Los bolcheviques aspiraban a convertirse en los campeones de la autodeterminación de los pueblos, y desde las cancillerías aliadas no hubo respuesta a las invitaciones para participar en la gran conferencia de paz que, de paso, debía poner las bases para reconstruir las relaciones internacionales terminando con el imperialismo y el recurso al engaño y la fuerza. Un programa tan idealista como ese dejaba en agua de borrajas la campaña de propaganda iniciada por el presidente Woodrow Wilson al entrar en guerra al lado de la Entente. Consignas de tanto gancho como que aquella sería «la guerra que acabaría con todas las guerras» o la intención de «transformar a Europa en el panteón de las democracias» se quedaban tan solo en eso, ante las concretas propuestas bolcheviques, que se apoyaban en los estudios y escritos de Lenin publicados en 1916 en obras tales como *El imperialismo, fase superior del capitalismo*[641] y *La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación*[642]. Es más: el líder y teórico bolchevique había logrado combinar complejos y delicados conceptos como nacionalismo, descolonización y lucha de clases, un ejercicio teórico que venía a poner un brillante broche analítico al conjunto de las revoluciones de la *Belle Époque*. Por otra parte, la teoría leninista sobre el imperialismo se

proyectaba sobre la cuestión nacional en Europa y a la vez sobre las problemáticas de descolonización en Asia, a partir de su experiencia como ciudadano de un enorme Estado eurasiático que miraba en ambas direcciones.

Por ello, la estrategia bolchevique en las negociaciones daba lugar a lo que Arno Mayer denominará «nueva diplomacia» y fueron, de hecho, un primer bosquejo para la proyectada revolución internacional. Ante ello, Londres y París permanecieron calladas, no tenían nada que decir. Clemenceau fue el menos flexible, no quería saber de las nuevas fuerzas que estaban emergiendo en Rusia, se centraba en su objetivo de restaurar la *belle France*. Lloyd George, por su parte, estaba preocupado por el auge del Partido Laborista y la creciente beligerancia política de los Dominios. Por el momento, nada de romper con las nuevas autoridades bolcheviques hasta ver cómo evolucionaba a la situación. Pero algunos diarios empezaron a ser críticos con los gobiernos y su cinismo político. El 23 de diciembre, el mismo día que se abrían las negociaciones de Brest-Litovsk, se produjo en París una reunión entre representantes de los gobiernos francés y británico. En ella se tomaron dos decisiones que permanecerían en estricto secreto: se empezó a pensar en cómo enlazar con los gobiernos provinciales y sus ejércitos. Ucrania sería responsabilidad de Francia, mientras que Gran Bretaña se encargaría de algunas provincias del Sudeste. Se empezaron a barajar, por lo tanto, formas de intervención y zonas de influencia, pero dejando abierto el contacto con los bolcheviques, según el criterio de cada potencia[643].

Mientras tanto, el presidente Wilson sí reaccionó con energía. Según demuestra Arno Mayer, se percató del componente de «nueva diplomacia» que tenían las propuestas bolcheviques[644] y decidió responder en iguales términos. Con ayuda de su sempiterno asesor, el Coronel House[645], elaboró los célebres Catorce Puntos sobre los que se establecerían las negociaciones de paz que pondrían fin a la Primera Guerra Mundial en los frentes occidentales de Europa. Sin embargo, ha quedado olvidado su papel de contramanifiesto de los siete puntos de Ioffe y de las propuestas voceadas por Lenin y Trotski al resto del mundo desde Brest-Litovsk. De esa forma, retomaba propuestas explícitas e implícitas de los bolcheviques, como: «paz

sin victoria»; «derecho de autodeterminación de los pueblos»; evacuación de los territorios conquistados; «diplomacia pública»; reconsideración del colonialismo, y los integraba en un programa de paz internacional basado en el liberalismo y el desarme (no en la revolución) y bajo la autoridad vigilante de una asociación general de naciones[646]. Así quedaba contrarrestado el mensaje de Lenin y a la vez reactivado el idealismo que daría la victoria y haría ganar la paz al bando aliado.

No solo eso: tras su célebre discurso del 8 de enero de 1918 en que hizo un llamamiento a las naciones de Europa para que detuvieran la guerra y dio a conocer los Catorce Puntos como base para la negociación, el secretario de Estado envió el mensaje a la Embajada estadounidense en Petrogrado y se preocupó de que le llegara a Lenin e incluso a Trotski, en Brest-Litovsk. Los bolcheviques lo recibieron con simpatía y se apresuraron a utilizarlo como herramienta en sus negociaciones. La oficina del Comité de Información Pública en la capital rusa, la misma que había ayudado a falsificar documentos incriminatorios contra los bolcheviques en julio, ahora pagó de sus fondos 900.000 panfletos y 100.000 carteles que se pegaron en las paredes de Petrogrado, Moscú y otras ciudades con el discurso de Wilson y los Catorce Puntos, además de publicarlo en la prensa rusa[647].

Sin embargo, la iniciativa del presidente estadounidense reventó la estrategia bolchevique en Brest-Litovsk. Desde el 14/27 de diciembre se retiró Ioffe y se incorporó Trotski a las negociaciones, en su lugar. Aunque el primero fue exalumno en su juventud de Alfred Adler en Viena y conocía bien Europa Central[648], Trotski era un negociador mucho más hábil, que se manejaba perfectamente en alemán y con gran aplomo personal. No se muestró acomplejado ante los delegados de los Imperios Centrales: el conde Ottokar von Czernin, ministro de Exteriores austrohúngaro y Richard von Kühlmann, su colega alemán, además de los ministros búlgaro y otomano y toda una serie de generales.

La delegación de los Centrales estaba compuesta por personalidades muy conservadoras, y las tácticas dilatorias de Trotski no tardarían en resultarles fastidiosas y hasta peligrosas. Al fin y al cabo, las proclamas sobre la autodeterminación de los pueblos no solo eran una seria amenaza

para el Imperio austrohúngaro, donde los checos estaban descontentos con la guerra ya desde 1914 y los húngaros habían creído siempre que la contienda les traería la independencia con victoria o con derrota; sino que también socavaban las iniciativas que desde el verano venía llevando Alemania frente a polacos y lituanos para fijarlos a su órbita[649]. Por ende, la proclama de Wilson el 8 de enero, aplaudida desde París y Londres, invalidaba la posible manipulación del discurso bolchevique desde Berlín y Viena: ya no tenía sentido seguir jugando al gato y al ratón con Lenin y Trotski. El Consejo de los Comisarios del Pueblo, conocido como Sovnarkom (apócope de *Soviet naródnyj kommissárov*) había desmovilizado el antiguo Ejército ruso ya en noviembre. El nuevo Ejército Rojo es una débil plantita en formación y las trincheras ante los alemanes están vacías.

En realidad, alemanes y austriacos tenían sus propios planes. No pensaban abandonar el territorio de Polonia, ni el de Letonia y Lituania. Finlandia era independiente, con consentimiento del poder soviético, desde el 6 de diciembre, pero Alemania estaba preparada para controlarla, lo que supondría la captura de las unidades de la flota rusa atrapadas en sus puertos —los modernos acorazados tipo *dreadnought*, ubicados en la base naval de Helsingfors— hecho que generaba una gran inquietud en los británicos. Y aún hay más: había puesto los ojos en Ucrania, un territorio muy rico, esencial para el esfuerzo de guerra y cuyas autoridades nacionalistas buscan apoyo extranjero para separarse de Rusia.

El 17 de marzo, apenas iniciada la revolución de febrero, los nacionalistas ucranianos se habían reunido en Kiev para constituir un soviet que pronto adoptaría el nombre de *Ukrains’ka Tsentral’na rada*[650]. Aunque inicialmente se significó con un claro llamamiento al pueblo ucraniano en apoyo del gobierno provisional en Petrogrado, la Rada pronto tomaría una ruta soberanista que la llevó a establecerse como parlamento provisional, designar una jefatura *(Mala Rada* o Pequeña Rada) y, el 10 de junio, a declararse parte autónoma de la República rusa. Si bien el gobierno provisional reconoció las reivindicaciones ucranianas, limitó su jurisdicción a las provincias de Kiev, Volyn, Podolie, Chernigov y Poltava; hecho que

inicialmente generó malestar y produjo alguna dimisión en la *Mala Rada*, pero que finalmente fue aceptado.

Como presidente de la Rada fue elegido el historiador Mijailo Grushevski, dedicado a la investigación historiográfica más que a la política. En concreto su esfuerzo iba enfocado a rescatar el papel de las revueltas populares en el antiguo Rus de Kiev como el embrión de la nación ucraniana así como a resucitar el empleo de la lengua autóctona. El hecho es que Ucrania había estado muy escasamente poblada hasta su incorporación al Imperio ruso en 1787, cuando Catalina la Grande se la arrebató definitivamente al Imperio otomano, sufriendo posteriormente una fuerte colonización por población rusa y alemana. No era extraño por ello, que, en la Rusia de principios del siglo XX, fueran muy pocos los ucranianos eslavos, en contraposición con tártaros y alemanes, que se percibieran diferentes de los rusos, hecho que la administración atenuaba con su política de rusificación.

Las excepcionales circunstancias militares que concurrieron en los preparativos de la ofensiva de Kérenski del verano de 1917 sirvieron en bandeja a la Rada la oportunidad de dotarse de una organización militar propia, al aceptar el general Brusilov la propuesta de organizar unidades de base nacional como medida para garantizar la lealtad de las tropas durante el ataque. Así, a partir de mayo fueron quedando constituidas las primeras unidades íntegramente ucranianas por iniciativa de Symon Petliura editor nacionalista y activista político con simpatías social-democráticas, devenido en secretario general de asuntos militares de la Rada. En julio de 1917 el 34º cuerpo de ejército, con una fuerza de 60.000 bayonetas, al mando del teniente general Pavlo Skoropadski, rancio aristócrata ucraniano de origen cosaco y antiguo edecán de Nicolás II, que se había batido brillantemente a las órdenes del general Rennenkampf tanto en la guerra ruso-japonesa como en la campaña de Prusia Oriental, pasó a denominarse 1er Cuerpo de Ejército ucraniano. Y Skoropadski recibió el título honorífico de *atamán*[651] o comandante cosaco.

Pero, sobre todo, la fuerza que respaldaba este independentismo era la presunción de que Kiev podía ofrecer a los ucranianos lo que Petrogrado no terminaba de lograr: paz para los soldados y tierra para los campesinos.

Esto era un placentero espejismo que en realidad las nuevas autoridades no podían cumplir y menos con un país situado en el epicentro del frente de batalla, rodeado de fuerzas que no podía controlar ni contrarrestar. Los académicos e intelectuales que gobernaban el país desde la Rada pasaron su tiempo «ocupados en vivir el sueño romántico de la revolución nacional a la vez que destruían la vieja maquinaria del Estado [ruso]»[652]. Tras el verano llegó el amargo despertar, cuando Kiev se encontró sin un verdadero gobierno y un ejército propio con los cuales defender la soberanía que ni siquiera habían terminado de conquistar. La Rada no había conseguido la paz ni distribuido la tierra y su popularidad comenzó a caer a favor de la emergente estrella roja de los soviets bolcheviques. La respuesta a la insurrección de Petrogrado, en octubre, fue la proclamación de la República Popular de Ucrania y la reivindicación de nuevos territorios como ucranianos: las regiones o *gubernias* de Járkov y Jersón y partes de otros habitados solo parcialmente por ucranianos (Kursk, Voronezh y Táurida).

El nuevo régimen bolchevique no se resignó. Habiendo fallado un primer intento de acaparar el poder en Kiev mediante un congreso de los soviets, se trasladó a Járkov, en la región industrial y minera de Ucrania. Allí se proclamó también la República Soviética Popular de Ucrania en diciembre, y al mes siguiente, tropas bolcheviques procedentes de Rusia tomaron los centros industriales, respaldados por destacamentos locales de trabajadores.

Ante esos movimientos, la Rada Central no podía oponer resistencia armada: carecía de las tropas necesarias para ello. Durante el mes de enero los bolcheviques, en colaboración con los partisanos anarquistas del sur se hicieron con el control de los dos tercios orientales de Ucrania, expulsando a las dispersas fuerzas nacionalistas y a los más numerosos y descontrolados contingentes de cosacos que parsimoniosamente se retiraban hacia el Don expoliando todo lo que podían a su paso. El 25 de enero de 1918 Ucrania se declaró independiente, pero la presión bolchevique era tal que generó la fragmentación del gobierno de Grushevski, cuando Petliura rompió por discrepancias con respecto a la defensa de Kiev, que finalmente cayó en manos bolcheviques el 7 de febrero. Sin embargo, la proclamación de la independencia había servido para que, alegando la defensa de un

estado soberano los representantes de la Rada pidieran protección armada a los Centrales tras escapar a Brest-Litovsk y firmar allí con ellos un tratado de paz, el 9 de febrero[653].

Para los Centrales, el control de Ucrania era un valioso trofeo. Sus ricas tierras negras suministrarían el trigo que Alemania necesitaba con urgencia, víctima del bloqueo naval aliado; y sus minas, el carbón. La Rada, llegó a ofrecer a los Centrales no menos de un millón de toneladas de alimentos[654]. A cambio, Ucrania recibía reconocimiento diplomático y grandes concesiones territoriales —cediéndole Austria-Hungría la Galitzia oriental y Alemania el territorio de Cholm previamente prometido a los polacos[655]—. Pero además, su extenso territorio, estratégicamente situado, serviría como *buffer state* o «cinturón defensivo» frente a una Rusia en descomposición revolucionaria, y unida a los estados títere de Polonia y los Estados Bálticos conformaría una extensa zona de comunicación norte-sur (excelente para comunicar con el aliado otomano) y oeste-este (para llegar hasta los pozos petrolíferos del Cáucaso). Y todo ello con un simple paseo militar.

La caída de Kiev en manos de las fuerzas bolcheviques, además, reforzó la posición del Alto Mando alemán —comenzando por Hindenburg y Ludendorff— frente a sus diplomáticos, partidarios de liquidar las interminables negociaciones con Trotski y decidirse por la pura y dura anexión militar[656]. Y para completar el cuadro, el 25 de enero, la Guardia Roja finlandesa inició la rebelión en Helsingfors, atizando la sospecha de que las intenciones leninistas de autodeterminación de los pueblos no eran sino una estratagema.

El 4 de febrero los Centrales habían roto las negociaciones con los bolcheviques, pero el mismo día que se firmaba la paz con Ucrania, el 9 de febrero, llegó desde Berlín un telegrama del káiser exigiendo un ultimátum a la delegación bolchevique con draconianas exigencias, incluyendo aceptar la independencia de Ucrania, el tratado firmado por los Centrales con la Rada así como la evacuación del Báltico[657]; si no eran cumplidas, las fuerzas alemanas y austrohúngaras reanudarían la guerra contra Rusia. La desconcertante respuesta de Trotski, continuación del lema «ni guerra ni paz» fue una corta declaración, el día 10 de febrero, según la cual Rusia «abandonaba la guerra» al dar la orden de desmovilización general de todas

las tropas enfrentadas a las de Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria»[658].

La respuesta de Trotski dejó absolutamente desconcertados a los alemanes. Al cabo de un rato solo se pudo escuchar la incontenible exclamación del general Hoffmann: «¡Indignante!». Y a continuación, la delegación bolchevique abandonó la sala, sin más y regresó a Petrogrado. Sesenta años más tarde, en los manuales de historia oficial del régimen soviético todavía se calificaba lo sucedido como «la traición de Trotski» por desobedecer las órdenes del Sovnarkom[659]. Pero las razones para el desplante mezclaban el hecho de que realmente Trotski ya había amenazado con interrumpir las negociaciones por causa del tratado de paz firmado por los Centrales con la Rada ucraniana, que era un gesto hostil por cuanto privaba a Rusia de los suministros ucranianos que los alemanes recababan para sí, argumentó[660]. Además, de ser aceptadas sofocarían la maltrecha economía rusa y agravarían la crisis de alimentos, comprometiendo la autoridad de los revolucionarios en el nuevo estado que intentaban forjar. Tal severidad en las reparaciones llevó a considerar la posibilidad de reanudar las hostilidades, pero el ansia de paz se había extendido de tal manera que cualquier propuesta al respecto levantaría recelos de involución belicista como ocurrió con Milyukov o Kérenski[661]. Por otra parte, tras las huelgas ocurridas en Berlín a finales de enero, quería creer que una ofensiva alemana contra Rusia desencadenaría la revolución entre sus tropas. Su brindis al sol del 10 de febrero era la última bala que tenía en la recámara.

Como respuesta, el día 18 las fuerzas alemanas desencadenaron la Operación Faustschlag *(Puñetazo)*, en virtud de la cual y en tan solo catorce días ocuparon Bielorrusia, toda Ucrania y Crimea, Estonia y Livonia, obligando de paso a rendirse a los restos del Ejército rumano que seguía combatiendo en Moldavia[662]. El Ejército ruso era para entonces prácticamente inexistente y las tropas de los Centrales avanzaron sin apenas oposición, buena parte del tiempo a bordo del ferrocarril, limitándose a tomar las estaciones.

Finlandia se libró inicialmente de la intervención alemana gracias al hielo y a la gran barrera de minas del golfo de Finlandia que protegía sus costas; no obstante los alemanes pudieron limpiar pasillos en los campos

minados dado que la flota rusa se encontraba atrapada por el hielo en los puertos fineses. No sería hasta principios de abril cuando pudieron comenzar a desembarcarse fuerzas alemanas en el sur de esa provincia.

Ante esta situación, y tras una serie de dramáticas reuniones del Comité Central ya el mismo día 18, Lenin se impuso y aunque por escaso margen logró que se aprobara la aceptación de las condiciones alemanas para firmar el tratado de paz. Berlín dio la callada por respuesta durante unos días más, lo que provocó que los bolcheviques presas del pánico, imaginaran que los alemanes buscaban capturar Petrogrado y derribar el régimen. Cundió la alarma en la capital y miles de personas intentaron huir, provocando una peligrosa situación de desorden que fue seguida de saqueos generalizados. En tal emergencia, Lenin decidió pedir ayuda a los aliados, lo que fue votado en el Comité Central el día 22. Los franceses, seguidos de los americanos, japoneses e italianos respondieron con presteza, favorablemente[663]. No está tan claro a tenor del testimonio del primer cónsul y agente secreto británico Robin Bruce Lockhart, que al menos los británicos aceptaran la petición con diligencia[664]. La razón estaba en que, a esas alturas, el gobierno británico estaba dividido con respecto al nuevo régimen bolchevique: el Secretario del Foreign Office, Arthur J. Balfour era partidario de reconocerlo, pero era un ministro muy cuestionado y no todo el mundo era de su parecer en el gabinete[665].

En cualquier caso, al día siguiente los alemanes enviaron su respuesta: mantendrían la anexión, sin condiciones de todos los territorios ocupados durante la guerra y la Operación Faustschlag (que seguía en curso); esto es: los Países Bálticos y toda Ucrania, además de la antigua Polonia rusa. Además, el gobierno ruso garantizaría un status privilegiado para los intereses económicos alemanes, que quedarían a salvo de nacionalización. Ya no quedaba más por añadir, y el Tratado de Brest-Litovsk fue firmado el 3 de marzo de 1918 por una delegación bolchevique compuesta por representantes escasamente conocidos; Trotski había dimitido de su cargo de comisario de Asuntos Exteriores y su puesto al frente de la delegación lo ocupó un veterano intelectual bolchevique —y exmenchevique— de ascendencia noble, que con el tiempo se convertiría en uno de los forjadores de la política exterior soviética: Gueorgui Chicherin.

El Tratado de Brest-Litovsk tuvo consecuencias trascendentales. Amenazó seriamente la Revolución y de hecho produjo una importante fractura entre los bolcheviques, dando lugar a la facción extremista, partidaria de la guerra revolucionaria (los «comunistas de izquierda») liderada por Nikolai Bujarin que no renunciarían a desestabilizar la situación. Por supuesto, la Rusia bolchevique quedó muy debilitada: perdió el 34% de su población, el 32% de su terreno agrícola, el 54% de sus empresas industriales y el 89% de sus minas de carbón[666]. En cierta manera, se habían sentado las bases para, eventualmente, convertir a Rusia en un protectorado. La capital fue trasladada a Moscú ante lo expuesta que había quedado Petrogrado[667], pero aun así el embajador alemán, que regresó de nuevo, se convirtió en un personaje poderoso.

---

632 Lenin (1961) II: p. 251.

633 Ibíd., p. 248.

634 Emplazamiento del actual aeropuerto de San Petersburgo.

635 Kérenski (1967): pp. 466-470.

636 Swain (1996): pp. 54 y ss.; Schapiro (1987): pp. 73 y ss.

637 Esta orden se encontró con el rechazo frontal del entonces comandante en jefe de la *Stavka,* el general Nikolai Dujonin, nombrado por Kérenski pocos días antes. Tras ser destituido por Lenin, el general se negó a abandonar su puesto y recibió el apoyo de las misiones militares aliadas en Mogilev. Además, ordenó la liberación de Kornilov, Denikin y el resto de oficiales golpistas recluidos en el monasterio de Bijov e intentó, infructuosamente, atrincherarse con tropas leales en la *Stavka*. Finalmente se rindió al nuevo comandante en jefe, Krylenko, pero fue linchado por la guardia personal de este. Wheeler-Bennett (1938): pp. 71-74.

638 Cocks (1919).

639 Mayer (1969): p. 295.

640 Mayer (1969): pp. 296-297.

641 Lenin (1973) V: pp. 161-210.

642 Ibíd., pp. 150-156.

643 Mayer (1969): p. 307; Swain (1996): p. 121.

644 Ibíd., p. 357.

645 Arno Mayer también identifica las aportaciones del comité The Inquiry compuesto por 150 académicos para asesorar al presidente en las negociaciones de paz y del laborismo británico. Vid. Mayer (1969): cap. 8 y p. 339.

646 Mayer (1969): pp. 361-363.

647 Ibíd., p. 373.

648 Service (2011): pp. 96-97.

649 Ludendorff (1920): pp. 471-473.

650 *Rada*: consejo que se establecía en la Rus de Kiev, entre los siglos IX y XIII, entre nobles y eclesiásticos.

651 Término de origen turcomano que significa «padre de la caballería».

652 Plokhy (2015): p. 206.

653 Wheeler-Bennett (1938): pp. 219-220 y Ludendorff (1920): p. 553.

654 Ibíd., p. 220.

655 Ludendorff (1920): p. 553.

656 Wheeler-Bennett (1938): p. 199.

657 La furibunda intervención del káiser se debía a la interceptación de un mensaje radiado a las tropas alemanas por los bolcheviques incitando al asesinato de los oficiales y del mismo emperador. Wheeler-Bennett (1938): pp. 221-222 y Ludendorff (1920): p. 555.

658 Wheeler-Bennett (1938): pp. 226-227 para el texto completo de la declaración.

659 Nénarokov (1987): p. 334.

660 Wheeler-Bennett (1938): p. 226.

661 Trotsky (1979): pp 397-398.

662 Mawdsley (2007): Posición 784. Lenin la llamó «Guerra de los Once Días», aunque de hecho duró dos semanas completas. Los once días fueron los que la delegación bolchevique tardó en regresar a Brest-Litovsk.

663 Wheeler-Bennett (1938): p. 252.

664 Bruce-Lockhart (2002): p. 229.

665 Swain (1996): pp. 120-121.

666 Wheeler-Bennett (1938): p. 269.

667 A partir de mediados de febrero también se cambió el antiguo calendario juliano por el gregoriano.

## CAPÍTULO 27

# LA CONTRARREVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA
## La insurgencia *eserista*, 5 de enero-7 de agosto, 1918

En marzo de 1918, cuando el Sovnarkom se vio obligado a firmar el Tratado de Brest-Litovsk, Lenin consideró que dentro de todo, a pesar de las pérdidas territoriales y económicas sufridas, se había salvado a la Revolución. Sin embargo, para entonces habían comenzado manifestarse serios problemas disfuncionales que se agravarían drásticamente con el impacto de la pérdida de Ucrania.

Tras la toma del poder, los bolcheviques se habían apresurado a resolver problemas urgentes: los decretos sobre la paz y la tierra fueron la muestra más patente de ello. En poco tiempo pasaron a manos de los campesinos más de 150 millones de hectáreas de terreno agrícola y le fueron rescindidas sus deudas[668]. Era de esperar que ese gesto y la rápida negociación del armisticio con los Centrales supondría automáticamente un enorme crédito político suplementario para los bolcheviques, que ya antes de la insurrección de octubre habían obtenido buenos resultados en las elecciones municipales. Sin embargo, la respuesta no fue la esperada, lo que condujo al nuevo poder a cometer un primer error político de calado al desbandar abruptamente la Asamblea Constituyente.

El anhelo de una Constitución había sido la gran aspiración de cualquier ruso que cuestionara la autocracia zarista y por ello las Leyes Fundamentales de 1906 no podían ser sino un pobre paliativo en tanto en cuanto estipulaban, precisamente, que el poder supremo residía en la figura del Emperador por mandato divino[669]. La Duma, por supuesto, nunca estuvo autorizada para redactar una Constitución. Por ello, tras la Revolución de Febrero de 1917, la aprobación de una verdadera Constitución democrática había sido la gran promesa y piedra angular de lo

que debería ser el nuevo Estado ruso. Sin embargo, la convocatoria para crear una Asamblea Constituyente se aplazó una y otra vez. Primero el gobierno provisional del príncipe Lvov fijó la fecha de las elecciones para el 17/30 de septiembre, y la convocatoria para el día 30 de septiembre/13 de octubre. Sin embargo, tras las Jornadas de Julio, el gobierno de Kérenski fijó una nueva fecha: elecciones para el 12/25 de noviembre y convocatoria para el 28 de noviembre/11 de diciembre. Este es el esquema general simplificado de fechas que fueron acordadas y luego adelantadas o atrasadas; pero, en cualquier caso, el vaivén era expresión de las excusas y dudas que llevaban a unos y a otros a posponer la fecha una y otra vez. La justificación más socorrida se refería a la imposibilidad de organizar unas elecciones realmente representativas mientras continuara la guerra y miles de ciudadanos-soldados combatieran y murieran en el frente. Desde el punto de las conveniencias políticas, los *kadetes* eran los más interesados en postergarlas sine die, porque temían, con razón, que las izquierdas iban a ganar ampliamente las elecciones a la Asamblea Constituyente, con lo cual las nuevas leyes no iban a ser favorables a la derecha. Sin embargo, presas de sus dogmatismos y miedos, las izquierdas, cada vez más moderadas, accedían a la estrategia dilatoria. En parte para no generar crisis de gobierno con los *kadetes* —que podrían llevar a la temida guerra civil—, pero en el caso de los *eseristas* jugaba la consideración de que controlaban ampliamente el voto agrario de manera que no importaba esperar un poco más. De otra parte, se tomaban su tiempo para resolver la cuestión agraria. También deseaban marcar distancias con los bolcheviques, quienes sí presionaban para adelantar las elecciones para la Asamblea Constituyente. Por lo tanto, tras la victoria que supuso la insurrección del 25 de octubre, el mismo Lenin no tuvo inconveniente en recordar que seguía en pie la cita para esos comicios. Así, la transferencia del poder a los soviets «aseguraría la convocatoria de la Asamblea Constituyente en su debido tiempo», el decreto de la tierra también debería ser ratificado en los trabajos de la Asamblea Constituyente, y el mismo Consejo de Comisarios del Pueblo gobernaría hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente[670].

Dado que el objetivo de Lenin era instaurar una dictadura del proletariado, no parece lógico que defendiera tan insistentemente el

mantenimiento de un objetivo político que era la pura expresión de un Estado parlamentario de corte liberal. En general, se tiende a considerar que evitaba actuar bruscamente, salvar las formas y no dar pie a una desestabilización política de gran calado que pudiera suponer una amenaza para el poder soviético (es decir, bolchevique) en plena consolidación. Que no pretendía mantener el aparato institucional heredado lo prueban los rápidos ajustes y purgas que se llevaron a cabo en los diversos ministerios donde, por cierto, los funcionarios (la mayoría todavía del viejo aparato zarista) opusieron en los primeros momentos una resistencia numantina. Por ejemplo, Moiséi Uritski, uno de los hombres de Trotski en el Comisariado Asuntos Exteriores, había sido expulsado del Departamento de Archivos del Ministerio al pedir los documentos de los tratados secretos para su publicación; y los empleados del Banco Estatal rechazaron liberar los fondos necesarios para los primeros pagos del Sovnarkom[671]. La rapidez y contundencia con la que fueron destruidas las instituciones del antiguo régimen vino acompañada de la temprana creación del primer aparato de control policial político y militar, la denominada Comisión Extraordinaria para la lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje, célebre por su apócope en ruso: *Cheká* [672]. Su inspirador y director fue el veterano revolucionario polaco Felix Dzerzhinski, a raíz de que el 6/19 de diciembre Sovnarkom le encargara la creación un organismo para atajar las huelgas y resistencias de los funcionarios en las instituciones de la administración[673].

Todo parece indicar que Lenin creía en una amplia victoria bolchevique en las elecciones a la Asamblea Constituyente, celebradas sin más dilación el 25 de noviembre/11 de diciembre, dada la enorme popularidad que habían supuesto los decretos. Sin embargo, el resultado no fue el esperado. El recuento de los comicios fue confuso, pero aunque los prolijos estudios llevados a cabo por Radkey a lo largo de años no terminaron de dar unos resultados meridianamente definitivos, queda claro que los bolchevique sólo obtuvieron un 23,5% de los votos (168 escaños), frente al 41% de los social-revolucionarios de derecha. En el cómputo inicial más detallado que existe, el del concienzudo *eserista* y técnico en estadística N. V. Sviatitski, los social-revolucionarios obtuvieron 299 escaños, los social-revolucionarios ucranianos, 22 y los social-revolucionarios de izquierda,

39; frente a ellos, los bolcheviques ganaban 168 y los mencheviques y *kadetes* tan sólo 18 y 15, respectivamente[674].

Parece evidente que Lenin había sobreestimado el apoyo a los bolcheviques en el campo, confiando en que el decreto sobre la tierra y la acelerada desmovilización de las tropas sumarían los votos suficientes para desplazar a los social-revolucionarios en el medio rural, su feudo tradicional. El resultado electoral era un cubo de agua fría y ahora no quedaba más remedio que dar marcha atrás de forma brusca y precipitada. Eso no significaba imponer un viraje ideológico en el campo bolchevique. En realidad resultaba más que evidente que el nuevo argumento puesto en circulación era el más coherente, desde el mismo 26 de octubre, con la dictadura del proletariado que se estaba imponiendo. Lo explicó Lenin claramente en sus «Tesis sobre la Asamblea Constituyente», publicadas en *Pravda* el 26 de diciembre; pero eran inherentes a la lógica del nuevo régimen. A saber: que como órgano de representación popular, de las clases trabajadoras y desfavorecidas, los soviets son más adecuados al nuevo régimen que las cámaras parlamentarias heredadas de los sistemas burgueses:

> Para el tránsito del régimen burgués al socialista, para la dictadura del proletariado, la República de los Soviets (de diputados obreros, soldados y campesinos) no es solo la forma de tipo más elevada de las instituciones democráticas (comparada con la república burguesa ordinaria, coronada por la Asamblea Constituyente), sino la única forma capaz de asegurar el tránsito menos doloroso posible al socialismo[675].

Solo que antes de las elecciones se había calculado la aplicación de una estrategia más gradualista, acorde con la nueva lógica del Estado soviético: una Asamblea Constituyente mayoritariamente bolchevique que renunciaría por sí misma a seguir existiendo y transferiría voluntariamente sus funciones a los soviets. Al no ser así, los bolcheviques se encontraron enfrentados a la creciente rebelión de los *eseristas* de derecha —tendencia ampliamente mayoritaria—, conscientes de que estaban librando su batalla final por la supervivencia de su base de masas en el campo, de su capacidad

para dar la batalla a los bolcheviques en las urnas y de la misma supervivencia del partido, precisamente cuando el hundimiento de los mencheviques y los *kadetes* los dejaban como principal e indiscutida fuerza de oposición.

Pero ya era tarde, y durante esas semanas, antes de la convocatoria de la Asamblea Constituyente se pusieron en marcha tácticas que volverían a repetirse en otros países de Europa del Este treinta años más tarde, después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los comunistas terminaron por tomar el poder desbancando en algunos casos a los adversarios populistas, como sucedió en Polonia o Bulgaria. El Sovnarkom proclamó la ley marcial, hubo detenciones de parlamentarios, el Partido Constitucional Demócrata fue prohibido; el 28 de noviembre una manifestación de *eseristas* ocupó el palacio Táuride y organizó una sesión ficticia, denunciando las prácticas bolcheviques. Como respuesta, el Sovnarkom postergó la apertura de la Asamblea Constituyente hasta principios de enero. Esto ya auguraba lo que iba a suceder, porque además lo explicó Lenin en su artículo del 26 de diciembre. Así, el Partido Socialista Revolucionario había sufrido escisiones internas poco antes de las elecciones, ya con las listas confeccionadas (los social-revolucionarios de izquierdas se habían aliado con los bolcheviques, y eso podía ser motivo para invalidar la Asamblea, puesto que «la composición de los elegidos a la Asamblea Constituyente no corresponde ni puede corresponder a la voluntad de la masa de los electores». Además, continuaba Lenin, los comicios se habían celebrado «cuando la enorme mayoría del pueblo no podía conocer todavía toda la extensión y todo el alcance de la Revolución de Octubre». El autor recordaba el delicado momento que se vivía, con peligros como la constitución de repúblicas burguesas nacionales enemigos del poder soviético (Finlandia y Ucrania con sus respectivos Parlamentos) o las maquinaciones de los *kadetes* que estaban dando lugar a la guerra civil. En consecuencia, advertía con claridad:

> Todo intento directo o indirecto de considerar la cuestión de la Asamblea Constituyente desde un punto de vista formal, legal, dentro del esquema de la democracia ordinaria burguesa y sin tener

> en cuenta la lucha de clases y la guerra civil, sería una traición a la causa proletaria, y la adopción de los puntos de vista burgueses[676].

No es de extrañar que el día 5/18 de enero, fijado para la reunión constitutiva de la Asamblea Constituyente, la ciudad en general y el palacio Táuride en particular, apareciesen fuertemente vigilados por tropas leales al gobierno, habiéndose proclamado el estado de sitio. A la vez, los partidos gubernamentales decidieron convocar el III Congreso Soviético de Soldados y Obreros y el III Congreso de Sóviets de campesinos para el 8/21 de enero. A pesar de eso, hubo manifestaciones, los soldados dispararon contra la población civil por primera vez desde febrero y se produjeron algunos muertos.

La sesión de apertura, retrasada hasta las cuatro de la tarde, fue muy tensa, con una gran masa de público hostil ocupando la sala, guardada por tropas armadas. Los debates fueron tormentosos. Tras ser derrotada su moción, los diputados bolcheviques se retiraron en torno a las dos de la madrugada, y los social-revolucionarios de izquierda lo hicieron media hora más tarde. Los *eseristas* tuvieron tiempo de aprobar una Ley de la Tierra presentada por Chernov, muy parecida al decreto sobre la tierra de los bolcheviques. Se retiraron a descansar cerca de las 5, y cuando regresaron, doce horas más tarde para continuar las sesiones, se encontraron la Asamblea clausurada por el Sovnarkom y el edificio cerrado y custodiado por las tropas.

Lenin tenía prisa por liquidar la cuestión de la Asamblea Constituyente porque ese problema interactuaba con las negociaciones en Brest-Litovsk. Los social-revolucionarios estaban en contra de firmar la paz con los Centrales y era de prever que si ello se conseguía sin que estallara la revolución internacional, como intentaba Trotski, los *eseristas* tendrían un punto de apoyo extra para colocar la palanca contra el nuevo régimen bolchevique[677]. Algo parecido terminó sucediendo, pero fue como una bomba de relojería. Por el momento, la clausura de la Asamblea Constitucional fue recibida con notable indiferencia por la gran masa de la población. En parte, la explicación se encuentra en un capítulo de la obra de Oliver H. Radkey, *Russia Goes To Polls. The Election of the All-Russian*

*Constituent Assembly* (1990) titulado: «¿Sabía el pueblo lo que estaba haciendo?»[678]. A partir de la extrema volatilidad que expresaban los resultados electorales de 1917, entre junio y noviembre, el autor llega a la conclusión de que predominaba una clara falta de conciencia política de una mayoría de los votantes urbanos. En las ciudades, esto parecía deberse, como en cualquier otra revolución, a la destrucción del centro y los partidos tradicionales, y la aparición de unos nuevos sujetos políticos que la población todavía no conocía, lo cual le llevaba a dar bandazos entre los partidos radicales.

En el agro las cosas eran diferentes: con una participación electoral muy elevada (del 70, 80 o hasta 90%) que no se veía en las ciudades (donde a veces caía hasta el 30%) la mayoría de la población escogía, por defecto, su opción más tradicional, la que sentía más cercana: el populismo agrario. Pero esto no quiere decir que tuviera una clara conciencia política, como se desprende del hecho de que votaran por un partido que les iba a dar la tierra de los señores, cosa que ya les habían otorgado los bolcheviques hacía un mes. Además, no resultaba tan difícil que el votante campesino cambiara de opinión. En muchos casos, la cercanía a ciudades o centros industriales hizo que se extendiera la influencia del voto bolchevique a las aldeas más próximas. Y sobre todo, la desmovilización trajo de vuelta a casa a miles de soldados bolchevizados que, junto con sus esposas, hicieron cambiar de opinión a sus vecinos y familiares. En base a tales considerandos, los bolcheviques podían ser relativamente optimistas de cara a las elecciones de noviembre para la Asamblea Constituyente. Pero Rusia era muy extensa y en muchas comunidades se impuso el voto de la inercia, de todos aquellos que desconfiaban de los bolcheviques —gente de la ciudad o ni siquiera rusos étnicos en muchos casos— o de los que no concebían otro partido agrarista que no fuera el Social Revolucionario. Ahora bien: una cosa era el acto de votar, y otra diferente coordinarse por toda la Rusia rural para protestar en el marco de la nueva legalidad vigente, máxime teniendo en cuenta que el propio Partido Social Revolucionario no pudo ni supo reaccionar con eficacia, a lo cual contribuyó el traslado de la capitalidad a Moscú y los cismas dentro del partido, incluyendo el de los *eseristas* ucranianos que se replegaron en la lucha política dentro de su propio país.

Además, los campesinos ya disponían de la tierra de los grandes propietarios por la que tanto habían clamado y, al fin y al cabo, la Asamblea Nacional era un concepto abstracto difícil de comprender y defender, lejano en la capital, frente a unos organismos representativos más cercanos como eran los soviets[679]. Mientras tanto, durante el Tercer Congreso de los Soviets, celebrado poco después de la clausura de la Asamblea Constituyente, se decidió aprobar la Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado, que sería la base de la Constitución Soviética de 1918.

Se dijo en muchas ocasiones que el final de la Asamblea Constituyente fue, esta vez sí, el origen de la guerra civil, por cuanto quedó demostrado que ya no era posible lidiar con los bolcheviques a partir del debate democrático y las urnas[680]. Sin embargo, no fue sino otra más de las hogueras o focos del gran incendio en que se convirtió la guerra civil rusa, un conflicto a escala eurasiática en el que se enfrentaron fuerzas diversas y no solo rojos contra blancos.

De hecho, las tensiones entre el Sovnarkom y el campo empezaron a crecer y discurrir por cauces que nada tenían que ver con la Asamblea Constituyente a lo largo de la primavera y el verano de 1918. Tras la breve luna de miel que supuso el decreto sobre la tierra, el nuevo gobierno empezó a experimentar en carne propia ya el problema estructural que se originaba en la reticencia de los campesinos a vender su grano a la ciudad a cambio de una moneda cada vez más devaluada y menos útil para acceder a los bienes manufacturados que se necesitaban urgentemente en el campo. Era el ya viejo problema de 1916, que la Revolución de Febrero no había logrado solucionar y que ahora los bolcheviques tampoco conseguían encauzar en medio de una carrera acelerada para poner las bases de su Estado soviético.

La mano dura, aunque pretendiera ser de nuevo estilo, no sirvió de gran cosa. El Comisariado para el Abastecimiento de Alimento, cuyo apócope en ruso era *Narkomprod*, había calculado, para enero y febrero de 1918, que llegarían diariamente al centro de Rusia, procedentes del sur unos 1.500 vagones con alimentos. Sin embargo, a 1 de marzo esa cifra era de solo 140. En enero sólo llegaban a Moscú y Petrogrado el 7,1% de grano calculado;

al mes siguiente era todavía el 16%[681]. Esta situación creaba, además mucho malestar entre los trabajadores de las fábricas, apoyo principal de los bolcheviques en las ciudades.

Las medidas de fuerza no dieron resultado. Se formaron destacamentos especiales para registrar trenes y camiones, se establecieron piquetes de control en las carreteras y vías férreas, se lanzaron campañas contra los especuladores. Pero no se logró evitar que los numerosos grupos de estraperlistas llevaran los alimentos a la ciudad, por su cuenta, para venderlos en el mercado libre a precios elevados. Los intentos de requisar el grano en origen tampoco dieron resultado. Los campesinos se resistían a vender a los bajos precios prefijados por el gobierno. Y no solo escondían el trigo; en más de una ocasión se enfrentaron violentamente a las partidas de requisa, hasta el punto de asesinar a sus miembros. No en vano, muchos campesinos, soldados hasta hacía poco tiempo se habían llevado consigo todo tipo de armas a la aldea.

La situación se agravó de golpe con la pérdida del granero ucraniano a partir de la invasión alemana. El estado de tensión independentista que se vivía en Ucrania y los choques armados que ya se venían produciendo desde enero hacían cada vez más difícil un abastecimiento regular desde esa rica provincia. Pero con la firma del Tratado de Brest-Litovsk, el millón de toneladas de alimentos prometido por la Rada a los Centrales no fue en dirección a Rusia. Es más: la ocupación alemana de Ucrania cortocircuitó el tráfico ferroviario ruso en dirección norte-sur, haciendo más complicado el abastecimiento de Moscú y Petrogrado. En esta última ciudad sobre todo, perdida la capitalidad y las atenciones del nuevo poder, el hambre apretaba tanto que la población se comió perros y caballos, mientras el tifus comenzó a extenderse.

En medio de esa situación, Lenin era optimista. Ya en enero había anunciado orgullosamente en el Tercer Congreso de los Soviets, que el gobierno revolucionario sobrepasaba en cinco días la duración de la Comuna de París en 1871[682]. Este arrebato de entusiasmo un tanto mágico-historicista sirve, sin embargo, para explicar por qué durante ese periodo se pusieron en marcha medidas y proyectos muchas veces impulsivos e irreales. La idea de lanzar a gran escala una campaña de intercambios

directos campo-ciudad, grano por productos manufacturados, fue recogida en un decreto del Sovnarkom publicado el 26 de marzo. El resultado, ya desde el principio, fue decepcionante. Primero, porque los bienes manufacturados no llegaban a los campesinos individualmente, sino que eran entregados a cooperativas de aldeas o asociaciones; sin embargo, esos productos tampoco aparecían porque las grandes fábricas aún no tenían capacidad para producir las cantidades necesarias; y, posiblemente, tampoco mostraban mucho entusiasmo por los precios pagados por el gobierno. En conjunto, el sistema solo cubría el 10-15% de las necesidades más urgentes de las aldeas[683]. Por lo tanto, las extensas redes de estraperlistas no dejaron de existir: muy al contrario, un experto ruso de la época calculaba que el 94% de las familias campesinas tenían al menos un miembro que se dedicaba al *meshochnichestvo* (мешочничество).

Por lo tanto, y a pesar del optimismo de Lenin, basado en sus esperanzas de que la revolución internacional estaba al caer y haría buenos todos los sacrificios y pérdidas temporales, como las que había supuesto Brest-Litovsk, avanzada la primavera y llegado el verano de 1918, en tan solo tres meses, desde marzo a agosto, los bolcheviques habían perdido simpatías, apoyos y militancia[684]. Incluso sus aliados social-revolucionarios de izquierda habían dejado el Sovnarkom en primavera.

A la par, la situación tomó un nuevo giro desfavorable con la rápida escalada de la intervención aliada en Rusia. El hecho de que los Catorce Puntos de Wilson hubieran servido para contrarrestar, más o menos, el desafío idealista del Decreto para la Paz de Lenin no implicaba que franceses y británicos no estuvieran preocupados por los planes leninistas, abiertamente publicitados, de extender la revolución por las colonias de sus imperios e incluso entre las poblaciones de las metrópolis, cansadas de la guerra. Pero sobre todo, el tratado de Brest-Litovsk era un descalabro que volatilizaba el frente ruso y liberaba las más de 90 divisiones que los alemanes aún tenían en el frente Oriental a principios de 1918, generando gran ansiedad en el campo aliado, dado que era cuestión de tiempo que toda esa masa de maniobra se trasladara al frente Occidental. La Entente estaba preocupada por mantener abierto el frente Oriental y prevenir el avance de

los alemanes hacia Siberia o la captura de los inmensos acopios de material militar aliado desembarcados en Murmansk.

La base del plan inicial de intervención —que de todas formas fue vacilante y muchas veces desordenado— partía de la necesidad de reconstruir el frente del Este contra los Centrales, una vez que el Ejército ruso, desmovilizado, no podía ya oponer resistencia y los bolcheviques se habían rendido ante los alemanes. De hecho, se temía en las cancillerías aliadas, que Berlín y Moscú podían llegar a acercarse demasiado entre sí. Que Lenin hubiera llegado a Rusia con apoyo de los alemanes, y que dinero de estos hubiera financiado la revolución, invitaba a verlos como aliados desde un principio, algo que los diplomáticos y servicios de inteligencia de la Entente llevaban tiempo creyendo a pies juntillas. Además, el acuerdo de Brest-Litovsk, con la liberación de los ejércitos alemanes en Rusia y la subsiguiente ofensiva alemana en Francia, junto con la difusión de los acuerdos secretos entre los aliados, reforzó esa visión de una casi diabólica alianza entre bolcheviques y alemanes. Por si fuera poco, también contaba, y mucho, el proyecto estratégico y político de Berlín tendente a crear y mantener un cinturón de estados clientelares en el Este. Ya en noviembre de 1916 se dio luz verde al Reino de Polonia, un estado títere de los Centrales, gobernado por un consejo de regencia al que incluso se le intentó dotar de un ejército, la *Polska Siła Zbrojna*. Estos nuevos estados nacían un tanto anémicos por su condición de colaboracionistas con los Centrales —tal como sucedía con Ucrania—; pero, en todo caso, daban la inequívoca imagen de que Alemania había ganado ya la «mitad de la Gran Guerra», es decir, la guerra en el Este.

Por lo tanto, parecía haber llegado el momento de intervenir en Rusia. Inicialmente, las maneras de hacerlo fueron dos: intentando alguna forma de golpe de Estado contra los bolcheviques mediante agentes interpuestos; y enviando tropas aliadas a los escasos puertos accesibles. Se imponía anticiparse a nuevos movimientos alemanes y aprovechar la primavera y el verano, cuando la meteorología facilitaba las operaciones en la inmensa Rusia que, por otra parte, solo era accesible por puertos lejanos o aislados: Murmansk en el norte de Carelia, no lejos del Círculo Polar Ártico; y Vladivostok, la salida de Siberia al Pacífico. La penetración por Ucrania o

Crimea era imposible debido a que los Centrales controlaban los Estrechos para el acceso al mar Negro. Por lo tanto, en mayo Murmansk fue inmediatamente ocupado por marines de la escuadra británica del norte de Rusia, allí ubicada desde el año anterior. También, en abril de 1918, los días 4 y 6, entraron por la distante «puerta trasera» de Vladivostok las primeras tropas británicas y japonesas de intervención. Y, para completar el cerco, la retirada de las fuerzas rusas de Persia fue seguida de su relevo por fuerzas británicas que, en diciembre de 1917, ya ocupaban Mashad, y a principios de 1918 estaban a las orillas del Caspio, desde donde intentaron contactar con las fuerzas cosacas de la desembocadura del Don, del Kubán y del Terek para disputar a los Centrales su control sobre Ucrania.

Sin embargo, estas iniciativas fueron inicialmente más cautas de lo que a simple vista pueda parecer. Los aliados tenían presente la petición de ayuda del gobierno bolchevique en febrero, cuando la Operación Faustschlag parecía avanzar sin freno en dirección a Petrogrado y todavía intentaban sondear hasta qué punto se podía contar con su ayuda para restablecer el frente del Este. Fue en este contexto cuando el primer ministro británico, Lloyd George, envió a Moscú al después célebre agente de inteligencia Sidney Reilly, para sondear al gobierno bolchevique sobre un eventual acuerdo conjunto de colaboración contra los alemanes, que continuaban presionando a Moscú con nuevas peticiones, como el control de la escuadra del mar Negro, que se había refugiado en Novorossyisk y Batum. Si algo obsesionaba a los británicos, era que los cuatro nuevos acorazados rusos tipo *dreadnought* de la flota del Báltico cayeran en manos germanas. Para ello incluso intentaron organizar una campaña de sabotajes coordinados por el agregado naval en la Embajada y jefe de la inteligencia naval, el capitán de navío Francis Cromie, asesinado en la legación el 31 de agosto de 1918[685].

Por otra parte, Reilly buscaba también contrarrestar el acercamiento diplomático ruso-germano que había supuesto la acreditación del embajador Alemán en Moscú, Wilhelm von Mirbach, a mediados de abril, mientras Adolf Ioffe era destinado a cubrir el mismo puesto en Berlín. La delegación diplomática alemana, que había sido bien recibida en Moscú, era la primera que aceptaba a la nueva Rusia, e incluía a un personaje de cierta influencia

en círculos bolcheviques como era Kurt Riezler, mano derecha de Mirbach, el cual había sido, ya en 1915, un colaborador de Parvus en la tarea de captar a Lenin. Posteriormente, desde Estocolmo, había jugado un papel muy destacado como enlace entre Berlín y los agentes de Lenin con vistas a la transferencia de fondos a la oposición rusa[686].

Pero la situación evolucionaba con rapidez, al entrar por entonces en escena la Legión Checoslovaca, que a partir de ese mismo mes de mayo y hasta el final del verano pasó a controlar el ferrocarril Transiberiano, acelerando el arranque de la guerra civil.

Los orígenes de esta unidad de combate se remontaban al mismo estallido de la Gran Guerra, cuando los expatriados checos y eslovacos en Rusia obtuvieron el permiso para poner en pie una unidad de combatientes voluntarios, conocida como *Cheschskaya Druzhina*[687] compuesta originariamente por 720 soldados, utilizados para servicios especiales. Posteriormente, la unidad se fue nutriendo de prisioneros de guerra y desertores de esas nacionalidades procedentes del Ejército austrohúngaro, creciendo hasta la entidad de brigada, en mayo de 1917. Como tal, la unidad participó en la ofensiva de Kérenski distinguiéndose en combate al derrotar a una fuerza superior de tropas Centrales en Zborov (Ucrania), apoyada en sus flancos por dos divisiones finlandesas[688]. El éxito fue tal que en septiembre de 1917 Kérenski ordenó que se reuniera a todos los prisioneros checos y eslovacos, de dondequiera que estuviesen en Rusia, creándose un Cuerpo de Ejército checoslovaco, con más de 40.000 hombres, y su propia caballería y artillería.

Tras la firma del tratado de Brest-Litovsk la continuidad de los checoslovacos en Rusia no respondía a ningún propósito: ni servía a su causa nacionalista ni auxiliaba los propósitos de los aliados. En consecuencia, estos últimos llegaron a un acuerdo con los bolcheviques para retirar el contingente checoslovaco y llevarlo al frente Occidental, donde ya combatían otras tropas de esa nacionalidad, formando parte del proyecto político del Consejo Nacional Checoslovaco, radicado en Londres, y presidido por Tomáš Masaryk. Este, antes de la guerra, había sido profesor en la Universidad de Praga y fundador del Partido Progresista Checo; como buen líder en el exilio se había forjado influyentes amistades,

incluyendo al mismo presidente Wilson, en defensa de su causa. De hecho, en 1917 había ido a Rusia a inspeccionar a la Legión y fue sorprendido por el golpe de Estado bolchevique, habiendo de ser evacuado por Oriente; circunstancia que le permitió recalar en Estados Unidos, donde recabó nuevos apoyos y se entrevistó con Wilson[689]. Fruto de esta gestión, Wilson acabaría autorizando el envío de 7.000 soldados, que junto con tropas francesas e inglesas previamente desembarcadas colaborarían para facilitar el tránsito de los checoslovacos hasta sus puntos de embarque: bien Murmansk y Arjangelsk, en el mar Blanco o, vía Siberia, Vladivostok, en el Pacífico.

En este proceso, en la localidad del Chelyabinsk, paso estratégico de los Urales, ocurrió un violento incidente al coincidir el tránsito de los convoyes checoslovacos, en dirección a Vladivostok, con otros de prisioneros austrohúngaros que estaban siendo repatriados desde sus lugares de reclusión en el lejano Oriente. Sus distintas percepciones sobre el futuro de la doble monarquía, junto con la prioridad que daban los bolcheviques a los trenes austriacos, degeneraron en altercados y en el linchamiento de un exprisionero que había agredido a un legionario. El soviet local zanjó el desorden deteniendo a varios soldados checoslovacos, que a su vez reaccionaron ocupando la estación y sus alrededores. Tales circunstancias, agravadas por el exceso de armamento que llevaba la Legión, contraviniendo los acuerdos con los bolcheviques, llevaron a que Trotski, el 25 de mayo, mandara detener e internar a los checoslovacos[690]. Estos, habiendo interceptado los mensajes, tomaron Chelyabinsk y, para el 6 de junio, habían ocupado otras cuatro ciudades a lo largo del Transiberiano y estaban en abierto conflicto con los bolcheviques[691]. Todo ello supuso que los cerca de sesenta trenes en los que se repatriaba la Legión quedaran detenidos a lo largo del Transiberiano; aislados y alejados de patria y aliados, los combatientes checoslovacos se juramentaron en su inquebrantable voluntad de abrirse paso para asegurarse la evacuación por Vladisvostok, constituyendo una administración paralela que les permitió controlar el Transiberiano y vivir de los territorios que atravesaban, camino de la repatriación. Pero el control alcanzado sobre una infraestructura como el ferrocarril Transiberiano,de enorme importancia estratégica y la autoridad

incontestable que ejercían sobre el control de Siberia, abrió un inesperado pasillo hacia el corazón de Rusia que permitía a los aliados ejercer una influencia hasta entonces negada por la inmensidad geográfica del Imperio[692].

Para forzar su permanencia sobre el terreno, aceptando no ser evacuados por el momento, hubo que pactar el reconocimiento de las tropas checoslovacas como beligerantes. Esto no hubiera ocurrido si la Legión Checa hubiera sido tan solo una unidad militar aislada, un contingente más o menos exótico, resto de un Ejército en desbandada. En realidad, esa unidad de voluntarios tenía sus réplicas en los Ejércitos francés e italiano, y a su vez formaban parte del proyecto político del Consejo Nacional Checoslovaco, radicado en Londres, y presidido por Masaryk. Por tanto, la Legión Checa se convirtió en peón valioso para el tablero político internacional lo cual obligó a los aliados a reconocer las aspiraciones independentistas checas y a mantenerlas. El efecto fue inmediato: hacia finales de mayo Wilson abandonó las cautelas que había mantenido hasta entonces con respecto al destino del Imperio austrohúngaro, las cuales se podían constatar en el 10º de sus Catorce Puntos. El 3 de septiembre ya aceptó, a través de un comunicado la creación de los estados soberanos de Checoslovaquia y Yugoslavia, lo que suponía, de hecho, una bomba de relojería en el corazón del Imperio austrohúngaro[693].

También lo fue en el arranque de la guerra civil rusa: fue quizá la hoguera más voraz de las que llevaron al incendio generalizado. Peor aún, el inicio de la intervención de las grandes potencias occidentales de forma indirecta, a través de fuerzas interpuestas, contribuyó a hacer más desordenada e imprevisible la marcha de la guerra, extendiéndola en todas direcciones, conforme esos actores tomaban decisiones por su cuenta y riesgo. Así, la actuación de la Legión Checa proyectó la guerra por los Urales y hacia Siberia, y si bien articuló el surgimiento de núcleos políticos y militares consistentes capaces de oponerse a los bolcheviques, terminó siendo un problema incluso para ellos y casi llevó a su propia autodestrucción.

Mientras tanto, británicos y japoneses ya habían desembarcado en Vladivostok a principios de abril de 1918, con motivo de desórdenes que

habían amenazado sus legaciones diplomáticas; dicha acción, que no había dispuesto del beneplácito de los anfitriones, generó un gran recelo y, aunque los aliados habían vuelto a reembarcar a final de mes, los bolcheviques reforzaron su presencia en Lejano Oriente. Pero en julio, con las relaciones entre aliados y bolcheviques definitivamente rotas y los «patriotas» checoslovacos en peligro de ser aniquilados entre los Urales y el lago Baikal, el presidente Wilson propuso a Japón[694] una operación conjunta para forzar la «puerta trasera» de Vladivostok, que deberían acometer al 50% con un límite de 7.000 efectivos. Los japoneses, que tenían importantes intereses en la zona, y a los que en repetidas ocasiones, sus aliados británicos, les habían planteado escenarios de intervención en las posesiones asiáticas del Imperio ruso[695], no dudaron en aceptar la oferta americana, si bien su embajador en Washington comunicó al secretario de Estado americano que «[…] su gobierno, por razones políticas, no podía ceñirse al límite de 7.000 efectivos […]». Para finales de octubre, entre Siberia y Manchuria había más de 70.000 japoneses desplegados y el general Otani Kikuzo ostentaba el mando supremo de las fuerzas aliadas en Lejano Oriente[696] .

El escenario que habían querido evitar los americanos se había materializado a una escala de pesadilla; británicos y franceses avalaron a los japoneses ante Estados Unidos espoleados por el miedo de ver a los alemanes expoliando los recursos más allá de los Urales y prolongando la guerra, al menos, un año más[697]. Además, la escalada japonesa no se había limitado a territorios del Imperio ruso, sino también a aquellos del Imperio manchú administrados desde 1900. De nuevo, la puerta de acceso había sido abierta por los británicos, que cedieron a los japoneses el patronazgo de «su» señor de la guerra, el joven capitán cosaco Grigori Semiónov que al mando de una banda de forajidos buriatos y mongoles, más cosacos, restos de su antiguo regimiento, y tras tomar la ciudad de Chitá, había asumido el control de la fracción rusa del ferrocarril del Este de la China, que para entonces constituía la ruta más rápida entre el Pacífico y la región del Baikal[698].

Las hogueras prendían aquí y allá y unían su combustión en el gran incendio. En Rusia, tras la disolución de la Asamblea Constituyente por los

bolcheviques a comienzos de 1918, el comité central de los social-revolucionarios, que habían ostentado la mayoría en dicha cámara, intentó continuar los debates en Petrogrado y Moscú, sin éxito. Finalmente, planificaron en secreto la posibilidad de reconstituir la Asamblea en algún lugar seguro. Se escogió la ciudad de Samara por su tradición *eserista* y el gran apoyo que tradicionalmente habían tenido por parte de los campesinos del Volga. Así, desde febrero, se empezó a planificar un alzamiento contra los bolcheviques, que se desató aprovechando la rebelión checoslovaca a lo largo del Transiberiano entre los Urales y la cuenca del Volga[699]. La simbiosis entre legionarios y *eseristas* fue un matrimonio de conveniencia que permitió a los primeros establecer un frente con el que proteger su retaguardia mientras su vanguardia luchaba para abrirse paso en la región del lago Baikal y a los segundos ampliar la base territorial sobre la que ejercer su autoridad como primer gobierno antibolchevique de todas las Rusias; el denominado *Komuch*, apócope de *Comité de Miembros de la Asamblea Constituyente de todas las Rusias* (Комитет Членов Всероссийского Учредительного Собрания) Desde el 8 de junio, las tropas del *Komuch* —poco menos de quinientos hombres pomposamente bautizados como Ejército Popular— con apoyo de dos batallones de legionarios, se hicieron con el control de la estratégica zona entre el Volga y los Urales, lo que incluía localidades importantes, como Stavropol, Simbirsk o Ekaterinburg, la capital de los Urales septentrionales. Paralelamente, el 6 de julio se producía también otro alzamiento social-revolucionario en la ciudad de Jaroslavl, y diez días más tarde en la misma Moscú.

Aunque los *eseristas* tuvieron un claro protagonismo en el desarrollo de la guerra civil durante el verano de 1918, el *Komuch* no lograría ni el apoyo social ni los respaldos políticos —ni siquiera de otras facciones *eseristas*— necesarios para poder aspirar a convertirse en un poder autónomo. Además, sus éxitos militares en la cuenca del Volga solo se explicaban por el decisivo apoyo de la Legión Checa y la inexistencia de un Ejército Rojo capaz de frenar a unas fuerzas muy escasas en número. Aun así, tuvo su momento de gloria: esta coalición lograría un éxito de gran resonancia que haría saltar todas las alarmas en el bando bolchevique e iniciaría una

imparable escalada en las operaciones militares de la guerra. El 7 de agosto, una fuerza, que apenas llegaba a los 2.500 efectivos, transportada en remolcadores y barcazas, capturó Kazán en el Volga; en esta ciudad, a unos 800 kilómetros de Moscú, se encontraba la porción más importante del tesoro imperial, depositado allí tras el comienzo de la Revolución como medida de seguridad.

---

668 Medvedev (1985): p. 93.

669 *Russian Fundamental Laws – 1906*; Royal Russia and Gilbert's Royal Books, 2004-2010. Consultable en red: http://www.angelfire.com/pa/ImperialRussian/royalty/russia/rfl.html.

670 Medvedev (1985): pp. 107-108.

671 Wheeler-Bennett (1938): p. 70.

672 Por Ch y K, en ruso: ЧК — *Чрезвыча́йная Компссия по Борбе с Контрреволюцпей п Саботажем*.

673 Dzerzhinski, con su salud quebradiza, era el clásico hombre limpio para los trabajos más sucios. Había ocupado un puesto importante en el CMR, destacando la modélica operación que había dirigido para tomar la central de Correos y Telégrafos el 24 de octubre. Posteriormente se encargó de la seguridad del Instituto Smolny y de la represión de la delincuencia y el bandidaje en Petrogrado. Pronto se convirtió en uno de los personajes más temidos del nuevo régimen, a bordo de su imponente Rolls Royce.

674 Radkey (1990): pp. 88 y ss. para todo el análisis comparativo pormenorizado.

675 Lenin (1961) II: pp. 274-276; vid. p. 274.

676 Ibídem.

677 Swain (1996): p. 121.

678 Radkey (1990): Capítulo 5, pp. 53-71.

679 Figes (2000): p. 575.

680 Por ejemplo: Wade (2008): pp. 283 y ss.

681 Medvedev (1985): p. 116.

682 Ibíd., p. 127.

683 Ibíd., p. 138.

684 Medvedev (1985): p. 148.

685 Kozlov (2006): pp. 151-152. Cromie era también el comandante de la escuadrilla de submarinos británicos en el Báltico.

686 Pipes (1990): p. 619.

687 *Дружйна*: destacamento, milicia, somatén.

688 Mohr (2012): posición 644.

689 Taylor (1992): p. 249.

690 Según el mismo Trotski, el motivo de paralizar el transporte de los checos y eslovacos fue el desembarco de tropas japonesas en Vladivostok, además de que el gobierno británico no había ofrecido seguridades sobre su capacidad de aportar los barcos de transporte necesarios. Vid.: Trotsky (2011): pp. 153 y 160.

691 Kinvig (2006): pp. 53-54.

692 La operación duró casi todo el verano. El 26 de mayo los checos tomaron Chelyabinsk; Penza en el 28; Simbirsk el día 30; Samara el 8 de junio; y Ufa el 23 de ese mismo mes. A finales de agosto, las unidades de la Legión llegaron hasta Vladivostok.

693 Para los aliados, la Legión Checa devino el modelo político ideal para una Checoslovaquia antibolchevique. Taylor (1992): p. 249.

694 Británicos y franceses se sumarían a la iniciativa pero con una participación mucho menor en efectivos, pronto les seguirían italianos, polacos, serbios y rumanos.

695 La primera propuesta al respecto fue en la conferencia de París de diciembre de 1917. Jabara (1976): p. 430.

696 Kinvig (2006): pp. 55-58.

697 Ibíd: p. 52.

698 Bisher (2005): pp. 26-60 para una completa biografía sobre Semenov y las circunstancias que le llevan a convertirse en un «señor de la guerra».

699 Pereira (1996): p. 67; Rupp (1997): pp. 250-251.

## CAPÍTULO 28

# PUNTO DE NO RETORNO
# La guerra civil en los frentes Este y Norte, junio a septiembre

El 1 de diciembre de 1917, los bolcheviques eran una serie de manchas irregulares rojas en la inmensidad del mapa ruso[700]. Controlaban un área de perfiles irregulares que iba desde el frente en los países bálticos y Bielorrusia hasta los Urales, en forma de doble corredor, una parte importante en Siberia central y otra en Asia Central, con epicentro en Tashkent —capital del entonces Turkestán Ruso y hoy del moderno Uzbekistán—. La progresión en el establecimiento del nuevo poder se hacía a partir de las ciudades, donde los soviets se iban haciendo cargo de la administración, y desde allí el control se extendía al campo circundante. Durante los primeros meses no surgió una oposición armada de consideración, puesto que la implosión del régimen zarista y la caída del último gobierno provisional no había originado ninguna forma de poder político militar lo suficientemente articulada y estable, para oponerse a la presión bolchevique. Por esto, hasta febrero de 1918, el poder soviético controlaba toda Rusia occidental e incluyó Rusia meridional. A través de un corredor que coincidía con la línea de ferrocarril Transiberiano, llegaba hasta las costas del Pacífico, sin que lograran detenerlo Dumas locales de grupos antibolcheviques, gobiernos cosacos o Asambleas Constituyentes de recambio. Roy Medvedev pone como ejemplo la denominada *Siboduma* o Duma siberiana, organizada por los social-revolucionarios y autonomistas locales en la ciudad de Tomsk[701], la «Atenas de Siberia», sede de la primera universidad en 1888. Sin dar tiempo a la primera reunión de ese parlamento, la Guardia Roja local la disolvió el 25 de enero/7 de febrero[702].

En la periferia de ese núcleo de poder soviético que iba creciendo expansivamente, se mantenía con más solidez el denominado Comisariado de Transcaucasia —*Zakavkom*, en manos de los mencheviques—. Establecido en noviembre de 1917, se declaró independiente de Petrogrado en tanto que no quedase constituida la Asamblea Constituyente y estableció su propio Sejm o parlamento en enero de 1918. Tenía su capital en Tiflis y agrupaba a las actuales Georgia, Armenia y Azerbaiyán. Además de ese territorio que se hurtaba al poder de Moscú, extensas áreas de la geografía rusa permanecían en manos de los cosacos, en sus respectivos asentamientos: los del Don, los del Kubán, los de Terek, los de Oremburgo, Siberia, Semyrechie, Baikal y Amur. Inicialmente, los cosacos, agotados tras cuatro años de guerra, se negaron a respaldar a sus propios atamanes en apoyo a los contrarrevolucionarios: esas comunidades poseían una administración autónoma, y una organización social que les permitía mantenerse a la expectativa, a la espera de ver cómo los trataba el nuevo régimen. Pero a la larga no podían independizarse. Aunque por su número y preparación militar, eran susceptibles de convertirse en una fuerza determinante, en caso de una guerra civil, nunca hubieran supuesto un peligro decisivo contra el poder soviético sin el amplio respaldo que le terminaron concediendo los aliados occidentales.

En realidad, sin la intervención extranjera, es decir, de los Centrales y los Aliados, la guerra civil rusa hubiera quedado reducida a una serie de conflictos localizados, controlados más temprano que tarde por el nuevo poder soviético que se afianzaba con rapidez, hacia el centro y este de Rusia. A su vez, esta circunstancia se avivó por el hecho de que el conflicto ruso estaba teniendo lugar dentro del contexto general de la Gran Guerra, a diferencia de lo que sucedería más de setenta años más tarde, en 1991, cuando se hundió el régimen soviético marcando el final de la Guerra Fría, sin que eso diera lugar a una guerra civil generalizada, más allá de la crisis constitucional de 1993.

Pero, sobre todo, la intervención internacional provocó la destrucción prematura de la pugna política en Rusia, sustituyéndola brutalmente por la confrontación militar. Aunque los bolcheviques habían demostrado una clara voluntad de marginar e incluso anular a las opciones de la oposición,

inicialmente no parecía existir voluntad de eliminarlas físicamente. Entre octubre de 1917 y mayo de 1918, y sobre todo a partir de enero, con la clausura de la Asamblea Constituyente, los bolcheviques se mostraron autoritarios e intransigentes, pero no se desencadenó una represión violenta organizada. La estrategia consistía en prohibir la actividad política de los *kadetes* y romper gradualmente la unidad de los *eseristas*, algo relativamente sencillo a medio plazo, puesto que esa era su tendencia desde febrero de 1917. Los mencheviques, por su parte, estaban prácticamente anulados como fuerza política. Y con el tiempo hubieran surgido nuevas tendencias: regionalistas, etno-religiosas (como los musulmanes), y cismas internos en el nuevo Partido Comunista de Rusia (bolchevique) PCR(b) o VKP(b), en sus siglas rusas, como pasó a denominarse el POSDR a partir de marzo de 1918.

Pero los choques militares con las fuerzas del *Komuch* respaldados por la Legión Checa, importaron los combates de la periferia al polo que articulaba la economía rusa: la intersección de la principal arteria Norte-Sur: el río Volga, con el gran eje Este-Oeste del Transiberiano; la Rusia europea, una vez perdido el grano y el carbón de Ucrania a los alemanes, quedaba desabastecida y el proyecto revolucionario devenía inviable. Con motivo de la caída de Kazán en manos del *Komuch* y los checos, el 6 de agosto, preocupó sobremanera a Trotski, por entonces comisario para Asuntos Militares: había comenzado la guerra civil de verdad. Además, la contraofensiva para recapturar esa capital iba a constituir el bautismo de fuego del nuevo *Ejército Rojo de trabajadores y campesinos*, que Lenin había encomendado al polifacético Trotski poner en pie.

Cuando los bolcheviques alcanzaron el poder en 1917, todavía había en filas 12 millones de soldados en el Ejército imperial; pero cuando, tres meses más tarde, ante la amenaza alemana de reanudar la ofensiva al corazón de Rusia se quiso constituir un ejército popular, no quedaban más que las milicias que habían participado en el derrocamiento del gobierno provisional y que, lejos de constituir una fuerza militar a considerar, disfrutaban su *dolce far niente* particular, paseando por Petrogrado o Moscú. El efecto de la paz y la desmovilización aniquilaron la capacidad

combativa del ciudadano de a pie ruso, privando a cualquier facción política de movilizar combatientes más allá de sus más coriáceos seguidores.

En esta coyuntura, no les quedó a los bolcheviques más remedio que confiar su defensa militar a unidades de *guardias rojos*, compuestas por trabajadores con afiliación política y cuya lealtad estaba supeditada a sus sindicatos o soviets locales, o los fusileros letones del general Jukums Vācietis, vinculado a los bolcheviques por una simbiosis de lealtad personal y alianza de conveniencia. Por ello, aunque los bolcheviques disponían de unos 200.000 guardias a principios de 1918, cuando quisieron articularlos en una fuerza regular —centralizada, jerarquizada y disciplinada— inmediatamente se desató la oposición de las organizaciones de base según las cuales el ejército socialista no recibía instrucciones desde arriba. «Debe crearse desde abajo, por el propio pueblo»[703]. Pero a pesar de las consignas y el espíritu revolucionario, era innegable la situación de emergencia que se vivía y la incapacidad de los *guardias rojos* para garantizar la supervivencia de los logros revolucionarios. En primer lugar, eran necesarios cuadros de mando con formación militar para encuadrar y garantizar la eficacia de las milicias bolcheviques; para ello se disponía de 8.000 antiguos oficiales del Ejército imperial, dispuestos a prestar sus servicios al estado soviético, pero los comités de soldados seguían sin querer saber nada de todo aquello relacionado con las antiguas fuerzas armadas. La solución pasó por incorporar a los exoficiales como «especialistas militares», sin rango militar y, a la vez, establecer una red de centros de formación que proveyera nuevos oficiales leales al régimen bolchevique.

La marinería tuvo especial importancia en la creación del nuevo Ejército Rojo, en absoluto restringiendo su actuación al litoral; su aportación de combatientes altamente especializados y politizados, que asumieron puestos tan sensibles como las comunicaciones radiotelegráficas o la dotación de los trenes militares —por estar armados con artillería naval— los convirtió en imprescindibles para encuadrar nuevas unidades u operar sistemas de armas técnicamente avanzados. Su labor en defensa de la revolución fue temprana; una vez que Petrogrado quedó firmemente en poder de los bolcheviques, destacamentos de marinos partieron, el 15 de noviembre, en dirección a Moscú colaborando en sumar esta ciudad a la revolución.

También fueron destacamentos de marinos del Báltico los que pusieron bajo control de los bolcheviques el cuartel general de la *Stavka* en Moguilev y la cuenca minera del Donbass, durante las primeras semanas de la revolución; la actuación de estos destacamentos alcanzó lugares tan alejados como Astraján en el Caspio y Oremburgo en el Turkestán[704].

Trotski reemplazó al órgano colegiado responsable de las fuerzas armadas en marzo de 1918, con el claro mandato de llevar a cabo una reorganización capaz de transformar una masa indisciplinada de guardias en un ejército disciplinado y eficaz. Sin mayores credenciales que sus predecesores —procedentes de la marinería (Dybenko), escala de complemento (Krylenko) o la agitación política (Osipov)—, Trotski se enfrentó al entramado de soviets de soldados revocando sus derechos primero y disolviéndolos posteriormente.

Lo cierto es que para principios del verano Trotski tenía a su disposición 30.000 hombres dispuestos a operar coordinados por un Consejo Militar Revolucionario; con ellos empezó a establecer «frentes» que le permitiesen estabilizar las líneas de contacto con el enemigo. Cuando en septiembre pasó a la ofensiva en el frente del Volga, ese número se había doblado y los bolcheviques actuaron en potentes masas de maniobra, de varios miles de combatientes, apoyados por abundante artillería y una flotilla de pequeñas cañoneras transportadas por ferrocarril desde el Báltico. En este dispositivo, la presencia de Trotski resultó ser decisiva para mantener la moral y la coherencia entre las unidades, además de imponer la necesidad de integrar las unidades a oficiales del antiguo Ejército imperial, que al poco tiempo fueron siendo sustituidos, gradualmente, por nuevos líderes militares surgidos de entre los suboficiales y aún los soldados. Del crisol que fue esa campaña surgiría el futuro mariscal Mijail Tujachevski, que con 25 años ya comandaba el 1er Ejército Rojo; o Jukums Vācietis, el comandante de la División de Fusileros Letones, que llegará a ser el primer comandante en jefe del Ejército Rojo[705].

Pero, sobre todo, Trotski no dudó en imponer una dureza inflexible en el mando, lo que él mismo denominaba el «hierro cauterizador al rojo vivo», que incluso comentaba con sombría satisfacción[706]. Esto supuso fusilamientos sumarios ante las deserciones o cobardía ante el enemigo —lo

que incluso le llegó a traer problemas al ajusticiar a un mando que era veterano bolchevique— o bombardeos inmisericordes de Kazán, con cañoneros fluviales o incluso desde el aire; en parte, estos ataques «contra los barrios burgueses» se hicieron por sugerencia de Lenin[707]. No es extraño leer que Lenin y Trotski —que por entonces se convirtieron en un tándem que trabajaba en estrecha colaboración— deseaban la guerra civil. Pero esto es arriesgado afirmarlo para el periodo anterior al comienzo real de las hostilidades. Es evidente que Lenin lo había mencionado a veces como amenaza, pero no parece tan claro que la deseara; en realidad, según su biógrafo Robert Service, ni siquiera la previó[708]. Sin embargo, no cabe duda de que una vez comenzada la guerra de verdad, Trotski y él asumieron una inflexibilidad que incluso se mostraban orgullosos de exhibir.

La lógica militar tomaba el lugar del debate político, y esto fue particularmente cierto para el bando de los contrarrevolucionarios, conocidos como los Blancos. Aquí, la intervención aliada trajo dinero, armas, instructores e incluso planes militares; pero no modelos ni proyectos políticos. En su meritoria tesis doctoral sobre el laberíntico panorama de las fuerzas clandestinas antibolcheviques, Benjamin Wells explica cómo la Unión para la Regeneración, destinada a fomentar la insurgencia, como potencial unidad de combate y con mandos militares, recibió apoyo financiero de las legaciones francesas e inglesas de Petrogrado y eso ya desde abril de 1918. Sin embargo, la red de cooperativas dominada por *eseristas* de derecha y socialistas populares no parecía recibir las mismas atenciones[709]. Suministrar armas y dinero a los grupos escogidos para derrocar al supuesto tirano de turno, sin más, fue la estrategia escogida, de inspiración colonial, que seguía aplicándose un siglo más tarde en las intervenciones de las potencias occidentales en la Posguerra Fría.

En realidad, los aliados tenían una visión muy fragmentaria sobre lo que estaba sucediendo y las ocasionales ocurrencias de tipo político podían llegar a ser esperpénticas, sobre todo si cursaban a través de la actividad de los servicios de inteligencia. En la concepción de los británicos estos seguían teniendo un trasfondo aventurero ligado al contexto en que se habían desarrollado a lo largo del siglo XIX: someter y controlar un vasto imperio. En ocasiones eso llevaba a reclutar personalidades movidas por

pulsiones románticas con preferencia sobre verdaderos expertos en las determinadas áreas o países que, por cierto, no faltaban en la academia británica. Tal fue el caso de William Somerset Maugham, el ya por entonces famoso novelista y dramaturgo, convertido para la ocasión en agente secreto con la misión, nada y más y nada menos de contrarrestar las actividades alemanas para que Rusia abandonara la guerra. El escritor llegó a Petrogrado en el otoño de 1917 y apenas tuvo tiempo de hacer nada útil antes de que los bolcheviques tomaran el poder. A partir de ese momento la denominada «misión Maugham» se centró en conseguir que se apoyara a los *eseristas* para la más que previsible eventualidad de que se produjera una caída de los «maximalistas» (los bolcheviques). El contacto inicial de Somerset Maugham fue Savinkov, cuando confiar en él resultaba a esas alturas muy poco realista. En paralelo, y apoyándose en Masarik, por entonces en Rusia, había que organizar una fuerza paneslava centrada en la Legión Checa además de voluntarios polacos y serbios, la cual, establecida en Ucrania, debería ser el núcleo en torno a la cual reorganizar el nuevo Ejército ruso para continuar la guerra contra los alemanes. Apuntándose a la confianza depositada por el maniobrero general Knox, agregado militar británico, quien tras la insurrección de octubre apostó por apoyar al general cosaco Alekséi Kaledín, abiertamente antibolchevique, Somerset Maugham subió la apuesta, al planear una alianza entre los checoslovacos y los cosacos, que ninguno de los dos grupos deseaba. Con ello, además, el agente se oponía a la estrategia del embajador Buchanan y del mismo Balfour, secretario del Foreign Office, partidarios de mantener una cauta política de confianza hacia los bolcheviques.

Al final el disparatado proyecto Somerset Maugham tuvo un desenlace inesperado cuando el comandante de las fuerzas bolcheviques ucranianas que tomaron Kiev en febrero de 1918, haciendo huir a la Rada resultó ser un general de la izquierda social-revolucionaria, Mijail Muravyov —el mismo que había batido a los cosacos de Kérenski en las alturas de Pulkovo —, que se mostró dispuesto a unir fuerzas con los checos contra los Centrales. Y en efecto durante la Operación Faustschlag, la Legión Checa y fuerzas de Muravyov intentaron acciones de retaguardia para ralentizar la progresión alemana. Por lo tanto, los contactos entre checos y *eseristas* que

terminaron en el estallido de la guerra civil en el Volga, habían comenzando en Ucrania en parte a través de Somerset Maugham[710].

Un ejemplo quizá más extravagante fue el del «as de espías» Sidney Reilly, agente mercenario al servicio del gobierno británico enviado personalmente a Rusia por el premier Lloyd George, quien tras una serie de reuniones en el Kremlin para sondear al gobierno revolucionario y unir fuerzas contra los alemanes, decidió por su cuenta y riesgo que el momento estaba maduro para derrocarlo por medio de una conspiración. Demostrando una capacidad operativa extraordinaria, Reilly organizó su propia red, se hizo con una acreditación de la Cheká, se alió con Savinkov y consiguió comprometer en sus planes a Robin Bruce Lockhart, cónsul y agente británico en Moscú, que tenía buenas relaciones con la cúpula bolchevique e inicialmente era partidario de buscar políticas conciliatorias. La conspiración de Reilly se apoyaba en algunos agentes de la Cheká que eran socialistas-revolucionarios de izquierda y estaba generosamente subvencionada con fondos de la Embajada británica —y de otras, como la francesa y la estadounidense— donaciones de hombres de negocios y conservadores rusos así como por operaciones especulativas que emprendía el mismo agente. Lo extraordinario del caso era que Reilly planeaba un golpe de Estado para derrocar a Lenin y los bolcheviques erigiéndose él mismo en nuevo dictador de Rusia al frente de un gobierno en el cual figuraban algunos miembros de su propia red y el general blanco Nikolai Yudenich[711].

La historia de Reilly, popularizada en los años treinta por Bruce Lockhart hizo las delicias del público británico por las andanzas de un aventurero que parecía salido de la pluma de Kipling, un verdadero «hombre que pudo reinar». Pero traducía también la fascinación por lo que parecía ser una generación de líderes capaces de movilizar a las masas asiáticas: Lenin, Sun Yat Sen, Gandhi poco más tarde. Estos personajes traducían el miedo al «peligro amarillo» denunciado por el káiser Guillermo II en 1895 y los fundían en el asombro ante las «revoluciones de la *Belle Époque*». En la cultura popular tuvieron su proyección más exitosa en el novelesco personaje del Dr. Fu Manchú, creado en 1913 por el escritor británico Sax Rohmer. El malvado personaje era derrotado una y otra vez en

sus intentos por gobernar el mundo por el ingenioso sir Denis Nayland Smith. Parece evidente que Sidney Reilly encarnaba también este tipo de mito, aunque a efectos prácticos sus conspiraciones en Rusia fueron más el confuso problema que la solución.

Para llevar a cabo su golpe de Estado, Reilly contaba con detener a Lenin durante una reunión del Comité Central, con ayuda de algunos mandos de los Fusileros Letones a los que había logrado sobornar. Una vez capturada la jerarquía bolchevique, Reilly los haría desfilar por las calles de Moscú, con Lenin y Trotski al frente, sin pantalones, para humillarlos sin hacer de ellos unos mártires[712]. El golpe debía coincidir con un nuevo desembarco de efectivos británicos en el puerto de Arjangelsk y con un levantamiento social-revolucionario organizado por Savinkov en la localidad de Yaroslavl, a 270 kilómetros al noreste de Moscú y a poco más de mil de Arjangelsk.

Al final, los acontecimientos resultaron ir demasiado deprisa incluso para el mismo Reilly. El 6 de julio tuvo lugar la insurrección de los social-revolucionarios de izquierda en Moscú. La firma del Tratado de Brest-Litovsk los había desencantado hasta tal punto que salieron del Sovnarkom; no contentos con ello, utilizaron sus posiciones que mantuvieron en la Cheká para asesinar al embajador alemán, Wilhelm von Mirbach (6 de julio), con la intención de generar una crisis diplomática que hiciera intervenir al Ejército alemán, desencadenando de nuevo la guerra.

En la reacción subsiguiente, cuando una fuerza leal de la Cheká acudió a disolver el comité central de los socialistas de izquierda en la sede central de su partido, resultó detenido el mismo Dzerzhinski que encabezaba la fuerza. Además, tomaron las centrales de teléfonos y telégrafos en la capital, desde donde empezaron a enviar proclamas. Al caer la noche de ese mismo día, sin embargo, la insurrección fue neutralizada gracias a la guardia pretoriana de los Fusileros Letones. Por una razón u otra, la insurrección en Moscú desencadenó la insurrección de Yaroslavl, que duró cinco días y fue reducida por las tropas bolcheviques tras intensos bombardeos de la localidad, causando 600 muertos entre la población y destruyendo unos 2.000 edificios. Pero la enérgica reacción bolchevique evitó que los alemanes tomaran represalias.

Al final, el desembarco británico en Arjangelsk en que tanto había confiado Reilly tuvo lugar el 31 de julio, pero solo puso en tierra 1.500 efectivos, totalmente insuficiente para organizar ninguna ofensiva, ni contra los alemanes, ni para tomar Moscú. Con ello, el frente Norte de la intervención aliada, la denominada operación Oso Polar, quedó bloqueada hasta el verano del año siguiente[713]. La explicación del despropósito residía en las ambiciones personales del general británico Frederick Poole, comandante del contingente en Murmansk. Era un profesional más que mediocre: en 1914 había pasado a la reserva con el modesto empleo de comandante para, cuatro años más tarde, y por obra de la guerra, devenir todo un general de división, y ello en el desempeño de puestos diplomáticos en la misión británica en Petrogrado[714]. Su falta de experiencia en el planeamiento y conducción de operaciones se manifestaría en un infundado optimismo que, para colmo de males, contagiaría a muchos en Londres.

Sobre el papel, el contingente de fuerzas que mandaba en Murmansk, compuesto por unidades de los Dominios y estadounidenses era respetable; pero en realidad se trataba de tropas de segunda categoría: convalecientes o bisoños. En esos momentos la guerra se decidía en Francia, con la ofensiva del káiser lanzando sus últimos zarpazos; por eso al escenario ártico lo que llegaba era escaso en cantidad y calidad. En tal contexto, Poole organizó un sistema de alianzas contra natura en torno a Murmansk: que respondía a los indefinidos posicionamientos diplomáticos de Londres: logró que el soviet local colaborara con sus fuerzas, y a la vez rechazó los intentos bolcheviques de retomar la zona; protegió a los bolcheviques finlandeses que se habían refugiado allí porque luchaban contra los guardias blancos de su país, apoyados por los alemanes. A partir de esa política de puerto franco, Poole concibió por su cuenta un grandioso plan de expansión por el norte de Rusia, reclutando y armando un ejército local con el que avanzar hasta contactar con los checos y así, conjuntamente, expulsar a los bolcheviques del poder. El primer paso de la campaña pasaba por ocupar el vecino puerto de Arjangelsk, en el mar Blanco, comunicado con el interior del país por ferrocarril y por vía fluvial a lo largo del Dvina. Al final, el grandioso plan quedó en agua de borrajas cuando Poole y monárquicos

rusos destituyeron al soviet *eserista* y lo desterraron a una isla del mar Blanco[715].

El hecho desencadenó una huelga general de los trabajadores del puerto y de las empresas de Arjangelsk, y la reacción de norteamericanos y franceses al aventurismo político de Poole, que amenazaron con retirar sus contingentes del Ártico si no se restituía al soviet en el poder. Esto constituía una seria amenaza, dado que el grueso de su fuerza procedía de Estados Unidos y, además, Poole no había perdido tiempo en extenderse en la ocupación de territorio en un amplio arco al sur de la ciudad. La presión logró su objetivo y a principios de octubre, Poole fue reclamado a Gran Bretaña, de donde no volvería. La aventura, que no fue sino una muestra de otras similares protagonizadas por los aliados durante toda la guerra civil, evidenciaba, una vez más, su falta de sensibilidad hacia la realidad política rusa y el obtuso convencimiento de que los complejos conflictos que se estaban produciendo allí podían ser manejados por los militares como cualquier otro de la era colonial.

En Moscú, por su parte, aún tendrían lugar nuevos sucesos inesperados que torcerían los planes de Reilly. Resultó definitivo el atentado sufrido por Lenin el 30 de agosto, atribuido a una trabajadora anarquista, Fanni Kaplán[716], que ya en 1906 había intentado un atentado contra el gobernador de Kiev. Con un pulmón y el cuello afectados por los disparos, el líder bolchevique salvó la vida, aunque el atentado afectó a su salud y posiblemente contribuyó a su fallecimiento por causas naturales, menos de cinco años más tarde.

Pocas horas antes, Moiséi Uritski, por entonces jefe de la Cheká en Petrogrado, caía abatido por las balas de otro atentado, cometido en este caso por un militante del moderado Partido Socialista Popular. La sucesión de ambos ataques convenció a Dzerzhinski de que estaban relacionados entre sí —lo que no era cierto— y el resto de la cúpula bolchevique no tuvo reparos en creerlo así. El resultado fue la implantación del denominado Terror Rojo, aplicado por la Cheká en un decreto del 5 de septiembre, que oficialmente concluyó el 15 del mes siguiente, aunque de hecho no dejó de aplicarse de forma más o menos recurrente a lo largo de toda la guerra.

Esta medida, como muchas otras de la Revolución bolchevique estuvo inspirada en la Revolución francesa; en este caso, el referente era el *Terreur* del Comité de Salvación Pública, implantado tras el asesinato de Marat en 1793[717]. En el caso bolchevique tomó la forma de detenciones masivas, y ejecuciones sin ningún tipo de juicio. Dio lugar a un nuevo sistema jurídico y penal que distinguía ente delitos de derecho común y políticos. Los organismos encargados de dirimir estas causas fueron los tribunales ordinarios, los populares y la misma Cheká, «cuyas acciones no estaban sujetas a ninguna norma jurídica de procedimiento, o limitada en su alcance por ninguna definición o restricción legal»[718]. El objetivo del Terror Rojo fue generar un efecto de temor generalizado, paralizante, con un componente preventivo. De resultas de las detenciones masivas, Reilly huyó precipitadamente de Rusia y quedaron desbaratados sus planes conspirativos. De hecho, el mismo Lockhart fue detenido, sin consideración a su estatus diplomático y se salvó al ser canjeado por el plenipotenciario soviético en Londres, Maksim Litvínov. Antes de ello, Dzerzhinski en persona organizó un tour en Moscú para Lockhart, en su Rolls Royce, para que viera con sus propios ojos los cadáveres de los anarquistas ejecutados por los grupos de acción de la Cheká[719].

El Terror Rojo coincidió con un peligroso momento de inflexión en el poder soviético, cuando se juntaron en pocas semanas la rebelión de la Legión Checa, la aparición del *Komuch*, la insurrección de los social-revolucionarios de izquierdas, el comienzo de la intervención aliada así como el descontento en el campo y la ciudad por las requisas de grano y la carencia de alimentos. De hecho, la ejecución de Nicolás II y su familia en Ekaterinograd, en la madrugada del 17 de julio (el zar, la emperatriz, los cinco hijos, el médico de la familia y tres sirvientes) prefiguraba la nueva etapa de dureza extrema en la que había entrado la Revolución bajo la presión de la guerra civil. El debate sobre si Lenin había ordenado o no la ejecución de la familia imperial es ocioso: parece que, en efecto, la orden del Comité Central había sido la de organizar un juicio en Moscú, aunque es evidente que de él no saldría vivo el depuesto zar. Sin embargo, y dado que la ofensiva de los checos y el *Komuch* amenazaba con tomar la ciudad, el

Comité Central dio plenos poderes a la Cheká local. Pocos días después, el 25, Ekaterinograd caía en manos de los Blancos.

De otra parte, si bien Lenin no dio la orden directa de asesinar al monarca, no cabe duda de que sus posiciones personales se habían endurecido mucho con el comienzo de la guerra civil y la frustración y exasperación que le causaba no poder resolver la crisis de abastecimientos agrícolas, a pesar de, según él creía, haber solucionado el problema de las tierras. Les echaba la culpa a los *kulaks* o «campesinos ricos y explotadores». En una, durante muchos años desconocida carta a los bolcheviques de la ciudad de Penza, fechada a 11 de agosto, conmina al ahorcamiento de un mínimo de cien *kulaks* y explotadores conocidos, publicando sus nombres para que «en cien kilómetros a la redonda la gente pueda ver, temblar, gritar: están ahorcando y ahorcarán a los *kulaks* explotadores». Y terminaba la misiva: «A la recepción del telegrama, puesta en práctica. Buscad gente dura de verdad»[720].

Es difícil saber cuántos muertos causó el Terror Rojo, dado que iba dirigido contra presuntos culpables, simples sospechosos o incluso rehenes tomados en las aldeas. Se puede hablar de 10.000 o 15.000 y las víctimas no parecen haber sido tanto socialistas revolucionarios o elementos de la izquierda disidente como funcionarios del antiguo régimen, empresarios, banqueros, campesinos enriquecidos —los *kulaks*— sacerdotes y monárquicos. En conjunto y teniendo en cuenta que se opuso al correspondiente Terror Blanco, una importante función de este sistema de represalias fue el de radicalizar los ánimos y marcar el nítido comienzo de la guerra civil: nada de diálogo ni de medias tintas.

Resulta evidente que el Terror Rojo adelantó también el sistema de purgas que aplicaría Stalin veinte años más tarde y por ello sirvió para que los bolcheviques aprendieran algunas lecciones sobre los peligros del poder absoluto. En algunas regiones la Cheká, literalmente, se emborrachó de poder y en Tver y Torzhok, a menos de doscientos kilómetros al noroeste de Moscú, comenzaron a liquidar a dirigentes locales bolcheviques que no eran de su agrado[721]. Estos abusos se sumaban a la resistencia frontal de la Cheká a aceptar la existencia de un organismo de inteligencia específicamente militar, como era la GRU *(Glavnoye Razvedyvatel’noye*

*Upravleniye*, Dirección General de Inteligencia), creada en el verano de 1918 en la campaña del Volga, con unidades específicas y capacidad para llevar a cabo operaciones especiales. El 10 de julio, la Cheká se hizo abruptamente con el control de la inteligencia en todo el sector del frente del Este, anulando a la GRU, que tenía menos de un mes de existencia[722]. El resultado fue desastroso, dada la incapacidad de la Cheká para organizar operaciones de inteligencia militar, y Trotski tuvo que poner todo su empeño en conseguir que Lenin accediera a restablecer la GRU.

Desde luego que la caída de Kazán en manos del Ejército Rojo, el 10 de septiembre, fue un argumento de peso. En base a las sempiternas comparaciones con la Revolución francesa, había sido la «batalla de Valmy de la Revolución rusa»; en realidad, tuvo más que ver con la futura batalla de Stalingrado, durante la Segunda Guerra Mundial. No deja de ser curioso que el régimen soviético se jugara su existencia en varias ocasiones, en sendas batallas de desgaste en el mismo río Volga, en dos ciudades a mil kilómetros de distancia la una de la otra.

---

700 Una excelente colección de mapas interactivos para seguir la compleja marcha de la guerra civil rusa puede encontrarse, en red, en las colecciones de cartografía histórica de Omniatlas: http://maps.omniatlas.com/russia/19171201/.

701 Smele (2006): pp. 18-19.

702 Medvedev (1985): p. 149.

703 Von Hagen (1990): pp. 19-25.

704 Kroviakov (1955): p. 27.

705 Lincoln (1989): pp. 190-191.

706 Ibíd, p. 189.

707 Service (2010b): p. 300.

708 Service (2010a): pp. 403-405.

709 Wells (2004): p. 54.

710 Para una detallada historia de las actividades de la Misión Maughan, vid.: Swain (1996): Capítulo 4, pp. 103-118.

711 Cook (2011): pos. 2459 a 2503.

712 Lockhart (1981): p. 101.

713 Existe una abundante bibliografía sobre los aspectos puramente militares de esta operación, al menos en su componente estadounidense, a pesar de su muy escasa influencia sobre la marcha de la guerra civil rusa. Vid., por ejemplo: Moore, Joel R.; y Mead, Harry H.; y Jahns Lewis E. (2007), consultable en red. Asimismo: Willett (2003).

714 Para este incidente en general, vid.: Kinvig (2006); para la semblanza de Poole: p. 23.

715 Ibíd.: p. 41.

716 Para un estudio clásico sobre el atentado y su supuesta perpetradora: Lyandres (1989). Se ha llegado al absurdo de afirmar que el atentado fue una farsa y los disparos fueron de fogueo. Vid.: Volkogonov (1994), posición 4596.

717 Mayer (2012), pp. 320 y ss.

718 Ibíd., p. 326.

719 Lockhart (1981): p. 109.

720 Service 2010a): p. 413. Entrada en Wikipedia: *Lenin's Hanging Order*; incluye reproducción de la carta manuscrita.

721 Suvorov (1986): p. 24.

722 Ibíd., p. 22.

CAPÍTULO 29

# COSACOS, ATAMANES, *ESERISTAS* Y BANDERAS NEGRAS

## Del *Komuch* al frente Sur, abril-noviembre de 1918

Entre los primeros compases de la intervención internacional en el mes de abril y el armisticio del 11 de noviembre, que puso fin a las operaciones militares de la Primera Guerra Mundial en el frente Occidental, el centro de gravedad de las operaciones militares de la guerra civil rusa se situó en la cuenca del Volga y los Urales. También allí y en Siberia surgieron los primeros centros de poder político de la contrarrevolución. En parte, porque era una zona alejada de Moscú y donde fue fácil barrer la aún precaria administración bolchevique; además, la Legión Checa hizo de barrera ante los posibles contraataques rojos y pronto comenzó a llegar material militar, sobre todo japonés, desde Vladivostok, vía el Transiberiano. De hecho, ese puerto, libre de hielos todo el año, había cobrado mayor influencia en toda Siberia desde 1914, por ser la principal vía de llegada de material militar y mercancías de todo tipo procedentes de los aliados de la Entente[723]. Por ende, Siberia era una realidad social aparte, en relación a la Rusia central y occidental. Allí no habían existido los grandes terratenientes, ni las relaciones casi de vasallaje por parte de *mujiks* desposeídos. La vida del colono era muy dura y la lucha por la supervivencia era lo primordial. Una vez asegurada, en el Lejano Este siberiano surgía una cultura basada en la independencia personal similar a la del Far West americano. Las cooperativas poseían una gran importancia económica y social, la penetración financiera y tecnológica americana no era desdeñable y en general se vivía una especie de «modernidad del pionero» que marcó a la inmensa región incluso durante los años de la Unión Soviética. En consecuencia, en 1917 y 1918 Siberia se convirtió en territorio

mayoritariamente afecto al socialismo-revolucionario[724], aunque la minería del extremo oriental aportaba apoyos a los bolcheviques. También en las zonas minero-industriales de los Urales sucedía lo mismo, aunque no podían contrarrestar el apoyo a los *eseristas* que aportaban los campesinos de la cuenca del Volga. Por otra parte, de las ciudades siberianas emanaba la influencia de la administración imperial a las regiones agrícolas adyacentes, que eran las más pobladas.

Todo ello quedaba reflejado en la distribución del poder político en aquellos días, configurando lo que algunos autores denominan la «contrarrevolución democrática»[725]. El *Komuch* había introducido una legalidad básicamente socialista en los territorios que controlaba, que aunque moderada ratificaba la posesión de la tierra distribuida entre los campesinos. Se mantuvieron los soviets, más como una especie de sindicatos despolitizados para la coordinación de la producción económica con el gobierno, que como órganos de poder autónomos. Por otra parte, se mantuvieron los acuerdos laborales establecidos por los bolcheviques aunque se comenzó a estudiar la futura privatización de las empresas[726].

Además del *Komuch*, que pretendía resucitar la Asamblea Constituyente, surgieron una docena de pequeños gobiernos entre el Volga y Vladivostok[727]. De ellos, también eran social-revolucionarios el soviet de Arjangelsk, el comité de Transcaspia y la Duma regional de Siberia *(Siboduma)*, con su comité ejecutivo en Omsk, una ciudad conservadora, fea y centralista. Este último órgano, cómodamente instalado a retaguardia de los frentes, amparado por el *Komuch* frente a los bolcheviques y en contacto con los aliados en Vladivostok, supuso un primer exponente de los males que aquejarían a lo que más tarde se conocería con el nombre genérico de «los blancos» y que sería causa de su derrota final.

La Duma siberiana se había constituido a finales de enero de 1918 en la universitaria ciudad de Tomsk —todavía bajo control bolchevique— como el órgano autónomo de una futura federación rusa, cuya representación legítima emanase de la Asamblea Constituyente. Estas pretensiones llevaron a que la Duma fuera prontamente disuelta por los bolcheviques, hecho que produjo el fraccionamiento de sus miembros entre los que buscaron refugio con los aliados en Vladivostok y los que optaron por

continuar su labor en la clandestinidad, en el comisariado para Siberia Occidental. En mayo —al igual que el *Komuch*— los siberianos aprovecharon el levantamiento de los legionarios checoslovacos para expulsar a los bolcheviques y reunir, en base al comisariado, un gobierno regional de Siberia en Tomsk, que se atribuyó la autoridad sobre todos los territorios siberianos entre los Urales y el lago Baikal, excluyendo a los delegados que habían huido a Vladivostok e ignorando la autoridad que reclamaba el *Komuch* como heredero de la Asamblea Constituyente.

Aunque el comisariado estaba mayoritariamente en manos de los social-revolucionarios, partidarios de mantener las conquistas sociales logradas tras la revolución de febrero y el poder de los soviets, o *narodovlastie* (poder popular), eran conscientes del escaso apoyo que podían obtener de los grandes sectores productivos de la población de Siberia que, por su carácter burgués, habían quedado excluidos de representación en los soviets. Tanto comerciantes, como industriales eran partidarios de un mandato gubernamental, o *gosudarvennost* (poder estatal), frente a la anarquía que percibían en los soviets; en el caso de los campesinos, el recelo hacia el socialismo y sus propuestas de colectivización agraria se tornaba en abierta hostilidad. Por ello, para lograr el consenso necesario en la gobernabilidad de Siberia, los *eseristas* reprodujeron la bicefalia de la Revolución de Febrero, constituyendo, el 30 de junio en Omsk, un Gobierno Provisional de Siberia, en el que dieron acceso a facciones conservadoras y que asumiría el concepto de *gosudarvennost;* paralelamente, se reunía en Tomsk la Duma Siberiana, con mayoría social revolucionaria y que seguía derivando su autoridad de los soviets y el concepto de *narodovlastie*[728].

No obstante, la burguesía seguía recelando del origen socialista de las instituciones siberianas por lo que ante la ausencia de estructuras políticas autóctonas, buscó amparo en cuadros *kadetes* que habían encontrado refugio en Siberia tras la revolución de Octubre. Este partido, que había renunciado a participar en ningún órgano electivo, tras el acceso al poder de los bolcheviques, y que no reconocía a la Duma Siberiana, encontró en la oferta de la burguesía el nicho político que necesitaba para avanzar su

propio programa político que, a estas alturas de la revolución, abogaba por la instauración de una dictadura personalista.

Pero si la aproximación hacia la derecha de los *eseristas* no les había aportado apoyos leales, las políticas de apaciguamiento, que se emplearon en el marco de la *gosudarvennost*, revirtieron muchos de los logros sociales desde 1917 y alienaron a los trabajadores siberianos, que durante el verano pusieron en marcha una campaña de paros y huelgas que culminaría en octubre con una huelga general que debió ser sofocada manu militari. Esta deriva conservadora también dificultó la aproximación entre siberianos y el *Komuch*, al permanecer este último leal al concepto de *narodovlastie*. Sin embargo, presionado militarmente por los bolcheviques, el *Komuch*, desde Samara, buscaba ansiosamente un acercamiento a los siberianos, que si bien no pretendía ser escrupuloso en la orientación política, sí exigía que se lograra en el marco de la asamblea constituyente.

El recelo de la burguesía siberiana hacia el más radical *Komuch* y la tranquilidad que les proporcionaba su posición resguardada del frente, llevaron a que el gobierno provisional respondiera con evasivas a los de Samara. Es más: el gobierno de Omsk retenía las tropas que controlaba —el nuevo Ejército siberiano— y no las enviaba a combatir con el *Komuch* a los Urales o el Volga. Por si fuera poco, entre ambos centros de poder se estableció una competencia por el control de la oficialidad, que tendió a ganar Omsk.

Finalmente tendrían que ser los legionarios checoslovacos, políticamente más afines a los *eseristas* y frustrados por la pasividad siberiana, quienes forzaron los contactos entre ambos gobiernos, que se iniciaron en Chelyabinsk a mediados de julio. Los dos primeros encuentros en la citada localidad fueron esperpénticos y emblemáticos del mal que aquejaría a los blancos: las delegaciones no abandonaron los vagones en los que habían acudido hasta Chelyabinsk y el encuentro se limitó a un intercambio de notas entre los trenes.

A principios de septiembre la coyuntura militar se había vuelto muy desfavorable para el *Komuch*, la potente contraofensiva del nuevo Ejército Rojo pronto recapturó Kazan —el 10 de septiembre— desbordando hasta a los disciplinados legionarios y empezó a hacer progresos en dirección a

Samara, sede de la Asamblea Constituyente, que acabaría cayendo el 7 de octubre. Esta vez fueron los aliados los que forzaron una nueva reunión entre el gobierno siberiano y el *Komuch;* reunidos en Ufa, a principios de septiembre[729], los de Samara, en plena descomposición se vieron obligados a aceptar las condiciones de unos todavía intransigentes siberianos y sancionaron el establecimiento de un Directorio de 10 miembros —de los que solo 3 fueron *eseristas*— que ostentase el poder ejecutivo en toda Rusia mientras la Asamblea Constituyente no fuera capaz de reunirse con un *quorum* mínimo (170 diputados antes de febrero de 1919)[730]. Ante el cariz involucionista que se presentaba con la instauración del nuevo Directorio, una delegación de diputados *eseristas* de la Duma siberiana acudió a Omsk a pedir responsabilidades al gobierno regional, obteniendo por toda respuesta su detención y un decreto ordenando la disolución de la cámara regional. A pesar que desde Tomsk el representante checoslovaco ante la Duma envió un destacamento para liberar a los diputados, y que el propio directorio también abogó en su favor, los social-revolucionarios quedaron privados de cualquier palanca política y fueron relegados a asistir resignados al acto final de la democracia en Rusia.

Al sur del núcleo central Rojo, en Rusia central y septentrional, la contrarrevolución apenas logró organizarse antes del otoño. En buena medida porque no podía recibir apoyo de la intervención occidental, dado que el mar Negro era, por entonces, un lago controlado por los Centrales.

Tras su liberación de Byjov por el general Dujonin antes de ser depuesto y asesinado, Kornilov y los mandos militares internados tras la intentona golpista de agosto del año anterior escaparon hacia el territorio cosaco del Don, no sin antes llevar a cabo extensos contactos con magnates de la banca para la financiación de su proyectado ejército de voluntarios[731]. Allí les esperaban los generales Alekséyev y Kaledín; este último, ya como atamán de los cosacos del Don (desde junio), había hecho suyas las posiciones de Kornilov durante la Conferencia Estatal de Moscú. Este era un personaje complicado, tanto en lo personal como en lo político. Se había enfrentado a Kérenski, que no pudo hacer nada contra él porque la asamblea cosaca del Don cerró filas en torno a él. Por un lado, empezó a postularse como líder de un amplio autonomismo cosaco, impulsando una confederación de

huestes. Por otro, tras su ruptura con Kérenski, ofreció el próspero territorio del Don, con cuatro millones de habitantes, a los activistas de la oposición perseguidos en la capital y el 25 de octubre (7 de noviembre) declaró la independencia de los territorios del Don hasta que se restableciera «el gobierno legítimo» de Rusia.

La oferta tenía que ver, en parte, con la generosa financiación de las potencias intervencionistas. Crear un enclave cosaco como plataforma de contraataque contra los bolcheviques y para la reconstrucción del Ejército ruso era la opción por la que había optado el general Knox desde la victoria bolchevique de octubre, en contra del embajador Buchanan, por ejemplo. En consecuencia, el National City Bank de Nueva York transfirió a Kaledín medio millón de dólares de la época, procedentes de los activos depositados por el gobierno imperial ruso en el exterior. El Alto Mando británico prometió todo el dinero que fuera necesario, aunque siempre que el receptor continuara la lucha. Es interesante considerar que era una apuesta por Kaledín, como líder cosaco, y no por el Ejército Voluntario[732].

La puja se basaba en una no desdeñable posición de fuerza: desde septiembre, ante el temor de una descomposición masiva del frente, las unidades de cosacos habían sido retiradas de primera línea y situadas en los principales nudos ferroviarios, junto con algunas unidades de choque de las creadas para la ofensiva de Kérenski; su misión debía ser actuar de manera contundente contra las unidades que abandonaran el frente, para evitar su colapso, e incluso actuar contra una penetración enemiga en profundidad[733]. Supuestamente, su despliegue hacía a los cosacos dueños de una considerable extensión del territorio ruso europeo. Además, sobre el papel eran una fuerza formidable: en el otoño de 1917 aportaban al Ejército ruso 162 regimientos de caballería, 171 *sotnias* (escuadrones de caballería) autónomas y 24 batallones de infantería; eso sumaba un total de 450.000 hombres[734].

Estos mismos planes atrajeron a la capital del Don, Novocherkask, a una muestra variada de políticos e intelectuales del ya antiguo régimen, entre ellos Piotr Struve —que aún habría de ahondar en su transfuguismo hacia la causa blanca—, Pável Milyukov, el desesperado Boris Savinkov, el exministro Vladimir Lvov, y otros irreductibles y nostálgicos que creyeron

en el sueño de que los cosacos eran la reserva espiritual de la Rusia eterna y les ayudarían a recuperar un mundo ya perdido, encabezados por el general Kornilov, el presunto redentor traicionado por Kérenski. Figes insiste en esta motivación romántica[735], pero omite recordar que el mito se fraguó en las cancillerías aliadas, en las promesas incumplidas de los magnates de la banca rusa o en la imaginación de Somerset Maugham y que finalmente fue engrasado con generosidad con divisas occidentales.

Kaledín contaba sobre todo con los oficiales del antiguo Ejército, y especialmente con los generales Alekséyev, el antiguo comandante en jefe de la *Stavka* en los últimos tiempos del zar y durante el gobierno provisional, y el carismático general Kornilov. Además, el primero era el centro de un sindicato de oficiales creado en mayo de 1917 por la *Stavka* para tratar de paliar los efectos de la orden nº1[736]; los generales Alekséyev y Denikin, jefe del grupo de ejércitos occidental, promovieron la constitución del sindicato, si bien luego se mantuvieron en segundo plano ostentando ambos cargos honoríficos. Desde un principio, este órgano propugnó el restablecimiento de la jerarquía militar sin ningún tipo de interferencia y se movilizó para despolitizar el cuerpo de oficiales, llegando a establecer «tribunales de honor» cuyas decisiones no estaban sancionadas por el ejecutivo, pero sí eran publicitadas por la prensa del sindicato para escarnio de los afectados[737].

Tras el fracaso de la ofensiva de Kérenski y el ascenso de Kornilov al puesto de jefe supremo, el sindicato endureció sus exigencias solicitando la de restitución de la competencia sancionadora al cuerpo de oficiales, incluyendo la de condenar a muerte. Esta deriva acentuó el carácter reaccionario del sindicato y le llevó tanto a entrar en colisión con el ejecutivo de Kérenski como a debilitar los apoyos que había logrado tanto entre el partido *kadet* como con la Unión de Comercio e Industria que venía financiando sus actividades[738]. Esta deriva y su proximidad a Kornilov, le hicieron pagar un duro precio en detenciones tras el *putsch* de septiembre; sin embargo el sindicato, aunque debilitado, continuó activo hasta la subida al poder de los bolcheviques.

Viviendo muchas aventuras y sobresaltos que pasarán a formar parte de las hagiografías de los exiliados blancos[739], Alekséyev, con su propio

séquito, llegó de incógnito a Novocherkassk, el 2/15 de noviembre de 1917[740], haciendo ese mismo día su llamamiento «Salvad a la patria», que consiguió atraer a muy pocos oficiales que, por otra parte, debían mantenerse de incógnito[741]. El 22 de noviembre/5 de diciembre llegó el general Denikin a Novocherkassk y el 6/19 de diciembre Kornilov se incorporaba también al grupo de militares rebeldes. Kaledín contaba con el apoyo de algunos de los mandos más activos del Ejército ruso, pero esto seguía sin ser suficiente para reforzar su posición política. Sin embargo, las expectativas pronto se desvanecieron dado que las relaciones personales entre el muy envejecido Alekséyev, y Kornilov eran malas y la desunión llevó a un divorcio de facto. Por último, en Rostov, ciudad capturada por los bolcheviques, se proclamó el 26 de noviembre/9 de diciembre la República Soviética de Don. Este alzamiento se correspondía con el decreto del Sovnarkom según el cual las tierras tradicionales de los cosacos pasaban a ser administradas por el Estado, dando lugar a una verdadera guerra civil en el Don en la que se confundían motivos sociales con nacionalistas. En esa confusa situación, Kaledín debió pedir ayuda a Alekséyev, quien le cedió toda su fuerza de 600 oficiales, para retomar la ciudad; un combate de seis días que fue catalogado por Kenez o Figes como el comienzo de la guerra civil o su primera gran batalla, otro nuevo intento de marcar un inicio claro que realmente no existió[742].

En cualquier caso, los recién llegados se habían convertido en una fuerza decisiva, que por entonces pasó a denominarse oficialmente Ejército de Voluntarios. Sobre esa base se intentó un primer aparato político-administrativo, y el 18 (31) de diciembre se creó un triunvirato: Alekséyev se ocuparía de las finanzas y las relaciones internacionales; Kornilov controlaría el Ejército de Voluntarios y las cuestiones de Defensa; y Kaledín continuaría con sus funciones de gobernador del Don[743].

Sin embargo, por debajo de Kaledín, el Krug o asamblea cosaca no veía clara esa implicación del territorio del Don en la política estatal. Era evidente que lo convertía en objetivo preferente del nuevo régimen bolchevique; y aparte de ser una peligrosa amenaza, eso resultaba altamente incómodo para los cosacos, históricamente, muy pragmáticos. Su supervivencia como soldados-colonos en las fronteras dependía del apoyo

financiero y legal del poder central, sea cual fuere. Esa presión hizo que el mismo Kaledín invitara a algunos refugiados a abandonar el Don mientras que el nuevo gobierno bolchevique contradecía la política tradicional del Estado y pretendía hacerse con las propiedades cosacas.

Esto hizo estallar profundas contradicciones que surgían de las complejas dicotomías y fidelidades en la sociedad cosaca, magistralmente desarrolladas por Mijail Solojov en su célebre novela-río, *El Don apacible* (1928, 1932, 1940). La brecha principal era la existente entre los ricos pobladores cosacos del sur, propietarios de la mayoría de las tierras, frente a la población inmigrante o *inogorodnye* (rusa) que sobrevivía explotando parcelas muy pequeñas en el norte o los propietarios cosacos: a pesar de que eran la mitad de la población del Don, solo disponían de una décima parte de la tierra. Junto a ellos, los mineros o trabajadores de las fábricas en Rostov apoyaban al Comité Militar Revolucionario probolchevique[744]. Los grandes propietarios del sur eran más conservadores y rechazaban de plano la extensión de la reforma agraria y la distribución de sus tierras, sobre todo entre los campesinos rusos. Y no solo se trataba de diferencias de clases: entre cosacos e *inogorodnye* existían también antipatías que hoy denominaríamos étnico-nacionales. Además, había que contar con la predisposición de los cosacos que regresaban del frente, más proclives a los bolcheviques que los habían devuelto a casa y opuestos a reiniciar la guerra contra los alemanes.

Cuando, en diciembre de 1917, poderosas fuerzas bolcheviques comandadas por Vladimir Antonov-Ovseenko —el mismo revolucionario que había tomado el Palacio de Invierno en octubre— comenzaron a avanzar hacia el Don a lo largo de la línea férrea Voronezh-Novocherkassk, con una superioridad de tres a uno con respecto a las fuerzas cosacas, a la vez que unidades navales de la flota del mar Negro bloqueaban los puertos de la región; el triunvirato supo que no tenían posibilidades de resistir, y menos con las divisiones internas que arrostraban, potenciadas, si cabe, por los agentes cosacos de los bolcheviques. Kaledín, que había sido reelegido atamán en ese mismo diciembre, no tardó en percatarse de que ostentaba una autoridad vacía de poder[745]. El 29 de enero/11 de febrero, con las tropas bolcheviques invadiendo el Don, dimitió de sus cargos y se suicidó.

Dos semanas más tarde caían Rostov y Novocherkassk, y el Ejército Voluntario escapaba hacia el sur.

Por entonces, esa fuerza contaba con unos 4.000 hombres escasos, efectivos que en realidad correspondían a un regimiento de infantería en tiempos de guerra. Los dos «regimientos» principales de esa fuerza (unos 800 hombres cada uno) estaban compuestos por oficiales que luchaban como soldados rasos, a los que se unían un batallón de *junkers* y jóvenes estudiantes de colegios militares, y un regimiento de infantería cosaca. Esta pequeña fuerza inició un periplo exaltado por las crónicas blancas como la «Travesía del Hielo» por las duras condiciones meteorológicas sufridas en su periplo hacia la capital de los cosacos del Kubán, Yekaterinodar (hoy Krasnodar) distante unos cuatrocientos kilómetros. Una vez allí, a finales de marzo, resultó que la ciudad había caído en manos de los bolcheviques y la defendían con fuerzas importantes. Kornilov se empecinó en asaltarla, a pesar de la inferioridad numérica y de armamento, lo cual a buen seguro hubiera resultado suicida. Sin embargo, el 31 de marzo murió víctima del impacto fortuito de una granada contra su puesto de mando; un incidente hasta hoy, poco aclarado. El Ejército Voluntario pasó a ser comandado por el general Denikin, y este decidió anular el asalto a Yekaterinodar, salvando al Ejército Voluntario de una destrucción casi segura. Kornilov había vuelto a meter a sus fuerzas en un callejón sin salida, pero esta vez fue la última.

A partir de entonces, el general Denikin optó por apoyarse en la Rada del Kubán, antibolchevique. A cambio hubo de transigir con sus veleidades independentistas y sus proyectos de unión federal con el Estado colaboracionista ucraniano y con la República Democrática de Georgia. Pero sobrevivió frente a la apabullante superioridad bolchevique en hombres y hasta creció en número su contingente, ocupando parte del Kubán. Eran tiempos de funambulismo político.

Mientras tanto a finales de abril los cosacos del Don se alzaron contra los bolcheviques, y en mayo, elegieron su nuevo atamán en la persona del general Piotr Krasnov, el mismo que había ayudado a Kérenski en el infructuoso intento de tomar Petrogrado, en octubre del año anterior. Había negociado con las nuevas autoridades bolcheviques su libertad a cambio de abstenerse de actividades en contra del poder soviético. Pero en mayo

incumplió su promesa y con apoyo alemán (cambiando armas por trigo) rearmó a los cosacos; además, en una fase inicial, contó con la colaboración de tropas rusas blancas procedentes del desaparecido frente rumano —la división del coronel Mijail Drozdovsky— que el 25 de abril habían capturado Rostov. Esto le permitió expulsar a los bolcheviques del Don en una campaña que duró hasta junio, planteada como una guerra de liberación nacional cosaca, llevando esa aspiración hasta el punto de cometer actos de limpieza étnica contra los pobladores rusos de sus enclaves. Al parecer, cuando planificó la campaña, el 28 de mayo, Krasnov no sabía de la insurrección de la Legión Checa[746]; en todo caso, su intencionalidad no era exactamente estratégica: era un nacionalista cosaco convencido y soñaba con crear un nuevo Don extendido que incluyera Tsaritsyn (años después: Stalingrado, y hoy Volgogrado). Denikin, para quien unir fuerzas con los terroristas social-revolucionarios del *Komuch* era anatema[747], autorizó no obstante al general Serguéi Markov, que en mayo había reconquistado Novocherkassk para el Ejército Voluntario, a tomar parte en la ofensiva de Krasnov hacia el Volga; pero apenas iniciada, Markov falleció mientras dirigía las operaciones desde vanguardia y Denikin canceló su participación y volcó sus esfuerzos en afianzar el control del Kubán.

Por su parte, el avance de Krasnov no comenzó con mal pie y en un momento dado Tsaritsyn se encontró amenazada, no solo por el avance de los cosacos del Don, sino también de los de Oremburgo (de los Urales) bajo el atamán Aleksandr Dútov, que se había aliado con el *Komuch*. Para los bolcheviques la defensa de Tsaritsyn tenía significancia vital: el eje Astraján-Tsaritsyn era básico para evitar el desabastecimiento de los grandes núcleos urbanos del noroeste de Rusia, que no eran autosuficientes, ni desde el punto de vista alimenticio ni desde el energético, dado que al estar Ucrania ocupada por los centrales, Moscú y Petrogrado necesitaban del grano y del petróleo del Cáucaso. Estos recursos confluían en Astraján y fluían por el Volga hasta Tsaritsyn, desde donde llegaban al corazón de Rusia por vía férrea. En mayo Lenin encargó la defensa de las regiones sur y caucásica a Iósif Stalin, quien además estaría auxiliado por otros primeros espadas de la Revolución: Grigori Ordzhonikidze en los frentes del Kubán y el Terek; Serguéi Kírov en Astraján y Kliment Voroshilov en la propia

Tsaritsyn[748]. Precisamente en este frente iba a estallar la animadversión entre Trotski y Stalin[749]. De resultas de la organización del frente a partir del denominado Distrito Militar del Norte del Cáucaso, la defensa de la ciudad fue lo suficientemente eficaz como para resistir varios cercos cosacos: en julio, octubre, diciembre y enero del año siguiente, garantizando la continuidad de los suministros y evitando la unión de fuerzas entre los blancos del Sur y los del Este[750], además de prevenir una comunicación con el Caspio, desde donde los británicos estaban en condiciones de prestar un limitado apoyo. Los reproches por no haber ayudado a Krasnov en la empresa acompañaron a Denikin el resto de sus días.

En suma, el periodo de la épica heroica del Ejército Voluntario fue un mero relato de gestas que escondía la inexistencia de la más mínima propuesta política. Una parte de los oficiales eran monárquicos, aunque cada vez más se veían obligados a postergar esa idea; la otra estaba integrada por republicanos. Pero más allá de eso, sobre el terreno, eran unos fugitivos que se comportaron como si fueran un puñado de oficiales castigando a campesinos insurrectos en aquel campo de 1906. La Marcha de Hielo también dejó un reguero de sangre tras de sí, ejecuciones sumarias de civiles y supuestos traidores que a la larga sirvió para atraer a más oficiales amargados y desubicados de otras partes de Rusia, pero no un núcleo político con propuestas mínimamente coherentes. Por no ser, ni siquiera llegaron a definirse como prefascistas, incluyendo en ello ultranacionalismo pero también movilización social. Eso hubiera comportado introducir algo que sonara a «social», y el socialismo-nacional era un concepto demasiado atrevido para ellos. Denikin dejó escapar la oportunidad de tomar Tsaritsyn y enlazar con el gran núcleo blanco del Este siberiano porque despreciaba las motivaciones nacionalistas de Krasnov y ni siquiera intentó controlarlas e instrumentalizarlas. Y antes de ello, Kornilov y Alekséyev se peleaban continuamente porque el uno creía ser un líder político con capacidades militares, mientras el otro deseaba dejar muy claro que aquella aventura era la de unos militares patriotas, puros y duros, liderados por un militar capaz y disciplinado (él mismo). Eso fue todo lo que dio de sí el Ejército de Voluntarios en el momento más político de la

guerra civil, que llegó hasta noviembre de 1918 y en el que hasta los actores más secundarios tenían su propio proyecto: la autonomía de los cosacos del Don con delirios de grandeza nacional, la del Kubán jugando a la diplomacia transversal; y más al oeste, las frustradas opciones consecutivas del nacionalismo ucraniano y la inesperada utopía anarquista que fue la *majnovschina*.

En efecto, los nacionalistas ucranianos tardaron muy poco en despertar del sueño de la independencia protegida pactada el 9 de febrero. Los Centrales necesitaban los envíos diarios procedentes del «granero de Europa», de forma inexcusable. Inicialmente, la misma Rada ucraniana se ocupó de la requisa. Cuando los campesinos comenzaron a resistirse —y fue bien pronto— los mismos alemanes se hicieron cargo de la tarea, actuando indiscriminadamente, con el medio de millón de soldados destinados a Ucrania. Además, las tierras intencionadamente sin sembrar fueron devueltas a sus antiguos propietarios terratenientes. Como resultado, proliferaron los levantamientos campesinos y las guerrillas, atizados por los *eseristas* de izquierdas y apoyados desde Moscú.

Los alemanes tenían suficiente con el control de las ciudades y las vías de comunicación, pero para las clases altas ucranianas había estallado de nuevo la guerra social —otra hoguera del gran incendio de la guerra civil— y la Liga de Terratenientes buscó los canales para negociar con los alemanes una solución política. Su candidato era el teniente general Pavlo Skoropadski, él mismo un gran terrateniente, que había desaparecido temporalmente de la vida política y militar por desacuerdos con la Rada, de la que discrepaba por sus tendencias socialistas y la cual lo tenía a él por un hombre de los monárquicos rusos. De esa forma, Skoropadski se convirtió en un leal colaboracionista, lo que durante la Segunda Guerra Mundial se denominaría un «Quisling». El 26 de abril negoció el golpe de Estado con el general Wilhelm Groener[751], jefe de Estado Mayor del grupo de ejércitos alemanes destinados a Ucrania, y enviado especial de Ludendorff. El acuerdo supuso convertir a Ucrania en un protectorado, previa disolución de la Rada. De esa forma, tres días más tarde tuvo lugar el golpe, que se produjo por aclamación en el Congreso de la Liga de Terratenientes, en Kiev, cuyos 6.500 delegados proclamaron a Skoropadski como *Hetman* o

caudillo[752]. Ese título era usual en la *Rzeczpospolita* o República de las dos Naciones polaco-lituana (siglos XV al XVIII) de la cual había formado parte Ucrania. La República Popular Ucraniana quedó abolida y el nuevo régimen pasó a ser denominado el Hetmanato, que duraría menos de ocho meses.

El nuevo régimen era un desconcertante híbrido, con rasgos monárquicos, republicanos y dictatoriales. La propiedad privada era garantizada, quedando anulada la nacionalización de las grandes explotaciones agrícolas. Los cosacos —como propietarios agrícolas «armados»— quedaron constituidos como una categoría específica de la ciudadanía, que además sería pilar del régimen; algo que recordaba un tanto al somatén que introduciría en España Primo de Rivera cinco años después. No es de extrañar que ya en 1918 la propuesta encendiera la imaginación y las ambiciones de los vecinos cosacos del Don y el Kubán. Por último, el Hetman tendría amplias prerrogativas como dictador, especialmente en lo relativo a la promulgación de leyes y árbitro supremo en lo relativo a las cuestiones y conflictos relacionados con la propiedad de la tierra[753]. En consecuencia, se había materializado en Ucrania el miedo de los liberales y nacionalistas rusos en 1916, o el de los bolcheviques en 1917: los invasores alemanes ayudando a la burguesía reaccionaria a restablecer el orden, en detrimento de las fuerzas aperturistas o revolucionarias. Por otra parte, siendo un títere de los Centrales, y asumiendo por tanto una postura de no beligerancia con Moscú, Skoropadski mantenía simpatías hacia los blancos, con los cuales mantuvo a su vez una actitud de no agresión, que lo convirtieron en agente del doble juego de Berlín[754].

Pero Alemania no solo necesitaba a Ucrania como proveedora de trigo y alimentos, sino también como plataforma de su política expansionista hacia el Cáucaso, donde había petróleo y podía establecerse, apoyando la independencia de Georgia, en una posición de ventaja geoestratégica con respecto a Persia e incluso sus ambiciosos aliados otomanos. Faltaban pocos meses para que los Centrales perdieran la Primera Guerra Mundial, pero durante la primavera de 1918 aún parecía que Alemania podría ganarla con su gran ofensiva contra París. De ahí que en mayo proclamaran a Georgia protectorado alemán y enviaran fuerzas de desembarco procedentes

de Crimea. A través del control de los Países Bálticos, Polonia, Ucrania y Georgia, los alemanes estaban construyendo un gran corredor Báltico-mar Negro y a la vez hinterland o cinturón defensivo que pocos años después intentarían reeditar los nacionalistas polacos bajo el nombre de *Intermarium* (*Międzymorze)* y volvería a proponerse menos de un siglo más tarde, tras el hundimiento de la Unión Soviética[755].

Para mayor variedad y contraste, en pleno corazón del hetmanato ucraniano se mantenía en pie de guerra la república anarquista liderada por un enérgico campesino ucraniano de corta estatura: Néstor Majnó. Hombre de origen campesino, muy humilde, había comenzado su andadura, plenamente concienciado como anarquista en la cárcel por el histórico del movimiento, Piotr Arshinov. Condenado por terrorismo en 1908, fue liberado el 2 de marzo de 1917, cuando la Revolución de Febrero amnistió a todos los presos políticos. A finales de mes se hallaba de nuevo en su pueblo natal de Guliaipóle (al este del Dniéper y a 120 kilómetros de Zaporiyia[756]) donde su familia había trabajado en régimen de servidumbre, reorganizando su grupo anarquista para volver a la actividad, decidido a llevar a cabo su programa en contra incluso del gobierno provisional. Tras la sublevación de julio en Petrogrado, Majnó se declaró en abierta rebeldía y en apoyo de los alzados; para esas fechas ya había concluido satisfactoriamente varias huelgas, tejiendo una eficaz red organizativa muy superior a la que disponía cualquiera de sus contrincantes; lo que le permitió imponer sus condiciones a empresarios y terratenientes, independientemente de la postura del gobierno provisional. Por su parte, la Rada, preocupada por las apropiaciones de tierras que empezaban a tener lugar, comenzó a tomar una deriva más conservadora.

A raíz de la intentona de Kornilov, Majnó estableció un comité de defensa de la revolución ácrata con el cometido de agitar en las guarniciones de su entorno de actividad: una zona cuadrangular al Sureste de Ucrania entre los ríos Dniéper, Don y la costa del mar de Azov. Esto permitió que armara a sus partidarios y se reforzara militarmente, de tal manera que la Revolución de Octubre, y la consiguiente ruptura de la Rada con el Soviet de Petrogrado, le encontraron en una posición aventajada, aunque no suficiente para llevar a cabo una agenda propia, dado que la

fragmentación del escenario político entre diversas tendencias contrarrevolucionarias le obligó a hacer la guerra contra todos[757], lo que pudo llevar a cabo durante más tiempo del que pareciera posible, gracias a la creación de unas fuerzas a caballo (Ejército Revolucionario Insurreccional de Ucrania o Ejército Negro), altamente móvil, y que luchaba sin atenerse a reglas convencionales, creciendo y decreciendo en efectivos, apareciendo y desapareciendo en las llanuras. Así, durante los meses de ocupación de Ucrania, fueron los partisanos de Majnó los únicos que mantuvieron activa la resistencia, mientras los bolcheviques habían quedado comprometidos por el tratado firmado con los Centrales. Las rebeliones campesinas en Ucrania supusieron un apoyo decisivo a la *majnovschina*, como sucede con todo movimiento guerrillero, pero fue algo más que una mera revuelta[758]. En junio de 1918 logró viajar a Moscú, donde se encontró con que la Cheká vigilaba a los anarquistas de la capital y restringía casi completamente sus actividades desde el mes de abril. A pesar de ello, logró entrevistarse con Lenin, a quien admiraba, pero sin llegar a ningún acuerdo político concreto[759]. En agosto-septiembre, tras regresar a Gulaipóle, iniciaba la insurrección contra las tropas de los Centrales y de Skoropadski, convirtiéndose en el *Batko*, el comandante supremo no cuestionado[760].

---

723 Mohr (2012): posición 579.

724 Radkey (1990): p. 21.

725 Smele (2006): p. 13.

726 Rupp (1997): p. 251.

727 Ibíd., p. 250.

728 Rupp (1998): pp. 15-19.

729 Rupp (1997): pp. 256 y ss.; Smele (2006): pp. 44 y ss.

730 Rupp (1998): pp. 30-32.

731 En sus memorias, Denikin cita, entre otras, las siguientes personalidades y entidades: Putilov (Banco Ruso-Asiático), Vyshnegradsky (Banco Internacional), Davydov (Banco para el Comercio Interior), Shajovskoy (Banco Ruso Comercial-Industrial), Tarnovsky (Banco de Siberia) y así hasta

un total de doce personalidades. En cualquier caso, ninguna de las donaciones llegó a materializarse. Denikin (2002): tomo I, p. 118.

732 Lincoln (1989): p. 82.

733 Denikin (2002) tomo I, p. 118.

734 Grey y Bourdier (1973): p. 57.

735 Figes (2000): pp. 614-616.

736 También tenía por objeto defender al cuerpo de oficiales de las intrigas de otros oficiales próximos a los nuevos centros de poder en Petrogrado, que pudieran aprovechar la coyuntura para avanzar profesionalmente. Rendle (2008): p. 925.

737 Rendle (2008): p. 928.

738 Ibíd., p. 933.

739 Grey y Bourdier (1973): pp. 40-53.

740 Denikin (1922-ed. 2002) tomo I, p. 121.

741 Grey y Bourdier (1973): p. 66.

742 Kenez (1971): p. 65.

743 Grey y Bourdier (1973): p. 75; Lincoln (1989): pp. 80-81.

744 Lincoln (1989): p. 79; Figes (2000): p. 618.

745 Denikin manifiesta en sus memorias que, a su llegada a Novocherkassk, Kaledín «carecía de gobierno y fuerzas y la sociedad cosaca estaba enferma igual que la rusa» Denikin (2002) tomo I, p. 190.

746 Kenez (1971): p. 167.

747 Los contactos entre los voluntarios y los *eseristas* de Siberia se habían iniciado en enero por iniciativa de Kornilov, pero no condujeron a ningún acuerdo. Denikin los culpa de no responder a las iniciativas de los voluntarios. Denikin, Anton I. (2002) tomo II, pp. 177-179.

748 Genkina (1940): pp. 7-12.

749 Benvenuti (1988): pp. 45 y ss.

750 Kenez (1971): pp. 173-174.

751 Futuro ministro del Interior en el gobierno de Brüning, en 1931, su inacción facilitó el auge de las milicias nazis.

752 Subtelny (2009): p. 356; Ludendorff (1920): pp. 622-623.

753 Subtelny (2009): p. 356.

754 Malet (1982): p. 18.

755 El origen del nuevo intento lo constituyó el denominado GUAM [Georgia, Ucrania, Armenia Moldavia] Organization for Democracy and Economic Development, cuya carta fundacional se firmó en junio de 2001. Su página web oficial es: http://www.guam-organization.org/en/node.

756 Actualmente, Gulaipóle tiene unos 14.500 habitantes y su monumento más característico es el Museo dedicado a Majnó, inaugurado en diciembre de 1960. Vid.: http://www.magazine-rest.in.ua/en/articles/local_history_museum_g.gulyaypole_museum_makhno.html.

757 Mallet (1982): pp. 5-7.

758 Archinof (1975): pp. 53-55.

759 Malet (1982): p. 11-12; Archinof (1975): p. 59.

760 Ibíd., pp. 15-17.

CAPÍTULO 30

# LA DIAGONAL DE TODOS LOS CONFLICTOS
## La prolongación de la Primera Guerra Mundial en el Este, noviembre de 1918-marzo de 1919

Conforme la Gran Guerra caminaba hacia su final en el frente del Oeste, se incrementaba la intervención aliada en Rusia. Neutralizada la gran ofensiva alemana de primavera, la *Kaiserschlacht* (21 de marzo hasta el 18 de julio), durante el verano de 1918 se produjo un incremento sustancial de contingentes desembarcando en Vladivostok. Entre estos pronto se destacaron los japoneses, que también habían llegado a Siberia a través del ferrocarril de Manchuria Meridional, a partir del ramal que entroncaba en Mukden desde Corea; pronto dispondrían de más de 70.000 soldados, cifra que cuadruplicaría la del resto de contingentes aliados unidos. La actitud japonesa no tardó en tornarse en arrogancia y empezó a quedar patente que, si no habían llegado para quedarse, al menos pretendían subordinar la economía local a la propia. Para ello apadrinaron a los señores de la guerra rusos de Manchuria y apoyaron la extensión de su poder entre el lago Baikal y el río Ussuri; esto les facilitó hacerse con el control del tramo final del Transiberiano y del ferrocarril de la China Oriental que pusieron a su exclusivo servicio. De nada servirían las quejas de los aliados, especialmente las de los americanos, con grandes inversiones económicas en la zona, al tener Japón el mando supremo del contingente aliado en Lejano Oriente[761].

Esta intolerable situación hacía todavía más necesaria la constitución de un gobierno ruso que pudiera reclamar su autoridad en Extremo Oriente y poner en su sitio a los impertinentes japoneses; máxime teniendo en cuenta que existía un programa, pactado entre París y Londres, para entrenar y reorganizar las tropas rusas antibolcheviques. Una misión británica debería

atender al equipamiento de entre 100.000 y 200.000 soldados rusos, y los franceses se encargarían de los gastos de sostenimiento; además designarían a un jefe para el teatro de operaciones que estaría por encima del japonés Otani. Por eso, había sido significativo que el directorio se incluyera tanto al general Alekséyev como a Chaikovsky, el líder *eserista* de Arjangelsk; pero el primero murió de pulmonía a los pocos días y el segundo renunció a implicarse. La situación se complicó cuando el gobierno regional siberiano, celoso de perder sus prerrogativas ante el Directorio, se negó a reconocerle ningún poder ejecutivo; incluso lo humilló al extremo de negarle alojamiento en Omsk y obligarlo a establecer su sede en los coches de viajeros en los que había venido desde Ufá[762].

El jefe de la misión británica y representante ante el gobierno siberiano, general Alfred Knox, ex agregado militar en Petrogrado entre 1911 y 1918, presuntamente implicado en la intentona de Kornilov y, en lo que se refería a Rusia, un monárquico reaccionario convencido, hizo escala en Tokio en su ruta de Londres a Vladivostok, allí se entrevistó con el almirante Aleksandr Kolchak y concretó los detalles para la entrada del almirante en Siberia.

Este alto mando de la Marina rusa era el más brillante de su promoción. En su juventud se había destacado como oceanógrafo e hidrógrafo asociado a la Academia de Ciencias de Rusia, que incluso lo había enviado al Polo al mando de varias expediciones científicas. Durante la guerra ruso-japonesa había sido uno de los escasos oficiales que había desempeñado un papel brillante al mando de un contratorpedero, lo que supuso el hundimiento del crucero japonés *Takasago* en Port Arthur[763]. Entre 1906 y 1914 se había implicado en la renovación del Almirantazgo, sin por ello abandonar sus trabajos científicos. Tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, devino el vicealmirante más joven de la Armada Rusa. La Revolución de Febrero le había encontrado al mando de la Flota del mar Negro, y por tanto, trabajando en la última gran carta estratégica rusa: la toma de Constantinopla. Aparte de sus excelentes capacidades profesionales —logró mantener en sus puertos del mar Negro a las flotas rivales, otomana y búlgara— dice bastante de sus habilidades políticas el hecho de que evitara

el asesinato de oficiales a manos de los marinos rebeldes en la base de Sebastopol, tras la Revolución de Febrero[764].

Patriota sin fisuras, tras dimitir del mando de la Flota del mar Negro, partió para Estados Unidos, quizá para evitar que lo implicaran en el golpe de Kornilov. De regreso de ese viaje, dispuesto a seguir cumpliendo con su compromiso como oficial ruso en guerra con los Centrales, en diciembre de 1917 se ofreció para servir en la Royal Navy británica, ante la Embajada británica en Tokio[765]. Londres ya lo había destinado a ayudar al contingente británico en el Caspio, cuando hubo de regresar desde Singapur a Pekín, a fin de recibir instrucciones del embajador ruso allí.

A mediados de octubre de 1918 llegó Kolchack a Omsk, supuestamente de camino al Don para unirse al Ejército Voluntario. Pero dada la relevancia de su cargo, el Directorio le ofreció cándidamente el puesto de ministro de la Guerra y la flota. Una vez instalado en el ministerio, se le unió el general Knox, acompañado de la única fuerza de combate británica presente en Siberia: un batallón de reservistas de Middlesex, que, a pesar de todo, frente a los reclutas siberianos, era una fuerza a tener en cuenta.

La madrugada del 18 de noviembre —cuando había transcurrido una semana desde la capitulación alemana ante los Aliados— por iniciativa del general Knox y apoyado por círculos empresariales, militares y los *kadetes* siberianos, el almirante Kolchak consintió un golpe de Estado contra el Directorio e instauró una dictadura bajo su persona. En apariencia, aunque el rumor del golpe que se avecinaba era bien conocido en Omsk y (como mínimo) la casi segura participación del general Knox, amigo personal de Kolchak[766], el suceso pareció sorprender a los aliados, incluido el Foreign Office, dispuestos a reconocer al directorado y así otorgarle la autoridad que necesitaba para tomar las riendas de Rusia[767]. Sin embargo, los contingentes aliados en Siberia y, en particular, la Legión Checoslovaca —aunque en el complot de Kolchak había participado el general checo Radola Gajda—, acogieron la noticia con gran desagrado y sospechosos de los motivos finales de los ingleses, a quien París atribuía abiertamente la autoría real del golpe[768]. De hecho, estos destinaron un batallón para proteger a Kolchak y los edificios públicos de Omsk, a fin de prevenior un contragolpe de la Legión[769]. Según Norman Pereira, «no era ningún secreto

que los representantes aliados en Siberia por regla general favorecían una dictadura militar»[770].

En cualquier caso, de manera harto significativa, la posición de Kolchak como presidente-dictador o Gobernante Supremo (Верховный правитель — *Verjovny Pravítel)* de toda Rusia fue aceptada sin que nadie hiciera nada por cuestionarla. De hecho, entre las misiones militares aliadas, los americanos consideraban al Washington ruso «un hombre valiente, un buen hombre», británicos y canadienses «el mejor hombre de Siberia» y para Bernard Pares, uno de los grandes conocedores de la Historia rusa, «había algo regio en él»[771]. Pero estaban apoyando a una dictadura militar, todo un temprano experimento político, teniendo en cuenta que hasta entonces en ningún país implicado en la Primera Guerra Mundial había triunfado tal cosa, ni en los peores momentos. De esa forma, Kolchak fue uno de los antecedentes de la oleada de dictadores, caudillos militares, «cirujanos de hierro» y salvadores de la patria que se extendieron por Europa ya en los años veinte, desde el almirante Horthy en Hungría a Primo de Rivera en España, pasando por el general Tsankov en Bulgaria o Mustafá Kemal Atatürk en Turquía, por poner algunos ejemplos.

Concluido en Siberia el periodo de la contrarrevolución democrática, se empezaron a liberar los ingentes depósitos de pertrechos que se encontraban en Vladivostok, además de volver a reanudar el flujo hacia ese puerto: entre octubre de 1918 y el mismo mes de 1919, 79 barcos de carga llevaron a Vladivostok 97.000 toneladas de pertrechos y armas. Solo entre marzo y junio de 1919 llegaron a Omsk 600.000 fusiles, 346 millones de cartuchos, 6.831 ametralladoras, 192 cañones de campaña, así como uniformes y equipo para 200.500 hombres. Entre 1918 y 1919 una parte considerable de esas armas procedía de los Estados Unidos —600.000 fusiles y 1.000 ametralladoras—; Francia aportó 1.700 ametralladoras y 400 cañones de campaña, y los japoneses 70.000 fusiles, 100 ametralladoras y 30 cañones de campaña. Estas cifras eran apabullantes: igualaban, por ejemplo, al total de municiones que los rojos podían fabricar en todo el año de 1919[772].

A la par que los aliados se implicaban con mayor energía en Siberia, coincidiendo con el armisticio en el frente Occidental, se afanaban en enviar ayuda militar directa al Ejército de Voluntarios, ahora que el Imperio

otomano se había rendido y las escuadras aliadas podían penetrar sin problemas en el Mar Negro. En consecuencia, el día 17 de diciembre desembarcaron los primeros contingentes franceses en Odesa y el 25 en Sebastopol. La intervención se vistió como una actuación para supervisar la retirada de las guarniciones de los Centrales que permanecían en el país tras el armisticio y de colaboración con las administraciones locales, opuestas al bolchevismo, en la reconstrucción del país[773]. Pero tras esa primera justificación llegaron las armas, asesores e instructores para las piezas de artillería, carros de combate o aviones de caza y bombardeo con los cuales Denikin reorganizaría y armaría sus tropas en un tiempo muy corto e intentaría enseguida el asalto a Moscú. De especial importancia fueron los envíos de carros de combate, muy modernos para la época (Mark V y Whippets, británicos, y Renault FT 17, franceses) que causaron un efecto electrizante en las filas blancas: todos los comandantes los requerían para sus unidades y en una ocasión jinetes cosacos del Kuban llegaron a besar los blindajes de los carros británicos en agradecimiento[774]. Se organizó una escuela en Ekaterinodar (abril de 1919) y más tarde en Taganrog (junio) atendida por el British Royal Tank Corps que formó a 200 oficiales carristas rusos a lo largo de ese año[775]. En noviembre de 1919, en el frente Sur, los blancos tenían en línea de combate 71 carros, un arma muy moderna que había sido utilizada por primera vez en el campo de batalla en septiembre de 1916 y muy pocos países poseían por aquel entonces[776]. Junto con los tanques llegaron inicialmente 50 aviones de bombardeo RE 8, junto con sus instructores y mecánicos; y poco después, llegó el Escuadrón 47 de la RAF, desde su base de Salónica. En teoría las tripulaciones británicas no combatían, aunque en ocasiones sí lo hacían: al mayor Ewen Cameron Bruce, veterano oficial tanquista en el frente Occidental, y mutilado de guerra, se le atribuye haber tomado la ciudad de Tsaritsyn, en junio de 1919, él solo con su carro de combate[777].

Con el tiempo, la explicación que ha pasado a enarbolar la historiografía liberal anglosajona se ha centrado en la defensa de que la intervención aliada en Rusia se limitó a evitar que el país cayera en manos de los alemanes. Adam Tooze, por ejemplo, en una obra de gran éxito comercial insiste en que:

> La perspectiva que aterrorizaba a británicos y franceses en 1918 no era el espectro del comunismo como tal, sino la amenaza de que bajo Lenin, Rusia se convirtiera en un auxiliar del imperialismo alemán[778].

Esa reflexión la completa el autor recurriendo al plan de cooperación económica que Lenin propuso a Berlín, que de hecho no era sino un intento de normativizar las exigencias económicas que obligaban a Rusia en virtud del Tratado de Brest-Litovsk y que en realidad quedó en poca cosa: se firmó el 27 agosto de 1918, pocos días después de que finalizara la Batalla de Amiens en el frente francés, que señaló el punto de no retorno en el destino de la guerra[779]. En realidad, ya el primer día de la ofensiva aliada, el 8 de agosto, fue calificado por el general Ludendorff como el *Schwarzer Tag des deutschen Heeres* («el día más negro del los Ejércitos alemanes») por el claro desfonde de la moral de combate que acusaban los soldados germanos. Estaba meridianamente claro para los alemanes que la guerra se iba a perder cuando se firmó el acuerdo entre Berlín y Moscú, similar al que Lenin también había propuesto a Washington. Cien páginas después, Tooze pasa de puntillas sobre la verdadera intervención aliada, a partir del armisticio de noviembre de 1918, el cual «privó de razón de ser a la intervención antes casi de que diera comienzo»[780]. Y ahí queda prácticamente todo.

Las razones para ningunear la importante implicación militar y política de los aliados (junto con fuerzas rumanas, serbias, griegas, polacas) son diversas, pero convergen en un solo punto: la intervención fue un desastre y de facto perpetuó la Gran Guerra en Rusia, hasta 1921. Si a ello se añade el fracaso de la otra intervención militar aliada en los restos del Imperio otomano, que dio origen a la República de Turquía, la Primera Guerra Mundial se prolongó hasta 1923, con la firma del Tratado de Lausana. Empieza a estar extendida esta consideración[781] que desmitifica la trascendencia que se le ha querido dar a la Conferencia de París, en 1919, como el magno cónclave de paz en la cual los vencedores de la contienda se reunieron para remodelar el nuevo mundo surgido de la Gran Guerra, a partir de los Catorce Puntos enunciados por el presidente Wilson el año

anterior. Acudieron a la capital francesa representantes de veintisiete naciones; supuestamente, se trataba de fundamentar la paz sobre nuevas bases de confianza mutua y de democracia bien intencionada, diferentes de la praxis diplomática aplicada en el pasado, que recurría al poder y la fuerza o a los regateos interesados de los vencedores, sin consideración alguna por los vencidos. Según Margaret McMillan, representante de la escuela de historia narrativa anglosajona tradicionalista en aquellos meses París fue la capital del mundo: su gobierno, tribunal de apelación y parlamento[782]. En buena medida solo fue un espejismo. O al menos lo fue en la misma medida en que puede considerarse que, con mucha menos pompa, el Petrogrado del Primer Congreso de la Tercera Internacional era, en el mes de marzo de 1919, la capital mundial del proletariado y los pueblos oprimidos.

Era cierto que por entonces los rojos, acorralados en los cuatro puntos cardinales, apenas controlaban el entorno de Moscú y su prolongación hasta Petrogrado, en la Rusia europea, Tsaritsyn en el Volga, Astraján en el Caspio y Tashkent en el Asia Central. Pero en un vuelco estratégico formidable la tan esperada revolución en Europa central parecía materializarse ya desde octubre de 1918, cuando la flota alemana se declaró en rebeldía ante los planes de su almirantazgo de librar una absurda batalla final. Los motines de la marinería comenzaron en la base naval de Wilhelmshaven y tendrían su réplica definitiva en la de Kiel a primeros de noviembre; cuando el almirante jefe de la flota pidió apoyo para sofocar las revueltas, las unidades de castigo se sumaron a los amotinados y la tarde del 4 de noviembre la ciudad estaba en manos de 40.000 marinos, soldados y trabajadores que exigían el fin de la guerra y la caída del káiser. La revuelta se extendió rápidamente formándose comités de soldados y trabajadores, primero en la retaguardia y finalmente en las unidades desplegadas en el frente. Su agenda solo coincidía en la reivindicación de que terminasen las hostilidades y se produjera el regreso de las tropas a casa; tanto era así que los comités del frente colaboraron con el alto mando, manteniendo el orden, para así agilizar el repliegue desde Francia y Bélgica.

Cuando el 9 de noviembre la guarnición de Berlín manifestó su voluntad de coexistir pacíficamente con los revolucionarios, los consejos de trabajadores y soldados quedaron dueños de la situación y se difundió la

consigna de designar representantes para establecer un gobierno revolucionario. Ese mismo día abdicó el káiser Guillermo II, dando paso a la República. El sueño de Lenin y Trotski se volvía realidad, el inicio de la revolución en Alemania se contagiaría a las demás sociedades industrializadas y la fraternidad proletaria traería la ansiada paz sin vencedores ni vencidos.

La situación en Alemania funcionó como un torbellino, aunque no siempre existiera un contagio directo o aparente. En Berlín el levantamiento espartaquista o sublevación de los comunistas y obreros y soldados radicales, a la manera de la insurrección bolchevique del 25 de octubre/7 de noviembre de 1917, fue vencido por las milicias paramilitares de voluntarios, los *Freikorps*, que recuerdaban mucho al primitivo Ejército de Voluntarios de Kornilov, aunque quien llevó la batuta política fue el «Kérenski alemán», el canciller socialdemócrata Friedrich Ebert. Poco tiempo después, el 6 de abril de 1919, fue proclamada la República Soviética de Baviera tras la caída de la dinastía Wittelsbach. Pero antes, el 21 de marzo, se había constituido la República Soviética húngara, el otro núcleo de importantes cortocircuitos en Europa central.

Este llamativo fenómeno surgía de la frustración vivida por los magiares en noviembre de 1918 cuando, al mismo tiempo que Hungría se separaba de Austria, con la implosión del Imperio austrohúngaro, vencido en la Primera Guerra Mundial, lo mismo hacían rumanos, eslovacos y croatas con respecto al nuevo Estado de los magiares. Los nacionalistas contaban con que el nuevo primer ministro, el conde Mihály Károlyi —una figura en la que muchos querían ver a una especie de Masaryk húngaro— lograría obtener de los aliados un trato de favor para la histórica Hungría de Corona de San Esteban, con la propuesta de convertirla en una federación de nacionalidades, una especie de Suiza del Este[783]. Sin embargo, los vencedores de la Gran Guerra se inclinaron por acceder a las demandas de los secesionistas.

El país, dividido, lleno a rebosar de refugiados y con la administración colapsada —magistralmente descrita por el escritor Lahos Zilahy en su obra *La Ciudad errante* (1939)— y con unas fuerzas armadas en disolución, era ya muy difícil de gobernar. Proliferaban los soviets, impulsados por los

miles de soldados que regresaban de Rusia bolchevizados, y las ocupaciones de empresas. El Partido Socialdemócrata, hasta entonces poco importante en Hungría, cobró una destacada representatividad social, y en el gobierno de concentración del 11 de enero de 1919 figuraban varios ministros de esa tendencia. El país se escoraba a la izquierda, y en ello se incluía la fundación del Partido Comunista Húngaro, el 24 de noviembre.

En un momento en el cual se estaba produciendo una escalada intervencionista de los aliados en Rusia, la deriva izquierdista en Hungría era contemplada con mucha desconfianza. Diplomáticamente muy aislado, el 19 de marzo de 1919 el gobierno recibió la denominada nota del teniente coronel Fernand Vix, jefe de la misión militar aliada en Hungría. En ella se proponía la creación de una zona neutral en el sureste del país, en orden a separar a las fuerzas húngaras de las rumanas, lo cual implicaba que el país quedaba dramáticamente reducido de tamaño y a merced de una nueva ofensiva rumana, que ya se había hecho con Transilvania. La nota del teniente coronel Vix formaba parte de la estrategia general aliada para intentar estabilizar toda la zona de Europa oriental combinada con la intervención militar en la guerra civil rusa y en Turquía.

Como respuesta, en la desengañada Hungría, el empuje del Ejército Rojo por Ucrania, en dirección hacia Galitzia, puso sobre el tapete la posibilidad de acercarse a la Rusia soviética, una salida que consideró el mismo Károlyi. Lo cual tenía su lógica, dado que entroncaba con los proyectos barajados por algunos generales de las potencias Centrales derrotadas para cerrar filas con los bolcheviques. De hecho, existió un memorándum firmado por el ministro Zsigmond Kunfi para organizar un bloque austro-germano-ruso-magiar.

Ese contexto ayuda a entender el extraordinario viraje que se produjo en Hungría como consecuencia de la nota de Vix (*Vix-jegyzék*, en húngaro). Tan solo dos días más tarde, los socialdemócratas y comunistas unieron sus fuerzas en el nuevo Partido Húngaro de los Trabajadores Unidos, a fin de formar un nuevo gobierno. Mientras tanto, el mismo Károlyi declaraba inaceptable el ultimátum aliado y transfería el gobierno al denominado Consejo Revolucionario de Gobierno y el 22 de marzo se proclamaba la República Soviética de Hungría. Aunque situado lateralmente en el poder

como comisario para Asuntos Exteriores, el periodista y ex prisionero de guerra en Rusia, Béla Kun, ejercía realmente el poder, hasta el punto de que la experiencia política de esos días pasó a ser conocida como la «República de Béla Kun».

Es interesante remarcar que los comunistas llegaron al poder por un conflicto de tipo nacionalista y con intención de arreglar otro de relaciones internacionales, con el objetivo de pedir ayuda al Ejército Rojo, cercano a las fronteras húngaras. El primer ministro, Sándor Garbai, lo explicó claramente: «Tenemos que tomar una nueva dirección y obtener del Este lo que nos ha sido negado por el Oeste»[784]. De la misma manera que Károlyi se había puesto el disfraz demócrata-liberal para apelar a Wilson, Béla Kun recurría al disfraz bolchevique para apelar a Lenin. Pero el objetivo último era el mismo: preservar la integridad de la Hungría histórica de San Esteban. En cualquier caso, tras aprobar una cascada de leyes que en pocos días nacionalizó y colectivizó todos los sectores productivos del país, casi sin excepción, el nuevo régimen lanzó al recién creado Ejército Rojo húngaro en una desesperada ofensiva, con dos divisiones y abundante artillería, para conectar con su contrapartida ruso-ucraniana, pasando por Eslovaquia y la montañosa región de Zakarpatia; el ataque se inició el 20 de mayo.

La aventura terminó en agosto, víctima de la presión del Ejército rumano, la incapacidad de las tropas rojas ucranianas y rusas para enlazar con los húngaros, de revueltas campesinas y de las mismas limitaciones del régimen. Con todo, los revolucionarios húngaros aún lograrían impulsar una efímera República Soviética Eslovaca (16 de junio-4 de julio).

En medio de este ambiente, en Petrogrado tuvo lugar el Primer Congreso Mundial de la Internacional Comunista (*Komintern*), entre el 2 y el 6 de marzo. La invitación, dirigida a 39 partidos comunistas y grupos revolucionarios había sido radiada en enero a todo el mundo[785], una audacia tecnológica para aquellos tiempos, cuando aún faltaban más de tres años para que se fundara la pionera BBC. La Komintern era la gran ilusión de Lenin, que había acariciado durante toda la Gran Guerra y ni siquiera renunció a ello tras firmar el Tratado de Brest-Litovsk[786]; lo cual, por otra parte, era lógico dado que el sacrificio de aceptar el trágala alemán tenía

como contrapartida la promesa de la revolución internacional, el verdadero objetivo de Lenin, que ahora parecía ya tocarse con la punta de los dedos. Para ello era central romper con los partidos socialistas europeos que habían fundado la Segunda Internacional y que no solo no habían sabido evitar el advenimiento de la Primera Guerra Mundial, sino que incluso habían terminado por apoyarla.

Muy en la línea del relato historiográfico liberal anglosajón, el manipulador Lenin no tuvo ambages en hacer la vista gorda sobre la legitimidad de los delegados, que en algunos casos llegaron sin ningún mandato formal o por cuenta de partidos comunistas que aún no existían[787]. Esto también era lógico: la gran mayoría de los Partidos Comunistas pertenecían a países que estaban inmersos en tensiones políticas muy fuertes, cercanas a guerras civiles y/o habían formado parte del Imperio ruso y ahora se habían independizado: Alemania, Austria, Hungría, Finlandia, Polonia, Estonia, Letonia, Lituania, Bielorrusia y Ucrania, aparte del mismo PCR(b) ruso. Algunos de esos partidos eran muy recientes, se puede decir que tenían escasos meses de vida. El resto de los delegados acudían en representación de partidos socialistas, socialdemócratas o laboristas que pertenecían a la tradición zimmerwaliana, es decir, se habían opuesto a la Gran Guerra[788]. Aun así, si algunos no estaban inmersos en tensiones ante la posibilidad de escindirse, pronto lo estarían, ante el desafío de integrarse en la Komintern. Pero, sobre todo, no podían dejar de faltar delegados que viajaban poco menos que por cuenta propia o de pequeños grupos disidentes. Llegar hasta territorio de la Rusia bolchevique era una arriesgada aventura, dada la doble situación de guerra civil y revolución que se estaba viviendo y la voluntad expresa de las potencias aliadas de vetar el acceso a Rusia. Era comprensible que los organizadores desearan asegurarse el máximo de asistentes al congreso fundacional. Era todo un desafío y no se podía fallar. Aun así, faltaron más delegados de los previstos. Solo nueve del total de los cincuenta y uno que llegaron lo hicieron desde fuera de Rusia[789]. La primera sesión de los delegados y delegadas tuvo lugar en una fría y desolada sala del Kremlin, un gélido domingo; las estufas funcionaban tan mal que arrojaban ráfagas de aire helado sobre los presentes[790]. Pero el entusiasmo era real, como enseguida

demostraron los discursos y discusiones en los cuales participaron los mejores oradores bolcheviques: Trotski, Zinoviev —convertido en presidente del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista— Bujarin y, por supuesto, el mismo Lenin. Para ellos, la revolución proletaria global ya no era un sueño y el objetivo era crear un Partido Comunista mundial a pesar de los enormes inconvenientes que ello suponía a todos los niveles, desde administrativos hasta ideológicos. Para completar el acto, los participantes fueron llevados a Petrogrado, donde pudieron visitar los lugares ya míticos de la Revolución de Octubre, todavía historia humeante, dado que solo habían transcurrido quince meses desde entonces[791]. Hubo voces críticas: según un delegado holandés, «aparentemente se trataba de fundar un comité ejecutivo internacional, pero en realidad solo formaban «un comité ruso ampliado»[792]. Pero lo cierto era que por primera vez una revolución socialista estaba saliendo adelante, poniendo en pie un Estado que podía convertirse en un referente y un instrumento poderoso de ayuda para los revolucionarios de todo el mundo.

El hecho de que eso tuviera a la atrasada Rusia como foco generaba mucho escepticismo y no pocas burlas y envidias. Los alemanes tenían que haber sido el centro natural y por ello incluso el nuevo KPD (Partido Comunista de Alemania) no aceptaba tal cual el marxismo-leninismo. La misma Rosa Luxemburg hubiera sido un contrapeso a Lenin y el resto de oradores rusos en Moscú, pero la mataron los *Freikorps* durante la insurrección espartaquista. Con todo, las lenguas oficiales de aquel Primer Congreso de la Komintern eran el alemán y el ruso. Por lo demás, desde Occidente no faltaban los que se reían de todo eso y creían que tarde o temprano Lenin y sus secuaces arrojarían la toalla y renunciarían a sus extravagancias[793].

Sin embargo, aparte de la amenaza al orden social que constituía el sovietismo en buena parte de Europa, precisamente por aquellas mismas fechas, ya su victoria en Rusia hacía sombra a la paz ideada por Wilson y a los resultados de la conferencia de paz en París. El bolchevismo era al antimodelo político de los vencedores —e incluso de los vencidos— y traía consigo un mensaje que ponía en cuestión el orden imperial que pensaban seguir defendiendo los vencedores europeos de la guerra en los frentes

occidentales. De ahí que las ofertas soviéticas —a partir de noviembre de 1918— para evitar la intervención aliada, quedaran en nada[794].

Aquí estaba, en esencia, el porqué de esa intervención. Por caminos diferentes y muchas veces contrapuestos, los Estados Unidos y Rusia sacaron a Europa del atolladero en que se habían metido con su Gran Guerra nacionalista, planteada en base a un juego de suma cero, lo cual era la base de cualquier conflicto de este tipo. En consecuencia, ello hacía que los objetivos de guerra de los contendientes perdieran rápidamente valor ante la inflación desmesurada de las bajas. A título de ejemplo, en 1916, después de la batalla de Verdún, de los 3.600.000 combatientes que Francia había movilizado en 1914, 2.636.000 estaban ya fuera de combate: muertos, mutilados, prisioneros o desaparecidos.

Estas cifras terribles eran comunes a casi todos los contendientes, sin que, con el paso de los meses, los objetivos de guerra quedaran bien definidos, más allá de las reclamaciones fronterizas o coloniales que se habían formulado deprisa y corriendo en 1914 y 1915. Los intentos de desbloquear la salida al exterminio, como los de 1916, no habían llevado a nada. Por lo tanto, en 1917 Lenin y Wilson ofrecieron sendas salidas que justificaban moral y políticamente el final de la Gran Guerra. Uno de los caminos era el revolucionario; el otro, el de un orden internacional enraizado en el patrimonio de las revoluciones británica, francesa y norteamericana; y ambos implicaban que nuevas potencias estaban orillando a Europa en el establecimiento de nuevos marcos en el ámbito de las relaciones internacionales. Eso, ya de por sí, resultaba inquietante para unos estadistas europeos anticuados, oportunistas y cerriles —como lo eran Clemenceau y Lloyd George— dispuestos a salir como fuera de la crisis para volver al orden imperante antes de 1914. De ahí la célebre frase del primer ministro francés en 1918: «Dios nos dio los Diez Mandamientos y nosotros los infringimos. Wilson nos da los Catorce Puntos. Ya veremos»[795].

A partir de esto, es bien sabido que en París Wilson no supo estar a la altura de la imagen mesiánica y las expectativas que había proyectado el año anterior, cuando su popularidad era tan extraordinaria que incluso los derrotados apelaban a él directamente. En cierta manera, se había producido

una rendición de los Centrales «ante Wilson» y la promesa de un nuevo mundo que venía de América. Sin embargo, en contra de sus consejeros, abandonó Washington y se instaló en París durante medio año —un caso único en los anales presidenciales de los Estados Unidos— lo que supuso que finalmente pasara a convertirse en un negociador más; y no muy hábil. De forma clara, Wilson se tiró piedras sobre su propio tejado: renunció a trabajar con sus técnicos; sus ideas fundamentales se volvieron muy vagas, porque no las había elaborado; sus adversarios supieron sacar tajada de ello: la célebre autodeterminación de los pueblos resultó ser un término mucho más confuso de lo supuesto inicialmente, una vez aplicado a las contradictorias condiciones de los casos concretos. Todo ello contribuyó a que la paz de París, en 1919, se transformara en una «paz de castigo» contra los vencidos.

Y a la vez cabe destacar la renuncia a controlar la situación de deterioro galopante que se vivía en el este de Europa, donde la descomposición del Imperio austrohúngaro y la incompleta retirada de las tropas alemanas de los países ocupados estaba generando un desbarajuste de fronteras, pugnas nacionalistas y sucesión de regímenes políticos que ni se atenían a los Catorce Puntos ni los vencedores estaban en disposición de regular o detener, al menos en su mayoría. De esa forma, los conflictos violentos vividos a lo largo de 1919 en todo el espacio de Europa oriental, los Balcanes, el Cáucaso y Anatolia dieron lugar a una formidable «transversal de los conflictos», que incluían sarpullidos sovietistas, tales como el ya mencionado caso de Hungría o Eslovaquia; choques armados por la fijación de fronteras: entre polacos, checos, y alemanes o húngaros, croatas y rumanos; la aventura de los cuerpos francos alemanes en los países bálticos; y sobre todo, la guerra de liberación nacional turca, que supuso el estallido de las hostilidades con los griegos en ese mismo año, y que duraría hasta 1921. El año 1919 concluiría con el fracaso de las grandes apuestas estratégicas de los aliados en la «gran diagonal de las guerras» que iba desde el Báltico hasta el mar Negro y Anatolia. A partir de entonces, la situación se deslizó hacia el fracaso definitivo; es decir, la derrota final. Porque si bien en París se discutía sobre la victoria militar de los aliados en los frentes occidentales y algunas de sus consecuencias en las colonias y

Oriente Próximo, en los frentes del Este todavía se intentaba ganar la guerra, aunque fuera interponiendo peones. Los periodistas, por falta de perspectiva global, y los historiadores de la época, al servicio de la respectiva causa nacional, fueron creando una historia canónica que concluía en noviembre de 1918, y ninguneaba o ignoraba el hecho de que el enorme frente del Este no se había cerrado, y que en él seguían combatiendo ejércitos enteros, sin importarles lo que se discutía en París. Pero entre 1920 y 1923 la situación evolucionó de forma que los enemigos de los aliados y en muchos casos antiguos aliados de los Centrales, fueron acumulando victorias hasta que, finalmente, se pudo afirmar que la Entente terminó por perder la guerra en el Este, aunque no lo certificara ningún congreso o tratado.

Ese fue el contexto en el cual, en febrero de 1919, durante las negociaciones para el Tratado de Versalles, los aliados occidentales pusieron sobre la mesa sus posturas sobre Rusia al objeto de alcanzar una posición común y eliminar los recelos mutuos que ya empezaban a hacerse sentir. Además, era muy difícil tomar una decisión razonada cuando la información disponible de lo que ocurría en la Rusia bolchevique llegaba a París por vías indirectas y muy distorsionada. También eran discordantes los comunicados de los propios bolcheviques: si Gueorgui Chicherin, el sucesor de Trotski en Asuntos Exteriores, lanzaba diatribas contra el imperialismo occidental, Maxim Litvinov su contacto con el exterior —desde Estocolmo—, hablaba de principios compartidos como el humanismo, la paz y la justicia[796]. Mientras tanto, la situación escapaba aún más de las manos con la entrada en escena de una multitud de actores secundarios, en forma de potencias menores, nacionalidades e incluso minorías que, instrumentalizando el miedo al bolchevismo, reclamaban derechos sobre territorios del antiguo imperio, muchas veces en abierta competencia entre ellos.

Fue el premier británico Lloyd George quien primero se vio forzado a plantear una solución para el problema ruso. Presionado por la prensa, que pedía explicaciones por la continuidad de las operaciones bélicas en suelo ruso tras el armisticio, había recabado informes acerca de las líneas de acción posibles: pero estas se reducían a negociar con los bolcheviques,

intervenir para deponerlos o recurrir al aislamiento creando estados tampón[797].

Pero para Lloyd George ni la confrontación ni el confinamiento, que ya estaba siendo aplicado en forma de bloqueo naval, tenían ninguna perspectiva de éxito. Además, a lo largo de enero, se produjeron una multitud de revueltas entre las tropas británicas que esperaban ser desmovilizadas debido a la parsimonia con que se llevaba a efecto, sumada a los rumores de que podrían ser desplegados de nuevo[798]; por lo que su propuesta a las potencias reunidas en Versalles fue la de iniciar negociaciones con todas las facciones rusas, bolcheviques incluidos. La propuesta de Lloyd George de convocar a todas las partes en lucha a la Conferencia de París fue rechazada por Clemenceau, volcado en la defensa de los blancos; supuestamente, también, porque tres años antes la artillería del Ejército francés había tenido que bombardear trincheras en las cuales la infantería amotinada enarbolaba la bandera roja: no era cuestión ahora de admitir a los bolcheviques como una entidad política respetable. Por si fuera poco, su flota también se había amotinado muy poco antes ante el puerto de Sebastopol y habían vuelto a izarse las banderas rojas. Por otra parte, Francia deseaba recuperar a su antiguo aliado ruso, aunque había tenido buena parte de responsabilidad en lo sucedido al animarlo a la guerra en 1914.

La contraoferta de franceses e italianos fue la de reclamar una intervención inmediata, poniendo sus miras en un liderazgo americano; pero Wilson se negó a ningún tipo de operación más allá de la que ya le había arrastrado a Vladivostok y de la que difícilmente podría sustraerse mientras los japoneses no refrenasen sus ambiciones. Tampoco fueron fructíferas las propuestas del general Foch, jefe del aliado Consejo Supremo de la Defensa y artífice de la victoria de 1918; ni británicos ni americanos aprobaron sus planes de reclutar polacos, fineses, rumanos y todas aquellas nacionalidades que se prestasen a constituir nuevas «legiones» para intervenir en Rusia emulando a los checoslovacos[799].

Al final se acordó organizar una conferencia en territorio neutral y aislado en las majestuosas islas de los Príncipes, ante Constantinopla[800]. Los blancos no quisieron ni oír hablar de ello; en parte porque suponía dar

carta de naturaleza internacional a los bolcheviques y posiblemente, también, por la amargura que suponía celebrar una conferencia claudicatoria ante la ciudad que habían soñado con conquistar en 1914. Por otra parte, no quedaba claro quién debería acudir en representación de esa entelequia política que eran «los blancos». Por su parte, los bolcheviques tampoco accedieron: no tenían motivos para reeditar un nuevo Tratado de Brest-Litovsk. Ya se había demostrado que la diplomacia revolucionaria no servía para contagiar revoluciones y menos desde una conferencia aislada en las islas de los Príncipes. Por otra parte, la guerra civil era a muerte porque para los rojos implicaba una revolución, un cambio integral. En marzo de 1918 no tenían con qué defenderla; menos de un año más tarde ya habían puesto en pie el Ejército Rojo.

Ante esta situación, los dirigentes aliados, incluyendo a Wilson, se encogieron de hombros. Ni siquiera las intensas negociaciones secretas que mantuvo por encargo de la conferencia de paz de París el enviado estadounidense William Bullitt Jr. con Lenin y Chicherin sirvieron de nada; cuando regresó a París a finales de marzo, los aliados estaban centrados en cerrar cuando antes el acuerdo de paz revanchista que debía firmar Alemania[801]; ese era el objetivo primordial de las negociaciones en Versalles. Para colmo de males, en el Reino Unido el nuevo secretario de la guerra Winston Churchill, con una descarada agenda intervencionista, llevó a cabo una campaña de intoxicación con la que se adelantó a los resultados de las gestiones secretas de Bullitt —que contemplaban un acuerdo pacífico a cambio del reconocimiento del régimen bolchevique— logrando que la mayoría *tory* en el parlamento lo rechazara. En consecuencia, incluso Wilson se decantó por la cínica propuesta de dejar que los rusos terminaran de matarse entre sí, y el vencedor acudiera después a negociar a París. El presidente americano estaba claramente desbordado: en octubre sufrió un accidente cerebrovascular que lo incapacitó para seguir en el cargo, a pesar de lo cual debió permanecer en él hasta las elecciones de 1921. Curiosamente, moriría en 1924, tan solo un mes después de Lenin.

Sin embargo, Adam Tooze tergiversa la evidencia de lo sucedido cuando afirma que las presiones para terminar con el naciente Estado comunista aflojaron porque no existía ya un riesgo de que se produjera una alianza

germano-rusa. Por ello, continúa, «la guerra había pronunciado su veredicto. Dijeran lo que dijesen las inverosímiles fantasías revolucionarias y contrarrevolucionarias, el centro del poder estaba en el Oeste, no en el Este»[802].

Frases concluyentes aparte, la furiosa intervención militar aliada se prolongó hasta noviembre de 1920, cuando ya no se puedo seguir suministrando más apoyo a los destruidos ejércitos blancos. Pero en la primavera de 1919 la idea estratégica de los intervinientes parecía ser la de organizar una campaña rápida y, en la medida de lo posible, indirecta, sin comprometer fuerzas propias en la guerra frontal contra los rojos. Tenía que ser de esa manera porque, como se había podido comprobar, existía riesgo de contagio entre unas tropas que salían de una guerra devastadora, tras pasar cuatro años en las trincheras, para meterse de cabeza en otra guerra, esta revolucionaria. Pero además, porque implicarse en una guerra abierta en Rusia equivalía a admitir que la conferencia de París había sido un fracaso; era reconocer que la Primera Guerra Mundial no había terminado en noviembre de 1918, que se extendería por Europa del Este, Turquía y Eurasia, hasta la frontera china, durante casi cinco años más. Eso no decía mucho del supuesto centro del poder regulador en el Oeste que volvería a quedar en entredicho un siglo más tarde, concluida la Guerra Fría contra el Estado soviético, continuación de aquella intervención contra los bolcheviques. Peor aún: no era fácil reconocer ante las respectivas opiniones públicas que se estaba luchando con las armas en la mano para destruir la Revolución bolchevique, una de las opciones que en 1917 hubiera supuesto el final de la guerra en Europa[803].

---

761 Kinvig (2006): pp. 60-63.

762 Zayer (1998): pp. 36-38.

763 El crucero se hundió de resultas del impacto con una mina que había fondeado la nave de Kolchak unos meses antes.

764 Smele (2006): pp. 62-71.

765 Ibíd., p. 71.

766 Ibíd., p. 95.

767 Kinvig (2006): pp. 69-71.

768 Smele (2006): p. 94.

769 Ibíd., p. 98.

770 Pereira (1996): p. 104.

771 Smele (2006): p. 126.

772 Mawdsley, Evan (2011), posición 2805.

773 Munholland (1981): p. 44.

774 Bullock y Deryabin (2003), p. 13.

775 Ibíd., pp. 16-17.

776 Ibíd., p. 17.

777 Kinvig (2006): p. 225.

778 Tooze (2016): p. 226.

779 Pipes (1990): pp. 627-628.

780 Tooze (2016): p. 329.

781 Veiga y Martín (2014); Gerwarth y Manela (2015).

782 Macmillan (2005): p. 19.

783 Taylor, A. J. P. (1992): pp. 230-231.

784 Stone (2008): p. 310.

785 McDermott (1996): p. 12.

786 Service (2009): p. 157.

787 Ibíd., p. 158.

788 Vid. los llamamientos recogidos en Gankin (1976): pp. 697-721.

789 McDermott (1996): p. 12.

790 Priestland (2010): p. 126.

791 De ahí la confusión habitual sobre si este primer Congreso se celebró en Moscú o Petrogrado.

792 Buber-Neumann (1975): p. 22.

793 Ibíd., p. 18.

794 Carr (1974): pp. 123-126.

795 Reynolds, (2011): p. 34.

796 MacMillan (2001): p. 73.

797 Kinvig (2006): pp. 77-79.

798 Ibíd: pp. 86-89.

799 MacMillan (2001): pp. 72-74.

800 Tooze (2016): p. 330 para una referencia y breves consideraciones sobre la propuesta.

801 Ibíd., p. 330.

802 Tooze (2016): p. 331.

803 Solo Churchill, en su línea de partidario habitual de las soluciones militares, abogó abiertamente por una intervención en Rusia y en Turquía, en fuerza y sin disimulos. Kinvig (2006).

## CAPÍTULO 31

# FUERZA BRUTA
# Guerra civil a gran escala, marzo de 1919-marzo de 1920

Había llegado el momento de la verdad: solo la fuerza bruta haría que un bando u otro ganara la guerra, y con ella, el destino de la Revolución. La ofensiva general de Kolchak se desencadenó justo a comienzos de la primavera, en marzo, y de nuevo cogió a los bolcheviques por sorpresa. Además, las fuerzas rojas que guarnecían el frente estaban muy mal equipadas, casi sin ropa de invierno, con escasos alimentos y mal entrenadas; no era más halagüeña la situación a su retaguardia, en la región del Volga Central, con los campesinos muy resentidos con los bolcheviques por las requisas de grano del otoño anterior. Por ello los primeros días de la ofensiva produjeron importantes avances y frecuentes rendiciones de soldados rojos. Pero el grado del éxito escondía, a su vez, la debilidad de todo el dispositivo de Kolchak. Por un lado, el adelanto de la ofensiva, para lograr la sorpresa, se había hecho a costa de obviar preparativos logísticos y abreviar la instrucción de la tropa y de los jefes de pelotón y sección que debían liderarlos en combate; y por otro lado, las impresionantes ganancias territoriales se debían a una irracional dispersión de esfuerzos, en tres avances divergentes —incapaces de apoyarse mutuamente— que tenían como objetivos Viatka, Kazán y Samara (con más de 600 kilómetros entre Viatka —al Norte— y Samara —al Sur).

En cualquier caso, el buen arranque de la ofensiva de Kolchak, que también buscaba un *leitmotiv* unificador para el bando de los blancos, así como lograr más apoyo internacional, levantaba entusiasmo en los aliados; a mediados de abril, tras avanzar unos 300 kilómetros, Kazán y Samara estaban al alcance de los blancos. Ufa había sido reconquistada y en el

Norte, a pesar del deshielo, también se habían conseguido avances significativos. Churchill, el nuevo secretario de Estado para la Guerra, británico, daba por hecho la unión de los blancos y la caída de Moscú, y reclamaba al primer ministro Lloyd George el reconocimiento del gobierno de Kolchak como oficial para toda Rusia[804]. Pero el resultado fáctico de la ofensiva fue muy distinto: las fuerzas blancas se habían alejado temerariamente de sus centros logísticos, dispersándose en un amplio frente; su capacidad ofensiva se había desvanecido y, para colmo, no existían reservas dignas de mención. Las tropas de infantería, deficientemente instruidas y mandadas, acusaron la escasez de víveres y pertrechos, desmoralizándose e iniciando una cadena de deserciones.

Así, cuando el 28 de mayo el general Jukums Vācietis el apolítico comandante en jefe letón del Ejército Rojo, lanzó su contraataque en dirección a Ufa —en pleno centro del despliegue blanco— el frente se desmoronó y se produjo una desbandada general. La conquista de Ufa dejó expuestos los avances hacia Viatka y Samara, si bien en este momento también se produjo una momentánea crisis en el bando rojo: con la ofensiva de Denikin devorando la Ucrania oriental, Trotski y Vācietis propusieron consolidar el frente en Ufa y volver sus fuerzas contra el Ejército Voluntario. Sin embargo, esta opción se encontró con la oposición total de Lenin, que ordenó continuar el avance a toda costa[805]; Vācietis dimitió y fue sustituido por Lev Kamenev, otrora gran rival de Lenin en el Partido, y entonces miembro destacado del Politburó del Comité Central, así como cuñado de Trotski. La reanudación del ataque dio sus frutos y a mediados de junio se había logrado empujar a los blancos al punto de partida. En julio, ya se avanzaba al otro lado de los Urales en dirección a Omsk, capital del gobierno siberiano, donde a Kolchak apenas le quedaban 15.000 soldados.

La contraofensiva no hubiera sido posible sin la enérgica actuación de Trotski organizando, reforzando y apuntalando el frente desde su tren blindado y puesto de mando. La ingente tarea que asumió Trotski venía en parte facilitada al operar desde Moscú, una posición central, de la que además irradiaba la red de ferrocarriles rusos. No obstante, entre el verano de 1918 y la primavera de 1920, efectuó 36 viajes al frente, con más de

105.000 kilómetros recorridos[806]. El tren no solo era un puesto de mando, sino también un centro logístico en sí mismo: disponía de una estación radiotelegráfica, imprenta —que editaba su propio periódico, *En Ruta*—, taller mecánico y automóviles, generador eléctrico, un vagón preparado como aseos de campaña, almacenes con pertrechos y vestuario militar y una biblioteca. Tripulación y guardia iban uniformados íntegramente en cuero rojo[807]. Su actuación era sencilla: aparecía allí donde se desataba una crisis o era necesario llevar a cabo una acción enérgica, y rápidamente enfocaba su acción a contingentes de tropas desmoralizadas, desbandadas e, incluso, sobre desertores y prisioneros. Primero operaba sobre su moral —facilitándoles comida, prendas de abrigo, aseo, arengas y agitación política— luego se encuadraba a la nueva tropa con oficiales y comisarios que viajaban en el mismo tren y, finalmente, se les proporcionaba armamento y pertrechos para lanzarlos de nuevo al combate[808].

De hecho, el ferrocarril se había convertido en la clave que regía la estrategia de la guerra y en la que incluso se apoyaban algunas de las nuevas tácticas concebidas por los contendientes. En el inmenso escenario eurasiático que era el imperio ruso, donde la única vía de comunicación permanente la constituía el ferrocarril, su control se tornó de importancia suprema. A ello contribuía también el muy limitado ratio de tropas por kilómetro que podían desplegar los contendientes. Sencillamente, resultaba imposible establecer líneas defensivas en la estepa: en cuanto una fuerza militar quedaba detenida en medio de ella, estaba condenada a ser rodeada, aislada y derrotada. La supervivencia y la victoria venían determinadas por la movilidad, y esta, a escala local, la podía proporcionar la caballería, pero a nivel estratégico solo cabía recurrir al ferrocarril. Las campañas militares se hacían a lo largo de las líneas férreas, tratando de incorporar a la red propia nuevas ciudades que contribuirían a continuar las operaciones; cuando una ciudad quedaba desconectada de la red, sufría el mismo destino que la fuerza militar inmóvil en la estepa: capitulaba. Lo mismo ocurría cuando las operaciones militares evolucionaban alejándose de las vías férreas; entonces se acababan agotando por sí mismas sin mayores consecuencias en el destino de la guerra.

A diferencia del tren de Trotski, los convoyes personales de los generales blancos transmitían una imagen de lujo y altivez que solo podía provocar un nocivo impacto en la moral de sus tropas. En ellos solía viajar una corte de oficiales de estado mayor, frecuentemente acompañados por mujeres; llevaban una vida sin privaciones —en la cual no faltaban el caviar y los licores— protegida por una escolta fuertemente armada. Como contraste, en las estaciones a su paso solían acumularse heridos a la espera de ser evacuados y que, cuando tenían la fortuna de serlo, lo hacían hacinados en vagones de ganado expuestos al frío en invierno y a los parásitos en verano[809]. La propia corrupción y los falsos privilegios estaban en la raíz de las derrotas blancas; a pesar de disponer de una amplia proporción de oficiales que les podría haber permitido un mejor control de las operaciones militares, estos preferían quedar emboscados en retaguardia, muchas veces conspirando en política, mientras que se enviaban al frente a jovencísimos alumnos de colegios militares. En el cuartel general de Omsk, donde se concentraban los excesos y los vicios, había 2.000 oficiales y en el cuartel general de Semipalatinsk, a más de 2.000 kilómetros, otro millar.

Esta situación era reflejo de la incapacidad de un régimen de naturaleza militar para asumir competencias que le superaban. Su desdén hacia la población civil, renunciando a encuadrarla y darle unos objetivos políticos, así como la corrupción de su administración —con un rampante mercado negro, lo habían llevado a una situación similar a la existente antes de la gran retirada de 1915—. El desabastecimiento resultante se palió con frecuencia mediante la requisa y el expolio, lo que produjo frecuentes insurrecciones campesinas en la retaguardia; esto, a su vez, afectó gravemente a la recluta de soldados entre el campesinado, generando una tendencia crónica a la deserción en las filas de los ejércitos de Kolchak: de cada cinco reclutas campesinos, cuatro terminaban desertando. Una parte de ellos se unían a bandas de los «Ejércitos verdes», que para subsistir asaltaban el tráfico por el Transiberiano, complicando el suministro y contribuyendo a la derrota de los ejércitos de Kolchak[810]. Mientras en el gobierno de Kolchak todo se iba en conspiraciones, desorden o ineficacia

sistemática, los bolcheviques, aunque podían ser despóticos y brutales, lograban imponer orden y hacían que la administración funcionara.

El fracaso de la ofensiva de Kolchak provocó la condena aliada de ese frente. La aventura en el Lejano Oriente no había generado más que despropósitos: no solo se había abierto la puerta de los japoneses a la región, sino que también se habían dilapidado ingentes recursos en una ruta larga y complicada —había que acceder por el lejano y único puerto de Vladivostok, para luego hacer más de cuatro mil kilómetros en el Transiberiano hasta llegar a Omsk—. Esta inaccesibilidad se había manifestado como un serio problema para mantener el impulso de la ofensiva, dado que una parte importante de los suministros militares no llegaron a tiempo para ser de utilidad en la ofensiva de Kolchak.

Ya durante el verano de 1917, el Hetmanato y la ocupación de los Centrales estaban amplia y violentamente cuestionados en Ucrania. Las confiscaciones en el campo y jornadas de doce horas en las fábricas dieron origen a huelgas, insurrecciones y la aparición de partidas guerrilleras que no tardaron en agrupar hasta a 40.000 hombres en armas. Tras el armisticio en el frente Occidental los alemanes se replegaron a los principales nudos ferroviarios con intención de hacerse fuertes ante una previsible insurrección pero sin idea de abandonar Ucrania. Este vacío de poder en grandes extensiones del territorio fue inmediatamente disputado y supuso reconstruir de nuevo el insoluble puzle; es decir, una guerra civil ucraniana (dentro de la gran guerra civil rusa) a varias bandas.

El anarquista Majnó ocupó con sus tropas altamente móviles su zona al sureste de Ucrania, lindando con los blancos del atamán Krasnov al otro lado del Don. Y el 14 de noviembre se formó el Directorio, un comité revolucionario encabezado por el antiguo dirigente del gobierno de la Rada, Voldimir Vinnichenko; el hombre fuerte era el jefe militar, el nacionalista y antiguo secretario general de Asuntos Militares de la Rada, Simon Petliura. El Hetman intentaba mantener su régimen, ya sin apoyo de los Centrales, con ayuda de unas pocas unidades ucranianas leales y algunos oficiales rusos procedentes del Ejército de Voluntarios; pero un mes más tarde, las tropas del Directorio, compuestas por unidades que le habían dado la espalda a Skoropadski, e insurgentes, ocuparon Kiev; las tropas alemanas

aún acantonadas en Ucrania no tomaron partido y el depuesto líder huyó al exilio. Se restableció la República Popular de Ucrania y a continuación se unificó con la denominada República Popular de Ucrania Occidental, la antigua Galitzia desgajada del desaparecido Imperio austrohúngaro, que también incluía el norte de Bucovina y la Rutenia Subcarpática y tenía su capital en Lviv. Ucrania se enfrentaba a enemigos en todas sus fronteras, que contribuyeron a hacer del nuevo Estado una frágil cáscara: al norte, el gobierno ucraniano rojo, respaldado desde Moscú; al sudeste, los rusos blancos del general Denikin, nada dispuestos a tolerar el separatismo ucranio; el nuevo Estado polaco, al noroeste, reclamaba territorios de Volinia; incluso Rumanía pedía el norte de Bucovina, al suroeste.

En esas circunstancias, llegaron a las costas ucranianas las fuerzas intervencionistas francesas, ahora ya sin problemas debido al control de los Dardanelos por los aliados tras la rendición del Imperio otomano. La intervención se vistió como una actuación para supervisar la retirada de las guarniciones de los Centrales que permanecían en el país tras el armisticio y de colaboración con las administraciones locales, opuestas al bolchevismo, en la reconstrucción del país[811], además de la reinstauración del Estado ruso incluyendo a Ucrania en él. El día 17 de diciembre desembarcaron los primeros contingentes en Odesa y el 25 en Sebastopol, en un ambiente de compleja rivalidad política. Los ánimos del jefe de la expedición, el general Berthelot, amenazaban con desplomarse: por ser hombre de confianza del primer ministro Clemenceau, se había ganado la desconfianza del general en jefe de Oriente, Franchet d'Espèrey, enemigo del premier; además, debido a su previa participación en la misión aliada en Rumanía, despertaba recelo en los rusos blancos, que suponían apoyaría las reivindicaciones rumanas sobre Besarabia. Para colmo de males, de las doce divisiones prometidas, Berthelot solo había recibido tres; además estaban compuestas por un importante porcentaje de tropas senegalesas que debían afrontar su primer invierno en la estepa y una de ellas afectada de gripe. En conjunto, era un contingente que llevaba entre 18 y 24 meses de operaciones bélicas continuadas y podía ser muy vulnerable a la agitación soviética[812].

A comienzos de 1919, los bolcheviques presionaban desde el norte sobre una Ucrania cuya integridad política estaba sujeta por alfileres. En febrero,

tomaron Kiev, y el Directorio se trasladó a Kamianéts-Podilskyi, célebre en Ucrania por su hermosa fortaleza medieval, cercana a la frontera rumana, y a la recién incorporada República Popular de Ucrania Occidental. En esas circunstancias, en mayo, Simon Petliura fue elegido como cabeza del Directorio, con poderes dictatoriales. Ese cambio obedecía al estado de guerra que vivía el país, pero también era la confesión de un fracaso. A esas alturas, las fuerzas militares del Directorio eran una colección de unidades indisciplinadas, dirigidas muchas veces por señores de la guerra: no se había operado la transformación de una fuerza insurgente en un ejército regular[813]. Y eso con solo una cuarta parte de los 100.000 soldados que tenía a su mando cuatro meses antes: las deserciones habían sido masivas. En consecuencia, el régimen nacionalista ucraniano dependía ahora de las más disciplinadas tropas galitzianas, unos 50.000 soldados, formadas en la tradición militar del desaparecido Imperio austrohúngaro[814].

El problema era que, a su vez, esa fuerza venía derrotada ante el avance de las tropas polacas, que primero se habían hecho con la ciudad de Lviv, capital de la Ucrania Occidental, a finales de noviembre de 1918, y después, con refuerzos de voluntarios que habían servido en el frente francés[815], desbarataron el cerco ucraniano de Kiev[816]. Peor aún: las fuerzas de ese efímero Ejército ucraniano de Galitzia no se llevaron bien con los restos del Ejército de Petliura, al que veían como una colección de izquierdistas poco fiables. En consecuencia, cada uno hizo la guerra por su cuenta y tendió a buscar sus propios aliados en el exterior, lo que debilitó fatalmente la causa nacional ucraniana en un momento crítico.

También durante la primavera se desinflaban los ardores guerreros de los galos: su contingente de intervención desplegado desde mediados de diciembre en el sur de Ucrania se veía enfrentado a un escenario muy complicado y fraccionado, cualquier medida que pretendía implantar «en su zona» era automáticamente cuestionada por alguna de las facciones blancas que la percibían como dirigida específicamente contra ella, y generaba nuevos problemas, en una espiral de caos que solo los bolcheviques supieron aprovechar en su beneficio y que además lograron complicar infiltrando numerosos agitadores francófonos para que fomentaron la sedición entre las tropas[817]. Los mismos refuerzos de tropas griegas y

rumanas, que complementaban a las francesas, fueron vistos como un insulto al orgullo ruso o, en el segundo de los casos, como un apoyo a las pretensiones rumanas de anexionarse territorio ruso[818]. Cuando en enero de 1919 se inició la ofensiva bolchevique, los blancos del Ejército Voluntario se negaron a auxiliar a los ucranianos de Petliura, a quienes tachaban de traidores por separatistas, lo que facilitó su aniquilamiento y que, un mes más tarde, el avance rojo se dirigiera contra ellos. Decididos a resistir en los puertos del mar Negro y en la península de Crimea apoyados por la flota, los franceses descubrieron que su asociación con los voluntarios de Denikin les granjeaba la enemistad de la población local, que aborrecía su involucionismo; por lo que temiendo un levantamiento popular en su contra, en abril los franceses optaron por la retirada, primero de Odesa y a continuación de Crimea[819].

Pero la ignominia francesa no había acabado todavía, el 19 de abril, frente a Sebastopol, cuando aún no se había finalizado la evacuación y con los bolcheviques aproximándose a la ciudad, se amotinó la tripulación del acorazado *France*, haciéndose con el control de la nave, aunque sin violencia con los oficiales, que permanecieron en sus alojamientos a popa. Al día siguiente se sumaría al motín el también acorazado *Jean Bart*; en ambos ondeaba la bandera roja a proa y la tricolor a popa. La tensión alcanzó su máximo cuando los franceses se vieron obligados a pedir auxilio a buques de la armada griega, que los acompañaban en la expedición; pero las naves griegas entraron en una dinámica de provocación y colgaron un pelele de una verga, insinuando el final que esperaba a los marineros amotinados, lo que provocó que las naves de ambas nacionalidades llegaran a encañonarse y forzó la definitiva retirada francesa del teatro ruso[820].

La ocupación bolchevique de Ucrania había sido posible gracias al apoyo de aliados circunstanciales, como el atamán Grigóriev o Néstor Majnó. El primero, capitán y *eserista* en 1917, fue ascendido a teniente coronel a finales de ese año (al pasar a prestar sus servicios con el Ejército de la República ucraniana), a coronel apenas cuatro meses más tarde (al apoyar al colaboracionista Atamán Skoropadski), y a general en las fuerzas del directorado ucraniano y a atamán en noviembre (tras contribuir a deponer al anterior). Coincidiendo con su último ascenso, Grigóriev

abandonó al Directorio y se pasó a los bolcheviques seguido por un importante contingente de cosacos, con los que ayudaría a ocupar Ucrania central. Pero solo hasta que, a principios de mayo, los bolcheviques trataron de implantar su «comunismo de guerra» en la región; entonces, crecido por su éxito, se declaró líder del pueblo ucraniano e inició una cruzada antibolchevique y antisemita.

La alianza de Majnó con los bolcheviques, a finales de enero de 1919, estuvo basada desde el principio en la desconfianza mutua y en la errónea creencia, en ambos, de que su superior programa político se acabaría imponiendo sobre el de su aliado. La fuerza militar que aportó Majnó a la alianza era numéricamente muy inferior a la bolchevique, pero a estos les sorprendía la motivación y capacidad combativa de los guerrilleros anarquistas, que se convirtieron en la brigada de choque del este de Ucrania[821]. Por su parte, los bolcheviques les proveían de armamento y avituallamiento, pero siempre tratando de limitar el número de efectivos que podían juntar los anarquistas y buscando encuadrarlos en formaciones bolcheviques con supervisión de sus comisarios. El problema residía en que el campesinado ucraniano prefería el programa anarquista de reparto de tierras frente al bolchevique de colectivización; por ello un apoyo incondicional a Majnó podría crear un ejército campesino opuesto a un bolchevismo mayoritariamente urbano.

En mayo el recién construido castillo de naipes bolchevique en Ucrania empezó a desmoronarse. Por un lado, la revuelta de Grigóriev dio pie a que el nuevo Estado polaco independiente —creado en febrero de 1919— que aspiraba a convertirse en una potencia regional, se hiciera con dos importantes regiones ucranianas: Volinia y Galitzia Oriental. También en mayo, pero en el extremo oriental de Ucrania, el Ejército Voluntario de Denikin se reagrupó y trató de hacerse con el control del Donbass y sus recursos mineros, lo que hizo saltar todas las alarmas en Moscú y obligó a Lenin a ordenar el despliegue de las escasas unidades de reserva para retomar el control de la región. Pero el Ejército Rojo de 1919 todavía era una fuerza mal coordinada y poco disciplinada; así las fuerzas que acababan de ocupar Crimea —un avance de gran peso moral pero de escaso impacto económico para la nueva república— evitaron acudir al Donbass, privando

a los bolcheviques de la superioridad necesaria para hacer frente a la amenaza de Denikin. Además, los blancos habían encontrado un competente general en la figura de Vladimir May-Mayevski, que, mediante atrevidos ataques de caballería, potenciada por la movilidad de las tropas montadas en ferrocarriles, derrotó repetidas veces a los bolcheviques, e incluso estuvo a punto de aniquilar a Majnó, y se hizo con el control de Ucrania Oriental. El general May-Mayevski constituía la antítesis del oportunista Grigóriev: a pesar de su obesidad y de sus conocidas borracheras en los prostíbulos de la zona de operaciones, era un militar con talento, comprometido con el servicio y querido por sus subordinados, lo que le llevaba a permanecer al frente de sus obligaciones aun cuando las circunstancias políticas aconsejasen lo contrario. Posiblemente fue el mejor general de los blancos[822].

Los avances de May-Mayevski en Ucrania abrieron la oportunidad de un nuevo avance de Ejército Voluntario —esta vez a cargo del eficiente pero díscolo general Wrangel— desde el Cáucaso en dirección a Tsaritsyn, localidad que caería en poder de sus cosacos del Terek y del Kubán —reforzados con carros de combate británicos— a mediados de junio; consolidando un avance en un arco que abarcaba esta ciudad, Járkov y la península de Crimea, un frente de más de 1.200 kilómetros, cubierto por menos de 70.000 efectivos y ante más del doble de bolcheviques[823]. Tras los dos intentos fallidos del atamán Krasnov en 1918, los blancos finalmente estrangulaban el Volga; pero, aunque esta vez capturaron la codiciada ciudad de Tsaritsyn, de nuevo fallaron en la tarea de enlazar con sus correligionarios que amenazaban desde los Urales, ahora al mando del almirante Kolchak. Otra suerte corría Astraján, que fue capaz de repeler los intentos blancos de captura, a pesar de que estos, con ayuda británica, controlaban el Caspio. También al sur del Cáucaso se produjeron avances, expulsando a las milicias azeríes del Daguestán. Pero cuando se quiso continuar más al Sur —en dirección a Bakú y al ferrocarril Transcaucásico— se encontraron con la firme oposición británica, que no solo ocupaba Azerbaiyán y Georgia, sino que explotaba los hidrocarburos de Bakú, comercializándolos a través de Batum, con pingües beneficios[824].

Para los aliados el primer semestre en Ucrania había significado un recorrido a lo largo del espectro de posibilidades que les brindaba la intervención. Inicialmente habían tratado de implicarse directamente o con ayuda de *proxies*, cuando habían carecido de fuerzas suficientes. En ambos casos el resultado fue nefasto. En primer lugar la opinión pública no apoyaba el despliegue de tropas en teatros lejanos una vez concluida la guerra en el frente Occidental; además, injerirse en la guerra civil rusa levantaba apasionados debates en las metrópolis e incluso despertaba simpatía por la causa bolchevique[825]. Tampoco resultaba eficaz apoyarse en tropas griegas, serbias, rumanas y de terceros países, tanto por implicaciones territoriales como por el propio chovinismo del pueblo ruso, que tradicionalmente había sido el protector de dichas nacionalidades. Su presencia solo había provocado suspicacia y dificultado la cooperación con las facciones blancas que se pretendía ayudar. Más éxito parecieron prometer los países limítrofes al antiguo imperio ruso, particularmente Rumanía y la nueva Polonia, que no solo hicieron de parapetos ante el desorden, con capacidad de intervenir en ese y otros conflictos, sino que también aislaron a la derrotada Alemania de la tentación de interaccionar con la Rusia bolchevique. Finalmente estuvo la opción de suministrar armas —aprovechando la disponibilidad de excedentes del frente Occidental— y ofrecer asesoramiento y entrenamiento militar por medio de reducidas misiones militares aliadas que, además, permitieron a las potencias occidentales inmiscuirse en la dirección de la guerra y en los asuntos políticos.

Una parte del éxito del ejército de Denikin había sido precisamente los generosos suministros de pertrechos militares, que, hasta 34.000 toneladas, no solo incluyeron ingentes cantidades de armamento ligero con su correspondiente munición y vestuario y equipamiento para las tropas —con las que no solo se vistieron las familias de la jerarquía blanca, sino que además les reportaron sabrosos beneficios en el mercado negro— pero también llegó artillería y carros de combate, además de mucho material inútil o inadecuado para el frente ruso; en cualquier caso, fue un gran empujón a la moral y operatividad del Ejército Voluntario[826]. Con el control de los estrechos por parte de los aliados, los puertos blancos en el mar

Negro eran fácilmente accesibles al tráfico y, además, se podía aprovechar el viaje de regreso para exportar carbón del Donbass o petróleo de Bakú. La otra parte del éxito de Denikin procedió de la alianza entre el Ejército Voluntario y las distintas agrupaciones cosacas del Sur de Rusia. En el caso de los cosacos del Don, del atamán Krasnov, y los del Kubán, las relaciones con los blancos de Denikin estaban muy deterioradas tras los fracasos en 1918 para la toma de Tsaritsyn. Ese mismo año, los cosacos se habían mostrado recalcitrantes a la hora de volver a combatir; solo las políticas colectivizadoras bolcheviques, que amenazaban con la destrucción del modo de vida cosaco —y que acabarían revirtiendo en una política de «descosaquización», con ejecuciones masivas— los habían llevado a alzarse en armas, pero principalmente para crear repúblicas cosacas autónomas e incluso con atisbos de soberanía. Por todo ello, se necesitó de los auxilios de la misión militar británica para, a finales de febrero de 1919, y tras dos meses de negociaciones en Piatigorsk, poder recomponer la situación, subordinando de nuevo los cosacos al Ejército Voluntario[827].

Por todo ello, en el frente Sur el general Denikin había logrado desarticular y desmoralizar la oposición roja y ante él se abrían múltiples escenarios para continuar su avance. Estaba claro que su siguiente objetivo debía ser la nueva capital, y centro de la red ferroviaria, Moscú; pero sus principales subordinados divergían en cómo hacerlo. May-Mayevsky proponía la ruta más directa: Járkov-Orel-Tula-Moscú, mientras que Wrangel prefería rodear la capital por el Este por la ruta: Samara-Penza-Nizhny Novogorod. El 3 de julio, Denikin impartió las órdenes para la toma de Moscú, optando una solución de compromiso entre May-Mayevsky y Wrangel, pero debilitando aún más el avance con otro esfuerzo divergente en Ucrania, que respondían al quijotismo de tantos generales blancos de constituirse en salvaguardas de la integridad territorial del imperio ruso, en este caso frente a la amenaza expansionista del nuevo Estado polaco[828]. El gran ataque, de nuevo dividido en tres esfuerzos principales y divergentes, a cargo del General May-Mayevsky y los Cosacos del Don por el oeste; el general Sidorin y los Cosacos del Cáucaso por el centro; y el general Wrangel desde el este, avanzó de forma imparable progresando por Ucrania. Ello supuso la toma de Odesa y Kiev en agosto; y ya progresando

hacia el Norte, la captura de Kursk y Orel, entre septiembre y octubre. La progresión por el Este trajo la captura de Saratov, desde donde los cosacos de Wrangel, en veloces acciones de infiltración atacaron Tambov y Voronezh, en la retaguardia roja, sembrando el caos.

A pesar de que a Kolchak las cosas no le iban bien, Denikin avanzando desde el sur hacia Moscú, parecía estar a punto de ganar la guerra para los blancos Pero aún había más: el 28 de septiembre, el general Nikolai Yudenich, comandante del Ejército blanco del Báltico[829], había puesto en marcha, con importante ayuda material y logística británica, su avance sobre Petrogrado, partiendo de Estonia. Por primera vez en la guerra se conseguían coordinar ofensivas. Y sin embargo, a los pocos días, la toma de Orel por Denikin, el 13 de octubre, marcaría el máximo grado de penetración de los Ejércitos blancos sobre Moscú. A los pocos días, el Ejército Rojo lanzó una potente contraofensiva que, tras detener la progresión de los blancos, los empezó a rechazar hacia el sur el 24 de octubre. La gran ofensiva de Denikin había fracasado, y terminó de derrumbarse el 15 de noviembre, con la pérdida del estratégico nudo ferroviario de Kastornoe. Por su parte, la ofensiva de Yudenich, el día 20 de octubre alcanzaba las alturas de Pulkovo, defensa natural de Petrogrado, donde había sido vencido Kérenski y donde también lo serían los blancos, por los defensores de la ciudad, a partir del día siguiente.

De esa forma, bruscamente, se desmoronó la gran ofensiva de los blancos en el verano de 1919. Cabe añadir, como epitafio, que las unidades anglo-americanas en Murmansk y Arjangelsk se habían mostrado completamente inútiles. Ni habían logrado poner en marcha ataques decisivos por su cuenta, ni habían logrado organizar unidades de combatientes blancos mínimamente eficaces, y arrojaron la toalla en julio de 1919 al decidir la retirada de sus contingentes. Se puede decir que en aquellas cárceles de hielo se había prolongado la ineficacia crónica del generalato británico en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Dicho sea de paso, tampoco lograron poner orden en el Báltico, donde un aventurero general alemán, Rüdiger von der Göltz, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Norte hasta noviembre de 1918, decidió emplear las tropas a su mando —junto con voluntarios de los Freikorps— tomó el

control de Letonia en mayo del año siguiente, expulsando al presidente Kārlis Ulmanis y purgando el país de bolcheviques y nacionalistas. Este delirio del nuevo ultranacionalismo pangermanista, tuvo su continuación aún más surrealista en julio, cuando el príncipe ruso Pavel Bermondt-Awalov —oficial de los cosacos del Ussuri y de origen georgiano— llegó a Letonia con un contingente de 10.000 exprisioneros rusos en Alemania para recibir el control de la zona de manos aliadas; y en vez de ello intentó organizar un poder ruso monárquico, con apoyo de Von der Göltz y rehusando unir sus fuerzas a las de Yudenitch.

Estas historias disparatadas venían propiciadas por la tendencia británica a gestionar indirectamente, a la manera colonial, las situaciones que ellos mismos no deseaban afrontar directamente[830]. Y en la guerra civil rusa siempre temieron que sus tropas se contaminaran políticamente: de hecho se llegó a producir un motín en Murmansk, en julio de 1919, que afectó al 6º Batallón de la infantería ligera de los Royal Marines[831]. Por otro lado, Londres tampoco deseaba que la intervención en Rusia influyese en su política interior. Debido a ello, ya en la primavera de 1917 el mismo rey Jorge V puso trabas directas a que Nicolás II y su familia fuesen acogidos como refugiados políticos en Gran Bretaña, para no tener problemas ni con la opinión pública ni, sobre todo, con el Partido Laborista.

Como había ocurrido con la fallida ofensiva de Kolchak, las de Yudenich y Denikin fracasaron por razones parecidas, aunque en el caso de este último se deben añadir, muy en especial, los problemas logísticos. En su planeado avance hacia Moscú, Denikin había olvidado una de las lecciones más duras que había enseñado la Gran Guerra: la importancia de controlar adecuadamente la logística y la gestión de las reservas en la ofensiva. Las grandes distancias tras los frentes rusos, unidas a las precarias vías de comunicación existentes podían llevar fácilmente al colapso. Si además chocaban con líneas de defensa formadas por ejércitos numerosos, el poder de la defensa paraba en seco las progresiones. Los rojos habían demostrado su capacidad para reunir con cierta rapidez ejércitos masivos, en parte gracias a su capacidad de convencimiento —muy superior a la de los blancos— y su organización logística, y eso fue lo que volvieron a poner en juego en el camino hacia Moscú y ante Petrogrado: 100.000 hombres frente

a los 15.000 de Yudenich, y más de 150.000 frente a los casi 70.000 de Denikin.

Las insurrecciones en la retaguardia de los blancos hicieron lo demás. En el caso del avance desde el sur, muy agravadas por la participación del Ejército anarquista de Majnó o los nacionalistas ucranianos de Petliura. Resultaba imposible controlar la retaguardia, había que distraer tropas del frente, y aun así los suministros no llegaban. Los trenes quedaban detenidos, los ferroviarios no colaboraban y los mineros del Donbass no entregaban carbón; las fábricas detenían la producción. Los campesinos se sublevaban por las requisas, y en el terreno conquistado la población rusa odiaba a los cosacos que empleaban una parte importante de su ardor militar en el saqueo. Miles de ellos desertaron para llevarse el botín a sus casas. Fallaba la disciplina, los comandantes hacían lo que mejor les parecía, sobre todo los de la caballería, que integraban buena parte de los ejércitos de Denikin.

Y además de esos factores, tuvo un enorme peso en la suerte de las ofensivas de Yudenich y Denikin la carencia casi absoluta de programa político; el único claramente identificable en todos los casos fue el militar: ganar la guerra. Pero en una contienda civil es justamente esencial contar con la población civil, algo que los blancos apenas consideraban. Frente a la ingeniosa propaganda de los rojos, los blancos no ideaban nada. A los campesinos apenas se les hacían vagas promesas de reforma agraria, cuando, en teoría, ya poseían la tierra gracias a la revolución. Solo se hablaba de un difuso regreso al pasado, a una Rusia imperial y centralista, aunque ya sin el culto a la figura de un zar que nadie planteaba restaurar. No había reconocimiento para la autonomía de los cosacos o para la independencia de repúblicas que ya la habían obtenido de facto. Tal era el caso de Finlandia, estado plenamente soberano que no colaboró en la ofensiva de Yudenich porque este no le reconoció su estatus.

Así, los aliados quedaron rápidamente desengañados de sus proxy wars en Rusia. Se había hecho un esfuerzo importante en casi todos los frentes, a pesar de lo cual, en el otoño de 1919, los blancos ya no eran un caballo ganador. La corrupción reinante, que llevó a que parte del material

entregado terminara en el mercado negro, indignó a los aliados, que quisieron cobrarse parte de lo aportado a Denikin.

En el otoño de 1919 los ejércitos blancos se hundieron como castillos de naipes. El Ejército Rojo tomó Omsk el 14 de noviembre; el almirante Kolchak se retiró en uno de sus seis trenes blindados, cargado con las reservas de oro del régimen zarista. Pero antes de llegar a Irkutsk, la nueva capital, fue detenido por los legionarios checos, que tras negociar con los bolcheviques lo entregaron a cambio de libre paso hacia Vladivostok. La Legión Checa, ya desmoralizada y agotada, había sido exprimida por los aliados sin consideración. Checoslovaquia, su patria legítima, les esperaba desde hacía más de un año. El almirante fue fusilado el 7 de febrero de 1920. En Estonia, el general Yudenich dimitió tras su fracasada incursión contra Petrogrado, y su ejército se desbandó. En el sur, los restos del Ejército de Voluntarios y otras fuerzas blancas se retiraron hasta Crimea, último bastión de resistencia. Allí, el 20 de marzo Denikin fue forzado a dimitir a favor del barón Piotr Wrangel, uno de los más celebrados jefes de la caballería.

---

804 Kinvig (2006): pp. 217-218.

805 Trotsky (1930, ed 1979): p. 471 y Kinvig (2006): pp. 295-296.

806 Trotsky (1930, ed. 1979): p. 432.

807 Khvostov y Karachtchouk (1996): p. 43 y lámina D.

808 Trotsky (1930, ed. 1979): pp. 433-438.

809 Kinvig (2006): pp. 228-229.

810 En algunos casos, esas bandas llegaron a desarrollar alternativas políticas propias, como se demostró en el Primer Congreso Campesino Insurgente, celebrado en Siberia en abril de 1919. Figes (2003): p. 718.

811 Munholland (1981): p. 44.

812 Ibíd.: pp. 45-46.

813 Plokhy (2015): p. 216.

814 Ibídem.

815 El denominado Ejército Azul del general Józef Haller von Hallenburg, completamente equipado por los franceses. Ante el desagrado de París por el expansionismo polaco. Haller respondió enviando telegramas en los que denunciaba que los ucranianos eran, en realidad, bolcheviques. Plokhy (2015): p. 217.

816 Subtelny (2009): p. 370.

817 La campaña de agitación estaba dirigida por Jaques Sadoul, un capitán francés de la misión militar francesa en Petrogrado, que había desertado para pasarse a los bolcheviques. Munholland (1981): p. 49.

818 Ibíd., pp. 49 y 45 respectivamente.

819 Según Denikin, la animosidad de los franceses hacia los blancos llegó al extremo de dejar los depósitos de pertrechos que no se pudieron evacuar en manos bolcheviques antes que hacerlo llegar al Ejército Voluntario. Denikin (1921): tomo III, p. 504.

820 Ya habían surgido malentendidos y animosidades entre ambas nacionalidades provocados principalmente por lo precipitado de la retirada francesa que, en ocasiones había expuesto a los griegos a peligros innecesarios. Denikin (1921): tomo III, pp. 513-514.

821 Malet (1982): pp. 29-39.

822 El general May-Mayevski fue tres veces caballero de San Jorge: condecorado por el Zar en 1915, por el gobierno provisional en 1917 y por el gobierno británico (Orden de San Miguel y San Jorge) en 1919.

823 Esto suponía un ratio de 50 y 100 hombres por kilómetro para blancos y rojos respectivamente, una cifra muy inferior a los 10.000 hombres por kilómetro del frente Occidental en 1918.

824 Swietochowsky (1985): pp. 152-153 y 143-144.

825 Además de la propia prepotencia de las potencias aliadas frente a las facciones blancas, tal como manifiesta Denikin en repetidas ocasiones, por ejemplo respecto al reparto de los buques rusos de la Flota del mar Negro todavía en poder de los alemanes tras el armisticio. Denikin (1921): tomo III, pp. 67-69.

826 Kinvig (2006): pp. 107-110.

827 Kinvig (2006): pp. 97-102. Denikin no cita ninguna intermediación británica. Denikin (1921): tomo IV, pp. 208-209.

828 Denikin despreciaba las garantías de autonomía reconocidas por el gobierno provisional a las nacionalidades del imperio, y se preguntaba si, una vez reconocida su independencia, estarían dispuestas a colaborar en la lucha contra el bolchevismo. Denikin: (1921): tomo III, pp. 52-54.

829 Yudenich había sido el artífice de las derrotas otomanas en el Cáucaso durante la Primera Guerra Mundial. Tras la Revolución de Febrero había viajado a Petrogrado para apoyar a Kornilov, huyendo después de octubre a Estonia y Finlandia.

830 Benoist-Mechin (1942): pp. 268-269.

831 Kinvig (2006): p. 175.

## CAPÍTULO 32

# DE VARSOVIA A BAKÚ
# La revolución internacional, entre el Oeste y el Este, julio-noviembre de 1920

A comienzos de agosto de 1920, cuando estaban por concluir los trabajos del Segundo Congreso de la Tercera internacional (19 de julio-7 de agosto) Lenin convocó al Kremlin a los tres últimos delegados alemanes que aún quedaban en Moscú. Lo encontraron inspeccionando un enorme mapa de Europa. Les explicó la situación en el frente Occidental, donde las tropas del Ejército Rojo convergían hacia Varsovia. Les comunicó que parte de sus unidades alcanzarían también la frontera de Prusia Oriental y a continuación les preguntó en tono neutro: «¿En qué forma se desarrollará, a vuestro juicio, el alzamiento de la Prusia Oriental?». Los tres delegados creyeron entender mal la pregunta, dado que esa región era una de las que poseía un trasfondo social más conservador y hasta reaccionario de toda Alemania. Pero Lenin estaba hablando muy en serio: «¿Con esto queréis decirme que no se combatirá en Prusia Oriental?» —respondió irritado—. Insistió, interrogando uno a uno a los tres alemanes. Tras constatar su incredulidad, puso fin a la entrevista y los despidió con todo cortante: «Al menos habéis de saber que nosotros, en el Comité Central, tenemos una opinión muy diferente a la vuestra». Pero, en efecto, las escasas unidades del Ejército Rojo que intentaron penetrar en territorio alemán, pocos días más tarde, fueron fácilmente rechazadas[832].

La anécdota pone de relieve la inquebrantable confianza de Lenin y la mayoría de los líderes bolcheviques en la inminencia de la revolución internacional, a pesar de que, objetivamente, no había razones para tanto optimismo. La revolución había fracasado ya en Alemania y Hungría vivía ya bajo el Terror Blanco, tras el hundimiento de la República soviética,

hacía ya un año. Pero en el momento del Segundo Congreso de la Internacional, la guerra civil parecía próxima a concluir, mientras la Caballería Roja *(КонармИя, Konarmiya),* al mando del carismático general Semión Budienni, cabalgaba hacia Europa Central. Parecía que Moscú tomaba el control; ya en 1919 había comenzado la construcción de la Torre Shujov, un proyecto de ingeniería revolucionario, a base de celosía metálica y estructura hiperboloide, que con sus 350 metros de altura debería ser la gran torre de comunicaciones desde la cual Moscú lanzaría al mundo sus mensajes y consignas. Por entonces, Lenin ya planificaba una gran confederación que incluiría Alemania y que debería ser administrada por un mismo órgano, paso previo a una gran Unión Soviética de Europa y Asia. Stalin, que pasaba por ser uno de los expertos en cuestiones nacionales, rechazó tales ensoñaciones por imprácticas, al poner en pie de igualdad de derechos a Alemania con Ucrania o Polonia. Lenin, enojado, lo acusó de «chovinismo»[833].

En realidad, Lenin, Trotski y todos aquellos que en el verano de 1920 creían en la inminencia de la tan esperada revolución internacional, cometían un error parecido al de los blancos. Estos y sus padrinos occidentales había creído que solo con la fuerza militar era posible derrotar a la revolución. Ahora, los bolcheviques parecían pensar que los 6.500.000 soldados de su Ejército Rojo venían a ser un heraldo armado de las nuevas ideas y solo con su presencia bastaría para lanzar a los obreros y campesinos a la revolución. En realidad, y para el caso específico de Polonia, Lenin veía su territorio como un mero puente de acceso hacia Alemania, donde la revolución sería —esta vez sí— inevitable, y con ella, al del resto de Europa. Sin embargo, y precisamente en Polonia, los dirigentes soviéticos iban a encontrarse con una forma de entusiasmo popular que no concebían.

En el nuevo Estado, de nuevo independiente desde los repartos operados sobre su territorio por rusos, austriacos y prusianos a lo largo del siglo XVIII —el último en 1795— se ha desatado el entusiasmo. Además, saben que cuentan con el apoyo de los aliados, en especial de franceses y americanos; no en vano Wilson ha hecho referencia a Polonia en el decimotercero de sus Catorce Puntos. Los voluntarios que han luchado en las trincheras del frente

Occidental durante la Gran Guerra regresan al país, y se unirán a los combatientes de las Legiones Polacas, integradas en el Ejército austrohúngaro y a los nuevos reclutas, para ir constituyendo el nuevo Ejército polaco. Frente a ellos, hacia el Este, solo existen precarios gobiernos soberanos y la marejada de la Revolución, que va y viene. Ya en la primavera de 1919, las fuerzas polacas ocupan Volinia y la Galitzia Oriental, liquidando la República de Ucrania occidental, pasarán sobre partes del territorio lituano (incluyendo la vieja capital, Vilna) y se adentrarán en Ucrania, junto con las escuálidas fuerzas de Petliura, el cual se había aliado con Piłsudski para echar a los bolcheviques de Ucrania. Desde finales de 1919, estos habían logrado asentarse en la mayor parte del territorio por la vía de crear una República Socialista Soviética de Ucrania, que había dejado el control político a los comunistas ucranianos, integrando también a antiguos social-revolucionarios —aunque a título individual— y alumbrando una generación de cuadros político-administrativos locales, así como una élite cultural. La tierra fue entregada a los campesinos, por fin, y se pospusieron proyectos y alusiones a la colectivización[834]. La aceptación de la identidad nacional ucraniana por los bolcheviques en base a las «lecciones de 1919» —como las llamaba el mismo Lenin— no sirvió para que las fuerzas polacas tomaran Kiev en mayo de 1920. Pero sí para condenar el proyecto político de Petliura, que había entregado la República de Ucrania occidental a los polacos a cambio de una alianza en la que actuaba como simple subordinado.

La Entente veía con mucho recelo el hegemonismo inspirado por Piłsudski. Los aliados habían apostado por una victoria de los blancos y la voracidad polaca resultaba comprometedora. Pero el caudillo polaco no se fiaba del nacionalismo ruso blanco y además intentaba hacer realidad la *idea Jagellón* o *Intermarium*: una especie de enorme República polaca medieval reconstruida, que encabezaría a una amplia federación europea oriental, la cual abarcaría desde el Báltico al mar Negro: Polonia, estados bálticos, Bielorrusia y Ucrania, con la posible inclusión de Georgia; una entidad antibolchevique aunque también antirrusa.

Pero el contraataque soviético no tardó en desencadenarse, y resultó rápido y contundente. A su vanguardia cabalga la *Konarmiya*, el Primer

Ejército de Caballería Roja que ya había debutado el año anterior en la contraofensiva contra Denikin, hundiendo sus líneas y provocando el pánico entre los cosacos. A pesar de que el Ejército Rojo avanza velozmente hacia el corazón de Polonia, a razón de más de 30 kilómetros al día, los aliados occidentales se muestran remisos a enviar tropas en su ayuda. Finalmente, accedieron a ceder armas y algunos asesores militares, encabezados por el general francés Maxime Weygand. Esta misión tuvo una destacada responsabilidad en el rechazo de los bolcheviques a las puertas de Varsovia, el 16 de agosto de 1920. Será el denominado «milagro en el Vístula»: Weygand insistirá en denominarlo así para no menospreciar el papel de Piłsudski en esa decisiva batalla. Aunque para los historiadores polacos, el verdadero vencedor fue precisamente el caudillo Piłsudski, que lanzó un decisivo contraataque entre el 16 y 18 de agosto. Incluiría la última gran batalla de caballería del siglo XX, con 20.000 jinetes por bando y sería la primera gran batalla polaca desde levantamiento del sitio de Viena en 1683 por Jan Sobieski[835].

Para el nacionalismo polaco fue un hito de enorme trascendencia, por cuanto le redimía de haber obtenido la independencia solo a partir de la derrota de Alemania en noviembre de 1918, con lo cual los sacrificios de las Legiones Polacas no habrían servido de gran cosa. En 1920, por el contrario, todos los voluntarios polacos, de una y otra procedencia, podían argumentar que se habían salvado a sí mismo como nación y de paso a Occidente de las «hordas rojas», sazonada toda la épica militar con anécdotas como aquella de que habían impedido las comunicaciones entre las fuerzas rojas radiando en la misma frecuencia pasajes del Génesis en latín y polaco.

Para Lenin fue una verdadera bofetada, máxime teniendo en cuenta que Polonia era una antigua provincia rusa y que algunos camaradas de primera hora y líderes importantes del nuevo Estado soviético eran polacos. Entonó una sentida autocrítica el 22 de septiembre, en la IX Conferencia Panrusa del PCR(b): habló abiertamente de una derrota profunda, de una situación catastrófica; en vez de ser vitoreado por los obreros y campesinos polacos, el Ejército Rojo se había encontrado con una «insurrección patriótica»[836].

De paso, la derrota implicó un altercado importante con Stalin. Inicialmente, este se había mostrado escéptico y hasta algo alarmado ante las expectativas que Lenin ponía en la campaña de Polonia. Incluso advirtió que la guerra contra los blancos aún no había terminado, y que aun cuando parecía que todo lo que quedaba de ellos eran las tropas del general Wrangel confinadas en Crimea, aún podía dar sustos. De hecho, Trotski y Radek, concidían: habían juzgado negativamente la actitud de Lenin ante el tratado de Brest-Litovsk, y ahora se extrañaban del audaz entusiasmo que mostraba con la guerra en Polonia. Sin embargo, la actitud de Stalin cambió cuando se le confió la responsabilidad político-militar del frente del Sudoeste (Ucrania), a finales de mayo; en febrero lo habían enviado al Cáucaso, pero había presionado tenazmente para que le concedieran un cargo de mayor responsabilidad militar, como comisario político. No deseaba quedar relegado al cargo de experto en el Cáucaso, relacionado con su origen georgiano. Consideraba que tenía criterio propio en todos los aspectos del gobierno y la revolución[837].

Dispuesto a demostrarlo, movió mando e influencia para impulsar un objetivo militar propio: la toma de Lviv, defendida por cierto por tropas polacas y ucranianas de Petliura. Con el tiempo se ha consolidado la aseveración de que la iniciativa de Stalin, para la cual distrajo de la planificación principal de la campaña a las tropas de los comandantes Budienni y Yegórov, aliados políticos suyos, fue la causa del fracaso de toda la campaña, incluyendo el fallido asalto a Varsovia. Ciertamente, la falta fue seria porque la campaña había sido planificada por Trotski y Tujachevski, sobre el terreno, y Lenin en Moscú; pero achacarle toda la responsabilidad de la derrota es excesivo dado que el problema real estaba en la deficiente capacidad militar del coordinador de los frentes occidentales, Kamenev. En cualquier caso, Stalin no acertó a defenderse adecuadamente y tanto Lenin como Trotski aprovecharon para aligerarse de sus respectivas responsabilidades[838]. El georgiano fue acusado de insubordinación, ambición personal e incompetencia militar.

Pero al menos había estado acertado en señalar el peligro que subsistía en Crimea. Allí, el general barón Piotr Wrangel se aprestaba a librar la última batalla de los blancos, entre la espada y la pared. Al final, había

resultado ser un comandante mejor que Denikin. Crimea era un territorio exiguo, incluso para mantener a los últimos 40.000 soldados que le quedaban a los ejércitos blancos[839]. Y para ello lanzó una contraofensiva —que incluyó un audaz desembarco— y entre el 25 y el 30 de mayo ocupó las tierras fértiles de la gubernia de Táurida Norte, entre el bajo Dniéper y el itsmo de Crimea. Fue una operación en dos fases, continuada a comienzos de junio, que expulsó a los rojos al otro lado del Dniéster. Pero las tropas blancas quedaron tan exhaustas que solo pudieron explotar la retirada del enemigo desde el aire, mediante ametrallamientos y bombardeos de su aviación de asalto, compuesta por unos 40 aparatos de todos los tipos[840]. Eso era muy innovador, pero escasamente eficaz en aquellas circunstancias.

Ese movimiento y una ambiciosa operación anfibia para retomar la capital del Kubán. Ekaterinodar, iniciada el 29 de julio, y concluida el 17 de agosto, reembarcando 50 kilómetros más al sur, fueron las dos operaciones de envergadura, a la desesperada, que lograron lanzar las tropas de Wrangel. Ello fue posible porque las mejores unidades del Ejército Rojo estaban comprometidas en la ofensiva contra Polonia. Conforme las tropas rojas se iban retirando desordenadamente desde Varsovia y Moscú perdía todo interés por la empresa, Trotski trasladó hacia Crimea sus mejores unidades.

Hasta ese momento, los aliados seguían comprometidos en el apoyo militar a los blancos. Unidades de la flota británica habían colaborado más o menos discretamente en las operaciones anfibias, fuego de cobertura o evacuación de refugiados. En el mar de Azov operaba el portahidroaviones *HMS Pegasus,* que los rojos intentaron bombardear[841]; y la misión militar aliada contaba con 169 oficiales, entre ellos dos generales, cuatro coroneles, seis teniente coroneles y treinta y cinco mayores[842]. Pero a esas alturas Londres ya no deseaba apoyar diplomáticamente a Wrangel. Este ya había recibido una protesta formal de los británicos por su ofensiva de primavera en Táurida; abogaban por alguna forma de armisticio o acuerdo con los soviéticos, en la línea del apaciguamiento que proponían para el conflicto ruso-polaco. De hecho, ya en junio retiraron su nutrida misión militar en Crimea[843]. Tras la batalla de Varsovia cobró fuerza esta línea de trabajo que llevó al tratado de paz entre las partes firmado el 12 de octubre. Quienes sí

perseveraban en el apoyo total a los blancos de Wrangel fueron los franceses, que el 12 de agosto reconocieron a ese gobierno como el legítimo para toda Rusia. Previamente, además, constituyó el gobierno del sur de Rusia, reconocido oficialmente por Francia como gobierno de toda Rusia. Previamente, París había pedido que Wrangel reconociera la deuda rusa con Francia, los repartos de tierra efectuados durante la Revolución y los consiguientes derechos de propiedad, así como la convocatoria de una asamblea parlamentaria de elección popular[844].

Wrangel también se había percatado de la importancia de los aspectos políticos que suponía una guerra civil. En consecuencia, accedió en atraerse a los campesinos descontentos en el bando rojo y evitar los levantamientos en la propia retaguardia. El resultado fue una propuesta de reforma agraria que guardaba parentesco con el viejo proyecto de Stolypin, al entregar a los campesinos una pequeña parcela que sin embargo no suponía la volición del *zemtsvo*, sino su continuación con una mayoría de propietarios privados. Eso incluía la supervivencia de la nobleza agraria a la cual se le compensaría por las expropiaciones en base a la entrega de una quinta parte de la cosecha[845]. Era un proyecto anacrónico que implicaba un debate absurdo sobre cómo asegurar la continuidad de la nobleza como clase propietaria, cuando de hecho ya había sido barrida del campo e incluso la mayoría de los combatientes blancos acorralados en Crimea se definían como republicanos. Por lo tanto, llegaba muy tarde para cambiar el curso de la historia, a pesar de que se creara una Comisión para la reforma agraria, sita en Yalta o se llegara a dar carta de naturaleza a unos «soviets agrarios» que deberían entregar títulos de herencia y estudiaban formas de parcelar las grandes heredades[846]. Para completar el espejismo del pasado, el Ejército de Voluntarios y otras unidades no encuadradas en él fueron reunidas bajo la denominación común de Ejército ruso. Pero la burbuja de irrealidad bajo la que vivía el último Estado ruso en una provincia que antaño había sido balneario y destino vacacional de las clases privilegiadas tenía los días contados.

El 15 de octubre comenzó la ofensiva final del Ejército Rojo. Para ello se habían reunido fuerzas que superaban en tres veces y media las de Wrangel. Incluso se habían incluido las guerrillas anarquistas de Majnó.

Estas, que habían desempeñado un papel de primer orden en la derrota de Denikin, al desbaratar continuamente sus líneas de abastecimiento, habían acabado enfrentándose a su vez a los comunistas ucranianos. Pero en octubre se pactó una alianza con los rojos a fin de participar en la última campaña contra los blancos.

A partir de entonces, la resistencia de las tropas de Wrangel estuvo destinada a ganar el tiempo necesario para embarcar en los puertos de la península, convertida en una ratonera, y partir para el exilio. El mismo Wrangel dio la orden de evacuación el día 29, mientras una parte del Ejército blanco cedía poco a poco el terreno hasta alcanzar el 2 de noviembre el itsmo de Perekop, una excelente posición defensiva de entre cinco y seis kilómetros de ancho, flanqueada por impenetrables marismas, desde la que pretendía asegurarse una evacuación sin sobresaltos. Pero apenas consolidado el frente en Perekop, una combinación de bajamares muy acusadas junto con un abrupto descenso de las temperaturas heló las marismas y expuso la línea defensiva por ambos flancos, provocando la desbandada de los blancos. Doce días más tarde, el 14 y 15 de noviembre, los últimos restos del Ejército ruso blanco embarcaban en Sebastopol, Feodosia y Kerch. Eran 145.693 personas, de ellos 100.000 soldados, 30.000 mujeres y 7.000 niños. Un convoy de 126 barcos de todo tipo, incluyendo los restos de la antigua Flota del mar Negro, aquella que estuvo destinada a tomar Constantinopla seis años antes, transportó a los refugiados a esa misma ciudad.

La derrota final de los Ejércitos blancos fue un consuelo para los vencedores, que no habían podido doblegar a Polonia. Pero no era menos cierto que el hecho cerraba el ciclo abierto con la Revolución de febrero de 1917, es decir, la fase de revolución rusa propiamente dicha. La revolución internacional había quedado bloqueada con el fracaso en Polonia. Y no solo eso: antiguas provincias del Imperio ruso, tales como Finlandia o los países bálticos, continuaban siendo estados independientes con regímenes burgueses capitalistas y los intentos por convertirlos en repúblicas socialistas soviéticas habían fracasado. Por lo tanto, parecía difícil concebir que la revolución internacional comenzara por Europa cuando ni siquiera había sobrepasado las fronteras rusas de 1914.

Ese bloqueo hacia Occidente influyó de forma decisiva en la decisión de Lenin y los bolcheviques en desplazar el centro de gravedad de la revolución hacia Oriente. Con todo, cabe recordar que no fue un viraje brusco, sino más bien una cuestión de énfasis. De hecho, hacia finales de junio, ya antes del Segundo Congreso de la Internacional Comunista, se tomó la decisión de convocar un Primer Congreso de los Pueblos de Oriente y se publicó en julio, en la revista oficial de la Komintern. La convocatoria iba firmada por Zinoviev y veinticinco miembros de del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Inicialmente era un llamamiento limitado a las «masas esclavizadas» de Persia, Armenia y Turquía[847] y por ello resultaba adecuado convocarlo en Bakú, la capital de Azerbaiyán. Era el centro de la industria petroquímica rusa desde 1840; por lo tanto, era un núcleo obrero importante y además estaba situado en el Cáucaso, vecino a Armenia, Turquía y Persia. De hecho, en 1905 la numerosa y organizada población trabajadora protagonizó numerosas huelgas e incluso exportó su modelo revolucionario a la vecina Persia[848].

Pero a su vez, el congreso tenía que ver con la situación estratégica en la zona y los intereses de Moscú. En Turquía, los nacionalistas de Mustafá Kemal luchaban contra los invasores griegos y el resto de las fuerzas de ocupación (franceses, principalmente) que se había repartido Anatolia; el Tratado de Sevrès estaba a punto de ser firmado (agosto de 1920). La tensión con la recién nacida República Democrática de Armenia (mayo de 1918) crecía y no tardaría en desembocar en guerra abierta. Por otra parte, Kemal no demostraba veleidades política procomunistas, pero sí que estaba dispuesto a pactar con Moscú el envío de armas y asesores; a cambio, se comprometió a no perseguir a los simpatizantes de la Komintern, que precisamente fundarían el Partido Comunista Turco (TKP, por *Türkiye Komünist Partisi)* en Bakú.

Todo ello coincidía en el tiempo con la campaña de Polonia y los meses finales de la resistencia blanca en Crimea: interesaba enviar mensajes de advertencia a los británicos —también implicados hasta los ejes en la guerra que se estaba desatando en Turquía— y sus actitudes cautelosas en Polonia, Crimea y Turquía, parecieron probar que se tomaron en serio los llamamientos a la revolución en el Cáucaso y Persia. De hecho, estaban

preocupados y hasta nerviosos por lo que percibían como inquietantes movimientos insurgentes en su Imperio y zonas de influencia estratégica en Asia. Entre abril y agosto de 1919 habían tenido que librar la tercera guerra afgana contra las bien equipadas fuerzas del Amir Amanullah que habían intentado invadir el territorio de la Frontera Noroeste de la India por el paso de Jyber. La potencia aérea[849], que suplía la incapacidad de los británicos para guarnecer la frontera, les había dado una ajustada victoria táctica, pero estratégicamente Afganistán había emergido como un Estado soberano. Por esas mismas fechas, el 13 de abril de 1919, tropas británicas habían ametrallado a una multitud de civiles indefensos, hombres, mujeres y niños en la ciudad de Amritsar, en lo que fue conocido como la «matanza del jardín de Jallianwala». La multitud celebraba el Vaisaji o año nuevo y el luctuoso suceso fue la expresión más brutal de la paranoia que aquejaba a muchos oficiales coloniales británicos, obsesionados con la inminencia de un levantamiento en el Punjab. Todo ello conectado con la resistencia de Londres a conceder autonomía política a la India británica. Y, aunque relegado ya por entonces a una segunda o tercera posición, a la crisis que suponía la guerra irlandesa, que iba a concluir tan solo dos años más tarde con la traumática independencia del país.

Pero todavía había más. Los territorios del Cáucaso no solo habían aportado personalidades que tomaron parte activa en el proceso constitucional y revolucionario, como el conservador príncipe Ilia Chavchavadze, los mencheviques Irakli Tsereteli y Nikolai Chjeidze o el bolchevique Iósif Vissariónovich Dzhugashvili —alias Stalin—; sino que los sucesos revolucionarios también tuvieron gran repercusión en el Cáucaso. La Revolución de Febrero produjo en Tiflis tumultos masivos y espontáneos: se liberó a aquellos que todavía estaban presos desde 1905 y se constituyó un Comité Especial Transcaucásico —*Ozakom*— que englobó a los diputados de la cuarta Duma de esos territorios.

Pero con la misma celeridad que se asumía la nueva coyuntura revolucionaria el tejido transcaucásico empezó a reventar por todas sus costuras. En primer lugar, el soviet local de Bakú quedó firmemente en manos del bolchevique y editor armenio Stepan Shaumian que se negó a colaborar con el *Ozakom* y propuso la creación de una federación caucásica

compuesta por las tres principales nacionalidades y el 20 de septiembre de 1917 llegó la ruptura definitiva, cuando el *Ozakom* se transformó en el Comisariado Transcaucásico —*Zakavkom*— y se declaró independiente de Petrogrado hasta que no quedase constituida la Asamblea Constituyente. Hacia finales de noviembre, las elecciones en toda Transcaucasia dieron una mayoría a los mencheviques, al partido azerí Müsavat —nacionalista panturco y liberal, fundado en 1911— y el armenio Dashnaktsutyun —socialista nacional[850]—. La situación evolucionó hacia una mayor tensión con la toma del poder por los bolcheviques en Petrogrado.

La firma del Tratado de Brest-Litovsk desencadenó un nuevo terremoto en Transacaucasia, cuando, en los momentos finales de la Primera Guerra Mundial, los otomanos intentaron controlar el Cáucaso aprovechando sus estipulaciones y la incapacidad bolchevique para oponerse a sus planes. El frenesí fue tan acuciante que unidades alemanas, en Georgia, y otomanas, llegaron a combatirse entre sí, a pesar de ser teóricos aliados. En Transcaucasia, cada uno intentó defenderse como pudo. Se buscó la protección de Moscú proclamando la República Democrática Federal de Transcaucasia, pero el «retorno» a Rusia no sirvió de nada. El 13 de abril, los bolcheviques de Azerbaiyán, mayormente armenios y dirigidos por Stepan Shaumian, proclamaron la Comuna de Bakú y defendieron la ciudad ante los otomanos.

Mientras tanto, bajo la protección de las tropas alemanes llegadas desde Ucrania, Georgia se independizó el 26 de mayo. Eso hizo saltar el edificio transcaucásico: Azerbaiyán y Armenia siguieron su ejemplo. En Azerbaiyán, la situación evolucionó hacia la guerra civil cuando los mencheviques dieron un golpe de Estado, destruyeron la Comuna de Bakú y pidieron ayuda a los británicos, en Persia, que tomaron la ciudad en agosto. Eso no evitó que los otomanos, apoyados por el Musavat, conquistaran Bakú a su vez, al mes siguiente. Pero la victoria duró poco: el Imperio otomano salió de la Gran Guerra el 30 de octubre y de nuevo regresaron los británicos a Bakú en diciembre.

En los meses siguientes, la existencia de Azerbaiyán fue azarosa, presidida por una gran inestabilidad política y la incapacidad de Musavat para llevar a cabo la reforma agraria favorable a los campesinos

musulmanes contra la resistencia de la burguesía armenia. El desempleo se extendía entre los trabajadores musulmanes y rusos de la industria petrolera, arruinada tras la pérdida del mercado ruso. El 28 de abril de 1920, las tropas del Ejército Rojo ocuparon el país. El movimiento fue facilitado por la aquiescencia de los nacionalistas turcos de Mustafá Kemal, necesitados de la vecindad de los soviéticos para hacerse con las armas, vitales para mantener su rebelión. Desde Bakú, los rojos ejercieron una fuerte presión sobre Armenia y Georgia. La primera sería ocupada el 29 de noviembre, tras su catastrófica guerra contra los kemalistas turcos; y Georgia resultaría invadida el 25 de febrero del año siguiente.

Aunque prolija, toda esta explicación ayuda a entender el significado que poseía en aquellos días organizar el Congreso de los Pueblos de Oriente en Bakú, precisamente en esa ciudad, y justamente por esas fechas: previsto para el 15 de agosto de 1920 y por fin concretado para la semana del 1 al 8 de septiembre. El valor estratégico de Bakú para el control del Cáucaso terminaría por ser absolutamente evidente muy pocos meses después. Y además, se intentaba que la ciudad fuera un baluarte ante ulteriores intentos de penetración británica desde Persia. Resulta evidente, a la luz del momento y lugar escogidos, que se intentaba resaltar la trascendencia de Bakú para la Revolución en su conjunto, que estaba pasando a ser internacional: eso incluía el Cáucaso, con Georgia y Armenia, pero también Asia Central y más allá.

Por lo tanto, la intención de los organizadores no fue la de desplegar una mascarada, sino la de combinar objetivos. A tal efecto, el de Bakú fue realmente un congreso destinado a convocar a varios cientos de delegados del continente asiático. Se cursaron 3.280 invitaciones y se abrió completamente la convocatoria original a Persia, Turquía y Armenia para incluir a Georgia, Azerbaiyán, el Turkestán soviético, Bujara, Jiva, Afganistán y otros países del Oriente soviético y no soviético[851].

Hubo también debate teórico anterior al desarrollo del Congreso de Bakú, sobre la estrategia a desarrollar, y eso incluyó al mismo Lenin[852]. Este opinaba, por ejemplo, que el instrumento ideal para extender el socialismo y la revolución a los países no capitalistas era el soviet; de campesinos —incluso en relaciones de tipo feudal o semifeudal— de no

haber clases obrera industrial, o de trabajadores en general. De esa forma y con la ayuda de la Rusia soviética, era dado evitar la etapa capitalista de desarrollo en la evolución hacia el socialismo. Con todo, el mismo Lenin razonaba que dada la importancia de los movimientos nacionalistas-democráticos en los países subdesarrollados, sería admisible conceder apoyo a los nacionalistas-revolucionarios. De esa forma, Lenin parecía estar enlazando con el tronco de las «revoluciones de la *Belle Époque*» en el camino de la Revolución socialista hacia Oriente. Actitud que le supuso rechazos de parte de delegados no rusos, como el socialista italiano Giacinto Menotti Serrati o el indio Manabendra Nath Roy, que no solo sería el fundador del Partido Comunista de la India, sino también del Partido Comunista de México[853].

Entre los organizadores y participantes destacados se contarían algunos célebres revolucionarios rusos, como Zinoviev, que sería el presidente del Congreso, así como Radek; el célebre periodista estadounidense John Reed, el socialista británico Tom Quelch, el francés Alfred Rosmer (uno de los fundadores de la Komintern), el austriaco Karl Steinhardt o el húngaro Béla Kun. El Congreso se inauguró el 1 de septiembre con casi dos mil delegados procedentes de 29 nacionalidades de Oriente y duraría una semana. Como había sucedido en los congresos de la Komintern en Moscú, el entusiasmo a veces desbordaba la organización, sobre todo en una época en la que la traducción simultánea se hacía de viva voz o se leían ya traducidos, al unísono, los discursos de los delegados.

Es de esas escenas o de anécdotas coloristas de las que se entresacan algunos relatos que trivializan el congreso. Por ejemplo, y principalmente, los comentarios irónicos del escritor británico H. G. Wells, presente en el evento, que lo representan como un guirigay infructuoso: «Fue una excursión, un desfile, una comilona. Como reunión de los proletarios asiáticos era absurda»[854]. En su monumental historia sobre la Revolución rusa, por ejemplo, Orlando Figes minusvalora el acontecimiento al recurrir solo a esas pinceladas[855], desistiendo de mencionar siquiera la existencia del análisis extenso del Congreso de Bakú que hacen autores especializados como Stephen White o la transcripción completa de los discursos de todas y cada una de las jornadas, compilados por John Ridell.

Según White, las consecuencias del Congreso fueron tres. En primer lugar, fue un episodio de importancia en la historia de la Internacional Comunista. Cabe recordar que durante el evento se pusieron las bases de lo que sería la organización de *agit-prop* en Asia Central, a partir del Consejo de Acción y Propaganda, que aparte de publicar un periódico y todo tipo de panfletos, así como ofrecer asistencia a movimientos revolucionarios, proyectaba organizar una universidad centrada en las Ciencias Sociales enfocada en Oriente[856].

En segundo lugar, el Congreso de Bakú tuvo una enorme importancia en las relaciones anglo-soviéticas. Esta es una consideración de calado que se relaciona con lo ya explicado sobre la preocupación de Londres en relación a los proyectos (reales o imaginarios) de agitación bolchevique en Afganistán, Persia y la India, así como sus movimientos por todo el Cáucaso. Todo ello enlazaba además con el denominado Gran Juego (o *Torneo de las Sombras)* por la fijación de los límites entre los Imperios ruso y británico en Asia Central y el Cáucaso entre 1837 y 1907. Londres temía que pudiera abrirse de nuevo esa pugna, pero esta vez llevada de una forma mucho más destructiva y para la cual, al menos por el momento, no estaban preparados. Por ello, el Congreso de los Pueblos de Oriente, que consideraron que estaba «dirigido directamente contra los intereses británicos»[857] les alarmó lo suficiente como para enviar agentes de inteligencia al evento e intentar que no llegaran a él delegados turcos o persas. Al menos en una ocasión, un avión de la RAF bombardeó la nave en la que viajaban por el Caspio, matando a dos delegados e hiriendo a otros[858]. Al final, Londres encontró una salida, al menos provisional, con la firma de un acuerdo comercial con Moscú el 16 de marzo de 1921. Eso, al menos, sirvió para que los soviéticos dieran garantías de moderación en lo relativo a las actividades de captación y agitación en las áreas de influencia británicas, y sobre todo India, Persia y Afganistán. Lo cual se hizo en menoscabo de los objetivos que se habían marcado en Bakú y que, por lo visto, resultaban mínimamente eficaces.

En tercer lugar, el Congreso fue el primer intento de buscar una formulación teórica para resolver el problema que implicaba la expansión de la revolución hacia Oriente: cómo adaptar la formulación leninista sobre

la autodeterminación de los pueblos, pensada para el ámbito occidental —o, al menos, para los pueblos más al occidente del antiguo Imperio ruso— a unos países y regiones donde no existía proletariado industrial ni tan siquiera una estructura social asimilable a la europea, y donde la influencia de la tradición cultural era fuerte y recalcitrante[859]. Eso constituyó un reto de enormes proporciones que por entonces, bajo la presión de los formidables desafíos cotidianos y con muy escasa o ninguna experiencia previa, generó unas consecuencias que llegan hasta hoy, un siglo más tarde.

---

832 Buber-Neumann (1975): pp. 25-26.

833 Service (2008): pos. 3668.

834 Service (2008): pos. 3668.

835 Plokhy (2015): p. 219.

836 El estudio clásico de la guerra ruso-polaca y la batalla de Varsovia es el de Davies (2003).

837 Service (2008), posición 3741.

838 Ibíd., pos. 3622.

839 Ibíd., pos. 3668 a 3741.

840 Stewart (2009): p. 369. Tan solo 25.000 infantes más 8.000 jinetes, al menos el 25 de mayo, según Moore (2002): pos. 4749 y 5102.

841 Moore (2002): posición 4749.

842 Ibíd., posición 4728.

843 Ibíd., posición 4834.

844 Stewart (2009): p. 371.

845 Figes (2000): p. 781.

846 Stewart (2009): pp. 368-371.

847 White (1974): p. 498.

848 Afary (1996): pp. 38-39.

849 La iniciativa había sido del secretario de guerra británico Winston Churchill y se aplicaría en otros territorios del imperio como Sudán, Irak, Yemen u Omán. Ver también la autorización para

emplear gases venenosos desde el aire en «Asymmetry In Afghanistan — The Poison Gas Option» (PDF), Kings College London. The Serving Soldier — Collection A-Z — Consultable en red.

850 Swietochowski (2004): p. 107. Los mencheviques obtuvieron más de 661.900 votos; Müsavat, 615.800; los *dashnaks*, 558.400; el Bloque Musulmán ya caía a los 159.700 y los *eseristas* a 177.500. Los tres primeros partidos eran los que gobernaban Transcaucasia, de hecho.

851 Para el texto completo: Ridell (2013): pp. 40-46.

852 White (1974): pp. 496-498.

853 Por su parte, durante el Segundo Congreso de la Komintern el mismo Zinoviev afirmaba que soviets sin revolución proletaria eran una parodia de soviets; y que los auténticos «soviets de las masas» habían sido la «auténtica revelación histórica de la dictadura del proletariado». White (1984): p. 222.

854 Ibíd., p. 492.

855 Figes (2000): p. 766.

856 White (1974): p. 500.

857 Ibídem: p. 502.

858 Ibídem: pp. 501-502.

859 White (1974): p. 493.

## CAPÍTULO 33

# EL SOL SALE POR ORIENTE
# Nacionalismo y socialismo musulmán en Asia Central, 1920-1921

La «salida hacia Oriente» de la Revolución rusa, replanteada esta como revolución internacionalista, tenía básicamente tres opciones a la altura de 1920. La primera quedó autocoaccionada en marzo del año siguiente con el acuerdo comercial pactado con Gran Bretaña. Eso implicó refrenar las actividades revolucionarias en las extensas áreas de influencia británica en Asia. Lo cual no solo suponía perder una base potencial de seguidores muy motivados por sus sentimientos antibritánicos por anticoloniales, y excitados por el éxito reciente de la Revolución rusa que funcionaba como modelo. También era un mal comienzo, un gesto que fácilmente podía verse como oportunista o incluso peor: como neoimperialismo soviético, mera continuación del chamarileo anglo-ruso en los tiempos del Gran Juego.

En cierta manera, se había vuelto a repetir lo sucedido en Hungría, Alemania y Polonia: a la hora de la verdad se complicaba irremediablemente la posibilidad de derribar la muralla china del imperialismo, como la había definido Zinoviev. En cambio, se imponía poner orden en el extenso espacio de Asia Central, ocupado por colonos rusos y poblaciones locales musulmanas. Llegados a este punto, las explicaciones sobre lo sucedido se tornan confusas, desordenadas o parciales. Y sin embargo, los más de tres años de construcción del Estado soviético en esa extensa zona van a tener una importancia nada desdeñable en el destino de la revolución.

Un punto de partida concreto pasa por considerar que en 1920 solo habían transcurrido 36 años desde las tropas imperiales rusas habían completado el sometimiento de los janatos del Asia Central, avanzado por

el sur del actual Turkmenistán hasta llegar a las mal definidas frontera de Afganistán. Previamente habían ido cayendo bajo su control, de una forma u otra, los janatos independientes de Tashkent (1865), Bujara (1868), Jiva (1873)[860] y Kokand (1876).

En la orilla opuesta del Caspio los territorios de Asia Central se habían mantenido bastante ajenos a los eventos que habían sacudido al imperio desde 1904; su asimilación había sido más reciente y todavía primaban las consecuencias de su subyugación militar e integración en el sistema económico ruso. En el caso de Bujara, los primeros 20 años de dominación rusa no tuvieron apenas impacto, pero cuando en 1880 los rusos comenzaron la construcción de una línea de ferrocarril, desde el puerto de Krasnovodsk (Türkmenbaşy en la actualidad), en apoyo a la campaña militar para someter al janato de Merv, la penetración cultural, económica y tecnológica rusas se tornaron imparables. En diciembre de 1886 el «carro de Satanás» —así habían bautizado al ferrocarril los uzbekos— llegó a las proximidades de Bujara[861]; con él comparecieron los empresarios textiles rusos que alterarían la economía local integrándola definitivamente en la órbita rusa.

La colonización parecía marchar bien, siendo escasamente afectada por las distorsiones de la guerra ruso-japonesa y la revolución de 1905. Pero la conmoción de la Primera Guerra Mundial se sintió incluso en el alejado oasis del Asia Central. Hasta 1916, la conducción de la guerra no tuvo apenas impacto en Asia Central. Los súbditos musulmanes quedaron excluidos de la movilización y únicamente las consecuencias de la inflación en los productos de consumo, junto con la congelación del precio del algodón, afectaron a la población local. Además, la administración puso extremado celo en ocultar la magnitud de las derrotas rusas en Polonia, consciente de la necesidad de mantener intacta la percepción de invencibilidad de los ejércitos rusos ante la población local. Sin embargo, la terrible sangría humana de la guerra terminó obligando a considerar la necesidad de movilizar parte de la población turcomana para labores auxiliares en retaguardia, liberando así personal eslavo para su envío al frente. El 25 de junio de 1916 se estableció que las autoridades locales deberían reclutar, según unas cuotas asignadas, un total de 250.000

trabajadores, algo menos del 10% de la población masculina elegible; el reparto no fue homogéneo, las zonas algodoneras fueron respetadas en perjuicio de las ciudades y, en estas, las familias pudientes se libraban pagando exenciones[862].

En julio comenzaron los altercados en la ciudad de Xo'jant en Samarcanda y rápidamente se extendieron a otras zonas urbanas del Turkestán; estos estaban dirigidos principalmente contra los funcionarios locales encargados de llevar a cabo la recluta, cuyas casas eran quemadas —junto con los registros de reclutados— y los desafortunados que no lograban huir eran linchados por la multitud. Tashkent reaccionó enseguida, declarando la ley marcial y enviando cosacos a reprimir los tumultos, que fueron prontamente sofocados siguiendo la máxima del general Mijail Skobelev: «Cuanto más duro les golpees, más tiempo estarán sometidos»[863]. Así, aunque en agosto la población urbana resignada cumplía con sus cuotas de trabajadores, la brutalidad rusa despertó otros agravios y en las zonas nómadas estallaba otra revuelta provocada por el control de las tierras y el agua[864].

Desde que en la década de los noventa se había extendido el cultivo del algodón; colonos rusos también habían establecido sus propias explotaciones, dada la gran oferta de tierras para su cultivo; pero aunque sobraban tierras, escaseaba agua para regadío, principalmente por la dejadez con que los emires y janes habían invertido en infraestructura hidráulica. Por eso, cuando los rusos iniciaron sus programas de regadío en la zona, lo hicieron solo en beneficio de la población rusa, permitiendo el acceso de los locales solo en circunstancias muy excepcionales. Para más despropósito, algunas de las nuevas infraestructuras inutilizaban las antiguas, privando a los locales de la poca agua que tenían. En el caso de los ganaderos nómadas, que sembraban en primavera los pastos que empleaban en invierno, la situación se agravaba dado que durante sus ausencias sus tierras iban siendo ocupadas por colonos rusos ilegales, que, mejor organizados, se oponían a devolverlas a sus propietarios ancestrales.

En el verano de 1916 los nómadas se tomaron la revancha y atacaron los asentamientos rusos, en los que, desprovistos de su población masculina en edad militar, fueron masacrados millares de mujeres, niños y ancianos, ante

la impotencia de Tashkent para actuar en un territorio tan extenso. La revuelta, que se inició en el valle de Ferganá, se extendió primero a la región de Semirechie (actual Kirguizistán) y de allí al Norte a las estepas kazajas, prolongándose hasta bien entrado el invierno de 1917. Las terribles condiciones que sufrieron los nómadas kirguizos y kazajos, que debieron invernar en las montañas por la persecución de las tropas cosacas, les hizo pagar a una terrible cuota de centenares de miles de vidas, principalmente de mujeres, niños y ancianos, los más vulnerables al hambre y al frío. Muchos miles huyeron hacia la vecina China.

La Revolución de Febrero pareció cambiar la situación, y ello en una nueva dirección. En todas las regiones del Imperio con población musulmana (Crimea, las estepas kazajas, Turkestán, el Cáucaso norte, el Volga), aparecieron partidos políticos de esas minorías musulmanas, basados en las diversas tendencias de los partidos rusos, pero modelados de una forma u otra sobre esa religión y sus tradiciones culturales. La mayor parte de ellos enviaron representantes a un gran simposio celebrado el 1º de mayo de 1917 en Moscú: el Primer Congreso Musulmán, que reunió en el mayor de los entusiasmos a partidos que iban desde la ultraderecha clerical y conservadora a la extrema izquierda socialista. Solo rehusaron asistir los musulmanes de tendencia bolchevique[865].

A pesar de las aparentes diferencias ideológicas, los 900 delegados buscaron conciliar islam y socialismo siguiendo mayormente el modelo programático del socialismo-revolucionario ruso y bajo la batuta de la *intelligentsia* progresista tártara, procedente del Volga y con centro en Kazán. Allí tenían su núcleo más activo los Comités Socialistas Musulmanes y su fundador, líder y animador, el joven ingeniero tártaro Mulla-Nur Vahitov. Las reivindicaciones se centraban en la abolición de la propiedad privada sobre la tierra, jornadas de trabajo de ocho horas, confiscación de los bienes del Estado, de la Iglesia ortodoxa y de los grandes propietarios agrícolas, y emancipación de la mujer musulmana, la paz sin anexiones ni compensaciones y el derecho de los pueblos de Asia y África a disponer de sí mismos.

Junto con todo ello, en el Congreso hizo su aparición un rasgo que iba a convertirse en la gran manzana de la discordia con prácticamente cualquier

gobierno ruso: el ideario panislamista de los nacionalistas musulmanes del Imperio, asimilado al panturquismo. Básicamente, los musulmanes del Asia Central se dividían entre persohablantes y turcohablantes. Desde finales del siglo XIX, estos se habían beneficiado de la influencia de İsmail Bey Gaspırali (Ismail-beg Gasprinskii, en ruso) un intelectual tártaro de Crimea, educador, publicista y panturquista que había puesto en marcha su «nuevo método» —*usul-e yadid* [866]— de enseñanza, el cual aplicaba la pedagogía occidental al aprendizaje de la lengua arábiga —la única en la que se publicaba el Corán por entonces— logrando unas cuotas de alfabetización muy superiores a las alcanzadas con los métodos memorísticos tradicionales. Y no solo eso: Gaspırali visitó en varias ocasiones Asia Central, inaugurando numerosos centros escolares del «nuevo método» y, tras la revolución de 1905, reforzó la difusión de su mensaje mediante la edición de su propia prensa: el periódico *Tarjuman* (ترجمان-*El intérprete)* y otras publicaciones menores en lenguas persas —como el chagatai del Turkestán ruso— y turcomanas[867].

Gaspırali predicó la modernización cultural de los musulmanes a través de la europeización y la aceptación del progreso técnico y científico impulsado por los occidentales: había que combatir el aislamiento cultural. Criticaba que en las escuelas musulmanas la enseñanza girara en torno a la religión y propugnaba que en las aulas de primaria y secundaria se introdujeran asignaturas que supusieran aprender de las ideas europeas, a través de las fuentes europeas. Pero ante todo pretendió ser un panturquista que inventó un lenguaje pantúrquico depurado de palabras árabes y turcas. Solo catorce años después de su muerte, Mustafá Kemal Atatürk pondría en marcha sus ideas. Pero en Rusia, a los seguidores de esta corriente pedagógica, que buscaba el despertar político y cultural de los pueblos turcomanos y su postrera modernización, se les denominaría *yadidi*, en recuerdo de su renovador método de enseñanza. Y tendrían una enorme importancia en la articulación política de los musulmanes durante la Revolución.

El simposio despegó con tanta fuerza que en el mes de julio ya se convocó un Segundo Congreso, esta vez en Kazán, al que seguirían otro centrado en asuntos religiosos y otro más sobre cuestiones militares; aunque

estos iban a estar dominados por los tártaros del Volga y tanto los azeríes como los turquestanos declinaron asistir. Era evidente que los activistas tártaros tenían prisa por dotarse de organismos administrativos y fuerzas armadas propias, en medio de las conmociones que estaba sufriendo el régimen surgido de las Revolución de Febrero y las crisis continuadas de los gobiernos provisionales. En estos congresos musulmanes se impuso definitivamente la opción federalista que ya se había votado en Moscú —un Estado musulmán propio dentro de una República Federativa rusa— se formó un Consejo Militar Musulmán —que empezó a reclutar soldados para unas fuerzas armadas propias— y se reunió una Dirección Nacional de los Musulmanes *(Milli Idare)* en la ciudad bashkiria de Ufa, con la misión de convocar una Asamblea Nacional Musulmana, que se reunió ya el 20 de noviembre[868].

La llegada de los bolcheviques al poder despertó inicialmente simpatías y esperanzas; al menos parecía una opción más dinámica que los gobiernos provisionales o el decepcionante Kérenski, que al principio había suscitado esperanzas de comprensión por los problemas musulmanes por el hecho de haber nacido en Simbirsk, a orillas del Volga, y haber vivido en el Turkestán durante su infancia y adolescencia. El llamamiento a todos los trabajadores musulmanes de Rusia y Oriente, firmado por Lenin y Stalin y publicado en noviembre de 1917, concedía a los musulmanes total libertad para organizar su vida nacional. En enero de 1918, un decreto del Sovnarkom creaba el Comisariado Central de Asuntos Musulmanes, cuyos tres primeros dirigentes fueron representantes de las diversas minorías nacional-musulmanas.

Y sin embargo, casi al mismo tiempo en que se hacían las concesiones se preparaban y desencadenaban sendos golpes contra los centros de poder nacionales de los musulmanes. Fueron contundentes y violentos. El 5 de febrero, unidades militares del Soviet de Tashkent se presentaron ante la ciudad de Kokand, sede de un Consejo del Pueblo Musulmán que el anterior noviembre había proclamado la autonomía de Turkestán; las tropas soviéticas derrotaron con facilidad a las endebles milicias musulmanas, masacraron a la población, saquearon la ciudad y le prendieron fuego. En los años que siguieron, su población quedó reducida a la mitad. Otras

localidades musulmanas de las estepas kazajas fueron tomadas entre enero y marzo; la última, Viernyi, la actual Almaty. También en enero, un destacamento de marinos bolcheviques de la base de Sebastopol dispersó el *Kurultai* —concejo político-militar— tártaro de Crimea, en la ciudad de Simferopol. En febrero se organizó la eliminación del protoestado de los tártaros del Volga, destinado a devenir el Estado Nacional Tártaro-Bachlik (Idel-Ural), con capital en la ciudad de Kazán. Tras declarar el Soviet de la ciudad el estado de sitio, los dirigentes nacionalistas se refugiaron en el barrio musulmán. El 28 de marzo, una unidad de marinos de Kronstadt tomó ese bastión. Cinco días más tarde, el Sovnarkom decretó la prohibición de toda la prensa nacionalista musulmana; el 12 de abril, fueron disueltos el Consejo Nacional Musulmán *(Milli Chura)* y la Asamblea Nacional Musulmana[869]. Al concluir la primavera de 1918, las organizaciones nacionalistas musulmanas habían sido barridas en toda la extensión de Rusia y sus líderes muertos, encarcelados o en fuga. Muchos otros, simples militantes, se unieron a la extensa y crónica rebelión de los basmachis o Movimiento basmachi *(Бдсмдчество*, *Basmachestvo*) que de hecho enlazaba con la insurgencia musulmana en Asia Central ya originada, por las revueltas de 1916. La nueva oleada surgirá en 1919 en la martirizada ciudad de Kokand, y se extenderá inicialmente por el fértil valle de Ferganá, sin poder ser suprimida completamente hasta 1934.

Toda esta violencia tenía tres causas que se interconectaban entre sí. De forma muy directa, estaba relacionada con la disolución de la Asamblea Nacional rusa, el 6 de enero: se trataba de erradicar formas similares entre sí de poderes alternativos al nuevo régimen bolchevique y su dictadura del proletariado; máxime si esos poderes alternativos simpatizaban con las tendencias social-revolucionarias o incluso militaban como *eseristas,* y tal era el caso de una parte de los líderes e intelectuales *yadidi*. En segundo lugar, había jugado un papel importante la antipatía entre población rusa y musulmanes, al menos a la hora de añadir dureza a la represión. Muchos cuadros bolcheviques en las organizaciones locales del partido, mantenían los prejuicios de cualquier ruso hacia los musulmanes, fuesen del grupo cultural que fuera; en consecuencia, instigaron o aprovecharon a fondo la operación represiva.

En tercer lugar estaban de por medio las negociaciones de Brest-Litovsk, en las cuales, junto con alemanes, austrohúngaros y búlgaros, también tomaban parte los otomanos, desde el bando de los Centrales. Por entonces, la Revolución rusa había despertado grandes ilusiones en el régimen de los Jóvenes Turcos. De repente parecieron hacerse realidad las más fantásticas ambiciones de los panturquistas. Hasta el punto de que se consideraba la posibilidad de ampliar el Imperio otomano hacia el Asia Central, reconvirtiéndolo en Imperio turco y prescindiendo de los territorios y poblaciones árabes, en buena parte insurrectos o en manos de los invasores aliados. El sociólogo Ziya Gökalp, que había adquirido una notable preeminencia en el régimen de los Jóvenes Turcos, había teorizado en la distinción entre «cultura» y «civilización» para concluir que la nación turca poseía su propia y vital cultura que la historia había sumergido en una civilización medieval, en parte árabe-islámica y también en parte bizantina. Por lo tanto, el camino salvador consistía en reemplazar el sustrato de esa civilización por otra moderna y europea conservando la cultura turca. En estos planes, por supuesto, jugaba el proyecto de integrar a los pueblos túrquicos de Asia Central en el nuevo Estado panturco[870]. Por lo tanto, el nuevo régimen bolchevique se tomó en serio esa posibilidad, máxime cuando un recién formado grupo de ejércitos otomanos comenzó ya el 12 de febrero la ofensiva para ocupar Transcaucasia y proteger a los habitantes musulmanes de la zona. También se contaba con el objetivo de llegar a las costas del Caspio y establecer contacto con el Turkestán, un plan a todas luces muy ambicioso, pero que se estaba empezando a poner en práctica. Es en este contexto en el cual el Sovnarkom cercena unas estructuras políticas y militares de nacionalistas musulmanes, que han manifestado su panturquismo incluso de forma programática.

Con todo, el régimen bolchevique no va a renunciar a darle la vuelta al nacionalismo musulmán para fagocitarlo políticamente y desactivarlo o descontaminarlo de panturquismo; o, al menos, aprovecharlo a su favor. En cualquier caso, el objetivo consiste en reclutar musulmanes para la causa de la Revolución. Este esfuerzo va a desarrollarse en paralelo a la represión de las entidades nacionalistas, impulsado por el Comisariado Central de Asuntos Musulmanes y se centra en la creación de un Partido Comunista

Musulmán autónomo. Este proyecto cobra cuerpo a partir de la Conferencia de los trabajadores musulmanes de Rusia, celebrada en Moscú el 8 de marzo de 1918. Allí se funda un primer esbozo de partido que, en junio, ya en Kazán, pasa a denominarse Partido Ruso de los Comunistas (bolcheviques) Musulmanes con unos estatutos calcados de los del PCR(b); pero sin supeditarse a él.

Esto genera extrañeza entre los bolcheviques rusos, pero más sorprendentes resultan otras dos concesiones: capacidad para formar unidades militares propias y promesa de un Estado comunista musulmán autónomo. Lo primero se plasma en la creación del Ejército Rojo socialista Musulmán, cuya misión será extender la revolución a los territorios musulmanes de Rusia y luego de todo el Oriente y que en julio cuenta ya con 50.000 combatientes. En cuanto al Estado, será la República Tátaro-Bachkir, que se extenderá por un enorme territorio, desde Simbirsk y Kazán, al Oeste, hasta Chelyabinsk y Troitsk al Este, y que estará poblado por unos seis millones de habitante, destinado a ser «el modelo y hogar desde el cual las chispas de la revolución socialista volarán hasta el corazón de Oriente», según escribió uno de los grandes teóricos e impulsores del comunismo musulmán, Mulla-Nur Vahitov.

El objetivo de Moscú es, por supuesto, la sustitución: erradicar el nacionalismo musulmán y llenar ese hueco con comunismo musulmán controlado, a base de dirigente de confianza y concienciados. La experiencia, llevada a cabo deprisa y corriendo, es engullida por la guerra civil, a partir de la primavera de 1918. Durante casi dos años, Siberia y Asia Central, el corazón de Eurasia, devendrá un laberinto de guerras dentro de la guerra, desde los Urales a la frontera con China. Los nacionalistas musulmanes, escondidos en las montañas o huidos a China, regresan y combaten con los blancos buscando reinstaurar sus propios Estados. Así, en agosto surge un Gobierno Nacional de Bachkiria, con sus propias fuerzas armadas y presido por Ahmed Zeki Validov. Aparecerán dos gobiernos kazajos, el occidental, que se pone de acuerdo con los cosacos del Ural, y luego con el Komuch, los cosacos de Oremburgo y los bachkires. El oriental, con capital en Semipalatinsk, combatirá con el gobierno siberiano de Avksentiev. Todos ellos protagonizarán también combates confusos con

los Verdes o campesinos insurrectos, sin bando definido, o con los kazajos bolcheviques, especialmente la confederación tribal de los kipchaks. La revuelta de los basmachis se fragmentó, con líderes que luchaban a favor de los rojos y otros que actuaban de forma independiente, como el emir de Bujara, Said Mohammed Alim Jan, que con sus 30.000 partidarios controló el valle de Ferganá. Mientras tanto, el Soviet de Tashkent era una isla de bolcheviques y social-revolucionarios de izquierdas que debieron mantener una alianza defensiva de conveniencia, rodeados como estaban por los ejércitos blancos, el emir de Bujara y las tropas británicas que habían invadido parte de Turkmenistán, al sur. Más al Este, en el Baikal, el señor de la guerra Grigori Semiónov controlaba parte de la región del Transbaikal con sus trenes blindados y el apoyo militar y económico de los japoneses. Aunque acorralado por las fuerzas bolcheviques y chinas, logró hacerse con el estratégico nudo ferroviario de Chitá, donde asaltaba cualquier tren, sin distinción de bando, para presionar al almirante Kolchak y revender mercancías y vagones.

Con la caída del estadista blanco y la recuperación de la gran mayoría de Asia Central para el poder soviético, Moscú buscó reconducir la cuestión musulmana. Era un buen momento, puesto que los generales y caudillos blancos no habían demostrado demasiados miramientos para con los proyectos nacionales musulmanes. En consecuencia, los bashkires, ya en febrero de 1919, se pasaron al bando rojo. En mayo de 1919, parte de los kazajos reconocían también al poder soviético, hasta el punto de que en junio su líder viajó a Moscú y acordó la creación de un Gobierno Revolucionario Kazajo, el *Kirrevkom*[871]. Denikin, el sur, fue todavía menos considerado que Kolchak con los musulmanes, y tras la caída de Crimea, los tártaros se pasaron en masa a los bolcheviques.

Pero sobre todo los esfuerzos de Lenin, en particular, se dirigieron a apaciguar la revuelta de los basmachis, que en apariencia era más antirrusa que antisoviética, pero se había ulcerado a causa de la brutal represión, de tono colonialista, dirigida desde el Soviet de Tashkent. Además, la imagen de rebeldes populares luchando en el corazón de Asia Central contra la opresión del poder soviético encajaba muy mal en el tópico de los comunistas como liberadores de pueblos oprimidos. En consecuencia, a

partir de noviembre de 1919, Lenin envía a Tashkent la denominada «Comisión del Turkestán», con la misión de restablecer las «relaciones correctas» con Moscú. Aplicando la política de la zanahoria, se hicieron promesas de amplia autonomía y respeto a las instituciones culturales y religiosas musulmanas, imponiendo a sus protegidos *yadids:* los Jóvenes Bujareños y los Jóvenes Konkandíes —reminiscencia de los Jóvenes Otomanos del siglo XIX, reformistas y constitucionalistas, en quienes se inspiraban—. A la vez, la política del palo venía encarnada en las tropas del Ejército Rojo del Turkestán, al mando del general Mijail Frunze, una de las revelaciones militares de los bolcheviques, que tomaron Bujara en septiembre y Jiva en diciembre de 1920, liquidando los dos últimos Estados feudales de Asia Central.

En paralelo, las filas del PCU(b) se abrieron a los antiguos militantes de los partidos nacionalistas musulmanes. Pero no al Partido Comunista (bolchevique) Musulmán, que ya en noviembre de 1918 había sido obligado por Stalin (Comisario de las Nacionalidades) a fundirse con el PCR(b). El Comisariado Central Musulmán también fue suprimido, y se desvaneció el sueño de una gran República Tártaro-Bashkir. A cambio se crearon dos repúblicas soviéticas, de definición étnica, pero sin ningún significado nacionalista: República Autónoma Socialista Soviética de Bashkiria (marzo de 1919) y República Socialista Soviética Tártara Autónoma (junio de 1920).

En toda esta labor de reconstrucción policía y social habían jugado un papel relevante dos intelectuales y líderes musulmanes comunistas: Mirsaid Sultan Galiev y el ya mencionado Mulla-Nur Vahitov. Muerto el segundo durante la guerra civil, a manos de la Legión Checa, la estrella de Sultan Galiev ascenderá con rapidez hasta convertirse en brazo derecho de Stalin en el Comisariado del Pueblo para Asuntos Nacionales, el *Narkomnats*. Maestro de profesión, discípulo de Gaspırali —junto con su padre, también maestro— se le ha confundido a menudo como el único ideólogo de la fusión entre marxismo e islamismo, frustrado ese empeño intelectual al ser detenido en 1923 y 1928, expulsado del Partido y ejecutado en 1930. En realidad, Sultan Galiev se centró en impulsar el proyecto de la Internacional Colonial, basado en la idea de que todos los pueblos musulmanes

colonizados eran pueblos proletarios; y desde ese punto de vista, todas las clases de la sociedad musulmana tenían derecho a ser consideradas como tales. En consecuencia, se podía afirmar que «el movimiento nacional en los países musulmanes posee el carácter de una revolución socialista»[872].

Sultan Galiev supeditaba el islamismo a este planteamiento y por ello su labor en Moscú se centró en asesorar sobre la mejor forma de «desfanatizar» o «desespiritualizar» progresivamente a determinadas comunidades musulmanas, y en especial a los tártaros[873]. Sus propuestas para implantar la Revolución entre pueblos musulmanes sin proletariado, y en ocasiones sin campesinado, a veces simples clanes nómadas, eran sinceras. Pero se basaban en ideas que levantaban ampollas en el Partido. Así, la primera condición consistía en preservar los únicos cuadros indígenas capaces de dirigir los destinos de sus pueblos, esto es, los intelectuales de origen burgués e incluso el clero reformista. En lo tocante a la lucha de clases, debería ser ralentizada, incluso aplazada durante largo tiempo, hasta que los cuadros proletarios musulmanes pudieran tomar el relevo de los burgueses. Esto implicaba, en palabra de otro teórico de las mismas tendencias, «adoptar el principio del poder nacional y no el del poder de clase»[874].

Si a todo ello se le añadía la reivindicación de un gran Estado nacional turco, la República de Turan, que debía integrar las dos repúblicas musulmanas de Volga-Ural más las cinco repúblicas de Asia Central (Kazajistán, Kirguizistán, Uzbekistán, Turkmenistán y Tayikistán) se puede entender que, recién terminada la guerra civil, Sultan Galiev comenzara a ser visto como sospechoso de panturquismo. Completaba sus propuestas el concepto de Internacional Colonial, destinada a impulsar la revolución de los pueblos no europeos y que no debería estar integrada en la Tercera Internacional. Lo cual reflejaba la desilusión de los *yadids* —y Sultan Galiev lo era— hacia una Revolución socialista que había traicionado sus expectativas en Oriente al haber surgido de un pueblo europeo, el ruso —tan esencialmente colonialista como el resto— que había dado lugar a un «neocolonialismo soviético».

No deja de ser profundamente irónico que al final el régimen soviético, años más tarde, terminara adoptando las ideas básicas de Sultan Galiev para

la constitución de las nuevas repúblicas del Asia Central, como demuestra Adrienne Lynn Edgar en su documentado estudio sobre la creación del Turkmenistan soviético[875]. Todavía más allá en el tiempo, se sacó adelante la denominada teoría de los países «orientados hacia el socialismo». Rostislav Ulyanovsky, subdirector del departamento de relaciones internacionales del Comité Central del PCUS, tuvo un protagonismo central en el desarrollo de la teoría, aunque también participaron en ella otros expertos soviéticos, entre ellos Yevgeny Primakov[876].

La teoría se basaba en el cumplimiento de dos etapas en el desarrollo de los «países orientados hacia el socialismo»: la primera era la «nacional-democrática» y la segunda, la «popular-democrática». En esencia, recordaba bastante la estrategia aplicada por el poder soviético en Asia Central: dado que hubiera sido imposible pasar desde una sociedad tribal y nómada a otra socialista, primero había que crear una idea nacional y una estructura social basada en unas categorías que permitieran su transformación posterior en una sociedad socialista. El papel de la clase media burguesa lo desempeñaría una *intelligentsia* y un funcionariado que encuadrarían la resituación de las clases populares en obreros y campesinos con una primera conciencia colectivista que inicialmente debería ser «nacional», por resultar más intuitivamente aprehensible. Pero el desarrollo de esta teoría tenía asimismo una utilidad estratégica: evitar la influencia de los pannacionalismos. En Oriente Medio, el riesgo a evitar era el panarabismo. En el caso de Turkmenistán y otras repúblicas del Asia Central, era el panturquismo; y, precisamente, la acusación de serlo le costó el cuello a Sultan-Galiev.

Eran tiempos todavía muy inestables y peligrosos. A comienzos de los años veinte, Enver Pashá, líder de la Revolución de los Jóvenes Turcos y figura central en el triunvirato de dictadores que había llevado al Imperio otomano a la Gran Guerra, se encontraba refugiado en Rusia, adonde había llegado ofreciendo sus servicios a los bolcheviques. Incluso llegó a participar en el Congreso de los Pueblos de Oriente, donde habló en nombre de la Unión de las Organizaciones Revolucionarias Islámicas, con un discurso antiimperialista contra el antiguo aliado alemán y el enemigo británico[877]. Pero Enver no tardó en devenir problemático para las

autoridades soviéticas. En el verano de 1921 se estableció en Batum, en la frontera de Georgia e intentó pasar a Turquía, lo cual puso en un aprieto a Moscú en sus delicadas relaciones con Mustafá Kemal. Tuvieron que detenerlo por la fuerza y entonces, quizá para sacarlo de la zona, lo enviaron con una misión al Asia Central. Allí, la revuelta de los basmachis había cobrado nuevo vigor, extendiéndose por todo el territorio del emirato de Bujara. Las autoridades soviéticas invitaron a Enver a que mediase ante los rebeldes; en vez de ello, en noviembre se convirtió en el caudillo de los basmachis, dispuesto a liberar Turkestán, y luego a todos los pueblos túrquicos del yugo ruso y a crear el gran Estado independiente que habían acariciado bajo las diversas formulaciones políticas, como «Comandante en Jefe de Todos los Ejércitos del Islam, Yerno del Califa y Representante del Profeta». Pero pocos meses después rompió sus relaciones con el emir de Bujara, se alió con jefes basmachis poco importantes y al final terminó encabezando una pequeña banda de fugitivos, acosada por las fuerzas soviéticas. Enver murió el 4 de agosto de 1922, acorralado por sus perseguidores, y a partir de ese momento, la rebelión basmachis volvió a decaer[878].

Todo ello, junto con la autocontención practicada por el régimen bolchevique a la agitación revolucionaria en la India, Persia y Afganistán, de resultas del tratado comercial con Gran Bretaña en ese mismo año de 1921, parecían estar cerrando la puerta a la extensión de la revolución internacional por Asia. Ciertamente, en años sucesivos, ya bajo Stalin, lograrían reordenar el complejo panorama nacional en la enorme extensión de Asia Central, creando las nuevas repúblicas e incluso normativizando sus rasgos culturales e idiomáticos. Pero no habían solucionado el problema de cómo compaginar islam y marxismo. Desde luego que por entonces eso no parecía un asunto capital; aún faltaban unos cincuenta años para que el islamismo se convirtiera en una opción política revolucionaria y emergente a escala global. Solo se hicieron gestos y tanteos. Se declaró el viernes como día legal de descanso en Asia Central. En 1921 se intentó introducir un sistema judicial paralelo, que incluía tribunales musulmanes que aplicaban la Sharía, junto con los tribunales revolucionarios. Lógicamente, fueron prohibidos castigos tradicionales, como la lapidación o las

amputaciones de miembros. Para ello se estableció que las cortes musulmanas deberían ser respaldadas por instancias superiores en sentencias que implicaran penas severas. Además, en diciembre de 1922 se decretó que los tribunales soviéticos podrían intervenir en causas previamente juzgadas por las cortes islámicas si una de las partes lo demandaba. También se respetó durante un tiempo la duplicidad en la enseñanza, manteniendo las madrasas y las escuelas estatales; hasta tal punto que en algunas regiones, como Daguestán, los establecimientos de enseñanza musulmanes superaban con creces a los laicos estatales.

Pero todo ello no dejaban de ser medidas administrativas para el propio territorio del Estado. A la Tercera Internacional le faltó una doctrina de choque que resultara atractiva para los millones de musulmanes que poblaban las colonias de los imperios capitalistas. No hubo manera de resolver la contradicción de que el islam es una religión monoteísta y el marxismo es una ideología atea, debido a su visión materialista del mundo. Lo cual no suponía que forzosamente hubiera fracasado el proyecto de expandir la revolución por Oriente.

El 25 de julio de 1919, el subcomisario para Asuntos Exteriores ruso, Lev Karajan —un antiguo revolucionario armenio que había formado parte de la comisión negociadora en Brest-Litovsk— anunció que el nuevo régimen soviético renunciaría a sus derechos especiales en Manchuria, cancelaría todos los tratados secretos que los zares habían firmado con China, renunciaría a las indemnizaciones debidas por la guerra de los bóxers y devolvería el Ferrocarril de China Oriental a los chinos sin exigir compensaciones[879]. Estos quedaron embelesados. Tras ochenta años de sufrir los abusos de las potencias occidentales, el temido vecino ruso se había convertido en el mejor amigo y ejemplo a seguir.

Pocos meses más tarde, en 1920, Lenin enviaba a China a dos agentes de la Komintern: Grigori Voitinski y Yang Mingzhai. Su misión era la de estudiar las condiciones existentes para fundar un partido comunista autóctono. Un emigrado ruso los encaminó a la Universidad de Pekín, donde conocieron al bibliotecario Li Dazhao, quien había fundado un grupo de estudio del marxismo junto a varios alumnos y profesores de la universidad. En Shanghai, los agentes rusos conocieron a Chen Duxiu, el

antiguo decano, ya por entonces expulsado de la universidad y director de la prestigiosa revista reformista *Nueva Juventud*. Él, junto con Li Dazhao, había promovido los estudios marxistas y reconvertido su revista en una publicación de izquierdas. Voitinski y Mingzhai empezaron a instruir a Chen Duxiu en las técnicas de dirección y organización más apropiadas para coordinar grupos dispersos en un partido. Mientras tanto, el profesor promovió la primera traducción del *Manifiesto comunista* al chino. El 1 de julio de 1921 se fundaba formalmente el Partido Comunista de China. Casi un siglo más tarde, dirige al único régimen comunista de importancia que sobrevive en el planeta, habiendo desaparecido incluso la Unión Soviética.

---

860 Bujara y Jiva se integraron en imperio como protectorados, manteniéndose sus respectivas dinastías en el poder, hasta su conversión en repúblicas socialistas en 1925.

861 ناطیش ابرا Para no soliviantar a la población, la línea pasó a 13 kilómetros de la ciudad. Becker (2004): p. 105.

862 Hopkirk (2001): p. 231.

863 General Mijail Skobelev, tras la captura de Geok Tepe, en Transcaspia, enero de 1881.

864 Todo ello agravado por una plaga de langosta que había asolado los campos durante la primavera. Ueda (2013): pp. 35-39.

865 Benningsen y Lemercier-Quelquejay (1968): pp. 78-86 para los diversos partidos políticos, por regiones; p. 87 para el Congreso Musulmán.

866 اصول جدید

867 Becker (2004): pp. 159-160. Northop (2004): p. 18.

868 Benningsen et Lemercier-Quelquejay (1968): pp. 88-89.

869 Ibíd., pp. 94-97.

870 Veiga (2011): pp. 398 y 402; Zürcher (1995), p. 136 para una síntesis de las ideas de Gökalp.

871 Benningsen y Lemercier-Quelquejay (1968): pp. 101-106, para la guerra civil en Asia Central.

872 Benningsen y Lemercier-Quelquejay (1968): p. 122.

873 Ibíd., p. 148.

874 Ibíd., p. 121.

875 Edgar (2004).

876 Primakov (2009): vid., sobre todo, pp. 59 y 60.

877 Riddell (2013): pp. 138-142.

878 Fromkin (1989): pp. 486-488.

879 Spence (2011): pp. 414-415 y Elleman (2010): pp. 59-63.

## CAPÍTULO 34

# GLORIA Y SOMBRAS
## 1921, punto de giro

No hay un momento que nos permita señalar cuál fue el punto final de la guerra civil rusa, sobre todo si la inscribimos dentro de lo que se podría denominar primera fase de la revolución bolchevique. Si tomamos como referencia la continuación de los combates, tras la evacuación de las fuerzas del general Wrangel de Crimea, aún subsistieron durante meses algunos focos de resistencia militar en el extremo oriental de Siberia y la frontera con China. El 4 y 5 de enero de 1920, en plena debacle, Kolchak transfirió el poder supremo a Denikin y el mando en Siberia a Semionov, que no dejaba de ser un «señor de la guerra». No era el único poder semiindependiente: a la caída de Kolchak siguió la proliferación de pequeños reinos de taifas por Siberia oriental. Pero Semionov, a pesar de no ser ya mucho más que un bandolero, logró resistir un tiempo gracias al apoyo de los japoneses en armas y dinero —e incluso instructores— a quienes convenía mantener un aliado ruso para luchar contra la República del Lejano Oriente, una entidad artificial creada desde Moscú como «estado tapón». Como en el caso de Gran Bretaña y sus áreas de influencia en Asia, a Lenin no le interesaba un enfrentamiento militar directo con las tropas japonesas que seguían ocupando Vladivostok y territorios de Siberia oriental, cuando el resto de los aliados ya se habían retirado. La República del Lejano Oriente se había fundado el 6 de abril y estaba gobernada por comunistas de toda confianza, contaba con sus propias tropas y tenía su capital en Blagovéshchensk, en las riberas del Amur, en plena frontera con China. Era una jugada audaz, puesto que la entidad controlaba, aunque en parte fuera nominalmente, una enorme extensión de terreno, entre el lago Baikal y el océano Pacífico, en los cuales había localidades gobernadas por

rusos blancos o *eseristas,* incluyendo la misma Vladivostok. La fórmula venía a ser una especie de «Brest-Litovsk de Oriente», por el cual se cedía temporalmente administración de territorios a cambio de paz[880].

A partir de octubre, cuando se alcanzó un acuerdo diplomático con Polonia para poner fin a la guerra, y las tropas blancas fueron expulsadas de Crimea, Moscú decidió seguir acorralando a Semionov, y tropas de la República del Lejano Oriente tomaron su capital, Chitá, expulsándolo a continuación de Transbaikalia. Presionados por los aliados —y sobre todo por Estados Unidos— para que se retiraran de la zona, los japoneses, con el secreto apoyo de Francia[881], respondieron con una versión propia de la República del Lejano Oriente, respaldando el denominado Gobierno Provisional de Priamur, con centro en Vladivostok y compuesto por rusos blancos irreductibles, pero sin ninguna autoridad en el entorno. Ante el anuncio de la retirada japonesa, hecho en el verano de 1922, se produjo un golpe en Vladivostok instalándose en el poder una dictadura regida por un místico y antisemita general Mijail Diterijs; pero el reembarque de los japoneses supuso la caída de la ciudad en manos de los rojos el 25 de octubre y la recuperación de la última ciudad en manos de los blancos. Perdida su función, la República del Lejano Oriente fue incorporada a la nueva Unión Soviética (nacida el 28 de diciembre) como una república más.

Sin embargo, los últimos restos del naufragio blanco siguieron flotando por los límites exteriores de las remotas fronteras. El caso más dramático lo constituyó el señor de la guerra Roman Ungern von Sternberg, un oficial renegado de la caballería cosaca Transbaikal (Zabaikal), de origen germano-báltico. Héroe de guerra temerario y psicópata puro, Ungern había servido en el frente Occidental ruso, durante la Gran Guerra, en el Regimiento Nerchinsk que había tenido un 200% de bajas entre los soldados y un 170% entre los oficiales. Cuando se le menciona, los historiadores ponen de relieve su desequilbrio mental, muy evidente, pero no tanto su mentalidad de oficial colonial, similar a la de Kornilov. Su experiencia en el Regimiento Nerchinsk posiblemente le hizo ver, junto con su amigo el entonces capitán Semionov, las posibilidades de formar unidades de combate a base de contingentes nacionales no rusos. Eso

resultaba decisivo en una guerra de desgaste como aquella, por su capacidad para encajar pérdidas. Pero también para una guerra civil en la cual los soldados no tendrían problemas en reprimir a unidades rusas o a población civil, sin ningún miramiento. Por ello, tras la experiencia de organizar un regimiento con asirios cristianos del Azerbaiyán iraní, para luchar contra los otomanos, Semionov y Ungern recibieron de Kérenski, ya tras la Revolución de Febrero, el permiso para reclutar mongoles buriatos en el Transbaikal, un contingente que nunca antes había servido en las filas del Ejército ruso.

Esto no era nada nuevo para Ungern von Sternberg, bien al contrario. Había servido en la zona antes de la Gran Guerra, asesorando a combatientes mongoles en su lucha por la independencia frente a China, y había quedado fascinado por la cultura mongola y el budismo. Además, se había ganado el respeto y la admiración de los locales por su dominio de la equitación. A partir de ahí, y ya durante la guerra civil, Semionov actuó como señor de la guerra en provecho propio mientras Ungern von Sternberg, concibió un proyecto político: instaurarse como dictador de Mongolia con apoyo de su División de Caballería Asiática, la fuerza de combate más potente en ese país, compuesta por unidades de voluntarios de hasta dieciséis nacionalidades, incluyendo buriatos, tártaros, chinos, cosacos y hasta japoneses y tibetanos.

En principio, el proyecto de Ungern von Sternberg no era tan extravagante como pueda parecer, dado que los japoneses respaldaban un posible Estado marioneta alimentado por las ambiciones panmongolas. No era sino la primera piedra del futuro proyecto de la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental, que Tokio oficializaría hacia finales de los años treinta. Bajo la protección de Semionov y los japoneses se celebraron dos congresos, en febrero y marzo de 1919, y se envió una representación mongola a la Conferencia de París[882]. Pero el barón Ungern, monárquico sin fisuras, no concebía ninguna forma de régimen parlamentario, bendecido por las, para él, degeneradas potencias occidentales. De hecho sus planes pasaban por utilizar a Mongolia como plataforma para crear una liga de naciones asiáticas —incluyendo a China— invadir Rusia, destruir el bolchevismo y exterminar a los judíos.

En 1921 tomó la capital mongola, Urga, liberó al Bogd Jan, prisionero de las tropas republicanas chinas. Este encarnaba por entonces la figura del *Jebtsundamba Jutuktu* o líder espiritual de los mongoles a la manera del Dalai Lama del Tíbet. Tras su restauración, en febrero,y la reinstauración del janato de Mongolia, Ungern von Sternberg se proclamó dictador, al mes siguiente.

Hasta ese momento, la posibilidad de intervenir en Mongolia era vista en Moscú como algo remoto. Ni el Sovnarkom ni la Komintern tenían mayor interés en un territorio tan atrasado e inaccesible, donde parecía muy difícil que pudiera tener éxito la instauración de un régimen revolucionario. Además, la posibilidad de enfrentamientos o tensiones con las autoridades chinas, por el control de Mongolia, añadía una buena dosis de prudencia. Sin embargo, la toma del poder por el barón Ungern von Sternberg cambió radicalmente la percepción sobre el valor estratégico de Mongolia: ahora podría convertirse en una base para incursiones o invasiones de los blancos, el dictador podría aliarse con algunos señores de la guerra de los que habían proliferado en China[883] —Pekín había perdido toda autoridad—, los japoneses podían tomar cartas en el asunto y las consecuencias de todo ello muy lesivas para para el nuevo Estado soviético, o incluso para la República de China, donde Moscú había depositado esperanzas. En consecuencia, se puso en marcha un plan de ayuda inmediato para el magro núcleo de rebeldes mongoles, integrados en el recientemente fundado Partido del Pueblo de Mongolia, y liderados por el que sería gran héroe oficial revolucionario superviviente, Damdinii Süjbaatar.

A la par, Ungern von Sternberg organizó un par de expediciones para pasar a territorio ruso, en la Buriatia, creyendo que la población local se alzaría contra el poder soviético. No solo no obtuvo resultados, sino que aceleró la conjunción de fuerzas —rebeldes mongoles, tropas del Ejército Rojo y de la República del Lejano Oriente— con aviación y armamento pesado, que tras penetrar en territorio mongol tomaron la capital, Urga, el 6 de julio de 1921. El régimen del barón Ungern estaba herido de muerte, a lo que también había contribuido la rápida desafección de la población mongola, espantada por las atrocidades y arbitrariedades de todo tipo llevadas a cabo por el gobierno del «Barón Loco». Aun así, este intentó a

finales de ese mismo mes una última contraofensiva a la desesperada en territorio siberiano, que fracasó por el amotinamiento de las propias tropas, las cuales entregaron a su comandante a las autoridades soviéticas.

Con el fusilamiento sumario del último señor de la guerra en Extremo Oriente, el 15 de septiembre de 1921 —la misma noche del juicio—, se puede decir que concluyó la guerra civil rusa. Aun así, cabe incluir una última operación contra todo pronóstico: el desembarco, el 5 de septiembre de 1922, de una partida de tropas blancas lideradas por el general Anatoli Pepelyáiev, en las costas de Jabárovsk con la intención de adentrarse en la enorme y gélida Yakutia y llegar hasta su capital, donde el año anterior había triunfado una rebelión encabezada por el coronel Mihail Korobeinikov, al mando de doscientos soldados y seis ametralladoras. La expedición de Pepelyáiev, compuesta por 553 hombres, procedía de Vladivostok[884], ciudad que los japoneses habían anunciado su intención de abandonar. La *pepelyayevshchina* se mantuvo nueve meses sobre el terreno hasta caer derrotada a mediados de junio de 1923.

Con todo, el final de la guerra civil no se circunscribió a la eliminación militar del último caudillo blanco, sino que fue más allá, planteando todo un amplio proceso de reajuste interno dentro del nuevo Estado soviético, que comprendió desde la represión violenta al viraje político, pasando por la resituación del liderazgo. Todo lo cual nos sitúa, en realidad, ante el final de una nueva etapa de la Revolución rusa que giró, precisamente, en torno a 1921.

En marzo de ese año estalló la rebelión de la base naval de Kronstadt. Allí, los marinos revolucionarios, las tropas de choque de los rojos durante la guerra civil, se amotinaron y lanzaron un desafío que implicaba la reactivación de los idearios de la Revolución de Octubre. Pedían cierta pluralidad política de izquierdas, abriendo el debate político —al menos— a socialistas y anarquistas, y liquidar el monopolio bolchevique del poder. Eso implicaba también desmontar, al menos en parte, el Estado erigido desde octubre de 1917[885]. Esta insurrección tomó por sorpresa al gobierno y al Partido, incluyendo a los principales líderes en su totalidad. Por entonces estaba desarrollándose el Décimo Congreso del Partido Comunista (8-16 de marzo), donde se debatían asuntos muy polémicos, como la

prohibición expresa de varias facciones disidentes internas y, sobre todo, la variante sindicalista del marxismo-leninismo que supuso la Oposición Obrera impulsada, por Aleksandr Shliápnikov. La indignación con la rebelión de Kronstadt, presentada como un hecho a medio camino entre el desviacionismo y un montaje de agentes blancos o extranjeros, hizo que una parte de los delegados asistentes al congreso se presentaran voluntarios para ir a luchar contra los rebeldes. Pero todos sabían que era un desafío político e ideológico[886].

La insurrección poseía causas propias y era también producto de la confusión. El clásico estudio de Paul Avrich, matizado recientemente por las conclusiones de Arno Mayer en su trabajo sobre la violencia y el terror en las revoluciones francesa y rusa, y complementado por la muy documentada obra de Getzler[887], son suficientes para explicar los orígenes, motivaciones y desarrollo de la tragedia.

La raíz de la explosiva situación en Kronstadt tenía mucho que ver con el extremo y acelerado deterioro de Petrogrado, la espléndida ciudad que había sido cuna de la revolución y luego abandonada a su suerte tras ser trasladada la capitalidad a Moscú. Comenzó así una decadencia que se prolongará durante todo el periodo soviético y que sólo cien años más tarde empezó a corregirse. Pero en aquellos meses terribles en que faltaba absolutamente de todo, la situación material era mucho peor que la de febrero de 1917, se cerraban talleres y fábricas, los precios de los productos que aún se podían encontrar estaban disparados, corrían rumores sobre cómo trataba la Cheká a los obreros que protestaban; a pesar de eso se habían producido huelgas en el invierno de 1920 a 1921. En ese contexto, los marinos de Kronstadt, la otrora flor y nata de la Revolución, se sintieron llamados a encabezar otra, la tercera; y decidieron convocar un nuevo soviet.

Sin embargo, y para cuando esto sucede, las autoridades habían logrado encauzar la protesta en Petrogrado, aplicando la zanahoria y el palo: detenciones de obreros revoltosos y sobre todo de los mencheviques y *eseristas* que aún subsistían en la ciudad; y también reparto de víveres excedentarios. Mientras eso sucedía en Petrogrado, en Kronstadt, aislada entre los hielos, lanzaron el desafío. Como respuesta, Trotski les conminó a

la rendición el 5 de marzo, y tras su negativa, el día 17 se lanzaron al asalto de la fortaleza a 35.000 soldados del Ejército Rojo, unidades de la Cheka y cadetes de las nuevas escuelas militares (ahora llamados *kursanty*) así como voluntarios, más artillería pesada de largo alcance y aviación. Todo ello bajo el mando del general Tujachevski, quien había dirigido la ofensiva contra Kolchak, el empujón final contra Denikin y la ofensiva sobre Polonia. El nerviosismo era máximo: los 15.000 combatientes que defendían Kronstadt estaban bien preparados y altamente motivados. Además, se contaba con lanzar a los soldados al asalto sobre el hielo que aún cubría las aguas del golfo de Finlandia anejas a la isla de Kotlin. Si esa capa se fundía, en los días sucesivos, la base se haría casi inexpugnable por cuanto el Ejército Rojo no tenía medios de desembarco apropiados, los rebeldes podrían utilizar parte de los navíos de guerra atracados en la base de Kronstadt, especialmente los acorazados *Sevastopol* y *Petropavlovsk*, para impedir cualquier intento en ese sentido o incluso bombardear objetivos en Petrogrado. Y quién sabe si podría ser tomada por la marina de alguna potencia intervencionista. La base, que controlaba los accesos por mar a Petrogrado, era un activo estratégico de primera magnitud.

El asalto supuso una carnicería, especialmente para los atacantes, que tomaron la fortaleza el día 18 —tras varios intentos, rechazados— al precio de 10.000 bajas entre muertos, heridos y ahogados en los boquetes de la capa de hielo, frente a las 1.600 de los defensores[888]. Muchos de estos se libraron de la muerte o detención huyendo a Finlandia.

El golpe al prestigio del régimen soviético fue muy serio, sobre todo internacionalmente, a pesar de que se presentó como una victoria de la revolución contra la reacción y hasta se aprovechó la coincidencia de que la caída de Kronstadt coincidía con el aniversario del inicio de la Comuna de París en 1871. Con todo, la insurrección era el colofón de una serie de erupciones insurreccionales en Rusia, que acompañaron al final de la guerra civil; y más especialmente en Rusia central. Allí, en el *óblast* o provincia de Tambov, una de las más activas en las revueltas de 1905-1906, los campesinos se habían levantado en el verano de 1920 contra el poder soviético, en protesta por las requisas de grano que imponía el «comunismo de guerra». La revuelta de Tambov fue extremadamente dura y violenta,

con episodios de enorme crueldad y mucho derramamiento de sangre, especialmente a raíz de que Moscú decidiera su supresión, por la fuerza de las armas, enviando al general Tujachevski con sus tropas en la primavera de 1921: 50.000 soldados, tres ferrocarriles acorazados, setenta cañones de campaña, tres unidades blindadas y la cobertura política de Antonov-Ovseenko. Para entonces, los alzados se habían organizado en destacamentos guerrilleros que, como en otras partes de Rusia, Ucrania o Siberia, eran conocidos genéricamente como el Ejército Verde, pero que en este caso, como en el del ucraniano Majnó, parecen haber tenido un cierto nivel de organización y estructura de mando[889].

La rebelión campesina de Tambov contó con un líder popular: Aleksandr Antónov, un antiguo *eserista* de izquierdas, cuya militancia con los social-revolucionarios se remontaba a 1904, con solo quince años de edad. Tras la Revolución de Febrero se había especializado en la organización y mando de unidades ad hoc de milicias parapoliciales, actividad que continuó ejerciendo a partir de octubre de 1917, luchando incluso contra la Legión Checa. Fue precisamente esa habilidad la que le ayudó a organizar la rebelión de Tambov, a partir de desertores y campesinos que a veces es conocida en su honor como la *antonovschina*. Con todo y haber fundado la Unión de Campesinos Trabajadores para coordinar la insurrección, esta no tuvo un color político determinado y se centró en anular las partidas de requisa, y más adelante erradicar los centros de poder soviético en todo el *óblast*. En su momento de máxima expansión afectó a las vecinas provincias de Voronezh, Saratov y Penza. Sin embargo, la despiadada ofensiva de las tropas de Tujachevski, que incluso llegaron a utilizar gases tóxicos, remanentes de la Gran Guerra, contra las partidas guerrilleras en los bosques, y ejecución sumaria de rehenes o internamientos en campos de concentración, quebraron la resistencia de los insurrectos en la segunda mitad de 1921.

A lo largo de ese mismo año se produjeron otras rebeliones campesinas en lugares como Astraján, Samara, Tsaritsin, y Siberia. Las motivaciones fueron las mismas en todos los casos, además de otro común denominador: todas estallaron en los momentos finales de la guerra civil, cuando los blancos estaban a punto de ser derrotados. Esto suponía que durante la

contienda, los campesinos habían aceptado, aunque fuera de mal grado las exacciones del «comunismo de guerra» porque el riesgo de que ganaran los blancos suponía el regreso del antiguo régimen, la pérdida de las tierras y posiblemente un nivel intolerable de represión; pero al concluir reclamaron el fin de las requisas y hasta llegaron a enfrentarse al Estado. Esta actitud también era coincidente con la actitud de los anarquistas de Majnó en Ucrania, que colaboraban con el Ejército Rojo cuando se trataba de combatir a Denikin o Wrangel, pero se enfrentaban a él cuando cesaba esa amenaza. Cuando los blancos fueron expulsados de su último bastión, en Crimea, comenzó el ataque sistemático de los rojos contra los ejércitos de la bandera negra. Majnó con uno de sus últimos destacamentos, muy malherido, logró cruzar el Dniéster y exiliarse en Rumanía, en agosto de 1921.

Desde el gobierno y el Partido, la problemática que comportaba el final de la guerra civil y la desmovilización provocaba un claro desconcierto, mezclado con el que ya generaba la cuestión campesina en sí misma. La Revolución bolchevique, en efecto, no se había concebido teniendo en cuenta al campesinado como protagonista central, a pesar del temprano decreto sobre la tierra tras la toma del poder por los bolcheviques en octubre de 1917. Aun así, se esperaba que esa medida fuera la panacea; y a pesar de que con gran rapidez el pequeño campesinado se hizo con 43 millones de hectáreas de tierras de cultivo pertenecientes a 110.000 grandes terratenientes y otros 55 millones de los dos millones de pequeños propietarios, quedando sin tierra solo el 8% de los hogares campesinos a la altura de 1920[890], no les compensó por las enormes requisas de grano y otros productos, además de la movilización forzada de decenas de miles de campesinos en el Ejército Rojo para ganar la guerra civil. Parafraseando a Theodor Shanin, el campesinado fue la «clase incómoda», antes y durante la revolución. Sobre todo cuando, en 1921, hubo que decidir cuál debería ser el modelo económico del nuevo Estado soviético, que no había logrado extender la revolución fuera de sus fronteras para generar complejos y fantasiosos combinados federales con países europeos o eurasiáticos.

Este fue un dilema realmente dramático para el liderazgo bolchevique, y contribuyó de forma decisiva a hacer de 1921 una verdadera encrucijada.

Llegados a este punto, cabe recordar que durante la primera mitad del año, las críticas de la Oposición Obrera habían desencadenado una formidable lucha fraccionaria dentro del partido. El origen de la polémica, impulsada en buena medida por Trotski giraba en torno al férreo control de los sindicatos, pero no tardo en implicar posturas de grupos de poder y antipatías personales de todo tipo, que obligaron a unos y a otros a recorrer el país para obtener apoyo entre los bolcheviques de provincias. Cuando la polémica empezó a bajar de tono, Lenin introdujo la Nueva Política Económica (NPE), el 8 de febrero. Esto suponía un nuevo forzamiento en las tendencias imperantes dentro del partido, ampliamente predispuestas a seguir aplicando el comunismo de guerra. De hecho, a Lenin le costó convencerse de la necesidad imperiosa de aflojar en el control de la economía, especialmente en el campo; la rebelión en Tambov tuvo mucho que ver en ello: Rusia, y con ella el régimen, iban a la catástrofe si se seguía aplicando el sistema de requisas y la represión como única respuesta a las insurrecciones. No es exagerado hablar de segunda guerra civil en el campo, que pudo haberse extendido a las ciudades, insuficientemente abastecidas. La rebelión de Kronstadt había sido un aldabonazo muy serio. Pero, a la vez, la aprobación legal de la NPE, que se produjo en medio de esa crisis, supuso una inyección de moral para las tropas del Ejército Rojo que se preparaban para asaltar la base insurrecta.

El desgaste que supuso para Lenin el reajuste del régimen en contra de las expectativas que originariamente había despertado el arranque de la revolución sin duda contribuyó al deterioro acelerado de su estado de salud. El 4 de junio el Politburó le ordenó que se tomara unas vacaciones, que de hecho fueron el comienzo de su retirada de la política activa en la pequeña localidad residencial de Gorki, a pocos kilómetros de Moscú. El 9 de agosto reconoció ante el Politburó que «no podía trabajar»[891] y tras infructuosos reconocimientos médicos, que se prolongaron durante los meses siguientes, el 25 de mayo de 1922 sufrió un grave ataque de apoplejía. Y aunque aún tardaría poco más de un año y medio en fallecer (el 21 de enero de 1924), fue perdiendo el liderazgo político de la Revolución.

880 Pereira (1996): p. 152.

881 Ibíd., p. 155.

882 Palmer (2009): p. 107.

883 De hecho, había intentado establecer relaciones con el señor de la guerra Zhan Zuolin, el «Viejo Mariscal», que controlaba buena parte de Manchuria, era antirrepublicano y gozaba de un importante respaldo japonés. Palmer (2009): pp. 180-181.

884 Antes de ello, Pepelyáiev se había exiliado a Harbin, en abril de 1920, donde sobrevivió trabajando como taxista, carpintero, estibador y pescador. Para una detallada historia de su vida y la expedición de Yakutia, vid.: «*Участник гражданской войны в Якутии Анатолий Николаевич Пепеляев*», en: la página web *Якутск*: http://www.yakutskhistory.net/*исторические-личности/генерал-пепеляев/*

885 Para el manifiesto, en quince puntos, vid: Avrich (2014): pp. 74-75.

886 Mayer (2014): p. 453.

887 Avrich (2014); Mayer (2014); Getzler (1983).

888 Avrich (2014): capítulo 6: pp. 193-210; para el cálculo de las pérdidas en los combates, vid. p. 208.

889 Sennikov (2004).

890 Mayer (2014): p. 423; vid. también: Shanin (1984) p. 145.

891 Service (2010a): p. 500.

## EPÍLOGO

# LA REVOLUCIÓN, UN SIGLO DESPUÉS 1917-2017

> Gobernar con tus ideas como guía es correcto, pero solo en el caso de que esa idea lleve a resultados correctos, no como ocurrió con Vladímir Ilich. Porque al final esa idea llevó a la ruina de la Unión Soviética.
>
> Presidente Vladimir Putin, 21 de enero de 2016, aniversario de la muerte de Lenin

> Lo importante del eurasianismo es que toca el nervio más profundo de la historia rusa. Integra lo que hay de común en la historia de blancos y rojos, de los monárquicos y los socialistas del país.
>
> Aleksandr Dugin en entrevista a Michel Eltchaninoff

A partir de 1921 se puede decir que la Revolución entró en un estado de provisionalidad política que abarcó unos siete años hasta que la disputa entre Trotski y Stalin se decidió a favor de este último. Pero en realidad, el estudio de esos años de guerra civil, el fracaso en extender la revolución a Europa e incluso las dificultades para implantarla en Asia Central y Extremo Oriente ruso, el forzado viraje político de 1921: todo ello nos muestra hasta qué punto la historia canónica, el denso entramado de intereses políticos, las filias y fobias, la larga influencia de las versiones oficialistas soviéticas y la aproximación a la Revolución rusa en clave exclusivamente politológica, han terminado por construir estatuarias historiográficas en torno a una visión acartonada de los líderes, representados como personajes titánicos, políticamente infalibles —cada uno en su tendencia—. Esta versión *ad hominem* ha simplificado la historia

de una Revolución rusa protagonizada por millones de personas que cambiaron de bando y de opinión, que muchas veces actuaban a tientas.

En cierta manera eso también le sucedió al panteón de líderes bolcheviques. Quizá su verdadero valor y aciertos no estuvieron tanto en sus planes y digresiones teóricas, debatidas a posteriori una y otra vez, sino en la capacidad real de afrontar y resolver los problemas según se iban planteando a lo largo de un proceso revolucionario que no siempre se desarrollaba como ellos habían imaginado.

Así, en 1920, Trotski, el héroe de la guerra civil, el creador y organizador del Ejército Rojo, se encasilló en la idea de que la economía podría seguir funcionando militarizada, como una expansión de las operaciones militares. A partir de los intentos que hizo con las unidades del Primer Ejército de Trabajadores, desplegadas en el frente económico con tareas de reparación de infraestructuras así como de obtención y reparto de alimentos, actuó en cierto modo como predecesor de Stalin. La introducción de la NPE paralizó este tipo de iniciativas, pero tampoco le faltaba razón a Trotski al considerar que la desmovilización masiva del Ejército Rojo podría dar lugar a desórdenes sociales[892]. Eso había sucedido en Europa el año anterior, tras concluir la Gran Guerra, y de hecho, las insurrecciones campesinas en Tambov, Siberia y otras partes de Rusia se explican por el retorno a casa de excombatientes descontentos.

De otra parte, la estrella de Trotski había brillado muy alto con la organización del Ejército Rojo que había terminado por ganar la guerra civil. Entre enero de 1918 y finales de 1920, había logrado poner en marcha una maquinaria militar de cinco millones y medio de soldados movilizados[893] y con todos sus fallos e improvisaciones, había derrotado a varios ejércitos blancos mandados por oficiales zaristas de carrera, apoyados por la generosa asistencia aliada. Pero una vez concluido el conflicto, cuando hubo que reorganizar el Estado en un sentido que nadie había imaginado tan solo un año antes, era una tarea prolija, sistemática y que en cierta manera requería mucho espíritu de equipo. Trotski, en cambio, era un personaje intelectualmente brillante, que gustaba de la dialéctica: durante la controversia sobre los sindicatos, contribuyó a que el partido se dividiera en fracciones que polemizaban vivamente entre sí; pero él no tenía

la suya propia[894]. Mientras tanto, Lenin se había volcado en lanzar la NPE y aunque la idea inicial se la había sugerido Trotski, aquel tomó distancias y prefirió apoyarse en otros camaradas, mientras la polémica sobre los sindicatos se deshinchaba. Además existía otro problema: Trotski seguía siendo comisario del Pueblo para la Guerra y existía el temor de que utilizara el Ejército Rojo para tomar el poder pasando a convertirse en el Bonaparte de la Revolución[895] —continuaba existiendo la tendencia a tomar como referencia la Revolución francesa—. Aunque colaboró sin reservas en la gran desmovilización y la reducción de las fuerzas armadas a una décima parte de lo que habían sido, fue destituido de la jefatura del Ejército Rojo en enero de 1925, un año después de la muerte de Lenin. En efecto, la desaparición del gran líder lo había dejado aún más descolocado en el partido. En cierta manera, y salvando las distancias generacionales, había vuelto a ser el Trotski de 1904; solo que esta vez no podía desconectar e ir a viajar por Europa. Su puesto estaba en el centro de la Revolución y no estaba logrando adaptarse a los nuevos retos.

Por su parte, la influencia de Stalin no surgió de engañar a Lenin, sino en construir silenciosa y metódicamente el aparato del partido y la administración. Nadie como el «camarada fichero» conocía a los funcionarios de las provincias y era capaz de ponerlos y deponerlos. Hizo una labor callada e ingrata que nadie deseaba para sí o nadie sabía desempeñar como él. Su poder surgió de hacerse indispensable en una responsabilidad que no tenía relumbrón pero al final resultó ser básica. Por otra parte, todos —y eran pocos— se intercambiaban papeles; incluso Lenin jugó a ser caudillo militar durante un tiempo. Terminaban triunfando en aquello que se les daba mejor, pero fracasaban en otras cosas, lo cual generaba rencores que se sumaban a viejas afrentas de juventud, y a la vez, no tardaban en intentar adaptarse las fuerzas que generaban sus propias acciones o las de los demás, entendiendo esto en un sentido muy amplio.

La adaptación suponía interacción y, dado el tamaño de Rusia y el número de ciudadanos implicados, la envergadura que podían llegar a tomar los efectos de las decisiones era formidable. La sustitución o intercambio generacional por vía administrativa que desencadenó Stalin, eso que se ha dado en llamar purgas de los años 1936 a 1938, intentó llevarlo a cabo Mao

Zedong en China, años más tarde, de dos formas: la administrativa, en lo que fue el Gran Salto Adelante, y la más revolucionaria (en el sentido de revuelta generacional) con la Revolución Cultural. En todos los casos, el hecho de que decenas de millones de personas se vieran implicadas generó unas interacciones devastadoras que en el caso de Mao, claramente, apenas llegó a controlar. En otros modelos inspirados en mayor o menor grado en la revolución bolchevique pero llevados a cabo en pequeños países, la sustitución sociogeneracional y las transformaciones económicas fueron mucho más armoniosas, exceptuando casos traumáticos como el de Hungría después de la Segunda Guerra Mundial.

En cualquier caso, queda claro que la toma del poder por los bolcheviques el 25 de octubre/7 de noviembre de 1917 fue el pistoletazo de salida para una revolución que se prolongó durante años. No es fácil establecer el momento en que se supone que concluyó el ciclo revolucionario. Si tomamos como referencia la consumación de los cambios sociales de gran envergadura, y lo combinamos con la muerte del último gran líder superviviente de la toma del poder en octubre de 1917, tendríamos la fecha de 1953 como punto y final. Para entonces, la Unión Soviética se había convertido en una verdadera civilización en sí misma, con todos sus aciertos y fracasos y con una estructura social propia, *sui generis*, con la paradójica consecución de una clase media propia, específicamente soviética, ligada al desarrollo de una enorme estructura administrativa y de partido.

Mientras tanto, siguieron sucediéndose los grandes cambios y desafíos, casi siempre pagando un precio muy elevado en vidas humanas. Cualquier manual de Historia contemporánea los menciona: la colectivización de la agricultura, los planes quinquenales, las grandes purgas, la Segunda Guerra Mundial en territorio soviético, la instauración de las repúblicas populares en Europa central y oriental, el primer cisma en el campo socialista con la expulsión de Yugoslavia de la Cominform, la *zhdanovshchina*.

En política exterior resulta fácil trazar las continuidades establecidas por Lenin hasta 1939. Las instrucciones de este a la delegación dirigida por el ministro Chicherin, que negoció en Rapallo con el gobierno alemán fueron claras: a los soviéticos les interesaba crear divisiones entre los países

capitalistas, y por ello no convenía plegarse al tratado posbélico global gestionado en París en 1919, por las mismas potencias que habían intervenido contra la revolución en territorio ruso. En consecuencia, el tratado bilateral ruso-germano firmado en esa localidad el 16 de abril de 1922 fue un triunfo para la estrategia diplomática de Lenin —por entonces ya con una salud claramente menoscabada— porque permitía impulsar relaciones comerciales y militares con la derrotada Alemania sin renunciar, todavía, a la posibilidad de una revolución socialista europea[896].

Diecisiete años más tarde, Stalin accedía al pacto Ribbentropp-Mólotov —a petición de Hitler[897]— en una maniobra diplomática que desde un punto de vista político parecía contra natura, pero que desde el ángulo diplomático continuaba la estrategia de desbaratar cualquier intento de las potencias occidentales por desestabilizar al Estado soviético implicándolo en una nueva guerra de las potencias imperialistas que pudiera desembocar en una nueva intervención de facto. Esto es: meter a la Unión Soviética en una guerra de los aliados contra los alemanes que al final dejara solas a estas dos potencias frente a frente[898]. Solo que en este caso la estrategia de «pactos discretos y súbitos» con Alemania[899] a espaldas de los aliados occidentales —como en Brest-Litovsk, como en Rapallo— se convirtió en un tiro por la culata cuando en 1941 Hitler lanzó la Operación Barbarroja.

Las recetas heredadas de la primera fase de la revolución bolchevique y aplicadas, con sus variantes, a lo largo de los años veinte, tendieron a dar resultados distorsionados, lo cual era de esperar. El aislamiento a que fue sometida la Unión Soviética por los vencedores de la Gran Guerra durante los años veinte y treinta, junto con la tremenda dureza de la guerra civil, que la dejó completamente destruida y traumatizada, todo ello unido a la prematura muerte del líder máximo, contribuyeron a desnortar a unos dirigentes cuyas decisiones venían necesariamente lastradas por todo ello y eso hasta el mismo final de sus días. Y las cosas se complicaban más por la inevitable interacción ante los estímulos internos.

La intervención soviética en la guerra civil española provee de un buen ejemplo. Las reflexiones de Stalin y las indicaciones y sugerencias concretas que hizo en diciembre de 1936 al gobierno de la República —junto con Viacheslav Mólotov y Kliment Voroshílov—, estudiadas y

documentadas por Ángel Viñas con rigor, demuestran que el dictador soviético era un buen conocedor de la realidad de este país y su situación política, o estaba bien informado[900]. Sin embargo, no terminan de quedar claras las motivaciones profundas de Stalin para intervenir en una guerra tan alejada geográficamente de los intereses soviéticos. Los consejos de Stalin al gobierno de Madrid no estaban encaminados a hacer de España un Estado de corte soviético. Confesaba unos objetivos diplomáticos limitados y sugería favorecer a las masas campesinas, así como a las clases medias y urbanas y los pequeños partidos republicanos. Por último, el gobierno de Madrid debía enviar mensajes tranquilizadores a los estados que no apoyasen a los fascistas: nada de lesionar sus intereses ni atentados contra la propiedad. Viñas considera que esta manera tan cautelosa de obrar se basaba en la experiencia acumulada en China, donde Moscú apoyaba al Guomindang y Jiang Jieshi (Chiang Kai Shek) incluso a costa de lesionar los intereses y hasta la seguridad del Partido Comunista Chino.

En realidad, al analizar la política soviética de ese periodo no se puede pasar por alto el hecho de que ya desde un inicio, para Lenin y sus camaradas, lo que sucedió en octubre de 1917 fue el comienzo de la revolución mundial, no el triunfo de una revolución nacional rusa. Los posteriores acontecimientos en Alemania, con la revolución de noviembre de 1918 y en Austria-Hungría, profundizaron esta convicción. Es en tales condiciones que Lenin proclama el internacionalismo proletario como principio básico de su política exterior. La derrota de los procesos antes mencionados dejó a la Rusia Soviética sola y Lenin asume entonces la necesidad de la «convivencia pacífica», convertida en «coexistencia» por Jruschov, años más tarde. El internacionalismo proletario y la convivencia pacífica conformaban una contradicción que debía ser resuelta. Terminada la guerra civil y muerto Lenin los nuevos dirigentes proclamaron la necesidad de preservar el Estado soviético como la tarea principal del internacionalismo. Y el apoyo a la lucha del movimiento obrero en Occidente fue sustituido por el apoyo a los movimientos de liberación anticoloniales. La URSS no se desgastaría en una lucha frontal con las potencias capitalistas, sino que socavaría su base económica ayudando a la destrucción del colonialismo. La Revolución china (1925-1927) ofreció la

oportunidad. Esto ayuda a explicar la política soviética en España. Por razones ideológicas no podía dejar de intervenir del lado republicano, pero por razones de política práctica no estaba interesada en el triunfo de una nueva república soviética que caldease aún más sus relaciones con el occidente capitalista.

Pero existían consideraciones adicionales, que quizá eran centrales y constituyen una buena muestra de las características *sui generis* de la actuación exterior soviética. El mismo Viñas concluye que a Stalin le preocupaba sobremanera la posibilidad de que la guerra civil española terminara convirtiéndose en la plataforma ideal para lanzar una posible revolución internacional inspirada por Trotski. Visto con los ojos de un observador neutral, tamizada por el paso de los años, esa posibilidad parecía un producto de la paranoia. Pero ya en el verano de 1936, no digamos dos años más tarde, cuando se funda en París la IV Internacional, trotskista, es algo que parece posible para ambos adversarios, enzarzados en una lucha a muerte y sin fronteras, que terminará con el asesinato de Trotski en agosto de 1940.

La consideración sobre el peligro de que la revolución española se convirtiera en la revolución trotskista está documentado por Viñas a partir del informe Chubin, del 7 de agosto de 1936[901]. Otro indicio, y de gran volumen, es el hecho de que mientras tanto están teniendo lugar los juicios de Kamenev y Zinóviev, los primeros de las grandes purgas estalinistas, sobre los cuales se dicta sentencia los días 20 y 23 de agosto de 1936. Ellos dos, junto con otros 14 cargos procesados, formaban parte, según los acusadores, de un supuesto «Centro Terrorista Trotski-Zinoviev».

A su vez, todo ello está relacionado con la certeza de que es ya inevitable una Segunda Guerra Mundial después de que Hitler tomara el poder y, sobre todo, a partir de febrero de 1936, cuando tropas del la nueva Wehrmacht alemana ocuparon la zona desmilitarizada de Renania y anularon con ello el Tratado de Versalles. La prensa europea de la época interpretó esa operación como una señal de que la marcha hacia la guerra era inevitable, que las garantías diplomáticas internacionales para asegurar un equilibrio internacional habían saltado por los aires (el retorno a un «sistema de falta de sistema») y, en consecuencia, muchos países de Europa

se lanzaron al rearme acelerado[902]. En ese contexto, Stalin habría buscado «cerrar filas» y liquidar «cuestiones pendientes», en preparación de lo que se venía encima. El argumento de que al liquidar buena parte de la cúpula militar soviética se propició la cadena de derrotas catastróficas con las que se abrió la Operación Barbarroja en el verano de 1941, es respondida por los apologetas del gran líder: el impacto de la máquina militar alemana era inevitable, pero solo gracias a la astuta dirección de Stalin se pudo evitar la derrota total[903].

La intervención soviética en España también se explica dentro de este tipo de claves. Para Stalin y sus asesores, era fundamental evitar que Francia se debilitara ante la presión alemana subsiguiente a la victoria de Franco. La URSS se estaba comportando como una potencia de visión global, tras volver a Europa de la mano de su ingreso en la Sociedad de Naciones, en 1934. Pero las depuraciones efectuadas entre la vieja guardia bolchevique tenían que ver también con la supuesta necesidad de reforzar el centro del poder soviético, ante la posibilidad de que el impacto de la guerra inminente favoreciera golpes de Estado y pusiera en peligro la Revolución. Fue la denominada «hipótesis Clemenceau»[904], recordada por el mismo Trotski en una carta al teórico marxista estadounidense Max Shachtman en noviembre de 1939: «En interés de la auténtica defensa de la URSS, la vanguardia proletaria podría estar obligada a destruir el gobierno de Stalin y reemplazarlo por el suyo propio»[905].

Resulta paradójico que el mismo Stalin, que en octubre de 1917 había evitado que Lenin expulsara a Kamenev y Zinoviev del partido, los enviara después al cadalso. Sin embargo, para Georges Haupt y Jean-Jacques Marie, autores de una clásica colección de biografías de los bolcheviques, afirman: «Era lógico que Stalin comenzara por ellos, puesto que habían sido durante tanto tiempo los lugartenientes más próximos a Lenin; tanto que quisieron imitarlo en todo, hasta en su forma de escribir»[906]. Pero esa misma reflexión evidencia que las dos primeras oleadas de purgas poseían un argumento interno continuista: tanto las pugnas en el partido, que desembocan en el trágico final, colofón asumido por Stalin de que la revolución devora a sus hijos, en una interpretación extrema; como las

disfunciones clientelares que marcaron la estructura de mando del Ejército Rojo ya desde su nacimiento, impulsado por Trotski.

En cambio, la tercera oleada de purgas, que generó un número muy abultado de víctimas, entre 600.000 y 1.200.000, fue de otra naturaleza. Aunque es un fenómeno insuficientemente estudiado —en muchos casos falta documentación[907]— resulta evidente que fue una secuela de la guerra civil aunque entendida como un fenómeno que abarcó la actividad de todos los bandos. El Terror Rojo tuvo su contrapunto en el Terror Blanco, pero además se perpetraron pogromos sistemáticos contra los judíos, campañas de limpieza étnica y operaciones de represión en las respectivas retaguardias dirigidas contra el campesinado, y este por su parte, desencadenó insurrecciones. A su vez, como se ha visto, ya a principios de siglo, durante la revolución de 1905, el gobierno ruso llevó a cabo acciones de castigo muy duras contra los levantamientos campesinos, mientras las Centurias Negras intentaban extender las persecuciones antisemitas.

Con todo, la violencia desencadenada durante la guerra civil tuvo en muchos casos una intención aniquiladora y eso es válido para todos los bandos. En 1919 uno de los impedimentos para que fraguara una alianza táctica entre las fuerzas de Majnó y las del atamán Grigóriev radicó en que este no deseaba renunciar a los pogroms sistemáticos en las aldeas ucranianas: una tozuda reivindicación que resultaba curiosa viniendo de un personaje que, como Grigóriev, no defendía ninguna ideología política determinada[908]. Casi veinte años más tarde, principios de 1938, el responsable del Partido en la Región de Gorki escribió a Stalin y a su jefe de la policía secreta, el todopoderoso Nikólai Yezhov, solicitando su permiso para aumentar la cuota de detenciones políticas en su área de primera categoría y segunda categoría, como se puede leer en uno de los documentos procedentes de los Archivos Bukovsky[909]. Existen muchos ejemplos similares. Parece evidente que en todos y cada uno de los bandos existía una cierta abundancia de responsables con ganas de eliminar o anular al que se identificaba como adversario. Pero no por un impulso puntual, sino como parte de un proyecto prolongado de exterminio: de judíos, de blancos, de rojos, de traidores, de *kulaks*, de propietarios, de

burgueses, de otras nacionalidades. La idea era «solucionar» de una vez por todas el supuesto problema que suponían sectores enteros de la población.

El planteamiento de la «solucion final» tuvo una perfecta continuidad durante la Segunda Guerra Mundial, que en territorio de la URSS fue continuación de la guerra civil rusa, la cual a su vez fue secuela de la Primera Guerra Mundial como conflicto ideologizado —más allá del simple nacionalismo de 1914— que enfrentó a izquierdas y derechas. También fue un choque de totalitarismos que puso en marcha la práctica de aniquilar las bases sociales del adversario, cuya versión corregida y aumentada se reactivó en territorio soviético a partir de 1941 con los diversos pogromos de Lvov, las operaciones de los *Einsatzgruppen* y las matanzas de Babi Yar, la masacre de Katyń, la destrucción de las comunidades judías en los Países Bálticos y Bielorrusia —comenzando con el holocausto en Lituania, ya en ese año— o la limpieza étnica de población polaca practicada por el Ejército Insurgente Ucraniano *(Ukrainska Povstanska Ármiya*, o UPA) en Volinia y Galitzia en 1943 y 1944[910]. En ese mismo periodo, las deportaciones de nacionalidades practicadas por los soviéticos completan el cuadro: a fin de limpiar Crimea, el Cáucaso y el Volga de pueblos colaboracionistas con los nazis son deportados al Asia Central y Siberia: tártaros, alemanes, griegos pónticos, turcos mesjetas, kurdos, calmucos, karacháis y balkarios. La peor parte se la llevan los chechenos e ingusetios, expulsados en su totalidad (medio millón de personas) de las regiones de origen a partir de febrero de 1944.

El planteamiento en la línea de «solución final» era un mensaje muy peligroso pero a la vez muy eficaz por movilizador: amplias transformaciones irreversibles del tejido social suponían ventajas para una parte de la población, afectaran esos cambios a la estructura de clases, los porcentajes nacionales, o cualquiera de los parámetros elegidos[911]. Alguien se llevaría el botín de las víctimas, alguien ocuparía sus apartamentos vacíos o tomaría el relevo en su puesto de trabajo. El joven que en 1937 llegaba a Moscú desde provincias, encandilado por el nuevo aspecto de la capital, sus luces y comodidades, se sentía en una nueva civilización en la cual él parecía destinado a ocupar un puesto. Karl Schlögel describe pacientemente en su extenso estudio, *Terror y utopía*. *Moscú en 1937*, cómo

las purgas no solo afectaron a personas humanas, sino también al paisaje urbano, a los modos de vida. El Plan General para la Reconstrucción de Moscú de 1935 creó una nueva capital, ya sin las «ochocientas iglesias», sin campanas, con parques iluminados y neones por todas partes, estadios y piscinas, bloques de viviendas y altos edificios singulares, red de metro. Todo el subsuelo de la ciudad fue reconstruido de nuevo. Se perdieron los viejos puntos de referencia[912]. Surgió el ciudadano soviético, cobró relevancia la juventud atlética, morena y rasurada, los *fiskultúrnik* o deportistas, protagonistas de la nueva estatuaria, y las movilizaciones de masas, relegando a los rostros barbudos y las gafas niqueladas del periodo revolucionario[913]. Las purgas no solo afectaron a personas humanas, alcanzaron también al paisaje, las formas de trabajar, las costumbres, el patrimonio histórico. Se purgó todo un periodo histórico, se aceleró su destrucción y sustitución por algo nuevo. Roy Medvedev lo describe con amarga precisión: los científicos eran arrestados como saboteadores, pero a la vez se desarrollaba la ciencia soviética, los líderes nacionalistas en las nuevas repúblicas eran detenidos pero las nacionalidades progresaban; los mandos militares eran enjuiciados pero surgía un nuevo Ejército Rojo más moderno y potente; los líderes del Partido y el Estado eran liquidados como «enemigos del pueblo», pero al pueblo se le dedicaban nuevos palacios de cultura y escuelas[914]. De forma significativa, entre 1934 y 1939, el Partido admitió o reclutó tantos miembros como purgó[915].

Pero toda esta dinámica conllevaba una vis más siniestra: la de las delaciones y chivatazos, muchas veces meros infundios que tapaban intereses personales y ayudaban a escalar posiciones, obtener ventajas, cobrarse el botín. Hacerse un sitio en la nueva Unión Soviética, justificar el oportunismo alegando que otro perpetraría la injusticia y a la vez, quizá, recordar que en la aldea de la cual uno procedía se habían vivido las grandes hambrunas de 1932-1933 y que la colectivización agrícola e industrial había supuesto unos 8,5 millones de muertes[916]. O incluso que el padre o hermano habían perecido inútilmente en las grandes batallas absurdas de la Gran Guerra, en ofensivas inútiles que costaban decenas de miles de bajas por semana. Pongamos que una de esas personas hubiera sido un joven minero procedente del Donbass, Nikita Jruschov, que entre

1935 y 1938 llegaría a ser primer secretario de organización del Partido en Moscú, alcalde de facto.

En definitiva, en el análisis de las continuidades o discontinuidades de la Revolución de 1917 en sus dos etapas —febrero y octubre— debería considerarse el hecho de que se puso en marcha un proceso de cambio social que la guerra civil aceleró brutalmente y que posteriormente cobró una dinámica avasalladora que solo se estabilizó después del choque final que supuso la Segunda Guerra Mundial. Para cuando murió el último líder bolchevique —Iósif Stalin— en 1953, la sociedad soviética era una realidad que ya casi nada tenía que ver con la sociedad rusa de 1917. Eso no quiere decir que fuera una sociedad sin clases. Había surgido una clase media descrita ya por algunos sociólogos en los años sesenta y setenta[917], compuesta en parte por lo que se dio en denominar la *nomenklatura* del Partido Comunista de la Unión Soviética y cargos o personas influyentes relacionadas con la administración del Estado; y de otra con la clase técnico profesional creada a partir del proceso de industrialización y urbanización acelerados en los años treinta[918]. En cualquier caso, en el estudio de todos esos cambios, polémicas ya clásicas como aquella que intenta dilucidar si ya en la obra política de Lenin se encontraba el germen que llevaría a los excesos de Stalin deberían quedar en un segundo plano ante estudios menos apasionados pero más académicos en torno al cambio social que se puso en marcha en febrero de 1917 y que adquirió dinámicas propias, a veces difíciles de controlar, otras ciertamente inducidas, y en líneas generales como interacciones de causa a efecto.

Llegados a este punto cabe considerar que entre 1905 y 1921 jugaron no solo fuerzas revolucionarias, sino también contrarrevolucionarias. Hasta 1917 esos dos campos estuvieron bien definidos; a partir de febrero de ese año, conforme van fracasando los gobiernos provisionales y los soviets se desgastan, parte de las fuerzas progresistas, centristas o izquierdistas moderadas comienzan a ser identificadas con la contrarrevolución. Este fenómeno se acelera y amplía dramáticamente una vez comenzada la guerra civil, cuando sectores de la izquierda terminan integrados en el bando de los blancos, incluyendo aquí a los social-revolucionarios que antes de la Primera Guerra Mundial, hacía en realidad muy poco tiempo, aún eran el

azote violento del régimen zarista. Sin embargo, esas izquierdas, que integraban la «contrarrevolución democrática» —denominación aplicable a partir del momento en el que se supone que han ganado las elecciones a la Asamblea Constituyente— desaparecieron con rapidez dado que el *Komuch* careció de fuerza militar real y a pesar del respaldo de la Legión Checa, recibió un golpe mortal cuando la ciudad de Samara cayó en manos del Ejército Rojo en octubre de 1918. Con el golpe de Kolchak, un mes más tarde, los social-revolucionarios fueron borrados del bando blanco. No habían sabido cómo transformar apoyo pasivo en respaldo activo, votos en regimientos[919].

Los militares blancos sí lo sabían: era su profesión. Sabían cómo organizar ejércitos y ganar batallas. Pero eran incapaces de articular una opción política conjunta, y menos aún contra los bolcheviques. Creían firmemente que los rojos encarnaban el mal y no hacía falta entrar en demostraciones; el pueblo pronto se percataría de ello y por lo tanto, no eran necesarias mayores elaboraciones políticas. Sin embargo, eso resultaba claramente insuficiente para contrabalancear la certidumbre de los campesinos en el retorno de los terratenientes y propietarios, si los generales ganaban la guerra civil. Para otros —al menos antes de noviembre de 1918— la idea de retomar la guerra contra los alemanes era una opción impensable. La consigna de los militares según la cual ellos, como corporación, se situaban sobre la política, tampoco era atractiva. Sobre todo teniendo en cuenta que en el bando blanco no había una opción ideológica unitaria —a diferencia de lo que sucedía en el campo bolchevique— ni un líder único, a excepción del periodo en que Kolchak asumió el cargo de Gobernante Supremo de Rusia. Aun así, este se limitó a instaurar una dictadura militar de facto, respaldada por una enorme cohorte de oficiales que rehuían el frente y la complicidad de algunos políticos *kadetes* e intrigantes diversos[920]. Por lo tanto, la oferta política de los blancos era tan pobre que incluso al principio, en la primavera de 1918, el Ejército de Voluntarios tuvo que transigir con la rebelión nacionalista de los cosacos del Don, algo que les repugnaba, a falta de otro apoyo en el frente Sur. La complejidad de la situación aumentaba por el hecho de que ni siquiera se logró adoptar un consenso en relación con la legislación

adoptada por los gobiernos provisionales, entre febrero y noviembre de 1917, que algunos colectivos habían reconocido, pero otros no. Eso llevaba a contradicciones embarazosas, como el hecho de que el Ejército de Voluntarios reconociera ese corpus legal ya en octubre de 1918, pero en cambio estaba encabezado por un golpista como Kornilov, que se había alzado contra él y había sido detenido por el gobierno[921].

Paradójicamente, los blancos como colectivo político comenzaron a dotarse de un ideario propio ya en la tranquilidad del exilio, apenas concluida la guerra civil. Una parte de ellos se inclinaron por el fascismo, lo cual era natural porque era un ideario dinámico y agresivo, directamente anticomunista, con un corpus ideológico poco elaborado, pero que servía para aglutinar a los hombres de acción que habían sobrevivido a la revolución y la guerra, sobre todo a los oficiales y excombatientes de todo tipo. El fascismo aportaba otras utilidades. Como ideología de combate, evitaba el amargo debate sobre las causas de la Revolución; seguía sin entenderse qué había sucedido, por qué la Rusia imperial, para ellos un fenómeno histórico inamovible y hasta eterno había sucumbido tan rápida y violentamente. Por otra parte, conectaba a la perfección con el ideario básico de los oficiales blancos durante la guerra, que se reducía a confirmar las viejas certidumbres de siempre: los políticos tenían la culpa de las desgracias del país; los judíos también eran culpables, quizá en grado máximo; las mejores virtudes eran las del soldado y por ello la respuesta a la Revolución debía ser militar; el nacionalismo debía ser el punto central de cualquier programa antibolchevique e internacionalista[922]. Por si fuera poco, el fascismo surgía como una ideología «naturalmente» rusa, la continuación de una línea evolutiva que no se había desarrollado con las Centurias Negras y el corporativismo zarista, aunque sí era intrínseco al discurso simbólico de los Ejércitos blancos y su lucha. En un sentido estrictamente ideológico, apenas existían autores rusos que pudieran ser señalados como antecesores directos de fascismo que había cobrado cuerpo en Italia o del nazismo alemán, al menos según Shenfield[923]

Por último, el fascismo suponía no resignarse, seguir en pie de guerra, a pesar de la derrota de 1920, preparados para el gran contraataque. Y esta vez integraría a toda Europa contra el comunismo. En consecuencia

surgieron varios partidos en las diversas comunidades de rusos blancos: la Organización de los Fascistas Panrusos de Anastasy Vonsyatsky, en los Estados Unidos; el Movimiento Nacional-Socialista Ruso, en Alemania; y el Partido Fascista Panruso en la importante comunidad ruso blanca de Manchuria, con centro en Harbin, y liderado por Konstantin Rodzayevski[924]. Además, con sede en Belgrado, uno de los centros destacados de la inmigración rusa blanca, se formaron organizaciones de activistas de ultraderecha dispuestos a infiltrarse en la Unión Soviética para desarrollar actividades subversivas. Tal fue el caso de la Unión Militar Rusa, promovida por el general Wrangel (ROVS, por sus siglas en ruso) en 1924 y la Alianza Nacional de Solidaristas Rusos (NTS) fundada en 1930. El ROVS, además, envió voluntarios a la guerra civil española, que sirvieron mayormente en los Tercios de Requetés, aunque Franco no permitió que se formara una unidad propia de rusos blancos. En conjunto cabe destacar que en proporción al número de exiliados rusos por causa de la Revolución y la guerra civil —más de un millón de personas— el protagonismo ruso en la lucha anticomunista fue discreto.

Cuando llegó la Segunda Guerra Mundial, los blancos tuvieron a su alcance la oportunidad de luchar en una segunda ronda de la guerra civil, a partir de la invasión alemana de la Unión Soviética en 1941. Sin embargo, su papel fue discreto, en parte debido a la desconfianza mutua entre nazis y rusos blancos; pero también por razones generacionales, dado que habían transcurrido ya veinte años desde el final de la guerra civil de 1918-1921. En consecuencia, su participación en el denominado Movimiento de Liberación de Rusia fue reducida. El denominado Cuerpo Ruso fue una unidad de rusos blancos que combatió en Yugoslavia, al servicio de los alemanes, contra la guerrilla comunista de Tito. Y el Ejército Nacional Popular de Rusia, comandado por dos veteranos de los Ejércitos blancos, operó en Bielorrusia en misiones también antiguerrilleras, pero sus mandos pronto fueron sustituidos por los alemanes y la unidad, de 8.000 hombres, disuelta poco después. En la formación de la Primera División de Cosacos, compuesta de desertores, fugitivos y prisioneros de guerra participaron dos relevantes veteranos: los generales cosacos Pyotr Krasnov y Andrei Shkuro. Pero la unidad enseguida pasó a estar mandada por alemanes, y también se

destinó a luchar en Yugoslavia; solo a finales de 1944 entró en combate con los soviéticos.

Por lo demás, los alemanes prefirieron organizar unidades militares con voluntarios rusos desertores del Ejército soviético, y aun así, el mismo Hitler retrasó todo lo posible la creación de un Ejército de Liberación Ruso (ROA, en sus siglas rusas) comandado por el general colaboracionista Andrei Vlasov, desertor del Ejército Rojo y veterano de la guerra civil. Solo en el otoño de 1944, cuando las tropas alemanas ya habían sido expulsados de territorio soviético y Hitler necesitaba de cualquier ayuda que pudiera obtener, permitió la creación de un Comité para la Liberación de los Pueblos de Rusia o coalición anti-comunista de rusos y otros pueblos del antiguo Imperio (Manifiesto de Praga, 14 de noviembre de 1944) presidido por Vlasov. Solo se llegó formar una división, que luchó brevemente en el frente del Oder, en febrero de 1945 y luego fue trasladada a Praga, donde el 5 de mayo cambió de bando y ayudó a los insurgentes checos a tomar la ciudad.

Hace tan solo veinte años o menos, este libro habría terminado aquí; o mucho antes, sin apenas mencionar al exilio ruso blanco y lo que parecían extravagantes intentos de continuar luchando contra el comunismo. Sin embargo, la disolución de la Unión Soviética y más particularmente, el ascenso al poder de Vladimir Putin entre 1998 y 2000, terminaron por propiciar un broche inesperado a la historia y consecuencias lejanas de la Revolución rusa; y por supuesto, y sobre todo, a la imagen histórica que se tenía de ella y al sentido que tiene hoy en día en Rusia.

En 1921, cuando la guerra civil estaba dando sus últimos coletazos, el núcleo de exiliados blancos en Sofía publicó una colección de artículos agrupados bajo el título común de *Éxodo hacia el Este*, aunque debido al significado polisémico del verbo исход *(ishod* o *isjod)*, podía traducirse también como «salida» o «solución»[925]. Comenzaba así a manifestarse el fenómeno eurasianista, que superaba los planteamientos más instrumentales de los orientalistas (восточники – *vostochniki)* rusos del siglo XIX, que incluían a algunos paneslavitas y abogaban por la expansión rusa hacia en dirección a Asia; con todo, en los escritos de algunos, como Vladimir Lamanski o Konstantin Leontev ya se adelantaba que el destino de Rusia

estaba en Oriente, tanto por su posición geográfica como por la necesidad de superar y desafiar la centralidad del mundo occidental.

El eurasianismo promovido en los años veinte expresaba la frustración de toda una serie de jóvenes intelectuales del exilio ruso obligados a abandonar su país, pero que no reconocían como suya la cultura europea de acogida. Incidía en ese sentimiento la humillación ante la derrota de los blancos y el deseo de entender la nueva realidad de la madre patria e incluso de seguir en contacto con ella[926]. La corriente tenía un punto de resignación ante los hechos consumados: dado que Rusia había cambiado definitivamente, solo quedaba el acercamiento a la nueva realidad de la Unión Soviética. De hecho, uno de los núcleos eurasianistas, el de París en torno a la revista *Evraziia*, y el de Bruselas, terminarían basculando hacia el marxismo. Esta actitud no era expresión de oportunismo o transfuguismo: surgía de la conclusión de que la nueva Rusia comunista estaba cumpliendo la misión histórica y civilizadora de la vieja Rusia, como potencia eurasiática. Por ello, la vía al retorno y la reconciliación quedaba abierta y de hecho algunas figuras menores del movimiento se atrevieron a ello.

Aun así, el eurasianismo no era esencialmente probolchevique, sino un movimiento nacionalista básicamente intelectual centrado en la reivindicación de lo más tradicional y esencial de la naturaleza rusa como enraizada en las estepas asiáticas, y reivindicando las herencias culturales de los pueblos de las estepas —tártaros, mongoles y túrquicos— así como la simbiosis con la geografía de una Rusia que era la encarnación de Eurasia. El resultado de todo ello, como rezaba una fórmula apócrifa, «Rusia iba del capitalismo como tesis y el comunismo como antítesis a la síntesis del eurasianismo»[927].

Aunque algunos «padres fundadores» como Peter Savistki continuaron en la brecha durante años, el sarampión de la primera generación eurasianista se extinguió a comienzos de los años treinta, quedando casi completamente olvidada. Sin embargo, rebrotó con fuerza sesenta años más tarde, tras el hundimiento de la Unión Soviética y, más precisamente, tras el fracaso de la experiencia neoliberal de la época de Yeltsin. Las razones eran fáciles de entender: el capitalismo entendido a la manera americana no había servido para Rusia: solo había generado crisis y pobreza, arruinando a

la naciente clase media y envileciendo al país, ya humillado por la autodestrucción de la Unión Soviética. El eurasianismo parecía cumplir una vieja profecía, lanzada precisamente durante los años triunfales del nuevo régimen soviético: algún día se haría evidente la existencia de la misión rusa que trasciende al viejo Imperio, la civilización soviética y el estado sucesor que surja de su decadencia. El comunismo no había sido un ideal, sino un método administrativo, pero la Rusia soviética había terminado por distanciarse de Occidente reuniéndose con Oriente y preparando el advenimiento de la era eurasianista.

Se encontró el vínculo ideológico que unía al viejo eurasianismo de los años veinte con la nueva Rusia de los noventa: el historiador y etnógrafo Lev Gumilev, estudioso de los pueblos nómadas y teorizador de la denominada etnogénesis. En puridad, su pertenencia al movimiento eurasianista es discutida, a pesar de un nutrido intercambio epistolar con Savistki, en 1956, durante la detención de este en la Unión Soviética. Pero tras una vida de detenciones y marcaje académico de sus trabajos, bajo el régimen soviético, le sobrevino la popularidad bajo la *perestroika*, que lo convirtió rápidamente en un gurú incuestionable, coronado como «último eurasianista». Tuvo tiempo de publicar algunas obras con mayor carga teórica que los estudios académicos que había completado con anterioridad, antes de fallecer en 1992, accediendo al panteón de los mitos.

Existe en Rusia el rumor de que Vladimir Putin conoce bien las ideas de Gumilev por haber frecuentado un grupo de estudio sobre el pensamiento de este autor. Incluso se dice que lo llegó a conocer[928]. De cualquier forma, el nuevo presidente ruso, sin renunciar a su carnet del PCUS ni al orgullo por su pasado como oficial del KGB, escogió inicialmente como consejero, ya en el año 2000, a Aleksandr Solzhenitsyn, antiguo disidente y eslavófilo. Recuperó las obras del también eslavófilo Nikólai Danilevski (1822-1885), como doctrina casi oficialista del régimen, por sus posturas antioccidentales («demostró que Occidente no es universal» —dijo de él el politólogo Boris Mejuev[929]—. Putin complementaba esta tendencia atrayéndose el apoyo de los sectores que su antecesor, Boris Yeltsin, había combatido: los ultranacionalistas y los comunistas, unidos en las barricadas y la defensa de la Casa Blanca, durante el golpe de Yeltsin, en octubre de 1993. Para

mantener unida y equilibrada esta síntesis sin echar mano del radicalismo nacionalbolchevique —el manejo de la ultraderecha y la «tercera vía» quedan en manos de esa figura de quita y pon que es Alexandr Duguin—, Putin se apoya cada vez más abiertamente en las argumentaciones eurasianistas. De un lado se implica cada vez con mayor determinación en la gran crisis oriental del cambio de siglo, con la pacificación de Chechenia —convertida en una república fundamentalista aliada de Moscú— la participación rusa en las guerras de Georgia (2008) y el Donbass (2014-2015), la anexión de Crimea (2014) y la participación en la guerra de Siria (2016). Por otra parte, hace realidad el viraje de la política rusa hacia Asia (2012), que se concreta en el proyecto de la Unión Económica Eurasiática (Евразийский экономический союз, ЕАЭС) establecida oficialmente el 1 de enero de 2015.

El discurso eurasianista —pasando por encima de su gran complejidad y diversidad— sirve, finalmente, para cerrar la brecha histórica que supuso la traumática desaparición de la Unión Soviética en 1991. El mensaje es que se ha restablecido el contacto con la línea histórica de Rusia, no hay ruptura, no hay frustración. En 2008 se estrenó el film *Almirante* (director: Andréi Kravchuk), una espectacular superproducción épica dedicada a enaltecer la figura de Kolchak que se ha convertido en uno de los mayores éxitos de taquilla de la cinematografía rusa. Momento central del film es la proclamación del almirante como Gobernante Supremo de Rusia. Pero la iniciativa no es una operación comercial más o menos exitosa. Cuatro años antes, se inauguró en la ciudad de Irkustsk, cerca de donde fue fusilado, una imponente estatua de Kolchak, ennoblecido con un capote sobre los hombros. En el pedestal, el bajorrelieve de dos soldados, hermanos gemelos que habían luchado en la guerra civil y entrecruzaban sus fusiles en señal de reconciliación, sin vencedores ni vencidos. En el Donbass pueden seguir entremezclándose unidades de voluntarios rusos con banderas rojas e imperiales; en Occidente, Rusia puede seguir siendo el faro de la nueva ultraderecha o ilusionar a los nostálgicos de la izquierda comunista radical. Finalmente, el 21 de enero de 2016, aniversario de la muerte de Lenin, cuando solo faltaba un año para el centenario de la Revolución de de 1917, Vladimir Putin cuestionaba su legado:

> Muchas de esas ideas [de Lenin], como la de dotar a las regiones de autonomía, colocaron una bomba atómica bajo el edificio del estado llamado Rusia, que más tarde explotó. Nosotros no necesitábamos una revolución global.

---

892 Figes (2000): pp. 784-785.

893 Erickson (2006): p. 101.

894 Service (2010b): pp. 370 y 438.

895 Ibídem, p. 441.

896 Service (2010a): p. 506. Para la historia del acuerdo: Haffner (2007): pp. 125-150.

897 Para la historia completa de cómo se gestó el pacto Ribbentropp-Mólotov y los detalles de su firma, vid.: Rees (2009): pp. 13-51.

898 Taylor (1985): pp. 239 y 286-288.

899 Haffner (2007): p. 125.

900 Viñas (2014): posición 14735 a 14793.

901 Viñas (2014): posición 4976.

902 Taylor (1985): p. 135.

903 Santos (2015): posición 4757.

904 Ibíd., posición 973.

905 «Carta a Max Shachtman», por Leon Trotski, 6 de noviembre de 1939; en *Marxist Internet Archive* [Consultable en red].

906 Haupt y Marie (1972): p. 94.

907 Fernández García (2002).

908 Mayer (2014): pp. 431-434.

909 *The Bukovsky Archives*. «A Quota for Killings», subido en 06/04/2016. Consultable en red: https://bukovskyarchive.wordpress.com/2016/04/06/an-execution-quota/

910 A partir de 1945, las expulsiones o reubicaciones de poblaciones se exportaron a Europa central y oriental, en razón de los reajustes de fronteras y territorios, aunque no ya con la voluntad de aniquilación vivida en territorio soviético a partir de la Operación Barbarroja.

911 Eso se pudo verificar de nuevo a finales del siglo XX con el genocidio ruandés. Vid.: Jean Hatzfeld (2004), *Una temporada de machetes*, Barcelona: Anagrama.

912 Schlögel (2014): pp. 71-87.

913 Ibíd., pp. 399-407.

914 Medvedev (1989): p. 629.

915 Mayer (2014): p. 743.

916 Fernández García (2002): p. 304.

917 Matthews (1972).

918 En virtud de la denominada «paradoja stalinista» por Veiga (2002): pp. 195-200.

919 Kenez (1980): p. 58.

920 Pereira (1996): p. 110.

921 Kenez (1980): p. 68.

922 Ibíd., p. 77.

923 Shenfield (2001): pp. 26-30.

924 Para un extenso estudio específico: Stephan (1978).

925 Laruelle (2012): pp. 19-20.

926 Ibíd.: p. 47.

927 Laruelle (2012): p. 28.

928 Eltchaninoff (2016): p. 114.

929 Ibíd., pp. 98-102.

# BIBLIOGRAFÍA

### ***En marcha hacia el capitalismo, 1856-1903***


Clowes, Edith W.; Kassow, Samuel D.; West, James L. (eds.) (1991): *Between Tsar and People. Educated Society and the Quest for Public Identity in Late Imperial Russia*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.

Cohn, Norman (1983): *El mito de la conspiración judía mundial*. Madrid: Alianza Editorial.

Elleman, Bruce (2010): *Manchurian Railways and the Opening of China*. Nueva York, Sharpe.

Harcave, Sidney (2015): *Count Sergei Witte and the Twilight of Imperial Russia. A Biography*. Londres y Nueva York: Routledge.

Hopkirk, Peter (2006): *The Great Game. On Secret Service in High Asia*. Londres: John Murray.

Hosking, Geoffrey (1997): *Russia: People and Empire: 1552-1917*. Nueva York: Fontana Press / Harper Collins [Kindle ed.].

— (2012): *Una muy breve historia de Rusia*. Madrid: Alianza Editorial.

Judge, Edward H. (1983): *Plehve. Repression and Reform in Imperial Russia, 1902-1904*. Syracuse, N. Y.: Syracuse University Press.

McDonald, David MacLaren (1992): *United Government and Foreign Policy in Russia, 1900-1914*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Montefiore, Simon Sebag (2010): *Llamadme Stalin. La historia secreta de un revolucionario*. Barcelona: Crítica.

Moss, Walter G. (2005): *A History of Russia, vol. II: Since 1855* (2.ª ed.). Londres: Anthem Press [Google Books].

Pipes, Richard (1974): *Russian Under the Old Regime*. Nueva York: Charles Scribner's Sons.

Pushkarev, Sergei (1985): *The Emergence of Modern Russia, 1801-1917*. Nueva York: Pica Pica Press.

Riga, Liliana (2014): *The Bolsheviks and the Russian Empire*. Cambridge: Cambridge University Press.

Ruud, Charles A.; Stepanov, Sergei A. (2002): *Fontanka 16. The Tsars' Secret Police*. Montreal: McGill-Queen's University Press.

Wassiliew, A. T. (2008): *Ochrana. Memorias del último director de la policía rusa*. Alcalá la Real, Jaén: Alcalá Grupo Editorial.

Zuckerman, Fredric S. (1996): *The Tsarist Secret Police in Russian Society, 1880-1917*. Londres: School of Slovanic Studies - University of London, Macmillan Press.

### *El fatal descalabro bélico en Oriente, 1904-1905*

Airapetov, Oleg R. (2005): «The Russian Army's Fatal Flaws». En Steinberg John W., et al., *The Russo-Japanese War in Global Perspective*, pp. 157-178.

Akashi, Motojirō (1988): *Rakka ryusui: Colonel Akashi's report on his secret cooperation with the Russian revolutionary parties during the Russo-Japanese War*, Helsinki: Societas Historica Finlandiae (SHS), Studia Historica 32.

Bascomb, Neal (2007): *Red Mutiny. Eleven Fateful Days on the Battleship Potemkin*. Nueva York: Houghton Mifflin.

Bassin, Mark (2004): *Imperial Visions: Nationalist Imagination and Geographical Expansion in the Russian Far East, 1840-1865*. Cambridge: Cambridge University Press.

Busch, Noel F. (1969): *The Emperor's Sword. Japan vs. Russia in the Battle of Tsushima*. Nueva York: Punk & Wagnalls.

Bushnell, John (2005): «The specter of mutinous reserves: how the war produced the October Manifesto». En Steinberg John W., et al., *The Russo-Japanese War in Global Perspective*, pp. 333-348.

Ericson, Steven y Hockley, Allen (eds.) (2008): *The Treaty of Portsmouth and Its Legacies*, Hanover / New Hampshire: Dartmouth College Press / University Press of New England.

Floyd, David (1970): *La primera revolución rusa. Resquebrajamiento del poder zarista*, Barcelona: Eds. Nauta, Biblioteca del Siglo XX.

Forczyk, Robert (2009): *Russian Battleship vs Japanese Battleship, Yellow Sea 1904-05*, Oxford: Osprey Publishing.

Frankel, Jonathan (2009): «The war and the fate of tsarist autocracy», pp. 54-77. En Kowner, Rotem, *The Impact of the Russo-Japanese War*.

«Guerra Ruso-Japonesa, La» (2016): *Desperta Ferro*, n.º 18, noviembre, número monográfico.

Jansen, Marius (2002): *The Making of Modern* Japan. Cambridge, MA: Belknap Press of Harvard University Press.

Jukes, Geoffrey (2002): *The Russo-Japanese War, 1904-1905*. Oxford: Osprey Publishing.

Kowner, Rotem (ed.) (2007/2009): *The Impact of the Russo-Japanese War*. Nueva York: Routledge, ed. 2007; Taylor & Francis e-Library, ed. 2009 [Kindle ed.].

Kujala, Antti (2005): «The Japaneses General Staff and the Issue of Concerted Anti-Government Action in the Russian Empire, 1904-1905». En Steinberg, John W., Bruce M., Menning, David Schimmelpenninck Van Der Oye, David Wolff, Shinji Yokote (eds.), *The Russo-Japanese War in Global Perspective. World War Zero*, pp. 261-280.

Norrigaard, B. V. (2004): *Великая Осада Порт-Артура и его Падение* [El Gran Asedio de Port Arthur y su capitulación], San Petersburgo: LeKo.

Papastratigakis, Nicholas (2011): *Russian Imperialism and Naval Power*. Londres: I.B. Tauris.

Patrikeef, Felix y Shukman, Harold (2007): *Railways and the Russo-Japanese War: Transporting war*. Oxon: Routledge.

Sakurai, Tadayosi (1999): *Human Bullets: A Soldier’s Story of Port Arthur*. Londres: Bison.

Siegel, Jennifer (2002): *Endgame. Britain, Russia and the Final Struggle for Central Asia*. Nueva York: I.B. Tauris.

Steinberg, John W.; Menning Bruce M.; Van Der Oye, David Schimmelpenninck; Wolff, David; Shinji, Yokote (eds.) (2005): *The Russo-Japanese War in Global Perspective. World War Zero*, vol. 1. Leiden-Boston: Brill.

Wolff, David; Marks, Steven G.; Menning, Bruce M.; Van Der Oye, David Schimmelpenninck; Steinberg, John W. and Shinji. Yokote (eds.) (2007);

*The Russo-Japanese War in Global Perspective. World War Zero*, vol. 2. Leiden-Boston: Brill.

### *La revolución constitucional y sus consecuencias, 1905*

Ascher, Abraham (1988): *The Revolution of 1905. Russia in Disarray*. Standford, CA: Stanford University Press.

— (2001): *P. A. Stolypin. The Search for Stability in Late Imperial Russia*. Standford, CA: Stanford University Press.

— (2004): *The Revolution of 1905. A Short History*. Stanford, CA: Stanford University Press [Kindle Edition].

Carter, Miranda (2010): *The Three Emperors. Three Cousins, Three Empires and the Road to World War One*. Londres: Penguin.

Coquin, François-Xavier y Gervais, Francelle (eds.) (1986) : *1905. La première révolution russe*. París: Publications de la Sorbonne, Institut d'Études Slaves.

Chernina, Eugenia; Dower, Paul Castañeda; Markevich, Andrei (2010): «Property Rights and Internal Migration: The Case of the Stolypin Agrarian Reform in the Russian Empire» (Paper). Higher School of Economic, conferencia anual, Moscú, 6 a 8 de abril de 2010; Conferencia Annual de Investigación de la New Economic School, Moscú, 11 al 13 de noviembre de 2010. [Consultable en red].

Fröhlich, Klaus (1981): *The Emergence of Russian Constitutionalism, 1900-1904*. La Haya: Martinus Nijhoff Publishers.

Gapón (ed. 1990): *История моей жизни [Historia de mi vida]*. Moscú: Kniga. Consultable en red.

Gatrell, P. W. (1994): *Government, Industry and Rearmament in Russia, 1900-1914: The Last Argument of Tsarism.* Cambridge: Cambridge University Press.

Gilbert, George (2016): *The Radical Right in Late Imperial Russia. Dreams of a True Fatherland?* Nueva York: Routledge [Kindle ed.].

Harper, Charlotte (2011): «Evaluate Stolypin's Land Reform: Was It Unsuccessful, or inconsistent, or unfinished?». En: http://www.allrussias.com/essays/2011/Charlotte_Harper.pdf.

Ignatieff, Michael (2008): *El álbum ruso*. Madrid: Siglo XXI.

Johnson, Douglas Wilson (1916): «The Great Russian Retreat», *Geographical Review*, vol. 1, n.º 2, febrero, pp. 85-109.
Karelin, Aleksander (1922): *Девятое января и Гапон. Воспоминания* [*El 9 de enero y Gapón. Recuerdos*], Petrogrado: Krasnaya Letopis.
Langer, Jacob (2007): *Corruption and The Counterrevolution: The Rise and Fall of the Black Hundred.* Durham, NC: Department of History Duke University.
Laqueur, Walter (1995): *La centuria negra*. Madrid: Anaya & Mario Muchnik.
Manning, Roberta Thompson (1982): *The Crisis of the Old Order in Russia. Gentry and Government*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
McCauley, Martin (1984): *Octobrists to Bolsheviks. Imperial Russia, 1905-1917*. Londres / Victoria: Edward Arnold.
Melancon, Michael (2006): *The Lena Goldfields Massacre and the Crisis of the Late Tsarist State*. Tamu, Texas: Texas A&M University Press.
Novikov, P. D. (2003): *Операции Флота против Берега на Черном Море в 1914-1917 Годах* [*Operaciones de la Flota contra el Litoral del Mar Negro durante los años 1914-1917*]. San Petersburgo: LeKo.
Pleshakov, Constantine (2003): *La última armada del zar. El épico viaje de la batalla de Tsushima*. Madrid: Turner.
Romanov, Aleksandr Mijailovich (1933): *Книга Воспоминаний* [Libro de recuerdos]. París: Rusia Ilustrada.
Roosa, Ruth A. (1997): *Russian Industrialist in an Era of Revolution. The Association of Industry and Trade, 1906-1917*. Nueva York: Routledge.
Schmitt, Bernadotte (1972): «La crisis de Bosnia». En Taylor, A. J. P. y Roberts, J. M. (dirs.), *Historia mundial del siglo XX*, vol. 1. Barcelona: Ed. Vergara; pp. 209-211.
Stites, Richard (2005): *Serfdom, Society, and the Arts in Imperial Russia. The Pleasure and the Power*. New Haven / Londres: Yale University Press.
Summers, William C. (2012): *The Great Manchurian Plague of 1910-1911. The Geopolitics of an Epidemic Disease*. New Haven: Yale University Press.
Tomaszewski, Fiona K. (2002): *A Great Russia. Russia and the Triple Entente, 1905 to 1914*. Westport-Connecticut / Londres: Praeger.

Trotsky, León (1975): *La Revolución de 1905*. Barcelona: Planeta.
— (2006): *1905*. Marxist Internet Archive: www.marxists.org/archive/trotsky/ 1907/1905/.
Varnashev N. M. (1924): *От начала до конца с Гапоновской организацией* [De principio al fin en la organización de Gapón] Istoriko-Revoliutsionniy Sbornik, Tomo I.
Verner, Andrew M. (1910): *The Crisis of Russian Autocracy. Nicholas II and the 1905 Revolution*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
Von Hagen, Mark (1990): *Soldiers in the Proletarian Dictatorship*. Londres: Cornell University.
Weinberg, Robert (1992): «The Pogrom of 1905 in Odessa: A Case Study». En John D. Klier y Shlomo Lambroza (eds.) *Pogroms: Anti-Jewish Violence in Modern Russian History*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 248-89.
Wolfe, Bertrand D. (1948): «Gapón and Zubatov: An Experiment in «Police Socialism», *Russian Review*, vol. 7, n.º 2, primavera, pp. 53-61.

### *De la revolución nacional-republicana a la bolchevique, 1917*

Abraham, Richard (1987): *Alexander Kerensky. The First Love of the Revolution*. Nueva York: Columbia University Press.
Acton, Edward (1990): *Rethinking the Russian Revolution*. Londres: Edward Arnold, A division of Hodder & Stoughton.
Allen, W. y Muratoff, P. (1953): *Caucasian Battlefields. 1812-1921*. Nashville: Battery Press.
Asher, Harvey (1970): «The Kornilov Affair: A Reinterpretation», *The Russian Review*, vol. 29, n.º 3, julio, pp. 286-300.
Barrett, Michael B. (2008): *Operation Albion. The German Conquest of the Baltic Islands*. Bloomington, IN: Indiana University Bloomington.
Bodger, Alan (1996): «Russia and the End of the Ottoman Empire», *The Great Powers and the End of the Ottoman Empire*. Londres: Frank Cass.
Botchkareva, María (2016): *El batallón de mujeres de la muerte*. Santander: El Desvelo Ediciones.
Boyd, John R. (1968): «The Origins of Order No. I», *Soviet Studies* (Taylor & Francis Ltd.), vol. 19, n.º 3, enero, pp. 359-372.

Brenton, Tony (ed.) (2016): *Historically Inevitable? Turning Point son the Russian Revolution*. Londres: Profile Books.
Brusilov, Aleksei (1924 reed. 2013): Мои Воспоминания, Moscú, Вече.
— (1983): *Мои Воспоминания* [Mis Recuerdos], Moscú: Boenizdat, 1ª edición: 1924.
Buchanan, George (1923): *My Mission to Russia and Other Diplomatic Memories*, vol. II. Londres/Nueva York: Cassell & Co., Ltd.
Bykov, P.D. (2003), *Война на Северном Морском Театре. 1914.1918 годы* [La Guerra en el Teatro del Mar Blanco. Años 1914-1918]. San Petersburgo: LeKo.
Carmichael, Joel (1967): *Historia de la Revolución rusa*. Madrid: Ediciones Cid.
Carr, E. H. (1970): *Estudios sobre la revolución*. Madrid: Alianza Editorial (2ª reimpresión).
— (2014): *La revolución rusa. De Lenin a Stalin (1917-1929)*. Madrid: Alianza Editorial (3ª edición).
Chamberlin, William Henry (1987): *The Russian Revolution, 1917-1918*, vol. I: *From the Overthrow of the Tsar to the Assumption of Power by the Bolsheviks*, Princeton. Princeton, NJ: Princeton University Press (1ª edición: 1935).
Cockfield, Jamie H. (2001): *«Brusilov's Inmortal Days», Military History Quarterly*, vol. 13, n.º 3, pp 24-33.
Cook, James (2006): *To Kill Rasputin: The Life and Death of Gregori Rasputin*. Stroud, Gloucestershire: Tempus.
Cook, Andrew (2011): *Ace of Spies. The True Story of Sidney Reilly*. Stroud, Gloucestershire: The History Press [Kindle ed.].
Cornish, Nik (2001): *The Russian Army, 1914-1918*. Oxford: Osprey Publishing.
Cullen, Richard (2010): *Rasputin. The role of Britain's secret service in his torture and murder*. Londres: Dialogue.
Dowling, Timothy C. (2008): *The Brusilov Offensive*. Bloomington e Indianápolis: Indiana University Press.
Feldman, Robert S. (1968): «The Russian General Staff and the June 1917 Offensive», *Soviet Studies*, vol. 19, n.º 4, abril, pp. 526-543.

Ferro, Marc (1972): *The Russian Revolution of February 1917*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, Inc.

— (1985): *The Bolshevik Revolution. A Social History of the Russian Revolution*. Londres, Boston y Henley: Routledge and Kegan Paul.

— (1997): *La révolution de 1917*. París: Albin Michel.

Figues, Orlando (2000): *La Revolución rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo.* Barcelona: Edhasa.

Fitzpatrick, Sheila (1994): *The Russian Revolution, 2.ª ed*. Oxford: Oxford University Press.

Fuhrmann, Joseph T. (2013): *Rasputin. The Untold Story*. Hoboken, NJ: John Wiley & Sons.

Galili, Ziva (1989): *The Menshevik Leaders in the Russian Revolution: Social Realities and Political Strategies*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Gankin, Olga Hess y Fisher, H. H. (1976): *The Bolsheviks and the World War. The Origin of the Third International*. Stanford, CA: Stanford University Press.

Gatrell, Peter (1999): *A Whole Empire Walking. Refugees in Russia during World War I*. Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press.

— (2005): *Russia's First World War. A Social and Economic History*. Londres: Pearson / Longman.

Getzler, Israel (2002): *Nikolai Sukhanov, Chronicler of the Russian Revolution*. Nueva York: Palgrave.

Golder, Frank (1992): *War, Revolution and Peace in Russia. The Passages of Frank Golder, 1914-1927*. Terence Emmons y Bertrand M. Patenaude (eds.). Stanford, CA: Stanford University, Hoover Institution Press.

Hasegawa, Tsuyoshi (1972): «The Problem of Power in the February Revolution of 1917 in Russia», *Canadian Slavonic Papers / Revue Canadienne des Slavistes*, vol. 14, n.º 4, invierno, pp. 611-633.

— (1981): *The February Revolution: Petrograd, 1917*. Seattle / Londres: University of Washington Press.

Heenan, Louise Erwin (1987): *Russian Democracy's Fatal Blunder. The Summer Offensive of 1917*. Nueva York: Praeger.

Karaömerlioğlu, M. Asim (2004): «Helphand-Parvus and his Impact on Turkish Intellectual Life», *Middle Eastern Studies*, vol. 40, Issue 6, pp.

145-165.
Katkov, George (1969): *Russia 1917. The February Revolution*. Londres: Collins /The Fontana Library.
— (1980): *The Kornilov Affair. Kerensky and the break-up of the Russian Army*. Londres/Nueva York: Longman.
Kennan, George F. (1956): «The Sisson Documents», *The Journal of Modern History*, vol. 28, n.º 2, junio, pp. 130-154.
Kennedy, Ross (s.a.): «Peace Initiatives». En *1914-1918 International Encyclopedia of the First World War On Line* : http://encyclopedia.1914-1918-online.net/article/peace_initiatives
Kerensky, A. F. (1919): *The Prelude to Bolchevism. The Kornilov Rising*. Nueva York: Dodd, Mead & Co.
Kérenski, Alejandro (1967): *Memorias*. Barcelona: Caralt.
Kochan, Lionel (1968): *Rusia en revolución (1890-1918)*. Madrid: Alianza Editorial.
Kolonitskii, Boris (1997): «The "Russian Idea" and the Ideology of the February Revolution». En Teruyuki Hara y Kimitaka Matsuzato (eds.) *Empire and Society. New Approaches to Russian History*. Sapporo, Japón: Slavic Research Center, Hokkaido University, pp. 41-71.
Kotsiubinski, Alexandr y Kotsiubinski, Danil (2005): *Rasputín. El diario secreto*. Barcelona: Melusina.
Kozlov, D. Y. (2006): Британские Подводние Лодкие в Балтийском Море, 1914.1918 гг [Submarinos Británicos en el Báltico, 1914-1918]. San Petersburgo: LeKo.
Kulegin, Alexey (2011): *Who killed Rasputin? Versions and facts about attemps al «holy devil»*. St. Petersburg: The Museum of Political History of Russia / Norma.
Lantsev, S. N. (2012): *А. Ф. КЕРЕНСКИЙ, Л. Г. КОРНИЛОВ И БРИТАНСКОЕ ПОЛИТИЧЕСКОЕ СООБЩЕСТВО: ОРИЕНТАЦИЯ НА ВОЕННУЮ ДИКТАТУРУ* (*A. F. Kerensky, l. G. Kornilov and the British political community: orientation to military dictatorship)* — *Вестник Брянского государственного университета*, № 2 (2) / 2012.
Lieven, D. C. B. (1983): *Russia and the Origins of the First World War*. Londres / Basingstoke: Macmillan.

Lieven, Dominique (2015): *Towards the Flame. Empire, War and the End of Tsarist Russia*. Londres: Penguin [Kindle ed.].
Lohr, Eric (2003): «Patriotic Violence and the State: The Moscow Riots of May 1915», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, vol. 4, n.º 3, verano.
Lyandres, Semion (2014): «The Bolsheviks' `German Gold´ Revisited. An Inquiry into 1917 Accusations», *The Carl Beck Papers in Russian and East European Studies*, nr. 1106, febrero.
— (2014): *The Fall of Tsarism. Untold Stories of the February 1917 Revolution*. Oxford: Oxford University Press.
Malet, Michael (1985): *Nestor Makhno in the Russian Civil War*. Londres / Basingstoke: The Macmillan Press.
MacMeekin, Sean (2011): *The Russian Origins of the First World War*. Cambridge: Belknap Press.
Mawdsley, Evan (1978): *The Russian Revolution and the Baltic Fleet. War and Politics, February 1917-April 1918*. Londres / Basingstoke: The MacMillan Press.
McDermid, Jane y Hillyar, Anna (1999): *Midwives of the Revolution: female Bolsheviks and women workers in 1917*. Londres: UCL Press.
Medvedev, Roy (1985): *The October Revolution*. Nueva York: Columbia University Press.
Mel'gunov Sergei P (1961): *Мартовские дни 1917 года* [Los días de marzo del año 1917]. París: Bozrozhdenie.
Merridale, Catherine (2016): *Lenin on the train*. Londres: Penguin Books [Kindle ed.].
Meynell, Hildamarie (1960): «The Stockholm Conference of 1917», *International Review of Social History*, vol. 5, Isuue 01, abril, pp. 1-25.
Milton, Giles (2014): *Russian Roulette. How British Spies Thwarted Lenin ´s Plot for Global Revolution*. Nueva York: Bloomsbury Press.
Munck, Jørgen Larsen (1987): *The Kornilov Revolt. A Critical Examination of Sources and Research*. Aarhus, Dinamarca: Aarhus University Press.
Nénarokov, Albert (1987): *1917 en Russie. La Révolution mois par mois*. Moscú: Éditions du Progres.
Ollivier, Jean-Paul (1968): *¿Cuándo amanecerá, tovarich? (7 noviembre 1917)*. Barcelona: Plaza y Janés, 2ª edición.

Pearson, Michael (1975): *The Sealed Train*. Nueva York: Putnam.
— (2001): *Inessa. Lenin's Mistress*. Londres: Duckworth.
Pipes, Richard (1989): *A Concise History of the Russian Revolution*. Nueva York: Vintage Books.
— (1990): *The Russian Revolution*. Nueva York: Vintage Books, Random House.
Pöhlmann, Markus (2005): «German Intelligence at War, 1914-1918», *Journal of Intelligence History*, 5:2, pp. 25-54.
Possony, Stephan T. (1964): *Lenin, the Compulsive Revolutionary*. Chicago: Henry Regnery Company.
Rabinowitch, Alexander (1976): *The Bolsheviks Come To Power. The Revolution of 1917 in Petrograd*. Nueva York: W.W. Norton & Company.
— (1991): *Prelude to Revolution, The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising*. Bloomington /Indianapolis: Indiana University Press.
— (2007): *The Bolsheviks in Power. The First Year of Soviet Rule in Petrograd*. Bloomingtron / Indianapolis: Indiana University Press.
Radkey, Oliver H. (1958): *The Agrarian Foes of Bolshevism. Promise and Default of the Russian Socialist Revolutionaries. February to October 1917*. Nueva York: Columbia University Press.
Reed, Carol (1987): *Diez días que estremecieron el mundo*. Madrid: Akal.
Radzinsky, Edvard (2005): *Rasputin: los archivos secretos*. Barcelona: Crítica.
Rendle, Matthew (2008): «The Officer Corps, Professionalism and Democracy in the Russian Revolution», *The Historical Journal*, vol. 51, Issue 04, Cambridge University Press.
Sanborn, Joshua A. (2014): *Imperial Apocalypse. The Great War and the Destruction of the Russian Empire*. Oxford: Oxford University Press.
Schurer, Heinz (1959): «Alesander Helphand - Parvus - Russian Revolutionary and German Patriot», *Russian Review*, vol. 18, n.º 4, octubre, pp. 313-331.
— (1970): «Karl Moor. German Agent and Friend of Lenin», *The Journal of Contemporary History*. vol. 5. 2, pp. 131-152.
Senn, Alfred Erich (1976): «The myth of German money during the First World War», *Soviet Studies*, vol. XXVIII, n.º I, enero, pp. 83-90.

Smele, Jonathan D. (2003): *The Russian Revolution and Civil War. An Annotated Bibliography*. Londres/Nueva York: Continuum.
Smith, S. A. (1983): *Red Petrograd, Revolution in the Factories, 1917-1918*. Cambridge: Cambridge University Press.
— (2008): *Revolution and the People in Russia and China. A Comparative History*. Cambridge: Cambridge University Press.
Stites, Richard (1989): *Revolutionary Dreams. Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution*. Oxford: Oxford University Press.
Somers, Johan (2010): *Imperial Russian Field Uniforms and Equipment, 1907-1917*. Atglen, PA: Schiffer Publising.
Stoff, Laurie S. (2006): *They Fought for the Motherland. Russia's Women Soldiers in World War I and the Revolution*. Lawrence, Kansas: University Press of Kansas.
Stone, Norman (1998): *The Eastern Front, 1914-1917*. Londres: Penguin Books.
Strakhovsky, Leonid I. (1955): «Was There a Kornilov Rebellion? A Re-Appraisal of the Evidence», *The Slavonic and East European Review*, vol. 33, n.º 81, junio, pp. 372-395.
Sukanov, N. N. (1962): *The Russian Revolution, 1917. Eyewitness Account*, vol. II. Nueva York: Harper Torchbooks.
Sukhanov, Nicolas N. (1965): *La Révolution Russe*. París: Stock.
Swain, Geoffrey (1983): *Russian Social Democracy and the Legal Labor Movement, 1906-14*. Londres / Basingstoke: The Macmillan Press.
Thatcher, Ian D., (2006): *Reinterpreting Revolutionary Russia. Essays in Honour of James D. White*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire y Nueva York: Palgrave / McMillan.
Torrey, Glenn (1995): *The Revolutionary Russian Army and Romania, 1917*. Pittsburg: Carl Beck Papers in Russian and East European Studies n.º 1103.
Trostky, Leon (1980): *The Balkan Wars, 1912-1913*. Nueva York / Australia: Monad Press / Pathfinder Press.
— (1985): *Historia de la revolución rusa* (2 vols.). Madrid: SARPE.
Tseretelli, Irakli (1955): «Reminiscences of the February Revolution. The April Crisis», *The Russian Review*, Vol. XIV, No. 2, Abril 1955, pp. 93-108

Wade, Rex A. (1967), «Irakli Tsereteli and Siberian Zimmerwaldism», *The Journal of Modern History* (University of Chicago Press), vol. 39, n.º 4, diciembre, pp. 425-431.
— (1968): «Why October? The Search for Peace in 1917», *Soviet Studies*, vol. 20, n.º 1, julio, pp. 36-45.
— (1969): *The Russian Search for Peace. February-October 1917*. Stanford, California, Stanford University Press
— (1984), *Red Guards and Worker's Militias in the Russian Revolution*, Stanford, CA: Stanford University Press.
— (2004): *Revolutionary Russia, New Approaches*. Londres: Routledge.
— (2008): *The Russian Revolution, 1917*. Cambridge: Cambridge University Press, tercera reimpresión.
White, James D. (1968): «The Kornilov Affair. A Study in Counter-Revolution», *Soviet Studies*, vol. 20, n.º 2, octubre, pp. 187-205.
Wildman, Allan K. (1980): *The End of the Russian Imperial Army. The Old Army and the Soldier's Revolt (March-April 1917)*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
Wood, Allan (1993): *The Origins of the Russian Revolution*. Londres: Routledge.
Zeman, Z. A. B., y Scharlau, W. B. (1965): *The Merchant of Revolution. The Life of Alexander Israel Helphand (Parvus), 1867-1924*. Londres: Oxford University Press.
— (ed.) (1958): *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918. Documents from the Archives of the German Foreign Ministry*. Londres: Oxford University Press.

*Revoluciones y guerra en Eurasia, 1918-1921*

Abbot, Peter y Pinak, Eugene (2004): *Ukrainian Armies, 1914-1955*. Londres: Osprey Publishing.
Alekseev, S. A. (1931): *Деникин, Юденич, Врангель: Мемуары* [Denikin, Yudenich, Wrangel: Recuerdos]. Moscú: Editora Socioeconómica Estatal.
Arvon, Henri (1980): *La revolte de Cronstadt*. Bruselas: Eds. Complexe.
Avrich, Paul (2014): *Kronstadt 1921*. Buenos Aires: Libros de Anarres.

Babiuk, Darvin Ernst (1988): *British Intelligence And The Formation of a Policy Towards Russia, 1917-1918. Missing Dimension or Just Missing?* Los Gatos, CA: Smashwords Editions [Kindle ed.].

Becker, Seymour (2004): *Russia's Protectorates in Central Asia: Bukhara and Khiva, 1865-1924*. Londres: Routledge Curzon.

Bennigsen, A. y Lemercier-Quelquejay, C. (1968): *L'Islam en Union soviétique*. París: Payot.

Benvenuti, Francesco (1988): *The Bolsheviks and the Red Army, 1918-1922*. Cambridge: Cambridge University.

Berk, Tephen M. (1973): «The Democratic Counterrevolution: Komuch and the Civil War on the Volga», *Canadian-American Slavic Studies*, vol. 7, Issue 4, pp. 443-459.

Berkman, Alexander (2013): *El mito bolchevique. Diario, 1920-1922*. La Laguna / Madrid: LaMalatesta / Tierra de Fuego.

Bisher, Jamie (2005): *White Terror. Cossack Warlords of the Trans-Siberian*. Londres / York: Routledge.

Browder, Robert Paul y Kerensky, Alexander F. (eds.) (1961): *The Russian Provisional Government, 1917. Documents*. Stanford: California; Stanford University Press.

— (1970): «Alexander Fedorovich Kerensky: 1881-1970», *Russian Review*, vol. 29, n.º 4, octubre, pp. 484-487 y ss.

Bruce Lockhart, Robert Hamilton (1981): *Ace of Spies*. Londres: Macdonald Futura Publishers.

— (2002): *Memoirs of A British Agent*. Londres: Pan Books. (1.ª ed. 1932).

Bullock, David L. (2008): *The Russian Civil War, 1918-1922*. Botley, Oxford: Osprey Publishing.

— (2009): *The Czech Legion, 1914-1920*. Botley, Oxford: Osprey Publishing.

— y Deryabin, A. (2003): *Armored Units of the Russian Civil War. White and Allied.* Oxford: Osprey Publishers.

Cocks, F. Seymour (1919): *The Secret Treaties and Understandings. Text of the Available Documents*. Londres: Union of Democratic Control. Consultable en red.

Dando, William A. (1966): «A Map of the Election to the Russian Constituent Assembly of 1917», *Slavic Review*, vol. 25, n.º 2, junio, pp. 314-319.

Davies, Norman (2003): *White Eagle, Red Star. The Polish-Soviet War 1919-20 and «the miracle on the Vistula»*. Londres: Pimlico.

Debo, Richard K. (1992): *Survival and Consolidation. The Foreign Policy of Soviet Russia, 1918-1921*. Montreal / Kingston: McGuill / Queen's University Press.

Denikin, Anton I. (1922-ed. 2002): *Очерки Русской Смуты: Борьба Генерала Корнилова* [Crónica de la Revolución Rusa: *La lucha del General Kornilov*]. Minsk: Harvest.

— (1922-ed. 2002): *Очерки Русской Смуты: Белое Движение и Борьба Добровольческой Армии* [Crónica de la Revolución Rusa: El Movimiento Blanco y los combates del Ejército Voluntario]. Minsk: Harvest.

— (1922-ed. 2002): *Очерки Русской Смуты: Вооруженные Силы Юга России. Распад Росийской Импери* [Crónica de la Revolución Rusa: Las Fuerzas Armadas del Sur de Rusia. El Desmembramiento del Imperio]. Minsk: Harvest.

Egorov, Aleksandr I. (1931): *Гажданская Война в Росии: Разгром Деникина 1919* [La Guerra Civil en Rusia: La Derrota de Denikin en 1919]. Moscú: Biblioteca Histórico-Militar.

Getzler, Israel (1983): *Kronstadt 1917-1921*. Cambridge: Cambridge University Press.

Gökay, Bülent (1997): *A Clash of Empires. Turkey between Russian Bolshevism and British Imperialism, 1918-1923*. Londres: Tauris Academic Studies.

Grey, Marina y Bourdier, Jean (1973): *Los Ejércitos blancos*. Barcelona: Luis de Caralt Eds.

Haffner, Sebastian (2005): *La revolución alemana de 1918-1919.* Barcelona: Inédita.

Harman, Chris (2015): *La révolution allemande, 1918-1923*. París: La Fabrique Édition.

Hartzok, Justus Grant (2009): *Children of Chapaev: the Russian Civil War cult and the creation of Soviet identity, 1918-1941* – PhD thesis, University of Iowa, Iowa Research Online

Hopkirk, Peter (1995): *Setting the East Ablaze: Lenin's Dream of an Empire in Asia*. Nueva York: Kodansha International.

Jabara, Michael (1976): «The Origins of the French Intervention in the Russian Civil War, January-May 1918: A Reappraisal», *The Journal of Modern History*, vol. 48, n.º 3, septiembre, Chicago: University of Chicago Press.
Kenez, Peter (1971): *Civil War in South Russia: The First Year of the Volunteer Army*. Berkeley, CA: University of California Press.
— (1980): «The Ideology of the White Movement», *Soviet Studies*, vol. 32, n.º 1, enero, pp. 58-83.
Khalid, Adeeb (1994): *Printing, Publishing and Reform in Central Asia, International Journal of Middle East Studies*, n.º 26, Cambridge University Press.
— (2007): *Islam after Communism, Religion and Politics in Central Asia*. Berkeley, CA: University of California Press.
Khvostov, Mikhail (1996): *The Russian Civil War (1). The Red Army*. Londres: Osprey Publishing.
— (1997): *The Russian Civil War (2). White Armies*. Londres: Osprey Publishing.
Kinvig, Clifford (2006): *Churchill's Crusade, The British Invasion of Russia 1918-1920*. Londres: Hambledon.
Kollontai, Alexandra (1975): *La oposición obrera*. Buenos Aires: Schapiro Editor.
Koviakov, N. S. (1955): «Ледовый Поход» Балтийское Флота в 1918г [«La travesía de hielo», la Flota del Báltico en 1918]. Moscú: Editora Militar.
Kozslovskiy, E (1928): *Красная Армия в Средней Азии* [El Ejército Rojo en Asia Central]. Tashkent: Polituprableniya.
Kreyer, J. A. C y Uloth, G. (1926): *The 28th Light Cavalry in Persia and Russian Turkestan 1915-1920*. Oxford: Picton.
Leonard, Raymond W. (2007): *From War through Revolution: The Story of the Latvian Rifles*, Nebraska, 32nd Annual European Studies Conference. Edición en PDF. Consultable en red.
Lewin, Moshe (2005b): *Lenin's Last Struggle*. Ann Arbor, MI: University of Michigan Press.
Lincoln, W. Bruce (1989): *Red Victory. A History of the Russian Civil War*. Nueva York: Simon and Schuster.

Lockhart, Robin Bruce (1981): *Ace of Spies*. Londres: Futura Publishers.
— (2002): *Memoirs of A British Agent. Being an account of the author's early life in many lands and of his official mission to Moscow in 1918*. Londres: Pan Books.
Lyandres, Semion (1989): «The 1918 Attempt on the Life of Lenin: A New Look at the Evidence», *Slavic Review*, vol. 48, n.º 3, otoño, pp. 432-448.
Malle, Silvana (1985): *The Economic Organization of War Communism, 1918-1921*. Cambridge: Cambridge University Press.
Mandel, David (1990): *The Petrograd Workers and the Fall of the Old Regime. From the February Revolution to the July Days, 1917*. Londres: Macmillan. 1.ª ed. 1983.
Mayer, Arno (1969): *Wilson vs. Lenin: Political Origins of the New Diplomacy, 1917-1918*. Cleveland/Nueva York: Meridian Books. 3.ª reimpresión, 1.ª ed. 1959.
— (2014): *Las Furias. Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
Mawdsley, Evan (2007): *The Russian Civil War*. Nueva York: Pegasus Books.
McFadden, David W. (1993): *Alternative Paths. Soviets and Americans, 1917-1920*. Oxford: Oxford University Press.
Mohr, Joan McGuire (2012): *The Czech and Slovak Legion in Siberia, 1917-1922*. Jefferson, NC / Londres: McFarland & Company.
Moore, Pierre (2002): *Stamping Out the Virus. Allied Intervention in the Russian Civil War, 1918-1920*. Atglen, PA: Schiffer Publishing. [Kindle ed.].
Moore, Joel R., Mead, Harry H. y Jahns Lewis E. (2007): *The History of the American Expedition Fighting the Bolsheviki Campaigning in North Russia 1918-1919*. Project Gutenberg. Consultable on line: https://archive.org/details/thehistoryofthea22523gut
Munholland, Kim (1981): «The French Army and Intervention in Southern Russia, 1918-1919», *Cahiers du Monde Russe et Sovietique*, vol. 22 (1), enero-marzo, pp. 43-66.
Murphy, A. B. (2000): *The Russian Civil War. Primary Sources*. Houndmills, Basingstoke. Hampshire/Nueva York: Palgrave McMillan.
Palmer, James (2009): *The Bloody White Baron. The Extraordinary Story of the Russian Noblemen Who Became the Last Khan of Mongolia*. Nueva

York: Basic Books.
Patterson, Sean David (2013): *The Makhnos of Memory: Mennonite and Makhnovist Narratives of the Civil War in Ukraine, 1917-1921*. Winnipeg, A Thesis submitted to the Faculty of Graduate Studies of The University of Manitoba.
Pereira, N. G. O. (1996): *White Siberia. The Politics of Civil War*. Montreal: McGill Queen's University Press.
Pipes, Richard E. (1950): «The First Experiment in Soviet National Policy: The Bashkir Republic, 1917-1920», *Russian Review*, vol. 9, n.º 4, octubre, pp. 303-319.
Pons, Silvio (2014): *The Global Revolution. A History of Internacional Communism, 1917-1991*. Oxford: Oxford University Press.
Procyk, Anna (1995): *Russian Nationalism and Ukraine. The Nationality Policy of the Volunteer Army during the Civil War*. Toronto: Canadian Institute of Ukrainian Studies Press.
Radkey, Oliver H. (1963): *The Sickle under the Hammer; The Russian Socialist Revolutionaries in the Early Months of the Soviet Rule*. Nueva York: Columbia University Press.
— (1990): *Russia Goes To Polls. The Election of the All-Russian Constituent Assembly, 1917*. Ithaca / Londres: Cornell University Press.
Riddell, John (ed.), (2013): *To See the Dawn. Baku, 1920-First Congress of the Peoples of the East*. Nueva York / Londres / Montreal / Sidney: Pathfinder, 8ª reimpresión.
— (ed.) (2015): *To The Masses. Proceedings of the Third Congress of the Communist International, 1921*. Leiden / Boston: Brill.
Rigby, T. H. (1979): *Lenin's Government: Sovnarkom. 1917-1922*. Cambridge: Cambridge University Press.
Rodinson, Maxime (2015): *Marxism and the Muslim World*. Londres: Zed Books.
Rossolinski-Liebe, Grzegorz (2015): *The Fascist Kernel of Ukrainian Genocidal Nationalism.* Carl Beck Papers in Russian & East European Studies, n.º 2402. Pittsburgh, PA: University of Pittsburgh.
Rouquerol, J. (1929): *L'aventure de l'Almiral Koltchak*. París: Payot.
Rupp, Susan Zayer (1997): «Conflict and Crippled Compromise: Civil-War Politics in the East and the Ufa State Conference», *The Russian Review*, vol. 56, n.º 2, abril, pp. 249-264.

— (1998): *The Struggle in the East: Opposition Politics in Siberia, 1918*. The Carl Beck Papers in Russian & East European Studies, n.º 1304, agosto. Pittsburgh, PA: University of Pittsburgh.

Sakwa, Richard (1988): *Soviet Communists in Power. A Study of Moscow during the Civil War, 1918-21*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire: The MacMillan Press.

Schapiro, Leonard (1977): *The Origin of the Communist Autocracy. Political Opposition in the Soviet State. First Phase, 1917-1922*: Houndmills, Basingstoke, Hampshire y Londres: MacMillan Press.

Sennikov, B. V. (2004): *Тамбовское восстание 1918-1921 гг. и раскрестьянивание России 1929-1933гг* [El levantamiento de Tambov en 1918-1921 y el campesinado en Rusia de 1929 a 1933], «ТАМБОВСКАЯ ВАНДЕЯ», Serie Biblioteca de Estudios Rusos, n.º 9, Moscú: Posev. Consultable en red.

Service, Robert (2011): *Spies and Commissars. Bolshevik Russia and the West*. Londres: MacMillan.

Skirda, Alexandre (2004): *Nestor Makhno, Anarchy's Cossack*. Edinburgh, Scotland / Oakland CA: AK Press.

Smele, Jonathan D. (2003): *The Russian Revolution and Civil War. An Annotated Bibliography*. Londres / Nueva York: Continuum.

— (2006): *Civil war in Siberia. The anti-Bolshevik government of Admiral Kolchak, 1918-1920*. Cambridge: Cambridge University Press.

— (2015): *The «Russian» Civil Wars, 1916-1926. Ten Years That Shook the World*. Oxford: Oxford University Press.

Stewart, George (2009): *The White Armies of Russia. A Chronicle of Counter-Revolution and Allied Intervention*. Uckfield, East Sussex: The Naval and Military Press.

Swain, Geoffrey (1996): *The Origins of the Russian Civil War*. Nueva York / Londres: Routledge.

Szajkowski, Zosa (1969): «A Reappraisal of Symon Petliura and Ukrainian-Jewish Relations, 1917-1921», *Jewish Social Studies* (Indiana University Press), vol. 31, n.º 3, julio, pp. 184-213.

Thatcher, Ian D. (2000): *Leon Trotsky and World War One. August 1914 — February 1917*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire: MacMillan Press.

Thomas, Nigel (2014): *Armies of the Russo-Polish War, 1919-1921*. Londres: Osprey Publishing.

Trani, Eugene P. (1976): «Woodrow Wilson and the Decision to Intervene in Russia: A Reconsideration», *The Journal of Modern History*, vol. 48, n.º 3, septiembre, pp. 440-461.

Trotsky, León (2011): *¿Cómo se armó la Revolución? Vol. 1, 1918*. Editorial Mateo Fosa. Edición PDF. Consultable en red.

Ueda, Akira (2013): «How did the Nomads Act during the 1916 Revolt in Russian Turkestan?», *Journal of Asian Network for GIS-based Historical Studies*, vol. 1, noviembre.

Ushakov A. I. y Fediuk B. P. (2006): Лавр Корнилов [Lavr Kornilov]. Moscú: Joven Guardia.

Varios Autores (2004): Северо-Двинская флотилия 1918-1919 гг [La flotilla del Dvina septentrional, 1918-1919]. Moscú: ACT Tranzitkniga.

Wells, Benjamin (2004): *The Union of Regeneration: the Anti-Bolshevik Underground in Revolutionary Russia*, *1917-1919*. Tesis doctoral, Queen Mary, Universidad de Londres.

Wheeler-Bennett, John W. (1938): *Brest-Litovsk: The Forgotten Peace, March 1918*. Londres: MacMillan.

White, Stephen (1974): «Communism and the East: The Baku Congress, 1920», *Slavic Review*, vol. 33, n.º 3, septiembre, pp. 492-514.

— (1984): «Soviet Russia and the Asian Revolution, 1917-1924», *Review of International Studies*, vol. 10, n.º 3, julio, pp. 219-232.

— (1985): *The Origins of Detente. The Genoa Conference and Soviet-Western Relations, 1921-1922*. Cambridge: Cambridge University Press.

Willett, Robert (2002): «Trouble in Souchan», *The Quarterly Journal of Military History*, vol. 14, n.º 3, primavera.

— (2003): *Russian Sideshow. America’ s Undeclared War, 1918-1920*. Washington D.C.: Brassey’s Inc.

*La construcción del universo soviético, 1921-1945*

Brandenberger, David (2002): *National Bolshevism. Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russia National Identity, 1931-1956.* Cambridge, MA: Harvard University Press.

Brovkin, Vladimir (2005): *Russia after Lenin*. Londres: Routledge.
Clark, Katerina (2011): *Moscow. The Fourth Rome. Stalinism, Cosmopolitanism and the Evolution of Soviet Culture, 1931-1941*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
Edgar, Adrienne Lynn (2006): *Tribal Nation. The Making of Soviet Turkmenistan*. Princeton / Oxford: Princeton University Press, 3.ª reimpresión.
Erickson, John (2006): *The Soviet High Command. A Military-Political History*. Londres / Portland, OR: Frank Cass Publishers, 3.ª edición.
Fernández García, Antonio (2002): «Sobre el terror estalinista: la documentación desclasificada», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 24, pp. 301-315.
Graeme, Gill (1990): *The Origins of the Stalinist Political System*. Cambridge: Cambridge University Press.
Haffner, Sebastian (2007): *El pacto con el Diablo. Las relaciones ruso-alemanas entre las dos guerras mundiales*. Barcelona: Destino.
Harrison, Mark (1994): *The Economic Transformation of the Soviet Union, 1913-1945*. Cambridge: Cambridge University Press.
Haslam, Jonathan (2015): *Near and Distant Neighbours. A New History of Soviet Intelligence*. Oxford: Oxford University Press.
Hauge, Arne (2003): *The Stablishment of National Republics in Soviet Central Asia*. Nueva York: Palgrave.
Himmer, Robert (1976): «Rathenau, Russia and Rapallo», *Central European History*, vol. 9, n.º 2, junio, pp. 146-183.
Hughes, James (1991): *Stalin, Siberia and the Crisis of the New Economic Policy*. Cambridge: Cambridge University Press.
Kochan, Lionel (1950): «The Russian Road to Rapallo», *Soviet Studies*, vol. 2, n.º 2, octubre, pp. 109-122.
Lewin, Moshe (2005a): *The Soviet Century*. Londres: Verso.
— (1961): *La paysannerie et le pouvoir soviétique, 1928-1930*. París-La Haye: Mouton & Co.
Matthews, Mervyn (1972): *Clases y sociedad en la Unión Soviética*. Madrid: Alianza Editorial.
Medvedev, Roy (1989): *Let History Judge. The Origins and Consequences of Stalinism*. Nueva York: Columbia University Press.
Nivat, Anne (2013): *La République juive de Staline*. París: Fayard.

Northrop, Douglas (2004): *Veiled Empire: Gender & Power in Stalinist Central Asia*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
Platt, Kevin M. F. y Brandenburger, David (eds.) (2006): *Epic Revisionism. Russian History and Literature as Stalinist Propaganda*. Madison, Wisconsin: The University of Wisconsin Press.
Pons, Silvio (2014): *The Global Revolution. A History of Internacional Communism, 1917-1991*. Oxford: Oxford University Press.
Rees, Laurence (2009): *A puerta cerrada. Historia oculta de la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Crítica.
Reiman, Michel (1982): *El nacimiento del estalinismo*. Barcelona: Crítica.
Santos, Anselmo (2015): *Stalin, el grande*. Barcelona: Edhasa.
Schlögel, Karl (2014): *Terror y utopía. Moscú en 1937*. Barcelona: Acantilado.
Suvorov, Viktor (1986): *Soviet Military Intelligence*. Londres: Grafton Books.
Trotsky, León (2014): *La revolución traicionada y otros escritos*. Buenos Aires: Ediciones IPS.
Viola, Lynne; Danilov, V. P.; Ivnistkii y Kozlov, Denis (2005): *The War Against the Peasantry, 1927-1930*. New Haven / Londres: Yale University Press.

### *Reflexiones tras el final del experimento soviético, 1989-2017*

Carrère d'Encausse, Hélène (2015): *Six années qui ont changé le monde, 1985-1991. La chute de l' Empire soviétique*. París: Fayard [ed. cast.: *Seis años que cambiaron el mundo. 1985-1991, la caída del imperio soviético.* Barcelona: Ariel, 2016].
Chamontin, Laurent (2014): *L'Empire sans limites. Pouvoir et societé dans le monde russe*. La Tour d' Aigües: Éditions de l' Aube.
Eltchaninoff, Michel (2016): *En la cabeza de Vladimir Putin*. Barcelona: Librooks.
Fawn, Rick (ed.) (2005): *Ideology and National Identity in Post-Communist Foreign Policies*. Londres: Frank Cass Publishing.
Gel'man, Vladimir (2015): *Authoritarian Russia. Analyzing Post-Soviet Regime Changes*. Pittsburgh, PA: University of Pittsburgh.

Laruelle, Marlène (2009): *In the Name of the Nation. Nationalism and Politics in Contemporary Russia*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
— (2012): *Russian Eurasianism. An Ideology of Empire*: Washington, DC / Baltimore: Woodrow Wilson Center Press / The Johns Hopkins University Press.
Ledeneva, Alena V. (2013): *Can Russia Modernise? Sistema, Poder Networks and Informal Governance*. Cambridge: Cambridge University Press.
Mezrich, Ben (2015): *Once Upon a Time in Russia. The Rise of the Oligarchs and the Greatest Wealth in History*. Londres: William Heinemann.
Titov, Alexander Sergeevich (2005): *Lev Gumilev, Ethnogenesis and Eurasianism*: Londres: University College, School of Slavonic and Eastern European Studies, UMI Disertation Publishing.

***Bibliografía sobre temáticas generales o transversales: Rusia***

Afary, Janet (1996): *The Iranian Constitutional Revolution, 1906-1911*. Nueva York: Columbia.
Amin, Samir (2015): *Rusia en la larga duración*. Vilassar de Dalt, Barcelona: El Viejo Topo.
Aguilera de Prat, Cesáreo R. (2005): *La teoría bolchevique del Estado socialista*. Madrid: Tecnos.
Andrew, Christopher (2014): *From the Okhrana to the KGB*. Damascus, MD: Damascus Pennyhill Press [Kindle ed.].
Anweiler, Oskar (1974): *The Soviets: The Russian Workers, Peasants and Soldiers Councils, 1905-1921*. Nueva York: Pantheon Books (Random House) [UAB].
Avrich, Paul (1980): *Russian Anarchists*. Nueva York: WW Norton & Co.
Bakich, Olga Mikhaiolovna (2000): «Emigré Identity: The Case of Harbin», *The South Atlantic Quarterly*, vol. 99, n.º 1, invierno, pp. 51-73.
Becker, Seymour (2004): *Russia's Protectorates in Central Asia. Bukhara and Khiva, 1865-1924*. Londres / Nueva York: Routledge Curzon.
Bennigsen, Alexandre y Wimbush, S. Enders (1985): *Mystics and Comissars. Sufism in the Soviet Union*. Berkeley, CA: University of

California Press.

Billington, James H. (2011): *El icono y el hacha, Una historia interpretativa de la cultura rusa*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Buber-Neumann, Margarete (1975): *Historia del Komintern. La revolución mundial*. Barcelona: Eds. Picazo.

Bushkovitch, Paul (2013): *Historia de Rusia*. Madrid: Akal.

Carter, Elwood (2011): *The Non-geometric Lenin*. Londres: Anthem Press.

Chelintsev, Alexandr (1928): *Руское Сельское Хозяйство Перед Революцией* [La Agricultura Rusa antes de la Revolución]. Moscú: Noviy Agronom.

Cohen, Stephen F. (1975): *Bukharin and the Bolshevik Revolution. A Political Biography, 1888-1938*. Nueva York: Vintage Books.

Deutscher, Isaak (2003): *The Prophet Armed. Trotsky, 1879-1921*. Londres / Nueva York: Verso.

Gankin, Olga Hess (1976): *The Bolsheviks and the World War. The Origins of the Third International*. Stanford, CA: Stanford University Press. Primera edición. 1940.

Graziosi, Andrea (2009): «The Great Soviet Peasant War: Bolsheviks and Peasants, 1918-1933». En Graziosi, Andrea, *Stalinism, Collectivization and the Great Famine*. Cambridge, MA: Ukrainian Studies Fund, pp. 5-64.

Haupt, Georges y Marie, Jean-Jacques (1972): *Los bolcheviques*. México: Eds. Era.

Haslam, Jonathan (2016): *Vecinos cercanos y distantes. Nueva historia del espionaje soviético*. Barcelona: Ariel.

Hingley, Ronald (1970): *The Russian Secret Police. Muscovite, Imperial Russian and Soviet Political Security Operations*. Nueva York: Simon and Schuster.

Kemper, Michael (2009): *Studying Islam in the Soviet Union*. Ámsterdam: Amsterdam University Press.

Kent, Marian (1996): *The Great Powers and the End of the Ottoman Empire*. Londres: Frak Cass.

Lenin, V. I. (1961): *Obras escogidas en tres tomos*. Moscú: Editorial Progreso [Consultable en red].

— (1973): *Obras escogidas en 12 tomos; Volumen V (1913-1916)*. Moscú, Editorial Progreso [Consultable en red].

Leonard, Carol S., (2011): *Agrarian Reform in Russia. The Road from Serfdom*. Cambridge: Cambridge University Press.

Leslie, R. F. (ed.) (1983): *The History of Poland since 1863*. Cambridge: Cambridge University Press.

Lester, Jeremy (1995): *Modern Tsars and Princes. The Struggle for Hegemony in Russia*. Londres / Nueva York: Verso.

Lossky, N. O. (1952): *History of Russian Philosophy*. Londres: George Allen and Unwin Ltd.

Lukowski, Jerzy y Zawadzki, Hubert (2002): *Historia de Polonia*. Madrid: Cambridge University Press.

Marie, Jean-Jacques (2014): *Trostski. Revolucionario sin fronteras*. México: Fondo de Cultura Económica.

McDermott, Kevin y Agnew, Jeremy (1996): *The Comintern. A History of International Communism from Lenin to Stalin*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire y Londres: Macmillan.

Meyer, Jean (2007): *Rusia y sus imperios (1894-2005)*. México/Barcelona: FCE/Tusquets.

Miliukov, Paul (1967): *Political Memoirs, 1905-1917*, Arthur P. Mendel (ed.). Ann Arbor, MI: The University of Michigan Press.

Pinkus, Bemjamin (1988): *The Jews of the Soviet Union*. Cambridge: Cambridge University Press.

Plokhy, Serhii (2015): *The Gates of Europe. A History of Ukraine*. Westminster: Penguin Books.

Priestland, David (2010): *Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo*. Barcelona: Crítica.

Primakov, Yevgeny (2009): *Russia and the Arabs*. Nueva York: Basic Books.

Pringle, Robert W. (2006): *Historical Dictionary of Soviet and Russian Intelligence*. Lanham, Maryland: The Scarecrow Press.

Proctor, Helen (1995): *Ruling Russia. From Nicholas II to Stalin*. Melbourne, Australia: Longman House.

Retish, Aaron B. (2008): *Russia's Peasants in Revolution and Civil War. Citizenship, Identity and the Creation of Soviet State, 1914-1922*. Cambridge: Cambridge University Press.

Rubenstein, Joshua (2015): *León Trotsky. El revolucionario indomable*. Barcelona: Ed. Península (Edición Kindle).

Sanborn, Joshua A. (2003): *Drafting the Russian Nation. Military Conscription, Total War and Mass Politics, 1905-1925*. DeKalb, IL: Northern Illinois University Press.

Service, Robert (2008): *Stalin. A biography*. Londres: Pan Books.

— (2009): *Camaradas. Breve historia del comunismo*. Barcelona. Ediciones B.

— (2010a): *Lenin. Una biografía*. Madrid: Ed. Siglo XXI (2ª edición).

— (2010b): *Trotski. Una biografía*. Barcelona: Ediciones B.

Shanin, Theodor (1983): *La clase incómoda. Sociología política del campesinado en una sociedad en desarrollo (Rusia, 1910-1925)*. Madrid: Alianza Editorial.

Shenfield, Stephen D. (2001): *Russian Fascism. Traditions, Tendencies, Movements*. Armonk, NY: M. E. Sharpe.

Smith, S. A. (ed.), (2014): *The Oxford Handbook of The History of Communism*. Oxford: Oxford University Press.

Smith, Douglas (2015): *El ocaso de la aristocracia rusa*. Barcelona: Tusquets.

Solzhenitsyn, Aleksander (1990): *August 1914* (1983a). Londres: Penguin Books.

— (2000): *November 1916* (1983b). Londres: Penguin Books.

Stephan, John J. (1978): *The Russian Fascists. Tragedy and Farce in Exile, 1925-1945*. Nueva York: Harper & Row Publishers.

Stockdale, Melissa K. (2004): «“My Death for the Motherland Is Happiness”: Women, Patriotism, and Soldiering in Russia’s Great War, 1914-1917», *The American Historical Review*, vol. 109, n.º 1, febrero, pp. 78-116.

Strachan, Hew (2003): *The First World War, Vol I: To Arms*. Oxford: Oxford University Press.

Subtelny, Orest (2009): *Ukraine. A History*. Toronto: University of Toronto Press, 4.ª ed.

Sutton, Anthony (1981): *Wall Street and the Bolshevik Revolution*, San Pedro, GSG.

Swietochowski, Tadeusz (2004): *Russian Azerbaijan, 1905-1920: The Shaping of a National Identity in a Muslim Community*. Cambridge:

Cambridge University Press.
Taranovski, Theodore (ed.) (1995): *Reform in modern Russian history. Progress or cycle?* Cambridge: Cambridge University Press.
Tooze, Adam (2016): *El diluvio. La Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931)*. Barcelona: Crítica.
Trotsky, Leon (2006): *Mi vida*. Barcelona: Debate.
— (1979): *Obras, 6. Mi Vida*. Madrid: Akal, 1.ª ed. 1930.
— (1918): *Our Revolution. Essays on Working-Class and International Revolution, 1904-1917*. Nueva York: Henry Holt and Co. Online Version: Marxists Internet Archive, 1999 & 2000. Consultable en red.
Tvardovskaia, Valentina Aleksandrovna (1979): *El populismo ruso*, Madrid, Siglo XXI Eds.
Ulam, Adam (1998): *The Bolsheviks. The Intellectual and Political History of the Triumph of Communism in Russia*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
Utechin, S. V. (1968): *Historia del pensamiento político ruso*. Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente.
Van der Oye, David Schimmelpenninck (2010): *Russian Orientalism. Asia in the Russian Mind, from Peter the Great to the Emigration*. New Haven / Londres: Yale University Press.
Venturi, Franco (1981): *El populismo ruso* (2 vols.). Madrid: Alianza Editorial.
Volkogonov, Dmitri (1994): *Lenin. A New Biography*. Nueva York: The Free Press.
Walicki, Andrzej (1971): *Populismo y marxismo en Rusia*. Barcelona: Ed. Estela.
Wilde, Harry (1972): *Trotski*. Madrid: Alianza Editorial.
Yakovlev, Alexander N. (2005): *A Century of Violence in Soviet Russia*. New Haven / Londres: Yale University Press.
Yaroslavsky, E. (1935): *History of Anarchism in Russia*. Londres: Lawrence and Wishart.

### *Bibliografía sobre temáticas generales: Genérica*

Barnett, Corelli (1989): *Las Riendas de la Guerra*. Madrid: Ediciones Ejército.

Benoist-Mechin, Jacques (1942): *Historia de Alemania y de su Ejército 1918-1938*. Barcelona: Montaner y Simón.

Burbank, Jane y Cooper, Frederick (2012): *Imperios. Una nueva visión de la historia mundial*. Barcelona: Crítica.

Capet, Antoine (ed.) (2006): *Britain, France and the Entente Cordiale since 1904*: Houndmills, Basingstoke, Hampshire: Palgrave / MacMillan.

Clark, Christopher (2012): *The sleepwalkers. How Europe went to war in 1914*. Nueva York: Harper.

Dugast Rouillé, Michel (2005) : *Carlos de Habsburgo. El último emperador*. Madrid: Eds. Palabra.

Dunn, John (2014): *Revoluciones modernas. Introducción al análisis de un fenómeno político*. Madrid: Tecnos.

Елисеева, И.И.; Грибова, Е.И.(ed.) (2003): *Санкт-Петербург. 1703-2003, (2 ed.). СПб: Судостроение.* pp. 16-17.

Ferguson, Niall (1998): *The Pity of War, 1914-1918*. Londres: Penguin [ed. Kindle].

— (2012): *The Abyss. First World War and the End of the First Age of Globalization*. Londres: Penguin [ed. Kindle].

— (2016): *La Guerra del mundo. Los conflictos del siglo XX y el declive de Occidente*. Barcelona: Debate.

Ferro, Marc (1990): *La Grande Guerre (1914-1918).* París: Gallimard [ed. Kindle] [ed. cast.: *La Gran Guerra, 1914-1918.* Madrid: Alianza Editorial, 2014].

Fromkin, David (1989): *A Peace to End All Peace. The Fall of the Ottoman Empire and the Creation of the Modern Middle East*. Nueva York: Henry Holt.

Futrell, Michael (1963): *Northern Underground. Episodes of Russian Revolutionary Transport and Communications through Scandinavia and Finland, 1863-1917*. Londres: Faber & Faber Ltd.

Gerwarth, Robert y Horne, John (eds.) (2013): *War in Peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War*. Oxford: Oxford University Press.

— y Manela, Erez (eds.) (2015): *Imperios en guerra, 1911-1923*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Gregor, A. James (1979): *Young Mussolini and the Intellectual Origins of Fascism*. Berkeley, CA: University of California Press.

Kissinger, Henry (2016): *Orden mundial. Reflexiones sobre el carácter de los países y el curso de la historia*. Barcelona: Debate.

Lewis, Bernard (2002): *The emergence of modern Turkey*. Nueva York: Oxford University Press.

Ludendorff, Erich (1920): *Mis Recuerdos de la Guerra*. Barcelona: Seix & Barral.

Macmillan, Margaret (2005): *París 1919*. Barcelona: Tusquets.

Mareš, Miroslav (2013): «Separatist Currents in Moravian Fascism and National Socialism», *Fascism* (Brill), 2, pp. 41-67. Consultable en red.

Mayer, Arno J. (1984): *La persistencia del Antiguo Régimen*. Madrid: Alianza Editorial.

Mishra, Pankaj (2014): *De las ruinas de los imperios. La rebelión contra Occidente y la metamorfosis de Asia*. Madrid: Galaxia Gutemberg.

Palmer, R. R., y Colton, Joel (1980): *Historia Contemporánea*. Barcelona: Akal.

Payne, Stanley (2014): *La Europa revolucionaria*. Barcelona: Planeta / Booklet.

Polonsky, Antony (1975): *The Little Dictators. The History of Eastern Europe since 1918*. Londres / Boston: Routledge & Kegan Paul.

Powaski, Ronald E. (2000): *La guerra fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*. Barcelona: Crítica.

Reed, John (2016): *México insurgente*. Sevilla: Renacimiento.

Reynolds, Michael A. (2011): *Shattering Empires. The Clash and Collapse of the Ottoman and Russian Empires, 1908-1918*. Cambridge: Cambridge University Press.

Spence, Jonathan D. (2011): *En busca de la China moderna*. Barcelona: Tusquets.

Smith, Michael (2011): *Six.The Real James Bonds, 1909-1939*. Londres: Biteback Publishing.

Stone, Norman (2008): *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Ariel.

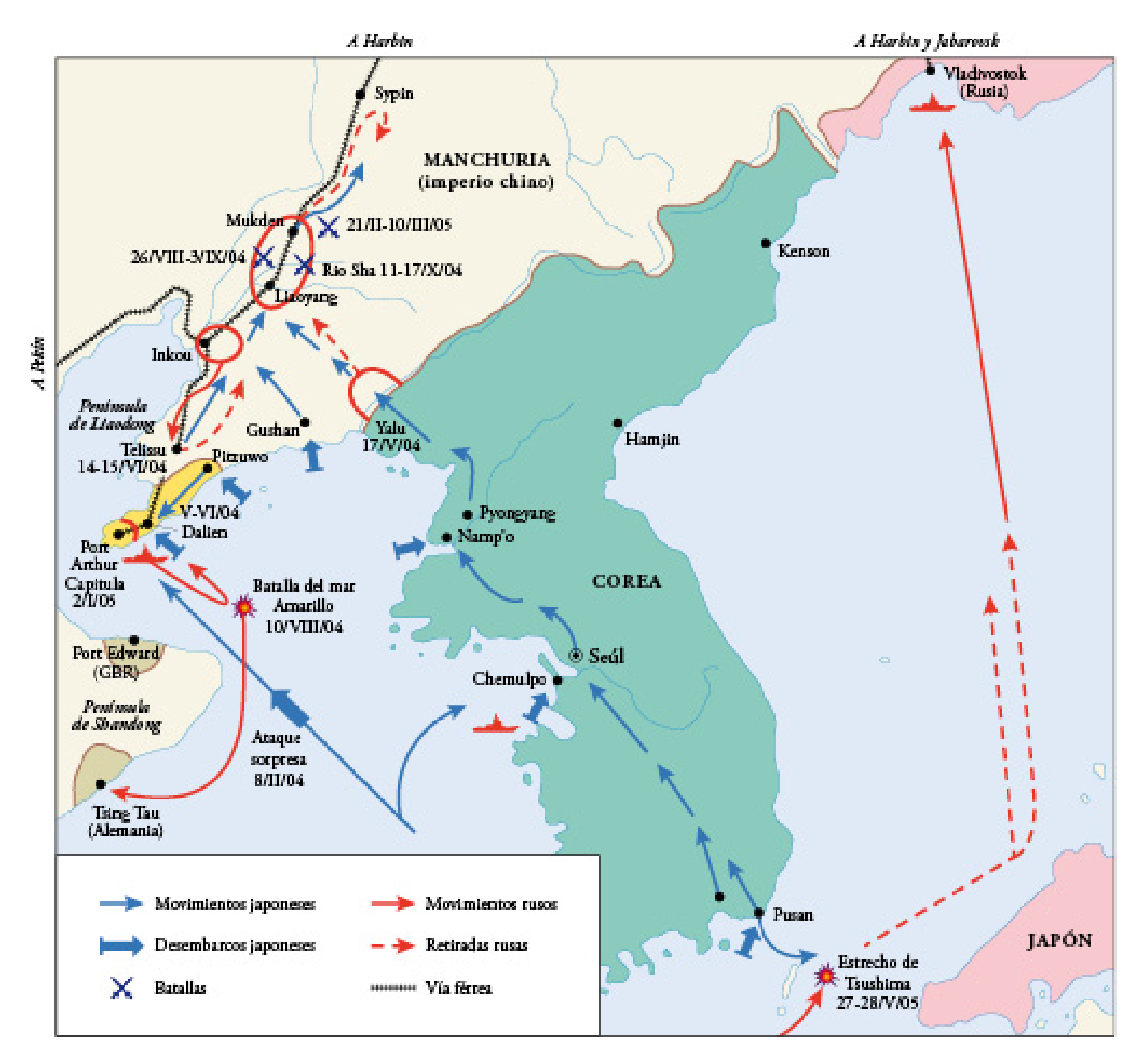
Taylor Alan J. P. (1954): *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*. Oxford: Oxford University Press.
— (1970): *La guerra planeada. Así empezó la Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Eds. Nauta.
— (1985): *The Origins of the Second World War*, Harmondsworth. Middlesex: Penguin, 15.ª reimpresión. 1.ª ed., 1961.
— (1992): *La monarquía de los Habsburgo, 1809-1918*. Crítica: Barcelona.
Tooze, Adam (2016): *El diluvio. La Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931)*. Barcelona: Crítica.
Valluy, J. E. (1972): *La Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Carroggio, 2 vols.
Veiga, Francisco (2002): *La trampa balcánica. Una crisis europea de fin de siglo*. Barcelona: Grijalbo/Mondadori.
— (2011): *El turco. Diez siglos a las puertas de Europa*. Barcelona: Ediciones Debate, 3.ª edición.
— y Martín, Pablo (2014): *Las guerras de la Gran Guerra*, *1914-1923*. Madrid: Ediciones de La Catarata.
Viñas, Ángel (2014): *Trilogía. La república española en Guerra*. Barcelona: Crítica. Versión Kindle incluye: *La soledad de la República* (2011); *El escudo de la República* (2011); *El honor de la República* (2011).
Westwood, John (1980): *Railways at War*. Londres: Osprey.
Zürcher, Erik J. (1995): *Turkey. A Modern History*. Londres / Nueva York: I.B. Tauris, 3.ª edición.

# MAPAS



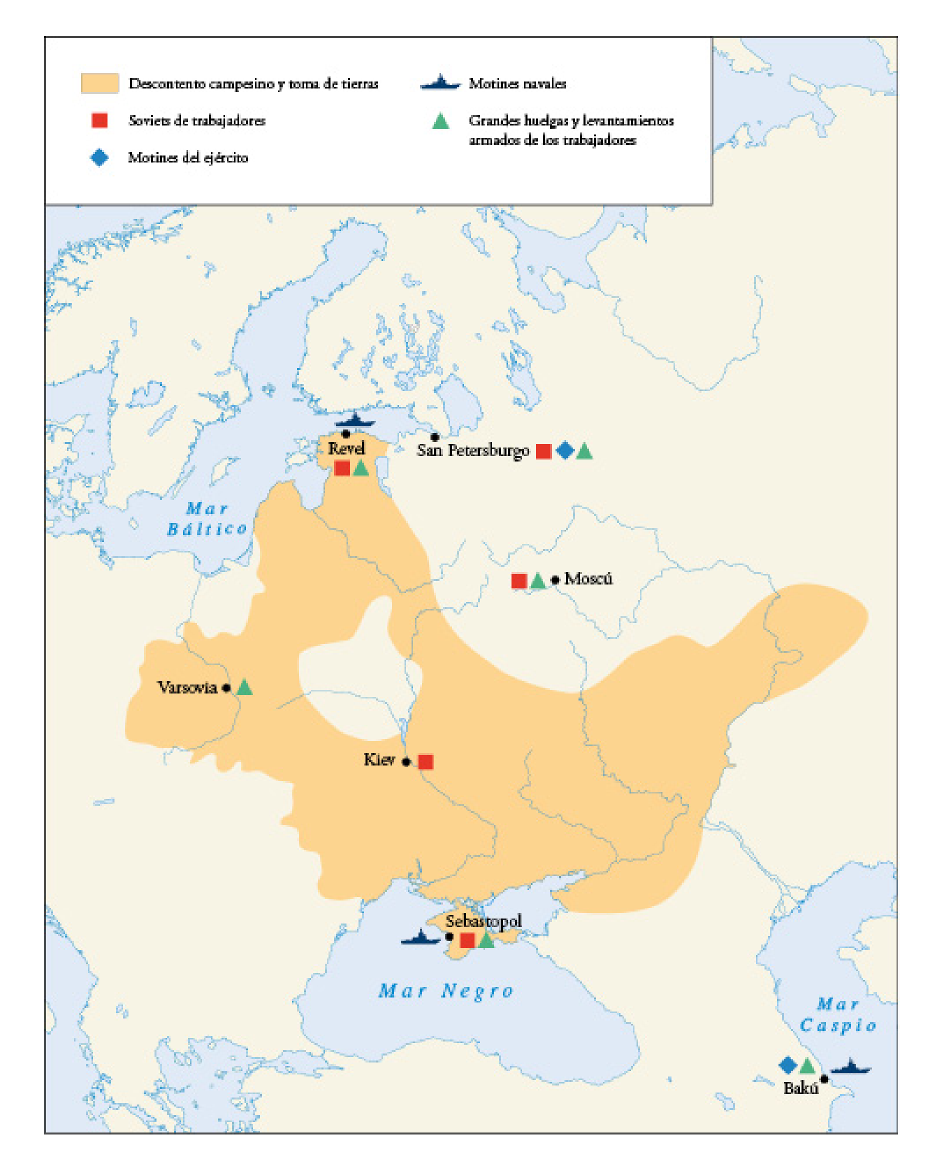

**Mapa 1. El Transiberiano**

Completado en su trazado esencial en 1904, el ferrocarril Transiberiano lograba vertebrar con sus 9.000 km, por primera vez y de forma real, el inmenso territorio del Imperio ruso. La hazaña tecnológica dio lugar a la teoría eurasiática de Halford Mackinder, que reconocía implícitamente el nuevo papel de Rusia en el mundo. El Transiberiano jugó un papel esencial en los proyectos de expansión rusos por Extremo Oriente, en la guerra de 1904 contra Japón, en la expansión y represión de los levantamientos de 1905-1906, en la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, fue central en la guerra civil.




**Mapa 2. La guerra ruso-japonesa, 1904-1905**

La campaña militar japonesa en las fases iniciales de la guerra contra Rusia fue innovadora y veloz. Los ejércitos japoneses atravesaron toda Corea con rapidez aunque las vías de comunicación eran insuficientes y debieron construir sus propias líneas férreas. Los desembarcos en los puertos de la costa coreana y de Manchuria completaron un despliegue muy moderno para su época. En cierta manera anticipó la dinámica de la Primera Guerra Mundial, con una apertura muy móvil y una segunda fase de desgaste en el cerco en torno a Port Arthur y en las batallas terrestres por Manchuria, que a punto estuvieron de dejar la contienda en tablas. El desastre naval ruso en Tsushima fue una salida milagrosa para los japoneses y un clavo para el ataúd del zar Nicolás II.



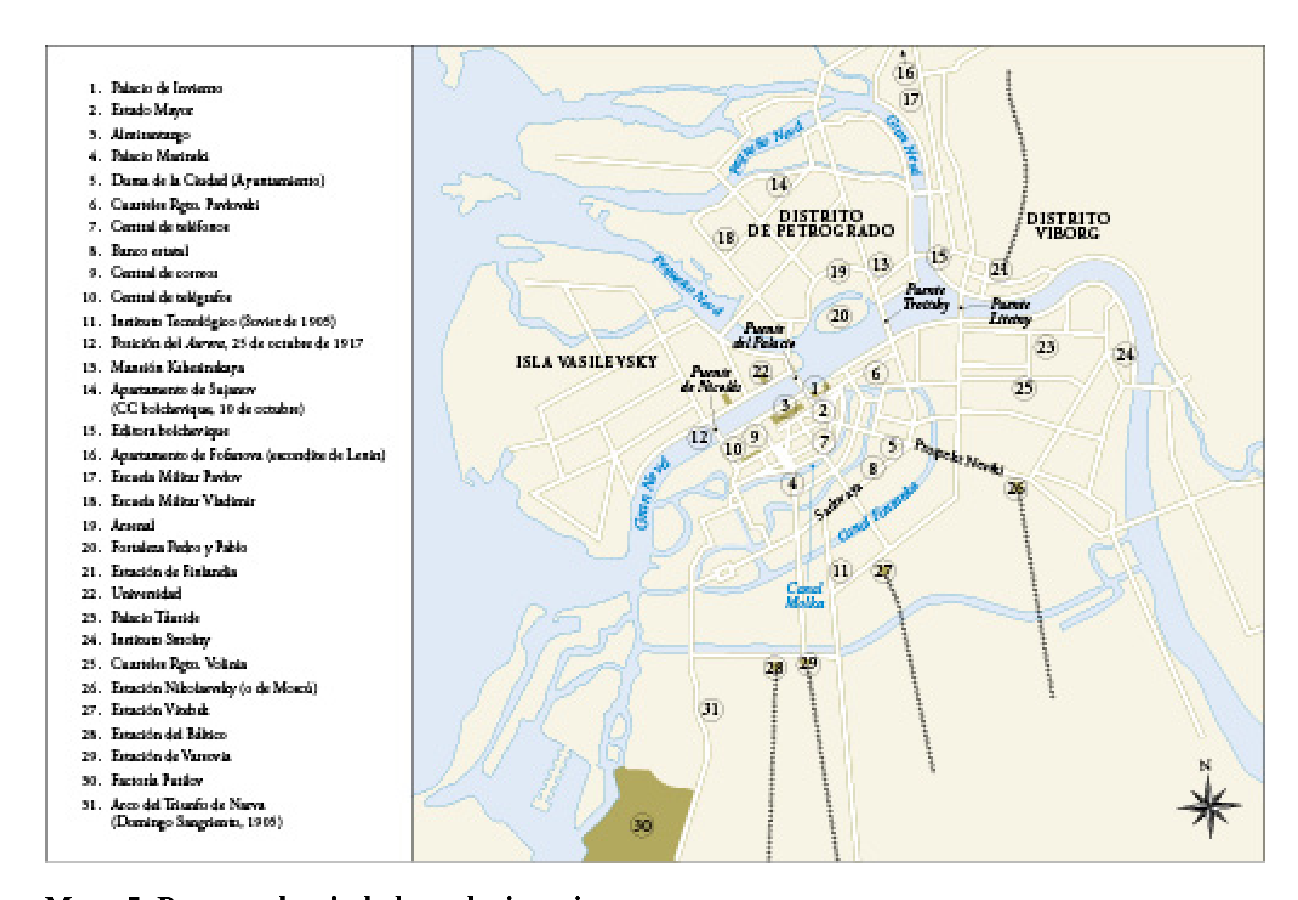

**Mapa 3. La revolución de 1905**

Si bien afectó de forma virulenta a las dos principales capitales rusas, la revolución de 1905 se trasladó al campo en forma de ocupaciones de fincas y destrucción de propiedades, abarcando una extensión considerable. De hecho, los desórdenes se prolongaron hasta 1906. Cabe considerar que en buena parte de ese mismo territorio tuvieron lugar pogromos antisemitas protagonizados por la ultraderecha.




**Mapa 4. Primera Guerra Mundial: el frente ruso, 1914-1915**

En el mapa se sintetizan los dos grandes desastres sufridos por las armas rusas en el primer año de la Primera Guerra Mundial: el fracaso de la ofensiva sobre Prusia oriental, en agosto de 1914, y la brutal ofensiva alemana de la primavera de 1915 que los rusos denominaron la Gran Retirada. Esta ofensiva no solo tuvo objetivos militares, sino también políticos: forzar la salida de la guerra de Rusia mediante una negociación.




**Mapa 5. Petrogrado, ciudad revolucionaria**

Plano de la entonces capital de Rusia. Fundada a comienzos del siglo XVIII por el zar Pedro el Grande como capital del Imperio ruso, San Petersburgo, con sus palacios, monumentos y canales aportó un marco escenográfico espectacular a la Revolución rusa, en 1917. Por entonces, desde el comienzo de la Primera Guerra Mundial había cambiado su nombre por el más eslavo de Petrogrado. A partir de 1924, tras la muerte de Lenin, pasaría a denominarse Leningrado hasta 1991 en que recupera su denominación original.



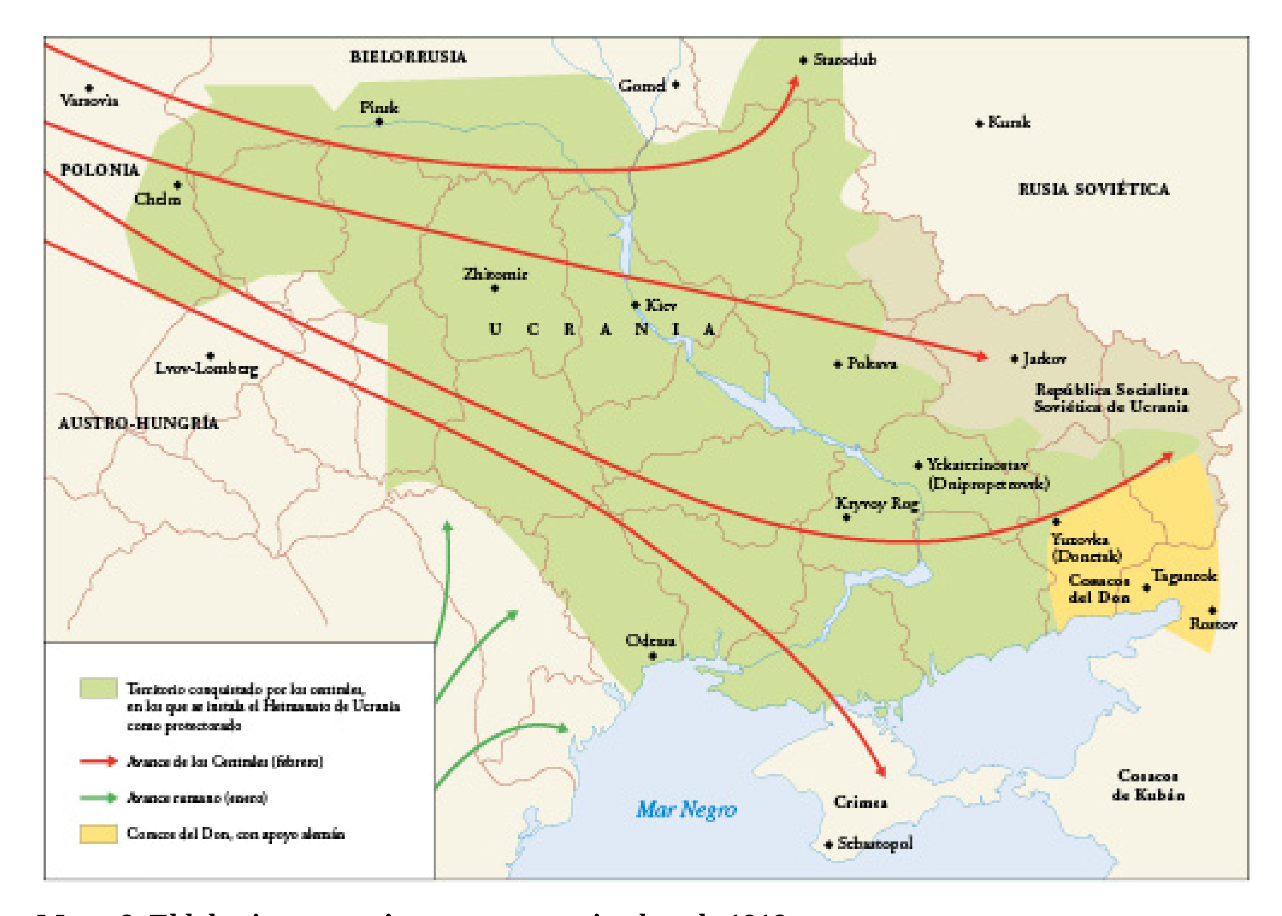

**Mapa 6. El frente ruso en 1917**

La Revolución rusa tuvo lugar en un país que luchaba en una guerra mundial devastadora y el debate político sobre si seguir en ella o no se prolongó entre febrero y octubre de 1917. La denominada «ofensiva Kerenski» terminó en desastre, sobre todo ante el devastador contraataque de los alemanes. Estos también tomaron la ciudad de Riga en septiembre, lo que combinado con los desembarcos en las islas estonias al mes siguiente (Operación Albión) abrió el camino hacia Petrogrado.



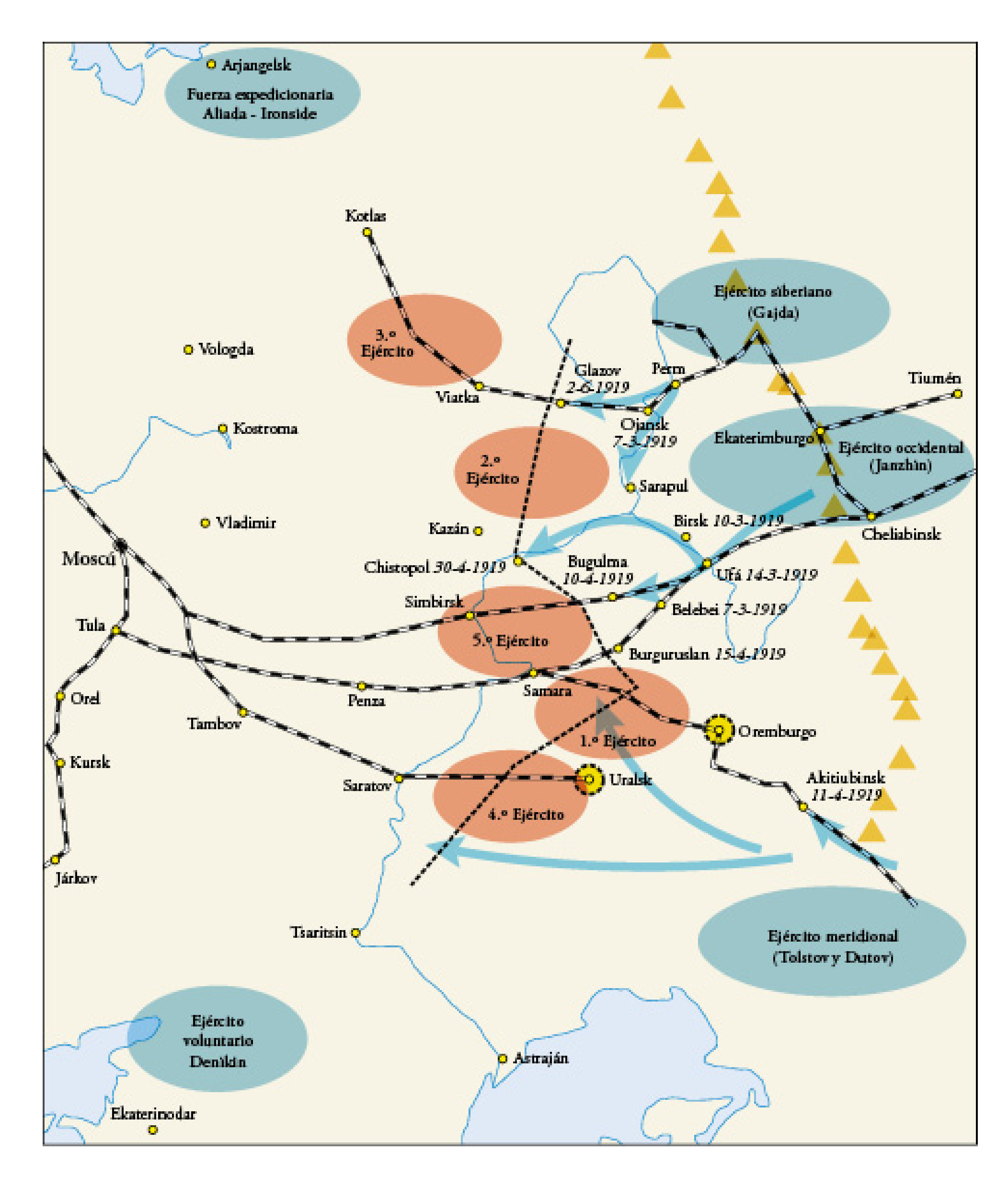

**Mapa 7. El Tratado de Brest-Litovsk, 1918**

La Operación Faustschlag, que anticipó la firma definitiva del Tratado de Brest-Litovsk, fue encaminada por los Centrales, en buena medida, a hacerse con el control de Ucrania, un granero indispensable para continuar con el esfuerzo de guerra. El tratado no hizo sino levantar acta de lo que ya se había conseguido por las armas.

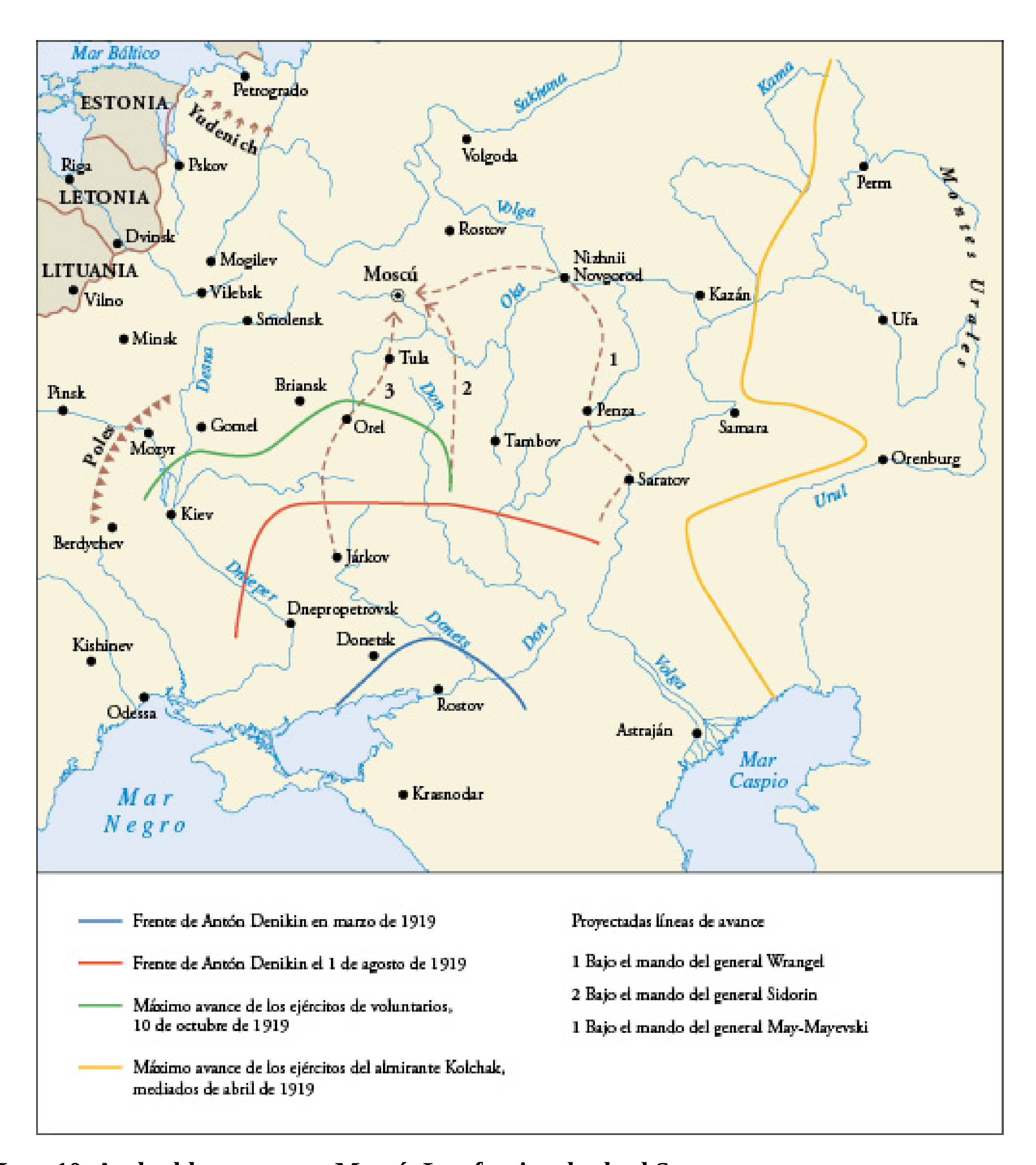



**Mapa 8. El laberinto ucraniano, marzo-noviembre de 1918**

El mapa pone de relieve la inconsistencia de las fronteras ucranianas, que iban a experimentar fuertes y bruscos cambios a lo largo de los siguientes dos años. Las flechas señalan los movimientos de tropas alemanas y austrohúngaras. Desde Crimea, los alemanes alcanzarían Georgia, en el Cáucaso. Por su parte, las tropas rumanas acudieron en auxilio de la autoproclamada República Democrática de Moldavia en enero de 1918.

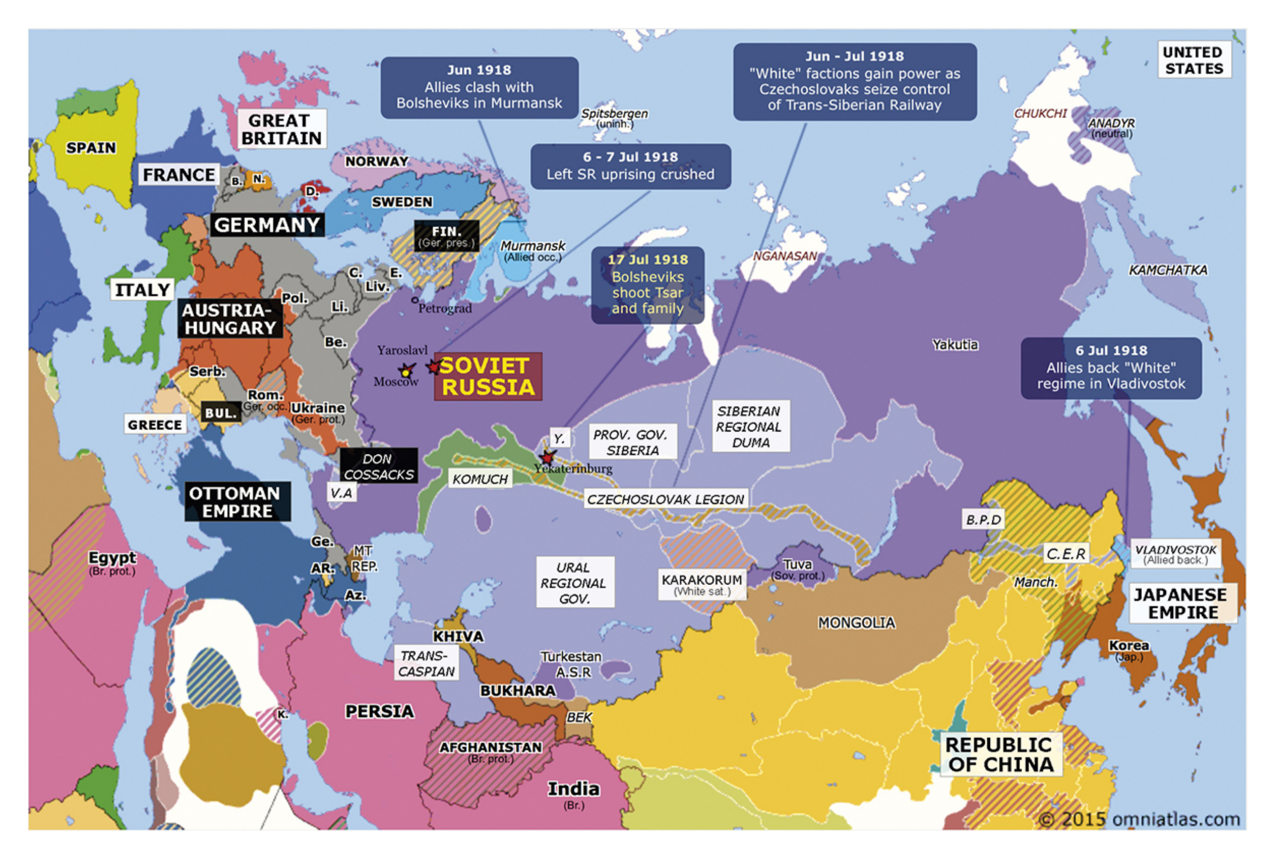



**Mapa 9. Asalto blanco contra Moscú. La ofensiva de Kolchak, primavera de 1919**
Coincidiendo con el arranque de la primavera de 1919 y la llegada de importantes envíos de material militar de las potencias aliadas intervencionistas, las tropas de Kolchak lanzaron la gran ofensiva desde los Urales que debería tomar Moscú. Tras una fulgurante ruptura del frente rojo, a comienzos de marzo, la irracional dispersión de esfuerzos, en tres avances divergentes que tenían como objetivos Viatka, Kazán y Samara (con una distancia total de 600 kilómetros entre la primera y última localidad) hizo que se ralentizara en mayo hasta detenerse en junio.




**Mapa 10. Asalto blanco contra Moscú. La ofensiva desde el Sur**

Desde el sur, el general Denikin tomó el relevo de Kolchak en la ofensiva contra Moscú. Esta vez, el objetivo estuvo a punto de alcanzarse, mientras los rojos perdían importantes ciudades, como Kiev, Orel o Kursk. Sin embargo, como en el caso de la ofensiva de Kolchak, el avance abierto en abanico dispersó las fuerzas y complicó la logística, que también se resintió de las acciones guerrilleras rojas y anarquistas.



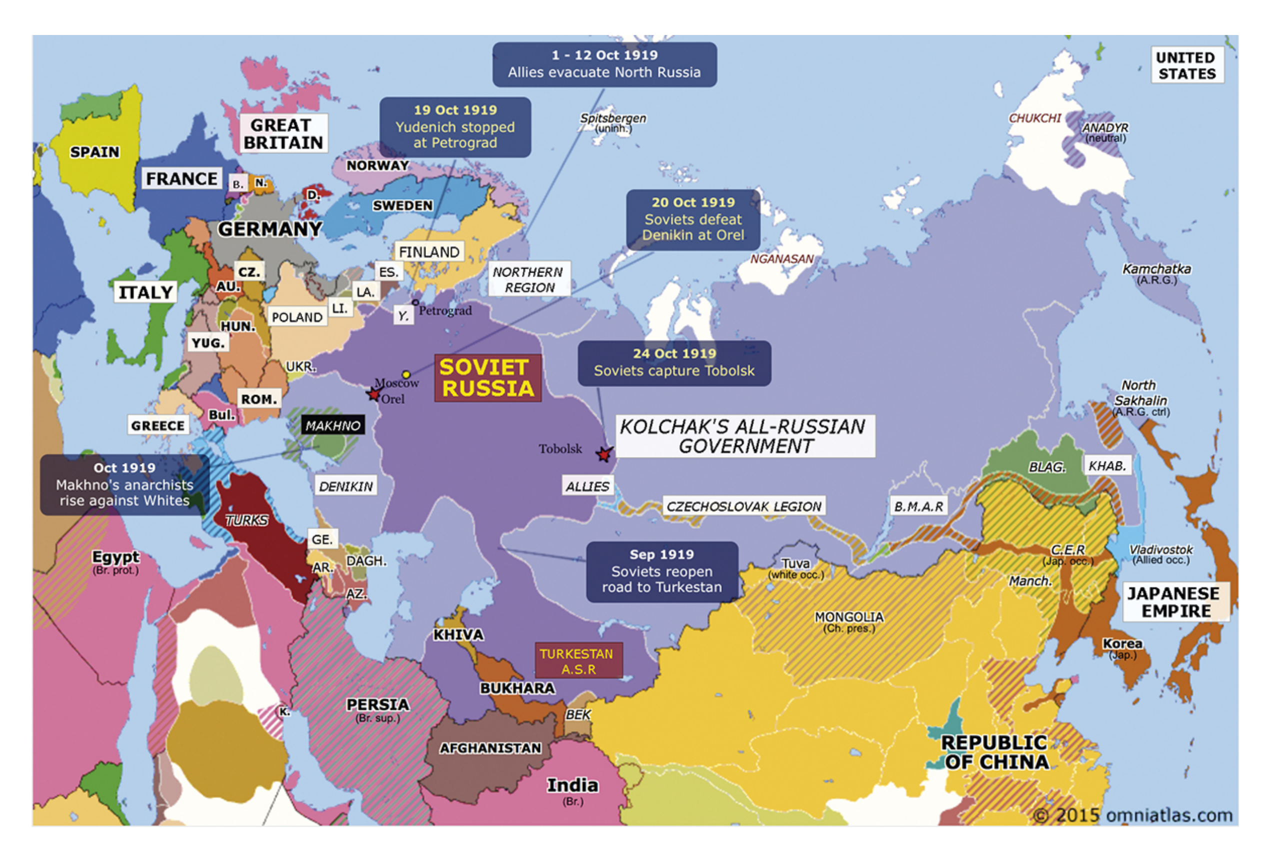

**Mapa 11. 31 de julio de 1918**

La web de Omniatlas ofrece una valiosa muestra de la complejidad geográfica que implicó el desarrollo de la Revolución rusa y la guerra civil en la enormidad del Imperio ruso. Se aprecia el territorio en poder del nuevo Estado soviético (color violeta) y el que le disputan las fuerzas de la oposición (violeta claro), compuestas por poderes locales. Destaca el territorio del Komuch (en color verde) y las líneas del Transiberiano controladas por la Legión Checa. Los Centrales (gris y naranja) ocupan Ucrania y parte de Bielorrusia, tras el Tratado de Brest-Litovsk. © Omniatlas, 2015.




**Mapa 12. 3 de febrero de 1919**

El Estado soviético (en violeta), acorralado. Los blancos controlan toda Siberia. La línea azul claro del Transiberiano es la arteria vital por donde llega la ayuda aliada. Ucrania ya es un Estado independiente, aunque acorralado y los Centrales, perdida la guerra, se han retirado. Obsérvese el territorio en poder de los rojos (aislados) en el Turkestán. © Omniatlas, 2015.




**Mapa 13. 1 de noviembre de 1919**

La ofensiva de Kolchak desde Siberia ha fracasado y los blancos se baten allí en retirada. El mapa muestra lo cerca que han llegado los ejércitos del general Denikin en su ofensiva desde el sur de Rusia y Ucrania. En Asia Central, Bujara y Jiva son estados soberanos. Obsérvese la presencia japonesa en el Extremo Oriente ruso (color castaño claro), controlando parte del Transiberiano. © Omniatlas, 2015.




**Mapa 14. 12 de agosto de 1920**

Se está produciendo un viraje trascendental: el Ejército Rojo pierde la batalla ante Varsovia y se esfuma la posibilidad de extender la revolución a Europa central. Los blancos ya solo ocupan un minúsculo territorio en Crimea y Kuban. Obsérvese el territorio de la República del Lejano Oriente (rayado rosa y violeta) como tapón ante la presencia japonesa. China empieza a descomponerse en territorios controlados por los «señores de la guerra» y en Turquía los nacionalistas de Mustafá Kemal (burdeos) controlan casi toda Anatolia, mientras luchan contra los griegos. © Omniatlas, 2015.




**Mapa 15. 8 de junio de 1921**

La guerra civil está prácticamente concluida. Aunque fuera del territorio soviético, el «señor de la guerra» blanco Ungern von Sternberg controla Mongolia, última y remota esperanza para una invasión ya imposible. Se mantiene todavía la República del Lejano Oriente. Todo lo demás forma parte del nuevo Estado soviético. Pero empiezan a estallar las insurrecciones campesinas (verde) y persiste la revuelta anarquista en Ucrania (algo exagerada en este mapa). © Omniatlas, 2015.

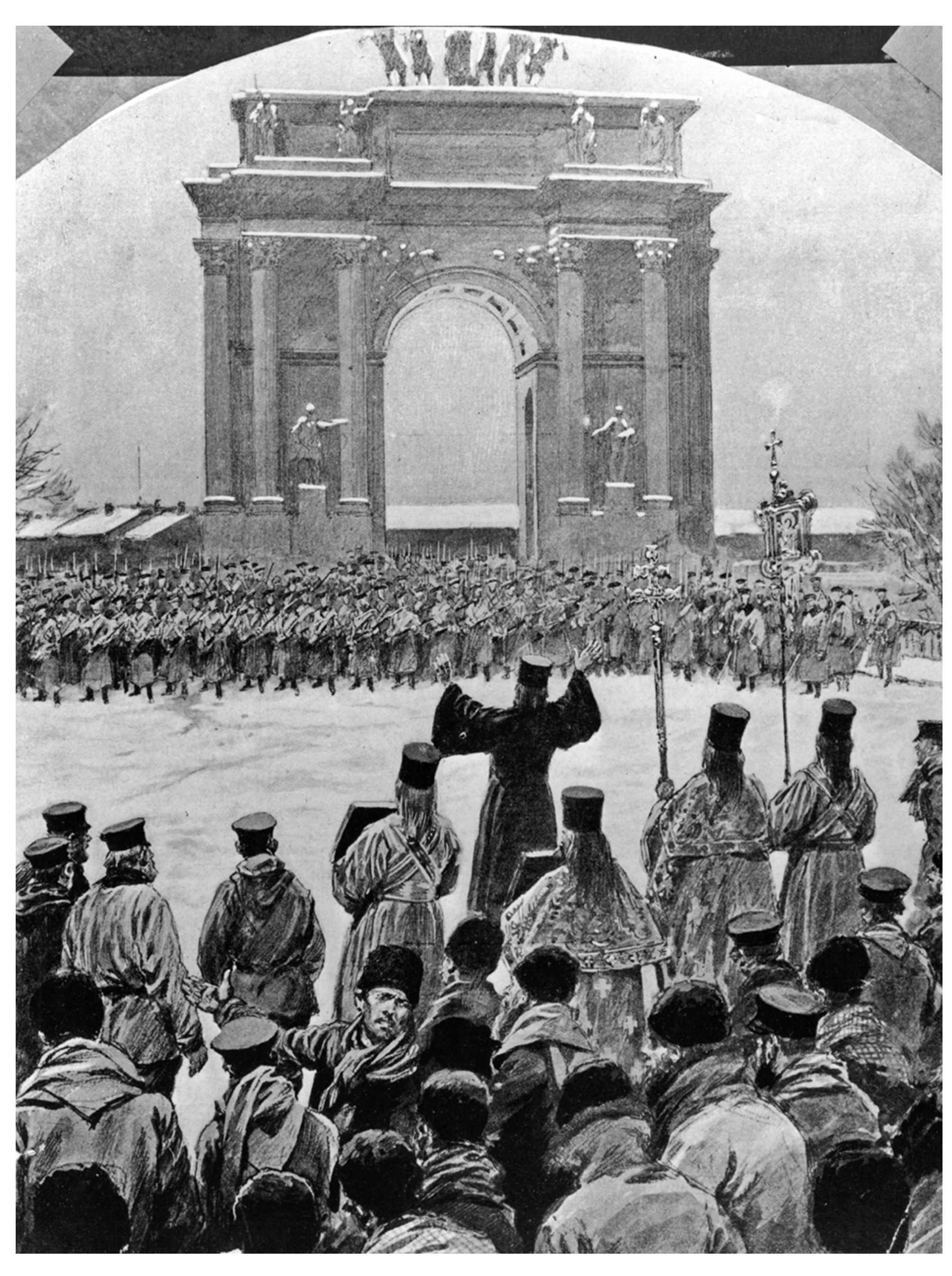
# ARCHIVO FOTOGRÁFICO



1. Oficiales japoneses contemplan la base de Port Arthur donde naves de la flota rusa del Pacífico habían sido hundidas en 1904, ya al comienzo de la guerra.



2. El padre Gapon en una asamblea de trabajadores, 1905. A su lado, de uniforme, el alcalde de San Petersburgo, Fulon.



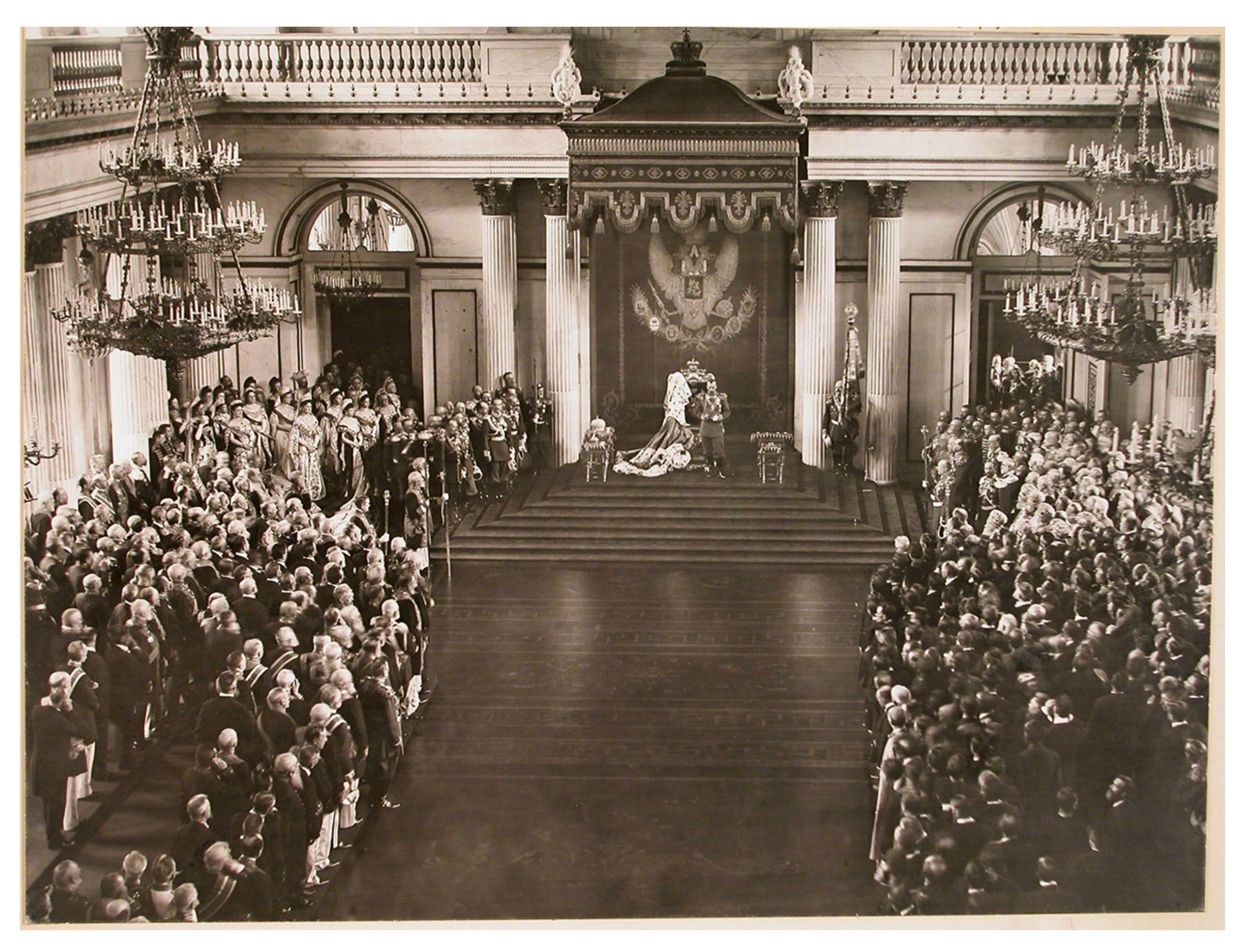
3. El padre Gapon con los manifestantes ante la puerta de Narva, escenario de la masacre del «domingo sangriento» el 22 de enero de 1905. Gapon había contado con el apoyo de importantes autoridades del régimen para la constitución de su sindicato, en 1903, que se puede considerar formaba parte del «corporativismo zarista».



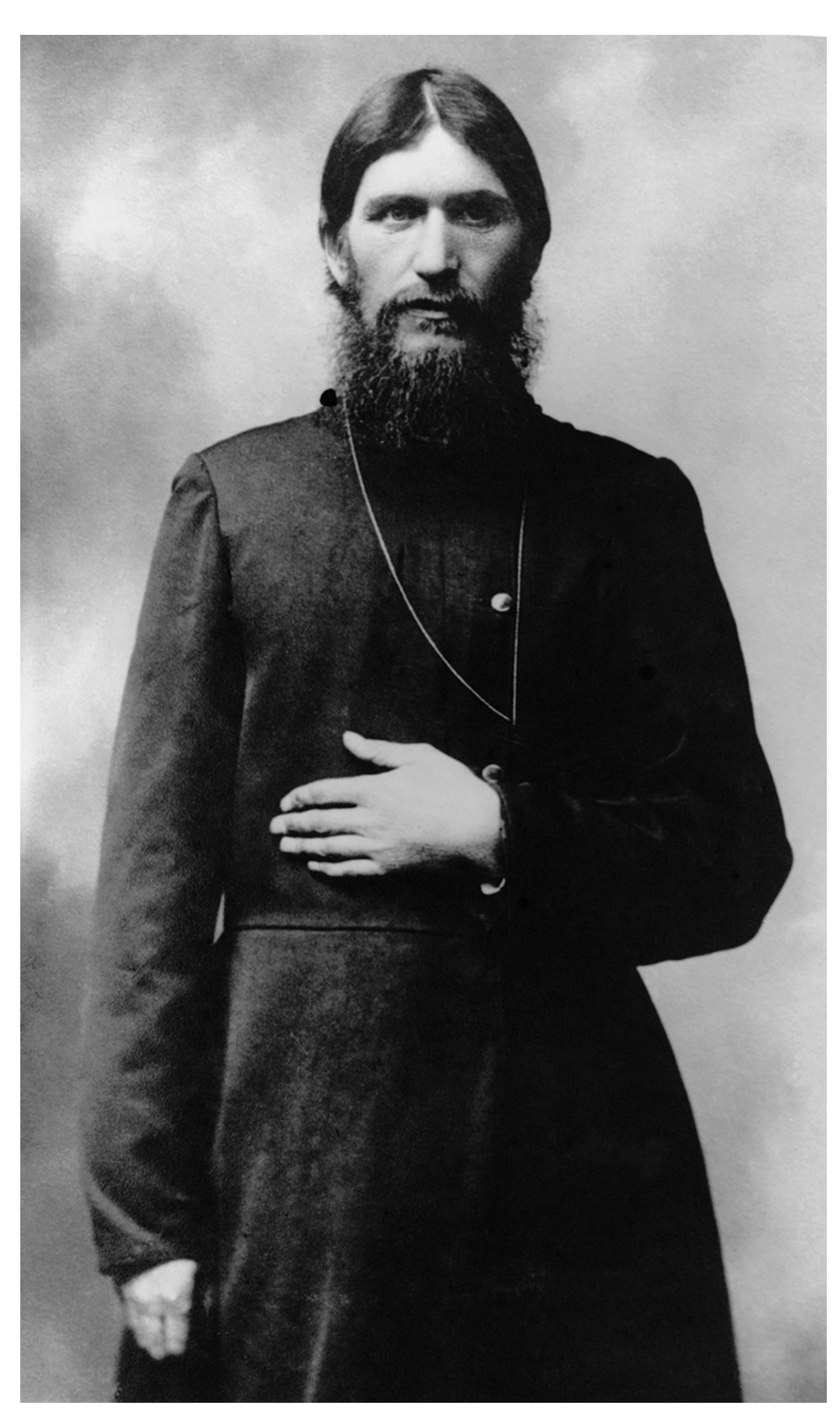

4. La Puerta de Narva es un elemento central en la iconografía del «domingo sangriento» que dio lugar a la Revolución de 1905. Ese fue el primer y principal punto de bloqueo de las tropas contra los manifestantes: en nuestros días se puede visitar bajando en la estación de metro Narvskaya (Línea 1) lo cual sirve para constatar que las autoridades decidieron atajar la manifestación en la misma periferia de la capital. Puerta de Narva hoy.




5. Las trágicas imágenes de enero contrastan con la alegría desbordante de la burguesía (y algunos elementos de las clases populares) ante la concesión por el zar del Manifiesto de Octubre, una escena magistralmente retratada por el pintor ruso Iliá Repin en su obra *Manifestación del 17 de octubre de 1917*.



6. Nicolás II, zar de Rusia, lee el discurso de apertura de la primera Duma en el Salón de San Jorge del Palacio de Invierno, 1906. A la izquierda los diputados de la aristocracia y clases altas. A la derecha, aquellos de las clases medias bajas y campesinado.



7. El monje Grigori Yefimovich Rasputin, 9 de enero de 1869 – 17 de diciembre de 1916.



8. Calles del barrio de Viborg hoy. De aquí partieron las primeras manifestaciones en febrero de 1917.




9. El control del puente Liteiny —que unía el barrio obrero de Viborg con el centro de la ciudad— fue determinante para los revolucionarios en febrero de 1917: tanto al comienzo de las protestas, el día 23, como el 27, cuando los soldados insurrectos y los trabajadores de Viborg unieron allí sus fuerzas. Puente de Liteiny hoy.



10. En el San Petersburgo actual apenas quedan sombras de los cuarteles de los regimientos de Volinia, Lituania y Preobrazhenski en los que estallaron los motines. Hoy ese espacio está ocupado por urbanizaciones residenciales.



11. Estudiantes armados deteniendo a un policía («faraón») de paisano (en el centro de la foto, con gorro de piel y barba), febrero de 1917. Es visible la tensión de los primeros momentos de la Revolución de Febrero.




12. Locomotora de los ferrocarriles de Finlandia que remolcó el tren en el que viajó Lenin el 3 de abril de 1917 desde Helsinki a San Petersburgo. Después volvería a utilizarla en octubre para regresar de nuevo a la capital y preparar la toma de poder.



13. Aleksandr Fedorovich Kerenski, ministro de la Guerra desde mayo de 1917 y jefe del gobierno provisional en su despacho del Palacio de Invierno en Petrogrado, julio de 1917. Por entonces ocupaba la antigua biblioteca del depuesto zar Nicolás II. © Keystone-France/Getty Images.



14. Soldados de un Batallón de la Muerte formado por mujeres jurando fidelidad a la antigua bandera rusa, junio de 1917. © Slava Katamidze Collection/Getty Images.



15. Jornadas de julio de 1917. Manifestación disuelta por disparos de francotiradores en la esquina de la Nevski Prospekt y la calle Sadovaya, junto a la Biblioteca Nacional. Fotografía del fotorreportero ruso Karl Bulla. © Sovfoto/UIG/Getty Images.




16. Vista actual, desde la Nevki Prospekt, de la esquina en la que tuvo lugar la célebre escena de la foto anterior. Turistas y paseantes hace de figurantes involuntarios. Es la perspectiva de la gente que aquel día aciago corría bajo las balas. A la izquierda, la Biblioteca Nacional. Al fondo, las galerías comerciales Gostiny Dvor y el antiguo ayuntamiento.



17. Vista actual de la lujosa mansión modernista de la bailarina Matilda Kshesínskaya, ocupada por los bolcheviques y convertida en cuartel general hasta el mes de julio.



18. El crucero *Aurora*, símbolo de la toma del poder por los bolcheviques en octubre de 1917. Un disparo de salva de su cañón de popa a las 21:40 del 25 de octubre / 7 de noviembre fue la señal para comenzar la insurrección.



19. Pequeña sala del Palacio de Invierno, aneja a la Sala Malaquita, donde se guarecieron los ministros del último gobierno provisional de Kerenski, antes de ser arrestados por los bolcheviques. Estado actual.



20. Victoria. Vladimir Ilich Uliánov, Lenin, se dirige al Congreso de los Sóviets el 25 de octubre / 7 de noviembre de 1917. Óleo de Vladimir Alexandrovich Serov. Una pintura clásica del realismo socialista que omite el objetivo final de la insurrección bolchevique: derrocar al gobierno provisional para controlar al Soviet y contrarrestar a socialrevolucionarios y mencheviques. © DeAgostini/Getty Images.

Edición en formato digital: 2017


Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9104-675-2


Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es